

DE
SANGRE
Y
CENIZAS
œ

JENNIFER L.
ARMENTROUT

Lectulandia

Una Doncella.

Elegida desde su nacimiento para dar comienzo a una nueva era, la vida de Poppy nunca le ha pertenecido. La vida de la Doncella es solitaria. Jamás la tocarán. Jamás la mirarán. Jamás le hablarán. Jamás sentirá placer. Mientras espera al día de su Ascensión, preferiría estar con los guardias luchando contra el mal que se llevó a su familia que preparándose para que los dioses la encuentren lo bastante digna. Pero la elección nunca ha sido suya.

Un deber.

El futuro del reino entero recae sobre los hombros de Poppy, algo que ni siquiera está demasiado segura de querer para ella. Porque una Doncella tiene corazón. Y alma. Y deseo. Y cuando Hawke, un guardia de ojos dorados que ha jurado asegurar su Ascensión, entra en su vida, el destino y el deber se entremezclan con el deseo y la necesidad. Él incita su ira, hace que se cuestione todo aquello en lo que cree y la tienta con lo prohibido.

Un reino.

Abandonado por los dioses y temido por los mortales, un reino caído está surgiendo de nuevo, decidido a recuperar lo que cree que es suyo mediante la violencia y la venganza. Y a medida que la sombra de los malditos se acerca, la línea entre lo prohibido y lo correcto se difumina. Poppy no solo está a punto de perder el corazón y ser considerada indigna por los dioses, sino que también está a punto de perder la vida cuando los ensangrentados hilos que mantienen unido su mundo empiezan a deshilacharse.

Jennifer L. Armentrout

De Sangre y Cenizas

De Sangre y Cenizas - 1.0

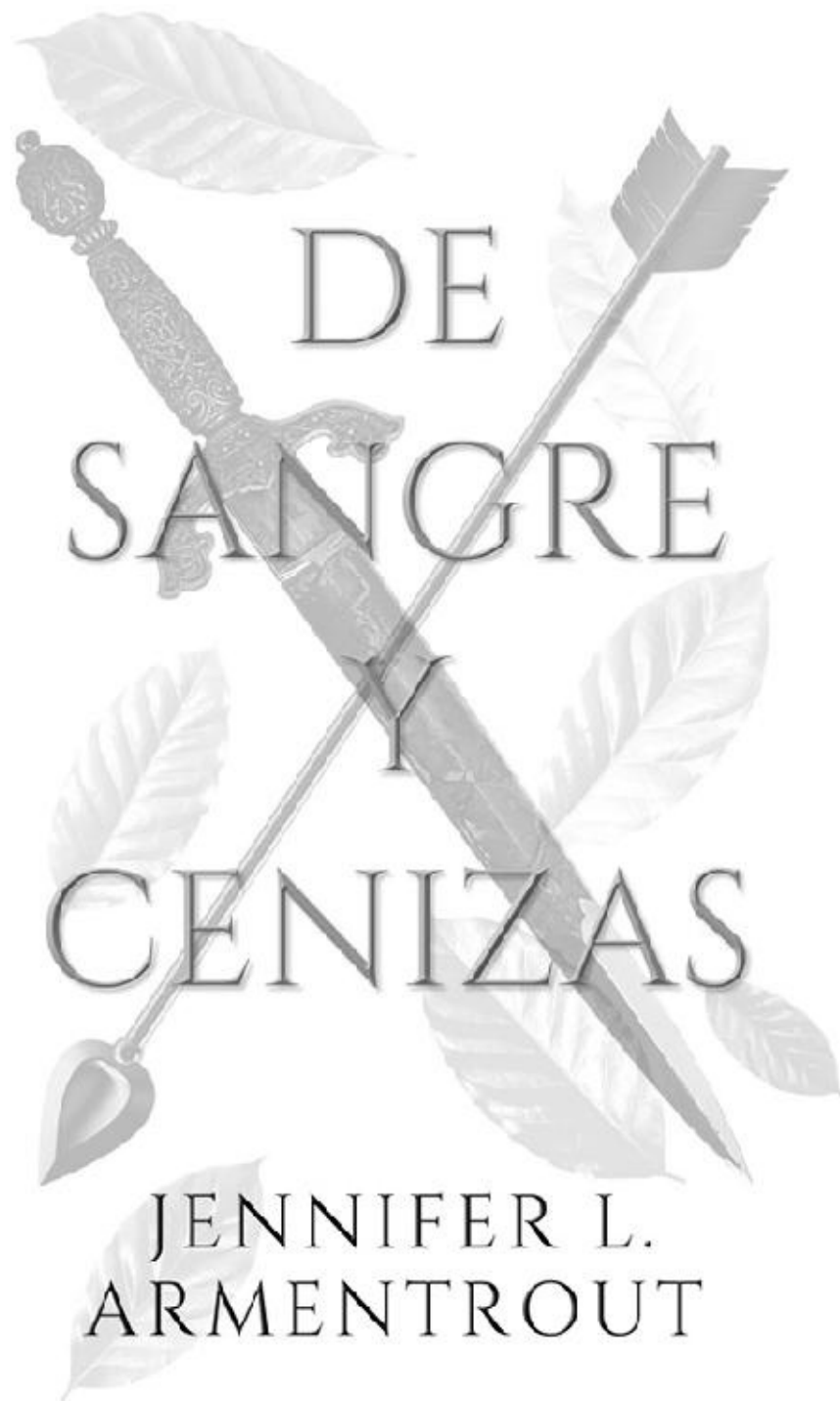
ePub r1.0

Titivillus 28-10-2021

Título original: *From Blood and Ash*
Jennifer L. Armentrout, 2020
Traducción: Guiomar Manso de Zúñiga

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A ti, lector.



Capítulo 1



—Encontraron a Finley al anochecer, justo en el límite del Bosque de Sangre, muerto.

Levanté la vista de mis cartas y miré al otro lado del tablero carmesí, a los tres hombres sentados a la mesa. Había escogido ese sitio por una razón. No había... sentido nada procedente de ellos al deambular entre las atestadas mesas hacía un rato.

Ningún dolor, ni físico ni emocional.

Por lo general, no husmeaba en el interior de nadie para ver si sentía dolor. Hacerlo sin razón me parecía increíblemente invasivo, pero cuando había mucha gente era más difícil controlar la cantidad de cosas que me permitía sentir. Siempre había alguien cuyo dolor era tan profundo, tan crudo, que su aflicción se convertía en una entidad palpable a la que ni siquiera tenía que abrir mis sentidos para percibirla, una entidad que no era capaz de ignorar y de la que no podía alejarme así sin más. Esas personas proyectaban su agonía al mundo que las rodeaba.

Tenía prohibido hacer nada excepto ignorarlas. No podía hablar del don que me habían otorgado los dioses, y nunca, jamás, podía ir más allá de sentir para hacer algo al respecto.

Aunque tampoco es que siempre hiciese lo que se esperaba de mí.

Obviamente.

Pero a estos hombres los noté bien cuando estiré mis sentidos hacia ellos para evitar a personas que sufrieran mucho dolor, lo cual era sorprendente, dado a lo que se dedicaban. Eran guardias del Adarve, el gigantesco muro construido con la piedra caliza y el hierro extraídos de las minas de los Picos Elysium. El Adarve rodeaba toda Masadonia desde que la Guerra de los Dos

Reyes acabara hacía cuatro siglos, y cada ciudad del reino de Solis estaba protegida por uno. Versiones más pequeñas rodeaban pueblos y cuarteles, comunidades granjeras y otras poblaciones poco habitadas.

Lo que los guardias veían casi a diario, lo que tenían que hacer, a menudo los dejaba afligidos, ya fuese por heridas físicas o por otras más profundas que piel desgarrada y huesos magullados.

Esta noche no solo no cargaban con dolor, sino tampoco con sus armaduras y uniformes, en cuyo lugar llevaban camisas holgadas y ceñidos pantalones de ante. Aun así, lo supe. Incluso fuera de servicio, estaban atentos a cualquier señal de la temida neblina y el horror que venía con ella; atentos a cualquiera que actuase en contra del futuro del reino. E iban armados hasta los dientes.

Igual que yo.

Escondida bajo los pliegues de la capa y el fino vestido que llevaba debajo, ocultaba una daga, cuyo frío mango jamás terminaba de calentarse contra la piel de mi muslo. Me la habían regalado el día que cumplí dieciséis años y, aunque no era la única arma que había adquirido, ni la más letal, era mi favorita. El mango estaba fabricado con los huesos de un lobuno, o *wolven*, una criatura hace largo tiempo extinguida que no había sido ni hombre ni bestia, sino ambas cosas. La hoja era de piedra de sangre, o heliotropo, pulida hasta darle un filo letal.

Puede que una vez más estuviese en proceso de hacer algo increíblemente imprudente, inapropiado y prohibido por completo, pero no era tan tonta como para entrar en un sitio como la Perla Roja sin protección, sin la destreza para emplearla, y sin los medios para agarrar esa arma y esa destreza y utilizarlas sin vacilar.

—¿Muerto? —añadió otro de los guardias, uno más joven de pelo castaño y rostro barbilampiño. Creí recordar que se llamaba Airrick y no podía tener muchos más que mis dieciocho años—. No solo estaba muerto. No le quedaba ni una gota de sangre, en su cuerpo masticado como si lo hubiesen atacado unos perros salvajes y luego lo hubiesen hecho pedazos.

Empecé a ver las cartas borrosas mientras pequeñas bolas de hielo se formaban en la boca de mi estómago. Los perros salvajes no hacían eso. Por no mencionar que no había perros salvajes cerca del Bosque de Sangre, el único lugar del mundo en el que los árboles sangraban y dejaban la corteza y las hojas teñidas de un oscuro carmesí. Había rumores de la existencia de otros animales: roedores carroñeros de un tamaño extraordinario que se

alimentaban de los cadáveres de quienes se demoraban demasiado tiempo en el bosque.

—Y ya sabéis lo que significa eso —continuó Airrick—. Deben de estar cerca. Un ataque será...

—No estoy seguro de que esta sea la conversación más adecuada ahora mismo —lo interrumpió otro guardia. Ese sabía quién era. Phillips Rathi. Llevaba años en el Adarve, cosa que era casi inaudita. Los guardias no tenían una esperanza de vida demasiado larga. El hombre hizo un gesto hacia mí—. Estás en presencia de una dama.

¿Una dama?

Solo a las Ascendidas las llamaban Damas, aunque yo tampoco era una persona que nadie, sobre todo los presentes en ese edificio, esperaría encontrar en la Perla Roja. Si me descubrían, estaría... bueno, metida en un lío más grande de lo que hubiese estado jamás y tendría que enfrentarme a una severa reprimenda.

El tipo de castigo que a Dorian Teerman, el duque de Masadonia, le encantaría impartir. Y durante el cual, por supuesto, a su mano derecha, lord Brandole Mazeen, le encantaría estar presente.

La ansiedad bulló en mi interior mientras miraba al guardia de piel oscura. No había forma humana de que Phillips pudiese saber quién era yo. La mitad superior de mi rostro estaba oculta tras el antifaz blanco que había encontrado tirado en los Jardines de la Reina hacía una eternidad, y llevaba una anodina capa azul turquesa que había, uhm, *tomado prestada* de Britta, una de las muchas sirvientas del castillo a la que había oído hablar de la Perla Roja. Con suerte, Britta no descubriría que le había desaparecido el sobretodo hasta que se lo devolviera a la mañana siguiente.

En cualquier caso, incluso sin la máscara, podía contar con los dedos de la mano las personas que habían visto mi cara en Masadonia, y ninguna estaría aquí esta noche.

Como la Doncella, la Elegida, un velo solía cubrir mi rostro y mi pelo en todo momento, excepto mis labios y la mandíbula inferior.

Dudaba mucho de que Phillips pudiera reconocerme solo por esos rasgos y, si lo hubiese hecho, ninguno de ellos seguiría sentado a esta mesa. Y yo estaría en proceso de ser arrastrada (eso sí, con suavidad), de vuelta con mis guardianes, el duque y la duquesa de Masadonia.

No había nada que temer.

Forcé a los músculos de mis hombros y cuello a relajarse y sonreí.

—No soy ninguna dama. Sois más que bienvenidos a hablar de lo que queráis.

—Sea como fuere, un tema un poco menos morboso sería de agradecer —repuso Phillips, mientras lanzaba una mirada cargada de significado en dirección a los otros dos guardias.

Airrick levantó los ojos hacia los míos.

—Mis disculpas.

—Disculpas no necesarias pero aceptadas.

El tercer guardia bajó la barbilla, miró sus cartas con fingida atención y repitió la disculpa. Se había sonrojado, algo que encontré adorable. Los guardias que trabajaban en el Adarve tenían que superar un entrenamiento atroz y eran diestros en todo tipo de armas y en el combate cuerpo a cuerpo. Ninguno de los que sobrevivían a su primera misión fuera del Adarve regresaba sin haber derramado sangre y sin haber visto la muerte.

Y, aun así, este hombre se sonrojaba.

Me aclaré la garganta. Tenía ganas de preguntar más acerca de ese Finley. Quién era, si era un guardia del Adarve o un cazador, una división del ejército que se encargaba de las comunicaciones entre las ciudades y escoltaba a viajeros y mercancías. Pasaban medio año fuera de la protección del Adarve. Era, de lejos, uno de los trabajos más peligrosos del mundo, así que nunca viajaban solos. Algunos no regresaban jamás.

Por desgracia, unos cuantos de los que sí lo hacían, volvían cambiados. Regresaban con una muerte inminente y salvaje pisándoles los talones.

Malditos.

En cualquier caso, estaba claro que Phillips silenciaría cualquier intento de seguir con aquella conversación, así que no di voz a ninguna de las preguntas que bailaban sobre la punta de mi lengua. Si otras personas habían estado con Finley y habían resultado heridas por lo que seguramente lo había matado a él, lo acabaría averiguando de una manera u otra.

Solo esperaba que no fuese entre gritos de terror.

Las personas de Masadonia no tenían una idea exacta de cuántos regresaban de fuera del Adarve malditos. Solo veían a unos cuantos aquí y otros cuantos allá; no la realidad. Si lo supiesen, el pánico y el miedo se apoderarían de una población que no tenía ni noción del horror que acechaba fuera de los muros de la ciudad.

No como la teníamos mi hermano Ian y yo.

Por eso, cuando la conversación de la mesa pasó a temas más mundanos, tuve que hacer un esfuerzo por que el hielo que atenazaba mis entrañas se

fuese derritiendo. Se perdían y arrebatában innumerables vidas en el empeño de mantener a salvo a todos los que estaban dentro del Adarve, pero ese empeño estaba fracasando, llevaba tiempo fracasando. Y no solo ahí, sino por todo el reino de Solis.

La muerte...

La muerte *siempre* encontraba una manera de entrar.

Para, me ordené cuando la sensación de malestar general amenazó con rebosar. Hoy no se trataba de todas las cosas que sabía y que probablemente no debiera. Hoy se trataba de vivir, de... no pasar toda la noche despierta, incapaz de dormir, sola y con la sensación... la sensación de no tener ningún control, de no... no tener ni idea de quién era aparte de *lo* que era.

Me repartieron otra mano de cartas espantosas, y había jugado lo suficiente a las cartas con Ian como para saber que no había forma de hacer nada con ellas. Cuando anuncié que lo dejaba, me levanté y los guardias asintieron y me desearon buenas noches uno a uno.

Caminé entre las mesas, agarré la copa de champán que me ofrecía un camarero con una mano enguantada e intenté recuperar la sensación de emoción que había corrido por mis venas mientras recorría las calles más temprano aquella noche.

Me quedé a un lado mientras observaba la sala, pendiente de mantener mis sentidos a buen recaudo. Incluso sin contar a los que lograban proyectar su angustia al aire a su alrededor, no necesitaba tocar a una persona para saber si sentía dolor. Solo tenía que mirarla y concentrarme. No era que cambiara su aspecto si sufría algún tipo de dolor, su apariencia tampoco cambiaba cuando me concentraba en ella. Era solo que *sentía* su aflicción.

El dolor físico era casi siempre caliente, pero ¿el que no podía verse?

Ese casi siempre era frío.

Unos silbidos y gritos obscenos me sacaron de mi ensimismamiento. Una mujer de rojo estaba sentada sobre el borde de una mesa, al lado de la que yo acababa de abandonar. Llevaba un vestido hecho de retales de gasa y raso rojos que apenas le cubría los muslos. Uno de los hombres agarró la tela de la vaporosa faldita.

La mujer apartó su mano con una sonrisa lasciva, se tumbó sobre la espalda y su cuerpo formó una curva sensual. Sus abundantes rizos rubios se derramaron sobre monedas y fichas olvidadas.

—¿Quién quiere ganarme esta noche? —Su voz sonó grave y voluptuosa mientras deslizaba las manos por la cintura del elaborado corsé—. Os aseguro, chicos, que duraré más que cualquier olla de oro.

—¿Y qué pasa si hay un empate? —preguntó uno de los hombres. El elegante corte de su abrigo sugería que era un comerciante próspero o un hombre de negocios de algún tipo.

—Entonces, será una noche mucho más entretenida para mí —dijo, mientras deslizaba una mano por su estómago y la bajaba aún más, entre sus...

Con las mejillas arboladas, aparté la mirada a toda prisa para beber un sorbito del burbujeante champán. Mis ojos encontraron el camino hasta el deslumbrante brillo de una lámpara de araña de un dorado rosáceo. A la Perla Roja debía de irle bien y sus propietarios debían de estar bien relacionados. La electricidad era cara y estaba muy controlada por la Corte Real. Hizo que me preguntara quiénes eran algunos de sus clientes para que pudiesen permitirse semejante lujo.

Debajo de la lámpara de araña, se jugaba otra partida de cartas. Ahí también había mujeres, su pelo recogido en elaborados peinados decorados con brillantes cristales, su ropa mucho menos provocativa que la de las mujeres que trabajaban en el lugar. Sus vestidos eran de vibrantes colores morados y amarillos, de tonos pastel azul y lila.

A mí solo se me permitía vestir de blanco, tanto en mi habitación como en público, lo cual no era frecuente. Por ello, me sentía fascinada por la manera en que los distintos colores complementaban la piel o el pelo de sus propietarias. Pensé que debía de parecer un fantasma la mayoría de los días, cuando deambulaba de blanco por los pasillos del castillo de Teerman.

Estas mujeres también llevaban antifaces que cubrían la mitad de sus rostros y protegían sus identidades. Me pregunté quiénes serían algunas de ellas. ¿Esposas osadas a las que habían dejado solas por enésima vez? ¿Mujeres jóvenes que aún no se habían casado, o viudas quizás? ¿Sirvientas o mujeres que trabajaban en la ciudad y habían salido a divertirse? ¿Habría damas y lores en espera entre las mujeres enmascaradas de la mesa y entre la muchedumbre? ¿Habrían ido ahí por las mismas razones que yo?

¿Aburrimiento? ¿Curiosidad?

¿Soledad?

Si era así, entonces se parecían más a mí de lo que creía, aunque fuesen segundos hijos e hijas, entregados a la Corte Real en su trece cumpleaños, durante el Rito anual. Y yo... yo era Penellaphe del castillo de Teerman, pariente de los Balfour y la favorita de la reina.

Yo era *la* Doncella.

La Elegida.

Y en poco menos de un año, en mi cumpleaños número diecinueve, Ascendería, como harían todas las damas y lores en espera. Nuestra Ascensión sería diferente, pero sería la mayor desde la primera Bendición de los dioses, que tuvo lugar después del final de la Guerra de los Dos Reyes.

A ellos no les pasaría gran cosa si los pillaban, pero a mí... tendría que enfrentarme al disgusto del duque. Apreté los labios en una fina línea cuando una semilla de ira echó raíces en mi interior, mezclada con una pegajosa reminiscencia de asco y vergüenza.

El duque era un ser pestilente de manos demasiado largas que tenía una afición antinatural al castigo.

Pero no estaba dispuesta a pensar en él. Ni a preocuparme por ser castigada. Bien podía regresar a mis habitaciones si iba a hacer eso.

Hice un esfuerzo por apartar la mirada de la mesa y me fijé en que había mujeres que sonreían y reían en la Perla sin esconderse detrás de antifaces, sin ocultar su identidad. Estaban sentadas en mesas con guardias y hombres de negocios, o de pie en recovecos oscuros, donde charlaban con mujeres enmascaradas, con hombres y también con empleadas de la Perla Roja. No tenían miedo ni vergüenza de que las vieran.

Fuesen quienes fueren, gozaban de una libertad que yo deseaba con todas mis fuerzas.

Una independencia que perseguía esta noche, puesto que enmascarada y desconocida, nadie excepto los dioses sabrían que estaba ahí. Y por lo que a los dioses respectaba, hacía mucho tiempo que había llegado a la conclusión de que tenían cosas mucho mejores que hacer que malgastar su tiempo vigilándome a mí. Después de todo, si me hubiesen prestado atención, ya me habrían regañado por muchas cosas que había hecho hasta entonces y me estaban prohibidas.

Así que, esta noche, podía ser *quien quisiera*.

La libertad inherente a esa idea me causaba una sensación mucho más embriagadora de lo que hubiera imaginado. Incluso más que las semillas verdes de amapola proporcionadas por los que las fumaban.

Esta noche, no era la Doncella. No era Penellaphe. Era solo Poppy, un apodo que recordaba que mi madre había usado, uno que solo mi hermano Ian y muy pocos más usaban jamás.

Como Poppy, no había reglas estrictas que respetar, ni expectativas que cumplir, ninguna futura Ascensión que se acercara más deprisa de lo que querría. No había miedo, ni pasado, ni futuro. Esta noche, podía vivir un

poco, unas cuantas horas incluso, y acumular tanta experiencia como pudiera antes de que me devolvieran a la capital, a la reina.

Antes de que me entregaran a los dioses.

Un escalofrío recorrió de puntillas mi columna; incertidumbre, acompañada de una punzada de desolación. Lo reprimí todo con decisión, pues me negaba a darle alas. Darle vueltas a lo que estaba por venir, y no podía cambiarse, no servía de nada.

Además, Ian había Ascendido hacía dos años y, por lo que decía en las cartas mensuales que recibía de él, no había cambiado. La única diferencia era que, en lugar de contarme historias con su voz, lo hacía con palabras en cada carta. El mes pasado mismo había escrito acerca de dos hermanos, niño y niña, que habían bajado nadando hasta el fondo del mar Stroud y se habían hecho amigos de los seres acuáticos.

Sonreí mientras me llevaba la copa de champán a los labios; no tenía ni idea de dónde sacaba esas historias. Por lo que sabía, era imposible nadar hasta el fondo del mar Stroud y no existía tal cosa como los seres acuáticos.

Poco después de su Ascensión y por orden del rey y la reina, se había casado con *lady* Claudeya.

Ian no hablaba nunca de su esposa.

¿Acaso no era feliz en su matrimonio? La curva de mis labios se difuminó y bajé la vista hacia mi chisporroteante bebida rosácea. No estaba segura, pero apenas se habían visto antes de casarse. ¿Cómo podía ser tiempo suficiente para conocerse cuando lo más probable era que pasaras el resto de tu vida con una persona?

Y los Ascendidos vivían mucho, mucho tiempo.

Todavía se me hacía raro pensar en Ian como en un Ascendido. No era un segundo hijo, pero como yo era la Doncella, la reina les había pedido a los dioses que hiciesen una excepción en el orden natural y ellos le habían permitido Ascender. Yo no tendría que hacer frente a lo mismo que Ian, a un matrimonio con un extraño, con otro Ascendido, uno que seguro que codiciaba la belleza por encima de cualquier otra cosa, porque el atractivo era considerado algo divino.

Y aunque era la Doncella, la Elegida, a mí jamás se me consideraría divina. Según el duque, yo no era bella.

Era una *tragedia*.

Sin darme cuenta de ello, mis dedos rozaron el rasposo encaje del lado izquierdo del antifaz. Aparté la mano con brusquedad.

Un hombre al que reconocí como un guardia se levantó de una mesa y se giró hacia una mujer que llevaba un antifaz blanco como el mío. Alargó una mano hacia ella y le dijo unas palabras en voz demasiado baja como para que yo pudiera oírlas, pero ella contestó con un gesto afirmativo y una sonrisa antes de poner su mano sobre la del hombre. Se levantó y la falda de su vestido de tono lila cayó como líquido en torno a sus piernas, mientras el guardia la guiaba fuera de la sala hacia las dos únicas puertas accesibles para invitados, una en cada extremo de unas salas interconectadas. La de la derecha conducía al exterior. La puerta de la izquierda llevaba al piso de arriba, a habitaciones más privadas en las que Britta había dicho que ocurrían todo tipo de cosas.

El guardia condujo a la mujer enmascarada hacia la izquierda.

Él había preguntado. Ella había dicho que sí. Fuese lo que fuese lo que hicieran arriba, sería bienvenido y elegido por ambos, independientemente de si duraba unas horas o toda la vida.

Mis ojos se demoraron en la puerta mucho rato después de que se hubiera cerrado. ¿Acaso era por lo que realmente había ido ahí esa noche? ¿Para... para experimentar placer con alguien de mi propia elección?

Podría hacerlo si quisiera. Había oído conversaciones entre las damas de compañía, de las que no se esperaba que permanecieran intactas. Según ellas, había... muchas cosas que una mujer podía hacer para sentir placer mientras conservaba su pureza.

¿Pureza?

Odiaba esa palabra, el significado que se ocultaba tras ella. Como si mi virginidad determinara mi bondad, mi inocencia. Como si su presencia o falta de presencia fuera de algún modo más importante que los centenares de elecciones que hacía cada día.

Había incluso una parte de mí que se preguntaba qué harían los dioses si acudiese a ellos sin ser ya una doncella en realidad. ¿Harían caso omiso de todo lo demás que hacía o no hacía solo porque ya no era virgen?

No estaba segura, pero esperaba que no fuese así. No porque tuviese pensado tener sexo ahora mismo, o la semana que viene o... en algún momento, sino porque quería tener la posibilidad de tomar esa decisión por mí misma.

Aunque... no estaba muy segura de cómo podría encontrarme en una situación en la que esa opción surgiera jamás. En cualquier caso, suponía que en la Perla Roja habría algún voluntario que querría hacer las cosas que había oído comentar a las damas en espera.

Un revoloteo nervioso palpitó en mi pecho mientras me forzaba a beber otro sorbito de champán. Las burbujas dulces me hicieron cosquillas en la parte de atrás de la garganta, lo que alivió parte de la repentina sequedad que sentía en la boca.

A decir verdad, lo de esa noche había sido una decisión impulsiva. La mayoría de las noches no lograba conciliar el sueño casi hasta el amanecer. Cuando por fin lo hacía, deseaba no haberlo hecho. Tres veces esa semana me había despertado con una pesadilla, mis gritos resonando en mis oídos. Y cuando llegaban de este modo, a borbotones, parecían un presagio. Un instinto muy parecido a la capacidad para sentir dolor, que gritaba una advertencia.

Inspiré un poco de aire y eché un vistazo hacia donde había estado mirando antes. La mujer de rojo ya no estaba en la mesa, sino en el regazo del comerciante que había preguntado qué pasaría si ganaran dos hombres. El hombre inspeccionaba sus cartas, pero una de sus manos se posaba donde se había dirigido la de ella hacía un rato, metida bien hondo entre sus muslos.

Ay, Dios.

Me mordí el labio y di media vuelta antes de que toda mi cara se pusiera roja como un tomate. Me deslicé hasta el siguiente apartado, separado por un tabique, donde se disputaba otra ronda de juegos.

Ahí había más guardias, algunos a los que incluso reconocí como pertenecientes a la Guardia Real, soldados iguales a los que trabajaban en el Adarve pero dedicados, en cambio, a proteger a los Ascendidos. Había una razón para que los Ascendidos tuvieran guardias personales. Había personas que habían intentado secuestrar a miembros de la Corte para pedir un rescate. En esas situaciones no solía haber heridos graves, pero había habido otros intentos originados por motivos muy distintos y mucho más violentos.

Me paré al lado de una frondosa planta que lucía pequeños capullos rojos, sin tener muy claro qué hacer a partir de ahí. Podía unirme a otra partida de cartas o entablar conversación con alguna de las muchas personas que rondaban por las mesas, pero no se me daba demasiado bien hablar con desconocidos. No tenía ninguna duda de que soltaría algo estrambótico o haría una pregunta absurda que no tendría ningún sentido en la conversación. O sea que esa opción estaba descartada. Tal vez debería regresar a mis aposentos. Debía de ser tarde ya y...

Una extraña sensación se apoderó de mí. Empezó como un ligero cosquilleo en la nuca y se fue intensificando a cada segundo que pasaba.

Me daba la impresión de... de que alguien me observaba.

Miré por la sala, pero no vi que nadie me prestara demasiada atención. Sin embargo, esperaba que fuese alguien cercano. Así de potente era la sensación. La inquietud afloró en la boca de mi estómago. Empecé a dar media vuelta hacia la entrada cuando las largas y suaves notas de un instrumento de cuerda llamaron mi atención hacia la izquierda. Mis ojos se posaron en las vaporosas cortinas rojo sangre que oscilaban con suavidad por el movimiento de los demás.

Me quedé inmóvil, escuchando el vaivén de las notas, a las que pronto se unió el grave retumbar de un tambor. Me olvidé de la sensación de que me estuvieran observando. Me olvidé de muchas cosas. La música era... como nada que hubiese escuchado jamás. Era más profunda, más densa. Se ralentizaba y luego aceleraba. Era... sensual. ¿Qué había dicho Britta, la sirvienta, sobre el tipo de bailes que tenían lugar en la Perla Roja? Había bajado la voz al hablar de ello y la otra doncella con la que había estado hablando Britta se había escandalizado.

Me abrí paso por el borde de la sala y me acerqué a las cortinas. Estiré la mano para apartarlas...

—No creo que quieras entrar ahí.

Sobresaltada, me giré hacia el origen de la voz. Había una mujer detrás de mí, una de las damas que trabajaba para la Perla Roja. La reconocí, no porque hubiese estado del brazo de un comerciante o de un hombre de negocios cuando entré, sino porque era absolutamente preciosa.

Tenía el pelo negro azabache, con rizos apretados, y su piel era de un lustroso marrón oscuro. Su vestido rojo no tenía mangas pero sí un escote generoso, y la tela se pegaba a su cuerpo como si fuese líquida.

—¿Perdona? —dije, sin saber muy bien qué más decir mientras bajaba la mano—. ¿Por qué no querría? Solo están bailando.

—¿Solo están bailando? —Sus ojos se deslizaron por encima de mi hombro hacia la cortina—. Hay quien dice que bailar es hacer el amor.

—Yo... nunca he oído decir eso. —Despacio, miré detrás de mí. A través de las cortinas, pude distinguir la forma de cuerpos que oscilaban al son de la música, sus movimientos llenos de una gracia fluida e hipnotizadora. Algunos bailaban solos, sus curvas y figuras claramente delineadas, mientras que otros...

Contuve el aire de golpe, mis ojos volaron de vuelta hacia la mujer que tenía delante.

Sus labios pintados de rojo se curvaron en una sonrisa.

—Es la primera vez que vienes aquí, ¿verdad?

Abrí la boca para negarlo, pero pude sentir cómo el calor se extendía por cada rincón visible de mi rostro. Con eso bastaba.

—¿Tan evidente es?

La mujer se rio, una risa gutural.

—Para la mayoría, no. Pero para mí, sí. No te había visto nunca por aquí.

—¿Cómo lo sabrías si así fuera? —Me toqué el antifaz, solo para asegurarme de que no se me hubiese bajado.

—Tu antifaz está bien. —Había un extraño brillo de entendimiento en sus ojos, que eran una mezcla de dorado y castaño. No exactamente avellana. El dorado era demasiado brillante y cálido para eso. Me recordaron a otra persona que tenía ojos del color del cuarzo oscuro—. Recuerdo bien las caras, estén o no medio ocultas, y la tuya es una que no había visto aquí antes. Esta es tu primera vez.

En verdad, no tenía ni idea de cómo contestar a eso.

—Y también es la primera vez para la Perla Roja —añadió la mujer. Se inclinó hacia mí, bajó la voz—. No habíamos tenido nunca el placer de recibir a la Doncella.

Una oleada de sorpresa me recorrió de arriba abajo y apreté la mano en torno a la resbaladiza copa de champán.

—No sé de qué estás hablando. Soy una segunda hija...

—Eres *como* una segunda hija, pero no del modo que quieres dar a entender —me interrumpió. Tocó con suavidad la capa que cubría mi brazo—. No te preocupes. No tienes nada que temer. Tu secreto está a salvo conmigo.

La miré durante lo que pareció un minuto entero antes de recuperar el uso de mi lengua.

—Si eso fuera verdad, ¿por qué habría de estar a salvo ese tipo de secreto?

—¿Por qué no habría de estarlo? —preguntó a su vez—. ¿Qué ganaría yo con contárselo a alguien?

—Ganarías el favor del duque y la duquesa. —Mi corazón aporreaba en mi pecho. La sonrisa de la mujer se desvaneció y su mirada se endureció.

—No tengo ninguna necesidad de gozar del favor de un Ascendido.

La manera en que lo dijo fue como si hubiese sugerido que buscara el favor de un pegote de barro. Casi le creí, pero nadie que viviera en el reino perdería la oportunidad de ganarse la estima de un Ascendido a menos que...

A menos que no reconociera a la reina Ileana y al rey Jalara como los verdaderos y legítimos regentes. A menos que apoyara al que se hacía llamar príncipe Casteel, el legítimo heredero al trono.

Excepto que no era ni príncipe ni heredero. No era más que una reminiscencia de Atlantia, el reino corrupto y retorcido que había caído al final de la Guerra de los Dos Reyes. Un monstruo que había sembrado el caos y causado un gran derramamiento de sangre. La encarnación del mal más puro.

Era el Señor Oscuro.

Aun así, había quien lo apoyaba, quien respaldaba su aspiración al trono: los Descendentes que habían tomado parte en las revueltas y en la desaparición de muchos Ascendidos. En el pasado, los Descendentes habían causado discordia solo mediante pequeñas concentraciones y protestas, e incluso entonces no eran más que unos pocos y sus actividades esporádicas, debido a los castigos que se infligían a los sospechosos de pertenecer a su grupo. Los juicios ni siquiera podían recibir ese nombre. No había segundas oportunidades. Nada de encarcelamientos prolongados. La muerte era rápida y definitiva.

Pero últimamente, las cosas habían cambiado.

Muchos creían que los Descendentes habían sido responsables de las misteriosas muertes de varios guardias reales de alto rango. En Carsodonia, la capital, varios habían caído del Adarve de manera inexplicable. Dos habían muerto con flechas clavadas en la parte de atrás de la cabeza en Pensdurth, una ciudad pequeña en la costa del mar Stroud, cerca de la capital. Otros simplemente habían desaparecido mientras estaban en pueblos más pequeños y jamás se había vuelto a saber de ellos.

Hacía tan solo unos meses una violenta revuelta había terminado en un baño de sangre en Tres Ríos, una bulliciosa ciudad comercial más allá del Bosque de Sangre. La mansión Goldcrest, la sede real en Tres Ríos, había quedado reducida a cenizas, junto con los templos. El duque de Everton había muerto en el incendio, al igual que muchos sirvientes y guardias. La duquesa de Tres Ríos había escapado de milagro.

Los Descendentes no eran solo atlantianos que se ocultaban entre las gentes de Solis. Algunos de los seguidores del Señor Oscuro no tenían ni una sola gota de sangre atlantiana en las venas.

Entorné los ojos y me fijé bien en la bella mujer. ¿Podía ser una Descendente? Me resultaba inimaginable cómo podía nadie apoyar al reino caído, independientemente de cuán duras que fuesen sus vidas o de lo infelices que fueran. No cuando los atlantianos y el Señor Oscuro eran responsables de la neblina, de lo que pululaba en su interior. De lo que era muy probable que hubiese terminado con la vida de Finley. Lo que se había

llevado innumerables vidas más, incluidas las de mi madre y mi padre, y había dejado mi sangre agriada por el recuerdo del horror que moraba dentro de la neblina.

Dejé mis sospechas a un lado por el momento y me abrí a sentir si había algún gran dolor dentro de la mujer, algo que fuese más allá de lo físico y procediera de la pena o de la amargura. El tipo de dolor que empujaba a la gente a hacer cosas horribles para tratar de aliviar su aflicción.

No había ni asomo de algo así irradiando de ella.

Aunque, claro, eso no significaba que no fuese una Descendente.

—Como ya te he dicho —insistió la mujer, con la cabeza ladeada—, no tienes nada de lo que preocuparte con respecto a mí. ¿En cuanto a él? Esa es otra historia.

—¿Él? —repetí.

La mujer se apartó a un lado cuando la puerta principal se abrió y una repentina ráfaga de aire anunció la llegada de más clientes. Entró un hombre y, detrás de él, había un caballero más grande, con pelo pajizo y el rostro curtido, bronceado por el sol...

Abrí los ojos como platos. La incredulidad atronó en mi interior. Era Vikter Wardwell. ¿Qué estaba haciendo en la Perla Roja?

Me vino a la mente una imagen de las mujeres de los vestidos cortos y los pechos medio expuestos y pensé en la razón por la que yo estaba ahí. Abrí los ojos aún más.

Oh, Dios mío.

Ya no quería pensar en el propósito de su visita. Vikter era un veterano de la guardia real, un hombre bien entrado en la cuarentena, pero para mí era más que eso. La daga que llevaba pegada al muslo había sido regalo suyo, y había sido él quien rompió con la costumbre y se aseguró de que no solo supiera cómo usarla, sino también cómo blandir una espada, atinar con una flecha en un objetivo sin ser vista e, incluso desarmada, cómo derribar a un hombre el doble de grande que yo.

Vikter era como un padre para mí.

También era mi guardia personal y lo había sido desde el momento en que llegué a Masadonia. Aunque no era mi único guardia. Compartía sus deberes con Rylan Keal, que había sustituido a Hannes cuando este murió mientras dormía hacía poco menos de un año. Había sido una pérdida inesperada, puesto que Hannes tenía poco más de treinta años y gozaba de una salud excelente. Los Curanderos creían que había tenido alguna afección cardíaca

desconocida. Aun así, era difícil imaginar cómo podía uno irse a dormir sano y entero y no volver a despertar jamás.

Rylan no sabía que estaba tan bien entrenada pero sí sabía que era capaz de manejar una daga. También ignoraba dónde íbamos Vikter y yo muy a menudo, cuando desaparecíamos fuera del castillo. Era amable y bastante relajado, pero no teníamos ni de lejos una relación tan estrecha como la mía con Vikter. Si el recién llegado hubiese sido Rylan, me habría escabullido de él sin problema.

—Maldita sea —mascullé. Me giré de lado al tiempo que me tapaba la cabeza con la capucha de la capa. Mi pelo era de un tono bastante llamativo, como cobre quemado, pero incluso con él oculto como estaba ahora y toda mi cara envuelta en sombras, Vikter me reconocería.

Tenía un sexto sentido como el que solo poseen los padres, uno que se deja ver cuando su hijo no trama nada bueno.

Miré hacia atrás en dirección a la entrada. Se me cayó el alma a los pies al ver que se sentaba en una de las mesas frente a la puerta. La única salida.

Los dioses me odiaban.

De verdad que lo hacían, porque no me quedaba ni la más mínima duda de que Vikter me vería. No me delataría, pero yo preferiría arrastrarme dentro de un agujero lleno de cucarachas y arañas antes que intentar explicarle a él, de todas las personas posibles, por qué estaba en la Perla Roja. Y habría sermones. No las charlas y los castigos que le encantaba impartir al duque, sino del tipo que te calaba hasta los huesos y te hacía sentir fatal durante días.

Sobre todo, porque te habían pillado haciendo algo por lo que merecías una reprimenda.

Y para ser francos, no quería ver la cara de Vikter cuando descubriese que yo sabía que estaba aquí. Eché otra miradita y...

Oh, por todos los dioses, una mujer se arrodilló a su lado y ¡le puso una mano en la pierna!

Tuve que frotarme los ojos.

—Esa es Sariah —explicó la mujer—. En cuanto él llega, ella está a su lado. Estoy convencida de que está locamente enamorada de él.

Me giré despacio hacia la mujer que estaba a mi lado.

—¿Él viene a menudo?

Un lado de su boca se curvó hacia arriba.

—Bastante a menudo como para saber lo que ocurre detrás de la cortina roja y...

—Con eso basta —la interrumpí. Ahora tendría que lavarme el cerebro con un cepillo de raíces—. No necesito oír nada más.

—Tienes aspecto de necesitar un lugar donde esconderte —insinuó, con una risa suave—. Y sí, en la Perla Roja es un aspecto que se reconoce con facilidad. —Me quitó con destreza la copa de champán—. Arriba hay unas cuantas habitaciones desocupadas. Prueba la sexta puerta de la izquierda. Ahí encontrarás refugio. Iré a buscarte cuando sea seguro.

Mis sospechas se avivaron cuando la miré a los ojos, pero dejé que me tomara del brazo y me condujera hacia la izquierda.

—¿Por qué querías ayudarme? —pregunté, mientras la mujer abría la puerta.

—Porque todo el mundo debería poder vivir un poco, aunque fuese solo unas pocas horas.

Me quedé boquiabierta al oírla decir lo que yo había pensado para mí misma hacía unos minutos. Anonadada, me quedé ahí plantada.

Con un guiño, la mujer cerró la puerta.

Que hubiese averiguado quién era no podía ser una coincidencia. ¿Repetir lo que había estado pensando hacía un rato? Era imposible. Una brusca carcajada escapó de mis labios. Puede que la mujer fuese una Descendente o, como muy poco, no era fan de los Ascendidos. Pero quizás también fuese una vidente.

Creí que no quedaba ninguno.

Y *todavía* no podía creer que Vikter estuviese ahí; ni que fuese con la asiduidad suficiente como para gustar a una de las damas de rojo. No estaba segura de por qué me sorprendía tanto. No era que los guardias reales tuviesen prohibido buscar placer, ni siquiera casarse. Muchos eran bastante... promiscuos, pues sus vidas estaban plagadas de peligros y a menudo eran demasiado cortas. Era solo que Vikter había tenido una mujer, que murió mucho antes de que yo lo conociera siquiera. Había muerto dando a luz a un bebé que también murió. Vikter aún quería a su Camilia tanto como cuando estaba vivita y coleando.

Aunque claro, lo que podía encontrarse en la Perla Roja no tenía nada que ver con el amor, ¿verdad? Y todo el mundo se sentía solo de vez en cuando, sin importar si su corazón pertenecía o no a alguien a quien ya no podían tener.

Un poco entristecida por esa idea, di media vuelta en la estrecha escalera iluminada por lámparas de aceite colgadas de las paredes. Solté un resoplido.

¿En qué lío me he metido?

Solo los dioses lo sabían, y ya no había marcha atrás.

Deslicé la mano entre los pliegues de la capa y la mantuve cerca del mango de la daga mientras subía las escaleras al primer piso. El pasillo era más ancho y estaba sumido en un silencio sorprendente. No sabía lo que me esperaba, pero supuse que oiría... sonidos.

Sacudí la cabeza y conté las puertas hasta llegar a la sexta de la izquierda. Probé el picaporte y la encontré abierta. Empecé a abrir, pero me detuve. ¿Qué estaba haciendo? Detrás de esa puerta podía estar esperándome cualquier cosa, cualquier persona. Esa mujer de abajo...

El sonido de una risa masculina llenó el pasillo cuando la puerta de al lado se abrió. Aterrada, me apresuré a entrar en la habitación que tenía delante y cerré la puerta a mis espaldas.

Con el corazón acelerado, miré a mi alrededor. No había lámparas, solo un candelabro de varios brazos sobre la repisa de una chimenea apagada, delante de la cual había un sofá. Sin necesidad de mirar detrás de mí, sabía que el único otro mueble de la habitación tenía que ser una cama. Al respirar hondo, capté el aroma de las velas. ¿Canela? Pero había algo más, algo que me recordaba a especias oscuras y madera de pino. Empecé a darme la vuelta...

Un brazo se cerró en torno a mi cintura, y tiró de mí hacia atrás contra un cuerpo muy duro, muy masculino.

—Esto —susurró una voz grave— sí que es inesperado.

Capítulo 2



Pillada por sorpresa, miré hacia arriba. Un error que Vikter me había enseñado a no cometer jamás. Debí de intentar sacar la daga, pero en lugar de eso, me quedé ahí plantada mientras el brazo se apretaba en torno a mi cintura y la mano del hombre se apoyaba en mi cadera.

—En cualquier caso, es una sorpresa agradable —continuó, retirando el brazo.

Salí de golpe de mi estupor y me giré para encararme con él, la capucha de la capa aún bien calada mientras mi mano volaba hacia la daga. Levanté la vista... luego la levanté un poco más.

Oh, Dios mío.

Me quedé paralizada. La sorpresa más absoluta se apoderó de mí y anuló mi sentido común cuando vi su cara al tenue resplandor de las velas.

Sabía quién era, aunque nunca había hablado con él.

Hawke Flynn.

Todo el mundo en el castillo de Teerman se había fijado en la llegada del guardia del Adarve desde Carsodonia, la capital, hacía unos meses. Yo no había sido una excepción.

Hubiese querido mentirme a mí misma y decir que se debía a su asombrosa altura, casi treinta centímetros más alto que yo. O que era porque se movía con la misma gracia y fluidez inherente y depredadora de los grandes gatos de cueva grises que merodeaban por las Tierras Baldías, pero que había visto una vez, de niña, en el palacio de la reina. Entonces el temible animal salvaje estaba enjaulado, y la forma en que caminaba adelante y atrás en su recinto demasiado pequeño me había fascinado y horrorizado a partes iguales. Había visto a Hawke caminar del mismo modo en más de una

ocasión, como si él también estuviese enjaulado. Podía deberse a la sensación de autoridad que parecía emanar de sus poros, aunque no podía ser mucho mayor que yo... quizás tuviese la misma edad que mi hermano, o un año o dos más. O tal vez fuese su destreza con la espada. Una mañana, mientras estaba con la duquesa en uno de los muchos balcones del castillo de Teerman, contemplando el campo de entrenamiento a nuestros pies, ella me había contado que Hawke había llegado de la capital con unas referencias inmejorables y que estaba bien encaminado a convertirse en uno de los guardias reales más jóvenes de la historia. Los ojos de la duquesa habían estado fijos en los brazos de Hawke, relucientes de sudor.

Mis ojos, también.

Desde su llegada, más de una vez había acabado oculta en recovecos oscuros para observarlo entrenar con los otros guardias. Aparte de las sesiones semanales del Consejo de la Ciudad que se celebraban en el Gran Salón, esas eran las únicas ocasiones en que lo veía.

Mi interés podía deberse solo a que Hawke era... bueno, era bello.

No era frecuente poder decir eso de un hombre, pero no se me ocurría una palabra mejor para describirlo. Tenía el pelo oscuro y espeso, rizado en torno a la nuca, y a menudo caía hacia delante y rozaba sus cejas igual de oscuras. Las curvas y ángulos de su rostro me hacían desear haber tenido algún talento con una pluma o un pincel. Sus pómulos eran altos y anchos, la nariz sorprendentemente recta para un guardia; muchos de ellos habían sufrido al menos una fractura de nariz. Su mandíbula cuadrada era firme, y su boca, bien formada. En las pocas ocasiones que lo había visto sonreír, el lado derecho de sus labios se había curvado hacia arriba dando lugar a un profundo hoyuelo. Si tenía uno a juego en la mejilla izquierda, era algo que no sabía. Aunque sus ojos eran, de lejos, su rasgo más cautivador.

Me recordaban a la miel fría, un color impactante que no había visto jamás. Y tenía una manera de mirarte que te dejaba con la sensación de estar desnuda. Lo sabía porque solía sentir su mirada durante los Consejos en el Gran Salón, aunque él jamás había visto mi cara ni mis ojos hasta entonces. Estaba segura de que su mirada se debía al hecho de que yo era la primera Doncella en siglos. La gente siempre me miraba pasmada cuando estaba en público, ya fuesen guardias, lores y damas en espera, o plebeyos.

Su mirada también podía ser solo producto de mi imaginación, impulsada por mi pequeño deseo secreto de que él sintiese por mí la misma curiosidad que yo sentía por él.

Quizás fuesen todas esas razones las que habían captado mi interés, pero había otra que me daba incluso un poco de vergüenza.

Las veces que lo había visto, había estirado mis sentidos hacia él a propósito. Sabía que estaba mal hacerlo cuando no había una buena razón para ello. No había nada que pudiera justificar esa invasión y no tenía ninguna excusa aparte de que me preguntaba qué era lo que lo empujaba a caminar arriba y abajo como un gato de cueva enjaulado tan a menudo.

Hawke *siempre* sentía dolor.

No era un dolor físico, sino algo más profundo que yo notaba como afiladas esquirlas de hielo contra la piel. Era un dolor crudo y daba la sensación de ser interminable. Sin embargo, la aflicción que parecía seguirlo siempre como una sombra nunca lo sobrepasaba. Si no hubiese hurgado, jamás la habría sentido. De algún modo, Hawke lograba mantener ese tipo de agonía a raya, y yo no conocía a nadie más que fuese capaz de hacerlo.

Ni siquiera los Ascendidos.

Aunque eso era porque jamás sentía *nada* procedente de ellos, a pesar de que sabía que sentían dolor físico. El hecho de que nunca tuviese que preocuparme de percibir algún dolor residual procedente de ellos debería empujarme a buscar su compañía, pero en lugar de eso me ponía los pelos de punta.

—No te esperaba esta noche —dijo Hawke. Me estaba dedicando esa medio sonrisa suya, la que no mostraba los dientes, y hacía aparecer el hoyuelo en la mejilla derecha, pero no terminaba de llegar nunca a sus ojos—. Solo han pasado unos días, cariñín.

¿Cariñín?

Abrí la boca y luego la cerré de golpe al darme cuenta de lo que pasaba. Parpadeé. ¡Creía que era otra persona! Alguien con quien era obvio que se había encontrado ahí en alguna otra ocasión. Bajé la vista hacia mi capa, la prenda que había tomado prestada. Era bastante peculiar, azul turquesa pálido con un ribete de piel blanca.

Britta.

¿Creía que era Britta?

Éramos más o menos de la misma altura, un poco por debajo de la media, y la capa ocultaba la forma de mi cuerpo, que no era tan delgado como el suyo. Daba igual cuánto ejercicio hiciera, era incapaz de tener la figura esbelta de la duquesa de Teerman o de alguna de las otras damas.

Inexplicablemente, una pequeña parte de mí, la misma parte que estaba escondida, se sintió... decepcionada, quizás incluso un poco celosa de la

bonita sirvienta.

Mis ojos se deslizaron por el cuerpo de Hawke. Llevaba los pantalones ceñidos y la túnica negra que todos los guardias usaban debajo de la armadura. ¿Habría venido directo después de su turno? Eché un rápido vistazo a la habitación. Había una mesita al lado del sofá, con dos copas. Hawke no había estado solo antes de que yo llegara. ¿Podía haber estado con otra? Detrás de Hawke, la cama estaba hecha y no parecía que nadie hubiese... dormido en ella.

¿Qué debía hacer? ¿Dar media vuelta y salir corriendo? Eso sería raro. Seguro que le preguntaría a Britta acerca de ello, aunque siempre que lograra devolver la capa y el antifaz sin que ella se diera cuenta, nadie tenía por qué sospechar.

Excepto por que lo más probable era que Vikter siguiese en el piso de abajo y la mujer también...

Por todos los dioses. Tenía que ser una vidente. El instinto me decía que había sabido que esta habitación estaba ocupada. Me había mandado ahí a propósito. ¿Había sabido que Hawke estaba aquí y que era probable que me tomara por Britta?

Parecía demasiado irreal para ser verdad.

—¿Te ha dicho Pence que estaba aquí? —preguntó Hawke.

Se me cortó la respiración mientras mi corazón empezaba a aporrear como un martillo contra mis costillas. Creía recordar que Pence era un guardia del Adarve, uno más o menos de la edad de Hawke. Uno rubio, si no recordaba mal, pero no lo había visto abajo. Negué con la cabeza.

—Entonces, ¿has estado atenta a ver si me veías? ¿Me has seguido? —inquirió. Chasqueó la lengua con suavidad—. Tendremos que hablar de eso, ¿no crees? —Noté una extraña amenaza en su voz, una que dejaba traslucir que no estaba demasiado contento con la idea de que Britta lo siguiera—. Aunque parece que no va a ser esta noche. Estás extrañamente callada —comentó.

Por lo que sabía de Britta, rara vez se mostraba tímida. Pero en cuanto dijera algo, Hawke sabría que no era la sirvienta y... y no estaba preparada para que descubriera eso. No estaba segura de para qué estaba preparada. Mi mano ya no estaba sobre la daga y no sabía lo que eso significaba. Lo único que sabía era que mi corazón todavía latía a mil por hora.

—No tenemos por qué hablar. —Hawke agarró el borde de su túnica y, antes de que pudiese aspirar otra bocanada de aire, se la quitó por encima de la cabeza y la tiró a un lado.

Mis labios se entreabrieron y casi se me salen los ojos de las órbitas. Ya había visto el pecho de un hombre, pero nunca había visto el suyo. Los músculos que se flexionaban y abultaban bajo las finas camisas con las que entrenaban los guardias se exhibían ahora ante mis ojos. Era ancho de hombros y pecho, todo músculos fibrosos cincelados por años de intenso entrenamiento. Había una fina pelusilla debajo de su ombligo que desaparecía dentro de sus pantalones. Mis ojos bajaron aún más y sentí ese calor otra vez, uno distinto, que no solo sonrojó mi piel, sino que también invadió mi sangre.

Incluso a la luz de las velas, podía ver lo ceñidos que eran sus pantalones, cómo abrazaban su cuerpo. Dejaban muy poco a la imaginación.

Y yo tenía una imaginación desbordante, gracias a la frecuente tendencia de las damas de compañía a compartir sus experiencias en exceso y a *mi* frecuente tendencia a escuchar conversaciones ajenas.

Una extraña sensación serpenteó por mi bajo vientre. No era desagradable. En absoluto. Era cálida y cosquillosa. Me recordó a mi primer trago de burbujeante champán.

Hawke se acercó a mí y mis músculos se pusieron en tensión para echar a correr, pero conseguí mantenerme en el sitio por pura fuerza de voluntad. Sabía que debía de haberme apartado. Debí hablar y revelar que no era Britta. Debí marcharme de inmediato. La forma en que Hawke caminó con sensualidad hacia mí y el modo en que sus largas piernas se comieron la distancia entre nosotros eran indicio suficiente de su intención, incluso aunque no se hubiese quitado antes la túnica. Y aunque yo tenía poca... vale, absolutamente *ninguna* experiencia, sabía por instinto que, si llegaba hasta mí, me tocaría. Quizás hiciese incluso algo más. Tal vez me besara.

Y eso estaba prohibido.

Era la Doncella, la Elegida. Por no mencionar que Hawke creía que era otra mujer y que era obvio que había estado en esa habitación con otra persona antes de que yo llegara. Eso no significaba que hubiera *estado* con alguien, pero podía ser.

Seguí sin moverme y sin hablar.

Esperé. Mi corazón latía a tal velocidad que me sentía mareada. Diminutos temblores sacudieron mis manos y mis piernas.

Y yo jamás temblaba.

¿Qué estás haciendo?, susurró la voz razonable y cuerda de mi cabeza.

Vivir, susurré de vuelta.

Y ser increíblemente estúpida, contrarrestó la voz.

Lo era. Pero seguí ahí plantada.

Con todos los sentidos a flor de piel, observé a Hawke detenerse delante de mí y levantar las manos. Agarró la parte de atrás de la capucha con una mano. Por un instante, pensé que iba a tirar de ella hacia atrás y que toda esa farsa se habría acabado. Pero eso no fue lo que hizo. La capucha solo se deslizó hacia atrás unos centímetros.

—No sé a qué tipo de jueguito estás jugando esta noche. —Su voz grave sonó insinuante—. Pero estoy deseando averiguarlo.

Su otro brazo se deslizó alrededor de mi cintura. Se me escapó una exclamación ahogada cuando tiró de mí contra su pecho. Esto no tenía nada que ver con los breves abrazos que había recibido de Vikter. Jamás había sido abrazada por un hombre de ese modo. No quedaba ni un centímetro entre su pecho y el mío. El contacto fue como un calambrazo para mis sentidos.

Tiró de mí hasta que estuve de puntillas, luego me levantó en volandas. Su fuerza era impresionante, puesto que tampoco era que yo fuese exactamente un peso pluma. Aturdida, planté las manos sobre sus hombros. El calor que irradiaba su dura piel parecía quemar a través de mis guantes, de la capa y del fino vestido blanco con el que solía dormir.

Ladeó la cabeza y sentí el calor de su aliento sobre mis labios. Un tenso estremecimiento de anticipación bajó rodando por mi columna al mismo tiempo que mi estómago se volteaba, lleno de incertidumbre. No había tiempo para que las dos emociones enfrentadas lucharan entre sí. Hawke giró sobre sí mismo y echó a andar con la misma gracia felina que había visto en él otras veces. Y en cuestión de unos pocos latidos entrecortados, estaba guiando nuestros cuerpos hacia abajo, sus brazos fuertes pero cuidadosos, como si fuese consciente de su fuerza. Cayó sobre mí, su mano todavía detrás de mi cabeza. Su peso fue una sorpresa cuando me presionó contra la cama. Y entonces su boca estaba sobre la mía.

Hawke me besó.

No hubo nada dulce o suave, como había imaginado que sería un beso. Fue algo duro y abrumador, exigente, y cuando aspiré una brusca bocanada de aire, él se aprovechó y profundizó aún más en su beso. Su lengua tocó la mía y me sobresalté. Sentí pánico en la boca del estómago, pero también algo más, algo mucho más poderoso, un placer que jamás había sentido. Hawke sabía al licor dorado que una vez probé a hurtadillas, y sentí el roce de su lengua en cada rincón de mi ser. En los escalofríos que brotaron por toda mi piel, en la inexplicable pesadez de mi pecho, en esa sensación tensa que serpenteaba y se enroscaba debajo de mi ombligo e incluso más abajo, donde sentí un repentino e intenso pulso entre las piernas. Me estremecí, clavé los

dedos en su piel y de repente deseé no haber llevado guantes, porque quería sentir su piel y dudaba mucho de que pudiera concentrarme en lo que sentía él. Ladeó la cabeza y sentí el roce de sus extrañamente afilados...

Sin previo aviso, interrumpió el beso y levantó la cabeza.

—¿Quién eres?

Mis pensamientos se movían con una extraña lentitud, me vibraba toda la piel. Entreabrí los ojos. El pelo oscuro le caía sobre la frente, con sus facciones en sombra, solo iluminadas por la suave y titilante luz, pero me dio la impresión de que sus labios se veían tan hinchados como sentía yo los míos.

Hawke actuó demasiado deprisa para que pudiera impedir su movimiento. Tiró de mi capucha hacia atrás y dejó al descubierto mi rostro enmascarado. Arqueó las cejas al tiempo que se disipaba la neblina de mis pensamientos. Mi corazón brincaba por mi pecho por una razón totalmente distinta, aunque mis labios aún cosquillearan por el beso.

Mi primer beso.

La mirada de ojos dorados de Hawke subió hasta mi cabeza, sacó la mano de detrás de mi cuello. Me puse tensa cuando agarró un mechón de mi pelo. Lo sacó para que brillara de un intenso castaño rojizo a la luz de la vela. Ladeó la cabeza hacia la izquierda.

—Desde luego que no eres quien pensaba que eras —murmuró.

—¿Cómo lo has sabido? —farfullé.

—Porque la última vez que besé a la dueña de esta capa, le faltó un pelo para sorber mi lengua por su garganta.

—Oh —susurré. ¿Se suponía que tenía que haber hecho eso? No sonaba como si fuese algo agradable.

Bajó la vista hacia mí, me evaluó con la mirada mientras permanecía con medio cuerpo encima del mío. Una de sus piernas estaba metida entre las mías y me percaté de que no tenía ni idea de cuándo había sucedido.

—¿Te habían besado alguna vez?

Me puse roja como un tomate. Oh, por todos los dioses, ¿tan obvio era?

—¡Claro que sí!

Un lado de sus labios saltó hacia arriba.

—¿Siempre mientes?

—¡No! —mentí de inmediato.

—Mentirosa —murmuró, en un tono casi juguetón.

La vergüenza inundó todo mi ser y ahogó el tembloroso placer como si me hubiese empapado en gélida aguanieve invernal. Empujé contra su pecho

desnudo.

—Deberías quitarte.

—Eso pensaba hacer.

La forma en que lo dijo me hizo entornar los ojos. Hawke se rio y fue... la primera vez que lo oí hacerlo. Cuando lo veía en el Gran Salón se mostraba callado y estoico, como la mayoría de los guardias, y cuando lo había visto entrenar, solo había alcanzado a ver esa medio sonrisa suya. Pero nunca una risa. Y con el dolor que sabía que rondaba por debajo de la superficie, no estaba del todo segura de que riera jamás.

Sin embargo, ahora lo había hecho y su risa sonaba real, profunda y agradable. Retumbó a través de mí, todo el camino hasta las puntas de mis pies. Tardé un poco en darme cuenta de que jamás lo había oído hablar tanto. Tenía un ligero acento, un deje casi musical en el tono. No logré identificarlo del todo; claro que solo había estado en la capital y aquí, y no era muy frecuente que la gente hablara conmigo o a mi alrededor si sabía que estaba presente. Por lo que sabía, el acento podía ser de lo más normal.

—De verdad que deberías moverte —le dije, aunque me gustaba sentir su peso sobre mí.

—Estoy bastante cómodo donde estoy —se burló.

—Pues yo no.

—¿Me vas a decir quién eres, princesa?

—¿Princesa? —repetí. No había príncipes ni princesas en todo el reino, aparte del Señor Oscuro, que se autodenominaba así. No los había desde la caída de Atlantia.

—Eres bastante exigente. —Encogió solo un hombro—. Supongo que una princesa sería exigente.

—Yo no soy exigente —protesté—. Quítate de encima.

—¿En serio? —Lo preguntó arqueando una ceja.

—Decirte que te quites no es ser exigente.

—Vaya, en eso no nos vamos a poner de acuerdo. —Hizo una pausa—. Princesa.

Mis labios querían esbozar una sonrisa irónica, pero conseguí reprimirla.

—No deberías llamarme así.

—Entonces, ¿cómo debería llamarte? ¿Un nombre, quizás?

—Soy... soy... nadie —le dije.

—¿Nadie? Qué nombre más extraño. ¿Las niñas que se llaman así tienen la costumbre de usar la ropa de otras personas?

—No soy una niña —espeté indignada.

—Eso espero. —Hizo una pausa, las comisuras de sus labios se curvaron hacia abajo—. ¿Cuántos años tienes?

—Los suficientes para estar aquí, si eso es lo que te preocupa.

—En otras palabras, bastante mayor como para hacerte pasar por otra persona, dejar que otros crean que eres otra persona y luego dejar que te besen...

—Vale, pilló lo que dices —lo interrumpí—. Sí, soy bastante mayor para como hacer todas esas cosas.

—Te diré quién soy yo —dijo, tras arquear una ceja—, aunque tengo la sensación de que ya lo sabes. Soy Hawke Flynn.

—Hola —lo saludé, y me sentí como una tonta al hacerlo. El hoyuelo de su mejilla derecha se hizo más profundo.

—Esta es la parte en la que me dices tu nombre. —Ni mis labios ni mi lengua se movieron—. Entonces, tendré que seguir llamándote «princesa».

Sus ojos eran ahora mucho más cálidos y sentí el impulso de comprobar si se le había aliviado el dolor, pero conseguí resistirme. Pensé que a lo mejor su dolor se habría disipado. Si era así...

—Lo menos que puedes hacer es decirme por qué no me detuviste —continuó, antes de que pudiese rendirme a la curiosidad y estirar mis sentidos hacia él. No tenía ni idea de cómo contestar a eso cuando ni siquiera yo lo entendía del todo. Un lado de sus labios dio un respingo hacia arriba—. Estoy seguro de que es algo más que mi aspecto arrebatador.

—Claro —dije, arrugando la nariz. Otra breve carcajada salió por su boca. Sonaba sorprendido.

—Creo que me acabas de insultar.

—Eso no es lo que pretendía —me defendí, con una mueca arrepentida.

—Me has hecho daño, princesa.

—Lo dudo mucho. Tienes que ser más que consciente de tu aspecto.

—Lo soy. Ha conducido a unas cuantas personas a tomar decisiones cuestionables en sus vidas.

—Entonces, ¿por qué has dicho que te había insultado...? —Me di cuenta de que me estaba tomando el pelo y me sentí como una tonta por no haberme percatado antes. Volví a empujar contra su pecho—. Sigues tumbado encima de mí.

—Lo sé.

Respiré hondo.

—Es bastante grosero por tu parte seguir haciéndolo cuando he dejado claro que me gustaría que te quitaras.

—Es bastante grosero por tu parte colarte en mi habitación vestida como...

—¿Tu amante?

Arqueó una ceja.

—Yo no la llamaría así.

—¿Cómo la llamarías?

Hawke pareció pensarlo un rato, aún medio despatarrado encima de mí.

—Una... buena amiga.

Parte de mí se sintió aliviada de que no se hubiese referido a ella con un apelativo despectivo como los que había oído usar a otros hombres al hablar de mujeres con las que habían intimado, pero ¿una buena amiga?

—No sabía que los amigos se comportaran de este modo.

—Apostaría a que no sabes demasiado sobre este tipo de cosas.

La verdad de su afirmación era difícil de ignorar.

—¿Y apostarías todo eso basado en un solo beso?

—¿Un solo beso? Princesa, se pueden aprender un montón de cosas de un solo beso.

Mientras lo miraba, no pude evitar sentirme... muy inexperta. Lo único que yo podía decir de su beso era lo que me había hecho sentir. Como si intentara poseerme.

—¿Por qué no me has detenido? —Sus ojos se deslizaron por el antifaz y luego más abajo, hacia donde me di cuenta de que la capa se había abierto, dejando al descubierto el vestido demasiado fino y un escote más bien atrevido. Para ser sincera, no sabía en qué había estado pensando cuando me puse esa prenda. Era casi como si, de manera inconsciente, me hubiese estado preparando para... algo. Me dio un retortijón. El vestido era más bien falsa bravuconería.

Los ojos de Hawke encontraron los míos.

—Creo que estoy empezando a entenderlo.

—¿Eso significa que te vas a levantar para que pueda moverme?

¿Por qué no lo has obligado a levantarse?, susurró esa estúpida y muy razonable, muy lógica, voz. Era una gran pregunta. Sabía bien cómo utilizar el peso de un hombre contra él y, lo que era más importante, tenía mi daga y podía llegar a ella. Sin embargo, no había intentado sacarla; tampoco había hecho un intento real por poner espacio entre nosotros. ¿Qué significaba eso? Supuse... supuse que me sentía a salvo. Al menos, por el momento. Tal vez supiese poco sobre Hawke, pero no era un desconocido, al menos no me lo parecía, y no le tenía miedo.

—Tengo una teoría —insistió, tras sacudir la cabeza.

—Estoy impaciente por oírla.

El hoyuelo de su mejilla derecha apareció de nuevo.

—Creo que viniste a esta habitación en concreto con un propósito claro.

—En eso tenía razón, pero dudaba mucho de que fuese a acertar en el motivo —. Por eso no hablaste ni intentaste corregir mi suposición errónea. A lo mejor la capa que tomaste prestada también fue una decisión muy calculada —continuó—. Has venido porque quieres algo de mí.

Empecé a negar lo que sugería, pero no me vino ninguna palabra a la boca. El silencio no era una negación ni una afirmación, pero mi estómago dio otra voltereta. Hawke se movió un pelín, y apoyó una mano contra mi mejilla derecha, con los dedos abiertos.

—Tengo razón, ¿verdad, princesa?

Mi corazón daba brincos en todas direcciones. Intenté tragar saliva, pero tenía la garganta seca.

—Tal vez... tal vez vine en busca de... conversación.

—¿A hablar? —Arqueó las cejas—. ¿De qué?

—De muchas cosas —improvisé. Su expresión se suavizó.

—¿Como cuáles?

Mi cabeza se quedó en blanco por unos instantes. Luego solté lo primero que me vino a la mente.

—¿Por qué elegiste trabajar en el Adarve?

—¿Has venido aquí esta noche a preguntarme eso?

No había una sola cosa en su tono o en su expresión que indicara que me creía, pero asentí mientras pensaba que este era un ejemplo más de lo mal que se me daba entablar conversación con la gente. Hawke se quedó callado unos segundos.

—Me uní al Adarve por la misma razón que la mayoría —dijo al fin.

—¿Y esa es...? —pregunté, aunque conocía la mayor parte de las razones.

—Mi padre era granjero y esa no era vida para mí. No existen muchas opciones más aparte de unirse al Ejército Real y proteger el Adarve, princesa.

—Es verdad. —Hawke entornó los ojos y un destello de sorpresa cruzó su rostro.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que no hay muchas oportunidades para que los niños se conviertan en algo distinto a lo que eran sus padres.

—¿Quieres decir que no hay muchas oportunidades para que los niños mejoren su posición en la vida, para que les vaya mejor que a los que vivieron

antes que ellos?

Asentí lo mejor que pude.

—El... el orden natural de las cosas no permite algo así. El hijo de un granjero es granjero o...

—¿O elige hacerse guardia, donde arriesga la vida por un sueldo estable, aunque lo más probable es que no viva lo suficiente para disfrutarlo? —terminó—. No suena como una opción demasiado interesante, ¿verdad?

—No —admití, pero eso ya lo había pensado. Había otros trabajos a los que podría haber optado Hawke. Comerciante y cazador, pero esos también eran peligrosos, ya que requerían salir del Adarve con frecuencia. Aunque no eran tan peligrosos como unirse al Ejército Real e ir al Adarve. ¿Todo su dolor provendría de lo que había visto como guardia?—. Puede que no haya muchas opciones, pero sigo pensando... no, tengo muy claro... que unirse a la guardia requiere cierto nivel de fuerza y valentía innatas.

—¿Opinas eso de todos los guardias? ¿Que son valientes?

—Sí.

—No todos los guardias son buenas personas, princesa.

Entorné los ojos.

—Ya lo sé. Valentía y fuerza no equivalen a bondad.

—En eso estamos de acuerdo. —Sus ojos se deslizaron hacia mi boca y noté el pecho inexplicablemente tenso.

—Has dicho que tu padre era granjero. ¿Está...? ¿Se ha reunido con los dioses?

Algo cruzó por su cara, demasiado deprisa para que pudiera descifrarlo.

—No. Está vivo y sano. ¿El tuyo?

Sacudí la cabeza brevemente.

—Mi padre... los dos murieron.

—Lo siento —dijo, y sonó sincero—. La pérdida de un padre o un familiar perdura mucho tiempo después de que se hayan marchado; el dolor disminuye, pero no desaparece nunca. Años después, seguirás pensando que harías cualquier cosa por recuperarlos.

Tenía razón, y pensé que quizás esa fuese la razón del dolor que Hawke sentía.

—Suenas como si lo supieras de primera mano.

—Es que así es.

Pensé en Finley. ¿Lo habría conocido bien Hawke? La mayoría de los guardias tenían buena relación, desarrollaban vínculos que eran más

profundos que la sangre, pero aunque hubiese conocido a Finley, seguro que había perdido a otros allegados.

—Lo siento —dije—. Lo siento por quienquiera que fuera que hayas perdido. La muerte es...

La muerte era constante.

Y yo veía mucha. Se suponía que no debería, con lo protegida que estaba, pero veía muerte con mucha frecuencia.

Hawke ladeó la cabeza y una cascada de rizos oscuros cayeron por su frente.

—La muerte es como una vieja amiga que viene de visita, a veces cuando menos se la espera y otras cuando la esperas. No es la primera ni la última vez que vendrá de visita, pero eso no hace que ninguna muerte sea menos dura o despiadada.

La tristeza amenazó con instalarse en mi pecho y espantar toda la calidez.

—Así es.

Hawke inclinó la cabeza de repente, sus labios se acercaron a los míos.

—Dudo que fuese la necesidad de conversación lo que te trajo aquí esta noche. No viniste a hablar de cosas tristes que no tienen remedio, princesa.

Sabía bien por qué había ido ahí y, una vez más, Hawke tenía razón. No era para hablar. Había ido ahí a vivir. A experimentar. A elegir. A ser cualquiera que no fuese yo. Ninguna de esas cosas implicaba hablar.

Pero había recibido mi primer beso. Podía dejarlo ahí, o esta noche podía ser una de muchas primeras cosas, todas de mi elección.

¿Estaba...? ¿De verdad estaba planteándome esto, fuese lo que fuese? Por todos los dioses, lo estaba haciendo. Una cascada de diminutos temblores me sacudió de la cabeza a los pies. ¿Los sentiría Hawke? Se acumularon en mi estómago para formar pequeños nudos de anticipación y miedo.

Era la Doncella. La Elegida. Lo que había pensado hacía un rato acerca de lo que preocupaba a los dioses se debilitó. ¿Me encontrarían indigna? El pánico no se apoderó de mí como hubiese debido. En lugar de eso, me invadió una chispa de esperanza, y eso me inquietó más que cualquier otra cosa. El diminuto destello de esperanza me pareció traicionero y del todo preocupante, dado que ser considerada indigna acarrearía una de las más graves consecuencias.

Si los dioses me encontraran indigna, me enfrentaría a una muerte segura. Me exiliarían del reino.

Capítulo 3



Por lo que sabía, una sola persona había sido considerada indigna en su Ascensión. Su nombre había sido borrado de nuestras historias, así como cualquier asomo de información acerca de quién había sido y qué era lo que había causado su exilio. Le habían prohibido vivir entre mortales y, sin familia, ayuda o protección, se habría enfrentado a una muerte segura. Incluso los pueblos y los granjeros con sus pequeños Adarves y guardias sufrían espeluznantes tasas de mortalidad.

Aunque mi Ascensión era distinta a la de los demás, todavía podían encontrarme indigna, y ello me hacía suponer que mi castigo sería igualmente severo. Pero no tenía la capacidad mental para lidiar con eso.

No.

Eso era mentira.

No *quería* lidiar con eso. Debería, pero no me iba a marchar de la habitación. No iba a frenar a Hawke. Ya había tomado una decisión, aunque no entendiera por qué él seguía ahí, conmigo.

Humedecí mi labio inferior con la lengua. Me sentía un poco mareada, incluso un poco débil, y yo nunca me sentía *débil*. Esas pestañas de un espesor imposible descendieron y los ojos de Hawke miraron mi boca con tal intensidad que eran como una caricia. Me estremecí.

Esos ojos suyos parecían incluso más brillantes que antes, mientras su dedo trazaba el contorno de mi antifaz, todo el camino hasta donde la cinta de raso desaparecía bajo mi pelo.

—¿Puedo quitarte esto?

Incapaz de hablar, sacudí la cabeza para decir que no.

Hawke se detuvo un momento y entonces su media sonrisa apareció de nuevo, aunque sin hoyuelo esta vez. Alejó el dedo del antifaz, luego lo deslizó por la línea de mi mandíbula y bajó por mi cuello, hasta donde se abrochaba la capa.

—¿Y esto?

Asentí.

Sus dedos eran hábiles. Apartó la capa a un lado y luego deslizó la yema de un dedo por mi cuello, siguió la rápida subida y bajada del relieve de mi pecho. Un torbellino de sensaciones brotó tras su dedo, tantas que no era capaz de entenderlas todas.

—¿Qué quieres de mí? —me preguntó, mientras jugueteaba con el pequeño arco entre mis pechos—. Dímelo y lo haré.

—¿Por qué? —farfullé—. ¿Por qué harías... esto? No me conoces, y creías que era otra persona.

Un destello de diversión cruzó su despampanante rostro.

—No tengo nada más que hacer ahora mismo y estoy intrigado.

Arqueeé las cejas.

—¿Porque no tienes nada más que hacer ahora mismo?

—¿Preferirías que me pusiera poético y dijera lo embelesado que estoy por tu belleza, aunque solo pueda ver la mitad de tu cara? Que, dicho sea de paso, por lo que puedo ver, es agradable. ¿Preferirías que te dijera que estoy cautivado por tus ojos? Que parecen de un bonito tono verde.

—Bueno, no. No quiero que mientas —protesté, empezando a fruncir el ceño.

—Ninguna de esas cosas era mentira. —Tiró un poco del arco e inclinó la cabeza. Rozó mis labios con los suyos. El suave contacto envió una oleada de sensaciones por todo mi cuerpo—. Te he dicho la verdad, princesa. Me intrigas, y es bastante raro que alguien me intrigue.

—¿Y?

—Y —repitió con una risita mientras sus labios recorrían mi mandíbula—, has cambiado mi noche. Había planeado regresar a mis aposentos. Quizás dormir a pierna suelta, por aburrido que eso pueda ser, pero tengo la sospecha de que esta noche será de todo menos aburrida si la paso contigo.

Aspiré un poco de aire, extrañamente halagada y aun así todavía confusa por su razonamiento. Deseé que hubiese alguien ahí a quien preguntar, pero aunque lo hubiera, resultaría extraño... e incómodo.

Las dos copas al lado del sofá se me aparecieron en la mente.

—¿Estabas... estabas con alguien antes de que yo llegara?

Levantó la cabeza y me miró.

—Esa es una pregunta inesperada.

—Había dos copas al lado del sofá —aclaré.

—También es una inesperada pregunta *personal* hecha por alguien cuyo nombre ni siquiera sé.

Me sonrojé. Ahí tenía razón.

Se quedó callado durante tanto tiempo que me entraron dudas. A lo mejor no debía importarme si había estado con otra persona... pero en realidad sí que me importaba y, si eso era indicativo de algo, me estaba gritando que todo aquello era un error. La situación se me había ido de las manos. No sabía nada de él, de lo que...

—Estuve con alguien, sí —contestó al fin y la desilusión bulló en mi interior—. Una amiga que no es como la dueña de esa capa. Una a la que no había visto desde hacía tiempo. Nos estábamos poniendo al día, en privado.

La desazón se alivió y decidí que debía de estar diciendo la verdad. No necesitaba mentir para tenerme cuando podía tener a un montón de otras chicas que estarían ansiosas por *intrigarlo*.

—Entonces, princesa, ¿vas a decirme lo que quieres de mí?

Aspiré otra temblorosa bocanada de aire.

—¿Cualquier cosa?

—Cualquier cosa.

Entonces movió la mano, y la cerró en torno a mi pecho mientras deslizaba el pulgar por el centro. Fue un contacto ligerísimo, pero tuve que ahogar una exclamación cuando relámpagos de placer discurrieron por mi interior. Mi cuerpo reaccionó por su cuenta, se arqueó hacia su mano.

—Estoy esperando —insistió. Deslizó el pulgar una vez más y desperdigó mis ya de por sí inconexos pensamientos—. Dime lo que te gusta, para que pueda hacer que te encante.

—Yo... —Me mordí el labio—. No lo sé.

Los ojos de Hawke volaron hacia los míos y el momento se prolongó tanto que empecé a preguntarme si había dado una respuesta incorrecta.

—Te diré lo que quiero yo. —Su pulgar dibujaba círculos lentos y apretados por una zona de lo más sensible—. Quiero que te quites el antifaz.

—Yo... —Una intensa y palpitante excitación vibró por todo mi cuerpo, seguida al instante por un asombro embriagador. Lo que sentía... Jamás había sentido nada así en toda mi vida. Punzante y dulce, un tipo de dolor diferente—. ¿Por qué?

—Porque quiero verte.

—Ahora me ves.

—No, princesa —dijo, bajando la cabeza hasta que sus labios rozaron el cuello de mi vestido—. Quiero verte de verdad cuando haga esto sin tu vestido entre tú y mi boca.

Antes de que pudiera preguntar a qué se refería, sentí el húmedo y cálido roce de su lengua a través del efímero vestido de seda. Ahogué una exclamación, escandalizada por el acto en sí y por el aluvión de calor líquido que trajo consigo, pero entonces Hawke levantó la cabeza para mirarme a los ojos mientras su boca se cerraba sobre la punta de mi pecho. Succionó despacio y con fuerza, y la exclamación se convirtió en un gemido del que seguramente más tarde me avergonzaría.

—Quítate el antifaz. —Levantó la cabeza mientras deslizaba una mano por encima de mi cadera—. Por favor.

No me reconocería si lo hiciera. Hawke nunca sabría quién era, ni con el antifaz ni sin él, pero...

Si me quitaba esa cobertura facial, ¿diría Hawke lo que solía decir el duque? ¿Que era al mismo tiempo una obra maestra y una tragedia? Y cuando notara los irregulares cortes en la piel, desperdigados por mi estómago y mis muslos, ¿retiraría la mano horrorizado?

Se me enfrió la piel de golpe.

No había pensado esto bien.

En absoluto.

El maravilloso y excitante calor se diluyó. Hawke no era un Ascendido, pero tenía el mismo aspecto que ellos, casi perfecto. Mis cicatrices nunca me habían dado vergüenza. No cuando eran la prueba del horror al que había sobrevivido. Pero si él...

La mano de Hawke se deslizó por la cara externa de mi muslo derecho hacia donde terminaba la raja del vestido y se detuvo, justo encima del mango de la daga.

—¿Qué demon...?

Antes de que pudiese respirar siquiera, Hawke había desenvainado el arma, sus dedos a apenas milímetros de una de las cicatrices. Me senté, pero él fue más rápido y se echó hacia atrás al instante. La luz de las velas centelleó sobre la hoja roja.

—Piedra de sangre y hueso de *wolven*.

—Devuélvemela —exigí, mientras me ponía de rodillas a toda prisa. Los ojos de Hawke saltaron de la daga a mí y luego de vuelta a la daga.

—Esta es un arma única.

—Lo sé. —Mi pelo cayó hacia delante para cubrirme los hombros.

—Del tipo que no es barato —continuó—. ¿Cómo es que tienes algo así, princesa?

—Fue un regalo. —Cosa que era cierta—. Y no soy tan tonta como para venir desarmada a un sitio como este.

Hawke me miró durante un momento y luego estudió la daga de nuevo.

—Llevar un arma y no tener idea de cómo utilizarla no te hace muy lista.

La irritación bulló en mi interior con la misma intensidad que el deseo que había despertado en mí hacía apenas unos segundos.

—¿Qué te hace pensar que no sé utilizarla? ¿Que soy mujer?

—No puede sorprenderte que piense eso. Aprender a usar una daga no es exactamente habitual entre las mujeres de Solis.

—Tienes razón. —Y la tenía. No era socialmente apropiado para las mujeres saber utilizar un arma o ser capaces de defenderse, algo que siempre me había molestado. Si mi madre hubiese sabido cómo defenderse, a lo mejor todavía estaría aquí—. Pero sí sé cómo usarla.

—Ahora sí que estoy intrigado de verdad —murmuró, y el lado derecho de sus labios se curvó hacia arriba.

Se movió a una velocidad increíble y clavó la hoja de la daga en la cama. Solté una exclamación ahogada mientras me preguntaba qué opinarían de eso los dueños de la Perla Roja. Pero entonces saltó sobre mí y volvió a tirarme sobre el colchón, su peso me cubrió una vez más y presionó contra mí de un modo que hizo que todas las partes interesantes se encontraran. Su boca se acercó a la mía...

Un puño empezó a golpear la puerta y silenció lo que fuese que estaba a punto de preguntarme.

—¿Hawke? —llamó una voz masculina—. ¿Estás ahí? —Hawke se puso tenso encima de mí, su aliento cálido sobre mis labios mientras cerraba los ojos—. Soy Kieran. —El hombre dijo otro nombre que no reconocí.

—Como si no lo supiera ya —masculló Hawke en voz baja. Se me escapó una risita. Hawke abrió los ojos y su media sonrisa volvió a aflorar.

—¿Hawke? —Kieran volvió a aporrear la puerta un poco más.

—Creo que deberías contestarle —susurré.

—Maldita sea —murmuró. Miró hacia atrás y dijo en voz alta—: Estoy completa y felizmente ocupado en estos momentos.

—Siento oírlo —repuso Kieran, mientras Hawke se volvía otra vez hacia mí. Kieran llamó a la puerta de nuevo—. Pero la interrupción es inevitable.

—La única cosa inevitable que veo es cómo vas a acabar con la mano rota si vuelves a aporrear esa puerta una sola vez más. —Le advirtió Hawke. Abrió mucho los ojos—. ¿Qué, princesa? —Bajó la voz—. Ya te había dicho que estaba intrigado de verdad.

—Entonces, debo arriesgarme a sufrir una mano rota —contestó Kieran.

Un gemido de frustración retumbó desde el fondo de la garganta de Hawke, un sonido casi animal. Se me puso la carne de gallina.

—El... enviado ha llegado —añadió Kieran a través de la puerta.

Una sombra oscureció el rostro de Hawke. Sus labios se movieron como si murmurara algo, pero el sonido fue demasiado bajo para que lo entendiera. Un escalofrío se llevó parte del calor que sentía.

—¿Un... enviado? —Hawke asintió.

—Los suministros que estábamos esperando —explicó—. Debo ir.

Fue mi turno de asentir. Entendía que tuviera que irse, así que estiré la mano entre ambos para agarrar el borde de la capa.

Durante un largo momento Hawke no se movió, pero entonces se quitó de encima y se puso de pie. Le dijo algo a Kieran mientras recogía su túnica del suelo. Me apresuré a sacar la daga olvidada del colchón y la envainé a toda prisa mientras él pasaba la túnica por encima de su cabeza, deslizaba un tahalí sobre sus hombros y ajustaba el cinturón. Tenía dos vainas para armas a los lados... armas de las que yo no había sido consciente hasta ese momento.

Recogió dos espadas cortas de un baúl al lado de la puerta y pensé que quizás debería estar más atenta a mi entorno la próxima vez que irrumpiera en una habitación.

Ambas espadas terminaban en unaafiladísima punta letal, destinadas a la lucha cuerpo a cuerpo; los filos eran de sierra, diseñados para cortar piel y músculo.

Yo también sabía cómo usar esas armas, pero esa información me la guardé para mí.

—Volveré lo antes posible. —Envainó las espadas, que quedaron pegadas a sus costados—. Lo juro. —Asentí una vez más. Hawke clavó los ojos en mí—. Dime que me esperarás, princesa.

Mi corazón trastabilló.

—Lo haré.

Hawke dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta. Luego se detuvo y me miró a los ojos.

—Estoy impaciente por volver.

No dije nada mientras salía de la habitación, tras abrir la puerta solo lo suficiente para colarse por ella. Cuando la puerta se cerró a su espalda, solté el aire que había estado conteniendo y bajé la vista hacia la parte de delante de mi vestido. La zona de alrededor de mi pecho seguía húmeda, el tejido blanco casi transparente. Mis mejillas se arrebolaron y me apresuré a levantarme de la cama para descubrir que tenía las rodillas sorprendentemente débiles.

Levanté la vista hacia la puerta y cerré los ojos, sin tener muy claro si estaba decepcionada o aliviada por la repentina interrupción. En realidad, era una mezcla de las dos cosas, porque le había mentido.

No estaría ahí cuando él regresara.



—¿Qué hiciste ayer por la noche?

La pregunta desvió de golpe mi atención, que pasó de la galleta que estaba devorando en ese momento a la dama en espera que estaba sentada frente a mí.

Tawny Lyon era la segunda hija de un próspero comerciante, entregada a la Corte Real a los trece años durante el Rito. Alta y esbelta, con una lustrosa piel marrón y preciosos ojos castaños, era absolutamente envidiable. A algunos de los lores y damas en espera se les asignaban tareas aparte de su preparación para unirse a la Corte después de la Ascensión y, como teníamos la misma edad, poco después de su Rito, a ella la habían nombrado compañera mía. Sus labores iban desde hacerme compañía hasta ayudar a bañarme o vestirme si así se lo pedía.

Tawny era una de las pocas personas que podía hacerme reír por las cosas más absurdas. De hecho, era una de las pocas personas a las que permitían hablar conmigo siquiera. Era lo más cercano que tenía a una amiga y sentía por ella un profundo cariño.

Me daba la impresión de que ella también me tenía cariño o que, al menos, me apreciaba, aunque estuviera obligada a quedarse conmigo a no ser que le diera el día libre. Si no le hubiesen asignado la tarea de ser mi compañera, jamás habríamos hablado. Ese hecho no decía nada de ella como persona; solo reflejaba que sería como todos los demás: o bien tendría prohibido socializar conmigo o se mostraría recelosa en mi presencia.

Esa certeza era a menudo un lastre en mi pecho, otro pedazo de hielo, pero aunque sabía que nuestra amistad tenía su origen en el deber, confiaba en ella.

Hasta cierto punto, al menos.

Tawny sabía que yo estaba entrenada, pero desconocía las cosas con las que a veces ayudaba a Vikter, y no tenía ni idea de mis dones. Esas cosas me las guardaba para mí, porque compartir esa información podría ponerla a ella o a otros en peligro.

—Estuve aquí. —Me sacudí las migas mantecosas de los dedos mientras hacía un gesto que abarcaba la austera habitación. Estábamos en la pequeña antesala que daba al dormitorio. Había solo dos butaquitas al lado de la chimenea, un armario y un baúl, una cama, una mesilla y una gruesa alfombra de piel bajo nuestros pies. Otros tenían más... comodidades. Tawny tenía un precioso diván en su habitación y una montaña de lujosas alfombras, y yo sabía que algunos de los otros lores y damas en espera tenían tocadores o escritorios, paredes llenas de estanterías con libros e incluso electricidad.

A lo largo de los años, esos artículos habían ido desapareciendo de mis aposentos por una infracción u otra.

—No estabas en tu habitación —dijo Tawny. Un simple moño intentaba, sin mucho éxito, mantener su masa de rizos castaños y dorados retirada de su cara. Bastantes mechones habían escapado ya para descansar contra sus mejillas—. Vine a verte poco después de medianoche y no estabas aquí.

Se me paró un segundo el corazón. ¿Habría ocurrido algo para que el duque o la duquesa enviasen a Tawny a por mí? Si fuese así, Tawny no podría mentir, aunque supuse que si hubiese sucedido eso, ya me habría enterado.

Y ya me habrían convocado a la oficina privada del duque.

—¿Por qué viniste a verme? —pregunté.

—Pensé que había oído tu puerta abrirse y cerrarse, así que decidí investigar, pero no había nadie. —Hizo una pausa—. Nadie. Ni siquiera tú.

Era imposible que me hubiese oído regresar. Había utilizado el viejo acceso de servicio y, aunque esa puerta crujía como un saco de huesos, su habitación estaba en el lado contrario a mi cama. Esa puerta era una de las razones por las que nunca había pedido que me trasladaran a las zonas más nuevas y remozadas de la fortaleza. Por ella, podía acceder a casi cualquier parte del castillo y podía ir y venir a mi antojo.

Eso compensaba más que de sobra la falta de electricidad y la gélida y constante corriente que parecía siempre encontrar el camino de entrada por las ventanas, sin importar lo soleado que fuese el día.

Noté cómo se me humedecían las palmas de las manos mientras echaba un rápido vistazo a la puerta cerrada del pasillo. ¿Me había estado buscando alguien? Una vez más, ya me habría enterado, así que lo más probable era que Tawny se lo hubiese imaginado todo.

Puesto que conocía a Tawny muy bien, sabía que no dejaría de preguntar hasta que le diera algo verosímil.

—No podía dormir.

—¿Pesadillas? —Asentí, con cierta sensación de culpabilidad al ver la compasión que afloraba en sus ojos—. Últimamente tienes muchas. —Se echó hacia atrás en la silla—. ¿Estás segura de que no quieres probar uno de los somníferos que te preparó el curandero?

—Sí. No me gusta la idea de...

—¿Que te deje noqueada? —terminó por mí—. En realidad, no es tan malo, Poppy. Descansas a fondo y, para ser sincera, con lo poco que consigues dormir, creo que te vendría bien probar al menos.

La sola idea de ingerir algo que me sumiría en un sueño tan profundo que haría falta que un ejército entero cruzara por mi habitación para despertarme me hacía sudar. Estaría impotente del todo y eso era algo que jamás permitiría que ocurriera.

—Entonces, ¿qué hiciste? —Una pausa—. ¿O debería preguntar adónde fuiste? —Entornó los ojos con suspicacia al ver que me quedaba absorta en el elegante bordado de la servilleta—. Te escapaste del castillo, ¿verdad?

En ese momento, Tawny demostró que me conocía tan bien como yo a ella.

—No sé por qué piensas eso.

—¿Porque no tienes un largo historial de hacer justo eso? —Se rio cuando levanté la vista hacia ella—. Vamos, dime lo que hiciste. Estoy segura de que es más emocionante que lo que estuve haciendo yo, que fue escuchar a la institutriz Cambria parlotear sobre lo inapropiado que es este lord o esa dama en espera. Dije que tenía un terrible dolor de estómago solo para poder excusarme e irme.

Me eché a reír, segura de que Tawny había hecho justo eso.

—Las institutrices pueden ser un tostón.

—Eso es ser muy amable —comentó.

Con una amplia sonrisa, me llevé la taza de cremoso café a los labios. Las institutrices eran sirvientas de la duquesa que la ayudaban a llevar la casa, pero también se encargaban de las damas en espera. La institutriz Cambria era un dragón de mujer que me daba miedo incluso a mí.

—Sí que me escapé —admití.

—¿Adónde fuiste sin mí?

—A lo mejor te enfadas cuando te lo diga.

—Es muy probable.

La miré de reojo.

—A la Perla Roja.

Abrió tanto los ojos que adquirieron el tamaño de los platillos desperdigados por el carrito que había entre nosotras.

—¿En serio? —Asentí—. No puedo ni... —Pareció aspirar una profunda bocanada de aire—. ¿Cómo?

—Tomé prestada la capa de una de las doncellas y usé ese antifaz que encontré.

—Menuda... ladronzuela taimada.

—Devolví la capa esta mañana, o sea que no creo que puedas llamarme «ladrona».

—A quién le importa que la devolvieras. —Se inclinó hacia delante—. ¿Y qué tal fue?

—Interesante —me limité a decir, pero cuando me rogó que le diera más detalles, le conté lo que había visto. Estaba fascinada, se agarraba a cada palabra que decía como si estuviera compartiendo con ella el ritual que completaba la Ascensión.

—No puedo creer que no me llevaras contigo. —Se dejó caer hacia atrás en la butaca con un mohín, pero al instante volvió a saltar hacia delante—. ¿Viste a alguien a quien reconocieras? Loren dice que va casi cada dos días.

Loren, otra dama en espera, decía hacer muchas cosas.

—A ella no la vi, pero... —Dejé la frase a medio acabar, sin estar muy segura de si debía contarle lo de Hawke.

Me había marchado no más de diez minutos después que él, aliviada de comprobar que Vikter no estaba por ahí. Tampoco estaba la extraña mujer que sabía más de lo que debía. Había hecho todo lo que estaba en mi mano para no pensar en lo que había sucedido en esa habitación con Hawke.

Lo cual significaba que había fracasado en cuanto volví a mi cama. Me había quedado ahí tumbada hasta que el agotamiento se apoderó de mí, repasando todo lo que Hawke había dicho... todo lo que había hecho. Me desperté con una frustración de lo más extraña, un dolor en el pecho y en el bajo vientre.

—Pero ¿qué? —preguntó Tawny.

Quería contárselo. Por todos los dioses, claro que quería compartir con alguien lo que había pasado con Hawke. Un centenar de preguntas se acumulaban en mi interior, desesperadas por ver la luz, pero lo de la noche anterior era diferente. Había cruzado una gran línea roja y, aunque no sentía que me hubiese rebajado ni que hubiese hecho nada realmente malo, sabía que mis guardianes no pensarían lo mismo. Como tampoco lo harían los sacerdotes y sacerdotisas. Ir a la Perla Roja era una cosa. Compartirme, de la forma que fuese, con otra persona era algo completamente diferente. Saber eso podría ser un arma.

Confiaba en Tawny, pero, como dije antes, solo hasta cierto punto.

Y aunque solo pensar en Hawke hacía que se me apretara el estómago en docenas de pequeñas espirales, era algo que no volvería a suceder jamás. Cuando lo viera durante las sesiones del Consejo de la Ciudad, no sabría que había sido yo a la que había llamado *princesa*. No tendría ni idea de que había sido el primero en besarme.

Lo que habíamos hecho... me pertenecía solo a mí.

Y debía seguir de ese modo.

Solté el aire despacio e intenté hacer caso omiso del áspero nudo que se me había hecho en la garganta.

—En cualquier caso, muchas de las mujeres llevaban antifaces. Quizás estuviera ahí y no la reconocí. Cualquiera podría haber estado ahí.

—Si vuelves a ir alguna vez a la Perla Roja sin mí, haré agujeros en las suelas de tus zapatos —me advirtió, mientras jugueteaba con las cuentas blancas que ribeteaban el cuello de su vestido rosa.

—Guau —exclamé, con una risa escandalizada. Tawny también se rio—. En verdad, me alegro de que no fueras conmigo. —Cuando frunció el ceño, me apresuré a añadir—: En realidad yo tampoco debí haber ido.

—Sí, ir a la Perla Roja está prohibido. Aunque estoy segura de que está igual de prohibido que entrenarte para saber usar una daga o una espada como un guardia del Adarve.

Eso era algo que no había conseguido ocultarle a Tawny, pero nunca se lo había dicho a nadie y era una de las razones por las que sabía que podía confiarle la mayor parte de las cosas.

—Sí, pero...

—Igual que esa vez que te escapaste para ver una lucha. O cuando me convenciste para bañarnos en el lago...

—Eso fue idea tuya —la corregí. Su buena disposición a ayudarme a hacer cosas prohibidas era otra de las razones por las que tenía casi toda mi

confianza—. Y también fue idea tuya lo de hacerlo sin ropa.

—¿Quién se baña con ropa? —preguntó, abriendo mucho los ojos en ademán inocente—. Y esa idea fue de las dos, muchas gracias. Creo que deberíamos hacerlo otra vez y pronto, antes de que haga demasiado frío para dar un paseo al aire libre siquiera. De todos modos, podría pasarme toda la mañana enumerando cosas que has hecho y que, o bien están prohibidas por el duque y la duquesa, o vedadas para la Doncella, y hasta ahora, no ha pasado nada. Los dioses no han aparecido para declararte indigna.

—Eso es verdad —reconocí, mientras alisaba una arruga de la falda de mi vestido.

—Por supuesto que lo es. —Pescó una pequeña pasta redonda y se la metió entera en la boca. De algún modo, consiguió que no cayera ni un poco de azúcar glas sobre ella. Sin embargo, yo, en cuanto respiraba siquiera en dirección a esas pastas, acababa cubierta de una fina capa de polvo blanquecino en sitios que no tenían ningún sentido—. Bueno, ¿cuándo volvemos?

—Yo... no creo que deba.

—¿No quieres volver?

Abrí la boca. Luego la cerré e intenté no meterme en ese jardín. El problema era que sí quería volver.

Hacía unas horas, cuando estaba tumbada en la cama y no rebobinaba de manera obsesiva el tiempo pasado con Hawke, reviviendo el intensísimo deseo y la excitación que su beso había provocado en mí, me había preguntado si habría regresado como prometió, y si yo había hecho lo correcto al marcharme.

Por supuesto, a ojos de mis guardianes y de los dioses, había sido lo correcto, pero ¿lo había sido para mí? ¿Debería haberme quedado y experimentar muchísimo más antes de que pudiese no haber más oportunidades?

Levanté la vista hacia las ventanas que daban a la sección oeste del Adarve. Las oscuras formas de los guardianes que patrullaban por la muralla eran el único movimiento visible. ¿Estaría Hawke ahí fuera? ¿Por qué me lo estaba preguntando siquiera?

Porque había más que una pequeña parte de mí que había deseado quedarse, y sabía que pasaría mucho tiempo antes de que dejara de preguntarme lo que podría haber ocurrido si hubiera esperado. ¿Habría hecho Hawke todo lo que le hubiera pedido?

Ni siquiera tenía claro lo que eso hubiese significado. Tenía ideas. Tenía mi imaginación. Tenía los relatos de otras personas sobre sus experiencias; pero no eran mías. Eran solo finas copias transparentes de la realidad.

Y sabía que, si volviera ahí, lo haría con la esperanza de encontrarlo. Por eso no debía volver.

Miré hacia el armario abierto y lo primero que vi fue el velo blanco con sus delicadas cadenas doradas, y una pesadumbre se instaló sobre mí. Ya podía sentir su peso sustancial, aunque estuviese hecho de la seda más fina y más ligera. Cuando me lo pasaron por encima de la cabeza la primera vez, con ocho años, sentí pánico, pero después de diez años, debería haberme acostumbrado ya a él.

Sin embargo, aunque ya no sentía que no podía respirar o ver cuando lo llevaba, todavía me parecía pesado.

Colgada a su lado estaba la única prenda de color de todo mi armario, un manchurrón rojo entre un mar de blanco. Era un vestido ceremonial confeccionado para el inminente Rito; había llegado la mañana anterior y todavía no me lo había probado. Sería la primera vez que se me permitiera asistir al Rito, que se me permitiera vestir algo que no fuese blanco y dejarme ver sin velo. Claro que iría enmascarada, como todos los demás.

La única razón por la que me permitían asistir a este Rito cuando todos los demás habían estado prohibidos era porque sería el último antes de mi Ascensión.

Cualquier clase de emoción que pudiera despertar en mí el Rito se vería seguramente atemperada por el hecho de que sería el último.

Tawny se levantó y fue hacia una de las ventanas.

—La neblina lleva tiempo sin venir.

Tawny tenía la costumbre de saltar de un tema a otro, pero este cambio fue estremecedor.

—¿Qué te ha hecho pensar en eso?

—No lo sé. —Remetió un rizo suelto en el moño—. En verdad, sí lo sé. Ayer por la noche oí a Dafina y a Loren hablando —explicó—. Dijeron que habían oído a uno de los cazadores afirmar que la neblina se ha estado acumulando más allá del Bosque de Sangre.

—No me había enterado. —Se me hizo un nudo en el estómago al recordar a Finley y deseé no haber comido tantas lonchas de beicon.

—Quizás no debí sacar el tema. —Le dio la espalda a la ventana—. Es solo que... hace décadas que la neblina no se acerca siquiera a la capital. No es algo de lo que tuviéramos que preocuparnos allí.

Daba igual dónde estuviéramos, la neblina era algo de lo que siempre había que preocuparse. Solo porque no se hubiese acercado en décadas no significaba que no fuera a hacerlo, pero no lo dije.

Tawny se apartó de la ventana y volvió a la mesa para arrodillarse al lado de donde yo estaba sentada.

—¿Puedo ser sincera contigo por un momento?

—¿No lo eres siempre? —pregunté, con las cejas arqueadas.

—Bueno, sí, pero esto... es diferente.

Más que curiosa por saber lo que estaba pensando, asentí para que continuara hablando. Tawny respiró hondo.

—Sé que nuestras vidas son distintas, igual que nuestros pasados, y también lo serán nuestros futuros, pero tratas la Ascensión como si muy bien pudiese ser tu muerte, cuando es justo lo contrario. Es vida. Es un nuevo comienzo. Es una bendición...

—Empiezas a sonar como la duquesa —me burlé.

—Pero es verdad. —Se estiró hacia mí y agarró mi mano—. Dentro de unos meses no vas a estar muerta, Poppy. Estarás viva y ya no estarás constreñida por estas reglas. Estarás en la capital.

—Me habrán entregado a los dioses —la corregí.

—Y eso es asombroso. Vivirás algo que muy poca gente tiene la ocasión de vivir. Lo sé... sé que tienes miedo de no regresar de entre ellos, pero eres la Doncella favorita de la reina.

—Soy su única Doncella.

—Sabes que no es por eso —dijo, poniendo los ojos en blanco.

Era verdad.

La reina había hecho más por mí de lo que jamás se había esperado de ella, pero eso no cambiaba que mi Ascensión no se parecería en nada a la de Tawny.

—Y cuando regreses, Ascendida, yo estaré justo ahí, a tu lado. Solo piensa en todas las travesuras que podremos hacer. —Tawny me apretó la mano y vi que de verdad creía que eso ocurriría.

Quizás ocurriera.

Pero no era seguro. No tenía ni idea de lo que efectivamente significaba ser entregada a los dioses. Aunque cada pequeño detalle de la historia del reino parecía estar documentado, había unas cuantas cosas sobre las que no había nada escrito. Nunca había podido encontrar nada acerca de las Doncellas anteriores. Le había preguntado más de cien veces a la sacerdotisa

Analia qué significaba ser entregada a los dioses y la respuesta había sido siempre la misma.

Una Doncella no cuestiona los planes de los dioses. Tiene fe en ellos sin conocerlos.

A lo mejor era verdad que no era digna de ser una Doncella, porque me costaba tener fe en nada sin conocerlo.

Tawny, sin embargo, sí la tenía. Igual que Vikter y Rylan y, literalmente, todas las personas a las que conocía. Incluso Ian.

Aunque claro, a ninguno de ellos los habían entregado a los dioses.

Busqué en los ojos de Tawny, intenté detectar el más mínimo asomo de miedo.

—No tienes miedo para nada, ¿verdad?

—¿De la Ascensión? —Se levantó, cruzó las manos delante de ella—. ¿Nerviosa? Sí. ¿Asustada? No. Estoy emocionada de empezar un nuevo capítulo.

De empezar una vida que fuera realmente suya, en la que podría despertarse y comer cuando le viniera en gana, pasar sus días como quisiera y con quien quisiera, en lugar de tener que ser mi sombra perpetua.

Por supuesto que no tenía miedo. Y aunque yo no me sentía del mismo modo, nunca había tenido en cuenta lo que significaba para ella.

La mayoría de las veces, Tawny se mostraba más que dispuesta a tomar parte en todo tipo de aventuras que se me ocurrieran, y a menudo sugería otras ella misma. Pero si los dioses estaban observando, sobre todo en esta época tan cercana a la Ascensión, quizás la encontrarán indigna por participar en ellas. Eso no era algo que se me acabara de ocurrir ahora por primera vez, pero jamás me había golpeado con tal claridad que mi actitud con respecto a la Ascensión pudiera echar por tierra su entusiasmo.

Me sentí culpable, un sabor amargo en la parte de atrás de la garganta.

—Soy muy egoísta.

—¿Qué te hace decir eso? —preguntó Tawny, parpadeando desconcertada.

—He debido estropear tu ilusión con todo mi pesimismo —le dije—. No había pensado de verdad en lo emocionada que debes de estar.

—Bueno, cuando lo pintas de ese modo... —dijo, pero luego se echó a reír, con un sonido suave y cálido—. En serio, Poppy, no lo has hecho. Tus sentimientos con respecto a la Ascensión no han afectado lo que siento yo.

—Me alegro de saberlo, pero aun así, debería estar más ilusionada por ti. Eso es... —respiré hondo—, es lo que hacen los amigos.

—¿Te has sentido ilusionada por mí? ¿Contenta? —preguntó—. ¿Aunque estés preocupada por ti?

—Claro. —Asentí.

—Entonces, has hecho lo que hace una amiga.

Tal vez fuese verdad, pero me prometí que sería mejor, empezando por no volver a poner en riesgo su Ascensión implicándola en mis escapadas. Yo podría vivir con las nefastas consecuencias de que me encontraran indigna, porque sería mi vida y mis propias acciones las que me habrían llevado a ello. Pero no le haría eso a Tawny.

No podría vivir con eso.



Más tarde, después de cenar sola en mi habitación, Vikter llamó a mi puerta. Cuando levanté la vista hacia su rostro, dorado y curtido por la vida en el Adarve y años al sol, no se me ocurrió pensar en dónde había estado la noche anterior y la consiguiente incomodidad. Vi su expresión y supe que había ocurrido algo.

—¿Qué ha pasado? —susurré.

—Nos han convocado —dijo, y mi corazón dio un vuelco en mi pecho. Había solo dos razones por las que podrían convocarnos. Una sería el duque y la otra era igual de terrible, pero por causas muy distintas—. Hay un maldito.

Capítulo 4



Sin perder ni un segundo, salimos de mi habitación y del castillo por el viejo acceso de servicio. A continuación, nos deslizamos como fantasmas por la ciudad hasta que nos encontramos de pie ante una vieja puerta medio desvencijada.

El pañuelo blanco remetido justo debajo del picaporte era la única razón por la que la casa del Distrito Bajo de Masadonia era distinguible del resto de casas estrechas y achaparradas amontonadas unas sobre otras.

Vikter miró hacia atrás, hacia donde dos guardias de la ciudad charlaban bajo el resplandor amarillo de una farola; luego retiró con disimulo el pañuelo de la puerta y lo deslizó en un bolsillo interior de su capa oscura. La pequeña tela blanca era un símbolo de la red de personas que creían que la muerte, por violenta y destructiva que fuera, merecía dignidad.

También era una prueba de alta traición y deslealtad a la corona.

Cuando tenía quince años, me había enterado por casualidad de lo que hacía Vikter. Una mañana, se había marchado a toda prisa de una de nuestras sesiones de entrenamiento. A juzgar por el dolor mental que había irradiado el mensajero, sentí que pasaba algo, así que lo seguí.

Como es obvio, a Vikter no le había gustado. Lo que estaba haciendo era considerado traición y que lo pillaran no era el único peligro. Sin embargo, siempre me había molestado cómo solían manejarse esas situaciones. Exigí que me dejara ayudar. Él se negó. Lo repitió quizás cien veces, pero yo me mostré incansable y, además, tenía unas dotes únicas para ayudar en ese tipo de temas. Vikter sabía lo que era capaz de hacer y su empatía por los demás había contribuido a mi deseo de ayudar.

Llevábamos ya unos tres años haciendo esto.

No éramos los únicos. Había otros. Algunos eran guardias. Unos cuantos eran ciudadanos. Nunca conocí a ninguno. Por lo que sabía, Hawke podía ser uno de ellos.

Mi estómago dio una voltereta y luego sufrí un retortijón antes de desterrar de mi mente todo pensamiento acerca de Hawke.

Vikter llamó a la puerta con suavidad y después devolvió su mano enguantada a la empuñadura de su sable. Un par de segundos más tarde, la vieja puerta desvencijada se estremeció y las bisagras chirriaron cuando se abrió para dar paso al rostro pálido y redondo de una mujer de ojos hinchados. Debía de tener entre veinticinco y treinta años, pero la tensión de su ceño fruncido y las arrugas que rodeaban su boca la hacían parecer varias décadas mayor. La causa de su aspecto ajado tenía que ver con el tipo de dolor que cortaba más profundo que el daño físico, provocado por el hedor que emanaba del edificio que tenía detrás. Debajo del espeso y empalagoso humo de un incienso con olor a tierra mojada, flotaba el inconfundible aroma agri dulce y nauseabundo de la descomposición y la putrefacción.

De una maldición.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Vikter en voz baja.

La mujer jugueteó con el botón de su blusa arrugada, su mirada cansada saltó de Vikter a mí.

Abrí mis sentidos a ella. Un dolor profundísimo irradiaba de su interior en olas invisibles, tan pesado que era casi una entidad tangible a su alrededor. Pude *sentir* cómo cortaba a través de mi capa y mi ropa, cómo arañaba mi piel como unas uñas gélidas y oxidadas. Parecía alguien que se estuviera muriendo pero sin sufrir ni una sola herida o enfermedad. Así de crudo y poderoso era su dolor.

Reprimí el impulso de dar un paso atrás y me estremecí bajo mi gruesa capa. Todos mis instintos exigían que pusiera distancia entre nosotras, que me alejara lo más posible. Su dolor formó unos grilletes de hierro alrededor de mis tobillos, me inmovilizó cuando se cerró en torno a mi cuello. La emoción me anudó la garganta; sabía a... a desesperación amarga y desesperanza agria.

Retraje mis sentidos, pero me había abierto a ella durante demasiado tiempo. Ahora estaba sintonizada con su dolor.

—¿Quién es? —preguntó, con la voz ronca y rasposa por las lágrimas que sabía que habían anegado sus ojos.

—Alguien que puede ayudarte —respondió Vikter, de un modo con el que ya estaba muy familiarizada. Utilizaba ese tono siempre que yo estaba a

segundos de perder los estribos por la ira y hacer algo del todo imprudente que, según él, sucedía demasiado a menudo—. Por favor, déjanos entrar.

Los dedos de la mujer se detuvieron en torno al botón de debajo de su cuello, hizo un escueto gesto afirmativo y dio un paso atrás. Seguí a Vikter al interior. Miré a mi alrededor por la sala en penumbra, que resultó ser una combinación de cocina y comedor. No había electricidad en la casa, solo lámparas de aceite y gordas velas cerosas. Tampoco es que fuese una gran sorpresa, a pesar de que ahora se suministraba electricidad al Distrito Bajo para iluminar las calles y algunos de los negocios. Solo los ricos tenían electricidad en casa, y a ellos no los encontrarías en el Distrito Bajo. Estarían más cerca del centro de Masadonia, cerca del castillo de Teerman y lo más lejos posible del Adarve.

Aquí, sin embargo, el Adarve se alzaba imponente.

Aspiré una escueta bocanada de aire e intenté no fijarme en cómo el dolor de la mujer pintaba las paredes y los suelos de un negro aceitoso. Su dolor se había arremolinado ahí, entre los cachivaches y platos de barro, las deshilachadas mantas de guata y los muebles ajados. Crucé las manos debajo de la capa, aspiré otra bocanada de aire, esta más profunda, y miré a mi alrededor.

Había un farolillo sobre una mesa de madera, al lado de varias varillas de incienso encendidas, y alrededor de la chimenea de ladrillo había unas cuantas sillas. Me fijé en la puerta cerrada del otro lado del hogar. Ladeé mi cabeza encapuchada mientras entornaba los ojos. En la repisa de la chimenea, en el lado más cercano a la puerta, había un estrecho y afilado puñal que se veía de color borgoña a la tenue luz.

Heliotropo.

Esta mujer había estado dispuesta a encargarse del tema ella sola y, dado cómo se sentía, hubiese sido un desastre.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Vikter mientras levantaba la mano para retirar la capucha de su capa. Siempre hacía lo mismo. Mostraba su cara para consolar a la familia o a los amigos, para tranquilizarlos. Un mechón de pelo rubio cayó sobre su frente cuando se volvió hacia la mujer.

Yo no mostré mi rostro.

—A... Agnes —contestó. Su garganta subió y bajó cuando tragó saliva—. Había... había oído lo del pañuelo blanco, pero... no estaba segura de que fuese a venir nadie. Me preguntaba si sería algún tipo de mito o un truco.

—No es ningún truco. —Puede que Vikter fuese uno de los guardias más letales de toda la ciudad, si no de todo el reino, pero supe que cuando Agnes

levantó la vista hacia sus ojos, todo lo que vio fue su amabilidad—. ¿Quién está enfermo?

Agnes tragó saliva una vez más, la piel de alrededor de sus ojos se frunció cuando los cerró por un instante.

—Mi marido, Marlowe. Es un cazador del Adarve y... y regresó a casa hace dos días... —Se le quebró la voz y soltó un gran suspiro—. Hacía meses que se había ido. Estaba contentísima de verlo. Lo había echado mucho de menos y, a cada día que pasaba, temía que hubiese perecido en la carretera. Pero volvió.

Se me encogió el corazón como si estuviese apretado dentro de un puño. Pensé en Finley. ¿Habría sido un cazador, miembro de este grupo que incluía a Marlowe?

—Al principio parecía un poco indispuerto, pero eso no es raro. Su trabajo es agotador —continuó—. Pero... empezó a mostrar signos esa noche.

—¿Esa noche? —Solo un pequeño deje de alarma había teñido el tono de Vikter, pero yo abrí los ojos con una tonelada de consternación—. ¿Y has esperado hasta ahora?

—Teníamos la esperanza de que fuese otra cosa. Un resfriado o una gripe. —Su mano revoloteó de vuelta a los botones. Habían empezado a asomar hilos sueltos en torno a los discos de madera—. Yo... hasta ayer por la noche no supe que había algo más. Él no quería que lo supiera. Marlowe es un buen hombre, ¿sabes? No pretendía ocultarlo. Él... planeaba quitarse de en medio, pero...

—Pero la maldición no se lo permite —terminó Vikter por ella. La mujer asintió.

Miré otra vez hacia la puerta. La maldición progresaba de manera diferente para cada persona. Se apoderaba de algunos en cuestión de horas, mientras que con otros podía tardar un día o dos. No conocía ningún caso en que hubiese tardado más de tres. Debía de ser solo cuestión de tiempo que el hombre sucumbiera; quizás unas horas... puede que incluso solo minutos.

—No pasa nada —la tranquilizó Vikter, aunque en realidad sí pasaba—. ¿Dónde está ahora?

La mujer se llevó la otra mano a la boca e hizo un gesto con la barbilla hacia la puerta cerrada. La manga de su blusa estaba manchada de alguna sustancia oscura.

—Todavía es él. —Sus palabras sonaron un poco amortiguadas—. Sigue... sigue ahí dentro. Así es como quiere ir con los dioses. Como él mismo.

—¿Hay alguien más aquí?

La mujer negó con la cabeza y dejó escapar otro suspiro tembloroso.

—¿Ya os habéis despedido? —pregunté.

La mujer dio un respingo al oír mi voz. Abrió los ojos como platos. Mi capa era bastante informe, así que imaginé que se había sorprendido al descubrir que era mujer. Una mujer sería lo último que esperaría nadie en situaciones como esa.

—Eres tú —susurró.

Me quedé inmóvil.

Vikter, no. Por el rabillo del ojo, vi cómo su mano volvía a la empuñadura de la espada.

Agnes se movió de repente y Vikter hizo ademán de desenvainar el arma, pero antes de que él o yo pudiésemos reaccionar, la mujer se dejó caer de rodillas delante de mí. Inclino la cabeza, cruzó las manos debajo de la barbilla.

Abrí mucho los ojos debajo de la capucha y me giré despacio hacia Vikter. Él se limitó a arquear una ceja.

—He oído hablar de ti —susurró Agnes, mientras se mecía con movimientos cortos y espasmódicos. Casi se me para el corazón—. Dicen que eres la hija de los dioses.

Parpadeé una vez, luego otra, mientras se me ponía la carne de gallina. Mis padres eran de carne y hueso, y yo tenía muy claro que no era hija de los dioses, pero sabía que mucha gente en Solis consideraba a la Doncella como tal.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó Vikter, lanzándome una mirada que indicaba que hablaríamos de esto más tarde.

Agnes alzó sus mejillas empapadas en lágrimas y sacudió la cabeza.

—No quiero meter a nadie en líos. Por favor. No lo dijeron para esparcir rumores ni con mala voluntad. Es solo que... —Dejó la frase a medio terminar y deslizó los ojos hacia mí. Bajó la voz hasta que fue apenas un susurro—. Dicen que tienes el *don*.

Estaba claro que alguien había estado hablando. Un escalofrío sutil reptó por mi columna, pero lo ignoré al tiempo que el dolor de la mujer palpitaba y se intensificaba.

—No soy nadie importante.

—Agnes. Por favor —rogó Vikter tras aspirar una sonora bocanada de aire. Me quité los guantes y los guardé en un bolsillo. Deslicé la mano a través de una abertura entre los gruesos pliegues de la capa y se la ofrecí

mientras echaba un rápido vistazo a Vikter, que me miró con los ojos entornados.

Me iba a echar un *buena* reprimenda más tarde. En cualquier caso, fuera cual fuere el sermón que iba a recibir, merecería la pena.

Los ojos de Agnes bajaron hacia mi mano y entonces, despacio, levantó el brazo y puso su palma sobre la mía. Mientras se levantaba, cerré los dedos en torno a su mano fría y pensé en la arena dorada y reluciente que rodeaba el mar Stroud, pensé en calor y en risas. Vi a mis padres, sus facciones ya no nítidas sino difuminadas por el tiempo, borrosas y sin definir. Sentí la brisa cálida y húmeda en el pelo, la arena bajo mis pies.

Era el último recuerdo feliz que tenía de mis padres.

El brazo de Agnes tembló cuando aspiró una repentina y fatigosa bocanada de aire.

—¿Qué...? —Sus palabras se perdieron cuando su boca quedó laxa, sus hombros se relajaron. Su sofocante aflicción retrocedió, colapsó sobre sí misma como una casa hecha de cerillas en una tormenta de viento. Sus pestañas humedecidas parpadearon deprisa y un rubor rosado tiñó sus mejillas.

Solté su mano en el momento en que noté la habitación más... abierta y ligera, más fresca. Un dolor punzante seguía merodeando entre las sombras, pero ahora Agnes podía gestionarlo.

Yo también.

—Ya no... —Agnes se llevó una mano al pecho, sacudió un poco la cabeza. Frunció el ceño mientras miraba su mano derecha. Indecisa, volvió los ojos hacia mí—. Siento que puedo respirar otra vez. —La comprensión se hizo patente en su rostro, seguida de inmediato por un brillo de asombro en los ojos—. El *don*.

Volví a meter la mano bajo mi capa, consciente de la bola de tensión que empezaba a formarse en mi interior. Agnes tembló. Por un momento, temí que fuera a arrodillarse de nuevo, pero no lo hizo.

—Gracias. Muchísimas gracias. Por los dioses, grac...

—No tienes por qué darme las gracias —la interrumpí—. ¿Ya os habéis despedido? —pregunté otra vez. Nos estábamos quedando sin tiempo, un tiempo del que no disponíamos.

Brillaban lágrimas en sus ojos cuando asintió, pero el dolor no la sobrepasó como antes. Lo que le había hecho no duraría demasiado. El dolor volvería a aflorar. Con suerte, para entonces sería capaz de procesarlo. Si no,

el dolor siempre perduraría, un fantasma que ensombrecería todos los momentos felices de su vida hasta que solo quedara él.

—Lo veremos ahora —anunció Vikter—. Sería mejor que te quedaras aquí fuera.

Agnes cerró los ojos, pero asintió.

Vikter me tocó el brazo al dar media vuelta. Lo seguí. Mis ojos se posaron en el sofá más próximo a la chimenea justo cuando Vikter llegaba a la puerta. Medio escondida detrás de un fino almohadón, había una muñeca de trapo con pelo amarillo hecho de lana. Se me puso la carne de gallina mientras un nudo de inquietud me atenazó la boca del estómago.

—¿Le...? —empezó Agnes—. ¿Le facilitaréis la transición?

—Por supuesto —dije. Me volví hacia Vikter y le puse una mano en la espalda. Esperé a que bajara la cabeza antes de hablar—. Hay un niño —le dije en voz baja.

Vikter se detuvo, la mano sobre la puerta. Señalé el sofá con la cabeza. Su mirada siguió la dirección de mi gesto. Yo no era capaz de percibir a la gente, solo su dolor una vez que los veía. Si allí había un niño o una niña, lo debían de haber escondido y lo más probable era que no tuviese ni idea de lo que estaba sucediendo.

Pero entonces, ¿por qué no había reconocido Agnes que había un niño en la casa?

La inquietud se expandió y el peor escenario posible se iluminó en mi cabeza.

—Yo me encargaré de esto. Tú encárgate de *eso*. —Vikter vaciló, sus ojos azules se veían recelosos cuando los levantó hacia la puerta—. Puedo cuidar de mí misma —añadí, recordándole lo que ya sabía. Él era el único responsable de que fuese capaz de defenderme.

Un pesado suspiro salió tembloroso desde su interior.

—Eso no significa que siempre tengas que hacerlo. —En cualquier caso, dio un paso atrás. Miró a Agnes—. ¿Sería mucha molestia pedirte algo caliente de beber?

—Oh, no. Claro que no —se apresuró a decir Agnes—. Puedo preparar algo de café o té.

—¿No tendrás chocolate caliente? —preguntó Vikter. Sonreí para mis adentros. Aunque era algo que un padre tendría a mano y podía interpretarse como que Vikter estaba buscando más pruebas de la existencia de un niño, también era su mayor debilidad.

—Sí, por supuesto. —Agnes se aclaró la garganta y oyó el ruido de un armario al abrirse.

Vikter me hizo un gesto afirmativo con la cabeza, así que di un paso y empujé la puerta.

Si no hubiese estado preparada para ese hedor demasiado dulzón, demasiado acre y amargo, me habría tirado para atrás. Casi me da una arcada mientras mis ojos se adaptaban a la tenue luz de la habitación. Bueno, solo tendría que... no respirar tan a menudo.

Sonaba como un buen plan.

Eché un rápido vistazo a la habitación. Excepto por la cama, un armario alto y dos mesillas de aspecto desvencijado, estaba vacía. Había más incienso ardiendo en el interior, pero no lograba ocultar el hedor. Mis ojos volvieron a la cama, a la figura que yacía con una quietud imposible en el centro. Entré y cerré la puerta a mi espalda. Avancé mientras deslizaba la mano derecha otra vez dentro de la capa, hacia el muslo derecho. Mis dedos se cerraron en torno al mango de mi daga, siempre frío. Miré al hombre. O a lo que quedaba de él.

Era joven, eso se notaba, con el pelo castaño claro y unos hombros anchos que no paraban de temblar. Su piel había adquirido una palidez grisácea y tenía las mejillas tan hundidas como si su estómago no hubiese estado lleno en semanas. Unas sombras oscuras habían aflorado debajo de unos párpados que sufrían espasmos cada par de segundos. El color de sus labios era más azul que rosa. Respiré hondo antes de abrir mis sentidos una vez más.

El hombre sufría un gran dolor, tanto físico como emocional. No era igual que el de Agnes, pero tampoco menos potente ni pesado. Ahí dentro, la aflicción no dejaba espacio para la luz y era más que sofocante. Asfixiaba y arañaba, consciente de que no había forma de salir de aquello.

Un escalofrío me recorrió de arriba abajo cuando me obligué a sentarme a su lado. Desenvainé la daga, pero la mantuve oculta debajo de la capa mientras levantaba la mano izquierda y retiraba con cuidado la sábana del hombre. Tenía el pecho desnudo y su temblor se intensificó cuando el aire más frío de la habitación alcanzó su piel cerosa. Mis ojos se deslizaron hacia abajo por su estómago cóncavo.

Vi la herida que le había ocultado a su mujer.

Estaba encima de su cadera derecha: cuatro desgarros irregulares en la piel. Dos, lado a lado, un par de centímetros por encima de otras dos heridas idénticas.

Lo habían mordido.

Alguien que no supiese tanto como yo habría creído que lo había mordido algún tipo de animal salvaje, pero esa no era una herida de animal. Rezumaba sangre y algo más oscuro, más aceitoso. Tenués líneas de un tono azul rojizo irradiaban del mordisco, se extendían por su bajo vientre y desaparecían debajo de la sábana.

Un gemido desgarrador atrajo mi atención hacia arriba. El hombre retrajo los labios y reveló lo cerca que estaba de un destino peor que la muerte. Sus encías sangraban, manchaban sus dientes.

Dientes que ya estaban cambiando.

Dos de arriba y dos de abajo (los colmillos) ya se habían alargado. Bajé la vista hacia donde descansaba su mano al lado de mi pierna. Sus uñas también se habían alargado, se habían vuelto más animalescas que mortales. En cuestión de una hora, tanto sus dientes como sus uñas se endurecerían y afilarían. Serían capaces de cortar y morder a través de piel y músculos.

Se convertiría en uno de *ellos*.

Un Demonio.

Un ser abyecto y enajenado, impulsado por un hambre insaciable de sangre, que asesinaría a todo el que se interpusiera en su camino. Y si alguien sobrevivía a su ataque, acabaría por volverse igual que él.

Bueno, no todos.

Yo no lo había hecho.

Pero él se estaba convirtiendo en lo que existía fuera del Adarve, lo que moraba dentro de esa neblina espesa y antinatural, el mal con el que el reino caído de Atlantia había maldecido a estas tierras. Unos cuatrocientos años después del fin de la Guerra de los Dos Reyes, seguían siendo una plaga.

Los Demonios eran creaciones de los atlantianos, el producto de su beso envenenado, que actuaba como una infección y convertía a hombres, mujeres y niños en criaturas hambrientas cuyo cuerpo y mente se deformaba y descomponía a causa de la incesante hambre.

Aunque a la mayoría de los atlantianos se les había dado caza casi hasta su extinción, todavía existían muchos, y bastaba un solo atlantiano con vida para que hubiera una docena de Demonios, si no más. No eran del todo descerebrados. Se los podía controlar, pero solo el Señor Oscuro era capaz de hacerlo.

Y este pobre hombre se había resistido y había escapado, pero debía de saber lo que significaba el mordisco. Desde que nacíamos, todos lo sabíamos. Era parte de la historia del reino, empapada en sangre. Estaba maldito y no podía hacerse nada al respecto. ¿Había regresado para despedirse de su

mujer? ¿De un hijo? ¿Habría pensado que él sería distinto? ¿Que sería bendecido por los dioses?

¿Elegido?

Daba igual.

Con un suspiro, re Coloqué la sábana sobre su pecho desnudo. Procuré no respirar demasiado hondo al apoyar la palma de la mano contra su piel. La noté... anormal, equivocada, como cuero frío. Me concentré en las playas de Carsodonia, la capital, y las deslumbrantes aguas azules del Stroud. Recordé las nubes, cuán lejanas y esponjosas se veían. Cómo transmitían una sensación de paz. Y pensé en los Jardines de la Reina, en el exterior del castillo de Teerman, donde simplemente podía dedicarme a ser y no tenía que pensar ni sentir nada, donde todo, incluida mi propia mente, estaba en silencio.

Pensé en el calor que esos brevísimos instantes con Hawke habían provocado en mí.

Los temblores de Marlowe se apaciguaron y los espasmos de debajo de sus párpados se ralentizaron. La piel fruncida de los bordes de sus ojos se estiró.

—¿Marlowe? —dije, haciendo caso omiso del dolor sordo que empezaba a aflorar detrás de mis ojos. Dentro de un rato me dolería la cabeza, como ocurría siempre que me abría repetidas veces o utilizaba mi don.

El pecho subió mucho bajo mi mano y las pestañas apelmazadas aletearon. Abrió los ojos y me puse tensa. Eran azules. En su mayor parte. Rayos rojos atravesaban los iris. Dentro de poco, no quedaría nada de azul. Solo el color de la sangre. Marlowe entreabrió sus labios secos.

—¿Eres... eres Rhain? ¿Has venido a llevarme contigo?

Pensaba que era el dios del hombre común y los finales, un dios de la muerte.

—No, no lo soy. —Consciente de que su dolor se aliviaría el tiempo suficiente como para que esto se completara, levanté la mano izquierda e hice la única cosa que tenía expresamente prohibido hacer. No solo por el duque y la duquesa de Masadonia, o por la reina, sino también por los dioses. Hice lo que me había pedido Hawke con respecto al antifaz, lo que yo me había negado a hacer. Eché la capucha hacia atrás y luego me quité el antifaz blanco que llevaba solo por si se me caía la capa y dejaba mi rostro al descubierto.

Pensé, o esperé, que los dioses harían una excepción en casos como este.

Los ojos de Marlowe, entreverados de carmesí, se deslizaron por mis facciones. Empezaron por donde unos caracolillos de pelo cobrizo se rizaban

sobre mi frente, luego bajaron por el lado derecho de mi cara, seguido del izquierdo. Su mirada se demoró ahí, en la evidencia de lo que las garras de un Demonio podían hacer. Me pregunté si pensaría lo mismo que pensaba siempre el duque.

Qué lástima.

Esas dos palabras parecían ser las favoritas del duque. Esas y *me has decepcionado*.

—¿Quién eres? —preguntó con voz rasposa.

—Me llamo Penellaphe, pero mi hermano y unos cuantos más me llaman Poppy.

—¿Poppy? —susurró. Asentí.

—Es un mote raro, pero mi madre solía llamarme así y se me ha quedado.

—¿Por qué estás...? —Marlowe parpadeó despacio. Las comisuras de su boca se agrietaron, nuevas heridas rezumaron sangre y oscuridad—. ¿Por qué estás aquí?

Esboqué una sonrisa forzada y apreté la mano en torno al mango de la daga. E hice otra cosa que era motivo más que suficiente para que me llevaran a rastras al templo, aunque todavía no hubiese ocurrido, porque esta no era la primera vez que revelaba mi identidad a un moribundo.

—Soy la Doncella.

El pecho de Marlowe subió cuando aspiró una brusca bocanada de aire. Cerró los ojos y un escalofrío recorrió todo su cuerpo.

—Eres la Elegida, «nacida bajo el amparo de los dioses, protegida incluso en el útero, velada desde el nacimiento».

Esa era yo.

—Has... has venido por mí. —Abrió los ojos y vi que el rojo se había extendido hasta que solo quedó un atisbo de azul—. Me... me darás dignidad.

Asentí.

Los malditos por un mordisco de Demonio no morían tranquilos en sus camas y en la mayor paz posible. No se les concedía esa amabilidad y compasión. En lugar de eso, solían arrastrarlos hasta la plaza mayor para quemarlos vivos delante de una muchedumbre. No importaba que la mayoría se hubiesen vuelto malditos protegiendo a los que vitoreaban su horripilante muerte o trabajando por mejorar el reino.

Los ojos de Marlowe se deslizaron hacia la puerta cerrada detrás de mí.

—Es... es una buena mujer.

—Ella ha dicho que eres un buen hombre. —Sus escalofrantes ojos volvieron a mí.

—No seré... —Su labio superior se retrajo, reveló un diente con una punta letal—. No seré un buen hombre durante mucho más tiempo.

—No, no lo serás.

—Yo... intenté hacerlo yo mismo, pero...

—No pasa nada. —Despacio, saqué la daga de debajo de mi capa. El brillo de la vela cercana lanzó un destello sobre la oscura hoja roja. Marlowe estudió la daga.

—Heliotropo. Piedra de sangre.

Antes de que hubiera síntomas de la maldición, podías matar a un mortal de muchas formas distintas, pero una vez que había síntomas, solo el fuego y el heliotropo podían matarlos. Solo el heliotropo o una afilada estaca de madera procedente del Bosque de Sangre podían matar a un Demonio completo.

—Yo... solo quería despedirme. —Se estremeció—. Eso es todo.

—Lo comprendo —le dije, aunque deseaba que no hubiese regresado; pero no tenía que estar de acuerdo con sus acciones para comprenderlas. Su dolor empezaba a volver, daba punzadas intensas y luego se retiraba—. ¿Estás listo, Marlowe?

Deslizó la mirada hacia la puerta cerrada una vez más. Después cerró los ojos y asintió.

Con un gran peso sobre el pecho y sin tener muy claro si era mi dolor o el suyo el que me aplastaba, me moví un pelín. Cuando tenías una daga de heliotropo o una estaca del Bosque de Sangre, había dos formas de matar a un Demonio o a alguien maldito: atravesar el corazón o destruir el cerebro. Lo primero no era inmediato. Podía tardar varios minutos en desangrarse y era doloroso... y pringoso.

Apoyé mi mano izquierda contra su mejilla gélida. Me incliné sobre él...

—No fui... no fui el único —susurró. Se me paró el corazón.

—¿Qué?

—Ridley... a él... a él también lo mordieron. —Soltó una sibilante bocanada de aire—. Quería despedirse de su padre. No... no sé si logró acabar con su propia vida o no.

Si ese Ridley había esperado a que la maldición empezara a mostrar sus signos, le habría resultado imposible hacerlo. Lo que fuera que había en la sangre del Demonio, de un atlantiano, disparaba algún instinto primitivo de supervivencia.

Por todos los dioses.

—¿Dónde vive su padre?

—Dos manzanas más allá. La tercera casa. Azules... creo que tiene las contraventanas azules. Pero Ridley... él vive en los barracones con... los demás.

Madre mía, esto podía ponerse muy feo.

—Has hecho lo correcto —le dije, al tiempo que deseaba que lo hubiese hecho antes—. Gracias.

Marlowe hizo una mueca y sus ojos se abrieron de nuevo. Ya no había nada de azul. Estaba cerca. A segundos.

—No he...

Arremetí tan deprisa como las víboras negras que se ocultaban en los valles que conducían a los templos. La punta de la daga se hundió en el punto blando de la base de su cráneo. Orientada hacia delante y entre las vértebras, la hoja se incrustó bien hondo y cortó el bulbo raquídeo.

Marlowe sufrió un espasmo.

Eso fue todo. Había respirado su último aliento antes de darse cuenta siquiera. La muerte fue tan instantánea como puede serlo.

Extraje la daga mientras me levantaba de la cama. Marlowe tenía los ojos cerrados. Eso... era una pequeña bendición. Agnes no vería lo cerca que había estado de convertirse en una pesadilla.

—Que Rhain te acompañe al paraíso —susurré, al tiempo que limpiaba la sangre de la daga con una pequeña toalla que había estado colgada al pie de la cama—. Espero que puedas encontrar la paz eterna con aquellos que murieron antes que tú.

Di media vuelta, envainé la daga, me volví a poner el antifaz y levanté la capucha para calarla bien sobre mi cabeza.

Ridley.

Me encaminé hacia la puerta.

Si Ridley seguía vivo, tenía que estar a pocos minutos de convertirse. Era de noche y, si estaba en ese barracón con compañeros que no estuvieran de servicio...

Me estremecí.

Daba igual lo bien entrenados que estuvieran. Cuando estaban dormidos, eran tan vulnerables como cualquiera. La preocupación por un guardia del Adarve en particular afloró en mi interior y el miedo zahirió mi pecho y mi estómago.

Una masacre podía estar a minutos de ocurrir.

Peor aún, la maldición se extendería y yo, mejor que nadie, sabía lo rápido que podía asolar a una ciudad hasta que no quedara nada más que calles

empapadas de sangre.

Capítulo 5



Dejamos a Agnes en el dormitorio, la mano inerte de su marido apretada contra su pecho mientras le retiraba con cuidado el pelo de la cara.

Era una imagen que no olvidaría en mucho tiempo.

Sin embargo, no podía pararme a pensar en ello en esos momentos. Vikter me había contado que tenían una hija, pero por fortuna la habían llevado a casa de unos amigos después de decirle que su padre estaba enfermo. Vikter no encontró razón alguna para no creerle a Agnes. Me sentí aliviada de saber que mi mayor miedo no se había hecho realidad. Que la niña no había resultado maldita también. Una vez que alguien era maldecido, un mordisco suyo contagiaba la maldición y, aunque Marlowe no se había convertido del todo, hubiese sido propenso a una sed de sangre y a unos enfados incontrolables desde el momento en que lo mordieron.

Y ahora me encontraba a la puerta de otra casita, entre las sombras del estrecho y mugriento callejón, escuchando otra tragedia. En cuanto compartí con Vikter lo que me había contado Marlowe, fuimos directos a casa del padre, pues estaba más cerca que los barracones. Estaba más que contenta de no poder ver al hombre, porque oía la desolación en su voz mientras le contaba a Vikter lo que había pasado. Y mi dolor de cabeza empezaba a ser insoportable. Si hubiese visto al padre, habría querido aliviar su dolor de algún modo. El anciano supo exactamente por qué estaba Vikter ahí en cuanto preguntó si había visto a su hijo.

Ridley no había sido capaz de poner fin a su vida.

Pero su padre, sí.

Le enseñó a Vikter dónde había enterrado a Ridley en el jardín de atrás, debajo de un peral. Había acabado con la vida de su hijo el día anterior.

Todavía estaba pensando en su historia cuando Vikter y yo nos marchamos del Distrito Bajo, aprovechando la densa zona boscosa de fuera de la Ciudadela para evitar a los guardias de la ciudad. Hacía muchos años, había habido multitud de animales como ciervos y jabalíes en la Arboleda de los Deseos, pero después de años de cazarlos, ya solo quedaban los bichos más pequeños y grandes aves de presa. La Arboleda servía ahora más o menos de frontera entre ricos y pobres. La espesa masa de árboles ocultaba los barrios en los que la mayoría de los ciudadanos de Masadonia malvivía como sardinas en lata y evitaba que los vieran aquellos que vivían en casas el triple de grandes que la mísera casita en la que Agnes lloraba sus penas en esos momentos. Una parte de la Arboleda, más próxima al centro de la ciudad, había sido despejada para crear un parque en el que se celebraban ferias y fiestas, donde la gente solía montar a sus caballos, vender sus productos y salir de paseo o a merendar en los días más cálidos. La Arboleda se internaba directamente dentro de las murallas del castillo de Teerman. Literalmente.

Muy poca gente se movía por la Arboleda; muchos creían que estaba embrujada por los que habían muerto ahí. ¿O era por los espíritus de los guardias? ¿O eran los espíritus de los animales cazados los que deambulaban entre los árboles? No estaba segura. Había muchas versiones diferentes. Fuese como fuere, a nosotros nos venía muy bien, porque era fácil salir a hurtadillas de los Jardines de la Reina y entrar en la Arboleda sin ser detectados, siempre que mantuviésemos un ojo puesto en las patrullas de guardia. Desde la Arboleda, uno podía ir a cualquier sitio.

—Tenemos que hablar de lo sucedido en esa casa —anunció Vikter mientras caminábamos por el bosque con solo un rayito de luz de luna para guiarnos—. La gente ha estado hablando de ti. —Ya me esperaba algo así—. Y que utilizaras tu don ahí no ha ayudado en nada —añadió. Hablaba en voz baja, aunque era muy improbable que alguien fuese a oírnos, aparte del ocasional mapache o de una zarigüeya—. Solo te faltó confirmar quién eras.

—Si la gente ha estado hablando, nadie ha dicho nada —repuse—. Y tenía que hacer algo. El dolor de esa mujer era... era insoportable para ella. Necesitaba un respiro.

—¿Y se volvió insoportable también para ti? —conjeturó. Cuando no dije nada, insistió—. ¿Te duele la cabeza?

—No es nada —repuse, restándole importancia.

—Nada —gruñó Vikter—. Entiendo que quieras ayudar. Lo respeto. Pero es un riesgo, Poppy. Nadie ha dicho nada todavía. Quizás se sientan en deuda

contigo, pero las cosas podrían cambiar y tienes que tener más cuidado.

—Ya tengo cuidado —me defendí y, aunque no podía ver su expresión porque él también se había calado la capucha para ocultar su rostro, sabía que me había lanzado una mirada de incredulidad. Sonreí, pero el gesto se difuminó pronto—. Conozco los riesgos, pero...

—¿Estás preparada para enfrentarte a las consecuencias si el duque descubre alguna vez lo que estás haciendo? —inquirió. Se me revolvió el estómago mientras jugueteaba con un hilo suelto de mi capa.

—Lo estoy.

Vikter maldijo entre dientes. En cualquier otra situación, me hubiese reído.

—Eres tan valiente como cualquier guardia del Adarve.

—Vaya, gracias —contesté, con una sonrisa. Me lo tomé como un gran cumplido.

—Y tan tonta como cualquier recluta nuevo. —Se me borró la sonrisa de un plumazo.

—Retiro mis gracias.

—Jamás debí permitir que empezaras a hacer esto. —Agarró una rama baja para apartarla—. Que salgas por ahí entre la gente supone un riesgo demasiado grande de que te descubran. —Me colé por debajo de la rama y lo miré.

—Tú no me lo permitiste —le recordé—. Simplemente no pudiste impedírmelo.

Se detuvo, me atrapó por el brazo e hizo que girara hacia él.

—Entiendo por qué quieres ayudar. No pudiste hacerlo cuando tu madre y tu padre murieron.

—No tiene nada que ver con ellos —repuse, tras una mueca involuntaria.

—Eso no es verdad y lo sabes. Estás intentando resarcirte de lo que fuiste incapaz de hacer de niña. —Su voz bajó tanto que apenas podía oírlo por encima de la brisa que removía las hojas sobre nuestras cabezas—. Pero es más que eso.

—¿Y qué es?

—Creo que quieres que te pillen.

—¿Qué? ¿De verdad crees eso? —Di un paso atrás y me solté de su agarre—. Sabes lo que haría el duque si se enterara.

—Créeme, lo sé muy bien. No es probable que olvide todas las veces que he tenido que ayudarte a caminar de vuelta a tus aposentos. —Su voz se endureció y un intenso calor invadió mis mejillas.

Odiaba aquello.

Odiaba cómo me sentía por algo que otra persona me había hecho. *Odiaba* a muerte la densa vergüenza que amenazaba con asfixiarme.

—Corres demasiados riesgos, Poppy, aun cuando sabes que no solo tendrías que responder ante el duque, o incluso ante la reina —continuó—. A veces me pregunto si quieres que te encuentren indigna.

La irritación bulló en mi interior. Una parte de mí sabía que era porque Vikter estaba hurgando en viejas heridas y se había acercado demasiado a una verdad en la que no quería ahondar y destapar.

—Me pillen o no, ¿no crees que los dioses ya saben lo que hago? No debería haber ninguna razón para pensar que corro riesgos adicionales cuando no puede ocultárseles nada.

—No hay ninguna razón para que corras riesgos en absoluto.

—Entonces, ¿por qué te has pasado los últimos cinco o seis años entrenándome? —pregunté.

—Porque sé por qué necesitas sentir que puedes defenderte —replicó—. Después de lo que sufriste, las cosas con las que tienes que vivir, comprendo bien tu necesidad de tomar tu protección en tus propias manos. Pero si hubiese sabido que eso te llevaría a ponerte en situaciones en las que te arriesgarías a ser descubierta, jamás te habría entrenado.

—Bueno, pues es demasiado tarde para cambiar de opinión.

—Eso es verdad. —Suspiró—. Y es una forma de evitar lo que acabo de decir.

—¿Evitar qué? —pregunté, fingiendo ignorancia.

—Sabes exactamente a qué me refiero.

Sacudí la cabeza, di media vuelta y eché a andar.

—No ayudo a esas personas porque quiera que los dioses me encuentren indigna. No ayudé a Agnes porque esperara que se lo contara a alguien y se corriera la voz. Los ayudo porque ya les ha tocado vivir una tragedia bastante grande como para que encima los obliguen a observar cómo sus seres queridos arden en la hoguera. —Pasé por encima del tronco de un árbol caído, mi dolor de cabeza era cada vez más intenso. Aunque, no tenía nada que ver con mi don, sino con esa conversación—. Siento echar por tierra tu teoría, pero no soy ninguna sádica.

—No —reconoció desde detrás de mí—. No lo eres. Solo tienes miedo.

Giré en redondo y lo miré boquiabierto.

—¿Miedo?

—De tu Ascensión. Sí. Tienes miedo. Reconocerlo no es ninguna vergüenza. —Dio unos pasos y se me puso delante—. Al menos no ante mí.

Pero ante otros, como mis guardianes o los sacerdotes, era algo que jamás podría admitir. Considerarían ese miedo como algo sacrílego, como si la única razón por la que podría tener miedo sería debido a algo horrible y no por el hecho de que no tenía ni idea de lo que me sucedería después de mi Ascensión.

Si iba a vivir.

O a morir.

Cerré los ojos.

—Lo entiendo —repitió Vikter—. No tienes ni idea de lo que va a pasar. Lo pillo, de verdad, pero Poppy, tomes o no estos riesgos innecesarios a propósito, independientemente de que tengas o no tengas miedo, el resultado final no va a cambiar. Lo único que vas a conseguir es provocar la ira del duque. Eso es todo. —Abrí los ojos y no vi nada más que oscuridad—. Porque hagas lo que hagas, no te van a encontrar indigna —dijo Vikter—. Ascenderás.



Las palabras de Vikter me mantuvieron despierta casi toda la noche y acabé saltándome nuestra habitual sesión de entrenamiento matutino, que solíamos llevar a cabo en las antiguas habitaciones de un ala casi abandonada del castillo. No me sorprendió que Vikter no hubiese llamado a la vieja puerta de servicio.

Si eso no era prueba suficiente de lo bien que me conocía, no sé qué podría serlo.

No estaba enfadada con él. En serio, podía sentirme molesta e irritada un día sí y otro también, pero nunca me enfadaba con él. Tampoco creí que él sintiera que lo estaba. Era solo que... había tocado una fibra sensible la noche anterior y era consciente de ello.

Tenía miedo de mi Ascensión. Sabía que Vikter lo sabía. ¿Quién no lo tendría? Aunque Tawny estaba convencida de que regresaría como una Ascendida, nadie lo sabía a ciencia cierta. Ian no era como yo. A él no le habían impuesto ninguna regla cuando estuvimos en la capital, ni mientras crecíamos aquí. Él Ascendió porque era el hermano de la Doncella, la Elegida, y porque la reina había pedido que se hiciera una excepción.

Así que sí, tenía miedo.

Pero ¿estaba tentando a la suerte a propósito y haciendo malabarismos al borde de un acantilado solo con la esperanza de que me encontraran indigna y me desposeyeran de mi estatus?

Eso... sería de una irracionalidad increíble.

Aunque yo podía ser bastante irracional.

Como cuando veía una araña y me comportaba como si tuviese el tamaño de un caballo, con la fría premeditación de un asesino. Eso era irracional. Que me encontraran indigna, en cambio, significaba el exilio. Y eso era una sentencia de muerte. Si tenía miedo de morir tras mi Ascensión, conseguir que me exiliaran no mejoraba demasiado esa situación.

Y sí, tenía miedo de morir, pero mi recelo con respecto a la Ascensión era más que eso.

No había sido mi elección.

Había nacido así, del mismo modo que todos los segundos hijos e hijas. Aunque ninguno de ellos pareciese temer por su futuro, tampoco era elección suya.

No mentía ni trataba de ocultar una agenda secreta cuando ayudé a Agnes o le revelé mi identidad a Marlowe. Lo hice porque podía, porque era *mi* elección. Entrenaba para saber utilizar una espada y un arco porque era *mi* elección. Pero ¿había algún otro motivo detrás de escaparme para ir a ver peleas o nadar desnuda? ¿De visitar antros de apuestas, o de merodear por partes del castillo prohibidas para mí y escuchar conversaciones que se suponía que no debía oír? ¿O cuando salía de mis aposentos sin Vikter o Rylan solo para poder espiar los bailes que se celebraban en el Gran Salón y observar a la gente en la Arboleda de los Deseos? ¿Y lo de la Perla Roja? ¿Dejar que Hawke me besara? ¿Que me tocara? Todas esas cosas las hice porque eran *mi* elección, pero...

Pero ¿podría ser también lo que había sugerido Vikter?

¿Y si, muy en el fondo, no estaba solo tratando de vivir y experimentar todo lo posible antes de mi Ascensión? ¿Y si, en una especie de nivel inconsciente, estaba intentando que la Ascensión no ocurriera jamás?

Esos pensamientos me atormentaron todo el día y, por una vez, no me sentí tan incómoda en mi confinamiento. Al menos no hasta que el sol empezó a ponerse. Le había dicho a Tawny que podía marcharse varias horas antes de la cena, puesto que no había ninguna razón para que perdiera el tiempo ahí mientras yo no hacía más que mirar taciturna por las ventanas. Al final, me enfadé conmigo misma y abrí la puerta de mal modo.

Solo para encontrar a Rylan descansando al otro lado del pasillo.

Me paré en seco.

—¿Vas a alguna parte, Pen? —preguntó.

Pen.

Rylan era el único que me llamaba así. Me gustaba. Solté la puerta, que se fue cerrando poco a poco hasta chocar con mi hombro.

—No lo sé.

Me sonrió mientras se pasaba una mano por el pelo castaño claro.

—Ya es hora, ¿no?

Miré hacia atrás en dirección a las ventanas y vi que ya anochecía. Me sorprendí mucho. Había perdido un día entero sumida en mis pensamientos.

La sacerdotisa Analia estaría encantada de saberlo, aunque no las razones. Fuera como fuere, tenía ganas de darme un puñetazo en la cara.

Pero era *verdad* que era la hora. Asentí y empecé a salir de la habitación.

—Creo que olvidas algo —dijo Rylan, dando golpecitos con un dedo en su mejilla barbuda.

Mi velo.

Por todos los dioses. Casi salgo al pasillo sin él y sin capucha. Aparte de mis guardianes, el duque y la duquesa, y Tawny, solo Vikter y Rylan podían verme sin velo. Bueno, la reina y el rey también, e Ian, pero ellos no estaban ahí, obviamente. Si hubiese habido alguien más en el pasillo, probablemente se habría desmayado del susto.

—¡Ahora mismo vuelvo!

Su sonrisa se ensanchó al verme girar en redondo y correr de vuelta al interior de mi habitación. Deslicé el velo por encima de mi cabeza. Se tardaba un poco más de dos minutos en abrochar todas las cadenitas para asegurarlo en su sitio. Tawny lo hacía mucho más deprisa que yo.

Hice ademán de volver a salir...

—Zapatos, Pen. Deberías ponerte unos zapatos.

Bajé la vista para mirarme los pies y dejé escapar un gruñido muy poco femenino.

—¡Por todos los dioses! Un momento.

Rylan se rio.

Menudo despiste tenía. Me puse mis ajados zapatos, que no eran más que un poco de raso y una fina suela de cuero. Abrí la puerta de nuevo.

—¿Tienes un mal día? —caviló Rylan al reunirse conmigo en mi habitación.

—Tengo un día raro —contesté, mientras me encaminaba hacia la entrada de servicio—. Uno olvidadizo.

—Debe de serlo para que no te hubieses dado cuenta de la hora.

Rylan tenía razón. A menos que ocurriera algo excepcional, tanto él como Vikter estaban siempre listos para mí justo antes del anochecer.

Echamos a andar a buen ritmo y nos apresuramos a bajar por las estrechas y polvorientas escaleras. Daban a una zona de paso cercana a la cocina y, aunque utilizábamos el viejo acceso para tratar de que no nos vieran demasiado, tampoco era del todo evitable. Varias sirvientas de la cocina se detuvieron en seco cuando Rylan y yo pasamos por su lado, sus uniformes marrones y cofias blancas hacían casi imposible distinguir a unas de otras. Oí una cesta de patatas golpear el suelo y la dura e hiriente reprimenda. Por el rabillo del ojo, vi rostros borrosos inclinar la cabeza como si estuviesen rezando.

Reprimí un gemido mientras Rylan hacía lo que hacía siempre: fingir que no había nada raro en su comportamiento.

Eres la hija de los dioses.

Las palabras de Agnes volvieron a aparecerse en mi cabeza. La única razón de que pensaran eso era el velo y varios cuadros y obras de arte que representaban a la Doncella.

Eso, y mis escasas apariciones en público.

Nos dirigimos al salón de banquetes. Desde ahí, podíamos salir al vestíbulo y tendríamos acceso al Jardín de la Reina. Habría más sirvientas, pero en realidad no había ninguna otra forma de llegar al Jardín desde dentro del castillo sin tener que trepar o descolgarse por un muro. Habíamos conseguido llegar a mitad de la larga mesa cuando una de las muchas puertas a ambos lados se abrió a nuestra espalda.

—Doncella.

La carne de gallina se extendió por mi piel como una ola. Reconocí esa voz al instante y sentí repugnancia. Solo quería seguir andando, fingir que de repente había perdido el sentido del oído.

Pero Rylan se había parado.

Si seguía andando, la cosa no acabaría bien para mí.

Respiré hondo y me giré para mirar a lord Brandole Mazeen. No vi lo que estaba segura que veía la mayoría de la gente: un hombre de pelo oscuro que parecía tener unos veinticinco años, alto y apuesto. Vi a un abusón.

Vi a un hombre cruel que hacía mucho que había olvidado lo que era ser mortal.

A diferencia del duque, que parecía despreciarme sin motivo, sabía muy bien por qué lord Mazeen encontraba semejante placer en acosarme.

Ian.

Y todo tenía su origen en la cosa más vana e inconsecuente posible. Un año antes de la Ascensión de mi hermano, Ian había ganado a lord Mazeen en una partida de cartas, tras la cual el lord, de manera muy descortés, había acusado a Ian de hacer trampas. Yo, que era probable que no hubiese debido de estar presente durante la partida, me reí. Sobre todo porque al lord se le daba fatal el póker. A partir de ese momento, el lord había hecho todo lo posible por irritarnos a Ian y a mí siempre que se le presentaba la ocasión. Y la cosa solo empeoró cuando Ian ascendió, pues el lord empezó a... ayudar al duque con sus *lecciones*.

Crucé las manos y no dije nada mientras se dirigía hacia mí, sus largas piernas enfundadas en unos ceñidos pantalones negros. Llevaba una camisa de vestir negra y la oscuridad de su atuendo creaba un contraste impactante con su piel pálida y sus labios del color de cerezas maduras. Sus ojos...

No me gustaba mirarlos. Parecían vacíos e insondables.

Como los de todos los Ascendidos, eran de un negro tan oscuro que las pupilas no se distinguían. Me pregunté de qué color habrían sido sus ojos antes de ascender o si el hombre lo recordaría siquiera. Quizás diera la impresión de que el lord estaba en su tercera década de vida, pero yo sabía que había ascendido después de la Guerra de los Dos Reyes, junto con el duque y la duquesa. Tenía varios cientos de años.

Lord Mazeen esbozó una sonrisita de labios apretados cuando no contesté.

—Me sorprende verte aquí.

—Está dando su paseo vespertino —repuso Rylan en tono neutro—. Como se le permite hacer.

Los ojos como esquivas de obsidiana se clavaron en el guardia.

—No te lo he preguntado a ti.

—Estoy dando mi paseo —intervine, contestando antes de que Rylan pudiese decir nada más. Esa mirada inquietante e insondable se volvió hacia mí.

—¿Vas al jardín? —Un lado de los labios del lord se frunció un poco cuando vio mi sorpresa—. ¿No es donde vas siempre a esta hora del día?

Era cierto.

Y era más que un poco desconcertante que el lord lo supiera.

Asentí.

—Debemos irnos —señaló Rylan—. Como bien sabe, la Doncella no debe entretenerse.

En otras palabras, no se me permitía interactuar, ni siquiera con los Ascendidos. El lord lo sabía. Pero también hacía caso omiso de la norma.

—La Doncella también debe ser respetuosa. Deseo hablar con ella y estoy seguro de que el duque se sentiría muy molesto si supiera que no está dispuesta a hacerlo.

Mi columna se enderezó cuando una oleada de ira me barrió por dentro, tan deprisa que *casi* alargó la mano hacia la daga ceñida a mi muslo. En cierto modo, la reacción me sorprendió. ¿Qué hubiera hecho con ella de no haberme reprimido? ¿Apuñalarlo? Casi suelto una carcajada.

Aunque nada de aquello tenía gracia.

La sutil amenaza velada de hablar con el duque había surtido su efecto. El lord nos había arrinconado a Rylan y a mí porque, aunque se suponía que no debía interactuar con nadie, el duque no obligaba a lord Mazeen a cumplir las mismas reglas que los demás. Si me marchaba, me castigarían. También a Rylan. Y aunque mi castigo no sería para tomárselo a la ligera, no sería nada comparado con lo que tendría que soportar Rylan.

Podían expulsarlo de la guardia real y el duque se aseguraría de que se supiese que había perdido su favor. Pronto Rylan se quedaría sin trabajo y por tanto sería deshonorado. No sería lo mismo que el exilio, pero su vida se volvería mucho más difícil.

—Nada me gustaría más que hablar con usted —dije, al tiempo que cuadraba los hombros.

Una expresión de suficiencia se desplegó por sus apuestas facciones y sentí unas ganas tremendas de darle una patada en la cara.

—Ven. —Alargó un brazo y lo pasó alrededor de mis hombros—. Quiero hablar contigo en privado.

Rylan dio un paso al frente...

—No pasa nada —lo tranquilicé, aunque en realidad sí que pasaba. Lo miré y recé por que percibiera mi angustia y estuviese atento a nuestra conversación—. De verdad, todo va bien.

Rylan apretó la mandíbula mientras miraba al lord y pude ver que no estaba en absoluto contento acerca de esto, pero hizo un escueto gesto de asentimiento.

—Estaré aquí mismo.

—Claro que sí —repuso el lord.

Por todos los dioses.

No todos los Ascendidos eran como este lord, que blandía su poder y su posición como una espada de punta envenenada; aunque lord Mazeen ni siquiera era el peor.

Me hizo girar hacia la izquierda y casi provocó que a una sirvienta se le cayera la cesta que llevaba. El lord no pareció darse cuenta y siguió adelante. Todas mis esperanzas de que fuese a hablar conmigo a unos pasos de distancia se borraron de un plumazo cuando me condujo hacia una de las oscuras salitas entre las puertas.

Debí de haberlo sabido.

El lord apartó una gruesa cortina blanca y prácticamente me obligó a entrar en el estrecho espacio donde la única fuente de luz era un pequeño candelero sobre un diván de gruesos almohadones. No tenía ni idea del propósito de estas salitas medio escondidas, pero en más de una ocasión me había visto atrapada en ellas.

Di un paso atrás, un poco sorprendida por que el lord me lo permitiera. Me observó y la sonrisa volvió a sus labios cuando me situé cerca de una de las cortinas. Se sentó en el diván, estiró las piernas y cruzó los brazos delante del pecho.

Con el corazón martilleando dentro de mí, elegí mis palabras con sumo cuidado.

—De verdad que no puedo entretenerme. Si alguien me viera, me metería en un lío con la sacerdotisa Analia.

—Y ¿qué pasaría si la buena sacerdotisa del templo se enterara de que estabas entreteniéndote? —preguntó el lord. Su cuerpo parecía suelto y relajado, pero sabía que no debía confiarme. Las apariencias podían ser engañosas. Los Ascendidos eran rápidos cuando querían. Había visto a algunos moverse como si no fuesen más que una forma borrosa—. ¿Informaría de semejante mal comportamiento al duque? —continuó—. Me encantan sus lecciones.

La repugnancia era como una mala hierba arraigándose en mi interior. Por supuesto que le gustaban las *lecciones* del duque.

—No estoy segura de lo que haría.

—Quizás merezca la pena descubrirlo —caviló pensativo—. Al menos para mí.

—No quisiera disgustar al duque o a la sacerdotisa —insistí, cerrando los puños con fuerza. Las pestañas del lord aletearon.

—Estoy seguro de que no.

Un repentino dolor punzante irradió de donde mis uñas se clavaron en las palmas de mis manos.

—¿De qué quería hablarme?

—No has formulado bien tu pregunta.

Hice todo lo posible por mantener la compostura y la calma. Me sentí agradecida de llevar el velo, porque si el lord hubiese podido verme la cara por completo, habría sabido exactamente lo que sentía en esos momentos.

Un *odio* intenso, casi incandescente.

No sabía por qué disfrutaba tanto el lord hostigándome, por qué encontraba tal placer en hacerme sentir incómoda, pero había sido así durante los últimos años. Aunque era aún peor con los sirvientes. Había oído sus advertencias susurradas a los empleados nuevos. Tenían que evitar llamar su atención o provocar su malestar. En cualquier caso, había un límite en lo lejos que podía ir conmigo. Con los sirvientes, no creo que pensara que existía una línea que cruzar siquiera. Levanté la barbilla.

—¿De qué quería hablarme, *lord* Mazeen?

El asomo de una sonrisa fría apareció en sus labios.

—He pensado que hacía algún tiempo que no te veía. —Habían pasado dieciséis días desde la última vez que me había arrinconado. Así que tampoco era tanto—. Te he echado de menos —añadió.

Lo dudaba mucho.

—Milord, debo seguir mi camino... —Contuve la respiración cuando se levantó de golpe. Un segundo estaba arrellanado sobre el diván y al siguiente estaba justo delante de mí.

—Me siento insultado —dijo—. ¿Te digo que te he echado de menos y tu única respuesta es que tienes que marcharte? Me has herido.

El hecho de que dijera casi las mismas palabras que Hawke hacía solo dos noches no me pasó inadvertido. Tampoco las reacciones tan diferentes que tuve ante ellas. Mientras que Hawke había venido hacia mí en ademán burlón, lord Mazeen había pronunciado esas palabras como amenaza. Y yo no estaba encandilada. Estaba asqueada.

—No ha sido mi intención —logré decir.

—¿Estás segura? —me preguntó, y sentí sus dedos en mi mandíbula antes de verlo siquiera mover la mano—. Me da la clara sensación de que esa era precisamente tu intención.

—No lo era. —Me incliné hacia atrás... Cerró los dedos en torno a mi barbilla e impidió que moviera la cabeza. Cuando inspiré de nuevo, pensé que sus dedos olían a... flor. Almizcleños y dulces.

—Deberías tratar de ser más convincente si quieres que lo crea.

—Siento mucho no ser tan convincente como debería. —Me costó un gran esfuerzo mantener la voz firme—. No debería estar tocándome.

El lord sonrió mientras deslizaba el pulgar por mi labio inferior. Sentí como si miles de insectos diminutos corretearan por mi piel.

—¿Y eso por qué? —El lord sabía muy bien por qué.

—Soy la Doncella —dije de todos modos.

—Es verdad. —Siguió deslizando el dedo por mi barbilla, sobre el rasposo encaje que cubría mi cuello. Su mano continuó avanzando, rozó mi clavícula.

La palma de mi mano prácticamente ardía con la necesidad de sentir el mango de la daga contra ella. Todos mis músculos se tensaron con los conocimientos y la destreza necesarios para reaccionar, para obligarlo a parar. Un escalofrío bajó por mi columna mientras reprimía el deseo de enfrentarme a él. Las consecuencias no merecerían la pena. No dejaba de decirme eso mientras sus dedos se deslizaban hacia abajo por el centro de mi vestido. No solo era el miedo al castigo. Si revelaba de lo que era capaz, el duque se enteraría de que alguien me había entrenado, y dudaba de que fuese a necesitar mucha lógica para determinar que Vikter había sido el responsable. Una vez más, sin importar lo que me pasara, no sería nada comparado con lo que sufriría Vikter.

Sin embargo, todo tenía un límite.

Di un paso atrás para poner distancia entre nosotros.

Lord Mazeenladeó la cabeza, luego se rio en voz baja. Se me despertó el instinto e hice ademán de ir hacia la cortina, pero no fui bastante rápida. Me agarró de la cadera y me hizo girar. No tuve ni un segundo para reaccionar cuando su brazo se cerró en torno a mi cintura y me atrajo hacia él. Su otra mano permaneció donde estaba, entre mis pechos. El contacto de su cuerpo contra el mío, esa *sensación*, me provocó una oleada de asco.

—¿Recuerdas tu última lección? —Noté su aliento gélido contra la piel justo debajo del velo—. No creo que la hayas olvidado. —No había olvidado ninguna de ellas—. No hiciste ni un ruido y sé que debió de doler. —Su brazo se apretó aún más en torno a mi cintura e, incluso con mis muy limitados conocimientos de la vida, supe lo que estaba sintiendo contra mí—. Reconozco que me has impresionado.

—Me alegro mucho de saberlo —dije entre dientes.

—Ah, ahí está —murmuró—. Ahí está ese tono tan impropio de la Doncella. El mismo que te ha metido en problemas una o dos veces... o una

docena. Me preguntaba cuándo aparecería. Estoy seguro de que también recuerdas lo que pasó la última vez que lo usaste.

Por supuesto que también recordaba eso.

Mi temperamento se había apoderado de mí. Le contesté al duque y él me golpeó con tal fuerza que perdí el conocimiento. Cuando lo recuperé, me sentía como si me hubiese atropellado un caballo y descubrí al duque y al lord arrellanados en el sofá, los dos con aspecto de haberse bebido una botella entera de whisky mientras yo estaba tirada en el suelo. Me pasé varios días con la sensación de tener gripe. Supongo que tenía una ligera conmoción cerebral.

Aun así, ver cómo la sorpresa abría los inexpresivos ojos del duque mereció la pena.

—Quizás iré a contárselo al duque yo mismo —caviló—. Le diré lo irrespetuosa que has sido.

La furia bulló en mi sangre mientras miraba las piedras grises de la pared.

—Suélteme, lord Mazeen.

—No lo has pedido con la amabilidad suficiente. —Sus caderas presionaron contra mí y mi piel se sonrojó de la rabia—. No has dicho «por favor».

No iba a decir «por favor» de ninguna de las maneras. Me daban igual las consecuencias, ya había tenido bastante. No era su juguete. Era la Doncella y, aunque él era muchísimo más rápido y fuerte que yo, sabía que podía hacerle daño. Tenía el elemento sorpresa de mi lado y las piernas libres. Ensanché mi base de apoyo cuando sentí algo húmedo y mojado contra la mandíbula y...

Un grito resonó por la salita y sorprendió al lord lo suficiente como para que aflojara su agarre. Me liberé de sus manos y me giré para encararme con él, mi pecho resollando mientras deslizaba la mano entre la seda de mi vestido hacia la empuñadura de la daga.

El lord masculló algo entre dientes cuando oímos gritos de nuevo, agudos y cargados de terror.

Aproveché la distracción para escabullirme de detrás de la cortina, en lugar de desenvainar la daga y cortar lo que estaba segura que era la posesión más preciada del duque.

El lord apartó las cortinas de mal modo y salió hecho un basilisco, aunque los gritos ya habían atraído a otros que corrían hasta el gran comedor. Sirvientes. Guardias reales. No había nada más que lord Mazeen pudiese hacer ahora. A través del velo, mis ojos se cruzaron con los suyos. Yo lo sabía. Abrió las aletas de la nariz. Él también lo sabía.

Llegaron más gritos, salían de una de las salas más próximas. Miré hacia allí. Dos salas más allá, la puerta estaba abierta.

Rylan llegó a mi lado.

—Pen...

Esquivé su mano y me dirigí hacia el sonido. Lo que había sucedido en esa salita con el lord quedó en segundo plano mientras mis dedos se cerraban en torno al mango de mi daga. Los gritos nunca eran buena señal.

Una mujer salió corriendo; era la sirvienta que llevaba la bandeja hacía unos minutos. Su rostro había perdido todo el color mientras su mano se abría y se cerraba contra su garganta. Retrocedió sin dejar de sacudir la cabeza.

Llegué a la sala al mismo tiempo que Rylan y miré al interior.

La vi de inmediato.

Estaba tumbada en un sofá color marfil, su pálido vestido azul arrugado y recogido alrededor de la cintura. Un brazo colgaba inerte por el lado, su piel era del color de la tiza. No tuve que abrir mis sentidos para saber que no sentía ningún dolor.

Que jamás volvería a sentir nada.

Levanté los ojos. Su cabeza descansaba sobre un almohadón, el cuello retorcido en un ángulo antinatural y...

—No deberías ver esto. —Rylan me agarró y esta vez no me aparté de su alcance. No me resistí mientras me daba la vuelta. Pero ya las había visto.

Había visto las profundas heridas punzantes.

Capítulo 6



Rylan se apresuró a escoltarme directamente de vuelta a mi habitación, mientras lord Mazeen observaba la escena desde el umbral de la puerta, flanqueado por varios otros, los ojos fijos en la chica muerta. Sentí ganas de apartarlo a un lado y cerrar la puerta. Aunque no fuese por el estado de desnudez de la joven, con tanta piel a la vista, era una indignidad dejarla ahí tirada para satisfacer una curiosidad morbosa.

Se trataba de una persona y, aunque lo que quedaba no era más que un cascarón, era la hija, hermana, amiga de alguien. Más que nada, la gente hablaría de cómo la habían encontrado, con la falda del vestido levantada y el corpiño enroscado en torno a la cintura. Nadie más necesitaba ser testigo de aquello.

Pero no me habían dado la oportunidad de evitarlo.

Y ahora el castillo de Teerman estaba virtualmente confinado mientras cada uno de los rincones de las más de cien habitaciones estaba siendo registrado en busca del culpable o de más víctimas.

Tawny caminaba de acá para allá por delante de la chimenea, sin dejar de jugar con los botones de perlas de su corpiño.

—Ha sido un Demonio —sentenció, su vestido violeta oscuro susurraba entre sus piernas—. Ha tenido que ser un Demonio.

Miré de reojo a Rylan, que estaba apoyado contra la pared, con los brazos cruzados. No solía quedarse dentro de mi habitación, pero esa noche era diferente. Vikter estaba ayudando en la búsqueda, aunque supuse que regresaría pronto.

Con el velo quitado, los ojos de Rylan se cruzaron con los míos. Él también había visto a esa chica.

—¿Tú crees que fue un Demonio?

Rylan no dijo nada.

—¿Qué otra cosa pudo haber sido? —Tawny se volvió hacia la silla en la que estaba sentada—. Tú misma has dicho que la habían mord...

—Dije que *parecía* un mordisco, pero... no parecía un mordisco de Demonio —precisé.

—Sé que has visto lo que puede hacer un Demonio. —Estaba sentada enfrente de mí, sus dedos aún retorcían la perla igual que había hecho Agnes con el botón de su blusa—. Pero ¿cómo puedes estar segura?

—Los Demonios tienen cuatro caninos largos —le expliqué, y ella asintió. Eso lo sabía todo el mundo—. Pero la chica tenía solo dos marcas, como si...

—Como si dos colmillos afilados hubiesen penetrado en su cuello —terminó Rylan. La cabeza de Tawny giró a toda velocidad en su dirección.

—¿Qué pasa si fue un maldito, alguien que todavía no se había convertido del todo? —preguntó.

—Entonces, hubiesen parecido marcas de dientes normales, o un mordisco de un Demonio —contestó Rylan, sacudiendo la cabeza mientras miraba por la ventana hacia el Adarve—. Jamás había visto nada así. —Tuve que estar de acuerdo con él.

—Estaba... estaba pálida, y no era solo por la lividez de la muerte. Era como si no tuviese sangre dentro. Y aunque hubiese sido un Demonio de dos colmillos... —Arrugué la nariz—. Habría sido todo más... pringoso y no tan preciso. Parecía...

—¿Parecía qué?

Bajé la vista hacia mis manos cuando la imagen de la mujer reapareció en mi cabeza. Había estado con alguien, por voluntad propia o no, y por lo que sabía, los Demonios no estaban interesados en nada excepto la sangre.

—Solo es que parecía que había habido alguien en esa habitación con ella.

—Si no fue un Demonio —dijo Tawny, echándose hacia atrás en su silla—, ¿quién haría algo así?

Mucha gente entraba y salía a diario del castillo: sirvientes, guardias, visitantes... los Ascendidos. Pero eso tampoco tenía sentido.

—Esa herida parecía estar justo sobre su yugular. Debía de haber habido sangre por todas partes y no vi ni una sola gota.

—Eso... es más que un poco extraño —comentó Tawny. Asentí.

—Y estaba claro que tenía el cuello roto. Jamás he oído de ningún Demonio que hiciera eso.

—Yo no quiero conocer a ninguna persona capaz de hacer algo así —murmuró Tawny, envolviendo los brazos a su alrededor.

Yo tampoco, pero todos sabíamos que las personas eran capaces de todo tipo de atrocidades. Igual que los Ascendidos. Después de todo, ellos también habían sido mortales durante un tiempo y la capacidad para la crueldad parecía ser uno de los pocos rasgos que algunos conservaban tras su ascenso.

Mis pensamientos deambularon hacia lord Mazeen. Era cruel, un abusón y, según nuestra última interacción, sospechaba que podía ser cosas mucho peores. Pero ¿sería capaz de hacer algo así? Me estremecí. Y aunque lo fuera, ¿por qué lo haría? ¿Y cómo? No tenía la respuesta a esas preguntas.

Solo se me ocurría una cosa que pudiera hacer eso, pero parecía demasiado irreal para creerla.

—¿La... la reconociste? —preguntó Tawny en voz muy baja.

—No, pero supongo que era una dama en espera o quizás una visitante, por su vestido —conjeturé.

Tawny asintió en silencio y se centró otra vez en dar vueltas a la perla de su corpiño. Se hizo el silencio entre nosotros y Vikter llegó al cabo de poco rato. Entró en la habitación para hablar en voz baja con Rylan. Me eché hacia delante en mi silla cuando se apartó de Rylan para sentarse con un suspiro sobre el baúl que descansaba al pie de mi cama.

—Hemos registrado cada centímetro de este castillo y no hemos encontrado más víctimas ni ningún Demonio —informó, inclinándose hacia delante—. El comandante Jansen cree que el recinto es seguro. —Hizo una pausa y entornó los ojos cuando levantó la mirada—. Relativamente, claro está.

—¿La... la has visto? —le pregunté. Vikter asintió—. ¿Crees que fue el ataque de un Demonio?

—Jamás había visto nada así —repuso, repitiendo las palabras de Rylan.

—¿Qué crees que puede significar?

—No lo sé —reconoció. Se frotó la frente con una mano.

Me fijé bien en él, vi cómo se masajeaba la piel por encima de las cejas y recordé cómo había guiñado los ojos al mirar hacia donde estábamos sentadas cerca de las lámparas de aceite. A veces, Vikter sufría dolores de cabeza. No como los que sufría yo después de abrir mis sentidos o de usar demasiado mis dones, sino mucho más intensos, dolores en los que la luz y el ruido lo mareaban y hacían palpar su cabeza.

Abrí mis sentidos a él y noté de inmediato el atroz dolor pulsante detrás de mis ojos. Corté la conexión de inmediato y fue como visualizar que

alguien cortaba una cuerda que me conectaba a él. Lo último que quería era acabar con otro agudo dolor de cabeza que no me dejara dormir.

—Si no fue un Demonio, ¿hay algún sospechoso? —preguntó Tawny.

—El duque cree que fue obra de un Descendente.

—¿Qué? —solté mientras me ponía en pie de un salto.

—¿Aquí? ¿En el castillo? —exclamó Tawny.

—Eso es lo que cree. —Vikter levantó la cabeza al ver que me dirigía hacia él, su mirada recelosa.

—¿Y tú qué crees? —preguntó Rylan desde donde seguía vigilando al lado de la puerta—. Porque no sé cómo podría un Descendente infligir heridas como esa sin dejar una sola gota de sangre.

—Exacto —murmuró Vikter, sin quitarme el ojo de encima—. No habría ninguna forma de limpiar algo así, sobre todo cuando a la víctima la habían visto menos de una hora antes.

—Entonces, ¿por qué querría el duque insistir en que ha sido un Descendente? —inquirió Tawny—. No es que sea tonto. Él también tendría que haberse dado cuenta de eso.

Apoyé la mano de manera casual sobre la parte de atrás del cuello de Vikter mientras me estiraba para alcanzar una pequeña manta. Noté su piel caliente y seca, y pensé en las playas y en la risa de mi madre. Supe que se le había aliviado el dolor en el mismo momento en que aspiró una profunda y temblorosa bocanada de aire.

—No sé por qué lo cree el duque, pero debe de tener sus razones. —Vikter me lanzó una mirada de agradecimiento cuando retiré la mano con disimulo y volví a mi silla. Me eché la manta sobre el regazo. Tawny me miró y luego respiró hondo antes de girarse hacia Vikter de nuevo.

—¿Sabes quién era?

Vikter se sentó más erguido y tenía los ojos claramente más enfocados cuando respondió.

—La identificó una de las sirvientas. La víctima se llamaba Malessa Axton.

—Oh —susurró Tawny, aunque a mí el nombre no me sonaba de nada. Me giré hacia ella.

—¿La conocías?

—No bien. Quiero decir, sabía que *existía*. —Sacudió un poco la cabeza y varios rizos se soltaron de su moño—. Creo que vino a la Corte más o menos al mismo tiempo que yo, pero pasaba mucho tiempo con una de las damas que vive en Radiant Row. Creo que es *lady* Isherwood —añadió.

Radiant Row era el mote dado a la hilera de casas más próximas al castillo y al parque de la Arboleda de los Deseos. Muchas de esas opulentas casas eran propiedad de Ascendidos.

—Era muy joven. —Bajó la mano a su regazo—. Y tenía tantas cosas por delante...

Estiré mis sentidos hacia ella y descubrí que su tristeza era un reflejo de la mía. No era el profundo dolor de la pérdida de alguien a quien conocías bien, sino el lamento de la muerte, sobre todo de una sin ningún sentido.

Rylan le pidió a Vikter que saliera al pasillo con él. Después de unos momentos, Tawny se excusó para volver a su habitación. Logré contener mis ganas de tocarla. Sabía que si lo hacía me llevaría su dolor, aunque ya lo hubiese hecho alguna vez sin que ella se diera cuenta. Acabé al lado de la ventana. Cuando Vikter volvió, estaba observando el constante resplandor de las antorchas más allá del Adarve.

—Gracias —me dijo cuando se reunió conmigo ante la ventana—. Mi dolor de cabeza empezaba a ser insoportable.

—Me alegro de haber podido ayudar.

—No tenías por qué hacerlo. Tengo los polvos que me prepararon los curanderos.

—Lo sé, pero estoy segura de que mi don te proporcionó un alivio mucho más rápido sin el mareo ni la somnolencia —le dije. Esos eran solo dos de los efectos secundarios causados por los polvos parduzcos.

—Eso es verdad. —Vikter se quedó callado unos instantes. Noté que estaba tan preocupado como yo.

Me costaba creer que hubiese sido un Descendente, aunque supuse que un picahielos podría infligir esas heridas. Sin embargo, la posibilidad de apuñalar a alguien en la yugular y no acabar con sangre por todas partes parecía muy improbable. Aunque incluso más desconcertante era el motivo. ¿Qué podía indicar ese tipo de heridas que pudiese beneficiar en algo a su causa? Porque la única cosa que sabía que podía hacer ese tipo de heridas iba en contra de todo lo que los Descendentes creían.

—Rylan ha hablado conmigo.

Miré a Vikter con las cejas arqueadas.

—¿Y? —Sus ojos color mar escudriñaron mi rostro.

—Me ha contado lo de lord Mazeen. —Se me cayó el alma a los pies. No era que me hubiese olvidado de mi encontronazo con el lord, pero simplemente no era la cosa más preocupante o traumática que había pasado en el último par de horas—. ¿Te ha hecho algo, Poppy? —preguntó.

Un rubor ardiente y sofocante subió por mi cara. Apreté la mejilla contra el cristal de la ventana. No quería pensar en eso. No quería hacerlo jamás. Sentí náuseas y también había una... extraña vergüenza que hacía que notara la piel pegajosa y sucia. No entendía por qué me sentía así. Sabía bien que no había hecho nada por llamar la atención del lord y, aunque lo hubiera hecho, seguía siendo él el que actuaba mal. Sin embargo, cuando pensaba en cómo creía tener derecho a tocarme, me entraban ganas de arrancarme mi propia piel.

Tampoco quería pensar en lo agradecida que me había sentido por los gritos de la sirvienta, sin tener ni idea de qué los había provocado.

Lo guardé todo en un rincón de modo que pudiera salir a la luz en otro momento, probablemente cuando intentara dormirme.

—No hizo nada más que ser un incordio.

—¿De verdad?

Asentí, aunque parecía un poco alejado de la verdad. En cualquier caso, no me sentía mal por mentir. ¿Qué podría hacer Vikter con la verdad? Nada. Era bastante listo como para saberlo. Un músculo se tensó en su mandíbula.

—Tiene que dejarte en paz.

—Estoy de acuerdo, pero puedo manejarlo.

Más o menos.

No quería pensar demasiado en lo cerca que había estado de hacer algo completamente imperdonable. Si hubiese desenvainado mi daga y la hubiese usado, no habría habido ninguna esperanza para mí. Pero por todos los dioses, no habría sentido ni un ápice de remordimiento por ello.

—No deberías tener que hacerlo —insistió Vikter—. Y él debería saber cómo comportarse.

—Debería y creo que lo sabe, pero no creo que le importe —comenté. Me giré para apoyarme contra el alféizar de la ventana—. Sabes que la vi en esa habitación. Vi cómo la habían... dejado. Me hizo pensar que había estado con alguien, por propia voluntad o no.

Vikter asintió.

—El curandero que examinó su cuerpo cree que hubo algún grado de relación física antes de su muerte, pero no encontró ninguna señal de pelea. Nada de sangre seca o piel debajo de las uñas. Aunque nadie puede saberlo a ciencia cierta.

Apreté los labios.

—Estaba pensando que no tendría sentido que un Descendente dejara heridas de ese tipo, aunque fuese capaz de hacerlo sin que resultara...

pringoso. ¿Qué tipo de mensaje estaría enviando? Porque lo único que puede hacer lo que le hicieron a esa chica es...

—Un atlantiano —sentenció Vikter, mirándome a los ojos. Me sentí aliviada de que lo hubiese dicho él y no yo. Asentí.

—El duque tiene que haberse dado cuenta. Cualquiera que viese esas heridas tendría que pensar eso y preguntarse por qué un Descendente imitaría algo que podría ser atribuido con mucha facilidad a un atlantiano.

—Por eso no creo que fuera un Descendente —dijo. Sentí una repentina presión en el pecho—. Creo que fue un atlantiano.



Un Descendente suelto por el castillo de Teerman era preocupante, pero la posibilidad de que un atlantiano fuese capaz de entrar sin que nadie se enterase era realmente aterradora.

Quería encontrar algo que proporcionara algún tipo de prueba de que Vikter y yo estábamos siendo unos paranoicos, así que al romper el alba, cuando el castillo estaba más tranquilo y Rylan montaba guardia al otro lado de mi puerta, fui a hurtadillas al piso de abajo. Pasé por delante de la cocina, sumida en un inquietante silencio.

Una vez que salía el sol, no tenía que preocuparme por toparme con lord Mazeen ni con ninguno de los Ascendidos.

Entré en el salón de banquetes y me dirigí hacia la izquierda, a la segunda puerta, donde me encontraba a menudo con la sacerdotisa Analia para mis clases semanales. Al entrar miré al otro lado de la sala en penumbra, hacia la habitación en la que habían encontrado a Malessa.

La puerta estaba cerrada.

Aparté la vista de ella, cerré mi puerta en silencio y me apresuré a llegar hasta la silla de madera y el libro que jamás había imaginado que leería por voluntad propia.

Sobre todo, porque me daba la impresión de haber leído *La historia de la Guerra de los Dos Reyes y el reino de Solis* un millón de veces. Lo llevé al lado de la solitaria ventana y lo abrí a toda prisa, sujetándolo bajo el tenue rayo de sol. Pasé las finas páginas con sumo cuidado, a sabiendas de que si rasgaba una sola, la sacerdotisa Analia se mostraría de lo más disgustada. Encontré la sección que estaba buscando. Eran solo un puñado de párrafos

que describían el aspecto de los atlantianos, sus características y lo que eran capaces de hacer.

Por desgracia, lo único que conseguí fue confirmar lo que ya sabía.

Jamás había visto a un atlantiano. Al menos, eso creía, y allí radicaba el problema: los atlantianos tenían el *mismo* aspecto que los mortales. Incluso los extintos lobunos, o *wolvens*, que habían vivido con los atlantianos en Atlantia, podían confundirse con mortales, aunque no lo hubiesen sido nunca. La capacidad de los atlantianos para mezclarse con la población a la que se sabía que subyugaban y daban caza los convertía en depredadores expertos y letales. Podías pasar andando al lado de uno y no te enterarías. Tampoco los Ascendidos. Por alguna razón, los dioses no habían tenido en cuenta nada de eso cuando iniciaron la Bendición.

Mientras repasaba los párrafos, una palabra llamó mi atención y me provocó un nudo en el estómago: *colmillos*. Aunque sabía lo que diría, leí las frases de todos modos.

Entre los 19 y los 21 años, aquellos con sangre de ascendencia atlantiana abandonan el vulnerable estado de inmadurez, de forma que los espíritus malignos de su sangre se vuelven activos. Durante este periodo, se ha detectado en ellos un inquietante aumento de fuerza y la capacidad para recuperarse de la mayoría de las heridas mortales a medida que maduran. También hay que destacar que antes de la Guerra de los Dos Reyes y la extinción de los lobunos, se llevaba a cabo un ritual de unión entre un atlantiano de determinada clase y un *wolven*. No se sabe demasiado acerca de este vínculo, pero se cree que el *wolven* en cuestión quedaba obligado a proteger al atlantiano.

En el caso de los verdaderos atlantianos, los dos caninos superiores se alargan y afilan para formar colmillos, aunque no serán demasiado visibles para ojos desentrenados.

Pensé en las dos heridas punzantes del cuello de Malessa. Puede que los colmillos de un atlantiano no estuviesen tan desarrollados ni fuesen tan visibles como los de un Demonio, pero el duque podía ordenar que se examinara la boca de todas las personas del castillo.

Aunque tenía que reconocer que sería una medida bastante invasiva. Seguí leyendo.

Tras aparecer los colmillos, da comienzo la siguiente fase de su madurez, en la que empiezan a sentir sed. Cuando sus necesidades antinaturales se satisfacen, su envejecimiento se ralentiza de manera drástica. Se cree que un año para los mortales equivale a tres décadas de un atlantiano. El atlantiano más viejo conocido fue Cillian Da'Lahon, que vio 2.702 años de calendario antes de su muerte.

Lo cual significaba que un atlantiano podía aparentar poco más de veinte años, pero en realidad tener más de cien, quizás estar cerca de los doscientos o incluso más. Aun así, envejecían, a diferencia de los Ascendidos, aquellos

bendecidos por los dioses, que se quedaban en la edad que tenían cuando recibieron su Bendición. Solo los más viejos de los Ascendidos parecían mayores que una persona de treinta años, y *podían* vivir una eternidad.

En cualquier caso, tanto los atlantianos como los Ascendidos vivían una cantidad de tiempo inimaginable, la cosa más cercana a la inmortalidad. A los dioses.

No podía ni imaginar lo que sería vivir tanto tiempo. Sacudí un poco la cabeza y seguí leyendo.

En aquella época, los atlantianos eran capaces de transmitir los malos espíritus de su sangre a los mortales, lo cual creaba una criatura violenta y destructiva conocida como Demonio, que comparte algunas de las características físicas de sus creadores. Esta maldición se transmite a través de un beso envenenado...

Un beso envenenado no se refería a dos labios que entran en contacto. Los atlantianos hacían lo mismo que los Demonios, aunque de un modo más... limpio. Los atlantianos mordían y bebían la sangre de los mortales, algo que tenían que hacer para sobrevivir.

Su larguísima esperanza de vida, su enorme fuerza y sus extraordinarias habilidades curativas provenían de alimentarse de mortales, su principal fuente de sustento. Me estremecí.

Tenía que ser un atlantiano el que había mordido y se había alimentado de Malessa, lo cual explicaba cómo podía ser que no hubiese sangre y por qué lucía una palidez tan increíble.

Lo que no explicaba era por qué el atlantiano le había partido el cuello; es decir, la había matado antes de que la maldición pudiese extenderse. ¿Por qué no querría el atlantiano que Malessa se convirtiera? Y, además, el mordisco no estaba precisamente en un sitio que pudiese ocultarse con facilidad. El mordisco en sí sería una advertencia para todos los que lo vieran.

Un atlantiano pululaba entre nosotros.

Cerré el libro y volví a dejarlo con cuidado en la banqueta, mientras pensaba en que mi Ascensión tendría lugar en mi cumpleaños número diecinueve y que los atlantianos alcanzaban cierta mayoría más o menos a esa edad. Tampoco es que fuera una sorpresa. Después de todo, hubo un tiempo en que nuestros dioses habían sido sus dioses.

Pero los dioses ya no apoyaban a los atlantianos.

Salí de la habitación y puse rumbo a la cocina, pero mis ojos se posaron en la salita donde habían encontrado a Malessa. Debería regresar a mis aposentos antes de que el personal de servicio empezara a activarse, pero eso no fue lo que hice.

Crucé la sala y fui hasta la puerta, que encontré abierta cuando giré el picaporte. Antes de que pudiera pensar lo que estaba haciendo y dónde estaba, me colé dentro, agradecida de que los candeleros de pared proyectaran un resplandor suave por la habitación.

El sofá había desaparecido, el espacio estaba vacío. Las butacas sí que estaban, igual que la mesita redonda de café con un arreglo de flores colocado con cuidado en el centro. Avancé con tiento, sin saber lo que estaba buscando siquiera. Me pregunté si lo sabría cuando lo encontrara.

Aparte de los muebles retirados, nada parecía fuera de lugar, pero noté la habitación extrañamente fría, como si hubiese habido una ventana abierta, solo que no había ventanas a ese lado del gran comedor.

¿Qué había estado haciendo Malessa ahí? ¿Leer un libro o aguardar a otra de las damas en espera o quizás a *lady* Isherwood? ¿O se habría colado ahí para encontrarse con alguien de su confianza? ¿La habrían atacado por sorpresa?

Un escalofrío bajó bailando por mi columna. No estaba segura de qué era peor: ser traicionado o atacado por sorpresa.

En realidad, sí que lo sabía. Ser traicionado sería peor.

Di un paso y me paré en seco al bajar la vista. Había algo detrás de la pata de una de las butacas. Me agaché, metí la mano debajo del mueble y recogí el objeto. Ladeé la cabeza mientras deslizaba un pulgar por la lisa y suave superficie blanca.

Era... un pétalo.

Fruncí el ceño cuando me llegó el olor. Jazmín. Por alguna razón se me revolvió el estómago, lo cual era extraño. Ese olor solía gustarme.

Me levanté, miré el jarrón y encontré el origen. Había varios lirios blancos desperdigados por el arreglo floral. Eso sí, ni un jazmín. Fruncí el ceño y bajé la vista hacia el pétalo. ¿De dónde habría salido? Sacudí la cabeza mientras me dirigía hacia el centro de mesa, dejé el pétalo junto con el resto de flores y eché un último vistazo a la habitación. No había sangre sobre la alfombra color crema; de haberse derramado seguro hubiese dejado una mancha.

No tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Si habían encontrado alguna prueba, la habrían retirado y, aunque no lo hubiesen hecho, yo no tenía ninguna experiencia en cosas así. Solo quería ser capaz de hacer algo o encontrar algo que acallara nuestros peores temores.

Pero no había nada que hacer o que encontrar en esa habitación aparte de lo que era muy probable que fuese la realidad. ¿Y qué opinaba yo de la

verdad? Que a menudo podía ser aterradora, sí. Pero con la verdad venía el poder.

Y nunca había sido aficionada a esconderme de la verdad.



Había conseguido regresar a mi habitación esa mañana sin mayor contratiempo y acabé quedándome en ella todo el día, lo cual no era demasiado distinto a cualquier otro día.

Tawny había venido un ratito, hasta que una de las institutrices la había hecho llamar. No había nadie confinado, pero pensé que el ataque al menos ralentizaría los preparativos para el Rito.

Por supuesto, esa era una idea absurda. Dudaba de que un terremoto fuese capaz de interponerse en el camino del Rito.

Pasé mucho tiempo pensando en lo que le había sucedido a Malessa. Y cuanto más pensaba en por qué el duque querría mentir acerca de que el atacante era un Descendente, más sentido tenía. Era igual que Phillips, el guardia del Adarve, que no había querido hablar de la muerte de Finley para evitar sembrar el pánico entre la gente y que el miedo arraigara.

Sin embargo, no explicaba por qué el duque no estaba siendo sincero con la guardia real. Si de verdad había un atlantiano entre nosotros, los guardias tenían que estar preparados.

Porque, aunque los Ascendidos eran poderosos y fuertes, los atlantianos también lo eran, si no más.

Poco antes del anochecer, Rylan llamó a mi puerta.

—¿Quieres dar una vueltecita por el jardín? He pensado que podía preguntártelo, a pesar de todo.

—No sé. —Eché una mirada hacia las ventanas—. ¿Crees que todo irá bien?

—Sí —asintió Rylan.

En verdad, me hubiera venido bien tomar un poco el aire y despejarme de mis propios pensamientos. Solo era que parecía... No estaba segura... No habían pasado ni veinticuatro horas desde el asesinato de Malessa, y sin embargo parecía que fuese como cualquier otra noche.

—No tienes por qué quedarte aquí dentro —dijo Rylan. Giré la cabeza hacia él—. A menos que sea lo que quieres hacer. Lo que ocurrió ayer por la

noche, con esa pobre chica y con el lord, no tiene nada que ver con que puedas seguir disfrutando de ciertas cosas.

Una sonrisita tironeó de mis labios.

—Y es probable que tú estés cansado de montar guardia en el pasillo. — Rylan se rio entre dientes.

—Es posible.

Sonreí mientras daba un paso atrás.

—Deja que vaya a por mi velo.

Solo tardé unos minutos en ponerme el tocado y estar preparada. Esta vez, no hubo interrupciones en nuestro camino hasta el jardín. No obstante, sí hubo sirvientes que hicieron eso de pararse a mirar, pero a medida que caminaba por el sendero de uno de mis sitios favoritos de todo el castillo, mis preocupaciones y pensamientos obsesivos se fueron disipando, como sucedía siempre. Cuando estaba en el enorme jardín, mi cabeza se calmaba y todo mi mundo dejaba de reconcomerme por dentro.

No pensaba en Malessa y el atlantiano que había conseguido colarse en el castillo. No estaba atormentada por la imagen de Agnes sujetando la mano inerte de su marido ni por lo que había sucedido en la Perla Roja con Hawke. Ni siquiera pensaba en la inminente Ascensión ni en lo que había dicho Vikter. En los Jardines de la Reina, solo estaba... *presente*, en lugar de estar atrapada en el pasado o en el futuro lleno de preguntas e incertidumbres.

No estaba segura de por qué los jardines se llamaban como se llamaban. Por lo que sabía, hacía muchísimo tiempo que la reina no iba a Masadonia, pero suponía que el duque y la duquesa tal vez los habían bautizado así en homenaje a ella.

En el tiempo en que viví con la reina, jamás la vi poner ni un pie en los exuberantes jardines de palacio.

Miré a Rylan de reojo. Por lo general, la única amenaza a la que tenía que enfrentarse era algún inesperado aguacero, pero esta noche estaba más alerta de lo que jamás lo había visto en el jardín. Sus ojos no dejaban de escudriñar los numerosos senderos. Solía pensar que estos paseos lo aburrían, pero no se había quejado nunca. Vikter, en cambio, hubiese refunfuñado y mencionado literalmente cualquier otra cosa en la que emplear mejor nuestro tiempo.

Ahora que lo pensaba, era probable que Rylan realmente disfrutara de estas salidas, y no solo porque significaban no estar de guardia ante la puerta de mi habitación.

Un viento fresco sopló a través del jardín, removió las muchas hojas y levantó los bordes de mi velo. Deseé poder quitarme el tocado. Era bastante

transparente como para que pudiera ver, pero dificultaba un poco los desplazamientos al atardecer y en lugares poco iluminados.

Pasé al lado de una gran fuente presidida por una estatua de mármol y piedra caliza que representaba a una Doncella con velo. El agua caía sin fin del cántaro que sujetaba; el sonido me recordaba a las olas al romper contra la costa, entrando y saliendo de las cuevas del mar Stroud. Una miríada de monedas centelleaba debajo del agua, una ofrenda a los dioses con la esperanza de que concedieran sus deseos al peticionario.

Nos acercábamos ya a los límites del jardín, que daban a un pequeño pero tupido bosquecillo de jacarandás con el que se camuflaban las murallas internas que mantenían al castillo de Teerman separado del resto de la ciudad. Los árboles eran altos, debían de medir más de quince metros, y en Masadonia las vistosas flores color lavanda y con forma de trompeta florecían todo el año. Las hojas solo se caían durante los meses más fríos, cuando la nieve amenazaba, época en la que tapizaban el suelo hasta transformarlo en un mar morado. Eran unos árboles imponentes, aunque yo los apreciaba no solo por su belleza, sino también por lo que proporcionaban.

Los jacarandás ocultaban la sección medio derruida del muro que Vikter y yo utilizábamos a menudo para salir del recinto sin ser vistos y acceder a la Arboleda de los Deseos.

Me detuve delante de la masa de enredaderas que reptaban por encima de los enrejados de madera entrelazados, tan anchos como altos eran los jacarandás. Levanté los ojos hacia el cielo que se oscurecía a toda velocidad y luego miré hacia delante. Rylan se puso detrás de mí.

—Llegamos a tiempo.

Las comisuras de mis labios se curvaron hacia arriba unos instantes.

—Esta noche, sí.

Pasaron solo unos momentos y entonces el sol aceptó su derrota ante la luna. Los últimos rayos abandonaron las enredaderas. Cientos de capullos desperdigados por ellas temblaron y luego, poco a poco, se abrieron para revelar unos lustrosos pétalos del color de una medianoche sin estrellas.

Rosas de floración nocturna.

Cerré los ojos y aspiré el aroma un poco dulzón. Su fragancia era más intensa al abrirse y luego otra vez al amanecer.

—Son preciosas —comentó Rylan—. Me recuerdan a... —Sus palabras terminaron en un gemido estrangulado.

Abrí los ojos de golpe, di media vuelta y un grito de horror se atascó en mi garganta cuando Rylan se tambaleó hacia atrás, con una flecha clavada en

el pecho. Una expresión de incredulidad cruzó su rostro mientras levantaba la barbilla.

—Corre —boqueó. Un hilillo de sangre resbaló por la comisura de sus labios—. *Corre*.

Capítulo 7



—¡Rylan! —Corrí a su lado y pasé un brazo a su alrededor justo cuando sus piernas cedían. Su peso fue demasiado para mí y, cuando él cayó, yo caí con él. Me hice sendas heridas en las rodillas cuando golpearon el suelo, un impacto que no registré mientras apretaba las manos en torno a la herida de Rylan, tratando de cortar la hemorragia. Abrí mis sentidos a él. Esperaba sentir dolor—. Rylan...

Lo que fuera que estaba a punto de decir murió en mi lengua. Me supo a ceniza.

No... no sentí *nada*, y eso no estaba bien. Rylan tenía que sentir muchísimo dolor y yo podía ayudarlo. Podía quitarle el dolor. Pero no sentí *nada* y cuando miré su cara, no quise ver lo que vi. Tenía los ojos abiertos, la mirada fija pero sin ver el cielo en lo alto. Sacudí la cabeza, pero debajo de mis manos su pecho no se movía.

—No —susurré. La sangre se me heló en las venas—. ¡Rylan!

No hubo contestación, ninguna respuesta. Debajo de él, un charco de sangre se extendía por el sendero y empezaba a filtrarse por los símbolos tallados en la piedra. Un círculo con una flecha atravesada en el centro. Infinito. Poder. El escudo real. Presioné contra su pecho, mis manos temblorosas empapadas de sangre. Me negaba a creer...

Una pisada retumbó como un trueno detrás de mí.

Me giré por la cintura. Había un hombre de pie a pocos metros, un arco a su lado. Una capa con capucha ocultaba su rostro.

—Vas a hacer lo que te diga, Doncella —dijo el hombre, con una voz que sonaba como el rechinar de la gravilla bajo los pies—. Y entonces nadie saldrá herido.

—¿Nadie? —exclamé.

—Bueno, nadie *más* saldrá herido —se corrigió.

Miré al hombre y... y el pecho de Rylan *seguía* sin moverse debajo de las palmas de mis manos. En algún rincón de mi mente supe que no volvería a hincharse nunca más. Había muerto antes de tocar el suelo siquiera. Se había *ido*.

Un dolor muy intenso y muy real cortó a través de mí. Algo caliente inundó mis venas e invadió mi pecho para llenar el espacio vacío. Mis manos dejaron de temblar. La tenaza del pánico y la conmoción se aflojó, y fue sustituida por una ira ardiente.

—Ponte de pie —me ordenó el hombre.

Me levanté con cuidado, consciente de cómo mi vestido, pegajoso por la sangre de Rylan, se pegaba a las rodillas de las finas mallas que llevaba debajo. Mi corazón se ralentizó mientras mi mano se deslizaba por la raja del lateral del vestido. ¿Sería esta la misma persona que había matado a Malessa? Si era así, se trataba de un atlantiano y tendría que ser rápida si quería tener alguna opción.

—Vamos a salir caminando de aquí —me informó—. No vas a hacer ruido y no me vas a causar ningún problema, ¿verdad, Doncella? —Mis dedos se cerraron en torno al suave y frío mango de la daga. Sacudí la cabeza para decir que no—. Bien. —Dio un paso hacia mí—. No quiero tener que hacerte daño, pero si me das una sola razón, no dudaré.

Me quedé completamente quieta. El calor de mi furia bullía en mi interior y amenazaba con rebosar. Rylan había muerto por mi culpa. Era su deber como mi guardia personal, pero estaba muerto porque este hombre creía que podía secuestrarme. Lo más probable era que Malessa hubiese sido agredida y luego asesinada, y todo ¿para qué?

Si era un atlantiano o un Descendente, no me utilizaría para pedir un rescate. Me utilizaría para enviar un mensaje, igual que los tres Ascendidos que habían sido secuestrados en Tres Ríos. Los habían devuelto cortados en *pedazos*.

En ese momento, me importaba un bledo la misión de ese hombre. Lo único que importaba era que había matado a Rylan, que creía que las rosas de floración nocturna eran tan bonitas como creía yo. Y puede que fuese el mismo que había matado a Malessa y había dejado su cuerpo a la vista de un modo tan descuidado e irrespetuoso.

—Así está bien —me dijo con voz melosa—. Te estás comportando. Estás siendo muy lista. Sigue siendo lista y esto será indoloro para ti.

Alargó una mano hacia mí... Aproveché para desenvainar la daga y saltar hacia delante para pasar por debajo de su brazo.

—¿Qué demon...?

Resurgí detrás de él, agarré la parte de atrás de su capa y clavé la daga en su espalda, apuntando adonde Vikter me había enseñado.

Al corazón.

Aunque lo pillé desprevenido, el hombre fue rápido y saltó hacia un lado; aun así, no fue bastante rápido como para esquivar la daga del todo. Un chorro de sangre caliente brotó cuando la daga se incrustó bien hondo en su costado. No llegó al corazón por centímetros.

Soltó un gemido de dolor, y el sonido me recordó a un perro. Al extraer la daga de su cuerpo, brotó un sonido completamente distinto de su garganta. Un gruñido retumbante que me puso los pelos de punta y activó de golpe todos mis instintos.

Fue un sonido... *inhumano*.

Apreté los dedos en torno a la daga y arremetí para volver a incrustarla en su espalda. El hombre giró en redondo y no vi su puño hasta que el dolor explotó en mi mandíbula y en la comisura de la boca. Eso afectó mi puntería. Noté un sabor metálico. Sangre. La daga le hizo un tajo en el costado; cortó hondo, pero no lo suficiente.

—*Zorra* —gruñó, mientras estampaba otra vez el puño contra mí, contra el lado de la cabeza esta vez.

El impacto fue repentino y aturdidor. Me tambaleé hacia atrás, unas lucecitas bailotearon por delante de mis ojos mientras la periferia de mi visión se oscurecía. Casi me caigo, pero conseguí mantenerme en pie por pura fuerza de voluntad. Si caía, sabía que no volvería a levantarme. Vikter también me había enseñado eso.

Parpadeé deprisa para intentar despejar las lucecitas de mi visión mientras el hombre se giraba hacia mí. Se le había caído la capucha. Era joven, supuse que solo unos cuantos años mayor que yo, y tenía el pelo oscuro desgredado. Apretó una mano contra su costado. Vi la sangre resbalar entre sus dedos. Salía deprisa. Debía de haberle dado a algo vital.

Bien.

Retrajo los labios en un gruñido salvaje mientras levantaba los ojos hacia mí. Incluso a la luz de la luna, pude verlos. Eran del color del agua helada. Un azul pálido y luminoso.

—Pagarás por esto —gruñó, su voz era incluso más abrasiva ahora, como si tuviese la garganta llena de guijarros.

Me preparé, con todos los músculos en tensión. El instinto me decía que si huía, me perseguiría como haría cualquier depredador. Así que si lograba acercarme de nuevo, más me valía apuntar bien.

—Da un paso más hacia mí y no fallaré por tercera vez. Te apuñalaré en el corazón.

El hombre se rio, y un escalofrío me recorrió de arriba abajo. Sonó demasiado profundo, demasiado *cambiado*.

—Voy a disfrutar al arrancar la piel de tus frágiles y débiles huesos. No me importa lo que él tenga planeado para ti. Voy a bañarme en tu sangre y a darme un festín con tus entrañas.

El miedo amenazó con arraigar en mí, pero no podía rendirme ante él.

—Eso suena delicioso.

—Oh, lo será. —Entonces sonrió, con los dientes manchados de sangre, y dio un paso hacia mí—. Tus gritos...

Un silbido agudo y cortante brotó de algún sitio profundo entre los árboles. El hombre guardó silencio y se paró, tenía las aletas de la nariz muy abiertas. Nos volvió a llegar el sonido y mi atacante pareció vibrar de rabia. La piel en torno a su boca adquirió un tono blancuzco mientras daba un paso atrás.

Mi mano sujetaba la daga con firmeza, pero mis piernas empezaron a temblar mientras lo observaba, decidida a no pestañear.

El hombre recogió el arco caído e hizo una mueca al enderezarse. Sus ojos se cruzaron con los míos de nuevo.

—Te veré otra vez, muy pronto.

—Estoy impaciente —escupí entre dientes. Él sonrió con suficiencia.

—Te prometo que me aseguraré de que esa boca tuya tan insolente sea recompensada.

Dudaba mucho de que fuese el tipo de recompensa que querría recibir.

Entonces empezó a retroceder hasta más allá de las rosas, dio media vuelta y se alejó a grandes zancadas. Enseguida desapareció entre las oscuras sombras proyectadas por los árboles. Me quedé donde estaba, resollando, preparada, por si esto era algún tipo de truco en el que él esperaba a que le diera la espalda. No estaba segura de cuánto tiempo pasé ahí de pie, pero para cuando me convencí de que no iba a volver, los temblores se habían extendido a mi mano.

Despacio, bajé la daga, los ojos perdidos en la sangre salpicada donde había estado el hombre. Otra pequeña bocanada de aire salió por mi boca

cuando levanté la vista hacia las rosas. Gotas de sangre brillaban en los pétalos color ónix.

Un escalofrío me recorrió de la cabeza a los pies.

Forcé a mi cuerpo a dar media vuelta.

Rylan seguía donde había caído, los brazos laxos a los lados, los ojos apagados. Abrí la boca para decir algo, pero las palabras no quisieron salir, aunque tampoco tenía ni idea de lo que hubiese dicho.

Bajé la vista hacia mi daga y sentí que un grito se acumulaba en mi interior, arañaba mis entrañas.

Cálmate. Cálmate.

Tenía que encontrar a alguien que ayudase a Rylan. No debía quedarse ahí tirado y nadie debía verme con una daga ensangrentada. No podían saber que había ahuyentado al atacante. Me temblaban los labios cuando los apreté.

Cálmate.

Entonces, como si hubiese presionado un interruptor, los temblores pararon y mi corazón se ralentizó. Seguía sin poder respirar suficientemente profundo, pero fui hasta el cuerpo caído de Rylan, me agaché y limpié la hoja de la daga en sus pantalones.

—Lo siento —susurré. Mis acciones despertaron una culpabilidad que hormigueó por toda mi piel, pero tenía que hacerlo. Con la cabeza y el rostro palpitantes, envainé la daga—. Voy a buscar a alguien para que te atienda.

No hubo respuesta. Jamás la habría.

Empecé a recorrer el camino de vuelta sin darme cuenta de lo que hacía. Una especie de estupor había invadido mi cuerpo, se había colado por todos los poros y se había asentado en mis músculos. Las luces procedentes de las ventanas del castillo guiaron mis pasos alrededor de la fuente. Me paré en seco al oír unas pisadas delante de mí. Mi mano se deslizó de nuevo hasta la daga, cerré los dedos en torno a...

—¿Doncella? Hemos oído gritos —llamó la voz que se acercaba. Era un guardia real que a menudo vigilaba a los lores y damas en espera. Abrió los ojos como platos al verme—. ¿Es...? Por todos los dioses, ¿qué te ha pasado?

Abrí la boca para contestar, pero no conseguí que mi lengua formara palabras. Otro guardia maldijo y vi a una figura más alta, de pelo dorado, pasar por al lado de los dos primeros, con una expresión estoica en su rostro curtido. *Vikter*. Me miró de arriba abajo, se demoró un poco más en mis manos y rodillas, y luego en la parte de mi rostro que ya no estaba oculta por el velo.

—¿Estás bien? —Me agarró de los hombros, sus manos suaves, su voz aún más—. Poppy, ¿estás herida?

—Es Rylan. Está... —Levanté la vista hacia Vikter, pero me callé de pronto cuando lo que había dicho Hawke sobre la muerte me vino a la mente sin previo aviso. Era algo que ya había sabido, pero aun así consiguió conmocionarme.

La muerte es como una vieja amiga que viene de visita, a veces cuando menos se la espera y otras cuando la esperas.

Desde luego que la muerte había hecho una visita inesperada.



—¿Cómo ha podido ocurrir algo así? —exigió saber la duquesa de Teerman. La flor enjoyada que sujetaba su pelo castaño centelleó bajo la lámpara de araña mientras caminaba arriba y abajo por la sala que solía reservarse para recibir invitados—. ¿Cómo ha podido alguien colarse en el jardín y haber estado tan cerca de llevársela?

Seguramente del mismo modo en que alguien había entrado en el castillo y había matado a la dama en espera el día anterior.

—Los otros están revisando el muro interior en estos momentos —optó por decir Vikter en cambio. Estaba de pie detrás de donde yo medio levitaba al borde mismo del sofá de terciopelo, temerosa de ensuciar de sangre los cojines dorados—. Pero supongo que el culpable entró por la sección que ha sido dañada por los jacarandás.

La misma sección que Vikter y yo solíamos utilizar para salir del recinto del castillo sin ser vistos. Los ojos de la duquesa centellearon de ira.

—Los quiero todos arrancados de cuajo —ordenó.

Tuve que ahogar una exclamación.

—Perdón, mi señora —murmuró el curandero, mientras limpiaba mi labio con un trapo húmedo y luego se lo entregaba a Tawny, que lo cambiaba por uno limpio. La habían llamado en cuanto me instalaron en el saloncito.

—No pasa nada —tranqualicé al hombre de pelo plateado. Lo que había provocado mi reacción no era lo que él estaba haciendo. Vale, el astringente escocía, pero había sido por lo que había exigido la duquesa de Teerman—. Esos árboles llevan ahí cientos de años.

—Y han vivido una vida larga y saludable. —La duquesa se giró hacia mí—. Tú no, Penellaphe. —Vino hacia mí. Las faldas de su vestido carmesí se

arremolinaron en torno a sus tobillos. Me recordaron a la sangre que se había extendido alrededor de Rylan. Tuve la tentación de apartarme de ella, pero no quería ofender—. Si ese hombre no se hubiese asustado, te habría secuestrado y tu última preocupación serían esos árboles.

En eso tenía razón.

Solo Vikter sabía lo que había pasado: que había logrado herir al hombre antes de que alguien le indicara que se retirara. Aunque no podíamos compartir los detalles porque quedaríamos expuestos, Vikter les diría a los curanderos de la ciudad que estuvieran ojo avizor por si aparecía alguien con heridas similares.

Pero los árboles...

Puede que fuesen los causantes del deterioro del muro, pero llevaba así desde que lo había visto por primera vez. No tenía ni una sola duda de que el duque y la duquesa sabían cómo estaba el muro y simplemente no habían ordenado que lo repararan.

—¿Algo grave? —le preguntó la duquesa al curandero.

—Solo heridas superficiales, Excelencia. Tendrá unos cuantos magullones y ciertas molestias, pero nada duradero. —El largo y oscuro abrigo del anciano curandero colgó de sus hombros encorvados cuando se levantó sobre sus articulaciones renqueantes y agarrotadas—. Ha tenido una suerte increíble, joven Doncella.

No había tenido suerte.

Había estado preparada.

Y por eso estaba ahora ahí sentada solo con una sien dolorida y un labio partido. Me limité a asentir.

—Gracias por su atención.

—¿Puedes darle algo para el dolor? —preguntó la duquesa.

—Sí, por supuesto. —Arrastró los pies hasta la mesita en la que había dejado su cartera de cuero—. Tengo la cosa perfecta. —Rebuscó en el interior hasta que encontró lo que quería: un vial de polvo blanco rosáceo—. Esto aliviará cualquier dolor pero también la dejará soñolienta. Tiene un efecto un poco sedante.

No tenía ni la más mínima intención de tomarme lo que sea que hubiera en ese vial, pero se lo entregaron a Tawny, que lo guardó en un bolsillo de su vestido.

Una vez que el curandero se hubo marchado, la duquesa se volvió hacia donde yo estaba sentada.

—Déjame ver tu cara.

Con un suspiro cansado, hice ademán de soltar las cadenas, pero Tawny se acercó para ayudar.

—Déjame a mí —murmuró. Estaba a punto de impedirselo cuando mis ojos se posaron en mis manos. Las habían lavado en cuanto me instalaron en el salón, pero la sangre se había colado debajo de las uñas y aún tenía los dedos salpicados de gotitas.

¿Estaría el cuerpo de Rylan todavía en el jardín al lado de las rosas?

Al cuerpo de Malessa lo habían dejado tirado en esa habitación durante horas antes de retirarlo. Me pregunté si la habrían devuelto a su familia o si su cuerpo habría sido incinerado por precaución.

Tawny desenganchó el velo y lo retiró con cuidado de que no se enredara en los mechones de pelo que habían escapado del moño que me había hecho esa mañana.

La duquesa de Teerman se arrodilló delante de mí, sus dedos fríos rozaron la piel de alrededor de mi labios y luego la sien derecha.

—¿Qué estabas haciendo en el jardín?

—Admiraba las rosas. Lo hago casi todas las noches. —Levanté la vista—. Rylan siempre va conmigo. Él no... —Me aclaré la garganta—. Ni siquiera vio a su atacante. La flecha se le clavó en el pecho antes de que se diera cuenta siquiera de que había alguien ahí.

Los ojos insondables de la duquesa buscaron los míos.

—Suenas como si no hubieses estado tan atento como debía. Jamás debieron pillarlo desprevenido.

—Rylan era muy profesional —lo defendí—. El hombre estaba escondido...

—¿Tu guardia era tan profesional que cayó de un solo flechazo? —preguntó con suavidad—. ¿Acaso ese hombre era en parte fantasma, como para no hacer ni un ruido? ¿Para pasar desapercibido?

Todos los músculos de mi espalda se pusieron en tensión al pensar en el sonido que había hecho el hombre y cómo no había parecido humano en absoluto.

—Rylan estaba alerta, Excelencia...

—¿Qué te he dicho? —Sus delicadas cejas arqueadas treparon por su frente. Hice un gran esfuerzo por no perder la paciencia. Respiré hondo antes de continuar.

—Rylan estaba alerta, *Jacinda* —me corregí, usando su nombre de pila. La duquesa me lo pedía de manera esporádica, pero yo nunca sabía cuándo quería que lo utilizara—. El hombre... era silencioso. Y Rylan...

—No estaba preparado —terminó Vikter por mí. Mi cabeza giró tan deprisa que un fogonazo de dolor cruzó mi sien. No podía creer lo que había dicho. Los ojos azules de Vikter se cruzaron con los míos—. Rylan disfrutaba de vuestros paseos vespertinos por el jardín. Jamás pensó que habría una amenaza y, por desgracia, se volvió demasiado confiado. Lo de ayer por la noche debería de haber cambiado eso.

Lo de ayer por la noche *sí* que había modificado eso. Rylan no había dejado de mirar a nuestro alrededor todo el tiempo. Dejé caer los hombros y entonces mi cerebro cambió de tema. *Ian*.

—Por favor, no se lo digáis a mi hermano. —Mis ojos volaron de la duquesa a Vikter—. No quiero que se preocupe, y lo hará aunque esté bien.

—Tendré que informar a la reina de lo sucedido, Penellaphe. Ya lo sabes —repuso la duquesa—. Y no puedo controlar a quién se lo dice ella. Si cree que Ian debe saberlo, se lo dirá. —Me hundí más en mí misma. Los dedos fríos de la duquesa tocaron mi mejilla, la izquierda. Me volví hacia ella—. ¿Entiendes lo importante que eres, Penellaphe? Eres la Doncella. Fuiste *Elegida* por los dioses. Las Ascensiones de centenares de lores y damas de todo el reino dependen de la tuya. Será la mayor Ascensión desde la primera Bendición. Rylan y todos los guardias reales saben lo que habría en juego si te pasara algo.

Me gustaba la duquesa. Era amable, nada que ver con su marido, y por un breve instante había pensado que de verdad estaba preocupada por mí como persona, pero resultó que lo que más le preocupaba era lo que significaba como símbolo. Lo que se perdería si me ocurriera algo. No era solo mi vida, sino el futuro de los centenares que estaban a punto de Ascender.

Lo peor fue la punzada de tristeza que sentí. ¿Cómo podía ser tan tonta?

—Si los Descendentes lograran de algún modo impedir esa Ascensión, sería su mayor triunfo. —La duquesa se levantó. Deslizó las manos por su vestido—. Sería un golpe muy cruel para la reina, el rey y los dioses.

—Entonces, ¿cree... que era un Descendente? —preguntó Tawny—. ¿No alguien que tratara de secuestrarla para pedir un rescate?

—La flecha utilizada contra Rylan estaba marcada —contestó Vikter—. Llevaba la promesa del Señor Oscuro.

Su promesa.

El aire se me quedó atascado en la garganta mientras mis ojos volaban hacia Tawny. Sabía cuál era esa promesa.

De sangre y cenizas.

Resurgiremos.

Era la promesa del Señor Oscuro a su gente y sus partidarios, a todos los que había desperdigados por el reino: que resurgirían una vez más. Una promesa que habían pintarrajeado por los escaparates vandalizados de todas las ciudades y tallado en el cascarón de piedra de lo que había quedado de la mansión Goldcrest.

—Debo ser franca contigo —dijo la duquesa, mirando a Tawny—. Y confío en que lo que diga no se convertirá en susurros en labios de otras personas.

—Por supuesto —prometió Tawny al tiempo que yo asentía.

—Hay... razones para creer que el asaltante de ayer por la noche fue un atlantiano —empezó, y Tawny contuvo el aliento de golpe. Yo no mostré reacción alguna, puesto que Vikter y yo ya habíamos sospechado eso—. No es una noticia que queramos que se sepa. El tipo de pánico que provocaría... bueno, no le haría ningún favor a nadie.

Miré a Vikter de reojo y lo encontré observando a la duquesa con atención.

—¿Cree que es el mismo que vino a por mí esta noche? ¿El mismo hombre responsable de la muerte de Malessa?

—No puedo decir si era el mismo hombre, pero creemos que la persona responsable del vergonzoso tratamiento de nuestra dama en espera formaba parte de un grupo que vino de visita ayer —explicó. Se dirigió al aparador de la pared del fondo y se sirvió una bebida clara del decantador de cristal—. Después de registrar el castillo en busca de personas que no pertenecieran a él, creíamos que el atacante se había marchado y que el objetivo de su acto había sido demostrar lo fácil que les resultaba entrar aquí. Creíamos que la amenaza inmediata había pasado. —Bebió un sorbito y sus labios se fruncieron al tragar—. Es obvio que estábamos equivocados. Quizás no estén ya en el castillo, pero sí están en la ciudad. —Se giró hacia mí, su habitual piel de alabastro estaba aún más pálida que de costumbre—. El Señor Oscuro ha venido por ti, Penellaphe. —Me estremecí y mi corazón trastabilló—. Te protegeremos —continuó—, pero no me sorprendería si, una vez que el rey y la reina se enterasen de lo ocurrido, dieran algún paso drástico para garantizar tu seguridad. Podrían ordenar que volvieras a la capital.

Capítulo 8



—No creo que el hombre que vi en el jardín fuera el Señor Oscuro —le dije a Vikter mientras salíamos del saloncito y pasábamos por debajo de los grandes estandartes blancos con el escudo real bordado en hilo dorado. Nos estaba escoltando a Tawny y a mí de vuelta a mi habitación—. Cuando dijo que iba a darse un festín con mis órganos, se refirió a alguien más. Dijo que no le importaba lo que *él* tuviera planeado. Si el Señor Oscuro está detrás de todo esto, supongo que el de los planes será él.

—Sospecho que quienquiera que estuviera en el jardín era un Descendente —reconoció Vikter, una mano sobre la empuñadura de su espada corta mientras escudriñaba el amplio vestíbulo como si pudiese haber Descendientes acechando detrás de las macetas de lirios y las estatuas.

Pasamos por al lado de un grupo de damas en espera que se callaron al vernos. Unas cuantas se llevaron la mano a la boca. Si aún no se habían enterado de lo sucedido, ahora sabían que había ocurrido algo más, basadas en la cantidad de sangre que manchaba mi vestido.

—Debimos volver por el camino de siempre —mascullé. Era raro que cualquiera de ellas me viera siquiera, así que verme de esta forma sería la comidilla de la semana.

—Ignóralas. —Tawny se recolocó de modo que bloqueaba la mayor parte de mí mientras cruzábamos el zaguán. Todavía llevaba el pequeño vial que sabía que yo no tenía ninguna intención de utilizar.

—Tal vez les venga bien verlo —decidió Vikter después de un momento—. Lo que ocurrió ayer por la noche y hace un rato debería servir de recordatorio de que estamos en una época de agitación. Todos deberíamos estar ojo avizor. Nadie está realmente a salvo.

Un escalofrío bajó de puntillas por mi columna. El estupor seguía ahí, todo aquello parecía surrealista... Hasta que pensé en Rylan y entonces me dolió más el pecho que la sien y la mandíbula magulladas.

—¿Cuándo... inhumarán a Rylan?

—Supongo que mañana por la mañana. —Vikter bajó la vista hacia mí—. Sabes que no puedes ir.

Nadie esperaba que los Ascendidos, ni los lores y damas en espera, asistieran al funeral de un guardia. De hecho, simplemente no se hacía.

—Era mi guardia personal y era... un amigo. No me importa lo que se haga o no se haga. No asistí al funeral de Hannes por protocolo, aunque quería hacerlo. —La culpabilidad por aquello todavía me reconcomía por dentro, por lo general a las tres de la mañana cuando no podía dormir—. Quiero estar ahí para Rylan.

Dio la impresión de que Tawny quería discutiérmelo pero optó por quedarse callada. Vikter se limitó a suspirar.

—Sabes que Su Excelencia no lo aprobará.

—Rara vez aprueba nada. Esta puede ser otra cosa que añadir a su interminable lista de todas las formas en que lo he decepcionado.

—Poppy —me advirtió Vikter, apretando la mandíbula, lo cual me recordó nuestra discusión de anoche—. Puedes seguir actuando como si enfadar al duque no sea gran cosa, pero sabes que eso no disminuirá la severidad de su enfado.

Claro que lo sabía, pero esa certeza no cambiaba nada. Estaba más que dispuesta a enfrentarme a las consecuencias, fuesen cuales fueren, como pasaba cuando se trataba de ayudar a los infectados por un Demonio.

—No me importa. Rylan murió delante de mis narices y no hubo nada que pudiera hacer. Limpié mi... —Se me quebró la voz—. Limpié mi daga en su ropa.

Vikter se detuvo cuando entramos en el recibidor. Puso una mano sobre mi hombro.

—Hiciste todo lo que pudiste. —Me dio un apretón suave—. Hiciste lo que debías. No eres responsable de su muerte. Él estaba haciendo su trabajo, Poppy. Igual que si yo tuviese que morir defendiéndote.

Se me paró el corazón.

—No digas eso. Que no se te ocurra decir eso jamás. Tú no vas a morir.

—Pero algún día moriré. Tal vez tenga suerte y el dios Rhain venga a buscarme en mi sueño, pero también podría deberse a una espada o una flecha. —Me miró a los ojos, incluso a través del velo, y se me hizo un nudo

en la garganta—. No importa cómo o cuándo ocurra. No será tu culpa, Poppy. Y te prohíbo malgastar un solo segundo en sentirte culpable.

Las lágrimas enturbiaron su imagen. No podía ni imaginar que le ocurriera algo a Vikter. Ya era bastante duro haber perdido a Hannes y ahora a Rylan, con los que guardaba una relación casi tan estrecha como con Vikter. Aparte de Tawny, Vikter era la única persona en mi vida que sabía qué era lo que me mantenía despierta de noche y por qué necesitaba sentir que era capaz de protegerme a mí misma. Vikter sabía más que mi propio hermano. Sería como perder a mis padres otra vez, pero peor, porque los recuerdos de mi madre y mi padre, sus rostros y el sonido de sus voces, se habían ido difuminando con el tiempo. Estaban para siempre atrapados en el pasado, meros fantasmas de quienes fueron. Vikter, sin embargo, existía en el presente, vívido y lleno de detalles.

—Dime que lo entiendes. —Su voz se había suavizado. No lo entendía, pero asentí de todos modos, porque era lo que él necesitaba ver—. Rylan era un buen hombre. —Su voz sonó un poco pastosa y, por un momento, el dolor llenó su mirada, lo cual demostraba que también estaba afectado por la muerte de Rylan, solo que era demasiado profesional para demostrarlo—. Sé que no sonó como que opinara así cuando estábamos con Su Excelencia. Mantengo lo que dije. Rylan se había vuelto demasiado confiado, pero eso nos puede ocurrir a todos, incluso a los mejores. Era un buen guardia y se preocupaba por ti. Él no querría que te sintieras culpable. —Me dio otro apretoncito en el hombro—. Vamos. Tienes que adecentarte un poco.

En cuanto llegamos a mis aposentos, Vikter registró todo el sitio y se aseguró de que el acceso a las viejas escaleras de servicio estuviera cerrado con llave. Era más que un poco inquietante pensar que creía que debía comprobar la seguridad de mis habitaciones, pero supuse que estaba trabajando con la mentalidad de más vale prevenir que curar.

Antes de que se marchara, recordé una parte de lo que había dicho la duquesa.

—Ese grupo que mencionó la duquesa... ¿Sabes quiénes son?

—No sabía que hubiera habido ningún grupo. —Vikter lanzó una miradita a Tawny, que se afanaba en llevar un montón de toallas limpias a la sala de baño. A menudo hablaba con franqueza delante de ella, pero esto... todo esto parecía diferente—. De todos modos, no es que me mantengan al tanto de las idas y venidas de la gente, así que tampoco sería una gran sorpresa.

—O sea que el duque solo estaba tratando de evitar que cundiera el pánico —conjeturé.

—La duquesa siempre ha sido más comunicativa, pero supongo que lo más probable es que el duque le haya dicho la verdad al comandante. —Apretó la mandíbula—. Debieron informarme de inmediato. —Así era, sin importar que ya hubiese sospechado la verdad—. Intenta descansar un poco. —Puso una mano sobre mi hombro—. Estaré justo al otro lado de la puerta si necesitas algo.

Asentí.

Enseguida trajeron una bañera llena de agua caliente que colocaron al lado de la chimenea. A continuación, Tawny recogió el mugriento vestido que no quería volver a ver jamás. Me hundí en la humeante agua y me concentré en frotar mis manos y piernas hasta que estuvieron rosas por el calor y la fricción. Sin previo aviso, la imagen de Rylan apareció en mi mente, la expresión de sorpresa en su rostro mientras se miraba el pecho.

Apreté los ojos con fuerza y me fui sumergiendo hasta que el agua resbaló por encima de mi cabeza. Aguanté ahí hasta que me ardieron los pulmones y ya no veía la cara de Rylan. Solo entonces me permití salir a la superficie otra vez. Me quedé ahí sentada, las rodillas magulladas pegadas al pecho, hasta que se me puso la carne de gallina y el agua empezó a enfriarse.

Me levanté de la bañera, me arrojé con un grueso albornoz que Tawny había dejado en una banqueta cercana y caminé descalza por la piedra calentada por el fuego hasta el solitario espejo. Usé la palma de la mano para limpiar el vapor y miré mis ojos verdes. Ian y yo teníamos los ojos de nuestro padre; los de nuestra madre habían sido castaños. Eso lo recordaba. La reina me había dicho una vez que, excepto por los ojos, era una réplica exacta de mi madre cuando tenía mi edad. Tenía su frente fuerte y su rostro ovalado, pómulos marcados y una boca carnosa.

Ladeé la cabeza para ver mi mejilla. El tenue tono rojizo y magullado de la piel de mi sien y la comisura de la boca apenas se apreciaba. Lo que fuese que el curandero había aplicado a la zona había acelerado en gran medida el proceso de curación.

Tenía que ser la misma mezcla que yo usaba para curar los verdugones que tan a menudo surcaban mi espalda.

Aparté ese pensamiento a un lado y examiné mi mejilla izquierda. También se había curado, aunque había quedado una marca.

No miraba mis cicatrices a menudo, pero lo hice ahora. Estudié la irregular franja de piel, de un rosa más pálido que el resto, que empezaba justo debajo del nacimiento del pelo y cortaba a través de mi sien hasta casi tocar el ojo izquierdo. La herida ya curada terminaba al lado de mi nariz. Otra

herida, más corta y más alta, cruzaba mi frente y cortaba a través de una de mis cejas.

Levanté los dedos húmedos y los apreté contra la cicatriz más larga. Siempre había pensado que mis ojos y mi boca eran demasiado grandes para mi cara, pero la reina decía que a mi madre la habían considerado una belleza.

Siempre que la reina Ileana hablaba de mi madre, lo hacía con un afecto dolido. Habían sido buenas amigas y yo sabía que se arrepentía de haberle concedido la única cosa que le había pedido en la vida.

Permiso para rechazar la Ascensión.

Mi madre había sido una dama en espera, entregada a la Corte durante su Rito, pero mi padre no había sido un lord. Mi madre eligió a mi padre por encima de la Bendición de los dioses, y ese tipo de amor era... bueno, tampoco era que tuviese ninguna experiencia al respecto. Lo más probable era que jamás la tuviera y dudaba de que la mayoría de la gente fuese a tenerla, sin importar lo que les deparase el futuro. Lo que mi madre había hecho no tenía precedentes. Había sido la primera y la última en hacerlo jamás.

La reina Ileana había comentado en más de una ocasión que si mi madre hubiese Ascendido, tal vez habría sobrevivido a esa noche, aunque esa noche podría no haber ocurrido jamás. Yo no estaría ahí de pie. Como tampoco lo estaría Ian. Ella no se habría casado con nuestro padre y, de haber Ascendido, jamás hubiese tenido hijos.

Lo que creyera la reina era irrelevante.

Pero cuando la neblina vino por nosotros aquella noche, si mis padres hubiesen sabido defenderse, tal vez los dos seguirían con vida. Esa era la razón de que yo estuviese ahí ahora y no cautiva de un hombre decidido a acabar con los Ascendidos y más que dispuesto a derramar sangre para lograrlo. Si Malessa hubiese sabido cómo defenderse, quizás habría acabado del mismo modo, pero al menos habría tenido una oportunidad.

Mis ojos se posaron una vez más en los de mi reflejo. El Señor Oscuro no me atraparía. Era un juramento por el que estaba dispuesta a matar y morir.

Bajé la mano y me aparté despacio del espejo. Me puse un camisón, dejé un farolillo encendido al lado de la puerta y me metí en la cama. No podían haber pasado más de veinte minutos cuando oí el suave repicar de unos nudillos contra la puerta de al lado. A continuación, me llegó la voz de Tawny. Rodé hacia la entrada.

—Estoy despierta.

Tawny entró con sigilo y cerró la puerta a su espalda.

—No... no podía dormir.

—Yo ni siquiera lo he intentado aún —admití.

—Puedo volver a mi habitación si estás cansada —se ofreció.

—Ya sabes que no me voy a quedar dormida pronto. —Di unas palmaditas en el colchón a mi lado.

Tawny se apresuró a cruzar la corta distancia, levantó la esquina de la manta y se metió en la cama conmigo. Se puso de lado, de frente a mí.

—No dejo de pensar en todo lo sucedido y ni siquiera estaba ahí. No puedo ni imaginar lo que está pasando por tu mente. —Hizo una pausa—. De hecho, supongo que es algo que incluye una venganza sangrienta.

Sonreí a pesar de todo.

—No te equivocas del todo.

—Que sepas que estoy escandalizada —repuso, pero su sonrisa se borró casi al instante—. No dejo de pensar en lo irreal que parece todo esto. Primero lo de Malessa y ahora Rylan. Lo vi justo después de la cena. Estaba tan tranquilo. Y ayer por la mañana me crucé con Malessa. Iba sonriendo, con un ramo de flores en la mano. Es como que... no puedo procesar que se han ido. Ahí un momento y desaparecidos al siguiente, sin previo aviso.

Tawny era una de las pocas que no habían sufrido ninguna muerte cercana. Sus padres y su hermano y hermana mayores estaban vivos. Aparte de Hannes, nadie a quien conociera bien o viera a menudo había muerto.

En cualquier caso, aunque yo estaba bien familiarizada con ella, la muerte era siempre impactante y, como Hawke también había dicho, no menos dura o despiadada. Tragué saliva.

—No sé cómo fue para Malessa. —Bueno, sabía que tuvo que ser aterrador, pero decirlo en voz alta no ayudaría—. Pero para Rylan fue rápido. Veinte o treinta segundos —precisé—. Y entonces se había ido. No hubo mucho dolor, y lo que sufrió terminó pronto.

Tawny respiró hondo, cerró los ojos.

—Me gustaba. No era tan serio como Vikter ni tan distante como Hannes y los demás. Podía hablar con él.

—Lo sé —susurré, a través del ardor de mi garganta. Tawny se quedó en silencio unos momentos.

—El Señor Oscuro —dijo al fin. Abrió los ojos—. Parecía más un...

—¿Un mito?

Asintió.

—No es que no creyera que fuera real. Es solo que hablan de él como si fuese el hombre del saco. —Se acurrucó más al fondo y tiró de la manta hasta

su barbilla—. ¿Qué pasa si el tipo del jardín era el Señor Oscuro y lograste herirlo?

—Eso sería... bastante asombroso, y me jactaría de ello ante ti y ante Vikter hasta el fin de los tiempos. Pero como ya he dicho, no creo que lo fuera.

—Gracias a los dioses que supiste qué hacer. —Estiró el brazo por encima de la cama, encontró mi mano y le dio un apretón—. Si no...

—Lo sé. —En momentos como este, era difícil recordar que el deber era lo que nos unía, lo que creaba nuestro vínculo. Le devolví el apretón.

—Yo solo me alegro de que no estuvieses conmigo.

—Me gustaría decir que desearía haber estado ahí para que no hubieses tenido que enfrentarte a todo eso tú sola, pero en realidad, me alegro de no haber estado —reconoció—. No hubiese sido más que una distracción histórica.

—No es verdad. Te he enseñado a usar una daga...

—Que te enseñen lo básico sobre cómo utilizar un arma es muy distinto de usarla contra una persona viva, que respira. —Retiró la mano—. Estoy segura de que me hubiese quedado ahí plantada sin dejar de chillar. No me avergüenza reconocerlo y seguro que mis gritos hubiesen llamado antes la atención de los guardias.

—Te habrías defendido. —Estaba convencida de ello—. He visto lo agresiva que te pones cuando solo queda una tartaleta.

La piel de alrededor de sus ojos se arrugó al reírse.

—Pero eso es por una tartaleta dulce. Empujaría a la duquesa de un balcón para hacerme con la última.

Solté una breve carcajada. Una rápida sonrisa asomó al rostro de Tawny, pero desapareció pronto, mientras jugueteaba con un hilo suelto de la manta.

—¿Crees que el rey y la reina te harán volver a la capital?

—No lo sé —dije, los músculos de los hombros tensos de pronto.

No era verdad.

Si creían que ya no estaba a salvo en Masadonia, no dudarían en ordenar que regresara a la capital, casi un año antes de mi Ascensión.

Sin embargo, ese no era el motivo de que el frío de mi pecho se colara hasta en el último rincón de mi ser. La duquesa había demostrado antes que garantizar que nada obstaculizaba la Ascensión era la mayor preocupación. Solo había una manera de garantizar eso.

Tal vez la reina pidiera a los dioses que adelantasen la Ascensión.



Poco después del amanecer, cuando el sol brillaba con más intensidad de lo que recordaba para una mañana tan próxima al invierno, Vikter y yo nos encontrábamos al pie de las Colinas Eternas, bajo los templos de Rhahar, el dios eterno, y Ione, la diosa del renacimiento. Los templos se alzaban imponentes por encima de nosotros, cada uno construido con la más negra piedra del Lejano Este y ambos tan grandes como el castillo de Teerman. Sumían medio valle en sombras, pero no la zona donde estábamos nosotros. Era como si los dioses nos estuviesen iluminando.

Esperamos en silencio mientras levantaban el cuerpo de Rylan Keal, envuelto en un sudario, y lo depositaban sobre la pira.

Vikter se había mostrado resignado cuando me reuní con él, no preparada para entrenar sino vestida de blanco y con velo. Sabía que no me iba a convencer de que no hiciera esto, así que no dijo nada mientras caminábamos hacia el lugar donde se celebraban los funerales de todos los habitantes de Masadonia. A pesar de que mi presencia había atraído muchas miradas de sorpresa, nadie había preguntado por qué estaba allí. Y aunque alguien hubiese dicho algo de camino a la pira, mi decisión era inamovible. Estar ahí era algo que le debía a Rylan.

Rodeados de miembros de la guardia real y de guardias del Adarve, nos quedamos cerca de la parte de atrás de la pequeña multitud. No quería acercarme más por respeto a los guardias. Rylan era mi guardia personal, era un amigo, pero era hermano de los demás guardias y su muerte los afectaba de manera diferente.

A medida que el Sumo Sacerdote de túnica blanca hablaba sobre la fuerza y valentía de Rylan, de la gloria que encontraría en compañía de los dioses, de la vida eterna que le aguardaba, el dolor gélido de mi pecho fue aumentando.

Rylan parecía tan pequeño en la pira... como si se hubiese encogido de tamaño mientras el sacerdote espolvoreaba aceite y sal por todo el cuerpo. Un aroma dulce llenó el aire.

El comandante de la guardia real, Griffith Jansen, se adelantó, la capa blanca que colgaba de sus hombros ondeaba bajo la brisa. En la mano, llevaba una única antorcha. Se giró hacia nosotros y esperó. Tardé un momento en darme cuenta.

Vikter.

Al ser el compañero de trabajo más cercano a Rylan, sería el encargado de alumbrar la pira. Hizo ademán de adelantarse, pero se detuvo y me miró. Estaba claro que no quería separarse de mi lado, ni siquiera cuando estaba rodeada por docenas de guardias y era muy improbable que sucediese nada.

Oh, Dios, acababa de darme cuenta de que mi presencia interfería con su deseo o necesidad de presentar sus respetos. No creía, ni por un segundo, que esa fuese la razón de sus reticencias iniciales a mi idea de acudir al funeral la noche anterior, pero ni me había planteado cómo lo afectaría mi decisión.

Me sentía como una niña egoísta. Empecé a decirle que estaría a salvo mientras él presentaba sus respetos.

—Yo la protejo —dijo una voz grave desde detrás de mí, una que no debía de resultarme familiar, pero lo hacía.

Sentí un vértigo repentino, como si estuviese de pie ante un precipicio, pero al mismo tiempo se me aceleró el corazón. Ni siquiera tenía que darme la vuelta para saber quién era.

Hawke Flynn.

Oh, por todos los dioses.

Después de todo lo ocurrido, casi me había olvidado de él. *Casi* era la palabra clave, porque esa mañana me había despertado deseando haber esperado a que regresara a la Perla Roja.

Que mis enemigos pudieran secuestrarme y utilizarme de alguna manera terrible, o que me mataran antes de tener la posibilidad de experimentar todas las cosas sobre las que la gente solo susurraba, parecían ahora realidades más que aterradoras.

Los acerados ojos azul grisáceo de Vikter se deslizaron por encima de mi hombro. Se produjo un largo y tenso silencio, con varios guardias de testigo.

—¿De veras?

—Con mi espada y con mi vida —repuso Hawke. Avanzó para colocarse a mi lado.

El vértigo volvió a mi estómago en respuesta a su promesa, a pesar de saber que eso era lo que decían todos los guardias, daba igual si eran del Adarve o si protegían a los Ascendidos.

—El comandante me ha dicho que eres uno de los mejores del Adarve. —La mandíbula de Vikter se endureció mientras hablaba en voz baja para que solo Hawke y yo pudiéramos oír—. Me dijo que hacía muchos años que no veía un nivel de destreza como el tuyo con un arco o una espada.

—Se me da bien lo que hago.

—¿Y eso es...? —lo retó Vikter.

—Matar.

Esa respuesta sencilla y escueta salida de unos labios que me habían parecido tan suaves como firmes fue un *shock*. Aunque la palabra no me asustaba. De hecho, tuve más bien la reacción contraria, y es probable que eso hubiese debido inquietarme. O, como muy poco, preocuparme.

—Ella es el futuro de este reino —le advirtió Vikter y yo me estremecí con una extraña mezcla de vergüenza y afecto. Había dicho lo que todo el mundo, desde la duquesa hasta la reina, hubiese dicho, pero sabía que pronunciaba esas palabras por *quién* era yo, no por lo que representaba—. Sé muy consciente de quién está a tu lado.

—Sé bien quién está a mi lado —respondió Hawke. Una risita histérica trepó por mi garganta. De verdad que no tenía ni idea de quién estaba a su lado. Por la gracia de los dioses, conseguí reprimir la risa—. Está a salvo conmigo —añadió Hawke.

Lo estaba.

Y no lo estaba.

Vikter me miró y todo lo que pude hacer fue asentir. No podía hablar. Si lo hacía, tal vez Hawke reconocería mi voz y entonces... madre mía, no podía ni empezar a imaginar lo que sucedería.

Con una última mirada de advertencia en dirección a Hawke, Vikter dio media vuelta y fue hasta el guardia que sostenía la antorcha. Mi corazón no se había ralentizado ni un poquito cuando me decidí a echar un rápido vistazo en dirección a Hawke.

Al instante, deseé no haberlo hecho.

A la brillante luz del sol mañanero, con el pelo negro azulado retirado de la cara, sus facciones lucían más duras, más severas, y de algún modo aún más hermosas. La línea de sus labios era fina. No había ni asomo de su hoyuelo. Llevaba el mismo uniforme negro que vestía la noche de la Perla Roja, solo que ahora llevaba también la armadura de cuero y hierro del Adarve, un sable a su lado, con la hoja de heliotropo de un profundo color rubí.

¿Por qué se había ofrecido a protegerme justo él? Había guardias reales presentes. Docenas que hubiesen debido hacerlo. Mis ojos recorrieron a los ahí congregados y me di cuenta de que ninguno miraba demasiado tiempo en mi dirección. Me pregunté si sería porque era tan raro que me vieran o si temían un castigo por parte del duque o de los dioses por mirarme siquiera.

Su deber indicaba que dieran su vida por alguien a quien no podían mirar durante demasiado tiempo ni acercarse sin permiso so pena de incurrir en una

grave falta de respeto. La inquietante ironía de la situación pesaba como una losa sobre mis hombros.

Pero Hawke era diferente.

No había forma humana de que pudiese saber que había sido yo la de la Perla Roja. Jamás me había oído hablar hasta entonces y dudaba mucho de que mi mandíbula y mi boca fuesen *tan* reconocibles.

La duquesa había dicho que venía de la capital con unas referencias inmejorables y que lo más probable era que se convirtiera en uno de los guardias reales más jóvenes. Si eso era lo que Hawke quería, presentarse voluntario de este modo seguro que lo ayudaría. Después de todo, ahora había una vacante repentina e inesperada en la guardia real.

¿No era eso algo macabro que decir?

Un músculo se tensó en su mandíbula, fascinante por un momento. Después recordé por qué estaba ahí, y no era para comerme con los ojos a Hawke desde detrás del velo. Deslicé mi mirada hacia Vikter, que se aproximaba ya a la pira.

Aspiré un poco de aire y, cuando bajó la antorcha, tuve la tentación de apartar la mirada, de cerrar los ojos. No lo hice. Observé mientras las llamas lamían la madera y el sonido del crepitar de la leña llenaba el silencio. Se me revolvieron las tripas cuando el fuego se avivó de pronto y se extendió por encima del cuerpo de Rylan, al tiempo que Vikter hincaba una rodilla en tierra delante de la pira y agachaba la cabeza.

—Le haces un gran honor al estar aquí —me dijo Hawke en voz baja. Sus palabras me sobresaltaron y giré la cabeza hacia él a toda velocidad. Me estaba mirando, con los ojos tan brillantes que parecía que los dioses habían pulido el ámbar ellos mismos para colocarlo ahí—. Nos haces a todos un gran honor al estar aquí.

Abrí la boca para decirle que a Rylan y a todos ellos se les debía mucho más que el honor de mi presencia, pero me callé a tiempo. No podía arriesgarme.

Los ojos de Hawke se deslizaron por mi mandíbula, se demoraron un poco en la comisura de mi boca, donde sabía que la piel estaba inflamada.

—Te hicieron daño. —No era una pregunta, sino una afirmación, pronunciada en un tono duro como el granito—. Puedes tener la certeza de que no volverá a suceder jamás.

Capítulo 9



Tenía la piel empapada en sudor cuando me agaché y giré en redondo; mi larga y gruesa trenza se enroscó a mi alrededor. Lancé una patada y mi pie desnudo impactó contra el lado de la espinilla de Vikter. Pillado con la guardia baja, se tambaleó hacia un costado mientras yo saltaba para ponerme a su lado. Empezó a contraatacar pero se quedó paralizado. Bajó la vista hacia donde yo sujetaba mi daga contra su cuello.

Las comisuras de sus labios se curvaron hacia abajo.

—Yo gano —dije, con una sonrisa.

—No se trata de ganar, Poppy.

—¿Ah, no? —Bajé la daga y di un paso atrás.

—Se trata de sobrevivir.

—¿Y eso no es ganar?

Vikter me lanzó una mirada de soslayo mientras se secaba la frente con el brazo.

—Supongo que puedes verlo de ese modo, pero nunca es un juego.

—Ya lo sé. —Envainé la daga pegada a mi muslo. Vestida con unas mallas gruesas y una túnica vieja de Vikter, caminé por el suelo de piedra hacia una ajada mesa de madera. Recuperé mi vaso de agua y di un buen sorbo. Si pudiese vestir así todo el día, todos los días, sería una chica feliz—. Aunque si fuese un juego, hubiese ganado.

—Solo me has derrotado dos veces, Poppy.

—Sí, pero en ambas ocasiones te hubiese cortado el cuello. Tú me has derrotado tres veces, pero no hubiesen sido más que heridas superficiales.

—¿Heridas superficiales? —Soltó una carcajada seca, cosa rara en él—. Solo tú podrías considerar el destripamiento como una insignificante herida

superficial. Qué mala perdedora eres.

—Creía que esto no era un juego.

Soltó un bufido. Me encogí de hombros con una sonrisa mientras me giraba hacia él. Diminutas motas de polvo danzaban a la luz del sol que entraba a raudales por las ventanas abiertas. Hacía mucho que habían quitado los cristales y la habitación era o bien casi gélida y con corrientes en invierno o de un calor insoportable en verano. Pero nadie nos buscaba jamás ahí, así que las temperaturas extremas eran más que manejables.

Era la mañana de después del funeral de Rylan, demasiado temprano para que la mayoría de la gente del castillo estuviera en pie. Casi todo el personal y los habitantes de la fortaleza seguían el horario de los Ascendidos, y tanto los sirvientes como el duque y la duquesa creían que todavía estaba acostada. Solo Tawny sabía dónde estaba. Ni siquiera Rylan lo había sabido, puesto que Vikter siempre tenía turno de mañana conmigo.

—¿Qué tal está tu cabeza? —preguntó Vikter.

—Muy bien.

—¿Eso es verdad? —insistió, con una ceja rubia arqueada.

Un tenue magullón entre azul y morado por encima de la sien era todo lo que me quedaba del ataque. La piel de alrededor de mi boca ya no estaba roja. Y sí, tenía un corte superficial en el carrillo al que iba a parar toda la sal que ingería, pero aparte de eso, *estaba* bien. No lo admitiría jamás, pero que Vikter el día anterior me sugiriera que me lo tomara con calma y descansara era probable que tuviese mucho que ver con ello.

Después del funeral de Rylan, había pasado el día en mis habitaciones, leyendo uno de los libros que me había llevado Tawny. Era la historia de dos amantes, desafortunados pero aun así destinados el uno al otro. El título entraba dentro del montón de «Cosas que Penellaphe tiene prohibido leer», que era prácticamente todo lo que no supusiera algún tipo de material educativo o las enseñanzas de los dioses. Había terminado la novela ayer por la noche y me preguntaba si Tawny podría conseguirme otra. Lo dudaba mucho. La preparación para el inminente Rito estaba consumiendo gran parte de su tiempo libre. Siempre que Tawny no podía traerme un libro para leer, simplemente me colaba a hurtadillas en el Ateneo y me servía yo misma. Además, con ese intento de secuestro y lo que le había sucedido a Malessa, no quería que Tawny estuviese rondando por ahí.

Lo cual significaba que yo tampoco debería rondar por ahí sin protección, aunque el Ateneo no estaba demasiado lejos. Solo unas manzanas más allá del castillo y fácil de llegar desde la Arboleda. Disfrazada, nadie sabría que era la

Doncella, pero seguía pareciendo demasiado arriesgado e imprudente hacer algo así tan pronto, después del ataque.

—Ayer por la noche me dolía un poco, pero no desde que me he levantado. —Hice una pausa—. El hombre daba puñetazos como una damisela.

Vikter resopló divertido mientras se acercaba. Deslizó la espada corta en su vaina.

—¿Has dormido bien?

—¿Tengo aspecto de no haber dormido? —pregunté, tras plantearme mentirle. Vikter se detuvo delante de mí.

—Rara vez duermes bien. Supongo que lo que te ocurrió con Rylan habrá exacerbado tu ya de por sí escasa capacidad para conciliar el sueño.

—Oh, ¿estás preocupado por mí? —me burlé—. Eres un padrazo. —Puso cara de sufrimiento.

—Deja de esquivar mis preguntas, Poppy.

—¿Por qué? Se me da genial.

—En realidad, no.

Puse los ojos en blanco y suspiré.

—Me costó un rato dormirme, pero hace tiempo que no tengo pesadillas.

Los ojos de Vikter rebuscaron en los míos, como si intentara determinar si estaba mintiendo. De hecho, era probable que pudiese hacerlo. No estaba mintiendo... del todo. No había tenido una pesadilla desde que fui a la Perla Roja y no estaba muy segura de la razón.

A lo mejor, quedarme dormida pensando en lo que había sucedido en la Perla Roja había cambiado de algún modo mi cerebro y lo había alejado de antiguos traumas. Si era así, no pensaba mirarle los dientes a ese caballo regalado.

—¿Quién crees que va a sustituir a Rylan? —pregunté, para cambiar de tema antes de que pudiese seguir por esa vía de interrogatorio.

—No estoy seguro, pero supongo que lo decidirán pronto.

Mi cabeza se fue de inmediato hacia Hawke, aunque era imposible que estuviese entre los candidatos, no cuando había muchos otros guardias en el Adarve que llevaban ahí muchísimo más tiempo que él. De todos modos, la pregunta pareció brotar de mis labios sin querer.

—¿Crees que será el que vino de la capital hace poco? ¿El guardia que se colocó a mi lado en el funeral?

El que me había asegurado que no volverían a hacerme daño.

—¿Te refieres a Hawke? —preguntó Vikter, al tiempo que guardaba su otra espada.

—Oh, ¿se llama así?

Vikter levantó la vista hacia mí.

—Mientes fatal.

—¿Por qué? —Fruncí el ceño—. ¿Sobre qué se supone que estoy mintiendo?

—¿No sabías su nombre?

Recé por que mis mejillas sonrojadas no me delataran y crucé los brazos delante del pecho.

—¿Por qué habría de saberlo?

—Todas las mujeres de esta ciudad conocen su nombre.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

Sus labios vibraron como si estuviese reprimiendo una sonrisa.

—Es un joven muy guapo, o eso me han dicho, y no hay nada malo en que te fijas en él. —Apartó la mirada—. Siempre que eso sea todo lo que hagas.

Entonces sí que me sonrojé, porque había hecho mucho más que solo fijarme en Hawke.

—¿Exactamente cuándo hubiese tenido ocasión de hacer algo más que fijarme en él, cosa que, te recuerdo, está estrictamente prohibida?

Vikter se rio de nuevo y fruncí el ceño aún más.

—¿Cuándo has dejado de hacer algo porque estuviera prohibido?

—*Esto* es diferente —protesté, sin dejar de preguntarme si los dioses me castigarían por mentir con tanto descaro—. ¿Y cuándo tendría la oportunidad siquiera de hacer algo así?

—De hecho, me alegro de que saques el tema. Tus aventuritas van a tener que terminar.

Se me hizo un nudo en el estómago.

—No tengo ni idea de a qué te refieres. —Vikter ignoró mi respuesta.

—No he dicho nada en el pasado acerca de tus escapaditas con Tawny, pero después de lo sucedido en el jardín, tienen que terminar. —Cerré la boca de golpe—. ¿Creías que no lo sabía? —Su sonrisa fue lenta y engreída—. Te observo aun cuando crees que no lo hago.

—Vaya, eso es... raro. —Ni siquiera quería saber si estaba al tanto de mi excursión a la Perla Roja.

—Raro o no, solo recuerda lo que te he dicho la siguiente vez que pienses en salir a hurtadillas en medio de la noche. —Antes de que pudiera contestar,

Vikter siguió hablando—. Y en cuanto a Hawke, diría que, por su edad, su nombramiento como tu guardia personal es improbable.

—¿Pero? —Mi corazón empezó a latir con fuerza y apenas fui consciente de que Vikter retiraba el vaso de mis manos.

—Pero tiene un talento excepcional, más que muchos de los guardias reales actuales. Ayer no estaba alimentando su ego cuando dije eso. Vino aquí, con muy buenas referencias de la capital y parece haber estrechado lazos con el comandante Jansen. —Se terminó mi vaso de agua—. No me sorprendería demasiado si al final lo ascendieran antes que a otros.

Mi corazón había empezado a estrellarse contra mis costillas.

—Pero... ¿para convertirse en *mi* guardia personal? Seguro que alguien que esté más familiarizado con la ciudad sería mejor opción.

—De hecho, lo mejor sería alguien nuevo y con menos probabilidades de ser autocomplaciente —me corrigió—. Él vería las cosas de manera diferente a como lo hacemos muchos de nosotros que llevamos años por aquí. Vería puntos débiles y amenazas que nosotros podríamos pasar por alto debido a la monotonía. Y ayer demostró que no tiene problema en dar un paso al frente cuando todos los demás se quedaron al margen.

Todo eso tenía sentido, pero... no podía convertirse en mi guardia real personal. Si lo hacía, tendría que hablar con él en algún momento y, si hacía eso, seguro que acabaría por reconocerme.

Y entonces ¿qué?

Si tenía buena relación con el comandante y estaba decidido a ascender pronto, seguro que me delataría. Después de todo, los guardias de más alto rango, los que tenían una oportunidad de vivir hasta disfrutar de una jubilación bien remunerada, eran los guardias reales que protegían al duque y la duquesa de Masadonia.



Durante el día, cuando el sol estaba alto, el Gran Salón, donde tenían lugar los Consejos semanales y las grandes celebraciones, era una de las habitaciones más bonitas de todo el castillo.

Una hilera de ventanas más altas que la mayoría de las casas de la ciudad y espaciadas cada seis metros permitían que el brillante y cálido sol bañara los suelos y las paredes de pulida piedra caliza blanca. Las ventanas ofrecían vistas a los jardines a la izquierda y a los templos sobre las Colinas Eternas.

Unos gruesos tapices blancos colgaban entre las ventanas, tan largos como ellas, el escudo real dorado bordado en el centro de cada estandarte. Una serie de columnas de un blanco cremoso, decoradas con motas doradas y plateadas, recorrían la larga y ancha sala. Flores de jazmín blancas y moradas trepaban desde urnas plateadas, perfumando el aire con su aroma dulce, como a tierra mojada.

El techo pintado a mano era la verdadera obra maestra del Gran Salón. Todos los dioses nos observaban desde lo alto. Ione y Rhahar. La exuberante y pelirroja Aios, diosa del amor, la fertilidad y la belleza. Saion, con su piel oscura, dios del cielo y la tierra (era tierra, viento y agua). A su lado estaban Theon, el dios de la concordia y la guerra, y su gemela Lailah, la diosa de la paz y la venganza. La morena diosa de la caza, Bele, armada con su arco. Estaba Perus con su pelo blanco, el pálido dios del Rito y la prosperidad. A su lado, Rhain, el dios del hombre común y los finales. Y después estaba mi tocaya, Penellaphe, la diosa de la sabiduría, la lealtad y el deber, cosa que encontraba muy irónica. Todos sus rostros estaban representados con un realismo vívido e impactante; todos menos el de Nyktos, el rey de todos los dioses, que había pronunciado la primera Bendición. Su rostro y su figura no eran más que brillante luz de luna plateada.

Sin embargo, ahora que estaba de pie en el estrado elevado, con la duquesa sentada a mi derecha, no había rayos de sol que entraran por las ventanas, solo la oscura noche. Varios candeleros de pared y lámparas de aceite, colocados para proporcionar la mayor luz posible, proyectaban un resplandor dorado por todo el Salón.

Los dioses no paseaban al sol.

Así que los Ascendidos tampoco lo hacían.

¿Cómo se habría adaptado Ian a eso? Cuando los días eran soleados, era fácil encontrarlo al aire libre, escribiendo en uno de sus diarios, anotando todas las historias que su mente imaginaba. ¿Escribiría ahora a la luz de la luna? Me enteraría más pronto que tarde si me llevaban de vuelta a la capital.

Sentí un arrebato de ansiedad, pero aparté ese pensamiento a un lado antes de que la inquietud pudiese extenderse. Paseé la vista por la muchedumbre que llenaba el Gran Salón, fingiendo que no buscaba una cara en particular y fracasando estrepitosamente.

Sabía que Hawke estaba ahí. Siempre lo estaba, pero todavía no lo había visto.

Llena de energía nerviosa, crucé y descrucé las manos mientras alguien, un banquero, seguía alabando a los Teerman.

—¿Estás bien? —Vikter agachó la cabeza y mantuvo la voz lo bastante baja como para que solo yo lo oyera. Me volví hacia la izquierda de manera casi imperceptible y asentí.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque llevas retorciéndote como si tuvieras arañas dentro del vestido desde el principio de esto —respondió.

¿Arañas en el vestido?

Si tuviese arañas en el vestido, no me retorcería; chillaría y me arrancaría toda la ropa, sin importar quién pudiese verme.

No estaba segura de qué era lo que me producía semejantes nervios. Bueno, si tenía en cuenta todo lo que había pasado los últimos días, había una miríada de cosas, pero me daba la sensación de que... era más que eso.

Había empezado después de separarme de Vikter, un breve dolor de cabeza que atribuí al puñetazo y quizás a haberme excedido durante el entrenamiento; aunque jamás lo reconocería. Después de comer se había difuminado, solo para ser sustituido por un aluvión de energía nerviosa. Me recordaba al efecto de la mezcla de granos de café que Ian había enviado desde la capital. Tawny y yo habíamos bebido solo media taza y ninguna de las dos pudimos estarnos quietas durante todo el día.

Hice un esfuerzo más consciente por mantener la calma y deslicé la vista hacia la izquierda, hacia los jardines en los que tanta paz había encontrado en el pasado. Me dolía el pecho. No había ido a los jardines ayer por la noche ni en ningún momento del día de hoy. No me habían prohibido ir, pero sabía que, si salía, estaría rodeada por guardias.

No podía ni imaginar lo que pasaría en el inminente Rito.

En cualquier caso, no creía que fuese a poder volver a los jardines nunca más, sin importar lo mucho que me gustara el recinto y las rosas que allí había. Incluso ahora, solo mirar el oscuro contorno del jardín a través de las ventanas me trajo una imagen de los ojos vidriosos de Rylan.

Aspiré una pequeña bocanada de aire y aparté la vista del jardín para mirar a la cabecera del Salón. Los miembros de la Corte, aquellos que habían Ascendido, eran los más cercanos, colocados a ambos lados del estrado. Detrás de ellos estaban los lores y damas en espera, entre los que se encontraban varios guardias reales, los hombros cubiertos por capas blancas con el escudo real. Comerciantes y hombres de negocios, aldeanos y peones... Todos ellos abarrotaban la sala. Habían acudido a solicitar a la Corte una cosa u otra, a presentar sus quejas o a ganarse el favor de Su Excelencia el duque o la duquesa.

Muchos de los presentes nos miraban boquiabiertos del asombro. Para algunos, esta era la primera vez que veían a la duquesa de Teerman, una belleza de pelo castaño, o al elegante y apuesto duque, cuyo pelo era tan rubio que parecía casi blanco. Para muchos, esta era la primera vez que estaban tan cerca de un Ascendido.

Tenían aspecto de estar en presencia de los mismísimos dioses y, en cierto modo, supuse que así era. Los Ascendidos eran descendientes de los dioses, por sangre, aunque no fuese por nacimiento.

Y luego estaba... yo.

Casi ninguno de los plebeyos presentes en el Gran Salón había visto jamás a la Doncella. Solo por eso, era la destinataria de un montón de miradas rápidas y curiosas. Supuse que la noticia de la muerte de Malessa y mi intento de secuestro también habría corrido como la pólvora y estaba segura de que contribuía a la curiosidad y al zumbido de energía ansiosa que parecía impregnar todo el Salón.

Excepto en el caso de Tawny, que parecía medio dormida mientras estaba ahí de pie. Me mordí el carrillo por dentro cuando la vi disimular un bostezo. Ya llevábamos casi dos horas y me pregunté si a los Teerman les dolería el culo tanto como empezaban a dolerme a mí los pies.

Probablemente, no.

Los dos parecían muy cómodos. La duquesa iba enfundada en seda amarilla e incluso yo podía reconocer que el duque estaba muy atractivo con sus pantalones y su frac.

Siempre me recordaba a la pálida serpiente con la que me había topado una vez en la playa de niña. Preciosa de mirar, pero su mordedura era peligrosa y a menudo letal.

Reprimí un suspiro cuando el banquero empezó a hablar del gran liderazgo de los duques. Empecé a mirar hacia los templos...

Y lo vi.

Hawke.

Un extraño revoloteo cosquilloso se instaló en mi pecho al verlo. Estaba entre dos columnas, los brazos cruzados delante del ancho pecho. Igual que anoche, no había ninguna media sonrisa burlona en su rostro y sus facciones bien hubiesen podido considerarse severas de no ser por los rebeldes mechones de pelo negro azabache que caían por su frente y suavizaban su expresión.

Una hormigueante sensación de exposición bajó por mi columna y se extendió como diminutos bultitos por toda mi piel. Hawke tenía los ojos

levantados hacia el estrado, hacia donde yo estaba, e incluso desde el otro lado de la sala y desde detrás del velo, hubiese podido jurar que nuestras miradas se cruzaron. El aire salió de golpe de mis pulmones y el salón entero pareció difuminarse y quedarse en silencio mientras nos mirábamos.

Mi corazón aporreó con fuerza contra mi pecho mientras mis manos se abrían y cerraban por voluntad propia. Me estaba mirando a mí, aunque lo mismo hacían muchos otros. Incluso los Ascendidos se quedaban pasmados mirándome muchas veces.

Era una curiosidad, una atracción de feria exhibida una vez a la semana como recordatorio de que los dioses podían intervenir de manera activa en nacimientos y en vidas.

Aun así, notaba las piernas raras y el pulso alterado, como si hubiese pasado la última hora practicando diferentes técnicas de combate con Vikter.

Magnus, uno de los secretarios del duque, llamó mi atención al nombrar a los siguientes en hablar.

—El señor y la señora Tulis han solicitado decir unas palabras, Sus Excelencias.

Vestidos con ropa simple pero limpia, una pareja rubia salió de detrás de un grupo de personas que esperaba hacia el final de la sala. El marido había pasado el brazo alrededor de los hombros de su esposa, más bajita, y la mantenía cerca de su lado. Con el pelo retirado de un rostro palidísimo, la mujer no llevaba joyas pero sujetaba un pequeño fardo bien envuelto entre los brazos. El fardo se removió cuando se acercaron al estrado, y unos diminutos brazos y piernas estiraron la pálida manta azul. El matrimonio tenía los ojos clavados en el suelo, las cabezas gachas. No levantaron la vista, no hasta que la duquesa les dio permiso para hacerlo.

—Pod is hablar —les indicó, su voz cautivadoramente femenina y cargada de una dulzura sin fin. Sonaba como alguien que jamás hubiese levantado la voz o la mano por enfado. Y así era. Por enésima vez, me pregunt  exactamente qué tenían ella y el duque en común. No podía recordar la última vez que los había visto tocarse; aunque tampoco es que eso fuese necesario para que los Ascendidos se casaran.

A diferencia de otras personas, saltaba a la vista que el Sr. y la Sra. Tulis compartían profundos sentimientos el uno por el otro. Se notaba en la forma en que el Sr. Tulis sujetaba a su mujer cerca, la forma en que ella levant  la mirada, primero hacia él y luego hacia la duquesa.

—Gracias. —Los ojos nerviosos de la mujer saltaron hacia el duque—. Excelencia.

El duque de Teerman hizo un sutil gesto con la cabeza en aquiescencia.

—Es un placer —dijo—. ¿Qué podemos hacer por vosotros y vuestra familia?

—Estamos aquí para presentar a nuestro hijo —explicó la mujer, girándose de modo que el fardo mirara hacia el estrado. La carita del bebé estaba arrugada y roja, parpadeó con sus grandes ojos.

La duquesa se inclinó hacia delante, las manos aún cruzadas en el regazo.

—Es una monada. ¿Cómo se llama?

—Tobias —contestó el padre—. Se parece a mi mujer; es adorable, si se me permite decirlo, Excelencia.

Mis labios se curvaron en una sonrisa.

—Lo es —confirmó la duquesa, asintiendo—. Espero sinceramente que todo os vaya bien a vosotros y al bebé.

—Sí, así es. Yo estoy muy bien y el bebé está sano y ha sido una verdadera alegría. Una bendición. —La Sra. Tulis se enderezó, con el bebé bien sujeto contra el pecho—. Le queremos mucho.

—¿Es vuestro primer hijo? —preguntó el duque.

La nuez del Sr. Tulis se movió arriba y abajo cuando tragó saliva.

—No, Excelencia, no lo es. Es nuestro tercer hijo.

La duquesa dio una palmada.

—Entonces, Tobias es una verdadera bendición, una que recibirá el honor de servir a los dioses.

—Por eso estamos aquí, Excelencia. —El hombre dejó caer el brazo de los hombros de su mujer—. Nuestro primer hijo... nuestro querido Jamie... él... murió hace solo tres meses. —El Sr. Tulis se aclaró la garganta—. Una enfermedad de la sangre, según nos dijeron los curanderos. Fue todo muy rápido. Un día estaba bien, correteando por todas partes y metiéndose en todo tipo de líos. Y después, a la mañana siguiente, no se despertó. Aguantó unos días más, pero luego nos dejó.

—Siento muchísimo oír eso. —El dolor inundó la voz de la duquesa, que se echó hacia atrás en su asiento—. ¿Y qué pasa con el segundo hijo?

—Lo perdimos a causa de la misma enfermedad que se llevó a Jamie. —La madre empezó a temblar—. Con un año recién cumplido.

¿Habían perdido a dos hijos? Me dolía el corazón solo de pensarlo. Incluso con las pérdidas que yo había experimentado en mi vida, no podía ni empezar a imaginar el tipo de aflicción que debía sentir un padre cuando perdía a un hijo; no digamos ya a dos. Si estirara mi don hacia ellos, seguro que querría hacer algo al respecto, pero no podía. Ahí no. Así que lo reprimí.

—Es una verdadera tragedia. Espero que encontréis consuelo en la certeza de que vuestro querido Jamie está con los dioses, junto con vuestro segundo hijo.

—Sí, eso nos consuela. Es lo que nos ha permitido superar su pérdida. — La Sra. Tulis meció al bebé—. Hemos venido hoy con la esperanza de... a pedir... —Dejó la frase a medio terminar, parecía incapaz de hacerlo. Su marido le tomó el relevo.

—Hemos venido aquí hoy a pedir que nuestro hijo no esté obligado a participar en el Rito cuando le llegue la edad.

Una exclamación ahogada se extendió por la sala, procedente de todos los rincones al mismo tiempo. Los hombros del Sr. Tulis se pusieron tensos, pero hizo lo imposible por continuar.

—Sé que es mucho pedir de sus excelencias y de los dioses. Es nuestro tercer hijo, pero hemos perdido a los dos primeros y los curanderos le han dicho a mi mujer que no debería tener más, por mucho que lo desee. Es el único hijo que nos queda. Y será nuestro último hijo.

—Pero sigue siendo el tercero —respondió el duque y noté un inmenso vacío en el pecho—. Que vuestro primer hijo haya salido adelante o no es algo que no cambia que vuestro segundo hijo, y ahora el tercero, estén destinados a servir a los dioses.

—Pero no tenemos más hijos, Excelencia. —El labio inferior de la Sra. Tulis temblaba mientras su pecho subía y bajaba de manera espasmódica—. Si volviera a quedarme embarazada, podría morir. Nosotros...

—Lo entiendo. —El tono de voz del duque no había cambiado—. Y vosotros debéis entender que, aunque los dioses nos han concedido gran poder y autoridad, el tema del Rito no es algo que podamos cambiar.

—Pero pueden hablar con los dioses. —El Sr. Tulis hizo ademán de acercarse, pero se paró en seco cuando varios guardias reales dieron un paso adelante.

Un murmullo grave brotó entre los asistentes. Miré hacia donde estaba Hawke. Observaba el desarrollo de lo que yo ya consideraba la tercera tragedia de los Tulis con la mandíbula tan dura como la piedra caliza que nos rodeaba. ¿Tendría un segundo o tercer hermano o hermana que hubiera sido entregado al Rito? ¿Uno que podría entrar al servicio de la Corte y recibir la Bendición de los dioses, y otro al que no volvería a ver jamás?

—Pueden hablar con los dioses en nuestro nombre, ¿no es así? —preguntó el Sr. Tulis, la voz tan rasposa como la arena—. Somos buenas personas.

—Por favor. —Empezaron a rodar lágrimas por las mejillas de la madre y mis dedos estaban ansiosos por tocarla, por aliviar su dolor, aunque fuese solo un ratito—. Les rogamos que al menos lo intenten. Sabemos que los dioses son misericordiosos. Hemos rezado a Aios y Nyktos cada mañana y cada noche para que nos concedieran este regalo. Todo lo que pedimos es...

—Lo que pedís no puede ser concedido. Tobias es vuestro tercer hijo y este es el orden natural de las cosas —sentenció la duquesa. Un sollozo desgarrador salió de la garganta de la mujer—. Sé que es duro y que ahora os duele, pero vuestro hijo es un regalo a los dioses, no un regalo de ellos a vosotros. Por eso nunca les pediríamos algo así.

¿Por qué no? ¿Qué daño podía haber en preguntar? Seguro que había suficientes hijos al servicio de los dioses como para que un solo niño no alterase el orden natural de las cosas.

Además, sí que se habían hecho algunas excepciones en el pasado. Mi hermano era prueba de ello.

Muchos de los presentes parecían paralizados por la estupefacción, como si no pudiesen creer la audacia de lo que ese matrimonio estaba pidiendo. Sin embargo, había otros cuyos rostros estaban empapados en lágrimas de compasión y contorsionados por la ira. Tenían los ojos clavados en el estrado, en el duque y la duquesa de Teerman. Y en mí.

—Por favor. Se lo suplico. Se lo suplico. —El padre se dejó caer de rodillas, las manos cruzadas como para rezar.

Ahogué una exclamación y se me comprimió el pecho. No estaba segura de cómo había sucedido ni por qué, pero había perdido el control de mi don y mis sentidos se abrieron. Aspiré una brusca bocanada de aire cuando el dolor me inundó en olas gélidas. Su potencia me sacudió las rodillas y apenas podía respirar.

Un segundo después, sentí la mano de Vikter sobre mi espalda y supe que estaba preparado para retenerme si decidía ir hacia ellos. Me costó un esfuerzo sobrehumano quedarme ahí parada y no hacer nada.

Aparté los ojos del Sr. Tulis y me obligué a respirar hondo y con regularidad. Mis ojos, muy abiertos, pasearon por la multitud mientras imaginaba un muro en mi mente, uno tan grande como el Adarve, tan alto y grueso que no podía atravesarlo el dolor de nadie. Eso siempre había funcionado en el pasado y funcionó ahora. Las garras de dolor aflojaron su presión, pero...

Mi mirada quedó atascada en un hombre rubio. Estaba varias filas más atrás, la barbilla baja y gran parte de su rostro oculto entre las sombras de la

cortina de pelo que caía hacia delante. Sentí... *algo* que quemaba a través del muro que había levantado, pero no parecía aflicción. Lo noté caliente, como dolor físico, pero era... Noté un sabor amargo en la parte de atrás de la garganta, como si hubiese tragado ácido. El hombre tenía que sufrir algún dolor, pero...

Desconcertada, cerré los ojos y reconstruí el muro hasta que lo único que sentía eran los fuertes latidos de mi corazón. Después de unos segundos, fui capaz de aspirar una bocanada de aire algo más profunda, más fuerte y, por fin, esa extraña sensación desapareció. Abrí los ojos mientras el padre suplicaba.

—*Por favor*. Amamos a nuestro hijo —rogó—. Queremos criarlo para que sea un buen hombre, para...

—Será criado en los templos de Rhahar y Ione, donde cuidarán de él mientras esté al servicio de los dioses como se ha hecho siempre desde la primera Bendición. —La voz del duque no dejaba lugar a discusión y los sollozos de la mujer se intensificaron—. A través de nosotros, los dioses os protegen a todos y cada uno de vosotros de los horrores que hay al otro lado del Adarve. De lo que viene en la neblina. Y todo lo que debemos hacer a cambio es proporcionarles servicio. ¿Estáis dispuestos a enfadar a los dioses para quedaros a un niño en casa, hasta que crezca y se haga mayor o quizás enferme y muera?

El Sr. Tulis negó con la cabeza, su rostro perdió todo el color.

—No, Excelencia, no queríamos arriesgarnos a eso, pero es nuestro hijo...

—Pero eso es lo que pedís —lo interrumpió el duque—. Un mes después de su nacimiento, lo entregaréis a los Sumos Sacerdotes y os sentiréis honrados de hacerlo.

Incapaz de seguir mirando esos rostros empapados en lágrimas, cerré los ojos de nuevo y deseé poder ahogar de algún modo los sonidos de su desolación. Sin embargo, aunque pudiese, no los olvidaría. Y en verdad, necesitaba oír su dolor. Necesitaba ser testigo de esto y recordarlo. Servir a los dioses en los templos era un honor, pero esto seguía siendo una pérdida.

—Dejad de llorar —imploró la duquesa—. Sabéis que esto es lo correcto y lo que los dioses han solicitado.

Sin embargo, no parecía lo correcto. ¿Qué daño podía haber en pedir que un solo niño se quedara en casa con sus padres? Para crecer, vivir y convertirse en un miembro útil de la sociedad. Ni el duque ni la duquesa darían el brazo a torcer para conceder un favor tan sencillo. ¿Cómo podría

cualquier mortal no sentirse conmovido por las súplicas de la madre, su llanto, y la impotencia desolada de su marido?

Pero ya conocía la respuesta a eso.

Los Ascendidos ya no eran mortales.

Capítulo 10



Reprimí un bostezo mientras Tawny ayudaba a fijar mi velo en su sitio. Tenía la sensación de no haber tenido ni un momento de descanso.

Anoche, mi cerebro se negaba a apagarse. No podía dejar de pensar en Malessa y Rylan, la amenaza del Señor Oscuro y lo que había ocurrido con la familia Tulis. La desoladora impotencia que había inundado el rostro de la madre mientras su marido la conducía fuera de la sala me había atormentado, igual que la imagen de la gente, que se apartó de ellos a su paso. Fue como si la petición de los Tulis los hubiese dejado con una enfermedad contagiosa. Mientras se marchaban, acunando a su bebé, su congoja se había proyectado hasta convertirse en una entidad tangible y duradera.

Pero esa no era la única parte del asunto que rondaba por mi mente.

La expresión que había velado el rostro de Hawke mientras contemplaba a la destrozada pareja también se me aparecía una y otra vez. La ira había endurecido su mandíbula y apretado sus labios en una línea fina e inamovible. Y él no era el único de los presentes que había mostrado lo que podía muy bien interpretarse como resentimiento. Pensé en el hombre rubio que había visto y lo que había sentido procedente de él. Tenía que ser alguna forma de dolor, pues esa era la única cosa que podía sentir de otras personas. Solo que me había recordado a la ira que se había instalado en las facciones de Hawke y de otros.

Hombres y mujeres de distintas clases que no habían mirado a los Tulis con desagrado, sino que habían mantenido los ojos clavados en el estrado, incapaces de disimular su disgusto y amargura. ¿Alguno de ellos habría entregado a terceros hijos e hijas a los sacerdotes? ¿O tendrían que ver pronto

cómo sus segundos hijos e hijas eran entregados a la Corte después de su Rito?

¿Habían notado el duque y la duquesa esas miradas? Dudaba que lo hubieran hecho, pero estaba segura de que los guardias reales sí las habían percibido.

Como había dicho Vikter, estábamos en una época de agitación y se estaba extendiendo. No podía creer que todo se debiera a los Descendientes. Parte de la culpa podía atribuirse al *orden natural de las cosas*. Al Rito, que empezaba a parecer antinatural cuando circunstancias atenuantes como la desgracia de los Tulis eran ignoradas.

¿Podía cambiarse la manera de hacer las cosas? Ese era otro tema que me había mantenido despierta. Seguro que los dioses tenían suficientes hijos e hijas para servirlos. Tenían al reino entero, y quizás podía empezar a estudiarse caso a caso el tema de los que servirían a los dioses desde el momento de su Rito. Muchos padres se sentían honrados de que sus hijos lo hiciesen y, para algunos, una vida entera de servidumbre a los dioses era una vida mucho mejor de la que tendrían si se quedaran en casa. ¿Podría yo cambiar el orden de las cosas cuando volviera a la capital antes de Ascender? ¿Tenía siquiera ese tipo de poder? Desde luego que tenía más que los lores y damas en espera; era la Doncella. Podría hablar con la reina en nombre de los Tulis y, si al final volvía de entre los dioses como una Ascendida, podría seguir abogando por el cambio.

Al menos podía intentarlo, que era más de lo que estaban dispuestos a hacer el duque y la duquesa. Eso es lo que había decidido antes de por fin dormirme, solo para despertarme pocas horas después para mi habitual cita con Vikter.

—Suenas como si necesitaras una siesta —comentó Tawny mientras aseguraba la última cadenita del velo.

—Ojalá pudiese hacer justo eso. —Suspiré.

—No puedo entender que no puedas dormir durante el día. —Se puso a mi lado para remeter los bordes del velo de modo que la parte de atrás cayera por el centro de mi espalda—. Dame cualquiera silla cómoda y...

—Te quedarás inconsciente en cuestión de minutos. Me das una envidia tremenda. —Deslicé los pies dentro de unas bailarinas blancas con las suelas demasiado finas—. Una vez que sale el sol, ya no puedo dormir.

—Eso es porque no soportas estar ociosa —respondió—. Y dormir requiere cierto grado de ociosidad, que es algo que a mí se me da fenomenal.

Solté una carcajada.

—A todos tiene que dársenos bien algo.

Me lanzó una mirada de fingida indignación justo antes de que llamaran a la puerta. Al instante, sonó la voz de Vikter. Me dirigí hacia la puerta con un gemido, aunque ya lo esperaba. Tenía que reunirme con la sacerdotisa Analia para rezar, aunque en realidad la sacerdotisa solía dedicar el tiempo a criticarlo todo, desde mi postura hasta las arrugas de mi vestido.

—Si quieres escaquearte, le diré a Vikter que has saltado por la ventana —se ofreció Tawny. Solté un bufido.

—Eso solo me conseguiría cinco segundos de ventaja.

—Cierto. —Tawny llegó a la puerta antes que yo. La abrió de par en par y, en el mismo instante en que vi la cara de Vikter, me puse tensa. Profundas arrugas de tensión enmarcaban su boca.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Te han citado para reunirse con el duque y la duquesa —anunció. Se me hizo un nudo de temor en el estómago. Tawny me lanzó una rápida mirada de nerviosismo.

—¿Para qué?

—Creo que tiene algo que ver con la sustitución de Rylan —dijo Vikter y, en lugar de sentirme aliviada como supe que se sentía Tawny, por cómo se relajaron sus hombros, mi inquietud aumentó.

—¿Sabes quién va a ser? —Lo seguí hacia el pasillo. Vikter negó con la cabeza y un mechón de pelo pajizo cruzó su frente.

—No me han informado.

Eso tampoco era inusual, pero hubiese imaginado que, puesto que Vikter iba a trabajar mano a mano con quien fuese que sustituyera a Rylan, él hubiera sido el primero en enterarse.

—¿Qué pasa con la sacerdotisa Analia? —pregunté, haciendo caso omiso de las cejas levantadas que me dedicó Tawny al llegar a mi altura y empezar a caminar a mi lado. Y sí, era sorprendente que lo preguntara, dado que saltar por una ventana casi sería preferible a pasar una tarde escuchando todas las cosas que estaban mal en mí. Pero una desagradable sensación de ansiedad había echado raíces en mi estómago.

—Ya le han avisado que no habrá sesión esta semana —contestó él—. Estoy seguro de que sientes mucho oírlo.

Tawny reprimió una risita mientras yo le sacaba la lengua a la espalda de Vikter. Llegamos hasta el final del ala cuasi desierta del castillo y entramos en el estrecho pasillo por el que se accedía a la escalera principal. Los anchos escalones de piedra daban a un gran vestíbulo donde varios sirvientes

quitaban el polvo a sendas estatuas de Penellaphe y Rhain. Las estatuas de piedra caliza de casi dos metros y medio de altura se alzaban en el centro del espacio circular y las limpiaban todas las tardes. Cómo lograban que no hubiera ni una mota de polvo o suciedad sobre alguna parte de ellas era una incógnita para mí.

El vestíbulo conducía a la parte de delante del castillo, donde estaban situados el Gran Salón, las salas de estar y el atrio. Sin embargo, Vikter nos condujo hacia la derecha de las estatuas, por debajo de un arco decorado con una frondosa guirnalda verde. La gran mesa de banquetes diseñada para sentar a varias docenas de comensales estaba totalmente despejada, excepto por el jarrón dorado del centro que contenía varias rosas de floración nocturna con sus largos tallos. Se me quedó el aire atascado en la garganta, los ojos clavados en las rosas mientras caminábamos por al lado de la mesa en dirección a una de las puertas de la derecha que habían dejado abierta. La imagen de esas flores, ese olor...

Casi podía oler la sangre.

Tawny me tocó el hombro con suavidad para llamar mi atención. Solté el aire y esboqué una sonrisa forzada. Su mirada de preocupación perduraba cuando Vikter abrió la puerta a una de las muchas oficinas de los Teerman en el castillo, esta utilizada para reuniones menos íntimas. Miré a mi alrededor y se me paró el corazón.

No fue porque el duque estuviera sentado detrás de su escritorio pintado de negro, su pálida cabeza agachada mientras escudriñaba algún documento que tenía entre las manos. Tampoco fue porque la duquesa estuviese de pie a la derecha del escritorio, hablando con el comandante Jansen. Lo que provocó mi reacción fue el joven moreno que esperaba al lado del comandante, vestido de negro, con armadura de cuero y hierro.

Me quedé boquiabierta mientras mi corazón caía todo el camino hasta la boca de mi estómago y Tawny se paraba en seco y parpadeaba a toda prisa como si acabara de entrar en la habitación para toparse con uno de los dioses. Se giró despacio hacia mí y las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba. Parecía curiosa y divertida y yo estaba segura de que, si hubiese podido ver mi cara, lo más probable era que habría dado la impresión de que estaba a cinco segundos de salir corriendo de la habitación.

En ese momento, deseaba de todo corazón haberle contado lo de Hawke y la Perla Roja.

No se me ocurría ningún otro motivo para que Hawke estuviera ahí con el comandante, pero me aferré desesperada a la esperanza de que Vikter

estuviese equivocado y esto no tuviese nada que ver con la sustitución de Rylan. Pero ¿qué otro motivo podía haber?

Un repentino temor se arraigó en mi interior. ¿Y si Hawke había descubierto que era yo la de la Perla Roja? Oh, que los dioses se apiadaran de mí. Parecía improbable, pero ¿no era igual de improbable que Hawke fuera a convertirse en mi guardia? Dio la sensación de que mi corazón se reiniciaba y ahora echaba una carrera contra sí mismo.

El duque levantó la vista de su papel. Su rostro apuesto y frío no me dio ninguna indicación de lo que estaba a punto de suceder.

—Por favor, cierra la puerta, Vikter.

Todos los detalles de la majestuosa sala destacaban de un modo demasiado vistoso mientras Vikter se aprestaba a obedecer la solicitud. El escudo real dorado pintado sobre una pared de mármol blanco detrás del duque era cegador y las paredes desnudas suponían un marcado contraste con las guardasillas negras que se extendían por todo el ancho y largo de la sala. Solo había un asiento aparte del que ocupaba el duque y era una lujosa butaca de orejones color crema que solía utilizar la duquesa. Las únicas otras opciones para sentarse eran bancos de caliza pulida dispuestos en tres pulcras hileras.

La sala estaba tan fría como el duque, aunque era mucho mejor que la oficina que solía preferir. La que yo tan a menudo había tenido que visitar.

—Gracias. —Teerman hizo un gesto afirmativo en dirección a Vikter y dejó el papel sobre la mesa con una sonrisa de labios apretados. Sus insondables ojos negros saltaron hacia donde estaba yo, todavía en el umbral de la puerta. Su boca se tensó al indicarme que me adelantara—. Por favor, siéntate, Penellaphe.

Con las piernas extrañamente entumecidas, me obligué a cruzar la corta distancia, plenamente consciente de la mirada de Hawke, que seguía cada uno de mis pasos. No necesité mirar para saber que me observaba. Su mirada era siempre igual de intensa. Me senté en el borde del banco del medio y crucé las manos sobre el regazo. Tawny se sentó en el banco de detrás de mí, mientras que Vikter se colocó a mi derecha, de modo que quedó entre yo misma, el comandante y Hawke.

—Espero que te encuentres bien, Penellaphe —dijo la duquesa a modo de pregunta al tiempo que se sentaba en la butaca de al lado del escritorio. Con la esperanza de que me hicieran solo preguntas de *sí* o *no*, asentí—. Me alegro. Me preocupaba que asistir a ese Consejo de la Ciudad tan pronto después de tu ataque fuese demasiado para ti —comentó.

Por una vez, me sentí más que agradecida de llevar el velo, porque si mi cara hubiese sido visible no habría habido manera de ocultar lo ridícula que era esa preocupación. Había resultado magullada. No herida de gravedad ni disparada en el pecho con una flecha como Rylan. Estaría bien. *Estaba* bien. Rylan, en cambio, no volvería a estarlo nunca.

—Lo que ocurrió en el jardín es la razón de que todos estemos aquí hoy —intervino el duque, con intención de tomar el mando de la conversación. Se me empezaron a agarrotar los músculos del cuello y la espalda—. Con la muerte de... —Sus cejas rubias se fruncieron y me invadió una oleada de incredulidad—. ¿Cómo se llamaba? —le preguntó a la duquesa, cuya frente se frunció a su vez—. El guardia.

—Rylan Keal, Excelencia —contestó Vikter antes de que yo soltara su nombre. El duque chasqueó los dedos.

—Ah, sí. Ryan. Con la muerte de Ryan, se ha producido una baja en tu guardia personal. —Cerré los puños con fuerza. Rylan. Se llamaba *Rylan*. No Ryan. Nadie lo corrigió—. Otra vez —añadió el duque después de una pausa. Una leve contorsión de sus labios formó una pantomima de sonrisa—. Dos guardias perdidos en un año. Espero que esto no vaya a convertirse en una costumbre. —Lo dijo como si de algún modo fuese culpa mía—. De todos modos, con el Rito que se aproxima y a medida que te acercas a tu Ascensión, no podemos esperar que Vikter sea el único en ocuparse de tu protección —continuó Teerman—. Tenemos que sustituir a Ryan.

Me mordí el carrillo por dentro.

—Lo cual explica la presencia del comandante Jansen y el guardia Flynn; aunque estoy seguro de que eso ya lo habías deducido. —Podría haberme caído muerta ahí mismo—. El guardia Flynn ocupará el puesto de Ryan, desde este mismo momento —dijo el duque para confirmar lo que ya había adivinado en cuanto entré en la habitación. Sin embargo, oírle decirlo en voz alta era algo muy distinto—. Estoy seguro de que esto es una sorpresa, puesto que es nuevo en nuestra ciudad y bastante joven para un miembro de la guardia real. —Yo me estaba preguntando exactamente lo mismo. El duque sonaba como si también se lo estuviera cuestionando—. Hay varios guardias del Adarve que esperan un ascenso y nombrar a Hawke por delante de ellos no pretende ser un menosprecio. —El duque se echó hacia atrás, cruzó una pierna sobre la otra—. No obstante, el comandante nos ha asegurado que Hawke se adaptará mejor a esta tarea.

No podía creer que estuviera pasando esto.

—Puede que el guardia Flynn sea nuevo en la ciudad, pero esa no es una debilidad. Será capaz de analizar posibles amenazas con nuevos ojos —intervino el comandante Jansen. Casi repitió palabra por palabra lo que había dicho Vikter—. Muchos guardias hubiesen pasado por alto la posibilidad de que se produjese un ataque en los Jardines de la Reina. No por falta de habilidad...

—Debatible —murmuró el duque. El comandante fue bastante sensato como para continuar sin hacer caso del comentario.

—Sino porque estar en la misma ciudad demasiado tiempo puede producir una falsa sensación de seguridad y complacencia. Hawke no tiene semejante familiaridad con el entorno.

—También tiene experiencia reciente con los peligros del exterior del Adarve —apuntó la duquesa. La miré inquisitiva—. Queda poco menos de un año para tu Ascensión, pero si ordenan tu regreso a la capital antes de lo esperado, o incluso en el momento de la Ascensión, tener a alguien con ese tipo de experiencia es inestimable. No tendremos que recurrir a nuestros cazadores para garantizar que tu viaje a la capital sea lo más seguro posible. Los Descendientes y el Señor Oscuro no son las únicas cosas a las que temer ahí fuera, como bien sabes.

Sí, lo sabía muy bien.

Y lo que la duquesa decía tenía sentido. Había pocos cazadores, y no muchos guardias estaban cualificados para viajar fuera del Adarve. Los que lo estaban tenían que tener una habilidad sobresaliente para...

Matar.

¿No era justo eso lo que había dicho Hawke que se le daba muy bien?

—La posibilidad de que te hicieran regresar a la capital de manera inesperada desempeñó un papel importante en mi decisión —declaró Jansen—. Los viajes fuera del Adarve los planeamos con al menos seis meses de antelación y podría ocurrir que cuando la reina requiriera tu presencia en la capital tuviéramos que esperar al regreso de los cazadores. Con Hawke como guardia personal, seríamos capaces de evitar esa situación en gran medida.

Los dioses me odiaban.

Aunque eso tampoco era demasiado sorprendente, si pensaba en todas las cosas que solía hacer y me estaban prohibidas. A lo mejor sí que me habían estado observando y este era mi castigo. Porque ¿cómo podía ser que el comandante creyese que no había ni un solo guardia en el Adarve más indicado o cualificado para protegerme?

¿Acaso era Hawke *tan* bueno?

Mi cabeza se movió sin que mi cerebro se lo ordenase. Miré hacia donde estaba Hawke y encontré sus ojos fijos en mí. Un escalofrío bajó en espiral por mi columna. Incliné la cabeza a modo de saludo y juraría haber visto un tenue brillo en sus ojos ambarinos, como si todo aquello lo divirtiera un montón. Aunque seguro que era mi propia paranoia.

—Como miembro de la guardia real personal de la Doncella, es probable que surja alguna situación en la que la veas sin velo. —La voz de la duquesa sonó suave, incluso un poco compasiva, y entonces me percaté. Supe lo que iba a suceder—. Puede ser una distracción ver el rostro de alguien por primera vez, sobre todo el de una Elegida, y eso podría interferir con tu capacidad para protegerla. Esa es la razón de que los dioses autoricen esta transgresión.

Por alguna razón, había estado tan sumida en el miedo a que me descubrieran que había olvidado lo que había pasado cuando trajeron a Rylan para trabajar con Vikter.

—Comandante Jansen, si no te importa, sal de la habitación, por favor —pidió el duque. Lo miré con los ojos muy abiertos. Una amplia sonrisa iluminaba su cara, una que reflejaba un gran placer, no una forzada y seca.

Ni siquiera me di cuenta de que el comandante se había marchado hasta que el chasquido de la puerta al cerrarse a su espalda me devolvió a la realidad.

—Estás a punto de ser testigo de algo que solo unos pocos elegidos han visto: una Doncella sin velo —le anunció Teerman a Hawke, pero lo dijo sin apartar la vista de mí, de mis manos temblorosas cruzadas en el regazo. Esbozó una sonrisa de verdad, una que me revolvió el estómago—. Penellaphe, por favor, descúbrete.

Capítulo 11



Había habido un puñado de veces en mi vida en las que la realidad había parecido más bien un sueño.

La noche que oí los chillidos de mi madre y los gritos de mi padre para que huyera fue una de ellas. Todo había parecido brumoso, como si estuviese ahí pero de algún modo desconectada de mi cuerpo. Que asesinaran a mis padres fue mucho más grave y traumático que lo que estaba a punto de suceder, pero aun así, estaba a segundos de que quizás me descubrieran. Y si Hawke le contaba al duque adónde había ido...

Se me secó la boca al tiempo que un puño se cerraba muy hondo en mi pecho.

Tal vez hubiera algo de verdad en lo que Vikter había dicho de que quería que me encontraran indigna. Sin embargo, aunque eso fuese cierto, querría estar lo más lejos posible del duque cuando ocurriera, si es que ocurría.

Hawke no había visto mi cara entera la noche de la Perla Roja, pero había visto lo suficiente como para reconocirme. Antes o después, se iba a dar cuenta. Seguramente cuando me oyera hablar. No obstante, no se me había ocurrido que ese momento pudiera tener lugar delante del duque y la duquesa.

—Penellaphe. —El tono del duque iba cargado de amenaza. Estaba tardando demasiado—. No tenemos todo el día.

—Dale un momento, Dorian. —La duquesa se giró hacia su marido—. Ya sabes por qué duda. Tenemos tiempo.

No estaba dudando por la razón que ellos creían, la razón por la que el duque sonreía con tal satisfacción. Por supuesto que me sentía incómoda al revelar mi cara, mis *cicatrices*, delante de Hawke. Solo que, en este momento,

esa era en realidad la menor de mis preocupaciones, aunque el duque debía de estar dando gritos de retorcida alegría por dentro.

El hombre me odiaba a muerte.

Dorian Teerman fingía que no era así, que pensaba que yo era un milagro viviente, una Elegida, igual que lo pensaba su mujer. Pero yo sabía bien que eso era mentira. El tiempo que me había visto obligada a pasar en su otra *oficina* demostraba bien a las claras lo que sentía por mí.

No estaba segura de qué era lo que odiaba de mí, pero tenía que haber algo. Por lo que sabía, se mostraba más o menos decente con los lores y damas en espera. Pero ¿conmigo? No había nada que le gustara más que descubrir algo que me hacía sentir incómoda, solo para explotarlo después. Y si de verdad quería arreglarle el día, le daría algo por lo que sentirse decepcionado, una razón para continuar con sus *lecciones*.

Con la cara roja como un tomate, de ira y frustración más que de bochorno, levanté la mano hacia los cierres de las cadenitas al mismo tiempo que Tawny se ponía de pie; estuvo a punto de romperlas mientras yo las desenganchaba. El velo se soltó, pero antes de que cayera Tawny agarró los extremos y me ayudó a quitarme el tocado.

El aire fresco besó mis mejillas y mi nuca. Miré al duque a los ojos. No estaba segura de lo que vio en mi cara, pero su sonrisa se desvaneció y sus ojos se volvieron esquivas de obsidiana. Apretó los dientes y, aunque sabía que no debía, no pude reprimirme.

Sonreí.

Fue solo una sugerencia de sonrisa, una que era probable que nadie hubiese notado excepto el duque. Pero la vio. Me di perfecta cuenta.

Estaba segura de que pagaría por ello más tarde, pero en ese momento, me daba igual.

Alguien se movió a mi derecha. Eso puso fin a mi épica batalla de miradas con el duque y me recordó que no éramos las únicas dos personas en la sala. Él no era el único que me miraba.

El lado derecho de mi rostro era visible para Hawke, el lado que el duque decía a menudo que era precioso. El lado que yo suponía que era igual que el de mi madre.

Aspiré un poco de aire y giré la cabeza hasta quedar de frente a Hawke. Nada de perfiles laterales. Nada de ocultarse. Ni de antifaces para cubrir las dos cicatrices. Llevaba el pelo recogido en una trenza, enroscada a su vez en un moño, así que tampoco me proporcionaba una cortina. Hawke vio todo lo que había estado a la vista en la Perla Roja y mucho más. Vio las cicatrices.

Me preparé mentalmente, justo como el duque sabía que haría, porque en el fondo, supiese o no supiese Teerman por qué, la reacción de Hawke me afectaría.

Me dolería más de lo que debería.

Aunque no estaba dispuesta a dejar que se notara.

Levanté la barbilla y esperé a ver su cara de sorpresa o de asco, o peor aún, de compasión. No esperaba menos. La belleza era algo muy codiciado y venerado, la perfección aún más.

Porque la belleza era considerada propia de los dioses.

Los ojos dorados de Hawke recorrieron mi rostro, su mirada era tan potente que la sentí como una caricia por mis cicatrices, mis mejillas y luego mis labios. Un escalofrío bailoteó por mis hombros cuando sus ojos volvieron a posarse en los míos. Le sostuve la mirada. Y él a mí. Dio la impresión de que succionaban todo el aire de la habitación y me sentí acalorada, como si hubiera estado sentada al sol demasiado tiempo.

No tuve claro lo que vi mientras le devolvía la mirada, pero no había ninguna sorpresa grabada en su expresión, ningún asco y, sobre todo, ninguna compasión. Tampoco era que su rostro estuviera en blanco. Había *algo* ahí, en sus ojos y en la actitud de su boca, pero no tenía ni idea de lo que era.

Entonces el duque habló, con una amabilidad engañosa.

—Es realmente única, ¿no crees? —Me puse tensa—. La mitad de su cara es una obra maestra —murmuró el duque. Noté que la piel de mi cara se enfriaba de golpe, solo para volver a arder al instante mientras se me hacía un nudo en la boca del estómago—. La otra mitad, una pesadilla.

Un temblor surcó mis brazos, pero mantuve la barbilla levantada y me resistí a la tentación de agarrar algo, *cualquier cosa*, y tirársela al duque a la cara.

La duquesa habló, aunque no pude distinguir lo que decía. Los ojos de Hawke seguían fijos en los míos cuando se adelantó.

—Ambas mitades son tan preciosas como el conjunto.

Entreabrí los labios para aspirar una brusca bocanada de aire. No pude ni mirar al duque para ver su reacción, aunque estaba segura de que debía de estar a punto de sufrir una apoplejía.

Hawke apoyó una mano en la empuñadura de su sable e hizo una leve reverencia ante mí, sin que sus ojos se apartaran de los míos en ningún momento.

—Con mi espada y con mi vida, juro mantenerte a salvo, Penellaphe —dijo, su voz grave y suave. Me recordó a un delicioso chocolate de sabor

intenso—. Desde este momento hasta el último, soy tuyo.



Cerré la puerta de mi dormitorio a mi espalda, me apoyé contra ella y solté todo el aire acumulado. Había dicho mi nombre al hacer su juramento. No lo que era, sino *quién* era, y eso...

No eran las palabras tradicionales.

Con mi espada y con mi vida, juro mantenerte a salvo, Doncella, la Elegida. Desde este momento, hasta el último, soy tuyo.

Así es como había hecho su juramento Vikter; también Hannes y luego Rylan.

¿Acaso no había informado el comandante a Hawke de las palabras correctas? No podía imaginar que las hubiese olvidado. La expresión en la cara del duque cuando Hawke se enderezó podría haber hecho que la hierba mojada ardiera en llamas.

Tawny se volvió hacia mí, el vestido azul pálido que llevaba susurró en torno a sus pies.

—Hawke Flynn es tu guardia personal, Poppy.

—Lo sé.

—Oh, Poppy, ¡Poppy! —repitió mi nombre, casi a gritos—. ¡Ese —exclamó, mientras señalaba hacia el pasillo— es tu guardia!

Mi corazón tropezó consigo mismo.

—Baja la voz. —Me aparté de la puerta y la tomé de la mano para arrastrarla hacia el fondo de la habitación—. Lo más probable es que esté justo al otro lado de la puerta...

—Como tu guardia personal —repitió por tercera vez.

—Ya lo sé. —Con el corazón acelerado, tiré de ella hacia la ventana.

—Sé que esto va a sonar fatal, pero tengo que decirlo. No me lo puedo callar. —Tenía los ojos abiertos como platos por la emoción—. Es una gran mejoría.

—Tawny —la regañé, al tiempo que escurría mi mano de la suya.

—Lo sé. Reconozco que es algo horrible de decir, pero tenía que hacerlo. —Se llevó una mano al pecho mientras volvía a mirar hacia la puerta—. Es bastante... fascinante de mirar.

Pues sí.

—Y ha quedado claro que está interesado en trepar en el escalafón.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Tawny volviéndose hacia mí con el ceño fruncido. La miré unos segundos y me pregunté si había prestado algo de atención a lo que había dicho el duque.

—¿Alguna vez habías oído de un guardia real tan joven? —Tawny arrugó la nariz—. No, ¿verdad? Eso es lo que ganas cuando te haces amigo del comandante de la guardia real —señalé, el corazón aún acelerado—. No me puedo creer que no hubiese ningún otro guardia real igualmente cualificado.

Tawny abrió la boca para contestar, luego la cerró y entornó los ojos.

—Estás teniendo una reacción muy extraña e inesperada.

—No sé a qué te refieres —me defendí, con los brazos cruzados.

—¿Ah, no? Lo has observado mientras entrenaba en el patio...

—¡No es verdad! —Claro que lo era. Tawny ladeó la cabeza.

—He estado contigo más de una vez mientras observabas a los guardias entrenar desde el balcón. Y no te dedicabas a observar a un guardia cualquiera. Lo observabas a *él*. —Cerré la boca de golpe—. Pareces casi enfadada por que lo hayan nombrado tu guardia y, a menos que haya algo que no me has contado, no tengo ni idea de por qué. —Había muchas cosas que no le había contado. La suspicacia en sus ojos no hizo más que aumentar mientras me miraba—. ¿Qué es lo que no me has contado? ¿Te ha dicho algo alguna vez?

—¿Cuándo crees que hubiese tenido una oportunidad para que me dijese algo? —pregunté sin mucha convicción.

—Con todas las veces que andas a hurtadillas por este castillo, estoy segura de que oyes muchas cosas que no requieren que llegues a hablar con alguien —comentó. Entonces dio un paso hacia mí y bajó la voz—. ¿Lo oíste decir algo horrible? —Negué con la cabeza—. Poppy...

Lo último que quería era que Tawny pensara que Hawke había hecho algo malo. Por eso farfullé lo que farfullé. O tal vez fue porque tenía que decir algo.

—Lo besé. —Tawny se quedó boquiabierta.

—¿Qué?

—Él me besó a mí —me corregí—. Bueno, los dos nos besamos. Fue un beso mutuo...

—¡Vale, vale, lo pillo! —chilló entusiasmada. Luego respiró hondo—. ¿Cuándo pasó? ¿Cómo pasó? ¿Y por qué me estoy enterando ahora?

Me dejé caer en una de las butacas de al lado de la chimenea.

—Fue... la noche en la que fui a la Perla Roja.

—Lo sabía. —Tawny dio un pisotón con sus finas bailarinas—. Sabía que había pasado algo más. Actuabas de un modo muy extraño. Demasiado preocupada por haber podido meterte en un lío. ¡Oh! Tengo ganas de tirarte algo. No me puedo creer que no hayas dicho nada. Yo lo estaría pregonando a gritos desde el tejado del castillo.

—Tú lo pregonarías a gritos porque podrías. No te pasaría nada. Pero ¿a mí?

—Lo sé. Lo sé. Está prohibido y todo eso. —Fue corriendo hasta la otra butaca y se sentó. Se inclinó hacia mí—. Pero yo soy tu amiga. Se supone que a las amigas les cuentas cosas como esa.

Amiga.

Me moría de ganas de creer que lo éramos. Que lo seríamos también si no estuviese obligada a estar conmigo.

—Siento no haberte dicho nada. Es solo que... he hecho un montón de cosas que no debía hacer, pero esto... esto es diferente. Pensé que si no decía nada, no sé...

—¿Sería como si no hubiese pasado? ¿Que los dioses no lo sabrían? —Tawny sacudió la cabeza—. Si los dioses lo saben ahora, también lo sabían entonces, Poppy.

—Lo sé —susurré. Me sentía fatal, pero no podía decirle por qué me lo había guardado para mí misma. No quería hacerle daño y percibía que esto se lo haría. No necesitaría mis sentidos para saberlo.

—Te perdonaré por no contármelo si me cuentas lo que pasó con pelos y señales —dijo.

Sonreí de oreja a oreja e hice justo eso. Bueno, casi. Mientras desenganchaba poco a poco mi velo y lo dejaba sobre mi regazo, le conté cómo había acabado en aquella habitación con él y cómo Hawke pensó que era Britta. Le conté que se había ofrecido a hacer lo que yo quisiera una vez que se dio cuenta de que no era ella y que me había pedido que esperara a que volviera. Pero no le conté cómo me había besado en *otros sitios*.

Tawny me miró con una expresión aún más alucinada que la de Agnes cuando se dio cuenta de que era la Doncella.

—Oh, madre mía, Poppy. —Asentí despacio—. Cómo desearía que te hubieras quedado.

—Tawny —suspiré.

—¿Qué? Es imposible que digas que no desearías haberte quedado. Ni por un momento. —No podía decirlo, no—. Apuesto a que ya no serías una Doncella si te hubieses quedado.

—¡Tawny!

—¿Qué? —se rio—. Estoy de broma, pero apuesto a que *apenas* serías una Doncella. Dime, ¿te... gustó? ¿Lo de besaros?

Me mordí mi propio labio. Casi deseaba poder mentir.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué estás disgustada por que ahora sea tu guardia?

—¿Por qué? Tus hormonas deben de estar nublando tu buen juicio.

—Mis hormonas siempre están nublando mi buen juicio, muchas gracias. Solté un bufido.

—Me va a reconocer. Tendrá que hacerlo cuando me oiga hablar, ¿no crees?

—Supongo.

—¿Qué pasa si acude al duque y le cuenta que estuve en la Perla Roja? Que dejé... que me besara. —Y hacer más cosas. Aunque llegados a ese punto, lo de los besos ya sería bastante malo—. Tiene que ser uno de los guardias reales más jóvenes, si no *el* más joven. Está claro que está interesado en ascender y ¿qué mejor forma de hacerlo que ganarse el favor del duque? ¡Ya sabes cómo trata a sus guardias y empleados favoritos! Los tratan casi mejor que a los miembros de la Corte.

—No creo que tenga ningún interés en ganarse el favor de *Su Excelencia* —protestó—. Dijo que eras preciosa.

—Estoy segura de que solo estaba siendo amable.

Me miró como si acabara de admitir que merendaba pelo de perro.

—En primer lugar, eres preciosa. Ya sabes...

—No lo he dicho para que me hagas cumplidos.

—Lo sé, pero sentí la abrumadora necesidad de recordártelo. —Me dedicó una rápida y radiante sonrisa—. Hawke no necesitaba decir nada en respuesta al hecho de que el duque fuera un patán. —Mis labios quisieron sonreír—. Podía haberse limitado a ignorarlo y pronunciar sin más el juramento de la guardia real, que, dicho sea de paso, hizo sonar como... *sexo*.

—Sí —admití, pensando que no me hubiese dado cuenta de eso antes de la noche en la Perla Roja—. Sí, es verdad.

—Casi tuve que abanicarme, solo para que lo sepas. Pero volvamos a la parte más importante del asunto. ¿Crees que ya te ha reconocido?

—No lo sé. —Dejé caer la cabeza hacia atrás contra el respaldo del asiento—. Aquella noche llevaba un antifaz y él no me lo quitó, pero creo que yo sería capaz de reconocer a alguien con y sin antifaz.

Tawny asintió.

—Me gustaría pensar que yo también, y desde luego esperaría que un guardia real lo hiciera.

—Entonces, eso significa que eligió no decir nada. —No había dicho ni una palabra mientras Vikter y él nos habían escoltado de vuelta a mis aposentos—. Aunque también es posible que no me reconociera. Aquella habitación estaba poco iluminada.

—Si no lo hizo, supongo que lo hará cuando hables, como dijiste antes. Tampoco vas a poder guardar silencio siempre que estés cerca de él —constató—. Eso sería sospechoso.

—Por supuesto.

—Y raro.

—Exacto. —Jugueteé con las cadenas del velo—. No sé. O no me reconoció o sí lo hizo y eligió no decir nada. A lo mejor planea utilizarlo para restregármelo o algo.

—Eres una persona increíblemente suspicaz, ¿sabes? —me acusó, con el ceño muy fruncido. Empecé a negarlo, pero me di cuenta de que no podía. Opté por dejarlo pasar.

—Supongo que lo más probable es que no me reconociera. —Sentí una extraña mezcla de alivio y desilusión, combinados con un estremecimiento de anticipación—. ¿Sabes qué?

—¿Qué?

—No sé si estoy aliviada o desilusionada por que no me reconociera. O si estoy nerviosa por que pudiera haberlo hecho. —Sacudí la cabeza y me eché a reír—. Simplemente no lo sé, aunque tampoco importa. Lo... lo que ocurrió entre nosotros fue una vez y no más. Fue solo algo... excepcional. No puede volver a suceder.

—Claro —murmuró Tawny.

—Tampoco es que piense que Hawke *querría* volver a hacer algo así jamás, sobre todo ahora que sabe quién soy. Si es que lo sabe.

—Ajá.

—Lo que quiero decir es que es algo que no podemos ni siquiera plantearnos. Lo que él haga con esa información es lo único que importa —terminé, con un asentimiento. Tawny parecía casi a punto de aplaudir.

—¿Sabes lo que pienso yo?

—Casi me da miedo oírlo.

Sus ojos castaños centellaron.

—Que las cosas están a punto de ponerse mucho más emocionantes por estos lares.

Capítulo 12



Poco después del mediodía del día siguiente, me encontraba sentada en el espacioso y soleado atrio cubierto en compañía de Tawny y, no una, sino dos damas en espera, sin dejar de preguntarme cómo había acabado en esa situación.

Mis excursiones fuera de mis aposentos siempre estaban bien calculadas para que no hubiese nadie más presente, sobre todo cuando iba al atrio. Al llegar, hacía una media hora, estaba desierto, como de costumbre.

Pero la situación había cambiado a los pocos minutos de sentarme y empezar a picotear de los pequeños sándwiches que había confiscado Tawny de otra habitación. Llegaron Loren y Dafina y, aunque me quedé ahí sentada como me habían enseñado a hacer (con las manos cruzadas con delicadeza en mi regazo, los tobillos también cruzados y los pies remetidos detrás del dobladillo color marfil de mi vestido), no debería estar en la sala.

No con damas en espera presentes, que además habían optado por ponerse cómodas en la mesa que habíamos ocupado Tawny y yo. La situación podía muy bien interpretarse como que estaba interactuando con ellas, que era una de las muchas cosas que tenía expresamente prohibidas por los sacerdotes y sacerdotisas. La interacción era, según ellos, demasiado familiar.

Sin embargo, no estaba interactuando. Había intentado convertirme en la viva imagen de la serenidad bien educada. O hacerme pasar por una de las estatuas de las Doncellas con velo. Tal vez podía parecer tranquila por fuera, pero por dentro no era más que una madeja de nervios exhaustos y deshilachados. En parte se debía a mi falta de sueño y descanso la noche anterior; bueno, para ser sincera, durante varios días ya. También se debía a que sabía que me culparían por la presencia de Dafina y Loren. Ni siquiera

estaba segura de si tenía permiso para estar en el atrio. Hasta entonces jamás había sido un problema y nadie me había dicho nunca nada al respecto. Aunque claro, jamás había aparecido nadie por ahí mientras estaba yo, aparte del ocasional sirviente o guardia. De todos modos, ellas no eran la única razón de que fuese un caos de energía ansiosa e inquieta.

La razón principal estaba en diagonal a mí, una mano apoyada en la empuñadura de su espada, ojos ambarinos en alerta constante.

Hawke.

Se me hacía raro mirar hacia un lado y verlo ahí de pie. Y no se debía solo a que solía ser Rylan el que vigilaba estos *brunches* tardíos que Tawny y yo celebrábamos a veces en el atrio. Era por lo diferente que era todo con Hawke ahí. Rylan solía dedicarse a contemplar el jardín o pasaba la mayor parte del tiempo charlando con alguno de los otros guardias reales presentes, mientras esperaba con discreción cerca de la entrada. Hawke no. Encontró el único punto de la sala desde el que tenía una vista diáfana de todo el luminoso espacio y de los jardines en el exterior.

Por suerte, las ventanas no daban hacia las rosas.

Por desgracia, a menudo me descubría mirando la fuente de la Doncella con velo.

En solo un día, se había hecho casi dolorosamente patente lo laxo que se había vuelto Rylan en cuanto a la seguridad. De acuerdo, no había habido ningún intento de hacerme nada hasta entonces, pero *sí* que se había relajado. Odiaba tener que reconocerlo. Era casi como si traicionara su memoria, aunque eso no era lo único que hacía este *brunch* tan diferente de los anteriores.

Otra cosa que lo hacía tan diferente era la aparición de las dos damas en espera. Sospechaba que era la primera vez que iban al atrio desde su llegada al castillo de Teerman después de sus Ritos.

Dafina, la segunda hija de un comerciante rico, agitaba un abanico de seda de tono lila como si tratara de acabar con la vida de un insecto que solo ella veía. A pesar de que el sol de última hora de la mañana entraba a raudales por las ventanas, el atrio seguía fresco y dudaba mucho de que Dafina se hubiese acalorado solo comiendo sándwiches de pepino y bebiendo té.

A su lado, Loren, la segunda hija de un próspero hombre de negocios, prácticamente había renunciado a coser los cristalitos de la máscara que llevaría durante el inminente Rito, para dedicarse en cambio a observar cada movimiento del guardia de pelo oscuro. Pensé que debía de saber con exactitud cuántas veces respiraba Hawke por minuto.

En el fondo, sabía por qué no me había levantado y había abandonado la sala como se suponía que debía hacer, como sabía que Tawny esperaba que hiciera. Entendía por qué estaba tan dispuesta a arriesgarme a ser censurada solo por quedarme ahí sentada sin hablar con nadie.

Estaba *fascinada* por los ridículos truquitos de las dos damas en espera.

Loren ya había hecho varias cosas para captar la atención de Hawke. Había dejado caer su bolsita de cristales (que Hawke, galante, le había ayudado a recuperar), mientras fingía estar absorta en un pájaro de alas azules que saltaba por las ramas de un árbol cerca de las ventanas. Eso había provocado que Dafina fingiera un desvanecimiento, debido a qué, no tenía ni idea. De algún modo, el escote de su vestido azul se había abierto tanto que me pregunté cómo la chica conseguía mantenerse dentro de él.

Yo no podría librarme del mío ni aunque estuviese en llamas.

Mi vestido era todo largas mangas, diminutas cuentas y un corpiño que casi me llegaba al cuello. La tela era demasiado fina y delicada como para poder llevar la daga pegada al muslo, pero en cuanto tuviera ocasión de ponerme otra cosa, el arma volvería a su sitio.

Como un perfecto caballero, Hawke había acompañado a Dafina al diván y le había llevado un vaso de agua de menta. Para no ser menos, Loren se había lamentado de un repentino e inexplicable dolor de cabeza del que se recuperó al instante cuando Hawke le dedicó una sonrisa, la que revelaba el hoyuelo en su mejilla derecha.

No había habido ningún dolor de cabeza, igual que no había habido ningún desvanecimiento. Había abierto mis sentidos a ellas y no había notado ningún dolor o aflicción, aparte de un pelín de tristeza. Pensé que a lo mejor se debía a la muerte de Malessa, aunque ninguna de las dos habló de ella.

—¿Sabes lo que he oído? —Dafina cerró su abanico de golpe y deslizó los dientes por su labio inferior, sin dejar de mirar a Hawke—. Que alguien —dijo la palabra y luego bajó la voz— ha visitado con cierta frecuencia uno de esos... —Sus ojos saltaron hacia mí—. Uno de esos tugurios de la ciudad.

—¿Tugurios? —preguntó Tawny, renunciando a fingir que no estaban ahí. Tampoco es que pudiera culparla. Era su amiga y, aunque las damas en espera sabían bien que no debían de estar sentadas conmigo, Tawny parecía igual de cautivada que yo por sus truquitos. Dafina le lanzó una mirada significativa.

—Ya sabes, esos sitios donde van hombres y mujeres a jugar a las cartas y otras cosas.

—¿Te refieres a la Perla Roja? —preguntó Tawny con las cejas arqueadas.

—Intentaba ser discreta. —Dafina suspiró e hizo un gesto sutil en mi dirección—. Pero sí.

Casi me echo a reír ante el intento de Dafina de protegerme de la existencia de semejante sitios. Me pregunté lo que haría si supiera que había estado ahí.

—¿Y qué has oído que hace en un sitio así? —Tawny me dio un golpecito con un pie por debajo de la mesa—. Supongo que irá a jugar a las cartas, ¿no? ¿O crees que...? —Se llevó una mano al pecho, se dejó caer en la silla y suspiró. Se le escapó un rizo del elaborado recogido que intentaba, sin mucho éxito, sujetar su pelo—. ¿O crees que se dedica a otros juegos más... ilícitos?

Tawny sabía muy bien lo que hacía Hawke en la Perla Roja.

Sentí ganas de darle una patada... como una Doncella, por supuesto.

—Estoy segura de que solo juega a las cartas. —Loren arqueó una ceja mientras presionaba su abanico amarillo y rojo contra el azul marino de su vestido. El contraste del abanico y el vestido era... atroz y al mismo tiempo interesante. Bajé la vista hacia su máscara. Ya había cristallitos de todos los colores cosidos a la tela. Estaba segura de que, cuando estuviera terminada, daría la impresión de que un arcoíris había vomitado en su cara—. Si eso es todo lo que hace, sería una... desilusión.

—Supongo que hace lo que hace todo el mundo cuando va ahí —comentó Tawny; el tono provocador goteaba como sirope de sus palabras—. Encuentra alguien con quien pasar... tiempo de calidad. —Su mirada pícara se deslizó hacia mí.

Decidí que iba a cambiar los terrones de azúcar que a Tawny tanto le gustaba echar en su café por sal gorda.

Sabía que yo no intervendría, que no podía. No se me permitía hablar con las damas y todavía no le había dirigido la palabra a Hawke ni había hablado en su presencia. Y aparte de cuando Hawke me preguntó si quería hacer algo después de la cena la noche anterior, a lo cual le había respondido con un gesto negativo de la cabeza, él tampoco me había hablado.

Como antes, no estaba segura de si sentirme aliviada o desilusionada.

—No deberías sugerir tales cosas en nuestra actual compañía —sugirió Dafina. Tawny se atragantó con su té y, detrás del velo, yo puse los ojos en blanco.

—Supongo que si la Srta. Willa estuviese viva hoy en día, lo habría atrapado en sus redes —dijo Loren. Eso picó mi curiosidad. ¿Se refería a *la* Willa Colyns?—. Y luego habría escrito sobre él en su diario.

En efecto.

La Srta. Willa Colyns era una mujer que había vivido en Masadonia hacía unos doscientos años. Según se decía, había tenido una... vida amorosa muy activa. La Srta. Colyns había detallado sus aventuras más bien escandalosas de manera bastante explícita en su diario, que ahora estaba archivado en el Ateneo de la ciudad como una especie de relato histórico. Tomé nota mental de pedirle a Tawny que buscara ese diario para mí.

—Alguien me dijo que solo escribía sobre sus parejas más... *hábiles* —susurró Dafina con una risita ñoña—. O sea que si lograra llegar a esas páginas, ya sabes lo que significaría.

Yo *sí* que sabía lo que significaba.

Por culpa de *Hawke*.

Mi mirada se deslizó hacia donde montaba guardia. La túnica y los pantalones negros se amoldaban a su cuerpo como una segunda piel, y no podía culpar a Dafina y Loren por cómo sus ojos parecían encontrar el camino de vuelta a él cada par de minutos. Era alto, musculoso, y la espada que llevaba envainada a la cintura, junto con la que llevaba pegada al costado, sugerían que estaba preparado para algo más que damiselas mareadas. La capa blanca de la guardia real era un añadido reciente sobre la parte de atrás de sus hombros.

Además, llenaba el aire con una especie de tensión incuantificable, como si la sala estuviese cargada de electricidad. Todo el que estuviera a su alrededor tenía que percibirlo.

Mis ojos se pasearon por su pecho, y el recuerdo de lo duro que lo había notado, incluso sin la armadura, hizo que me sonrojara sin querer. Una pesadez que me empezaba a resultar familiar se instaló en mi pecho, hizo que la seda de mi vestido pareciera áspera contra mi piel de pronto sensible y acalorada.

A lo mejor uno de esos estúpidos abanicos tendría su utilidad.

Reprimí un gemido y sentí ganas de abofetearme, pero como eso no era exactamente una opción, bebí un traguito de té en mi intento de aliviar la inexplicable sequedad de mi garganta. Me concentré en Dafina y Loren una vez más. Estaban hablando del Rito, su emoción era como una especie de zumbido mareante. Quedaba solo una semana para la celebración. Sería en la Luna de la Cosecha.

Su emoción era contagiosa. Este sería mi primer Rito, y acudiría enmascarada y no vestida de blanco. La mayoría no tendría ni idea de que era la Doncella. Bueno, los dos guardias que permanecerían a mi lado todo el rato seguro que me delatarían ante aquellos que prestaran atención. Aun así, una

oleada de incertidumbre teñida de anticipación se abrió paso a través de mí mientras mis ojos regresaban de puntillas con Hawke.

Se me hizo un nudo en el estómago.

Si me veía con un antifaz, ¿se daría cuenta de que había sido yo la que estuvo en esa habitación con él? ¿Acaso importaría? Para cuando llegase el Rito, ya tendría que saber que era la misma persona, ¿verdad? Si es que no se había percatado aún.

Estaba ahí plantado, con los pies separados a la anchura de los hombros, los ojos fijos en nuestro grupito. Los rayos del sol casi parecían atraídos por él, acariciaban sus pómulos y su frente como una amante. Su perfil era impecable, la línea de su mandíbula tan cincelada como las estatuas que adornaban el jardín y el vestíbulo del castillo.

—Sabes que eso tiene que significar que está cerca —estaba diciendo Loren—. El príncipe Casteel.

Giré la cabeza hacia ella, alucinada. No tenía ni idea de qué estaban hablando ni de cómo había surgido el tema, pero no podía creer que de verdad Loren hubiese dicho su nombre en voz alta. Entreabrí los labios. Nadie aparte de los Descendientes se hubiese atrevido a pronunciar su verdadero nombre y dudaba que ninguno de ellos hablara de él siquiera en el castillo. Llamarlo «príncipe» estaba considerado traición. Era el Señor Oscuro.

Dafina fruncía el ceño.

—¿Debido a...? —Me miró de reojo, las cejas muy juntas—. ¿Debido al ataque?

Solo entonces me di cuenta de que debían de haber estado hablando del intento de secuestro mientras yo...

Bueno, mientras yo había estado haciendo justo lo que ellas habían estado haciendo antes: mirar a Hawke como una tonta y pensar en él.

—Entre otras cosas. —Loren retomó la costura de un cristalito rojo sangre en su máscara—. Oí a Britta comentarlo esta mañana.

—¿La sirvienta? —preguntó Dafina con desdén.

—Sí, la sirvienta. —La dama en espera de pelo oscuro levantó la barbilla—. Ellas lo saben todo.

—¿Todo? —se burló Dafina con una carcajada. Loren asintió y bajó la voz.

—La gente habla de *cualquier cosa* delante de ellas. Da igual lo íntimas o privadas que sean. Es casi como si fuesen fantasmas en una habitación. No hay nada de lo que ellas no se enteren.

Loren tenía razón. Yo misma lo había visto con el duque y la duquesa.

—¿Qué dijo Britta? —Tawny dejó su taza sobre la mesa. Los ojos oscuros de Loren saltaron hacia mí un instante, luego volvieron a Tawny.

—Dijo que habían visto al príncipe Casteel en Tres Ríos. Que fue él quien provocó el incendio que acabó con la vida del duque de Everton.

—¿Cómo puede alguien decir eso? —exigió saber Tawny—. Nadie que haya visto jamás al Señor Oscuro quiere hablar del aspecto que tiene o ha vivido el tiempo suficiente como para dar una descripción.

—Eso no lo sé —se defendió Dafina—. Oí a Ramsey decir que es calvo y tiene las orejas puntiagudas y que es pálido, igual que... ya sabes.

Reprimí el impulso de soltar una risotada. Los atlantianos tenían el mismo aspecto que nosotros.

—¿Ramsey? ¿Uno de los secretarios de Su Excelencia? —Tawny arqueó una ceja—. Debí ser más precisa. ¿Cómo puede alguien *creíble* decir eso?

—Britta afirma que los pocos que han visto al príncipe Casteel dicen que, de hecho, es bastante guapo —añadió Loren.

—Oh, ¿en serio? —musitó Dafina. Loren asintió mientras anudaba bien el cristal a su máscara.

—Dice que así es como tuvo acceso a la mansión Goldcrest. —Bajó la voz—. Que la duquesa de Everton entabló una relación de naturaleza física con él sin darse cuenta de quién era y que así es como podía pasearse con libertad por la mansión. —Daba la impresión de que Britta decía muchas cosas, ¿no?—. Casi todo lo que dice acaba siendo verdad. —Loren se encogió de hombros y empezó a coser un cristalito verde esmeralda al lado del rojo—. Así que... tal vez tenga razón acerca del príncipe Casteel.

—De verdad que deberías dejar de decir ese nombre —le advirtió Tawny—. Si alguien te oyera, te enviarían a los templos antes de que pudieras arrepentirte siquiera.

Loren se rio con desenfado.

—No me preocupa. No soy tan tonta como para decir ese tipo de cosas donde puedan oírme oídos indeseados y dudo que ninguno de los presentes vaya a delatarme. —Sus ojos saltaron hacia mí, una mirada breve pero confiada. Sabía que yo no podía decir ni una palabra porque eso significaría tener que explicar cómo había llegado a tomar parte en esa conversación.

Lo cual, dicho sea de paso, no era cierto.

Yo solo estaba ahí sentada.

—¿Y si... si fuese verdad que está por aquí? —Loren se estremeció con delicadeza—. En la ciudad ahora mismo. ¿Y si ha sido también así como ha

tenido acceso al castillo de Teerman? —Se le iluminaron los ojos—. ¿Y si ha trabado amistad con alguien aquí, incluso con la pobre Malessa?

—No suenas demasiado preocupada por el tema. —Tawny recuperó su taza—. Para ser sincera, pareces entusiasmada.

—¿Entusiasmada? No. ¿Intrigada? Es posible. —Dejó la máscara en su regazo con un suspiro—. Algunos días son tan espantosamente aburridos.

Lo escandaloso de su afirmación hizo que me olvidara de quién era y dónde estaba. Todo lo que conseguí fue mantener la voz baja al hablar.

—O sea que una buena rebelión podría animar las cosas para ti, ¿no? ¿Hombres, mujeres y niños muertos son una fuente de entretenimiento?

Un fogonazo de sorpresa cruzó el rostro tanto de Loren como de Dafina. Era probable que fuese la primera vez que cualquiera de las dos oía mi voz. Loren tragó saliva.

—Supongo que... quizás he dicho algo equivocado, Doncella. Me disculpo.

No dije nada.

—Por favor, ignora a Loren —suplicó Dafina—. A veces habla sin pensar, pero no lo dice en serio.

Loren asintió con energía, pero yo no tenía ninguna duda de que había querido decir exactamente lo que había dicho. Una rebelión acabaría con la monotonía de su día a día, y no había pensado en las vidas afectadas o perdidas porque le importaban un comino.

Y entonces ocurrió, otra vez sin previo aviso: mi cuerpo dio una sacudida y mi columna se tensó. Mi don se estiró por voluntad propia y, antes de que me diera cuenta siquiera, ese vínculo invisible se formó entre Loren y yo. Me llegó una sensación a través de la conexión, una mezcla que me recordó a aire fresco en un día cálido y luego algo acre, como melón amargo. Me concentré en las sensaciones mientras mi corazón martilleaba contra mis costillas. Las percibí como... emoción y miedo, mientras Loren me miraba como si deseara decir algo más.

Pero no podía ser eso lo que estaba detectando en Loren. No tenía ningún sentido. Esas emociones tenían que estar viniendo de mí y, de algún modo, estaban influyendo sobre mi don.

Dafina agarró a su amiga del brazo.

—Vamos, deberíamos irnos ya.

Sin darle demasiadas opciones, Dafina arrastró a Loren fuera de su asiento y se apresuró a acompañarla afuera. Por el camino, le iba susurrando al oído.

—Creo que las has asustado —dijo Tawny. Levanté una mano temblorosa y bebí un rápido trago de limonada dulce. No tenía ni idea de lo que acababa de suceder—. Poppy. —Tawny me tocó el brazo con suavidad—. ¿Estás bien?

Asentí mientras dejaba la taza en la mesa con cuidado.

—Sí, es solo...

¿Cómo podía explicarlo? Tawny no sabía lo del don, pero aunque lo supiera, no estaba segura de habérselo podido explicar con palabras. Ni siquiera estaba segura de que nada de aquello hubiese ocurrido en realidad.

La miré y abrí mis sentidos. Igual que al principio con Dafina y Loren, todo lo que percibí fue un asomo de tristeza. Ningún dolor ni nada que no debiese sentir.

Mi corazón se apaciguó y mi cuerpo se relajó. Me eché hacia atrás, preguntándome si sería solo el estrés el que hacía que mi cuerpo se comportara de manera tan extraña.

Tawny me miró, la expresión cada vez más preocupada.

—Estoy bien —le dije, aún en voz baja—. Solo es que no puedo creer lo que ha dicho Loren.

—Yo tampoco, pero siempre le han... fascinado las cosas más morbosas. Como ha dicho Dafina, no lo dice en serio.

Asentí, pero sin dejar de pensar que era irrelevante que lo dijera en serio o no. Bebí otro sorbito, aliviada de descubrir que mi mano no temblaba. Ya me sentía muchísimo más normal, así que achaqué mi extraña reacción al estrés y la falta de sueño. Mi mente divagó de vuelta con el Señor Oscuro. Tal vez estuviese detrás de los ataques y podía muy bien ir tras de mí, pero nada de eso significaba que de verdad estuviera en la ciudad. Sin embargo, si lo estuviera...

La inquietud se fue extendiendo por mi interior mientras pensaba en la mansión Goldcrest. No era imposible que algo así ocurriese aquí, sobre todo si teníamos en cuenta que un atlantiano y un Descendente ya se habían infiltrado en el recinto del castillo.

—¿Qué vas a hacer? —susurró Tawny.

—¿Sobre lo de que el Señor Oscuro pueda estar en la ciudad? —repuse, confusa.

—¿Qué? No. —Me dio un apretoncito en el brazo—. Sobre él.

—¿Él? —Miré a Hawke de reojo.

—Sí. Él. —Me soltó el brazo con un suspiro—. A menos que haya algún otro tipo con el que te hayas liado mientras ibas de incógnito.

—Sí. Hay muchos. De hecho, han montado un club —respondí con sequedad. Tawny puso los ojos en blanco—. No hay nada que pueda hacer.

—¿Has hablado con él, siquiera? —Se dio unos golpecitos en la barbilla y lo miró con disimulo.

—No.

—Sí eres consciente de que tendrás que hablar delante de él en algún momento, ¿verdad? —comentó, ladeando la cabeza.

—Ya estoy hablando delante de él —señalé, aunque sabía que no se refería a eso. Tawny entornó los ojos.

—Estás susurrando, Poppy. *Yo misma* apenas te oigo.

—Me oyes muy bien —rebatí. Puso cara de querer darme una patada por debajo de la mesa.

—No tengo ni idea de cómo puedes no habérselo preguntado todavía. Comprendo el riesgo que conlleva, pero yo necesitaría saber si me ha reconocido. Y si lo ha hecho, ¿por qué no ha dicho nada?

—No es que no quiera saberlo. —Miré a Hawke por el rabillo del ojo—. Pero hay...

Me puse tensa cuando los ojos de Hawke conectaron con los míos y se quedaron ahí. Me miraba directamente a mí y, aunque sabía que no podía verme los ojos, tenía la sensación de que sí podía. No había forma humana de que pudiese oírnos a Tawny y a mí, no desde donde estaba y con nosotras hablando tan bajito, pero su mirada era penetrante, como si pudiese ver no solo a través de mí, sino también en mi interior.

Intenté sacudirme de encima esa sensación, pero cuanto más me aguantaba la mirada, más aumentaba. Tenían que ser sus ojos y su color. Un tono dorado tan extraño e impactante. Una podía imaginar todo tipo de cosas mirando esos ojos.

Hawke apartó la mirada y se giró hacia la entrada. Solté todo el aire en una bocanada temblorosa, el corazón acelerado como si hubiese estado corriendo por el Adarve otra vez.

—Eso ha sido... intenso —murmuró Tawny. Parpadeé y sacudí un poco la cabeza mientras me giraba hacia ella.

—¿El qué?

—Eso. —Tenía las cejas levantadas—. Tú y Hawke mirándoos de ese modo. Y no, no puedo ver tus ojos, pero me di perfecta cuenta de que los dos estabais enzarzados en un cruce de miradas bastante acalorado.

Sentí cómo el calor trepaba por mis mejillas.

—Él solo está haciendo su trabajo y yo... solo perdí el hilo de lo que estaba diciendo.

—¿Ah, sí? —preguntó Tawny, las cejas aún más arqueadas.

—Por supuesto. —Apoyé las manos abiertas sobre mi regazo.

—Así que solo se estaba asegurando de que sigues viva y...

—¿Respirando? —sugirió Hawke, sobresaltándonos a las dos. Estaba a apenas un par de centímetros de nosotras. Se había movido con el sigilo de un guardia bien entrenado y el silencio de un fantasma—. Puesto que soy responsable de mantenerla con vida, asegurarme de que respira sería una prioridad.

Mis hombros se agarrotaron. ¿Cuánto habría oído de lo que habíamos dicho? Tawny hizo un pobre intento de sofocar una risita con una servilleta.

—Me alivia saberlo.

—Si no, estaría siendo negligente con mi deber, ¿no creéis?

—Ah, sí, tu deber. —Tawny bajó la servilleta—. Entre proteger a Poppy con tu vida y con tu espada y recoger cristalitos caídos, estás muy ocupado.

—No olvides ayudar a damiselas mareadas a llegar hasta la silla más cercana antes de que se desvanezcan —añadió. Esos extraños e hipnóticos ojos centellearon con un toque de picardía y yo me quedé... tan fascinada con él como lo había estado con las damas en espera. Este era el Hawke que había conocido en la Perla Roja. Un pozo de dolor escondido detrás de una personalidad burlona y encantadora—. Soy un hombre con muchos talentos.

—Estoy segura de que lo eres —repuso Tawny con una sonrisa mientras yo pugnaba con la tentación de estirar mis sentidos hacia él. Los ojos de Hawke se posaron en ella y apareció el hoyuelo de su mejilla derecha.

—Tu fe en mis habilidades me colma el corazón —comentó. Luego me miró a mí—. ¿Poppy?

Abrí los ojos como platos detrás del velo, pero cerré la boca con fuerza. Tawny suspiró.

—Es su apodo. Solo sus amigos la llaman así. Y su hermano.

—Ah, ¿el que vive en la capital? —preguntó, todavía mirándome a mí. Asentí—. Poppy —repitió, de un modo que lo hizo sonar como si mi nombre estuviese envuelto en chocolate y lo estuviese paladeando—. Me gusta.

Le dediqué una sonrisa tensa, a juego con cómo sentía de pronto los músculos del bajo vientre.

—¿Hay alguna amenaza de cristalitos despistados de la que debamos ser conscientes o es que necesitas algo, Hawke? —preguntó Tawny.

—Necesito muchas cosas —repuso él, y volvió a deslizar la mirada hacia mí. Tawny se inclinó hacia delante como si no pudiese esperar a oír qué eran esas cosas—. Pero tendremos que hablar de ello más tarde. El duque te ha hecho llamar, Penellaphe. Debo llevarte con él de inmediato.

Tawny se quedó tan quieta que me entró la duda de si seguía respirando. Una sensación gélida inundó todo mi ser. ¿Citada por el duque tan pronto después de ayer? Supe que no era para hablar del tiempo. ¿Habría cumplido lord Mazeen su amenaza de acudir al duque? ¿O sería por cómo le había devuelto la mirada y había sonreído cuando me quité el velo? ¿Habría averiguado que había apuñalado al hombre que intentó secuestrarme? Aunque la mayor parte de la gente se alegraría de que hubiese podido impedir el rapto, el duque de Teerman se centraría solo en el hecho de que yo llevara una daga. ¿Podía haberme visto alguien aquí y haberle informado ya de ello? ¿Habría averiguado lo de la Perla Roja? Se me cayó el alma a los pies. Levanté la vista hacia Hawke. ¿Habría dicho él algo?

Por todos los dioses, las opciones eran realmente ilimitadas y ninguna de ellas era buena.

Con el estómago tan revuelto como si hubiera bebido leche cortada, conseguí plantarme una sonrisa en la cara y me levanté de la silla.

—Te esperaré en tus aposentos —dijo Tawny y yo asentí.

Hawke esperó a que pasara por delante de él para empezar a caminar a mi lado, aunque un pelín por detrás, una posición que le permitía reaccionar a amenazas procedentes de cualquier dirección. Me dirigí al vestíbulo, donde rutilantes tapices blancos y dorados colgaban de las paredes, y sirvientes con túnicas y vestidos marrones correteaban de acá para allá, afanados en las múltiples tareas domésticas que mantenían al gran castillo en funcionamiento.

Hawke no me condujo hacia el salón de banquetes, sino hacia las escaleras, y me hundí aún más en la miseria.

Cruzamos el vestíbulo y casi habíamos llegado al pie de la amplia escalinata cuando preguntó:

—¿Estás bien? —Asentí—. Ha dado la impresión de que tanto a ti como a tu doncella os ha inquietado esta llamada.

—Tawny no es una doncella —solté, y me arrepentí de inmediato. Era absurdo intentar no hablar con él, pero hubiese sido mejor que ocurriese cuando no estábamos en el vestíbulo, rodeados de un montón de personas.

Y me hubiese gustado aguantar un día entero.

Me preparé para lo peor mientras lo miraba de reojo.

Hawke se limitó a mirarme, su expresión del todo indescifrable. Si había reconocido mi voz, no dio muestras de ello.

Volvió a invadirme esa extraña mezcla de desilusión y alivio, pero mantuve la vista al frente. ¿De verdad no sabía que había sido yo la de esa habitación? Aunque tampoco sabía por qué me sorprendía. Al principio, Hawke había creído que era Britta, pero luego no había tenido ningún problema en continuar cuando se dio cuenta de que no lo era. Quién sabe con cuántas mujeres desconocidas había...

—¿Ah, no? —preguntó—. Puede que sea una dama en espera, pero me dijeron que estaba obligada a asistirte. A ser tu acompañante.

—Lo está, pero no es... —Lo miré cuando la escalinata empezaba a curvarse. Llevaba una mano apoyada sobre la empuñadura de la espada de su cintura—. Es... —Estaba obligada a ser mi acompañante—. Da igual, no importa. No pasa nada.

En ese momento, giró la cabeza hacia mí; bueno, más bien bajó la cabeza hacia mí. Aunque yo estaba un escalón más arriba que él, seguía siendo más alto que yo, lo cual parecía bastante injusto. Levantó una ceja oscura, su mirada inquisitiva.

—¿Qué? —pregunté, el corazón en un puño. Levanté el siguiente pie, pero no lo suficiente, y tropecé. Hawke reaccionó a toda velocidad, cerró la mano por encima de mi codo y me sujetó. El bochorno se extendió por todo mi ser—. Gracias —murmuré.

—No requiero ni necesito ningún agradecimiento poco sincero. Es mi deber mantenerte a salvo. —Hizo una pausa—. Incluso de escaleras traicioneras.

Respiré hondo.

—Mi gratitud no era poco sincera.

—Entonces, me disculpo.

No tuve que mirarle para saber que estaba sonriendo y hubiese apostado que ese estúpido hoyuelo estaba haciéndole un honor al mundo con su presencia. Hawke se quedó callado y llegamos al rellano del segundo piso en silencio. Un pasillo conducía hacia el ala vieja; hacia mis aposentos y las habitaciones de gran parte del personal. A la izquierda estaba el ala más nueva. Con el estómago lleno de bolitas de plomo, giré hacia la izquierda. Mi mente estaba ahora tan obsesionada con lo que me aguardaba que dejé de pensar en la aparente falta de reconocimiento por parte de Hawke o lo que significaba que sí me hubiese reconocido y simplemente no hubiera dicho nada.

Hawke llegó a las anchas puertas de madera del final del pasillo, su brazo rozó mi hombro al abrir una de las hojas. Esperó a que entrara en la estrecha escalera de caracol, iluminada por los rayos de sol que se colaban por las numerosas ventanas ovaladas.

—Ten cuidado. Si te tropiezas y caes aquí, lo más probable es que me arrastres en tu caída.

—No me voy a tropezar —dije con un bufido.

—Bueno, acabas de hacerlo.

—Eso ha sido una excepción.

—Bueno, pues entonces me siento honrado por haber sido testigo de ella.

Me alegré de que no pudiese ver mi rostro en ese momento, y no por miedo a que me reconociera, sino porque estaba segura de que tenía los ojos tan abiertos que ocupaban la mitad de mi cara. Me hablaba de un modo en que ningún otro guardia lo hacía; aparte de Vikter. Ni siquiera Rylan se había mostrado tan... familiar. Era como si nos conociésemos desde hacía años, en vez de desde hacía solo unas horas... o días. Lo que fuese. El desenfado con el que me hablaba era desconcertante.

Pasó por mi lado al llegar al rellano del tercer piso.

—Ya te había visto antes, ¿sabes? —Se me quedó el aire atascado en los pulmones y solo la gracia de los dioses me libró de tropezar de nuevo—. En los balcones del piso de abajo. —Abrió la puerta para mí y me hizo una indicación para que pasara—. Observándome entrenar.

Me ruboricé al instante. Eso no era lo que había esperado que dijera.

—No te observaba a ti. Estaba...

—¿Tomando el aire? ¿Esperando a tu doncella que no es una doncella? —Hawke me agarró del brazo cuando pasaba por su lado y me detuvo. Bajó la cabeza hasta que sus labios estuvieron a apenas unos centímetros de mi oreja cubierta por el velo—. A lo mejor me equivoqué y no eras tú —susurró.

Envuelta por su olor silvestre y boscoso, me quedé sin respiración. No estábamos para nada tan cerca como la noche de la Perla Roja, pero si inclinaba la cabeza solo unos centímetros a mi izquierda, su boca tocaría la mía. Esa sensación serpenteante volvió y esta vez se instaló incluso más abajo en mi estómago.

—Estás equivocado.

Me soltó el brazo y, cuando levanté la mirada, vi que las comisuras de sus labios estaban curvadas hacia arriba. Mi corazón hacía cosas raras en mi pecho mientras entraba en el amplio recibidor, con el pulso acelerado.

Me topé con dos guardias reales apostados a la puerta de las dependencias privadas del duque y la duquesa. En ese piso había varias habitaciones, que se utilizaban para recibir a diversos miembros de la casa y la Corte. Los duques tenían sus propios espacios y suites que se conectaban con dormitorios, pero, por dónde se encontraban los guardias reales, supe que el duque estaba en la suite principal.

Esa sensación de inquietud volvió a colarse en mis venas. Por un breve instante, había olvidado todos los motivos por los que podía haberme hecho llamar el duque.

—¿Penellaphe? —dijo Hawke desde detrás de mí.

Solo entonces me di cuenta de dos cosas. Uno, me había quedado completamente inmóvil en el pasillo, lo cual seguro que le había resultado extraño. Y dos, me había llamado ya dos veces por mi nombre, en lugar de decir *Doncella*. No era Vikter. No era Tawny. Y ellos solo me llamaban por mi nombre cuando estábamos a solas.

Sabía que debía corregir su uso de mi nombre de pila, pero no pude. No quería hacerlo y eso me daba tanto miedo como lo que me aguardaba en la oficina del duque.

Respiré hondo, crucé las manos, cuadré los hombros y eché a andar.

Los guardias reales evitaron mirarme a los ojos e hicieron una reverencia cuando nos acercamos. El de piel morena dio un paso a un lado, la mano sobre el picaporte de la puerta. Empezó a abrirla.

Por alguna razón, me giré para mirar a Hawke. Por qué, no tenía ni idea.

—Te esperaré aquí mismo —me aseguró.

Asentí y me volví hacia delante de nuevo. Obligué a mis pies a avanzar, uno tras otro, e intenté convencerme de que me estaba agobiando sin ninguna razón.

Entré en la suite y lo primero que noté fue que las cortinas estaban echadas. El revestimiento de madera oscura de las paredes y los muebles de caoba y terciopelo carmesí parecían absorber el suave resplandor de las varias lámparas de aceite. Mis ojos se posaron en el gran escritorio y luego en el aparador detrás de él, donde varias botellas de cristal de diversos tamaños estaban llenas de un líquido ámbar.

Y entonces lo vi.

El duque estaba sentado en el sofá, un pie sobre la mesa que tenía delante y un vaso de licor en la mano. Un escalofrío me recorrió de arriba abajo mientras me miraba con unos ojos tan oscuros que la pupila apenas se distinguía.

Me hizo pensar que la próxima vez que viese a Ian, sus ojos ya no serían verdes como los míos. Serían como los del duque. Negros como el carbón. Insondables. Pero ¿serían igual de fríos?

De repente, me di cuenta de que el duque no estaba solo.

Frente a él estaba lord Mazeen, sentado en una postura arrogante. No tenía ninguna bebida en las manos, pero sus dedos tamborileaban sobre su rodilla izquierda como quien no quiere la cosa. Sus labios bien formados mostraban una sonrisilla de suficiencia y todos mis instintos me gritaron que huyera, porque no había forma alguna de evitar lo que se me venía encima.

La puerta se cerró a mi espalda y me hizo dar un respingo. Odié mi reacción y recé por que el duque no la hubiera visto, aunque supe que no era así en cuanto lo vi sonreír.

Teerman se levantó del sofá en un movimiento suave y fluido, como si no tuviera huesos.

—Penellaphe, me has decepcionado de un modo increíble.

Capítulo 13



El hielo me llegó hasta la mismísima médula. Aspiré una breve y comedida bocanada de aire mientras lo observaba dar un trago de su bebida. Sabía que tenía que elegir mis palabras con sumo cuidado. No cambiarían lo que se avecinaba, pero sí podrían determinar su severidad.

—Siento haberlo decepcionado —empecé—. Yo...

—¿Sabes siquiera lo que has hecho para decepcionarme?

Todos los músculos de mis hombros se pusieron rígidos y mis ojos volaron del lord silencioso a la esquina de la suite, donde varias varas estrechas de madera marrón rojiza estaban apoyadas contra una estantería. Las habían fabricado a partir de un árbol que crecía en el Bosque de Sangre. Cuando volví a mirar a lord Mazeen, vi que sonreía. Empezaba a pensar que le había contado algo al duque, pero si me equivocaba, eso solo aumentaría mis problemas.

Y lord Mazeen también lo sabía, atento a todas mis reacciones. No dio ninguna pista sobre el papel que desempeñaba en esto. Quizás fuese a actuar solo de testigo. Rara vez hablaba cuando asistía a estas lecciones y, aunque su silencio solía ser un alivio para mí, hoy solo aumentaba mi ansiedad.

Meforcé a seguir hablando, aunque las palabras salieron por mi boca todas embarulladas.

—No lo sé, pero estoy segura de que, sea lo que fuere, es culpa mía. Jamás se siente decepcionado por mí sin motivo.

Eso era una gran mentira.

Había ocasiones en que daba la impresión de que mi forma de caminar o la manera en que cortaba mi comida durante la cena eran suficiente para

desilusionar al duque. Estaba segura de que la cantidad de veces que respiraba por minuto podría suponer una ofensa para él.

—Tienes razón. No estaría decepcionado sin razón —convino—. Pero esta vez, lo que me han contado me ha pillado totalmente desprevenido.

Me dio un vuelco al corazón mientras el sudor empezaba a perlar mi frente. Por todos los dioses, ¿se habría enterado de mi visita a la Perla Roja?

Había temido que Hawke dijera algo, esa posibilidad me había obsesionado y estresado. Sin embargo, una parte de mí no debía de haber querido creer que fuese posible, porque la repentina sensación de traición me supo a comida podrida en el fondo de la garganta. Lo más probable era que Hawke no tuviese ni idea de lo que sucedía en esta habitación, pero tenía que saber que habría consecuencias. ¿O no? Supongo que pensaba que no recibiría nada más que un sermón serio. Después de todo, era la Doncella, la Elegida.

Recibiría una buena bronca y ya está.

No obstante, dudaba de que Hawke supiera que las lecciones del duque no eran... normales.

Teerman dio un paso hacia mí y todos mis músculos se pusieron tensos.

—Quítate el velo, Penellaphe.

Vacilé solo unos segundos, aunque no era raro que el duque o la duquesa me pidieran algo así cuando estaba en su presencia. No les gustaba hablar con media cara. No podía culparlos por ello, pero por lo general el duque me hacía dejármelo puesto cuando lord Mazeen estaba presente.

—No te interesa poner a prueba mi paciencia. —Apretó la mano en torno a su vaso.

—Lo siento. Es solo que... no estamos solos y los dioses me prohibieron mostrar el rostro —dije, muy consciente de que ya lo había hecho otras veces, aunque en situaciones muy diferentes.

—Los dioses no encontrarán ningún motivo de queja hoy —me interrumpió el duque.

Por supuesto que no.

Rezando por que no me temblaran las manos, las levanté y abrí los elegantes broches que sujetaban el velo cerca de mis orejas. El tocado se soltó de inmediato. Mantuve la mirada baja, como sabía que prefería el duque, y me lo quité por encima del sencillo moño que recogía mi pelo en la nuca. Sentí un cosquilleo en las mejillas y en las cejas recién expuestas. Teerman vino hasta mí, me quitó el velo y lo dejó a un lado. Crucé las manos y esperé. Odié hacerlo.

Pero esperé.

—Levanta la vista —me pidió con suavidad e hice justo eso. Su mirada de ébano recorrió mis facciones, centímetro a centímetro, no se perdió nada, ni siquiera los finos rizos de pelo cobrizo que notaba rozando contra mi sien. Su escrutinio duró una eternidad—. Estás más hermosa cada vez que te veo.

—Gracias, Excelencia —murmuré, aunque una intensa repugnancia burbujeó en mi estómago. Sabía lo que venía a continuación.

Las yemas de sus dedos se clavaron en la piel de debajo de mi barbilla para inclinar mi cabeza a la izquierda, luego a la derecha.

Chasqueó la lengua.

—Es una lástima.

Ahí estaba.

No dije nada. Enfoqué la mirada en el gran óleo de los templos, en el que unas mujeres con velo se arrodillaban delante de un ser tan brillante que rivalizaba con la luna.

—¿Tú qué opinas, Bran? —le preguntó al lord.

—Como has dicho, es una lástima.

Me importaba un bledo de Demonio lo que opinara lord Mazeen.

—Las otras cicatrices son fáciles de ocultar, pero ¿esto? —El duque suspiró, casi compasivo—. Llegará un tiempo en que no habrá ningún velo para ocultar este defecto tan desafortunado.

Tragué saliva y me resistí a la tentación de apartarme cuando sus dedos dejaron mi barbilla para deslizarse por los dos surcos irregulares que empezaban en mi sien izquierda y continuaban hacia abajo, esquivando mi ojo para terminar justo al lado de mi nariz.

—¿Sabes lo que ese nuevo guardia suyo dijo? —El lord no respondió, pero supuse que había negado con la cabeza—. Dijo que era preciosa —continuó el duque—. Es verdad que la mitad de ella es despampanante. —Hubo una pausa—. Te pareces tanto a tu madre...

Estupefacta, mis ojos volaron hacia él. ¿Había conocido a mi madre? Hasta entonces, jamás, ni una sola vez, había dicho nada al respecto.

—¿La conoció?

Me miró a los ojos y me costó no apartar la vista de esa oscuridad interminable.

—Sí. Era... especial. —Antes de que pudiese cuestionarlo siquiera, siguió hablando—. Eres consciente de que el guardia no podía decir otra cosa, ¿verdad? Que jamás hubiese dicho la verdad.

Me encogí un poco y sentí un vacío en el pecho.

El duque, como es obvio, se percató de mi reacción y la sonrisa volvió a su cara.

—Supongo que es una pequeña bendición. Los daños a tu rostro podrían haber sido peores.

Los daños podrían haber incluido perder un ojo, o peor aún, la vida.

Pero no dije nada.

Mis ojos volvieron al cuadro, mientras me preguntaba cómo era posible que sus palabras siguieran escociendo después de tantos años. Cuando era más joven, dolían. Sus palabras se clavaban en lo más profundo de mi ser, pero durante los dos últimos años no había sentido nada más que una resignación entumecida. Las cicatrices no eran algo que pudiera cambiar. Ya lo sabía. Pero hoy, sus palabras me hirieron como cuando tenía trece años.

—Es verdad que tienes unos ojos preciosos. —Apartó los dedos de las cicatrices y apoyó uno sobre mi labio inferior—. Y una boca bien formada. —Hizo una pausa y hubiese jurado notar cómo sus ojos bajaban por mi pecho, por mis caderas—. La mayoría encontrará tu cuerpo agradable. —La bilis me atoró la garganta y reptó por mi piel como un millar de arañas. Solo por pura fuerza de voluntad fui capaz de mantenerme totalmente inmóvil—. Para algunos hombres, esas cosas serían suficientes. —Teerman arrastró el dedo por mi labio antes de bajar la mano—. La sacerdotisa Analia ha venido a verme esta mañana.

Espera. ¿Qué?

Mi corazón empezó a latir más despacio a medida que la confusión afloraba. ¿La sacerdotisa? ¿Qué podía tener que decir de mí?

—¿No tienes nada que añadir? —preguntó Teerman, arqueando una ceja pálida.

—No, lo siento. —Sacudí la cabeza—. No sé lo que le ha podido decir la sacerdotisa Analia. La vi por última vez hace una semana, en el saloncito del primer piso, y todo parecía en orden.

—Estoy seguro de que sí, ya que pasaste solo media hora ahí antes de marcharte de manera inesperada —comentó el duque—. Me han informado de que no dedicaste ni un segundo a tus labores de bordado y no entablaste ninguna conversación con las sacerdotisas.

La irritación bulló en mi interior, pero sabía bien que no debía ceder ante ella. Además, si esto era lo que le había disgustado, era mucho mejor de lo que había temido.

—Mi mente estaba ocupada con el Rito que se avecina —mentí. La verdadera razón de que no participara en la conversación era que las mujeres

habían pasado todo el tiempo despotricando de las damas en espera y comentando cómo no eran dignas de la Bendición de los dioses—. Estaría soñando despierta.

—Estoy seguro de que estás muy nerviosa por lo del Rito y, si esto hubiese sucedido solo en una ocasión, habría pasado por alto tu mala conducta con facilidad. —Era mentira. El duque jamás pasaba por alto *ninguna* mala conducta—. Pero acabo de oír que ahora mismo estabas en el atrio —continuó. Dejé caer los hombros en señal de derrota.

—Sí, lo estaba. No sabía que no debía estar ahí —me defendí, y no era mentira—. No voy demasiado a menudo, pero...

—Que pases tiempo en el atrio no es el problema y tú eres lo bastante lista como para saberlo. No te hagas la inocente conmigo. —Abrí la boca, pero lo pensé mejor y la cerré de nuevo—. Estabas hablando con dos de las damas en espera —continuó—. Sabes que no está permitido.

Sabía lo que se me venía encima, así que guardé silencio. Jamás hubiera pensado que se enteraría tan pronto. Alguien debía de haber estado observando la escena. Quizás su secretario, o uno de los otros guardias reales.

—¿No tienes nada que decir? —me preguntó.

Agaché la cabeza y miré al suelo. Podría decirle la verdad. Que no había dicho más que una frase a las damas y que esta era, por lo que yo sabía, la primera vez que habían ido al atrio. Sin embargo, no serviría de nada. La verdad no funcionaba con el duque.

—Una Doncella tan tímida... —murmuró el lord.

Casi pude sentir cómo se me afilaba la lengua, pero suavicé mis palabras todo lo posible.

—Lo siento. Debí marcharme cuando ellas llegaron, pero no lo hice.

—¿Por qué no?

—Tenía... curiosidad. Estaban hablando del Rito —le dije, levantando la vista.

—Eso no me sorprende. Siempre fuiste una niña activa con una mente curiosa que saltaba de una cosa a otra. Una costumbre que ya le advertí a la duquesa que te costaría quitarte de encima —continuó, sus facciones cada vez más tensas, un repentino destello de anticipación en los ojos—. La sacerdotisa Analia también me ha informado de que teme que tu relación con tu dama de compañía se haya vuelto demasiado familiar.

Enderecé la columna mientras él se daba la vuelta y estiraba el velo que había colgado del respaldo de una silla. La parte de atrás de mi cabeza empezó a hormiguear cuando hablé.

—Tawny ha sido una dama de compañía maravillosa y, si mi amabilidad y gratitud se han confundido con cualquier otra cosa, entonces me disculpo.

El duque lanzó una larga mirada en mi dirección.

—Sabía que quizás fuese difícil mantener unos límites claros con alguien con quien pasas tanto tiempo, pero una Doncella no busca intimididades del corazón ni de la mente con aquellos que la sirven, ni siquiera con aquellos que se van a convertir en miembros de la Corte. Jamás debes olvidar que no eres como ellos. Fuiste Elegida por los dioses en el momento de tu nacimiento y ellos son elegidos en su Rito. Jamás seréis iguales. Jamás seréis amigas.

Las palabras que forcé a salir por mi boca arañaron mi corazón.

—Lo entiendo.

Teerman bebió otro trago.

¿Cuánto habría bebido ya? Mi corazón empezó a latir al triple de su velocidad habitual. Una vez de las que había disgustado al duque, me había impartido su *lección* después de deleitarse con lo que oí a los guardias llamar «Ruina Roja», un licor elaborado en los Acantilados de Hoar. El lord también había estado presente.

Aquella vez me dio tal paliza que tardé varios días en poder volver a entrenar con Vikter.

—No creo que lo entiendas. —Su tono se endureció—. Fuiste Elegida cuando naciste, Penellaphe. Solo una persona más ha sido Elegida jamás por los dioses. Es la razón de que el Señor Oscuro enviara Demonios a por tu familia. Es la razón de que tus padres fuesen asesinados.

Me volví a encoger y noté un gran vacío en el estómago.

—Eso duele, ¿no? Pero es la verdad. Esa debió de ser la única lección que necesitaras jamás. —Dejó el vaso sobre la mesa y se giró hacia mí mientras el lord descruzaba las piernas—. Pero entre tu falta de conciencia en cuanto a cruzar límites, tu falta de atención con la sacerdotisa Analia, tu descarada desconsideración por todo lo que se espera de ti y... —alargó la palabra, disfrutando del momento— la actitud que mostraste ayer hacia mi persona... ¿Qué? ¿Creías que no te iba a decir nada acerca de tu comportamiento cuando estábamos hablando de la sustitución de Ryan?

El aire que aspiré no hizo nada por llenarme los pulmones. No se llamaba así.

—Me devolviste la mirada como si desearas hacerme daño físico. —Se rio entre dientes, divertido por la idea de que pudiese hacer tal cosa—. Esa reunión habría terminado de manera muy diferente si no hubiese habido otras

personas presentes y no hubiésemos estado ahí para hablar de que Hawke ocupara el puesto de Ryan...

—*Rylan* —espeté—. Su nombre es *Rylan*, no *Ryan*.

—Ahí está. —Lord Mazeen repitió las palabras que había dicho la noche que habían encontrado a Malessa muerta. Se rio bajito—. Ya no eres tan tímida.

Le hice caso omiso.

—Querrás decir que su nombre *era* *Rylan* —dijo Teerman, con la cabeza ladeada. Volví a aspirar un aire que no pareció llegar a ninguna parte—. ¿Y de verdad importa? No era más que un guardia real. Se hubiese sentido honrado de que me acordara de él siquiera. —Ahora sí que tenía ganas de infligirle daño físico—. Sea como fuere, acabas de demostrar que debo redoblar mis intentos por cumplir mi compromiso de lograr que estés más que preparada para tu Ascensión. Parece que he sido demasiado benévolo contigo. —El brillo de sus ojos se avivó—. Por desgracia, eso significa que requieres otra lección más. Esperemos que sea la última. Aunque por alguna razón, lo dudo.

Mis dedos se quedaron agarrotados donde los estaba retorciendo. La ira brotó tan deprisa que me sorprendió no echar fuego por la boca cuando solté el aire. Eso era justo lo que esperaba Teerman. Si no encontraba una razón para darme una lección, le daría un ataque de nervios absoluto.

—Sí. —Escupí la palabra, a punto de perder el control—. Esperemos que así sea.

Me fulminó con la mirada, y pasó un momento largo y tenso.

—Creo que cuatro latigazos deberían bastar.

Antes de que pudiera recordarme a mí misma quién era yo y *lo* que era Teerman, la furia bulló en mi sangre y tomó el control. Nada de lo que me había echado en cara importaba. Ninguna de esas cosas tenía nada que ver con que los Descendientes y el Señor Oscuro estuviesen detrás de mi intento de secuestro y el asesinato de *Rylan*. Los dioses bendecían a los Ascendidos con algo cercano a la inmortalidad y una fuerza inimaginable, y ¿pasaban el tiempo preocupándose de con quién hablaba yo? No pude reprimirme.

—¿Está seguro de que bastarán? No querría que se quedara con la sensación de no haber hecho lo suficiente.

Los ojos del duque se endurecieron.

—¿Qué tal suenan siete? —La aprensión se apoderó de mí, pero ya había recibido diez alguna vez—. Veo que ese número te gusta más —comentó el duque—. ¿Tú qué opinas, Bran?

—Creo que será suficiente. —Era imposible pasar por alto el ansia en su tono. El duque me miró de nuevo.

—Ya sabes dónde ponerte.

Mantuve la barbilla bien levantada, aunque me costó un mundo pasar por su lado sin agarrarlo del cuello. Eso fue lo peor mientras me dirigía a la reluciente superficie despejada de su escritorio. Los Ascendidos eran más fuertes que el más dotado de los guardias, pero ni Teerman ni Mazeen habían movido ni un dedo en combate desde la Guerra de los Dos Reyes. Podía noquearlo con facilidad.

Pero ¿después qué?

Habría más lecciones y, al final, la reina Ileana se enteraría. Se sentiría decepcionada, realmente decepcionada, y a diferencia del duque, lo que la reina pensara y sintiera sí me importaba. No porque yo fuese su favorita, sino porque había sido ella la que se había ocupado de mí cuando era una niña herida y aterrorizada. Sus manos habían cambiado mis vendajes y me habían consolado cuando gritaba y lloraba por mi madre y mi padre. Y había sido la reina Ileana la que se había sentado conmigo cuando no podía dormir y me aterraba la oscuridad. Había hecho cosas que ninguna reina tenía por qué hacer. Sin que ella se hubiese preocupado por mí como habría hecho mi propia madre, me hubiera sentido perdida de un modo del que dudaba que hubiese podido recuperarme jamás.

Me detuve delante del escritorio, me temblaban las manos con una rabia apenas contenida. Estaba convencida, en el fondo de mi corazón, de que si la reina Ileana supiese lo que el duque hacía en esta habitación, las cosas no acabarían bien para el Ascendido.

Por el rabillo del ojo, vi al lord inclinarse hacia delante cuando Teerman agarró la fina vara roja. Deslizó la mano por toda su longitud.

Pero la reina no lo sabría.

Las cartas enviadas a la capital siempre se leían y yo no la vería hasta que regresara. ¿Y entonces? Entonces le contaría *todo*.

Porque si el duque me hacía esto a mí, estaba segura de que se lo debía de hacer a otros. Aunque nadie hablara de ello jamás.

El duque se situó a mi lado, ese destello de ansia convertido ahora en un auténtico fulgor en sus ojos.

—No estás preparada, Penellaphe. A estas alturas, ya deberías saberlo.

Apreté los dientes y aparté la mirada mientras levantaba las manos hacia la hilera de botones. Mis dedos solo temblaron una vez y luego se aquietaron mientras desabrochaba el corpiño, muy consciente de que Mazeen había

escogido su asiento a sabiendas de lo que venía a continuación. No había nada que se interpusiera en su vista.

El duque permaneció a mi lado. Contempló cómo el corpiño de mi vestido se abría para dejar al descubierto la finísima ropa interior de debajo. Todo ello resbaló por mis hombros hasta que la tela quedó arremolinada en mi cintura. El aire frío se deslizó por mi espalda y mi pecho, y deseé poder quedarme ahí de pie como si nada de aquello me afectara lo más mínimo. Deseé poder ser fuerte y valiente e inalterable. No quería que vieran lo humillante que era aquello, lo mucho que me molestaba que me vieran así, que no fuese alguien de mi elección, alguien que se lo mereciera.

Pero no pude.

Con las mejillas rojas como un tomate y los ojos escocidos, crucé un brazo por delante del pecho.

—Esto es por tu propio bien —dijo Teerman, su voz ronca y áspera cuando se puso detrás de mí—. Esta es una lección necesaria, Penellaphe, para garantizar que te tomas tu preparación en serio y te dedicas a ella en cuerpo y alma, de modo que no deshonres a los dioses.

Casi sonaba como si se creyera lo que estaba diciendo, como si no estuviese haciendo aquello solo porque le excitaba infligir dolor. Pero yo conocía la verdad. Sabía lo que haría Mazeen si pudiera y había visto la expresión en los ojos del duque. La había visto muchísimas veces en el pasado, cuando había cometido la equivocación de mirar. El tipo de mirada que me indicaba que, si no fuese la Doncella, me infligiría un tipo de dolor muy diferente. Igual que haría Mazeen. No pude evitar el estremecimiento que siguió a ese pensamiento.

Un segundo más tarde, noté su mano sobre mi hombro desnudo y todo en mi interior se replegó sobre sí mismo. No era solo el tacto de su piel demasiado fría contra la mía, sino también lo que no percibía de él.

No percibía *nada*.

Ni asomo de la tenue aflicción que todo el mundo llevaba en su interior, sin importar el tiempo que hubiese transcurrido desde que la fuente de ese dolor hubiese causado su daño. No había dolor de ningún tipo, y era así para todos los Ascendidos. Y aunque eso debería producirme cierto alivio, porque era seguro que no sentiría dolor alguno, solo me dejaba con la carne de gallina.

Era un recordatorio de lo diferentes que eran los Ascendidos de los mortales, lo que hacía la Bendición de los dioses.

—Prepárate, Penellaphe.

Planté la palma de la mano sobre el escritorio.

La habitación estaba en silencio, excepto por el sonido de las profundas respiraciones del lord. Entonces oí el suave silbido de la vara cortar a través del aire un segundo antes de que impactara contra mis riñones. Todo mi cuerpo dio una sacudida cuando el intenso dolor recorrió mi piel. El primer golpe siempre era una sorpresa, daba igual cuántas veces hubiese ocurrido antes ni que supiese lo que se avecinaba. Otro golpe aterrizó sobre mis hombros, solté una brusca bocanada de aire mientras un fuego ardiente se extendía por ellos.

Cinco más.

Recibí otro azote y mi cuerpo tembló cuando levanté la mirada. *No haré ni un ruido. No haré ni un ruido.* Mis caderas golpearon contra el escritorio con el siguiente impacto.

El sofá crujió cuando lord Mazeen se levantó.

Con la piel al rojo vivo, me mordí el labio hasta que sentí el sabor de la sangre. Miré entre la bruma de las lágrimas hacia el cuadro de las devotas con velo y me pregunté cuán horribles debían de ser los atlantianos para que hombres como el duque de Masadonia y lord Mazeen recibieran la Bendición de la Ascensión por parte de los dioses.

Capítulo 14



Los dioses me concedieron un pequeño favor. Cuando salí de la suite del duque, Hawke no me estaba esperando, y eso fue una bendición. No tenía ni idea de cómo hubiese podido ocultarle lo que acababa de suceder.

En su lugar, era Vikter el que esperaba en silencio al lado de los dos guardias reales. Ninguno de los dos me miró cuando salí al recibidor, tenía la piel pálida y cubierta de una película de sudor frío.

¿Sabían lo que sucedía en la oficina del duque? No había hecho ni un ruido, ni siquiera cuando lord Mazeen se había colocado al lado del escritorio y había retirado mi brazo del pecho para colocarlo al lado del otro. Ni siquiera cuando los bastonazos sexto y séptimo habían parecido relámpagos cruzando por mi espalda y Mazeen había observado con ojos ávidos cada azote que era absorbido por mi cuerpo.

Si los guardias eran conscientes de lo que sucedía ahí, no había nada que pudiera hacer al respecto, ni tampoco por la amarga punzada de vergüenza que de algún modo quemaba más que mi espalda.

Pero Vikter lo sabía. Su certeza se notaba en las profundas arrugas que enmarcaban su boca mientras caminábamos hacia las escaleras y cada paso tironeaba de mi piel inflamada. Esperó hasta que la puerta de las escaleras se cerró a nuestra espalda, momento en el cual se detuvo en el rellano, con sus pálidos ojos azules cargados de preocupación al mirarme.

—¿Cómo es de grave?

Me temblaban las manos mientras las apretaba contra la falda de mi vestido.

—Estoy bien. Solo necesito descansar.

—¿Bien? —Sus mejillas bronceadas se enrojecieron de rabia—. Tienes la respiración acelerada y caminas como si cada paso fuese un desafío. No tienes por qué disimular conmigo.

Ya lo sabía, pero me daba la sensación de que admitir lo mal que me encontraba era darle a Teerman lo que quería.

—Podría haber sido peor.

—No debería ocurrir en absoluto —masculló, con las aletas de la nariz muy abiertas. No podía discutírselo—. ¿Te ha roto la piel? —preguntó.

—No. Solo hay magullones.

—Solo magullones. —Su risa sonó áspera, sin humor alguno—. Hablas como si no fuesen más que arañazos. ¿Por qué te ha castigado esta vez?

—¿Acaso necesita una razón? —Mi sonrisa salió cansada y la noté quebradiza, como si pudiese agrietar toda mi cara—. Estaba molesto por mi falta de compromiso durante el tiempo que paso con las sacerdotisas. Y hoy, mientras estaba en el atrio, aparecieron dos damas en espera. No estaba contento con eso.

—¿Cómo puede ser eso culpa tuya?

—¿Acaso tiene que ser culpa mía?

Vikter se quedó ahí mirándome por un momento, en silencio.

—¿Y esa es la razón por la que te ha pegado con la vara?

Asentí. Mis ojos se posaron en la ventana ovalada más cercana. El sol se había puesto mientras estaba en la suite, las escaleras ya no eran tan luminosas ni cálidas como antes.

—Tampoco le gustó mi actitud durante la reunión de ayer. No es que sea la ofensa más trivial por la que me ha castigado.

—Por eso te dije que debías tener cuidado, Poppy. Si te azota por estar en una habitación cuando entran otras personas, ¿qué crees que haría si se enterara de tus aventuritas?

—¿Y si se enterara de que llevo años entrenando como cualquier guardia? —Mis hombros se tensaron, el movimiento tiró de mi piel—. Me azotaría, por supuesto. Y lo más probable es que fuesen más de siete bastonazos. —La piel dorada de Vikter palideció—. El duque podría pedirle a la reina que me encontrara indigna. Y tal vez los dioses ya opinen así —continué—, pero como has dicho antes, mi Ascensión ocurrirá, haga lo que haga. Pero ¿tú? ¿Qué pasaría contigo, Vikter, si se descubriera que me has estado entrenando?

—No importa lo que puedan o no puedan hacerme. —No hubo ni un segundo de vacilación en sus palabras—. Saber que puedes protegerte es un

riesgo que merece la pena correr. Aceptaría encantado cualquier castigo que me impusiesen y no me arrepentiría de lo que he hecho.

Levanté la barbilla y le sostuve la mirada.

—Y ser capaz de defender mi hogar, a aquellos que me importan, y mi vida merece el riesgo de cualquier cosa que pueda suceder.

Se quedó callado unos momentos y entonces sus ojos azul hielo se cerraron. Quizás estuviese invocando una oración para tener paciencia, algo que sabía que había hecho muchas veces antes.

Eso trajo otra sonrisita a mis labios.

—Tengo cuidado, Vikter.

—Tener cuidado no parece importar. —Abrió los ojos—. Me gusta la idea de que la reina te haga volver a la capital más pronto que tarde.

Me estremecí, pero empecé a bajar las escaleras.

—¿Porque entonces no tendría que soportar las *lecciones* del duque?

—Exacto. —Era una buena perspectiva, sobre todo porque planeaba contárselo todo a la reina—. ¿Estaba solo? Les pregunté a los guardias, pero fingieron no saber quién más estaba en la habitación con él —explicó.

Siempre sabían quién estaba con el duque. Era solo que no habían querido que Vikter lo supiera y yo... yo tampoco.

—Estaba solo. —No contestó; no estaba segura de si eso significaba que me creía o no. Decidí que era hora de cambiar de tema—. ¿Cómo supiste dónde estaba?

Vikter iba tan solo un paso por detrás de mí.

—Hawke envió a uno de los secretarios del duque a buscarme. Estaba... preocupado por ti.

Mi corazón se atascó un momento.

—¿Por qué?

—Dijo que tanto tú como Tawny parecíais consternadas por la citación del duque —explicó Vikter—. Creyó que yo podría decirle por qué.

—¿Y lo hiciste?

—Le dije que no había de qué preocuparse y que yo me encargaría de tu protección el resto del día. —Vikter frunció el ceño mientras me tomaba del brazo de manera casual para ayudarme un poco—. No se mostró demasiado receptivo que digamos, así que tuve que recordarle que soy su superior.

Mis labios hicieron una mueca al oír eso.

—Estoy segura de que eso cayó muy bien.

—Tan bien como una avalancha.

Llegamos al siguiente piso. La idea de que me estaba acercando a mi cama era lo que me mantenía en marcha mientras daba vueltas a lo que había hecho Hawke.

—Es... bastante observador, ¿verdad? E intuitivo.

—Sí —dijo Vikter con un suspiro. Era obvio que creía que eso no era bueno—. Lo es.



Tres docenas de antorchas ardían más allá del Adarve, sus llamas eran como un faro de luz en la inmensa oscuridad, una promesa de seguridad para la adormilada ciudad.

Lancé una mirada de anhelo a la cama y solté un suspiro cansado mientras retorció el final de mi trenza. Unas pesadillas sobre una noche diferente me habían desvelado, además de dejarme con la piel empapada de sudor frío y el corazón acelerado como el de un conejo atrapado en una trampa.

Por suerte, no había despertado a Tawny con mis gritos. La pobre había permanecido despierta hasta tarde las dos últimas noches. La primera, había pasado gran parte del rato haciendo todo lo posible por asegurarse de que mis magullones se curaban bien, y ayer por la noche la habían citado las institutrices para ayudar con las preparaciones del Rito.

Tawny había utilizado un potingue en el que los curanderos tenían mucha fe y que los guardias empleaban a menudo para sus numerosas heridas. Había frotado la mezcla de pino, miel y árnica con aroma a salvia sobre la piel inflamada de mi espalda. Era el mismo mejunje que el curandero había usado la noche del intento de secuestro. El ungüento me había refrescado la piel y había aliviado el dolor casi de inmediato. Aun así, sabíamos por experiencia que había que aplicarlo casi cada par de horas para lograr el efecto deseado.

Y había funcionado. Ayer por la tarde ya solo me quedaba un pelín de molestia, aunque la piel siguiese estando más rosa de lo normal.

No estaba restándole importancia a lo sucedido cuando le dije a Vikter y luego a Tawny que podría haber sido peor. Lo más probable era que los magullones hubiesen desaparecido por la mañana y apenas me dolerían, si era que lo hacían. Tenía la suerte de que siempre me curaba deprisa, e incluso más suerte de que Teerman no hubiese bebido Ruina Roja la noche en que me hizo acudir a su suite.

El duque había conocido a mi madre. ¿Cómo podía ser? Por lo que sabía, ella nunca había estado en Masadonia, o sea que eso significaba que el duque la había conocido en la capital. Era raro que los Ascendidos viajaran, sobre todo una distancia tan grande, pero era obvio que se habían conocido en algún momento.

Había habido una expresión rara en el rostro de Teerman al mencionarla. Nostalgia mezclada con... ¿qué? ¿Ira, quizás? Desilusión. ¿Habría pasado algo entre ellos que motivara su actitud hacia mí?

¿O solo estaba buscando yo una razón para su trato, como si tuviera que haber algo que explicara su crueldad?

No sabía demasiadas cosas sobre la vida, pero sí sabía que, a veces, no había ninguna razón. Una persona, Ascendida o no, era quien era sin ninguna explicación.

Con un suspiro, cambié el peso de un pie al otro. Llevaba dos días encerrada en mi habitación, sobre todo porque el descanso garantizaba que el ungüento actuara lo más deprisa posible, y también porque quería evitar a... bueno, a todo el mundo.

Pero en especial a Hawke.

No lo había visto desde que entré en la oficina privada del duque, pero saber que había notado que algo iba mal me había dejado con una burbujeante sensación de ansiedad y vergüenza, aunque lo que Teerman había hecho no fuera mi culpa. Era solo que no quería que Hawke dedujera que algo iba mal, y él era bastante observador como para hacerlo.

De acuerdo, quedarme en mis aposentos durante dos días también serviría para izar una bandera roja, pero al menos Hawke no había tenido que ver el cuidado con el que me movía mientras mi espalda se curaba.

No quería que me considerase débil, aunque como Doncella esperaba justo eso.

Y quizás tuviese algo que ver con la extraña mezcla de alivio y decepción que sentía cada vez que no mostraba ningún signo de reconocimiento, ninguna señal que indicase que me había conocido en la Perla.

Aparté la mirada de la cama y retomé la observación de las antorchas más allá del Adarve. Los fuegos estaban tranquilos esta noche, ya llevaban así varios días, pero ¿cuando las llamas bailaban como espíritus dementes, impulsadas por los vientos del crepúsculo? Significaba que la neblina no tardaría mucho en llegar. Y una muerte terrible y asoladora seguiría a la densa niebla blanca.

Distraída, mi mano se deslizó entre los finos pliegues del camión hasta el mango de hueso de la daga envainada contra mi muslo. Mis dedos se cerraron en torno a la fría empuñadura, que me recordó que estaría preparada si el Adarve cayera en algún momento.

Igual que estaría preparada si el Señor Oscuro trataba de venir a por mí otra vez.

Mi mano resbaló del mango para posarse unos pocos centímetros por encima de mi rodilla, y rozó la franja de piel irregular en la cara interna de mi muslo. Hawke había estado a punto de tocar la cicatriz. ¿Qué hubiese hecho de haberla notado? ¿Habría retirado la mano con brusquedad? ¿O habría fingido que no había notado nada raro?

Retiré la mano. No iba a pensar en ello. Cerré el puño con fuerza para borrar esos pensamientos de mi mente. No había ninguna razón para meterme en ese jardín. No me aportaría nada bueno. No importaba si Hawke me reconocía, o si no era más que una de las muchas chicas a las que había besado en habitaciones en penumbra. Tampoco importaba si había regresado o no a la Perla Roja como había prometido...

Sacudí la cabeza como si así pudiese espantar esos pensamientos, pero no funcionó. Una cosa que había descubierto a lo largo de los dos últimos días de cuasi aislamiento era que podía decirme que no importaba una y otra y otra vez, pero sí importaba.

Hawke había sido mi primer beso, aunque él no lo supiese.

Mientras la luna bañaba la habitación con su luz plateada, me acerqué en silencio a las ventanas del lado oeste, puse los dedos sobre el cristal frío y conté las antorchas. Doce en el Adarve. Veinticuatro al pie. Todas encendidas.

Bien.

Eso era bueno.

Apoyé la frente contra el fino cristal que hacía muy poco por evitar que el frío se colara en el interior del castillo. En occidente, donde Carsodonia estaba enclavado entre el mar Stroud y las Llanuras del Saz, no había necesidad de ventanas de cristal. El verano y la primavera eran eternos ahí, mientras que el otoño y el invierno reinaban siempre aquí. Era una de las cosas que más me apetecían de volver a la capital. El calor. La luz del sol. El olor de la sal y el mar y todas las centelleantes bahías y calas.

A Tawny, que jamás había visto una playa, le encantaría aquello. Una sonrisa cansada tironeó de mis labios. Cuando una de las institutrices la había llamado a su presencia, me había lanzado una mirada que indicaba que

hubiera estado más contenta de haber tenido que fregar las salas de baño en lugar de tener que pasar la tarde intentando agradar a esas insaciables mujeres.

A menudo me sentía igual cuando llegaba la hora de encontrarme con la sacerdotisa. Preferiría ocupar la tarde depilándome zonas muy sensibles antes que pasar horas con esa dragona de mujer.

Tal vez tendría que aprender a disimular mejor cómo me sentía con respecto a ella y las otras sacerdotisas.

Todavía no podía creer que hubiese acudido al duque, todo porque no había pasado medio día escuchándolas quejarse de todos los demás.

Envolví los brazos a mi alrededor y deseé, por enésima vez, que mi hermano siguiese en Masadonia. Ian también tenía pesadillas, y si estuviese aquí ahora mismo, me distraería con sus absurdas historias inventadas.

¿Seguiría teniendo pesadillas después de su Ascensión? Si no las tenía, ¿no sería esa otra ventaja de mi futuro?

Paseé la vista por el Adarve y alcancé a ver la sombra de un guardia que patrullaba por la muralla.

Preferiría estar ahí fuera, no aquí.

A los Ascendidos los escandalizaría oír semejante afirmación, igual que a muchos otros. El hecho de que yo... la Doncella, la Elegida, que sería entregada a los dioses, pudiera querer intercambiar mi lugar con un plebeyo, un guardia, sería una afrenta no solo a los Ascendidos sino también a los dioses mismos. Por todo el reino, la gente haría cualquier cosa por estar en presencia de los dioses. Yo era...

Era una privilegiada, sufriera lo que sufriera, pero al menos si estuviese ahí fuera, en el Adarve, podría hacer algo productivo. Estaría protegiendo la ciudad y a todos aquellos que me permitían tener una vida tan cómoda. Pero en vez de eso, estaba aquí dentro, alcanzando un nuevo nivel de autocompasión cuando, en realidad, mi Ascensión haría más que proteger una ciudad.

Garantizaría el futuro del reino.

¿No era eso hacer algo?

No estaba segura. Lo único que quería era ser capaz de cerrar los ojos y encontrar el sueño, pero sabía que no llegaría. No en las próximas horas.

En noches como esta, cuando sabía que el sueño me rehuiría, solía ceder a la tentación de escabullirme del castillo y explorar la silenciosa y oscura ciudad hasta encontrar lugares que no dormían, sitios como la Perla Roja. Por

desgracia, eso sería el *súmmum* de la estupidez después del intento de secuestro. Incluso yo no era tan imprudente y...

Una llama empezó a bailar detrás del Adarve. Me puse atenta de inmediato. Apreté ambas palmas de las manos contra la ventana y miré el fuego sin permitirme parpadear.

«No es nada», le dije a la habitación vacía. «Es solo una brisa».

Otro destello zigzagueó, y luego otro y otro, y la fila entera de antorchas del otro lado de la muralla empezó a ondear con violencia, escupiendo chispas a medida que el viento se avivaba. Aspiré una bocanada de aire, pero no pareció llegar a ninguna parte.

La antorcha del centro fue la primera en apagarse y mi corazón empezó a martillar contra mis costillas. Las otras las siguieron casi al instante y sumieron a las tierras del otro lado del Adarve en una oscuridad repentina.

Di un paso atrás para alejarme de la ventana.

Docenas de flechas en llamas salieron disparadas por el aire, dibujaron amplios arcos por encima del Adarve y fueron a clavarse en las trincheras llenas de leña. Una pared de fuego brotó al otro lado del muro y a lo largo de toda su longitud. Las llamas no eran ninguna defensa contra la neblina ni contra lo que venía con ella.

El fuego solo hacía visible lo que había dentro de la niebla.

Regresé a la ventana, quité el pasador y la abrí de par en par. El aire frío y una especie de silencio tenebroso inundaron la habitación mientras agarraba el alféizar de piedra y me asomaba, con los ojos entornados.

Un denso humo empezó a ondular y serpentear entre las llamas, flotó por el aire y se extendió por el suelo.

El humo no se movía de ese modo.

El humo no reptaba debajo de la yesca, de un blanco denso y nebuloso contra el negro de la noche. El humo no envolvía las llamas, ni las sofocaba hasta extinguirlas por completo y no dejar más que una neblina pesada y antinatural.

La neblina no estaba vacía.

Estaba llena de formas retorcidas que una vez habían sido mortales.

Unos cuernos atronaron desde los cuatro rincones del Adarve, haciendo añicos el tenso silencio. En cuestión de segundos, las pocas luces que habían brillado desde las ventanas de la ciudad se apagaron. Sonó una segunda llamada de advertencia y el castillo entero pareció estremecerse.

Me puse en marcha al instante. Cerré la ventana, y la aseguré antes de dar media vuelta. Disponía de apenas tres minutos, quizás menos, antes de que

todas las salidas quedaran selladas. Di dos pasos y...

Al instante, la puerta a la habitación de al lado se abrió de par en par y Tawny irrumpió en mi cuarto. Su camisón blanco ondeaba a su alrededor y la masa de rizos castaños y dorados caía por sus hombros.

—No. —Tawny se paró en seco, con el blanco de sus ojos aterrados en marcado contraste con su piel marrón—. Poppy, no.

La ignoré y fui corriendo hasta el baúl, abrí la pesada tapa y rebusqué en el interior hasta encontrar el arco. Me puse de pie y lo tiré sobre la cama.

—No puedes estar pensando en ir ahí afuera —exclamó.

—Oh, sí.

—¡Poppy!

—Estaré bien. —Colgué la aljaba a mi espalda, pegada a la columna.

—¿Bien? —Me miró boquiabierta mientras me giraba hacia ella—. No puedo creer que tenga que señalar lo que es obvio, pero aquí estoy. Eres la Doncella. La *Elegida*. No puedes ir ahí afuera. Si no te matan, lo hará Su Excelencia si te pillan.

—No me pillaré. —Agarré una capa negra con capucha y me la eché por encima de los hombros, para luego asegurarla en mi cuello y mi pecho—. El duque estará escondido en su habitación detrás de una docena de guardias reales, si no más, pegadito a la duquesa.

—Los guardias reales vendrán por ti.

Agarré el arco curvo por la empuñadura.

—Estoy absolutamente segura de que Vikter se ha ido al Adarve en el mismo instante en que oyó los primeros cuernos.

—¿Y Hawke? Su deber es protegerte.

—Vikter sabe que puedo protegerme sola y Hawke ni siquiera sabrá que he salido de mis habitaciones. —Hice una pausa—. No conoce la entrada de servicio.

—Estás herida, Poppy. Tu espalda...

—Mi espalda está casi curada. Ya lo sabes.

—¿Y qué pasa con el Señor Oscuro? ¿Qué pasa si esto es una treta...?

—Esto no es ninguna treta, Tawny. Los he visto en la neblina —le dije, y su rostro se puso ceniciento—. Y si el Señor Oscuro intenta venir a buscarme también estaré preparada para él.

Me siguió mientras cruzaba la habitación.

—¡Penellaphe Balfour, para!

Sorprendida, di media vuelta para encontrarla de pie justo detrás de mí.

—Tengo menos de dos minutos, Tawny. Me quedaré atrapada aquí dentro...

—Donde estarás segura —razonó.

La agarré del hombro con mi mano libre.

—Si abren una brecha en la muralla, tomarán la ciudad y encontrarán una manera de entrar en el castillo. Y entonces no habrá forma de detenerlos. Eso, lo sé bien. Llegaron hasta mi familia. Llegaron hasta mí. No me voy a quedar sentada de brazos cruzados a esperar a que ocurra de nuevo.

Sus ojos, frenéticos, buscaron los míos.

—Pero entonces no teníais el Adarve para protegeros.

Eso era verdad, pero...

—No hay nada infalible, Tawny. Ni siquiera el Adarve.

—Tú tampoco lo eres —susurró. Le temblaba el labio inferior.

—Lo sé.

Respiró hondo y sus hombros se relajaron bajo mi mano.

—Muy bien. Si viene alguien, le diré que estás muerta de miedo y te has encerrado en la sala de baño.

Puse los ojos en blanco.

—Vale, perfecto. —Solté su hombro—. Hay varias dagas de heliotropo en el baúl y una espada debajo de las almohadas...

—Por favor, dime que tu cabeza no descansa sobre una espada todas las noches —imploró Tawny, la voz teñida de incredulidad—. No me extraña que tengas pesadillas. Solo los dioses saben el tipo de mala suerte que puede traer usar una espada de almohada...

—Tawny —la corté, antes de que tomara carrerilla—. Si entran en el castillo, usa las armas. Sabes cómo hacerlo.

—Lo sé. —Y sabía solo porque yo la había obligado a aprender en secreto, igual que Vikter me había enseñado a mí—. La cabeza o el corazón. —Asentí—. Cuídate, Poppy. Por favor. Sería una gran decepción que me asignaran a servir a la duquesa. O peor aún, que me entregaran al templo al servicio de los dioses. No porque no fuera un honor servirlos —continuó, al tiempo que plantaba una mano sobre su corazón—, pero toda esa cosa del celibato...

Esbocé una sonrisa.

—Volveré.

—Más te vale, Poppy.

—Lo prometo.

Le di un beso rápido en la mejilla, giré en redondo y me encaminé hacia la antigua puerta de servicio al lado de la sala de baño. Era la única razón de que hubiese casi rogado y suplicado que me trasladaran a esta habitación en la parte más vieja y mucho más fea del castillo. Estos pasadizos y accesos ya no se utilizaban, pero conectaban con casi todas las habitaciones de la parte más antigua de la fortaleza, incluido el puente de piedra que llevaba directo a la porción sur del Adarve.

Las viejas bisagras chirriaron cuando abrí la puerta. Los pasadizos me permitían moverme por el castillo sin ser vista. A lo largo de los últimos años, los había utilizado para encontrarme con Vikter para entrenar en una de las habitaciones abandonadas; también eran el medio que utilizaba para escabullirme del castillo sin que nadie lo supiera.

Pero lo más importante era que esos olvidados pasillos y escaleras me proporcionarían una vía de escape rápida si fuese necesario.

—Poppy —me llamó Tawny para detenerme—. Tu cara.

Sentí un momento de confusión antes de darme cuenta de que no llevaba el velo.

—Es verdad. —Levanté la gruesa capucha y me la ceñí bien por encima de la cabeza antes de emprender el descenso de las estrechas escaleras de caracol.

Oí el rechinar de piedra contra metal cuando unas gruesas puertas de hierro traquetearon y empezaron a descender mientras yo bajaba a toda prisa las agrietadas e irregulares escaleras. Mis sandalias no eran el mejor calzado para este tipo de cosas, pero no había tenido tiempo de desenterrar de su escondrijo las únicas botas que poseía, ocultas debajo del cabecero de la cama. Si las sirvientas las encontraban, seguro que chismorrearían al respecto y, al final, la cosa acabaría llegando a oídos indeseados.

Disponía de menos de un minuto para salir de ahí.

Pequeñas cascadas de polvo y piedrecitas caían desde lo alto mientras el castillo seguía temblando. La luz de la luna asomó por las ventanas agrietadas y polvorientas cuando doblé el tramo final de las escaleras. Resbalé sobre los dos últimos escalones y llegué casi derrapando hasta la despensa vacía. El movimiento no me produjo más que una leve punzada de dolor donde los magullones se estaban curando.

Metí a toda prisa el arco entre los pliegues de la capa y entré a la carrera en la caótica cocina, donde decenas de sirvientes pedían a gritos paso hacia los refugios ocultos que también hacían las veces de bodega y almacén de alimentos. Los guardias corrían hacia la entrada principal, en la que el escudo

más grande encajaría en su sitio en cuestión de segundos. Nadie me prestó atención alguna mientras corría hacia el fondo de la sala, donde una de las puertas de hierro ya estaba a medio bajar.

Escupí una maldición que hubiese sonrojado a Vikter y ante la que Rylan... hubiese sonreído si aún estuviese aquí. Apreté el paso y luego me agaché. Las sandalias de seda y gasa ayudaron con el derrape. Resbalé por debajo de la puerta y casi pierdo el equilibrio al salir patinando al aire nocturno. La pesada puerta gimió al asentarse en su sitio. Di unos pasos atrás y entonces mis labios se curvaron en una amplia sonrisa que Tawny hubiese encontrado no solo preocupante sino también inquietante.

Había conseguido llegar al puente.

Sin perder ni un segundo, corrí por la estrecha pasarela muy por encima de las casas y las tiendas. No me atrevía a mirar hacia los lados, pues no había barandilla. Un resbalón y bueno...

Lo que había dentro de la neblina ya no sería una preocupación.

Al llegar al saliente más ancho del Adarve, tiré el arco sobre él y me icé a pulso. La piel magullada de mi espalda se estiró e hice una mueca mientras la capa y el camión se abrían para dejar al descubierto casi toda mi pierna. Deseé llevar las finas mallas que a menudo se utilizaban debajo de determinados tipos de vestidos, pero no había tenido tiempo suficiente.

Agarré el arco y me encaminé hacia la pared oeste. Llegué justo cuando la neblina pareció convertirse en una masa sólida que arrastraba consigo un olor a metal y podredumbre. Más adelante, los arqueros esperaban en sus nidos de piedra, como aves de presa, con sus arcos y flechas firmes. Sabía que no debía acercarme demasiado, pues algún guardia seguro se percataría de mi presencia y haría preguntas. Y aunque Tawny había exagerado al decir que me mataría, tendría que enfrentarme a una *lección* más del duque.

Eché un rápido vistazo a mi alrededor. La ciudad se había quedado en completo silencio y oscuridad, excepto por los templos. Sus llamas jamás se extinguían. Aparté la mirada de ellos y de la inquietante sensación que a menudo me provocaban y busqué una aspillera vacía. Si tuviera que estar atendida por un guardia, ya habría alguien dentro.

Me mantuve bien pegada a las sombras de las paredes hasta llegar a ella. Me deslicé al interior del recinto y la sonrisa volvió a mi cara cuando vi varias aljabas apoyadas cerca de la corta escalera. Perfecto. Las flechas de heliotropo, sus astas fabricadas con madera del Bosque de Sangre, no eran fáciles de conseguir cuando eras una Doncella que, en principio, no las necesitaría. Agarré varias de las aljabas y me apresuré a subir la escalera.

Oculto en parte por la pared de piedra, dejé las aljabas a mi lado y saqué una flecha. Entonces me llegó un sonido que hizo que se me pusieran de punta todos los pelos del cuerpo.

Empezó como un aullido grave. Me recordaba al viento en la parte más fría del invierno, pero el gemido dio paso a unos agudos alaridos. Se me puso la carne de gallina y se me revolvió el estómago. Sentí náuseas mientras cargaba una flecha en la cuerda. Jamás olvidaría ese sonido. Atormentaba mis sueños y me mantenía despierta noche tras noche.

Resonaron gritos a mis pies, la orden de abrir fuego. Alucinada, contuve la respiración al ver el cielo iluminarse con cientos de flechas en llamas. Cortaron a través de la omnipresente neblina y las hogueras volvieron a la vida una vez más por todo el Adarve, convirtiendo la noche en una especie de crepúsculo plateado.

Decenas de guardias esperaban a pie delante de la muralla, su armadura negra los volvía casi indistinguibles. Busqué la familiar capa blanca de un guardia real. Allí. Encontré una cabeza de pelo rubio pálido y un rostro curtido del color de la arena. Mi corazón dio un vuelco. Hacia el centro de las fuerzas estaba Vikter. Ya sabía que lo encontraría donde la muerte acechaba, pero aun así se me hizo un nudo de miedo en el pecho. Vikter era el hombre más valiente que conocía.

¿Y Hawke? No tenía ni idea de si estaba en el castillo, apostado a la puerta de mi habitación, convencido de que yo estaba dentro, o en el Adarve. O quizás, como Vikter, estuviese al otro lado. El nudo se agrandó, pero no podía dejar que se apoderara de mí.

Pendiente de Vikter, cerré los dedos en torno a la cuerda y la tensé mientras él se ponía el yelmo. Otra andanada de flechas voló por los aires, y estas llegaron más lejos. Cuando cortaron a través de la neblina, oí los gritos.

Y entonces los vi.

Sus cuerpos pálidos de un blanco lechoso, desprovistos de color alguno, sus rostros demacrados y huecos, ojos ardientes como brasas al rojo vivo. Bocas abiertas que revelaban dos series de afilados dientes de sierra. Sus dedos se habían alargado hasta convertirse en garras, y tanto sus colmillos como sus uñas podían cortar la carne como si fuese mantequilla blanda.

Yo tenía cicatrices que lo demostraban.

Eran en lo que se habrían convertido Marlowe y Ridley si no hubiésemos puesto fin a sus vidas antes de que fuera demasiado tarde.

Salieron de la neblina, la fuente de mis pesadillas, las criaturas enviadas por el Señor Oscuro hacía más de una década para dejarnos a mi hermano y a

mí sin nuestros padres, en medio de una sangrienta masacre. Eran los seres malvados que casi me matan antes de mi sexto cumpleaños, arañando y mordiendo con su frenética sed de sangre.

Los Demonios habían llegado.

Capítulo 15



Y ahora, se abalanzaron sobre los guardias del exterior del Adarve. Se estrellaron contra ellos en una avalancha que no conocía el miedo a la muerte. Gritos de dolor y terror desgarraron la noche y se me cortó la respiración. En cuestión de segundos, perdí de vista a Vikter.

«No», susurré. Me temblaban los dedos sobre la cuerda. ¿Dónde estaba? No podía haber caído. No tan pronto. Vikter no...

Lo encontré. Se mantenía firme mientras columpiaba su espada por el aire. Le cortó la cabeza a un Demonio al tiempo que otro se abalanzaba sobre él. Giró en redondo y apenas logró esquivar un ataque que hubiese atravesado su coraza.

No había tiempo de sentir alivio. Vi cómo la flecha de heliotropo de un arquero se incrustaba en la cabeza de un Demonio y lo hacía caer de espaldas. Un río de sangre oscura y aceitosa brotó por la parte de atrás de su cráneo. Apunté a otro Demonio, calmé mi respiración hasta que fue profunda y lenta, como Vikter me había enseñado. Los años de entrenamiento le dieron firmeza a mi mano, aunque también lo hizo la experiencia. Esta no era la primera vez que ayudaba a los guardias en el Adarve.

«Una vez que tus manos agarren la cuerda, el mundo a tu alrededor debe dejar de existir». Las instrucciones de Vikter resonaron en mi mente. «Sois solo tú, la tensión de la cuerda y tu puntería. No existe nada más».

Y eso era todo lo que podía existir.

Confiada en mi puntería, disparé una flecha. Voló por el aire y le dio a un Demonio en pleno corazón. Cargué otra flecha antes de que lo que una vez fue el hijo o el padre de alguien tocara el suelo siquiera. Encontré a otro, un Demonio que desgarraba la armadura de un guardia al que había derribado.

Solté la cuerda del arco y sonreí cuando el proyectil se incrustó en la cabeza de la criatura. Mientras cargaba la siguiente flecha, conseguí ver a Vikter, su espada empapada de sangre oscura. La clavó bien profundo en el estómago de un Demonio y luego cortó hacia arriba con un grito.

Otro Demonio se abalanzó sobre Vikter por la espalda justo cuando recuperaba su espada. Tensé la cuerda. La flecha cortó a través del aire y le dio a la bestia en la parte de atrás del cráneo cubierto de pelo apelmazado. La cosa cayó hacia delante, muerta antes de tocar el suelo siquiera.

Vikter giró la cabeza a toda velocidad y hubiera jurado que me estaba mirando directamente, que sabía quién había enviado esa flecha. Y aunque no podía verle la cara, sabía que tendría la expresión que siempre adoptaba cuando estaba orgulloso pero irritado.

Con una sonrisa, preparé otra flecha... y durante lo que pareció una pequeña eternidad, me sumí en la matanza. Derribé a un Demonio tras otro y acabé con dos aljabas antes de que uno de esos monstruos abriera una brecha en la hilera de guardias. Llegó hasta la muralla y sus manos con garras se clavaron en la piedra para aferrarse a ella.

Por un brevísimo instante, me quedé paralizada mientras la criatura liberaba una de sus manos y la estampaba otra vez contra la pared, más arriba, para seguir trepando.

«Por todos los dioses», susurré.

El Demonio soltó un agudo alarido que me sacó de mi estupor. Apunté y le incrusté la flecha directa en el cráneo. El impacto lo hizo caer del muro.

Un grito a mi derecha me hizo girar la cabeza. Un arquero cayó hacia delante, el arco resbaló de sus manos mientras un Demonio lo agarraba de los hombros y le clavaba sus afilados dientes en el cuello.

Madre mía, habían llegado arriba.

Me giré hacia ellos, cargué una flecha y la disparé en un abrir y cerrar de ojos. El proyectil no causó una herida letal, pero el impacto hizo que el Demonio soltara al guardia y cayera al suelo en lo bajo. No fue el único que cayó. El guardia se tambaleó hacia atrás y no encontró nada más que aire. Me tragué un grito y me dije que el hombre ya estaba muerto antes de que el sonoro golpe de carne contra piedra me hiciera cerrar los ojos con fuerza unos instantes.

Puede que las mentes de los Demonios estuviesen podridas, pero tenían el suficiente raciocinio como para ir a por los arqueros. Vikter había dicho una vez que la única cosa que superaba a su sed de sangre era su instinto de supervivencia.

Un grito agudo me sacó de mi ensimismamiento. A mi derecha, otro Demonio había llegado al borde del Adarve y había agarrado a un arquero. El guardia dejó caer su arco, abrazó al Demonio y lo empujó hacia delante.

El guardia cayó al suelo por fuera del Adarve y se llevó al Demonio consigo.

Una andanada de flechas en llamas volvió a iluminar el cielo, muy por encima del muro. Luego cayeron, matando a mortales y a monstruos por igual. Por encima de los aullidos y gritos sobrenaturales, se oyó el retumbar de unos cascos sobre adoquines y tierra, pero yo seguía mirando hacia donde había caído el arquero, cuyo cuerpo había quedado cubierto de Demonios.

El guardia se había sacrificado. Ese hombre desconocido y sin nombre había elegido la muerte antes que dejar que un Demonio llegara al otro lado del muro.

Tuve que parpadear varias veces para borrar unas lágrimas repentinas y sacudí la cabeza en silencio mientras surgían unos gritos de guerra que me impulsaron a ponerme en movimiento. Me asomé justo lo suficiente para ver por encima de la cornisa. Miré hacia atrás mientras más guardias a caballo salían en tropel de las verjas blandiendo espadas con forma de medialuna. Se abrieron en dos direcciones en un intento de sellar el acceso al Adarve. En cuanto despejaron la entrada, las verjas se cerraron a su espalda.

Un Demonio se abalanzó sobre un guardia, dándose impulso por el aire como haría un gran gato de jungla. Se estampó contra el hombre y lo descabalgó. Rodaron por el suelo.

«Maldita sea», mascullé, mientras apuntaba al Demonio, que ya había escalado la mitad de la muralla.

Le di en la parte superior del cráneo de pelo enmarañado y cayó del muro. Cargué otra flecha a toda velocidad y busqué Demonios en el Adarve. Ellos eran la amenaza real.

Enseguida fue obvio que estos Demonios eran diferentes. Parecían menos... monstruosos. Aun así, su aspecto no distaba mucho de ser carne de pesadilla, aunque sus rostros lucían menos huecos, sus cuerpos menos marchitos. ¿Serían recién convertidos? Era posible.

La batalla en lo bajo estaba amainando, los cuerpos caían los unos sobre los otros. Vi a Vikter incrustar su espada en la cabeza de un Demonio caído e hincó una rodilla en tierra para poder mirar por encima del muro. Mi capa se abrió y dejó expuesta al gélido frío nocturno casi toda mi pierna, desde la pantorrilla hasta el muslo.

Ya solo quedaba un puñado de Demonios, la mitad de ellos hacía pedazos y devoraba a guardias heridos, ajenos a todo lo que los rodeaba. No vi ninguno más cerca del Adarve. Cargué otra flecha en el arco y apunté a uno que había desgarrado una armadura y la cavidad estomacal que protegía, dejando a la vista gruesas entrañas viscosas. La bilis me atoró la garganta. El guardia ya estaba muerto, pero no podía dejar que ese Demonio siguiera profanando su cuerpo caído.

Me concentré en la boca cubierta de sangre y entrañas, y disparé una flecha directa hacia ella. El impacto tiró al Demonio de espaldas. La mínima satisfacción que eso me produjo quedó atemperada por la pena. La neblina había empezado a disiparse, revelando la carnicería que había dejado a su paso. Había habido muchísimas bajas esta noche. Demasiadas.

Noté la piedra fría debajo de la rodilla desnuda. Alargué la mano hacia otra flecha mientras buscaba a...

—Debes de ser la diosa Bele o Lailah, en su forma mortal —dijo una voz grave detrás de mí.

Solté una exclamación ahogada y giré en redondo sobre la rodilla; la capa y el vestido volaron alrededor de mis piernas. Con la flecha cargada y preparada, apunté a...

Hawke.

Oh, por todos los dioses...

Mi estómago dio una voltereta de alivio y consternación mientras bajaba la vista hacia él. Estaba iluminado por un rayo de luna, como si los mismísimos dioses lo hubiesen bendecido con luz eterna. Tenía salpicaduras de sangre negra por los altos y anchos pómulos y la línea recta de su mandíbula. Sus labios gruesos y expresivos estaban entreabiertos, como si solo fuese capaz de aspirar minúsculas bocanadas de aire, y esos ojos preciosos y extraños parecían casi refulgir a la luz de la luna.

Sujetaba su espada empapada en sangre a un lado. El cuero de su armadura tenía profundos arañazos, lo que demostraba cuán cerca que había estado de caer.

Hawke había estado al otro lado del Adarve y, al igual que Vikter, como guardia real no estaba obligado a ello. Pero había salido de todos modos. Un intenso respeto afloró en mi pecho, me caldeó por dentro y reaccioné sin pensar: estiré mis sentidos para comprobar si estaba herido.

Percibí el más tenue atisbo de la aflicción que moraba en su interior. La batalla la había aliviado, dándole un respiro del mismo modo que haría mi contacto. Temporal, pero aun así eficaz. No estaba herido.

—Eres... —Me miraba con intensidad, sin parpadear. Envainó la espada a su lado—. Eres absolutamente magnífica. Preciosa.

Di un respingo, sorprendida. Ya había dicho que era preciosa en otra ocasión, cuando había visto mi rostro, y entonces me había parecido que lo decía en serio. Pero ¿ahora? Había dicho unas palabras que demasiado a menudo no significaban nada y muy rara vez significaban todo. Y las había dicho de tal modo que se me formó una espiral tensa y apretada en el bajo vientre, aunque Hawke no tuviera ni idea de con quién estaba hablando. Mi gruesa capucha seguía en su sitio.

Tenía que salir de ahí.

Eché un vistazo detrás de él en busca de la ruta de escape más fácil. Tragué saliva con esfuerzo. Puede que Hawke todavía no se hubiese dado cuenta de que era la chica de la Perla Roja, pero de ninguna manera podía dejar que averiguara que era yo la que estaba ahí arriba ahora mismo. No tenía ni idea de lo que haría si descubría que la Doncella estaba en el Adarve.

—Lo último que esperaba era encontrar a una dama encapuchada y con talento para el tiro con arco al mando de una de las aspilleras. —El hoyuelo apareció en su mejilla derecha y sentí esa atracción en el bajo vientre.

¿Por qué tenía que tener una sonrisa tan... encantadora? Era el tipo de sonrisa que seguro que había rendido a muchas otras a sus pies.

Dudaba que alguna se arrepintiera de ello.

Yo, desde luego que no.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó, ofreciéndome su mano enguantada.

Reprimí un bufido desdeñoso y bajé el arco para agarrarlo con una sola mano. Guardé silencio por si reconocía mi voz, pero le hice un gesto para que retrocediera. Hawke arqueó una ceja oscura, se puso la mano que me había ofrecido sobre el corazón y dio un paso atrás.

Luego hizo una reverencia.

Hizo una *reverencia* de verdad, con una floritura tan elaborada que una carcajada trepó por mi garganta. Conseguí reprimirla mientras dejaba el arco sobre el saliente inferior y lo apoyaba contra la pared. Sin apartar los ojos de él, me acerqué a la escalera y la bajé despacio sin darle la espalda.

Los sonidos de lucha prácticamente habían cesado en lo bajo. Tenía que regresar a mi habitación, pero no había forma de que pudiese volver a entrar en el castillo por donde había salido. No con Hawke ahí fuera, conmigo. Eso levantaría sospechas. Deslicé el arco bajo mi capa y lo colgué a mi espalda. Hice una mueca cuando quedó apoyado contra los magullones aún sensibles.

—Eres... —No acabó su frase, una expresión extraña se instaló en su cara. No pude descifrarla. ¿Sospecha? ¿Diversión? ¿Algo totalmente diferente? Entornó los ojos.

A nuestros pies, las pesadas verjas gimieron al reabrirse para recibir a los heridos y recuperar los cadáveres de los fallecidos. Los Demonios serían quemados donde habían caído. Hice ademán de salir de la aspillera...

Hawke me bloqueó el paso casi como quien no quiere la cosa y mi corazón se volteó mientras mis manos se cerraban en puños apretados. Obligué a mis dedos a relajarse. La luz juguetona de los ojos de Hawke se había desvanecido.

—¿Qué estás haciendo aquí arriba?

La paciencia que parecía haberle aportado su curiosidad había desaparecido. Pasé rozando a su lado y supe que tendría que bajar del Adarve y perderlo entre la multitud a medida que la gente saliera de sus casas para hacer recuento de las bajas.

No llegué muy lejos. Hawke me agarró del brazo.

—Creo que...

Mis instintos se avivaron de golpe y tomaron el control. Giré en redondo y me colé por debajo del brazo que sujetaba el mío, haciendo caso omiso del leve ardor de mi espalda. La sorpresa que asomó al rostro de Hawke trajo una sonrisa salvaje a mis labios. Resurgí detrás de él, me agaché y lancé una patada que le sacó las piernas de debajo. Hawke soltó mi brazo para estirar las manos y evitar caer.

Su maldición resonó en mis oídos cuando eché a correr. Salí de la aspillera y llegué a la pasarela del Adarve. Las escaleras más cercanas estaban a varios metros...

Algo agarró mi capa. Su fuerza me hizo girar en el sitio y tiró de mí contra la pared. Empecé a alejarme pero no recorrí más que unos pocos centímetros. Bajé la vista y vi una daga clavada bien hondo en la pared, pillando mi capa. Alucinada, me quedé ahí plantada.

Hawke vino hacia mí con parsimonia, la barbilla baja.

—Eso no ha sido muy simpático.

Bueno, pues esto tampoco iba a parecérselo. Agarré el mango de la daga y lo retorcí para liberarla. Le di la vuelta para sujetarla por la hoja. Eché el brazo atrás...

—No lo hagas —me advirtió, deteniéndose.

Lancé la daga directa hacia su rostro de irritante belleza. Él la esquivó, justo como sabía que lo haría.

Atrapó la daga por el mango en medio del aire, como si tal cosa, y eso fue... impresionante. Sentí celos. A mí me hubiese resultado imposible hacer algo así. Pensé que ni siquiera Vikter sería capaz.

Con los ojos centelleando como pepitas de oro, chasqueó la lengua con suavidad y se encaminó hacia mí de nuevo.

Me aparté de la pared y eché a correr otra vez. Ya veía las escaleras ahí delante. Podía llegar hasta ellas...

Una figura oscura se dejó caer delante de mí. Mis pies derraparon y resbalé. Perdí el equilibrio. ¡Malditas sandalias, con su suela tan suave y lisa! Caí con fuerza sobre la cadera y tuve que tragarme un grito al sentir el dolor que atenazaba mis riñones. Al menos no había aterrizado *de espaldas*.

Hawke se levantó después de haber amortiguado su salto en cuclillas, con la daga sujeta al lado de la cadera.

—Eso sí que no ha sido simpático para nada.

¿Cómo había...? Mis ojos saltaron hacia la estrecha cornisa de la muralla en lo alto. ¿Había corrido por ahí? No debía de medir más que unos pocos centímetros.

Estaba loco.

—Soy consciente de que mi pelo necesita un buen corte, pero tu puntería está un poco desviada —comentó—. De verdad que deberías trabajar en ello, porque le tengo bastante afecto a mi cara.

Mi puntería había sido perfecta.

Con un gruñido silencioso, esperé a que estuviera bastante cerca y entonces lancé una patada que le dio en la espinilla. Emitió un ruido gutural mientras me levantaba de un salto, haciendo caso omiso del dolor de lo que seguro serían una cadera y un trasero amoratados. Pivoté hacia la derecha y él dio un salto para bloquearme el paso, pero corrí hacia la izquierda. Él imitó mi acción, así que lancé otra patada...

Hawke me agarró del tobillo. Reprimí una exclamación y mis brazos dieron vueltas por el aire hasta que recuperé el equilibrio. Lo miré con los ojos muy abiertos. Él arqueó las cejas y sus ojos recorrieron la longitud de mi pierna desnuda.

—Qué escándalo —murmuró. Un gruñido de irritación brotó de mi interior. Hawke se echó a reír—. Y unos zapatitos tan delicados. ¿Raso y seda? Son de tan bella manufactura como tu pierna. El tipo de zapatos que ningún guardia del Adarve llevaría. —Qué astuto—. A menos que les hayan dado uniformes distintos del mío. —Hawke soltó mi tobillo, pero antes de que

pudiese huir, me agarró del brazo y tiró de mí hacia delante. De repente, estaba pegada a él y de puntillas.

Se me quedó el aire atascado en los pulmones ante el repentino contacto. Mis pechos estaban aplastados contra el cuero endurecido y el hierro de su estómago. El calor de su cuerpo parecía irradiar a través de su armadura, se filtraba por mi capa y el fino camisón de debajo. Una oleada de calor me recorrió de arriba abajo mientras aspiraba una irregular bocanada de aire. Más allá de la podredumbre de la sangre de Demonio, olía a especias oscuras y humo aromático. Me sonrojé.

Hawke abrió las aletas de la nariz y, por absurdo que pueda parecer, el tono de sus ojos dio la impresión de oscurecerse hasta ser de un impactante color ámbar. Levantó su otro brazo.

—¿Sabes lo que creo...?

La hoja que presionó contra la piel de su cuello lo silenció. Apretó los labios mientras bajaba la vista hacia mí. No se movió ni me soltó, así que presioné con la punta de la daga un poco más, justo lo suficiente. Una gotita de sangre se arremolinó debajo de su garganta.

—Me corrijo —dijo, y entonces se rio, mientras el hilillo de sangre rodaba por su cuello. No fue una risa áspera ni tampoco condescendiente. Sonaba *divertido*—. Eres una criaturita absolutamente asombrosa y letal. —Hizo una pausa. Miró hacia abajo—. Bonita arma. Piedra de sangre y hueso de *wolven*. Muy interesante... —Levantó la vista—. *Princesa*.

Capítulo 16



La daga. Maldita sea. Había olvidado que Hawke había visto el cuchillo en la Perla Roja. Por todos los dioses, ¿cómo pude olvidar eso? Aparté la hoja a toda prisa, pero ya era demasiado tarde.

También fue una equivocación.

La otra mano de Hawke se movió a la velocidad del rayo para agarrar la muñeca de la mano que sujetaba el arma.

—Tú y yo tenemos muchísimas cosas de que hablar.

—No tenemos nada de que hablar —espeté cortante, irritada conmigo misma por haber cometido no uno, ni dos, sino *tres* errores tontos. Y más que frustrada con Hawke porque ahora tenía ventaja sobre mí.

—¡Habla! —Abrió mucho los ojos en fingido estupor. Luego bajó la barbilla y yo me puse tensa—. Creí que te gustaba hablar, princesa. —Hizo una pausa—. ¿O es solo cuando estás en la Perla Roja? —No dije nada—. No vas a fingir que no tienes ni idea de lo que te estoy hablando, ¿verdad? —preguntó—. Que no eres ella.

—Suéltame —exigí, tirando de los brazos.

—Oh, creo que no. —Se giró con brusquedad y, de repente, mi espalda y el arco estaban contra la pared de piedra del Adarve. El contacto provocó un fogonazo de dolor en mi piel aún magullada, pero él apretó más e inmovilizó mi cuerpo con el suyo. Había apenas un par de centímetros entre nosotros—. Después de todo lo que compartimos, ¿me tiras una daga a la cara?

—¿Todo lo que compartimos? Fueron solo unos minutos y un puñado de besos —dije, y la verdad de mi comentario me golpeó con una claridad sorprendente. Eso era *todo* lo que habíamos compartido. Por todos los dioses, estaba tan... *protegida*. Puesto que, en mi limitada experiencia, aquellos

minutos se habían convertido en... muchísimo más para mí. La cruda realidad de que habían sido solo unos pocos besos me golpeó con una fuerza brutal.

—Fueron más que un puñado de besos. —Bajó la voz—. Si lo has olvidado, estoy más que dispuesto a recordártelo.

Diminutos zarcillos de tensión se formaron en mi estómago. Parte de mí quería que le recordaran lo que desde luego no había olvidado. Pero, gracias a los dioses, la parte más inteligente y lógica de mí ganó la batalla.

—No hubo nada que mereciera la pena recordar.

—¿Ahora me insultas, después de haberme lanzado una daga a la cara? Has herido mis tiernos sentimientos.

—¿Tiernos sentimientos? —me burlé—. No seas dramático.

—Es difícil no serlo cuando me has tirado una daga a la *cabeza* y luego me has cortado el cuello —replicó. Me sujetaba con una suavidad sorprendente, en comparación con la dureza de su tono.

—Sabía que la esquivarías.

—¿Ah, sí? ¿Por eso has intentado rajarme el cuello? —Sus ojos dorados ardían bajo unas gruesas y tupidas pestañas.

—Te he hecho un *cortecito* en la piel —le corregí—. Porque me tenías agarrada y no me soltabas. Es obvio que no has aprendido la lección.

—De hecho, he aprendido mucho, princesa. Esa es la razón de que tus manos y tu daga no estén ya cerca de mi cuello. —Deslizó el pulgar por la cara interna de mi muñeca como recordatorio y mis dedos se crisparon en torno al mango de mi arma—. Pero si sueltas esa daga, hay muchas partes de mí a las que dejaría que tus manos se acercaran.

Me atraganté con mi siguiente respiración. ¿Acaso no se daba cuenta de con quién estaba hablando? ¿Era tan común el sonido de mi voz que no tenía ni idea de que era yo? Aunque, si todavía no lo había averiguado, significaba que yo aún tenía esa ventaja. Una pequeña, pero ventaja al fin.

—Qué generoso —comenté con ironía.

—Una vez que me conozcas, descubrirás que puedo ser *bastante* benévolo.

—No tengo ninguna intención de conocerte.

—¿O sea que solo acostumbras a colarte en las habitaciones de hombres jóvenes para seducirlos antes de salir corriendo?

—¿Qué? —exclamé, escandalizada—. ¿Seducir a hombres?

—¿No es eso lo que hiciste conmigo, princesa? —Volvió a deslizar el pulgar despacio por el lado de atrás de mi muñeca.

—Estás siendo ridículo —balbuceé.

—Lo que estoy es *intrigado*.

Con un gruñido, tiré de mis brazos y él se rio en respuesta. Sus ojos me recordaban a charcos de miel caliente.

—¿Por qué insistes en sujetarme de este modo?

—Bueno, aparte de lo que ya hemos hablado, todo eso de tenerle afecto a mi cara y a mi cuello, también estás en un sitio en donde se supone que no debes estar. Así que estoy haciendo mi trabajo al detenerte e interrogarte.

—¿Sueles interrogar de este modo a todos los que ves en el Adarve y no reconoces? —lo reté—. Qué método de interrogatorio más raro.

—Solo a las damas bonitas con piernas desnudas y bien torneadas. —Se inclinó hacia mí y, cuando volví a respirar, mi pecho se topó con el suyo—. ¿Qué estabas haciendo aquí arriba durante un ataque de los Demonios?

—Disfrutar de un relajante paseo vespertino —espeté.

Sus labios se curvaron solo de un lado, pero no hubo hoyuelo.

—¿Qué estabas haciendo aquí arriba, princesa? —repitió.

—¿Qué parecía que estaba haciendo?

—Parecía que estabas siendo increíblemente tonta e imprudente.

—¿Perdona? —La incredulidad atronó en mi interior—. ¿Cuán imprudente estaba siendo cuando maté a Demonios y...?

—No sabía queuviésemos una nueva política de reclutamiento en la que damiselas medio vestidas fuesen necesarias ahora en el Adarve —comentó—. ¿Necesitamos protección de manera tan desesperada?

—¿Desesperada? —La ira había invadido mi sangre como un fuego incontrolado—. ¿Por qué crees que mi presencia en el Adarve sería reflejo de desesperación cuando, como has podido ver, sé bien cómo usar un arco? Oh, espera, ¿se debe a que da la casualidad de que tengo pechos?

—He conocido a mujeres con pechos mucho menos bonitos que podían derribar a cualquier hombre sin parpadear siquiera —replicó—. Pero ninguna de esas mujeres está aquí en Masadonia.

Me hubiese gustado saber dónde vivía ese grupo de mujeres que tan asombrosas sonaban... *Espera*. ¿Pechos mucho menos bonitos?

—Y eres muy buena —continuó, devolviendo mi atención a él—. No solo con una flecha. ¿Quién te ha enseñado a luchar y a usar una daga? —Cerré la boca con fuerza y me negué a responder—. Apuesto a que fue la misma persona que te dio esa daga. —Hizo una pausa—. Es una lástima que quienquiera que fuese no te enseñara a evitar ser capturada. Bueno, es una lástima para *ti*, quiero decir.

La ira me anegó una vez más, se apoderó de mí. Levanté la rodilla con violencia, apuntando a una zona muy sensible de Hawke, la que de algún modo lo hacía más cualificado que yo para luchar.

Hawke intuyó mi movimiento y se movió para bloquear mi rodilla con su muslo.

—Eres tan increíblemente violenta —comentó. Hizo una pausa—. Creo que me gusta.

—¡Suéltame! —bufé.

—¿Para que me des una patada o me apuñales? —Metió la pierna entre las mías para evitar futuras patadas—. Ya hemos hablado de eso, princesa. Más de una vez.

Separé las caderas de la pared en un intento por quitármelo de encima, pero todo lo que conseguí fue apretar una parte muy sensible del cuerpo contra su duro muslo. La fricción creó una repentina e impactante oleada de calor que fue tan potente como si me acabara de golpear un rayo. Sorprendida, aspiré una bocanada de aire y me quedé quieta.

Hawke había hecho lo mismo contra mí y su corpulento cuerpo se había puesto tenso. Su pecho subió y bajó contra el mío. ¿Qué... qué estaba pasando? Sentí calor, a pesar de la altura a la que estábamos y que llevábamos un rato parados en el frío aire nocturno. Mi piel parecía vibrar como si finas corrientes de energía bailaran por debajo de la superficie y un intenso calor palpitante hubiese sustituido al doloroso frío de mi cuerpo.

Pasaron varios momentos demasiado largos entre nosotros antes de que Hawke empezara a hablar de nuevo.

—Volví a por ti esa noche.

El ruido a los pies del Adarve empezaba a calmarse. En cualquier momento alguien subiría aquí, pero era *verdad* que estaba siendo muy tonta e imprudente, porque dejé que mis ojos se cerraran mientras sus palabras discurrían a través de mí.

Había vuelto.

—Te había dicho que lo haría. Volví a por ti y tú no estabas —continuó—. Me lo habías prometido, princesa.

Sentí una pizca de culpabilidad, pero no estaba segura de si era por haberle mentido o por haberle tirado la daga a la cara. Supuse que por ambas cosas.

—No... no podía quedarme.

—¿No podías? —Había vuelto a bajar la voz, más grave ahora, más gruesa—. Me da la sensación de que si hay algo que quieres lo suficiente,

nada te detendrá.

Una risa seca y amarga escapó por mis labios.

—No sabes nada.

—Quizás. —Me había soltado el brazo y, antes de que me diera cuenta de lo que tramaba, su mano se había deslizado dentro de mi capucha. Sus dedos fríos tocaron la piel inmaculada de mi mejilla derecha. Contuve el aliento al sentir su contacto y empecé a retroceder, pero no había adónde ir—. Quizás sepa más de lo que crees.

Una fina hebra de inquietud se extendió por mi piel.

Hawke agachó la cabeza, apretó su mejilla contra el lado izquierdo de mi capucha.

—¿De verdad crees que no tengo ni idea de quién eres? —Todos los músculos de mi cuerpo se pusieron en tensión y se me quedó la boca seca—. ¿No tienes nada que decir a eso? —Hizo una pausa. Su voz fue apenas un susurro cuando volvió a hablar—. ¿*Penellaphe*?

Maldita sea.

Solté el aire de manera ruidosa, sin tener muy claro si sentía alivio o miedo por no tener que preguntarme ya más si lo sabía. La confusión avivó mi irritación hasta límites insospechados.

—¿Lo acabas de descubrir? Si es así, me preocupa el hecho de que seas uno de mis guardias personales.

Se rio con una risa grave, el sonido era irritantemente contagioso.

—Lo supe en el momento en que te quitaste el velo.

Me quedé boquiabierta.

—¿Por qué... no dijiste nada entonces?

—¿A ti? —preguntó—. ¿O al duque?

—A cualquiera de los dos —susurré.

—Quería ver si sacabas el tema. Parece ser que te ibas a limitar a fingir que no eres la misma chica que frecuenta la Perla Roja.

—No frecuento la Perla Roja —le corregí—. Aunque he oído que tú sí.

—¿Has estado haciendo indagaciones sobre mí? Me siento halagado.

—No lo he hecho.

—No estoy seguro de poder creerte. Dices muchas mentiras, princesa.

—No me llames así —exigí.

—Me gusta más que como se supone que debo llamarte. *Doncella*. Tienes un nombre. Y no es ese.

—No te he preguntado lo que te gusta —le dije, aunque estaba totalmente de acuerdo con él en cuanto a su aversión a la manera en que se suponía que

tenía que dirigirse a mí.

—Pero sí has preguntado por qué no le conté al duque lo de tus escapaditas —replicó—. ¿Por qué haría algo así? Soy tu guardia. Si te traicionara, no confiarías en mí, y eso seguro que haría mucho más difícil mi labor de mantenerte a salvo.

Su muy lógico razonamiento para no haber dicho nada me produjo una amarga punzada de desilusión cuyas causas ni siquiera me apetecía empezar a indagar.

—Como has podido comprobar, soy capaz de mantenerme a salvo yo solita.

—Sí, ya lo veo. —Se echó un poco hacia atrás, con el ceño fruncido, y entonces abrió los ojos, solo un poco, como si acabara de darse cuenta de algo.

—¡Hawke! —llamó una voz desde el suelo a nuestros pies. Mi corazón dio un respingo—. ¿Va todo bien por ahí arriba?

Los ojos de Hawke escudriñaron la oscuridad de mi capucha durante un instante, luego miró hacia atrás.

—Sí, todo en orden.

—Tienes que dejarme ir —susurré—. Alguien subirá aquí en cualquier momento...

—¿Y te pillaré? ¿Te obligaré a revelar tu identidad? —Sus ojos ambarinos se deslizaron otra vez hacia mí—. A lo mejor sería buena cosa.

Aspiré una brusca bocanada de aire.

—Dijiste que no me traicionarías...

—Dije que no te *había* traicionado, pero eso fue antes de que supiera que harías algo como esto. —Un intenso frío empapó mi piel—. Mi trabajo sería muchísimo más fácil si no tuviese que preocuparme de que te escabullas de tus habitaciones para enfrentarte a los Demonios... o para encontrarte con hombres desconocidos en sitios como la Perla Roja —continuó—. Y quién sabe qué más haces cuando todo el mundo cree que estás tranquilita y a salvo en tus aposentos.

—Yo...

—Supongo que si se lo contara al duque y a la duquesa, tu afición a armarte con un arco y subir al Adarve sería una cosa menos de la que preocuparme.

Se me comprimió el pecho del terror.

—No tienes ni idea de lo que me haría si se lo contaras —farfullé—. Me... —No pude terminar la frase.

—¿Te qué?

Aspiré una larga y lenta bocanada de aire. Levanté la barbilla.

—No importa. Haz lo que creas que tienes que hacer.

Hawke me miró durante tanto tiempo que me pareció una pequeña eternidad. Entonces me soltó y dio un paso atrás. Un viento frío sopló entre nosotros.

—Más vale que te des prisa en volver a tus aposentos, princesa. Tendremos que terminar esta conversación en otro momento.

La confusión me mantuvo inmóvil solo unos instantes. Pero entonces salí de mi estupor, me separé de la pared y eché a correr. Y aunque no miré atrás, tenía la certeza de que no me había quitado los ojos de encima.



Cuando llegué a mi habitación por el viejo acceso de los sirvientes, no me sorprendió encontrar a Tawny todavía ahí, aunque había tenido que esperar casi una hora a que levantaran las verjas para volver a colarme en el castillo.

—Creí que no ibas a volver nunca —exclamó. Cerré la chirriante puerta a mi espalda y me volví hacia ella. Levanté la mano despacio para retirar la capucha. Tawny se quedó paralizada—. ¿Estás... estás bien? —Sus ojos buscaron los míos y vi cómo un pequeño escalofrío recorría su cuerpo—. ¿Ha sido grave? ¿El ataque?

Abrí la boca. No tenía ni idea de por dónde empezar. Recordé todo lo ocurrido mientras me apoyaba contra la puerta. Mi encuentro con Hawke todavía me tenía con el corazón acelerado. Mi cabeza era un barullo confuso y mi estómago daba vueltas con la idea de que los Demonios habían alcanzado la parte superior del Adarve.

—¿Poppy? —susurró. Decidí empezar por lo más importante.

—Había muchos. Docenas.

Vi cómo se hinchaba su pecho al respirar hondo.

—¿Y?

No estaba segura de si de verdad quería saberlo, pero mantenerla en la ignorancia era mucho más peligroso que el miedo a la verdad.

—Y varios de ellos llegaron a la parte de arriba del Adarve.

Tawny abrió los ojos de par en par.

—Oh, Dios mío. —Se llevó una mano al pecho—. Pero los escudos se han levantado...

—Les cortaron el paso, pero... muchos guardias han muerto esta noche.
—Me separé de la puerta mientras desabotonaba mi capa con dedos gélidos. Fui hasta la chimenea y me quedé ahí de pie unos minutos, dejando que su calor eliminase parte del frío—. Había tantísimos que prácticamente arrasaron la primera línea de defensa. Si hubiese habido más...

—¿Habrían abierto una brecha en el muro?

—Es más que posible. —Me aparté de la chimenea, solté del todo la capa y dejé que resbalara hasta el suelo de cualquier manera. Descolgué el arco de mi espalda y lo dejé con cuidado en el baúl antes de cerrar la tapa—. Enviaron a los jinetes, pero al menos dos Demonios habían conseguido llegar ya a la cima del Adarve. Si vuelven a esperar tanto, podría ser demasiado tarde. Pero no creo... que los creyeran capaces de hacer eso.

Tawny se sentó en el borde de la cama.

—¿Has... matado a alguno?

—Por supuesto —le dije, mirándola mientras me quitaba las sandalias de una patada.

—Bien. —Sus ojos se deslizaron de vuelta a la ventana, hacia donde las antorchas ardían ahora con fuerza en la oscuridad—. Izarán muchas banderas negras mañana.

Era verdad. Todas las casas que hubieran perdido a un hijo, un padre, un marido o un amigo izarían una bandera en su memoria. El comandante Jansen visitaría todas y cada una de ellas a lo largo del siguiente día. Se prenderían muchas piras.

Y mucho me temía que algunos de esos que con tanto valor habían vencido a los Demonios esta noche regresarían *mordidos* a sus hogares o a los barracones. Pasaba siempre después de un ataque.

Me dejé caer en la cama y capté el olor a madera quemada en mi pelo. Antes de que pudiera decir nada más, alguien llamó a la puerta.

—Yo voy. —Tawny se levantó y no se lo impedí. Suponía que sería Vikter o algún otro guardia real que había venido a comprobar cómo estábamos. Mientras se dirigía a la puerta, agarré el final de mi trenza y me apresuré a deshacerla. Oí a Tawny abrir la puerta y decir—: La Doncella está durmiendo...

—Lo dudo. —Mi corazón se estrelló contra mis costillas. Me levanté de un salto y giré en redondo justo cuando Hawke estaba entrando. Me quedé boquiabierta; la misma expresión que mostraba Tawny. Hawke cerró la puerta de una patada a su espalda—. Es hora de que tengamos esa charla, princesa.

Capítulo 17



Hawke se había limpiado la sangre de la cara y su pelo oscuro estaba húmedo, rizado contra las sienes y la frente. No llevaba su sable, pero las dos espadas cortas seguían ceñidas a su cintura. Ahí plantado en mi habitación, con los pies separados a la anchura de los hombros y la curva de la mandíbula firme, Hawke me recordaba muchísimo a Theon, el dios de la concordia y la guerra.

Parecía igual de peligroso que cuando estaba en el Adarve.

Y por el brillo ardiente de sus ojos ambarinos, estaba claro que no había venido a hacer las paces. Miró hacia donde estaba Tawny, tan callada y quieta como lo estaba yo.

—Tus servicios ya no se requerirán esta noche.

Tawny se quedó boquiabierta. Yo salí de mi estupor con una reacción muy diferente.

—¡No tienes autoridad para decirle que se retire!

—¿Ah, no? —Arqueó una ceja oscura—. Como tu guardia real personal, tengo autoridad para deshacerme de cualquier amenaza.

—¿Amenaza? —Tawny frunció el ceño—. Yo no soy una amenaza.

—Amenazas con inventar excusas o mentir en nombre de Penellaphe. Como acabas de hacer cuando dijiste que estaba dormida, cuando sé a ciencia cierta que estaba en el Adarve —replicó, y Tawny cerró la boca de golpe. Se volvió hacia mí.

—Me da la sensación de que me he perdido cierta información muy importante.

—No he tenido la oportunidad de contártelo —expliqué—. Y tampoco era tan importante. —Tawny levantó las cejas y, a su lado, Hawke bufó indignado.

—Estoy seguro de que ha sido una de las cosas más importantes que te han pasado en mucho tiempo.

Entorné los ojos.

—Si de verdad crees eso, tienes una noción demasiado inflada de tu implicación en mi vida —me defendí.

—Creo que me doy bastante buena cuenta del papel que desempeño en tu vida.

—Lo dudo mucho —repuse.

—Me pregunto si de verdad te crees la mitad de las mentiras que cuentas.

Tawny nos miraba a uno y otro de manera alternativa.

—No estoy mintiendo, muchas gracias.

—Di lo que quieras, princesa —comentó con una sonrisa que reveló el hoyuelo de su mejilla derecha.

—¡No me llames así! —exclamé, dando un fuerte pisotón. Hawke arqueó una ceja.

—¿Eso te ha hecho sentir bien?

—¡Sí! Porque la única otra opción es darte una patada.

—Qué violenta —se burló. Oh, por todos los dioses. Cerré los puños.

—No deberías estar aquí dentro.

—Soy tu guardia personal —contestó—. Puedo estar donde crea que se me necesita para mantenerte a salvo.

—¿Y de qué crees que me tienes que defender aquí dentro? —exigí saber, mirando a mi alrededor—. ¿Una pata de la cama rebelde contra la que podría machacarme el dedo gordo del pie? Oh, espera, ¿estás preocupado por que pueda desmayarme? Sé lo bien que se te da atender ese tipo de emergencias.

—Ahora que lo dices, sí pareces un poco pálida —repuso—. Mi habilidad para salvar a frágiles y delicadas damiselas podría venirme muy bien. —Ahogué una exclamación—. Sin embargo, por lo que me parece haber deducido, aparte de un ocasional intento de secuestro, tú, princesa, eres la mayor amenaza para ti misma.

—Bueno... —Tawny alargó la palabra con tono dubitativo, pero cuando le lancé una mirada que debería haberla hecho salir corriendo de la habitación, se limitó a encogerse de hombros—. Ahí tiene algo de razón.

—No ayudas nada.

—De verdad que Penellaphe y yo tenemos que hablar —dijo Hawke, sin apartar los ojos de mí—. Puedo asegurarte que está a salvo conmigo y estoy convencido de que lo que sea que hablemos te lo contará luego con pelos y señales.

—Sí, seguro que lo hace, pero no será, ni de lejos, tan divertido como verlo en persona —comentó Tawny, cruzando los brazos. Suspiré.

—Está bien, Tawny. Te veré por la mañana.

—¿En serio? —preguntó, medio indignada.

—En serio —confirmé—. Me da la sensación de que si no te marchas, se va a quedar ahí plantado consumiendo el precioso aire de mi habitación...

—Con un aspecto excepcionalmente apuesto —aportó Hawke—. Olvidaste añadir eso.

A Tawny se le escapó una risita tonta. Yo ignoré el comentario.

—Y me gustaría descansar un poco antes de que salga el sol.

—Vale —dijo Tawny, con un suspiro exagerado. Echó un rápido vistazo a Hawke—. *Princesa*.

—Oh, por todos los dioses —mascullé, un dolor sordo empezó a palpar detrás de mis ojos.

Hawke observó a Tawny, aunque esperó a que saliera por la puerta lateral antes de decir:

—Me gusta.

—Es bueno saberlo —comenté—. ¿De qué querías hablar que no podía esperar hasta mañana por la mañana? —Hawke deslizó los ojos de vuelta hacia mí.

—Tienes un pelo precioso.

Parpadeé, confusa. Llevaba el pelo suelto y, aun sin verlo, sabía que era una maraña de ondas y rizos. Me resistí a la tentación de tocarlo.

—¿De eso querías hablar?

—No exactamente. —Entonces bajó la vista y la paseó despacio, empezando por mis hombros para bajar todo el camino hasta las puntas de mis pies. Su mirada parecía tener peso propio, casi como si me tocara, y un rubor surgió a su paso.

Fue en ese exacto momento cuando recordé que no solo tenía el rostro descubierto, sino que además llevaba tan solo un finísimo camisón. Sabía que con la luz de la chimenea y de las lámparas de aceite detrás de mí, quedaba muy poco de mi cuerpo librado a la imaginación de Hawke. Mi rubor se intensificó, se volvió más embriagador. Hice ademán de recuperar la bata tirada al pie de la cama.

Los labios de Hawke se curvaron en una medio sonrisa cómplice que me llenó de repentina irritación.

Me detuve, lo miré a los ojos y le sostuve la mirada. Puede que Hawke no hubiese visto todas las zonas secretas visibles debajo del ligero camisón

blanco, pero había hecho mucho más que solo tocar algunas con sus manos. Una pequeña parte de mí pensó en recolocarme el pelo para que tapara el lado izquierdo de mi cara, pero Hawke ya había visto las cicatrices y a mí no me avergonzaban. Me negaba *en redondo* a dejar que me afectara lo más mínimo el comentario del duque sobre las razones de Hawke para decir que era preciosa. Ocultar mi cara o taparme tenía bastante poco sentido ya, pero sobre todo, hubiera jurado que había visto un reto en la mirada de Hawke. Como si esperara que hiciera ambas cosas.

Pues no pensaba hacerlo.

Pasó un momento largo y tenso.

—¿Eso es todo lo que llevabas debajo de la capa?

—No es asunto tuyo —le dije, con los brazos a los lados.

Algo titiló en su cara, me recordó a la mirada que me lanzaba a menudo Vikter cuando lo superaba en algo, pero desapareció demasiado deprisa para que pudiera estar segura.

—Parece que debería serlo —comentó. El sonido ronco de su voz hizo que se me pusiera la carne de gallina por todo el cuerpo.

—Eso suena como problema tuyo, no mío.

Me miró con esa expresión extraña otra vez. La que me hacía pensar que estaba atrapado entre la diversión y la curiosidad.

—Eres... completamente distinta de lo que esperaba. —La forma en que lo dijo sonaba tan genuina que parte de mi irritación se difuminó.

—¿Ha sido por mi destreza con el arco o con la daga? ¿O porque te derribé?

—*Apenas* me derribaste —me corrigió. Bajó la barbilla y entrecerró los párpados, las pestañas ocultaron sus extraños ojos—. Por todas esas cosas. Aunque has olvidado añadir lo de la Perla Roja. Jamás esperé encontrar a la Doncella ahí.

—Supongo que no —dije con un bufido.

Levantó las pestañas y vi una miríada de preguntas en sus ojos. Esta vez, no iba a haber forma de evitarlas.

Demasiado cansada de repente para quedarme a discutir ahí de pie, fui hacia una de las dos butacas de al lado de la chimenea, muy consciente de cómo se abrían los laterales de mi camión y dejaban al descubierto casi toda la pierna.

Muy consciente de cómo Hawke seguía cada uno de mis movimientos.

—Era la primera vez que iba a la Perla Roja. —Me senté y dejé que mis manos cayeran en mi regazo—. Y la razón de que estuviese en el primer piso

fue que acababa de entrar Vikter. —Arrugué la nariz mientras me recorría un pequeño escalofrío—. Me hubiese reconocido, con antifaz o sin él. Subí porque una mujer me dijo que la habitación estaba vacía. —Seguía teniendo la sensación de que me la había jugado, pero eso no cambiaba nada en estos momentos—. No te estoy diciendo esto porque crea que necesite explicarme. Solo estoy... diciendo la verdad. No sabía que estabas en la habitación.

Hawke se quedó donde estaba.

—Pero sí sabías quién era —comentó, y no era una pregunta.

—Por supuesto. —Giré la cara hacia la chimenea—. Tu llegada ya había provocado bastantes... habladurías.

—Halagador —murmuró.

Mis labios se fruncieron un poco mientras contemplaba las llamas enroscarse y ondular por encima de los gruesos troncos.

—Por qué decidí quedarme en la habitación no está abierto a discusión.

—Ya sé por qué te quedaste en la habitación —me dijo.

—¿Ah, sí?

—Ahora tiene sentido.

Eché la vista atrás a aquella noche y recordé lo que había dicho Hawke. Había parecido percibir que estaba ahí para experimentar, para vivir. Ahora que sabía quién era, tendría sentido. Pero seguía siendo algo que no estaba dispuesta a discutir.

—¿Qué vas a hacer con respecto a que estuviera en el Adarve?

No contestó durante un buen rato. Luego se acercó a donde me había sentado. Con esas piernas tan largas, caminaba con una elegancia fluida.

—¿Puedo? —Señaló hacia la butaca vacía. Asentí. Se sentó enfrente de mí y se inclinó hacia delante. Apoyó los codos sobre sus rodillas flexionadas—. Fue Vikter el que te entrenó, ¿verdad? —Mi pulso trastabilló, pero mantuve una expresión neutra—. Tuvo que ser él. Os lleváis bien y él ha estado contigo desde que llegaste a Masadonia.

—Has estado haciendo preguntas.

—Sería un estúpido si no investigase todo lo que pudiera sobre la persona a la que he jurado proteger con mi vida. —Ahí tenía razón.

—No voy a contestar a tu pregunta.

—¿Porque tienes miedo de que vaya a contárselo al duque, aunque no lo haya hecho antes?

—En el Adarve dijiste que deberías —le recordé—. Que facilitaría tu trabajo. No voy a arrastrar a nadie en mi caída.

Hawke inclinó la cabeza.

—Dije que *debería*, no que lo *haría*.

—¿Hay alguna diferencia?

—Deberías saber que la hay. —Sus ojos recorrieron mi cara—. ¿Qué habría hecho Su Excelencia si se lo hubiese contado?

—No importa. —Cerré los puños.

—Entonces, ¿por qué dijiste que no tenía ni idea de lo que haría? Sonabas como si fueras a decir algo más pero te arrepentiste.

—No iba a decir nada —rebatí. Aparté la mirada para dedicarme a contemplar el fuego. Hawke se quedó callado unos minutos.

—Tanto tú como Tawny reaccionasteis de una manera muy extraña cuando te citó.

—No esperábamos esa llamada. —La mentira salió por mi boca con facilidad. Hubo otra pausa.

—¿Por qué te quedaste dos días en tu habitación después de que te hiciera llamar? —Un intenso dolor irradió del lugar en que mis uñas se habían hincado en las palmas de mis manos. Las llamas estaban muriendo, titilaban con suavidad—. ¿Qué te hizo? —preguntó Hawke, su voz demasiado suave. Una vergüenza asfixiante trepó por mi garganta, tenía un sabor ácido.

—¿Por qué te importa tanto?

—¿Por qué no habría de importarme? —replicó y, una vez más, sonaba muy sincero. Giré la cabeza antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo. Se había echado hacia atrás, las manos cerradas en torno a los reposabrazos de la butaca.

—No me conoces...

—Apuesto a que te conozco mejor que la mayoría.

—Eso no significa que me conozcas, Hawke —insistí, pese a que un intenso rubor invadió mis mejillas—. No lo bastante como para que te importe.

—Sé que no eres como los otros miembros de la Corte.

—Yo no soy un miembro de la Corte —señalé.

—Eres la Doncella. Los plebeyos te consideran una hija de los dioses. Te ven como algo más que un Ascendido, pero sé que eres compasiva. Esa noche en la Perla Roja, cuando hablamos de la muerte, sentiste una compasión genuina por las pérdidas que yo hubiera podido experimentar. No fue palabrería forzada.

—¿Cómo lo sabes?

—Se me da bien juzgar las palabras de las personas —destacó—. No querías hablar por miedo a que te descubriera, pero entonces me referí a

Tawny como tu sirvienta. Y la defendiste, aun a riesgo de exponerte. —Hizo una pausa—. Y te vi.

—¿Viste qué?

Se inclinó hacia delante otra vez, bajó la voz.

—Te vi durante el Consejo de la Ciudad. No estabas de acuerdo con el duque y la duquesa. No podía ver tu rostro, pero supe que te sentías incómoda. Te sentiste mal por esa familia.

—Tawny también.

—Sin ofender, pero tu amiga parecía estar medio dormida durante la mayor parte de ese intercambio. Dudo que supiera lo que estaba ocurriendo.

Eso no podía discutírselo, la verdad, pero lo que había visto era cómo perdía durante unos instantes el control de mi don. En cualquier caso, eso no cambiaba el hecho de que no me pareciera bien lo que le estaba sucediendo a la familia Tulis.

—Y sabes cómo luchar... y luchas bien. No solo eso, es obvio que eres valiente. Hay muchos hombres, hombres *entrenados*, que no saldrían al Adarve durante un ataque de Demonios si no tuviesen que hacerlo. Los Ascendidos podrían haber salido ahí afuera y hubiesen tenido más probabilidades de sobrevivir, pero aun así, no lo hicieron. Tú, sí.

—Esas cosas son solo detalles —protesté, sacudiendo la cabeza—. No significa que me conozcas lo suficiente como para que te preocupe lo que me pase o me deje de pasar.

Me miró a los ojos.

—¿Te importaría lo que me pasara a mí?

—Bueno, sí. —Fruncí el ceño—. Me importaría...

—Pero no me conoces. —Cerré la boca de golpe. Maldita sea—. Eres una persona decente, princesa. —Se echó hacia atrás—. Por eso te importa.

—¿Y tú no eres una persona decente?

Hawke bajó la vista.

—Soy muchas cosas. Decente no suele ser una de ellas. —No tenía ni idea de cómo responder a ese ápice de sinceridad—. No me vas a contar lo que te hizo el duque, ¿verdad? —Suspiró, su espalda se encorvó un poco en la butaca—. Sabes que me enteraré de una manera u otra.

Casi me eché a reír. Estaba segura de que esa era una cosa de la que nadie hablaría jamás.

—Si eso crees.

—No lo creo, lo sé —repuso y pasó un instante en silencio—. Es raro, ¿verdad?

—¿El qué?

Sus ojos se cruzaron con los míos de nuevo y sentí una pequeña sacudida en el pecho. No podía apartar la mirada. Me sentía... atrapada.

—Tengo la impresión de conocerte desde hace tiempo. Tú también lo sientes.

Quería negarlo, pero tenía razón y era raro. No había dicho nada al respecto porque no quería reconocerlo. Hacerlo me parecía como emprender un camino que no podía recorrer. Saberlo me causaba una sensación profunda y dolorosa en el pecho, y eso tampoco quería reconocerlo.

Porque se parecía mucho a la desilusión. ¿Y no significaba eso que ya había empezado a recorrer ese camino? Aparté la mirada, posé los ojos en mis manos.

—¿Por qué estabas en el Adarve? —me preguntó, cambiando de tema.

—¿No era obvio?

—Tus motivos, no. Dime eso, al menos. Dime qué te empujó a subir ahí arriba a luchar contra ellos.

Abrí los dedos poco a poco y deslicé dos bajo la manga de mi brazo derecho. Resbalaron por mi piel hasta que las yemas rozaron dos cicatrices irregulares. Había otras, por mi estómago y mis muslos.

Sería fácil mentir, inventar un montón de razones, pero no estaba segura de que hubiese nada malo en la verdad. ¿Que tres personas en lugar de dos supieran la verdad provocaría de algún modo el fin del mundo? No lo creía.

—La cicatriz de mi cara. ¿Sabes cómo me la hice?

—Tu familia fue atacada por unos Demonios cuando eras niña —contestó—. Vikter...

—¿Te lo contó? —Una sonrisa débil y cansada tironeó de mis labios—. No es la única cicatriz. —Cuando no dijo nada, saqué la mano de debajo de la manga—. Cuando tenía seis años, mis padres decidieron dejar la capital para ir al Valle Niel. Querían una vida mucho más tranquila, o eso me han contado. No recuerdo demasiado del viaje, aparte de que mi madre y mi padre estaban supertensos a lo largo del trayecto. Ian y yo éramos pequeños y no sabíamos demasiado acerca de los Demonios, así que no teníamos miedo de estar ahí fuera ni de parar en uno de los pueblos pequeños; un lugar que luego me dijeron que no había visto un ataque de Demonios en décadas. Había solo un escueto muro, como en la mayoría de las poblaciones menores, e íbamos a quedarnos en la posada solo una noche. El lugar olía a canela y clavo. —Cerré los ojos—. Eso lo recuerdo.

»Vinieron por la noche, en la neblina. Una vez que aparecieron, no hubo tiempo de nada. Mi padre... salió a las calles para intentar ahuyentarlos mientras mi madre nos escondía, pero entraron por la puerta y las ventanas antes de que pudiese salir de la habitación siquiera. —El recuerdo de los gritos de mi madre hizo que mis ojos se abrieran. Tragué saliva—. Una mujer... una clienta de la posada... consiguió agarrar a Ian y meterlo en una habitación secreta, pero yo no quise separarme de mi madre y... —Unos fragmentos oscuros e inconexos de aquella noche intentaron recomponerse. Sangre en el suelo, las paredes, resbalando por los brazos de mi madre. Cómo perdí el agarre de su mano resbaladiza, y luego manos ansiosas y dientes hambrientos. Las garras... Y luego un dolor atroz, implacable, ardiente, hasta que al final... no hubo nada—. Desperté días después, de vuelta en la capital. La reina Ileana estaba a mi lado. Me contó lo que había sucedido. Que nuestros padres ya no estaban.

—Lo siento —dijo Hawke y yo asentí—. De verdad. Es un milagro que sobrevivieras.

—Los dioses me protegieron. Eso es lo que me dijo la reina. Que era la Elegida. Más adelante me enteré de que esa había sido una de las razones por las que la reina les había suplicado a mi madre y a mi padre que no abandonaran la seguridad de la capital. Que... si el Señor Oscuro se enteraba de que la Doncella estaba desprotegida, enviaría a los Demonios a por mí. Entonces me quería muerta, aunque parece ser que ahora me quiere viva. — Me reí y dolió un poquito.

—Lo que le ocurrió a tu familia no fue culpa tuya y podría haber un montón de razones por las que atacaron ese pueblo. —Se pasó una mano por el pelo para retirar los mechones ya secos de su frente—. ¿Qué más recuerdas?

—Nadie... nadie en aquella posada sabía cómo luchar. Ni mis padres, ni las mujeres, ni siquiera los hombres. Todos dependían del puñado de guardias. —Froté mis dedos entre sí—. Si mis padres hubiesen sabido cómo defenderse, podrían haber sobrevivido. Supongo que las posibilidades hubiesen sido muy escasas, pero habrían tenido alguna en cualquier caso.

—Y tú quieres esa posibilidad —dijo Hawke. Un destello de comprensión se iluminó en su cara. Asentí.

—No... Me niego a ser impotente.

—No debería serlo nadie.

Solté un poco de aire y dejé de jugar con los dedos.

—Ya has visto lo que ha pasado esta noche. Llegaron a la cima del Adarve. Si uno solo consigue superarlo, le seguirán otros. Ninguna muralla es impenetrable e, incluso si lo fuera, hay mortales que vuelven malditos del exterior. Ocurre con más frecuencia de lo que la gente cree. En cualquier momento, esa maldición podría extenderse por esta ciudad. Si caigo...

—Caerás luchando —terminó por mí. Asentí—. Como he dicho antes, eres muy valiente.

—No creo que sea valor. —Volví a quedarme absorta en mis manos—. Creo que es... miedo.

—El miedo y el valor a menudo son la misma cosa. Te convierten en una guerrera o en una cobarde. La única diferencia es la persona que reside en el interior.

Levanté la vista hacia él en aturdido silencio. Me costó unos instantes formular una respuesta.

—Suenas mucho más mayor de lo que aparentas.

—Solo la mitad del tiempo —dijo—. Has salvado vidas esta noche, princesa.

—Pero murieron muchos —me lamenté, haciendo caso omiso del mote.

—Demasiados —convino—. Los Demonios son una plaga sin fin.

Apoyé la cabeza contra el respaldo de la butaca y meneé los dedos de los pies en dirección al fuego.

—Mientras quede un solo atlantiano, habrá Demonios.

—Eso dicen —confirmó y cuando lo miré de reojo, un músculo se apretó en su mandíbula mientras contemplaba el fuego mortecino—. Has dicho que vuelven más hombres malditos de fuera del Adarve de lo que la gente cree. ¿Cómo lo sabes?

Abrí la boca. Maldita sea. ¿Cómo *podía* haberme enterado de eso?

—He oído rumores.

Mierda. Deslizó los ojos hacia mí.

—No es algo de lo que se hable demasiado. Y cuando se habla, solo es en susurros. —Sentí una oleada de inquietud.

—Vas a tener que ser más preciso.

—He oído que la hija de los dioses ha ayudado a varios malditos —dijo. Me puse tensa—. Que los ha asistido, les ha dado una muerte digna.

No sabía si debía sentirme aliviada de que eso fuese todo lo que había oído y que no sacase el tema de mi don. Pero el hecho de que él, alguien que no llevaba demasiado tiempo en la ciudad, hubiese oído ese tipo de rumores no era del todo tranquilizador.

Si Vikter averiguaba que Hawke había tenido noticia de semejantes cosas, no se iba a poner contento. Aunque, claro, dudaba de que Vikter fuese a dejar que lo ayudara después de la última vez, en cualquier caso.

—¿Quién dice esas cosas? —pregunté.

—Unos cuantos de los guardias —me dijo, y se me cayó el alma aún más a los pies—. Para ser sincero, al principio no les creí. —Mantuve una expresión neutra.

—Pues debiste atenerte a tu reacción inicial. Están equivocados si creen que cometería una traición abierta a la corona.

Sus ojos recorrieron mi rostro.

—¿No te acabo de decir que se me da bien juzgar a las personas?

—¿Y?

—Y sé que estás mintiendo —respondió. Me pregunté qué era exactamente lo que le hacía creer que era de mí de quien hablaban los guardias—. Y entiendo por qué lo harías. Esos hombres hablan de ti con tal fascinación que, antes de conocerte, medio esperaba que de verdad fueses hija de los dioses. Jamás te delatarían.

—Puede que sea así, pero tú los has oído hablar de ello. Podrían oírlos también otras personas.

—Quizás debería ser más claro con respecto a lo de oír rumores. Me estaban hablando a mí en persona —aclaró—. Puesto que yo también he ayudado a los malditos a morir con dignidad. Lo hacía en la capital y lo hago también aquí. —Me quedé boquiabierta y se me asentó el estómago, pero mi corazón daba bandazos de un lado a otro como un pez fuera del agua—. Los que regresan malditos ya lo han dado todo por el reino. Que los traten como a cualquier cosa aparte de los héroes que son, y que los arrastren delante de una multitud para ser asesinados es lo último que ellos o sus familias deberían tener que soportar.

No sabía qué decir mientras lo miraba. Acababa de dar voz a mis propios pensamientos, y sabía que ahí fuera había más personas que pensaban igual. Era obvio. Pero saber que estaba dispuesto a arriesgarse a cometer alta traición para hacer lo correcto...

—Bueno, ya te he entretenido demasiado.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir sobre mi presencia en el Adarve? —pregunté, arqueando una ceja.

—Solo te pido una cosa. —Se levantó y me preparé para que me dijera que me mantuviera alejada de las murallas. Lo más probable era que le dijera que lo haría. Aunque, por supuesto, no lo haría, y tampoco pensaba que él

fuese a creerme—. La próxima vez que salgas ahí, lleva mejor calzado y ropa más gruesa. Esas sandalias podrían ser la causa de tu muerte, y ese vestido... ser la causa de la mía.

Capítulo 18



Hawke no informó de mi presencia, pero sí se lo contó a alguien.

Lo descubrí cuando me desperté solo unas horas después de que se marchara y fui a ver si Vikter estaba listo para entrenar. No me sorprendió ni un poco encontrarlo esperándome y más que preparado para echarme la bronca. Yo quería hablar con él de lo sucedido con los Demonios, del hecho de que alcanzaran la cima del Adarve.

Vikter quería hablar de lo que le había contado Hawke. Parecía que, después de salir de mi habitación, había ido directo a ver a Vikter. No es que estuviese exactamente enfadada por eso; más bien irritada por que Hawke sintiera la necesidad de contarle a Vikter nada. Pero confirmaba que Hawke suponía que Vikter sería consciente de mi presencia en el Adarve o, como muy poco, que no lo sorprendería ni se enfadaría.

Hawke había calculado mal todo lo de no enfadarse por ello.

Vikter fruncía el ceño mientras caminaba a mi alrededor con actitud acechante, sin dejar de evaluar mi postura. Comprobaba si mis piernas estaban en la posición y con la tensión adecuadas, si mis pies estaban plantados a la anchura de los hombros.

—No deberías de haber estado en el Adarve.

—Pero lo estaba.

—Y te pillaron. —Vikter se detuvo delante de mí—. ¿Qué habrías hecho si hubiera sido otro guardia el que te hubiera descubierto?

—Si hubiese sido cualquier otro, no me hubiese pillado.

—Esto no es ninguna broma, Poppy.

—No he dicho nada gracioso —me defendí—. Estoy siendo sincera. Hawke... es rápido y está muy bien entrenado.

—Por eso estamos trabajando en tu combate cuerpo a cuerpo. —Apreté los labios.

—Mi técnica de combate cuerpo a cuerpo no es mala.

—Si fuese verdad, Hawke no te habría pillado. Adelante —ordenó Vikter.

Mantuve la barbilla baja mientras le lanzaba un puñetazo. Vikter lo bloqueó con el antebrazo y retrocedí. Buscaba una abertura, pero no la encontré. Así que fabriqué una. Me moví como para darle una patada y sus brazos bajaron un pelín. Y ahí apareció mi abertura. Lancé otro ataque y le incrusté el puño en el estómago. Vikter emitió un suave gruñido.

—Bonito movimiento.

—¿A que sí? —dije con una sonrisa, bajando los brazos.

Vikter esbozó también una sonrisilla, pero se le borró pronto.

—Sé que debes de estar cansada de oírme decir esto —empezó—, pero lo voy a decir otra vez. Tienes que tener más cuidado. Y estás lanzando puñetazos con el brazo en lugar de con todo el cuerpo.

En *efecto*, ya estaba cansada de oírle decir eso.

—Ya tengo cuidado. Y estoy lanzando puñetazos como tú me has enseñado.

—Tus golpes son débiles. Sin ímpetu. Eso no es lo que te he enseñado. —Me agarró del brazo y lo sacudió como un fideo mojado—. No tienes demasiada fuerza en el tren superior. Tu fuerza está aquí. —Puso una mano delante de mi estómago—. Infligirás más daño de este modo. Cuando lances un puñetazo, tu tronco y tus caderas deben moverse contigo.

Asentí e hice lo que me decía. Fallé, pero noté la diferencia en el movimiento.

—Hawke no va a informar a Su Excelencia sobre mí.

—¿De verdad lo crees? —Bloqueó mi siguiente puñetazo—. Mejor.

—Si fuese a decir algo, habría ido directo al duque.

—Podría haber cien razones por las que no ha dicho nada todavía.

Hacía unos días, hubiese estado de acuerdo con él, pero ya no. No después de lo que había confesado la noche anterior.

—No creo que vaya a hacerlo, Vikter. No tengo de qué preocuparme y tú tampoco. No le dije que has sido tú el que me ha entrenado.

—Poppy —me dijo. Y lo dijo del mismo modo que lo había dicho cuando le pregunté si creía que podía esconder un sable debajo del velo. Todavía creía que podría hacerlo. Solo tenía que colocarlo bien—. No lo conoces.

—Ya lo sé. —Crucé los brazos mientras Vikter se apartaba un poco—. Pero tú tampoco.

—No sabes cuáles son sus motivos. Las razones por las que guardaría silencio.

Sabía lo que había dicho sobre la Perla Roja, y estaba segura de que también podía aplicarse al Adarve. Pero era más que eso. El hecho de que Hawke estuviese dispuesto a arriesgarse a que lo acusaran de alta traición para ayudar a los malditos decía muchísimo de quién era como persona. Sin embargo, no parecía correcto compartirlo con Vikter. Había una razón por la que no conocíamos la identidad de otros en la red. Así que opté por la tangente.

—Dijo que si lo hubiese hecho, ya no confiaría en él, lo cual dificultaría su trabajo. Tienes que reconocer que en eso tiene cierta razón.

—Es verdad, pero eso no significa que no debas tener cuidado. —Vikter se quedó callado un momento—. Y lo entiendo. En serio.

—¿Entiendes qué?

—Como ya te dije, es un joven atractivo...

—Eso no tiene nada que ver con esto.

—Y siempre has estado rodeada de hombres mayores como yo.

—No eres tan mayor.

—Gracias —dijo, tras parpadear sorprendido. Una pausa—. Creo.

—No tiene nada que ver con su aspecto. No digo que no me parezca atractivo. Me lo parece, pero esa no es la razón de que confíe en él. —Y esa era la verdad. Mi fe no provenía de su apariencia—. No soy tan tonta.

—No estoy sugiriendo que lo seas. —Se pasó una mano por el pelo—. Entonces, ¿confías en él?

—Yo... le conté por qué necesitaba estar ahí fuera en ese Adarve. Le conté lo de la noche en que atacaron a mi familia. ¿Sabes cómo respondió? Al principio dijo que no debería estar ahí, pero escuchó mis razones y, al final, lo único que dijo fue que debía ir mejor calzada. —Decidí guardarme lo del vestido para mí—. Confío en él, Vikter. ¿Hay alguna razón por la que no debería?

Vikter soltó un gran suspiro mientras apartaba la mirada.

—No nos ha dado ninguna razón para que dudemos de él. Lo sé. Es solo que no lo conocemos y tú eres importante para mí, Poppy. No porque seas la Doncella, sino porque eres... tú.

Un nudo de emoción se formó en mi pecho y se abrió paso por mi garganta. No le di la oportunidad de darse cuenta de lo que hacía. Me abalancé sobre él, enrosqué los brazos alrededor de su cintura y lo abracé con fuerza.

—Gracias —murmuré contra su pecho.

Vikter se quedó tan tieso como un guardia en su primer día en el Adarve, pero entonces puso sus manos sobre mi espalda. Y me dio unas palmaditas.

Sonreí.

—Sabes que nunca sustituiré a tu padre, y jamás lo intentaría, pero eres como una hija para mí. —Lo abracé más fuerte. Me dio más palmaditas—. Me preocupo por ti. En parte porque es mi trabajo, pero sobre todo porque eres tú.

—Tú también eres importante para mí. —Mis palabras sonaron amortiguadas contra su pecho—. Aunque opines que mis puñetazos son débiles.

Su risa fue ronca. Apoyó la barbilla sobre mi cabeza.

—Tus puñetazos son débiles cuando no los ejecutas bien. —Se apartó un poco y me puso las manos en las mejillas—. Pero, chica, tu puntería es letal. No lo olvides jamás.



—Los dioses no nos han fallado. Los Ascendidos no os han fallado. —Esa tarde, la voz del duque resonaba con fuerza desde el balcón de la muralla del castillo. A sus pies, una masa de gente llenaba el amplio patio y, al tenue resplandor de las lámparas de aceite y las antorchas, pude ver que varias personas iban vestidas todas de negro, el sombrío color de la muerte. Entre la gente había guardias a caballo, destinados a mantener un ojo puesto en la nerviosa multitud.

Jamás había visto a Su Excelencia dirigirse a la gente de este modo. Él y la duquesa nunca estaban delante de tantas personas, ni siquiera durante los Consejos o el Rito. Fue una inmensa sorpresa para mí cuando Vikter y Hawke llegaron después de la cena para escoltarme hasta el balcón.

Aunque claro, ¿hacía cuántos años que no había llegado un ataque de Demonios tan significativo hasta el Adarve?

Se habían izado banderas negras sobre demasiados hogares y se habían prendido demasiadas piras al amanecer. El aire seguía cargado de cenizas e incienso.

—Gracias a la Bendición de los dioses —continuó Teerman—, el Adarve no cayó anoche.

Un poco más atrás, al lado de Tawny y flanqueadas por Vikter y Hawke, me pregunté exactamente cómo había evitado la Bendición de los dioses que cayera el Adarve. Habían sido los guardias, hombres como el arquero que había elegido la muerte antes que dejar que el Demonio superara el Adarve.

—¡Llegaron arriba! —gritó un hombre—. Casi superan la muralla. ¿Estamos a salvo?

—¿Cuando ocurra de nuevo? —contestó la duquesa. Su voz suave silenció los murmullos—. Porque volverá a ocurrir.

Detrás del velo, arqueé las cejas. Por encima de mi hombro derecho, oí a Hawke murmurar con tono seco.

—Eso seguro que aplacará miedos.

Mis labios querían sonreír.

—La verdad no está diseñada para aplacar miedos —respondió Vikter.

—Entonces, ¿por eso contamos mentiras? —preguntó Hawke. Yo apreté los labios.

Desde que habían llegado para acompañarnos a Tawny y a mí, no habían parado de hacer eso. Uno de ellos decía algo. Cualquiera cosa. Y el otro lo rebatía, solo para que el que había hablado primero tuviese la última palabra. Empezó con un comentario de Hawke, que había dicho que hacía un calor sorprendente esa noche y que yo debería disfrutarla, a lo que Vikter había contestado diciendo que las temperaturas seguro que bajaban demasiado deprisa para poder hacerlo. Hawke había procedido entonces a preguntarle a Vikter dónde había obtenido unos conocimientos tan proféticos acerca del tiempo.

En el plazo de una hora, la cosa no había hecho más que progresar, se lanzaban pullas e intentaban dejar al otro en mal lugar.

Hawke iba ganando, por al menos tres respuestas ingeniosas.

Incluso después de haberlo defendido ante Vikter, y no mentía cuando le dije que confiaba en Hawke, seguía habiendo una pequeña parte de mí que no podía creer lo que había dicho. No me había ordenado no volver al Adarve jamás. No me había exigido que me quedara en mi habitación, donde en teoría estaría *más segura*. No, en vez de eso, había escuchado mis razones de por qué necesitaba estar ahí fuera y las había aceptado. Solo me había pedido que llevara calzado más adecuado.

Y más ropa.

Esto último me irritaba y me excitaba, cosa que era bastante desconcertante. Y desde luego no era algo que hubiese compartido con Vikter esa mañana.

Mis ojos se deslizaron hacia la duquesa, que se adelantó.

—Los dioses no os han fallado —repitió. Apoyó las manos al lado de las de su marido, sobre la barandilla que le llegaba a la altura de la cintura—. Nosotros no os hemos fallado. Pero los dioses *están* descontentos. Por eso llegaron los Demonios a la cima del Adarve.

Un murmullo de consternación se extendió entre el gentío como una tormenta.

—Hemos hablado con ellos. No están contentos con los recientes acontecimientos, aquí y en ciudades cercanas —continuó, los ojos fijos en los rostros cada vez más pálidos y cenicientos a sus pies—. Temen que la gente buena de Solis haya empezado a perder la fe en sus decisiones y se esté volviendo hacia aquellos que desean ver el futuro de este gran reino en peligro.

Los susurros se convirtieron en gritos de denuncia que sobresaltaron a los caballos. Los guardias se apresuraron a calmar el nervioso bailoteo de los équidos.

—¿Qué creíais todos que iba a pasar cuando los que defienden al Señor Oscuro y traman acciones con él están de pie ahora mismo entre vosotros? —preguntó el duque—. Mientras hablo, en este mismo momento, hay Descendientes mirándome, encantados de que los Demonios se llevaran tantas vidas ayer por la noche. En esta misma multitud, hay Descendientes que rezan por el día en que llegue el Señor Oscuro. Los que celebraron la masacre de Tres Ríos y la caída de la mansión Goldcrest. Mirad a vuestra derecha y a vuestra izquierda, y puede que veáis a alguien que ayudó a conspirar para secuestrar a la Doncella.

Me moví incómoda mientras docenas y docenas de ojos se posaban en mí. Después, una por una, como si las caras fuesen fichas de dominó puestas en fila, se miraron los unos a los otros, como si viesan a sus vecinos y rostros familiares por primera vez.

—Los dioses lo oyen y lo saben todo. Incluso lo que no se dice pero reside en el corazón —añadió el duque. Se me hizo un nudo de inquietud en el estómago—. ¿Qué podemos esperar ninguno de nosotros? —repitió—. Cuando esos dioses lo han hecho todo por protegernos y la gente acude a nosotros y cuestiona el Rito.

Me puse tensa. La imagen del señor y la señora Tulis se formó de inmediato en mi cabeza. El duque no había dicho sus nombres, pero fue como si los hubiese gritado desde el tejado del castillo de Teerman. No los vi entre la multitud, pero eso no significaba que no estuviesen ahí.

—¿Qué podemos esperar cuando hay gente que quiere vernos muertos? —preguntó Teerman, levantando las manos—. Cuando somos los dioses en carne y hueso, y lo único que se interpone entre vosotros y el Señor Oscuro y la maldición que sus huestes han lanzado sobre esta tierra.

Y, aun así, ni un solo Ascendido (ni el duque, ni la duquesa, ni ninguno de los lores o damas), había movido un dedo para defender el Adarve. Todos ellos eran más rápidos y más fuertes que cualquier guardia. Seguramente podían acabar con el doble de Demonios de los que había derribado yo con el arco y, como había dicho Hawke, tenían más probabilidades de sobrevivir a un ataque.

—¿Qué creéis que habría sucedido si los Demonios hubiesen superado el Adarve? —Teerman bajó las manos—. Muchos de vosotros habéis nacido dentro de estas murallas y jamás habéis vivido el horror de un ataque de los Demonios. Pero otros sí sabéis lo que es. Venís de ciudades menos protegidas o fuisteis atacados por los caminos. Vosotros sí sabéis lo que habría sucedido si tan solo un puñado hubiese conseguido superar a nuestros guardias, si los dioses les hubiesen dado la espalda a los habitantes de Solis. Habría significado una masacre indiscriminada de cientos. Vuestras mujeres. Vuestros hijos. Vosotros mismos. Muchos de vosotros no estaríais ahí de pie. —Hizo una pausa y la muchedumbre pareció ondular...

Ocurrió de nuevo.

Noté que mis sentidos se estiraban fuera de mi ser, aunque tampoco me sorprendió demasiado. Con un gentío como aquel, me costaba mantenerme al margen, pero no... no solo sentí dolor.

Algo tocó la parte de atrás de mi garganta, me recordó lo que había sentido en el atrio con Loren.

Terror.

Sentí cómo el terror aumentaba y se extendía, provenía de mil sitios diferentes mientras mi mirada saltaba de un rostro a otro. Me llegó otra sensación. Era algo *caliente* y ácido. No era dolor físico. Era ira. Mi corazón empezó a latir con fuerza. No estaba sintiendo dolor, pero... tenía que estar sintiendo algo. No tenía sentido, pero podía notarla, apretaba contra mi piel como un hierro candente. Se me secó la garganta y tragué saliva con esfuerzo. La gente cruzó las manos debajo de la barbilla y rezó a los dioses. Di un pasito hacia atrás. Otros nos miraban, sus expresiones eran duras...

La mano de Vikter rozó mi hombro.

—¿Estás bien? —murmuró.

¿Sí?

¿No?

No estaba segura.

La ansiedad inundó mi organismo de adrenalina mientras unos fantasmagóricos dedos gélidos bailaban por mi nuca. Una gran presión se agarró a mi pecho. Quería huir de ahí. Necesitaba alejarme de la gente lo más posible.

Pero no podía.

Cerré los ojos y me concentré en mi respiración mientras pugnaba por reconstruir mis muros mentales. Seguí respirando, adentro y afuera, tan profundo y tan despacio como podía.

—Y si tenéis suerte, irán a por vuestro cuello y tendréis una muerte rápida —estaba diciendo el duque—. Aunque la mayoría no tendréis esa suerte. Desgarrarán vuestra carne y vuestros tejidos y se darán un festín con vuestra sangre mientras llamáis a gritos a los dioses en los que habéis perdido la fe.

—Este es quizás el discurso menos tranquilizador dado jamás después de un ataque —masculló Hawke en voz baja.

Su comentario me sacó de golpe de mi espiral de pánico, pues la absoluta sequedad de sus palabras cortó la cuerda que me conectaba con la gente. Mis sentidos se replegaron y fue como si una puerta se cerrara con violencia y echara la llave.

Sentí... no sentí nada, excepto los fuertes latidos de mi corazón y la película de sudor que me cubría la frente. Lo que Hawke había dicho hizo más que aflojar el agarre que tenía sobre mí el miedo de la gente; no solo creó una grieta en su agarre, sino que lo eliminó por completo. Los sentimientos habían desaparecido tan deprisa que casi me pregunté si los había sentido siquiera, si solo habría sido mi mente, que me había jugado una mala pasada. Las caras que tenía delante se volvieron nítidas de nuevo, un embate constante de distintos tonos de miedo y pánico...

Mi vista se aguzó y eché otro vistazo a la multitud. Me concentré en las caras que no mostraban ninguna emoción. Desconcertada por sus expresiones vacías, un hilillo de inquietud bajó reptando por mi columna. Me centré en uno de los hombres, un joven con un pelo rubio que le llegaba hasta los hombros. Estaba demasiado lejos para distinguir el color de sus ojos, pero tenía la vista levantada hacia el duque y la duquesa, los labios apretados con fuerza, la mandíbula era una línea dura y tensa, mientras los que estaban a su alrededor intercambiaban miradas de terror.

Lo reconocí.

Había estado en el Consejo de la Ciudad. Aquel día, había mostrado esta misma expresión, y había ocurrido esa *cosa...* esa extraña avalancha de sensaciones que no debería ser capaz de sentir.

O que no sabía que *podía*.

Miré a la multitud de nuevo y detecté con facilidad a otros como él. Había al menos una docena, según pude ver.

Mis ojos volvieron con el hombre rubio, mientras recordaba lo que había sentido cuando había estado con Loren. Lo que había percibido en ella tenía más sentido ahora, dado lo que había pasado. Se había mostrado emocionada por la posibilidad de que el Señor Oscuro estuviese cerca, por preocupante que eso pudiera ser. Y tendría motivos para temer que yo pudiese decir algo. Puede que ese hombre no mostrara emociones en su rostro, pero si no había estado de acuerdo con lo que se le estaba haciendo a la familia Tulis, no sería ninguna sorpresa que hubiese sentido ira ahora.

Quizás fuesen todo imaginaciones mías. Tal vez le estuviese pasando algo a mi don. ¿Podía ser que estuviera evolucionando para poder sentir otras emociones además de dolor? No lo sabía y tendría que averiguarlo, pero ahora mismo, debía decir algo, solo por si acaso.

Giré la cabeza hacia la derecha, hacia Vikter.

—¿Lo ves? —susurré, y describí al hombre rubio.

—Sí. —Vikter se acercó más a mí.

—Hay otros como él. —Miré al público.

—Los veo —confirmó—. Estate atento, Hawke. Puede...

—¿Que haya problemas? —lo interrumpió Hawke—. Llevo veinte minutos vigilando al rubio. Se está abriendo paso poco a poco hacia la parte de delante. Hay otros tres que también han avanzado.

Arqueeé las cejas. Era extremadamente observador.

—¿Estamos a salvo? —preguntó Tawny, sin apartar la vista del gentío.

—Siempre —murmuró Hawke.

Asentí cuando los ojos de Tawny se cruzaron por un instante con los míos y esperé que eso la tranquilizara. Mi mano rozó mi muslo. La daga estaba envainada debajo de la túnica blanca que llegaba hasta el suelo. Tocar el mango de hueso ayudó a aliviar el pelín de pánico que aún perduraba en mi interior.

El duque seguía hipnotizando a la multitud con historias espantosas y truculentas. Yo mantuve los ojos fijos en el hombre rubio. Llevaba una capa oscura por encima de sus anchos hombros, debajo de la cual podía haber un montón de armas ocultas.

Eso lo sabía por experiencia propia.

—Pero hemos hablado con los dioses en vuestro nombre —resonó ahora la voz de la duquesa—. Les hemos dicho que la gente de Solis, sobre todo los habitantes de Masadonia, son personas decentes. No han perdido la esperanza en vosotros. Nos hemos asegurado de que así fuera.

Hubo un estallido de vítores y la actitud de la masa cambió de prisa, pero el hombre rubio siguió sin mostrar reacción alguna.

—Y honraremos su fe en la gente de Solis al no dar cobijo a aquellos que sospechéis que apoyan al Señor Oscuro, que no buscan nada más que destrucción y muerte —continuó—. Obtendréis una gran recompensa en esta vida y en la siguiente. Eso os lo podemos prometer.

Hubo otra ronda de vítores y entonces alguien gritó.

—¡Los honraremos durante el Rito!

—¡Así es! —gritó la duquesa, y se apartó de la barandilla—. ¿Qué mejor forma de mostrar a los dioses nuestra gratitud que celebrar el Rito?

Sus Excelencias dieron unos pasos atrás entonces, lado a lado en el balcón, casi tocándose aunque sin llegar a hacerlo. Levantaron las manos en lados opuestos del cuerpo y empezaron a agitarlas para saludar a la multitud...

—¡Mentiras! —gritó una voz entre el público. Era el hombre rubio—. *Mentirosos*. —El tiempo pareció detenerse. Todo el mundo se quedó paralizado—. ¡No hacéis nada para protegernos mientras os escondéis en vuestros castillos, detrás de vuestros guardias! ¡No hacéis nada más que robar niños en nombre de dioses falsos! —gritó—. ¿Dónde están los terceros y cuartos hijos e hijas? ¿Dónde están en realidad?

Entonces se produjo un sonido, una exclamación ahogada proveniente de todas partes a la vez, tanto de dentro como de fuera de mí.

La capa del hombre rubio se abrió cuando sacó la mano con brusquedad. Sonó un chillido, un grito de advertencia desde abajo. Un guardia a caballo se giró, pero no fue bastante rápido. El hombre rubio echó el brazo atrás y...

—¡Atrapadle! —gritó el comandante Jansen.

El hombre tiró algo. No era una daga ni una roca. Tenía una forma demasiado rara para ser eso. Cruzó el aire como una exhalación, directo hacia el duque de Masadonia, que se movió a la velocidad del rayo, una forma casi indistinguible. Vikter me empujó hacia atrás con el hombro. El brazo de Hawke se cerró en torno a mi cintura y tiró de mí contra él mientras el objeto pasaba volando por nuestro lado para estrellarse contra la pared. Cayó al suelo con un ruido sordo y bajé la vista hacia donde había quedado tirado.

Era... una mano.

Vikter se agachó y la recogió, la línea de su boca tensa.

—En el nombre de todos los dioses, ¿qué demonios? —masculló.

Porque no era solo una mano cualquiera. Era la grisácea mano con garras de un Demonio.

Miré al hombre rubio. Un guardia real lo tenía de rodillas, el brazo retorcido a la espalda, la boca manchada de sangre.

—De sangre y cenizas —gritó, aun cuando el guardia lo agarró de la parte de atrás de la cabeza—. ¡Resurgiremos! ¡De sangre y cenizas, resurgiremos!

—Una y otra vez gritó las mismas palabras, incluso mientras los guardias lo arrastraban entre la muchedumbre.

El duque se volvió hacia el gentío y se *rio*, el sonido frío y seco.

—Y así sin más, los dioses han destapado a uno de vosotros, ¿no es así?

Capítulo 19



Hawke se apresuró a llevarnos a Tawny y a mí de vuelta al interior del castillo, mientras Vikter iba a hablar con el comandante.

—¿Dónde diablos ha podido encontrar ese hombre una mano de Demonio? —preguntó Tawny, con la piel de alrededor de su boca tensa mientras caminábamos por delante del Gran Salón y por debajo de los estandartes.

—Puede que estuviera fuera del Adarve y se la cortara a uno de los que mataron anoche —contestó Hawke.

—Eso es... —Tawny se llevó una mano al pecho—. En realidad, no tengo palabras para eso.

Yo tampoco, pero el apéndice debía de proceder de un maldito que se había convertido dentro del Adarve. Aunque eso me lo guardé para mí misma mientras nos cruzábamos con varios sirvientes.

—No puedo creer que dijera lo que ha dicho sobre los niños. Lo de los terceros y cuartos hijos e hijas —comenté.

—Yo tampoco —convino Tawny.

Qué cosa más espantosa para decir. Esos niños, muchos de los cuales ya eran adultos, estaban en los templos, sirviendo a los dioses. Aunque no estaba de acuerdo con que no pudieran hacerse excepciones, insinuar que los estaban robando, como para algún propósito malvado, era un escándalo. Solo hacían falta unas pocas palabras dichas en voz alta para que actuaran como una plaga contagiosa e infectaran la mente de una persona. No quería ni imaginar lo que los padres de esos niños debían de estar pensando ahora.

—No me sorprendería que más gente pensara lo mismo —comentó Hawke, y tanto mi cabeza como la de Tawny giraron al instante en su

dirección. Caminaba a mi lado, solo un paso por detrás. Levantó las cejas—. Nadie ha vuelto a ver a esos niños jamás.

—Los ven los sacerdotes y las sacerdotisas. Y también los Ascendidos —lo corrigió Tawny.

—Pero no sus familias. —Los ojos de Hawke se pasearon por las estatuas mientras nos dirigíamos hacia las escaleras—. Tal vez si la gente pudiese ver a sus hijos de vez en cuando, ese tipo de ideas podrían rebatirse con facilidad. Aliviar los miedos.

Lo que decía tenía cierto sentido, pero...

—Nadie debería hacer ese tipo de afirmaciones sin pruebas —argumenté—. Todo lo que consiguen es provocar una preocupación y un pánico innecesarios. Un pánico que han creado los Descendentes y que luego aprovecharán en su beneficio.

—Estoy de acuerdo. —Hawke bajó la vista—. Mira por dónde pisas. No querría que continuaras con tu nueva costumbre, princesa.

—Tropezar una vez no es una costumbre —espeté—. Y si estás de acuerdo, ¿por qué dices que no te sorprendería que hubiese más gente que se sintiese del mismo modo?

—Porque estar de acuerdo no significa que no entienda por qué algunas personas creerían eso —contestó, y tuve que cerrar la boca—. Si a los Ascendidos les preocupa lo más mínimo que la gente se crea esas acusaciones, todo lo que tienen que hacer es permitir que esos niños sean vistos. No creo que eso pudiera interferir demasiado con su servidumbre a los dioses.

No.

Yo tampoco lo creía.

Eché una miradita a Tawny y vi cómo observaba a Hawke mientras caminábamos por el pasillo del primer piso de camino a la parte más vieja del castillo.

—¿Tú qué opinas? —le pregunté. Tawny parpadeó al mirarme.

—Creo que los dos estáis diciendo lo mismo.

Una medio sonrisa se formó en la cara de Hawke y yo no dije nada. Empezamos a subir las escaleras. Hawke se detuvo cerca de la puerta de Tawny.

—Si no te importa, necesito hablar con Penellaphe en privado un momento.

Arqueeé las cejas detrás del velo mientras Tawny nos lanzaba una mirada poco disimulada a uno y otro y las comisuras de sus labios se curvaban hacia

arriba. En cualquier caso, esperó a que yo le dijera si estaba bien o no.

—Está bien —le dije. Tawny asintió y abrió su puerta. Se detuvo el tiempo suficiente para decir:

—Si me necesitas, llámame. —Hizo una pausa—. *Princesa*.

Emití un gemido. Hawke se rio entre dientes.

—De verdad que me gusta.

—Estoy segura de que le encantaría oírlo.

—¿A ti te encantaría oír que de verdad me gustas? —me preguntó. Mi corazón dio un respingo, pero hice caso omiso de ese estúpido órgano.

—¿Te pondrías triste si dijera que no?

—Me sentiría devastado. —Solté una carcajada desdeñosa.

—Seguro que sí. —Llegamos a mi puerta—. ¿De qué querías hablar?

Hizo un gesto hacia la habitación, así que supuse que fuese lo que fuere lo que tenía que decirme, no quería que nadie lo oyera. Hice ademán de abrir la puerta...

—Debería entrar yo primero, princesa. —Pasó por delante de mí sin despeinarse.

—¿Por qué? —pregunté, frunciendo el ceño en dirección a su espalda—. ¿Crees que podría haber alguien esperándome?

—Si el Señor Oscuro vino a por ti una vez, vendrá a por ti de nuevo.

Un escalofrío bailó por mi columna mientras Hawke entraba en la habitación. Habían dejado dos lámparas de aceite encendidas al lado de la puerta y la cama, y habían añadido leña a la chimenea, por lo que la habitación estaba envuelta en un suave y cálido resplandor. No miré la cama demasiado tiempo, lo cual hizo que de algún modo acabara contemplando la ancha espalda de Hawke mientras él registraba la habitación. Las puntas de su pelo rozaban contra el cuello de su túnica, y los mechones parecían tan... suaves... No los había tocado aquella noche en la Perla Roja, pero ahora deseaba haberlo hecho.

Necesitaba ayuda.

—¿Puedo pasar? —pregunté, cruzando las manos—. ¿O debo esperar aquí fuera mientras inspeccionas debajo de la cama en busca de pelusas perdidas?

Hawke miró hacia atrás en mi dirección.

—No son las pelusas lo que me preocupa. Las pisadas, en cambio, sí.

—Oh, por todos los dioses...

—Y el Señor Oscuro seguirá viniendo hasta que obtenga lo que quiere —sentenció y miró hacia otro sitio. Me estremecí—. Tu habitación debería comprobarse siempre antes de que entres.

Crucé los brazos delante del pecho, congelada a pesar del fuego. Observé a Hawke completar su ronda en la puerta y cerrarla en silencio.

Se volvió hacia mí, una mano sobre la empuñadura de una espada corta, y el revoloteo de mi pecho se redobló. Su rostro era de una belleza asombrosa. Desde los carnosos labios de su ancha boca hasta la inclinación ascendente de sus cejas y las oscuras oquedades de debajo de sus altos y anchos pómulos, podía haber sido la musa de muchos cuadros que colgaban en el Ateneo de la ciudad.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Dio la impresión de que te pasaba algo cuando el duque se estaba dirigiendo a la gente.

Tomé nota mental de recordar lo observador que era Hawke.

—Estaba... —Había pensado decir que estaría bien, pero sabía que no me creería—. Me mareé un poco. Supongo que no he comido lo suficiente hoy.

Su intensa mirada recorrió lo que podía ver de mi cara e, incluso con el velo, me sentía insoportablemente expuesta cuando me miraba como lo hacía en ese momento.

—Odio esto.

—¿Qué odias? —pregunté, confusa. Hawke no respondió de inmediato.

—Odio hablarle al velo.

—Oh. —La comprensión onduló por mi interior. Levanté la mano y toqué la tela que ocultaba mi pelo—. Supongo que a la mayoría de la gente no le gusta.

—No puedo creer que a *ti* sí.

—No, no me gusta —admití. De inmediato miré a mi alrededor por la habitación, como si esperara que la sacerdotisa Analía estuviese escondida en alguna parte—. Quiero decir que preferiría que la gente pudiese verme.

—¿Cómo te sientes ahí dentro? —preguntó Hawke, con la cabeza ladeada.

El aire se me atascó en la garganta. Nadie... nadie me había preguntado eso jamás y, aunque tenía muchas opiniones y sentimientos acerca del velo, no estaba segura de cómo ponerlos en palabras, a pesar de que confiara en Hawke.

Algunas cosas, una vez dichas, cobraban vida propia.

Fui hasta una de las butacas y me senté en el borde mientras intentaba averiguar qué decir. Y de repente, mi cerebro pareció escupir la única cosa que me vino a la mente.

—Es asfixiante.

—Entonces, ¿por qué lo llevas? —preguntó Hawke, acercándose a mí.

—No me había dado cuenta de que tuviera elección. —Levanté la vista hacia él.

—Ahora tienes elección. —Se arrodilló delante de mí—. Estamos solos tú y yo, las paredes y un juego de muebles patético e inadecuado. —Mis labios se movieron solos, como para sonreír—. ¿Llevas el velo cuando estás con Tawny? —preguntó. Sacudí la cabeza para decir que no—. Entonces, ¿por qué lo llevas ahora?

—Porque... tengo permitido estar sin velo con ella.

—Me dijeron que se supone que debes llevarlo en todo momento, incluso con las personas que tienen permitido verte.

Tenía razón, por supuesto. Hawke arqueó una ceja. Suspiré.

—No llevo el velo cuando estoy en mi habitación y no espero que vaya a entrar nadie aparte de Tawny. Y no lo llevo porque me siento... más en control de la situación. Puedo...

—¿Elegir no ponértelo? —terminó por mí. Asentí, más que un poco asombrada, porque lo había clavado—. Ahora puedes elegir.

—Lo sé. —Sin embargo, era difícil explicar que el velo también servía de barrera. Con él puesto, recordaba lo que era y la importancia de ello. Sin él, bueno, era fácil querer... solo *querer*.

Sus ojos recorrieron el velo y pasó un momento largo. Entonces asintió y se levantó despacio.

—Estaré fuera si necesitas algo.

Se me formó un extraño nudo en la garganta, uno que me impidió hablar. Me quedé donde estaba mientras Hawke salía de la habitación. Contemplé la puerta cerrada una vez que se marchó. No me moví. No me quité el velo. Durante un buen rato.

No hasta que dejé de *querer*.



A la tarde siguiente, esperaba ante la sala de recepción de la duquesa en el primer piso. La del duque estaba en el extremo opuesto del pasillo así que me coloqué de espaldas porque no quería ni verla, no digamos ya pensar en ella.

Había dos guardias reales apostados a la puerta de la habitación de Jacinda mientras Vikter esperaba a mi lado. Esa mañana le había contado lo

que había sucedido en realidad cuando el duque y la duquesa se dirigieron a la multitud, y cómo no estaba segura de si de verdad había sentido algo o no. Vikter me había sugerido que hablara con la duquesa, puesto que era poco probable que la sacerdotisa fuese a darme alguna información útil, y la duquesa quizás hablara de manera más abierta, aunque dependía del humor que estuviese.

Recé por que estuviera habladora.

Ni Vikter ni yo hablamos en presencia de los otros guardias reales, pero sabía que estaba preocupado por lo que había compartido con él. Por lo que podría significar que mi don estuviese evolucionando, o que fuese algo en mi cabeza.

«Podría ser solo el estrés de todo lo que ha sucedido», había comentado. «Quizás sea mejor esperar a estar segura de que es tu don antes de alertar a nadie».

Sabía que Vikter estaba preocupado por que, si todo esto era cosa de mi cabeza, pudieran de algún modo usarlo en mi contra, pero yo no quería esperar a que volviera a pasar. Prefería saber ya si era cosa de mi don o no para poder reaccionar mejor.

La puerta se abrió y uno de los guardias reales salió por ella.

—Su Excelencia te verá ahora.

Vikter se quedó fuera, como estaba planeado, puesto que se suponía que solo el duque y la duquesa sabían de la existencia de mi don, y también el clero del templo.

Rompía tantas reglas que no era de sorprender que Hawke pareciera sorprendido cuando no quise quitarme el velo la noche anterior. Eso era lo que estaba pensando cuando entré en la sala de recepción. Archivé esos pensamientos mientras miraba a mi alrededor.

Siempre me había gustado esa sala, con sus paredes color marfil y sus muebles gris claro. Había algo pacífico en ella, y también era cálida y acogedora a pesar de no haber ventanas. Tenían que ser todas esas centelleantes lámparas de araña. Mis ojos encontraron a la duquesa sentada ante una mesita circular, donde bebía de una pequeña taza. Vestida del más pálido de los amarillos, me recordó a la primavera en la capital.

Levantó la vista, una leve sonrisa en su rostro atemporal.

—Ven. Toma asiento.

Fui hasta ella y me senté en la silla de enfrente. Me fijé en el plato de pastas. Solo quedaban las que tenían nueces. Era probable que los pastelitos

de chocolate hubiesen sido los primeros en ser devorados. La duquesa compartía la misma debilidad que Vikter.

—¿Querías hablar conmigo? —Depositó la delicada taza floreada en su platito a juego. Asentí.

—Sé que está muy ocupada, pero esperaba que pudiera ayudarme con algo.

Ladeó la cabeza y una sedosa mata de ondas de tono castaño rojizo se derramó sobre su hombro.

—He de admitir que me pica la curiosidad. No recuerdo la última vez que acudiste a mí en busca de ayuda.

Yo sí. Fue cuando pedí que me asignaran habitaciones en la parte vieja del castillo, algo que estaba segura de que ella todavía no entendía del todo.

—Quería hablarle... —Respiré hondo—. Quería hablarle de mi don.

Sus ojos negros como el carbón se abrieron de manera casi imperceptible.

—No esperaba que eso fuese un tema de conversación. ¿Alguien ha descubierto tu don?

—No, Excelencia. Eso no es lo que ha pasado en absoluto.

Tomó la servilleta de su regazo y se limpió los dedos.

—Bueno, pues cuéntamelo. Por favor, no me tengas en ascuas.

—Creo que le está pasando algo —le dije—. Ha habido unas cuantas situaciones en las que... creo que he sentido algo más aparte de dolor.

Despacio, la duquesa dejó la servilleta en la mesa.

—¿Estabas usando tu don? Sabes que los dioses te han prohibido hacerlo. No debes utilizarlo hasta que te encuentren digna de él.

—Lo sé. No lo he usado. —La mentira salió con facilidad. Quizás con demasiada facilidad—. Pero a veces, simplemente ocurre. Cuando estoy con mucha gente, me cuesta controlarlo.

—¿Has hablado de esto con la sacerdotisa?

Por todos los dioses, no.

—No ocurre a menudo, lo juro. Y solo me ha pasado en los últimos días. Redoblaré mis esfuerzos por controlarlo, pero cuando sucedió antes, creo... creo que noté algo más, aparte del dolor.

La duquesa me miró, sin parpadear, durante lo que me pareció una pequeña eternidad. Entonces se levantó de su asiento. Un poco nerviosa, la observé ir hacia el armarito blanco pegado a la pared.

—¿Qué crees que sentiste?

—Ira —contesté—. Durante el Consejo de la Ciudad y ayer por la noche, sentí ira. —No le diría nada de Loren. No querría hacerle algo así—. Fue el

hombre que...

—¿El Descendente?

—Sí. Al menos, eso creo —precisé—. Creo que percibí su ira.

La duquesa sirvió una bebida de un decantador.

—¿Has sentido algo más que te haya podido parecer anormal?

—Creo... que también he sentido miedo. Cuando el duque hablaba del ataque de los Demonios. El terror es muy parecido al dolor, pero transmite una sensación diferente y creí sentir algo como... no sé. ¿Emoción? ¿O anticipación? —Fruncí el ceño—. Esas dos cosas son más o menos lo mismo, supongo. En cierto modo, al...

—¿Sientes algo ahora? —Se volvió hacia mí, con un vaso de lo que supuse que quizás fuera jerez en la mano. Parpadeé desde detrás del velo.

—¿Quiere que use mi don con usted? —La duquesa asintió—. Creí que...

—No importa lo que hayas creído —me interrumpió. Me puse tensa—. Quiero que uses tu don ahora y me digas qué sientes, si es que sientes algo.

A pesar de encontrar su petición más que extraña, hice lo que me pedía. Abrí mis sentidos y noté cómo la cuerda se tendía entre nosotras y... y conectaba con *nada* excepto una inmensa vaciedad. Un escalofrío recorrió mi piel.

—¿Notas algo, Penellaphe?

Cerré la conexión y negué con la cabeza.

—No siento nada, Excelencia.

La duquesa soltó el aire de golpe por la nariz y luego se bebió su copa de un impresionante trago.

Abrí los ojos como platos mientras mi mente procesaba su reacción a toda velocidad. Era casi como si... esperara que sintiera algo de ella, aunque jamás había podido. No creía que *fuera* a poder jamás.

—Bien —murmuró. Sus faldas se enroscaron en torno a sus tobillos cuando se giró hacia el armario. Dejó el vaso.

—Me preguntaba si de verdad estaba sintiendo algo o... —Me callé cuando se volvió hacia mí.

—Creo que tu don está... madurando —dijo. Se acercó a mí. La brillante luz en lo alto centelleó sobre el anillo de obsidiana que llevaba en el dedo cuando agarró el respaldo de la silla—. Tiene sentido que ocurra a medida que te aproximas a tu Ascensión.

—O sea que... ¿es normal?

Chasqueó la lengua contra el velo del paladar. Por un instante dio la impresión de que iba a decir algo, pero entonces cambió de opinión.

—Sí, eso creo, pero... no le diría nada a Su Excelencia al respecto.

La tensión se apoderó de mis hombros ante la advertencia apenas velada. Nunca estaba segura de si la duquesa conocía las... predilecciones de su marido. No podía imaginar cómo podía ignorarlas por completo, pero había una parte de mí que deseaba que así fuera. Porque si lo sabía y no hacía nada por impedirlo, ¿no la ponía eso al mismo nivel? Aunque, en realidad, ni siquiera sabía si estaba siendo justa con ella. Solo porque fuese una Ascendida no quería decir que tuviese algún poder sobre su marido.

—Eso le... recordaría a la primera Doncella —susurró.

Sorprendida, levanté la vista hacia ella. No había esperado que sacara el tema de la primera Doncella, la anterior a mí. La única otra Doncella que conocía.

—¿Esto... le ocurrió también a la Doncella anterior?

—Así es. —Sus nudillos empezaron a ponerse blancos y yo asentí. Solo había habido dos Doncellas elegidas por los dioses—. ¿Qué sabes de la primera Doncella?

—Nada —admití—. No sé su nombre y ni siquiera cuándo vivió. —Ni lo que le sucedió tras su Ascensión. Ni por qué importaba si el desarrollo de mi don se la recordaba o no al duque.

—Hay una razón para ello. —¿Ah, sí? La sacerdotisa Analia jamás me había dicho nada al respecto. Hacía caso omiso de mis preguntas sobre ella o sobre mi Ascensión—. No hablamos de la primera Doncella, Penellaphe —continuó—. No es solo que elijamos no hacerlo. Es que no podemos.

—¿Los dioses... lo prohíben? —sospeché. La duquesa asintió y sus ojos parecieron penetrar en mi velo.

—Voy a romper esa regla, solo por esta vez, y rezo por que los dioses me perdonen. Pero te voy a decir esto con la esperanza de que tu futuro no acabe del mismo modo que el de la primera Doncella. —Empezaba a tener un palpito muy malo de hacia dónde iba esto—. No hablamos de ella. Nunca. Su nombre es indigno de nuestros labios y del mero aire que respiramos. Si fuese posible, haría que su nombre y su historia fueran eliminados por completo.

La silla crujió bajo la mano de la duquesa de Teerman. El ruido me sobresaltó y casi se me para el corazón en el pecho.

—¿Los... los dioses la encontraron indigna?

—Por algún pequeño milagro, no fue así, pero eso no significa que fuera digna. —Si no la habían encontrado indigna, ¿por qué no se hablaba de ella nunca? No podía haber sido *tan* mala, si no la encontraron indigna—. Al final, su dignidad no importó. —La duquesa de Teerman levantó los dedos.

La silla estaba mellada, astillada—. Sus acciones la pusieron en un camino que acabó con su muerte. La mató el Señor Oscuro.

Capítulo 20



—«Después de años de destrucción que había diezmado ciudades enteras, dejando el campo y los pueblos destrozados y terminando con cientos de miles de vidas, el mundo estaba al borde del caos cuando, la víspera de la Batalla de los Huesos Rotos, Jalara Solis de las Islas Vodina reunió sus fuerzas a las puertas de la ciudad de Pompay, el último bastión atlantiano». — Me aclaré la garganta, muy incómoda. No solo era esa la oración más larga de la historia del hombre, sino que siempre odiaba leer en voz alta, y aún más cuando tenía a Hawke de espectador. No lo había mirado ni una sola vez desde que había empezado a leer, pero aun así, estaba casi convencida de que hacía todo lo que estaba en su mano por permanecer alerta y no aburrirse tanto como para dormirse de pie—. «Que se asentaba al pie de las montañas Skotos...».

—Skotos —interrumpió la sacerdotisa Analia—. Se pronuncia *Skotis*. Sabes cómo se pronuncia, Doncella. Hazlo bien.

Apreté los dedos sobre la cubierta de cuero. *La historia de la Guerra de los Dos Reyes y el reino de Solis* tenía más de mil páginas y, todas las semanas, me obligaban a leer varios capítulos durante mis sesiones con la sacerdotisa. Lo más probable era que hubiese leído el tomo entero en voz alta más de una docena de veces, y hubiese jurado que, cada vez, la sacerdotisa cambiaba la forma en que se pronunciaba *Skotos*.

No lo dije. En lugar de eso, respiré hondo e intenté ignorar el casi irreprimible deseo de tirarle el libro a la cara. Algo de daño haría. Era muy probable que le rompiera la nariz. La imagen de la sacerdotisa con las manos sobre el rostro ensangrentado me produjo una inquietante cantidad de placer.

Reprimí un bostezo mientras me concentraba en el texto. Había pasado la mayor parte de la noche despierta, pensando en lo que me había dicho la duquesa, así que había dormido poco.

Y como le había dicho a Vikter, había obtenido pocas respuestas. Aunque había sido un alivio saber que lo que estaba ocurriendo no era culpa de que mi mente estuviese conjurando cosas raras. Mis habilidades estaban madurando, significara lo que significare. La duquesa no había querido hablar más del tema. Así que, aunque sabía que lo que pasaba era algo normal, también me había enterado de que la Doncella había hecho algo que había propiciado su interacción con el Señor Oscuro, que la había matado.

Eso no es que fuese demasiado tranquilizador, la verdad.

Tampoco lo era la idea de que la primera Doncella estuviera conectada al duque de algún modo. ¿Sería por eso que me trataba como lo hacía? A lo mejor no tenía nada que ver con mi madre, después de todo.

Aspiré una temblorosa bocanada de aire.

—«Que se asentaba al pie de las montañas Skotis...».

—En realidad, se pronuncia *Skotos* —llegó la interrupción desde el rincón de la habitación.

Abrí los ojos como platos detrás del velo y miré a Hawke. Su rostro, desprovisto de expresión alguna. Miré de reojo a la sacerdotisa, que estaba sentada frente a mí en una banqueta de madera tan dura como la mía.

No tenía ni idea de cuántos años tenía la sacerdotisa. No llevaba maquillaje, tampoco tenía arrugas, pero calculaba que quizás estaría al final de su tercera década de vida. No había hebras grises en su pelo castaño, recogido en un tenso moño bajo. Su peinado hacía que su cara me recordase a los halcones que a veces veía posados en los lugares más altos de los Jardines de la Reina. Una informe túnica roja la cubría desde justo debajo del cuello hasta los pies y solo dejaba sus manos a la vista.

Jamás la había visto sonreír.

Y desde luego que no sonreía ahora que había girado la cabeza para mirar a Hawke.

—¿Y tú cómo lo sabes? —Su tono rezumaba desdén, como si fuese ácido.

—Mi familia es originaria de las tierras de labor cercanas a Pompay, antes de que la zona fuese destruida y se convirtiera en las Tierras Baldías que conocemos hoy en día —explicó—. Mi familia y otros de la zona siempre han pronunciado el nombre de esa cordillera como lo dijo la Doncella la primera vez. —Hizo una pausa—. El idioma y el acento de los oriundos del lejano

oeste puede ser difícil... de dominar. La Doncella, sin embargo, no parece caer en ese grupo.

Estaba segura de que mis ojos estaban a punto de salirse de sus órbitas en respuesta al evidente insulto. Me mordí el labio para evitar sonreír.

Los hombros de la sacerdotisa Analia, ya tiesos de por sí, se echaron hacia atrás mientras miraba a Hawke furibunda. Casi podía ver el humo saliendo por sus orejas.

—No sabía que hubiese pedido tu opinión —escupió, su tono tan fulminante como su mirada.

—Mis disculpas. —Hawke inclinó la cabeza en sumisión, pero fue un intento muy poco exitoso, pues sus ojos ambarinos prácticamente bailaban de la diversión. La sacerdotisa asintió.

—Disculpas...

—Era solo que no quería que la Doncella sonara ignorante si en algún momento surgiera una conversación sobre las montañas Skotos —insistió. Oh, por todos los dioses—. Pero permaneceré en silencio de ahora en adelante —continuó Hawke—. Por favor, continúa, Doncella. Tienes una voz tan bonita cuando lees en alto que incluso yo me siento cautivado por la historia de Solis.

Me entraron ganas de reír. Se acumulaban en mi garganta y amenazaban con liberarse de golpe, pero no podía permitírmelo. Aflojé un poco las manos sobre los bordes del libro.

—«Que se asentaba al pie de las montañas Skotos, los dioses por fin habían elegido un bando». —Cuando la sacerdotisa no dijo nada, continué—. «Nyktos, el rey de los dioses, y su hijo Theon, el dios de la guerra, se aparecieron ante Jalara y su ejército. Los dioses habían perdido la confianza en los atlantianos y su antinatural sed de sangre y poder, por lo que buscaban ahora ayudar a terminar con la crueldad y la opresión que habían asolado estas tierras bajo el yugo de Atlantia». —Tomé aire—. «Jalara Solis y su ejército eran valientes, pero Nyktos, en su sabiduría, vio que no podían derrotar a los atlantianos, que habían adquirido una fuerza similar a la de un dios con la sangría de personas inocentes...».

—Mataron a cientos de miles durante su reinado. Sangría es una descripción suave de lo que hicieron en realidad. *Mordían* a la gente —especificó la sacerdotisa Analia y, cuando levanté la vista hacia ella, vi un extraño brillo en sus ojos castaños oscuros—. Bebían su sangre y se emborrachaban de poder... de fuerza y de algo cercano a la inmortalidad. Y los que no morían, se convertían en la pestilencia que conocemos hoy en día

como los Demonios. Nuestros amados reyes plantaron cara con valentía a esos monstruos y estuvieron dispuestos a morir para derrocarlos. —Asentí. Se le estaban poniendo los dedos rosas de lo fuerte que apretaba los puños, aun apoyados en el regazo—. Continúa. —No me atreví a mirar a Hawke.

—«Puesto que no quería ver fracasar a Jalara de las Islas Vodina, Nyktos impartió la primera Bendición de los dioses, en la que compartió con Jalara y su ejército la sangre de los dioses». —Me estremecí. Ese también era un término suave para beber la sangre de los dioses—. «Alentados por la fuerza y el poder, Jalara de las Islas Vodina y su ejército pudieron derrotar a los atlantianos en la Batalla de los Huesos Rotos, mediante la cual pusieron fin a ese reino corrupto y miserable».

Empecé a pasar la página. Sabía que el siguiente capítulo hablaba de la Ascensión de la reina y la construcción del primer Adarve.

—¿Por qué? —preguntó la sacerdotisa. Confusa, la miré.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué acabas de estremecerte cuando has leído la parte sobre la Bendición?

No me había dado cuenta de que mi reacción había sido tan evidente.

—Yo... —No sabía qué decir que no irritara a la sacerdotisa y la impulsase a ir corriendo a contárselo al duque.

—Parecías perturbada —señaló, su tono un poco más suave. Sabía bien que no debía fiarme de eso—. ¿Qué tiene la Bendición que pueda afectarte tanto?

—No estoy perturbada. La Bendición es un honor...

—Pero te estremeciste —insistió—. A menos que encuentres el acto de la Bendición placentero, ¿no debería asumir que te perturba?

¿Placentero? Me puse roja como un tomate y agradecí llevar el velo.

—Es solo que... la Bendición parece ser parecida a la forma en que los atlantianos se volvieron tan poderosos. Ellos bebían la sangre de los inocentes y los Ascendidos beben la sangre de los dioses...

—¿Cómo te atreves a comparar la Ascensión con lo que han hecho los atlantianos? —La sacerdotisa se movió a toda velocidad. Se inclinó hacia delante y me agarró la barbilla entre los dedos—. No es lo mismo. A lo mejor es que te has aficionado a la vara y buscas a propósito decepcionarme no solo a mí sino también al duque.

En el instante en que su piel tocó la mía, cerré mis sentidos a cal y canto. No quería saber si la mujer sentía dolor ni ninguna otra cosa.

—No he dicho que lo fuera —me defendí. Vi a Hawke dar un paso al frente y tragué saliva—. Solo que me recordaba a...

—El hecho de que incluyas esas dos cosas en el mismo pensamiento me preocupa mucho, Doncella. Los atlantianos tomaron algo que no les habían dado. Durante la Ascensión, los dioses ofrecen su sangre libremente. —Sus dedos se apretaron, rayando en un agarre doloroso. Mi don se estiró contra mi piel, casi como si quisiera que lo utilizara—. Esto no es algo que debería de tener que explicarle al futuro del reino, al legado de los Ascendidos.

Desde que tenía uso de razón, todo el mundo decía eso, incluso Vikter, y me ponía de los nervios y pesaba como una losa sobre mis hombros.

—¿El futuro de todo el reino reside en el hecho de que me entreguen a los dioses en mi cumpleaños número diecinueve? —Los labios de la sacerdotisa, ya finos de por sí, se volvieron casi inexistentes—. ¿Qué pasaría si no Ascendiera? —pregunté, pensando en la primera Doncella. No había sonado como que ella hubiese Ascendido y todo el mundo seguía aquí—. ¿Cómo impediría eso que los demás Ascendieran? ¿Se negarían los dioses a entregar su sangre con tanta libertad...?

Contuve el aire de pronto cuando la sacerdotisa echó la mano atrás. No sería la primera vez que me diera una bofetada, pero esta vez, el doloroso impacto no llegó.

Hawke se había movido tan deprisa que ni siquiera lo había visto salir del rincón. Ahora, sin embargo, sujetaba la muñeca de la sacerdotisa en su mano cerrada.

—Retire los dedos de la barbilla de la Doncella. Ahora.

Los ojos de la sacerdotisa Analia se habían abierto de par en par mientras levantaba la vista hacia Hawke.

—¿Cómo te atreves a tocarme?

—¿Cómo se atreve usted a poner un solo dedo sobre la Doncella? —Apretó la mandíbula mientras fulminaba a la mujer con la mirada—. Tal vez no me haya expresado con la suficiente claridad. Retire la mano de la Doncella, o asumiré que intenta hacerle daño y tendré que actuar en consecuencia. Y le puedo asegurar que el hecho de que yo la toque será la menor de sus preocupaciones.

Podría haber dejado de respirar mientras los observaba. Nadie había intervenido jamás durante una de las invectivas de la sacerdotisa. Tawny no podía. De haberlo hecho, se enfrentaría a algo mucho peor, así que nunca lo esperaría de ella ni lo querría. Rylan había mirado hacia otro lado a menudo, igual que Hannes. Ni siquiera Vikter había sido nunca tan descarado. Él solía

encontrar una manera de interrumpir, de evitar que la situación empeorara, pero me habían dado más de una bofetada en su presencia y no había habido nada que él pudiese hacer.

Pero ahí estaba Hawke ahora. Se había interpuesto entre nosotros, claramente dispuesto a cumplir su amenaza. Y aunque sabía que lo más probable era que tendría que pagar por esto más tarde, igual que él, tenía unas ganas inmensas de levantarme de un salto y abrazarlo. No porque me hubiera protegido; de hecho, había recibido golpes más fuertes de ramas sueltas paseando por la Arboleda de los Deseos. Había una razón mucho más superficial. Ver cómo se esfumaba la habitual petulancia de la sacerdotisa bajo el peso de la sorpresa y ser testigo de la forma en que su boca colgaba laxa y sus mejillas se coloreaban de rojo fue casi tan satisfactorio como tirarle el libro a la cara.

Temblando de rabia, soltó mi barbilla y se echó hacia atrás. Hawke soltó su muñeca pero se quedó ahí de pie. El pecho de la sacerdotisa subía y bajaba debajo de la túnica mientras apoyaba ambas manos planas sobre sus piernas. Giró la cabeza hacia mí.

—El mero hecho de que menciones siquiera algo así demuestra que no tienes ningún respeto por el honor que se te ha conferido. Aunque cuando acudas a los dioses, te tratarán con el mismo respeto que has mostrado hoy aquí.

—¿Y eso qué significa? —pregunté.

—Esta sesión ha terminado —fue toda su respuesta. Se levantó de su asiento—. Tengo demasiadas cosas que hacer. Solo quedan dos días para el Rito y no tengo tiempo que malgastar con alguien tan indigno como tú.

Vi a Hawke entornar los ojos, así que me levanté, dejé el libro en la banqueta y hablé antes de que pudiera hacerlo él.

—Estoy lista para regresar a mis aposentos —le dije. Luego asentí en dirección a la sacerdotisa—. Buen día.

La sacerdotisa no respondió, así que me encaminé hacia la puerta, aliviada de ver que Hawke echaba a andar detrás de mí. Esperé a estar a mitad del salón de banquetes antes de hablar.

—No debiste hacer eso —le dije.

—¿Debí dejar que te pegara? ¿En qué mundo hubiese sido aceptable algo así?

—En un mundo en el que acabas castigado por algo que ni siquiera hubiese dolido.

—No me importa si pega como un ratoncito, este mundo está jodido si alguien encuentra que eso es aceptable.

Abrí los ojos como platos y me paré para mirarlo. Sus ojos parecían esquiras de ámbar, su mandíbula igual de dura.

—¿Merece la pena perder tu puesto y ser condenado al ostracismo por ello?

—Si tienes que hacer esa pregunta —masculló, sus ojos echaban chispas—, entonces es que no me conoces en absoluto.

—Es que apenas te conozco —susurré, irritada por el escozor que me habían dejado sus palabras.

—Bueno, pues ahora sabes que jamás me quedaré a un lado mientras alguien te pega, a ti o a otra persona, sin ningún motivo aparte de que crea que puede —replicó, indignado.

Empecé a decirle que estaba siendo ridículo y no quería ver la realidad, pero no estaba siendo ridículo. Este mundo en el que vivíamos *era* un desastre y los dioses sabían que no era la primera vez que lo pensaba. Aunque jamás lo había visto con semejante claridad.

En silencio, di media vuelta y retomé mi camino. Hawke se puso justo a mi lado. Pasaron varios segundos.

—No es que esté conforme con cómo me trata. Me había costado un mundo no tirarle el libro a la cabeza.

—Ojalá lo hubieras hecho. —Casi me echo a reír.

—Si lo hubiese hecho, habría informado de ello. Supongo que presentará un informe sobre ti.

—¿Al duque? Que lo haga. —Se encogió de hombros—. No creo que el duque esté de acuerdo con que ella te pegue.

—No conoces al duque —le dije, con un bufido de desdén.

—¿Qué quieres decir?

—Que lo más probable es que aplaudiera —comenté—. Comparten una falta de control cuando de su temperamento se trata.

—El duque te ha pegado —afirmó Hawke—. ¿Eso es lo que quiso decir esa arpía cuando comentó que te habías aficionado a la vara? —Me agarró del brazo y me obligó a girarme hacia él—. ¿Te ha pegado con una vara?

La incredulidad y la ira llenaron esos ojos dorados y me provocaron un escalofrío de desasosiego. Oh, por todos los dioses. Al darme cuenta de lo que acababa de admitir, sentí cómo toda la sangre abandonaba mi cara y luego volvía a anegarla a toda velocidad. Tiré de mi brazo y Hawke me soltó.

—Yo no he dicho eso.

Hawke tenía la vista clavada al frente, la mandíbula apretada.

—¿Qué estabas diciendo?

—So... solo que es más probable que el duque te castigue a ti que a la sacerdotisa. No tengo ni idea de a qué se refería con lo de la vara —continué, las palabras atropelladas—. A veces dice cosas que no tienen ningún sentido.

Hawke bajó la vista hacia mí, sus pestañas se entrecerraron.

—Entonces, debo de haber malinterpretado lo que has dicho. —Asentí, aliviada.

—Sí. Además, no quiero que te metas en un lío.

—¿Y qué pasará contigo?

—Estaré bien —me apresuré a decir, y empecé a caminar de nuevo, consciente de las miradas furtivas de los sirvientes con los que nos cruzábamos—. El duque solo... me soltará un sermón, lo convertirá en una lección, pero tú...

—Yo nada —me cortó, tajante, aunque yo no estaba tan segura—. ¿La sacerdotisa siempre se porta así?

—Sí —confirmé con un suspiro.

—Parece una... —Hizo una pausa y lo miré de reojo. Tenía los labios fruncidos—. Una zorra. No es algo que diga a menudo, pero lo digo ahora. Con orgullo.

Casi me atraganto con mi propia risa. Tuve que apartar la mirada.

—Sí... es algo así. Y siempre se muestra decepcionada por mi... compromiso en cuanto a lo de ser la Doncella.

—Exactamente, ¿cómo se supone que debes demostrar que lo eres? —preguntó—. Mejor aún, ¿con qué se supone que estás comprometida?

En ese momento, casi me abalanzo sobre él y le doy un gran abrazo. No lo hice porque sería sumamente inapropiado. En vez de eso, le dediqué un comedido gesto afirmativo.

—No estoy del todo segura. Tampoco es como si estuviera intentando huir o escapar de mi Ascensión.

—¿Lo harías?

—Curiosa pregunta —musité, mi corazón todavía acelerado por lo que casi había revelado.

—Lo decía en serio.

Mi corazón dio una sacudida dentro de mi pecho. Me detuve en el estrecho pasillo y me acerqué a una de las ventanas que daba al patio. Levanté la vista hacia Hawke y todo lo que vi en él indicaba que era, de hecho, una pregunta genuina.

—No puedo creer que me preguntes eso.

—¿Por qué? —Se detuvo detrás de mí.

—Porque no podría hacerlo —le dije—. No lo haría.

—Me da la impresión de que este *honor* que te ha sido concedido viene con muy pocos beneficios. No se te permite mostrar el rostro, ni viajar a ninguna parte fuera del recinto del castillo. Ni siquiera parecías sorprendida cuando la sacerdotisa hizo ademán de pegarte. Eso me lleva a creer que es algo bastante habitual —comentó, sus cejas como cortes oscuros por encima de sus ojos—. No se te permite hablar con casi nadie y la gente tiene prohibido dirigirse a ti. Pasas la mayor parte del día encerrada en tu habitación, con tu libertad coartada. Todos los derechos que tienen los demás son privilegios para ti, recompensas que parece imposible que puedas ganar.

Abrí la boca, pero no supe qué decir. Acababa de destacar todo lo que no tenía y lo había dejado dolorosamente claro. Aparté la mirada.

—Así que no me sorprendería si de verdad trataras de huir de este *honor* —concluyó.

—¿Me lo impedirías si lo intentara? —pregunté.

—¿Lo haría Vikter?

Fruncí el ceño. Ni siquiera estaba segura de querer saber por qué me preguntaba eso, pero contesté con sinceridad de todos modos.

—Sé que Vikter se preocupa por mí. Es como... es como supongo que hubiese sido mi padre si siguiese con vida. Y yo soy como la hija de Vikter, que jamás consiguió respirar una bocanada de aire. Pero él sí me lo impediría. —Hawke no dijo nada—. Entonces, ¿lo harías tú? —repetí.

—Creo que sentiría demasiada curiosidad por saber cómo planeabas escapar para impedírtelo.

Tosí una risa corta.

—¿Sabes? Eso me lo creo.

—¿Informará sobre ti al duque? —preguntó Hawke después de un momento. Sentí una insistente presión en el pecho al mirarlo; él miraba por la ventana.

—¿Por qué lo preguntas?

—¿Lo hará? —insistió.

—Es probable que no —mentí, con demasiada facilidad. Lo más seguro era que la sacerdotisa hubiese ido directa a ver al duque—. Está demasiado ocupada con el Rito. Todo el mundo lo está. —Igual que el duque, así que a lo mejor tenía suerte y pasaban unos días entre ahora y el momento en que, inevitablemente, me hiciera llamar. Con suerte, eso también significaría que

Hawke quizás se librara. Si lo retiraran de su puesto, era poco probable que volviera a verlo en la vida.

La tristeza que esa idea me produjo indicó que hacía tiempo que era hora de cambiar de tema.

—Jamás he asistido a un Rito.

—¿Y nunca te has colado en uno?

—Me ofende que sugieras siquiera algo así —dije, con cara de inocente. Hawke se rio entre dientes.

—Qué raro que se me ocurriera que tú, que tienes un largo historial de desobediencias, pudieses hacer tal cosa. —Sonreí—. Para ser sincero, no te has perdido gran cosa. Se habla mucho, todo el mundo llora y se bebe demasiado. —Deslizó los ojos hacia los míos—. Es después del Rito cuando las cosas pueden ponerse... interesantes. Ya sabes.

—No, no lo sé —le recordé, aunque tenía alguna idea de lo que hablaba. Tawny me había contado que una vez que se completaba el Rito y las institutrices y los secretarios se llevaban a los nuevos lores y damas en espera, y los sacerdotes se marchaban con los terceros hijos e hijas, la celebración cambiaba. Se volvía más... frenética y salvaje. O al menos eso es lo que había interpretado del relato de Tawny. Aunque parecía muy extraño imaginar a los Ascendidos involucrados en algo semejante. Eran siempre tan... fríos.

—Pero sí sabes lo fácil que es ser tú misma cuando llevas una máscara. —Su voz sonó grave y no había apartado los ojos de los míos—. Cómo cualquier cosa que quieras se vuelve factible cuando puedes fingir que nadie sabe quién eres.

Un intenso calor subió por mis mejillas. Sí, lo sabía bien, y qué *amable* era él al recordármelo.

—No deberías sacar ese tema.

—No hay nadie cerca para oírnos —comentó, tras ladear la cabeza.

—No importa. No... no deberíamos hablar de eso.

—¿Nunca?

Empecé a decir que sí, pero algo me lo impidió. Aparté la mirada. Al otro lado de la ventana, las budelias moradas ondeaban con suavidad bajo la brisa. Hawke se quedó callado unos instantes.

—¿Quieres regresar a tus aposentos? —preguntó al fin. Sacudí la cabeza.

—No especialmente.

—¿Preferirías salir?

—¿Crees que sería seguro?

—Entre tú y yo, creo que sí.

Las comisuras de mis labios se curvaron hacia arriba. Me gustó que me hubiera incluido en su comentario, reconociendo que podía defenderme sola.

—Antes me encantaba el jardín. Era el único sitio donde, no sé, mi cabeza estaba tranquila y podía limitarme a ser. No pensaba ni me preocupaba... por nada. Lo encontraba muy pacífico.

—Pero ¿ya no?

—No —susurré—. Ya no. Es raro cómo nadie habla de Rylan o de Malessa. Es casi como si no hubiesen existido nunca.

—A veces, recordar a los que han muerto significa tener que enfrentarte a tu propia mortalidad —comentó.

—¿Crees que a los Ascendidos les incomoda la idea de la muerte?

—Incluso a ellos, sí —respondió—. Tal vez sean como dioses, pero se los puede matar. Pueden morir.

Ninguno de los dos habló durante varios minutos. Unos cuantos sirvientes y otras personas pasaron por detrás de nosotros. Varias damas en espera se habían detenido y fingían contemplar el jardín mientras charlaban sobre el Rito, pero yo sabía que rondaban cerca de donde estábamos no debido a las preciosas flores ni a la exuberante vegetación, y tampoco por lo raro que era verme a mí, sino a causa del apuesto hombre que estaba a mi lado. Él no parecía darse ni cuenta y, aunque mantuve la vista al frente, aún notaba su mirada sobre mí cada par de segundos. Al cabo de un rato, una de las institutrices apareció para espantar a las damas y nos quedamos solos una vez más.

—¿Estás nerviosa por asistir al Rito?

—Curiosa, más bien —reconocí. Ya solo quedaban dos días.

—Yo siento curiosidad por verte a ti.

Entreabrí los labios al ahogar una suave exclamación. No me atreví a mirarlo. Si lo hacía, temía que haría algo de una estupidez increíble. Algo que la primera Doncella quizás hubiese hecho y que había propiciado que la duquesa sintiese que era indigna.

—Irás sin velo.

—Sí. —Tampoco tendría que ir vestida de blanco. Sería casi como ir a la Perla Roja, porque podría mezclarme con la gente y nadie sabría quién era... *qué era*—. Pero llevaré antifaz.

—Prefiero esa versión de ti —señaló.

—¿La versión enmascarada de mí misma? —pregunté. Supuse que estaba pensando en el tiempo que estuvimos juntos en la Perla Roja.

—¿Quieres que sea sincero? —Su voz sonaba más cercana y cuando respiré hondo otra vez, el aroma a cuero y pino me envolvió—. Prefiero la versión de ti que no lleva antifaz ni velo.

Abrí la boca, pero como empezaba a ser costumbre en lo tocante a Hawke, no supe qué decir. Me daba la sensación de que debía desalentar ese tipo de declaraciones, pero las palabras se negaban a salir a la superficie, igual que habían hecho antes. Así que hice lo único que se me ocurrió: cambié de tema.

—Antes has dicho que tu padre era granjero. —Me aclaré la garganta—. ¿Tienes hermanos? ¿Algún lord en espera en la familia? ¿Una hermana? O... —Seguí parlotando—. En mi caso, solo está Ian. Quiero decir, solo tengo un hermano. Estoy impaciente por verlo otra vez. Lo echo de menos.

Hawke se quedó callado tanto tiempo que tuve que mirar para asegurarme de que seguía ahí y seguía respirando. Así era. Ambas cosas. Bajó la vista hacia mí, sus ojos ambarinos fríos de pronto.

—Tenía un hermano.

—¿Tenías? —Mis sentidos se estiraron y ni siquiera tuve la oportunidad de controlarlos. Me abrí a él y bloqueé las piernas para impedirme dar un paso atrás. No sentí nada raro, pero sí sentí la aflicción de Hawke, el gélido dolor que golpeó mi piel. Era más agudo. De ahí es de donde provenía su dolor.

Había perdido a un hermano.

Reaccioné sin plantearme lo que pensaría él y sin tener en cuenta que no estábamos solos. Fue un impulso irreprimible, como si mi propio don me dominase.

Toqué su mano con la mía y le di un apretoncito con la esperanza de que pareciese un gesto de compasión.

—Lo siento —dije, y pensé en playas cálidas y aire salado. Esos pensamientos cambiaron enseguida a cómo me había sentido cuando Hawke me había besado.

Las tensas líneas del rostro de Hawke se suavizaron mientras miraba por la ventana. Parpadeó, no una vez, sino dos.

Separé mis dedos de los suyos y crucé las manos, rezando por que no se hubiese dado cuenta de que había hecho algo. Sin embargo, se quedó ahí de pie, como si un hechizo lo hubiese paralizado. Levanté las cejas.

—¿Estás bien?

Parpadeó de nuevo. Esta vez, se rio con suavidad.

—Sí. Es solo... que acabo de tener una sensación de lo más extraña.

—¿Ah, sí? —Lo observé con atención. Hawke asintió mientras se frotaba el pecho con la palma de la mano.

—Ni siquiera sé cómo explicarla.

Empecé a preocuparme de haber hecho algo aparte de aliviar su dolor. El qué, no estaba segura, pero si mis dones estaban evolucionando, cualquier cosa era posible. Estiré mis sentidos una vez más y todo lo que sentí en respuesta fue calor.

—¿Es una sensación mala? ¿Vamos a buscar a un curandero?

—No. No, para nada. —La risa de Hawke fue más fuerte entonces, menos dubitativa. Sus ojos, ahora como miel fundida, se cruzaron con los míos—. Por cierto, mi hermano no está muerto. Así que no hay necesidad de compasión.

Fue mi turno de parpadear repetidas veces.

—¿Oh? Pensé... —Dejé la frase sin terminar.

—¿Estás segura de que no quieres dar una vuelta por el jardín?

Pensé que ya era hora de que me encerrara bajo llave antes de cometer otra imprudencia más, así que sacudí la cabeza.

—Creo que prefiero volver a mi habitación.

Hawke vaciló un instante, pero luego asintió. Ninguno de los dos habló durante el trayecto. Daba la impresión de que Hawke estaba intentando averiguar por qué se sentía... más feliz, más ligero. Y yo me dediqué a preguntarme qué sería lo que había pasado con su hermano para causar ese tipo de reacción, sobre todo si su hermano seguía con vida.

Capítulo 21



Tardé menos de veinticuatro horas en, una vez más, hacer algo de lo más insensato. Esta vez, sin embargo, podría acabar arrepintiéndome de ello. De todas las maneras en las que había imaginado que podría morir, jamás se me había ocurrido que pudiera suceder mientras *tomaba prestado* un libro en el Ateneo.

Había hecho cosas mucho más peligrosas a lo largo de mis dieciocho años de vida, momentos en que hubiese tenido más opciones de morir en el proceso. Un montón de ejemplos en los que me había sorprendido un poco incluso de salir del trance con mis extremidades y mi vida intactas. Pero ahí estaba, a un mísero paso de caer al vacío e ir al encuentro de mi muerte, aferrada al supuesto diario de una tal Srta. Willa Colyns, el libro del que habían estado hablando Loren y Dafina. Era obvio que el libro constituía el tipo de material de lectura que la sacerdotisa Analia prohibiría de manera expresa. Y si me pillaran con él en mi poder, sería otra razón más para que creyera que no era respetuosa con mi deber como Doncella.

Así que, por supuesto, *tenía* que leerlo. Había pasado un día aburridísimo.

Ya había leído por lo menos tres veces todos los libros que Tawny había conseguido pasarme a escondidas y era incapaz de obligarme a leer otra página repetida ni una sola vez más. A ella la habían vuelto a convocar la duquesa y las institutrices, y sabía que era probable que no la viera ni siquiera a la mañana siguiente. Así que me esperaba otro día de mirar a cuatro paredes de piedra, interrumpida solo por mi entrenamiento con Vikter. Y cuanto más tiempo pasaba dentro de mi habitación sin nada en que ocupar mi mente, más pensaba en lo que había dicho Hawke acerca de todos los derechos que me habían arrebatado.

No era como si no lo supiese ya, pero no era algo que los demás pareciesen percibir siquiera. A lo mejor era porque estaban conmigo todo el rato y esas cosas se habían convertido en costumbre. Pero para Hawke, que era nuevo, nada de esto era normal.

Y eso fue lo que me empujó a recorrer sin compañía la Arboleda de los Deseos hasta el Ateneo mientras Hawke montaba guardia a la puerta de mi habitación, convencido de que estaba en el interior. Vikter estaba... bueno, no tenía ni idea de dónde estaba. Por el cansancio y la tristeza que había visto en sus ojos esa mañana, tenía la sensación de que la noche anterior lo habían llamado para encargarse de uno de los malditos y no me había invitado.

También tenía la sensación de que ya no iba a contar conmigo, lo cual me irritaba. Por supuesto, pensaba hablar del tema con él en cuanto tuviese la oportunidad. No permitiría que me dejara al margen cuando podía ayudar a gente. Y él simplemente tendría que aguantarse.

Aunque ahora mismo, tenía que concentrarme en evitar morir, o peor aún, que me pillaran.

El frío aire nocturno soplaba a mi alrededor mientras me mantenía pegada como una lapa a la pared de piedra, rezando a cualquier dios que quisiera oírme por que la cornisa de poco más de veinte centímetros de anchura no se hundiera bajo mi peso. Dudaba de que cuando la construyeron alguien hubiese tenido en cuenta que, en algún momento, una Doncella de una estupidez suprema se encontraría de pie sobre ella.

¿Cómo se había torcido aquello tantísimo?

Colarme en el Ateneo no había sido difícil. Con mi informe capa negra, mi fiable máscara en su sitio y el rostro oculto debajo de la capucha, dudaba de que nadie en las calles de Masadonia hubiese sido capaz de distinguir si era hombre o mujer, no digamos ya la Doncella, mientras recorría a toda prisa el callejón hacia la puerta de atrás de la biblioteca. Moverme por la maraña de estrechos pasillos y escaleras sin ser vista también fue fácil.

Sabía cómo deslizarme como un fantasma cuando era necesario, silenciosa y discreta.

El problema empezó cuando encontré el diario encuadernado en cuero de la Srta. Colyns. En lugar de marcharme y volver al castillo como sabía que debía hacer, me colé en una salita vacía.

En verdad... me había estado volviendo loca encerrada en mi habitación y me espantaba la idea de volver. Y esos sofás tan mullidos parecían llamarme. El aparador lleno de bebidas, sin embargo, algo que me pareció raro encontrar en una biblioteca, me desconcertó. Aun así, me había sentado al lado de los

grandes ventanales que daban a la ciudad en lo bajo y había abierto el viejo libro. Al final de la primera página, mis mejillas estaban escaldadas, tras descubrir lo que ocurre cuando alguien besa a otra persona no en la boca o en el pecho... como había hecho Hawke antes de saber quién era yo, sino en un sitio *mucho* más íntimo.

No podía parar de leer, prácticamente devoraba las páginas color crema.

La Srta. Willa Colyns había vivido una vida muy... interesante con muchas, muchas otras... personas fascinantes. Había llegado a la parte en la que hablaba de su breve aventura con el rey, cosa que no podía ni empezar a imaginarme, aunque tampoco *quería*, cuando oí voces a la puerta de la salita... una en concreto que jamás pensé que oiría en el Ateneo.

La del duque.

Oír su voz significaba que había estado tan absorta en el diario que no me había dado ni cuenta de que se había puesto el sol.

No me había hecho llamar la noche anterior, hoy tampoco. Con los preparativos del Rito, me habían dado un respiro temporal, y supuse que a Hawke también puesto que seguía siendo mi guardia. Pero ese respiro terminaría de un plumazo si el duque me descubriera ahí.

Y esa era la razón de que ahora estuviese encaramada en una cornisa por fuera de lo que resultó ser la salita privada del duque en el Ateneo. La única bendición que se me había concedido era que la ventana por la que me escabullí no fuera la que daba a la calle, sino la que miraba hacia la Arboleda de los Deseos.

Solo los halcones podían verme... o ser testigos de mi caída.

El tintineo de unos cubitos de hielo contra el cristal hizo que me tragara un quejido. El duque llevaba en la salita al menos media hora ya, y calculé que ese sería su segundo vaso de whisky. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Con el Rito a punto de empezar en cuestión de horas, hubiese imaginado que estaría ocupado recibiendo a los nuevos lores y damas en espera, y a los padres que iban a entregar a sus terceros hijos e hijas a los templos. Pero no. Estaba ahí, bebiendo whisky a solas...

Llamaron a la puerta. Cerré los ojos y la parte de atrás de mi cabeza chocó *con suavidad* contra la pared. ¿Compañía? ¿Iba a recibir visita?

A lo mejor los dioses me habían estado observando todo este tiempo y este era otro castigo más.

—Adelante —lo oí decir, y oí la puerta cerrarse con un leve chasquido unos instantes después—. Llegas tarde.

Oh, vaya. Reconocí ese tono frío e inexpresivo. El duque no estaba contento.

—Mis disculpas, Excelencia. He venido en cuanto he podido —fue la respuesta. Era una voz masculina, una que no reconocí de inmediato, lo cual significaba que podía ser una de muchas personas. Lores Ascendidos. Secretarios. Comerciantes. Guardias.

—No lo bastante pronto —repuso el duque, y sentí lástima de quien fuera el destinatario de lo que a buen seguro era una mirada muy desaprobadora—. Espero que tengas algo para mí. Si es así, haría mucho por restaurar mi fe en ti.

—Así es, Excelencia. Tardé un poco, ya sabe que el hombre no era muy hablador.

—No, nunca lo son cuando los sacas de la vista pública, donde no pueden crear un espectáculo con sus palabras —comentó el duque—. Supongo que has tenido que ser extremadamente convincente para conseguir que hablara.

—Sí. —Se oyó una risa hosca—. No es atlantiano. Eso hemos podido confirmarlo.

—Es una lástima —dijo el duque. Frunció el ceño. ¿Por qué sería eso una mala noticia?

—He averiguado su nombre. Lev Barron, hijo primogénito de Alexander y Maggie Barron. Tenía dos hermanos. El segundo murió de una... enfermedad antes de su Rito, y el tercero fue entregado a los templos hace tres años. No había nada que indicara que fuese una persona de interés y su comportamiento en la asamblea fue inesperado.

Estaban hablando del Descendente, el que había tirado la mano del Demonio mientras el duque y la duquesa se dirigían a la gente después del ataque.

—¿Has investigado a su familia? —preguntó el duque.

—Sí. El padre murió. La madre vive sola en el Distrito Bajo. Fue útil para hacerlo hablar.

El duque se rio entre dientes y el sonido me revolvió el estómago.

—¿Qué más has averiguado?

—No creo que tuviese demasiadas conexiones dentro de la comunidad de Descendentes. Dice que nunca ha visto al Señor Oscuro y no cree que esté en la ciudad.

Una oleada de alivio bulló y se extendió por mi interior, aun cuando una ráfaga de viento levantó los bordes de mi capa.

—¿Y le creíste? —preguntó el duque.

—Le di buenas razones para no mentir —contestó el hombre, que supuse que era uno de los guardias. Pensé en la madre del hombre. ¿Habría sido ella una de las razones para que empezara a cantar? Si así fuera, la idea pesaba como una losa sobre la boca de mi estómago. Había que tratar a los Descendientes con dureza, pero no estaba segura de cómo me sentía acerca de utilizar a familiares para sonsacar información.

—¿Y te dijo algo sobre lo que había dicho? ¿Lo de los terceros hijos e hijas?

—Todo lo que dijo fue que sabía la verdad: que no estaban al servicio de los dioses y que todo el mundo se enteraría pronto.

—¿No dijo cuál creía que era la verdad?

Giré la cabeza hacia la ventana, prácticamente sin respirar. Me encantaría saber qué creía ese hombre que estaba pasando.

—No, Excelencia. La única otra información que logré sacarle fue cómo había conseguido una mano de Demonio —explicó, y eso era, bueno... algo útil de saber—. Parece ser que la cortó del cuerpo de uno de los guardias que había resultado infectado y había vuelto a la ciudad. Ayudó a la familia a acabar con el guardia después de que cambiara.

—Muerte con dignidad —se mofó el duque. Abrí los ojos como platos. ¿Lo... lo sabía? ¿Sabía eso? ¿Sabía de nuestra existencia?—. Esos blandengues serán la muerte de la ciudad entera un día de estos.

Esa afirmación fue un pelín excesiva, pero no se me había ocurrido que pudiese haber Descendientes en la red.

—No te diría por casualidad quién estuvo implicado en matar al Demonio recién convertido, ¿verdad? —preguntó.

—No. No quiso hacerlo.

—Eso también es una lástima. Me hubiese encantado saber quién no se puso en contacto con nosotros y por qué. —El duque suspiró, como si esa fuese la peor cosa de no saber—. ¿Tienes algo más que informar?

—No, Excelencia.

No hubo una respuesta inmediata, pero entonces el duque preguntó:

—¿El Descendiente todavía respira?

—Por ahora, sí.

—Bien. —Sonó como si se levantara y recé por que eso significara que se marchaba. *Por favor, dioses, que signifique que se va*—. Creo que le haré una visita en persona.

Arqueeé las cejas.

Eso sí que me sorprendió.

—Como desee. —Hubo un momento de silencio—. ¿Habrá un juicio para el que tengamos que prepararnos?

Casi me eché a reír. A los Descendientes no se les concedía un juicio de verdad. Se los exhibía en público, momento en el cual se les leían sus cargos. A continuación, se los ejecutaba.

—No habrá ninguna necesidad después de mi visita —dijo el duque. Me quedé boquiabierta.

El significado estaba claro. Si no había juicio, significaba que no habría ejecución pública, y la única razón para que ocurriera eso sería que el Descendiente ya estuviera muerto. Ya había ocurrido antes con Descendientes encarcelados. Por lo general, se creía que habían puesto fin a sus propias vidas o habían muerto a manos de un guardia demasiado contundente, pero ¿podía ser que el duque estuviese impartiendo justicia por su cuenta?

¿El mismo Ascendido que yo dudaba de que se hubiese manchado las manos de sangre desde la Guerra de los Dos Reyes?

Tampoco debería sorprenderme tanto. El hombre tenía una vena cruel y una maldad en su interior de un kilómetro de ancho, pero siempre las mantenía bien ocultas bajo una máscara de urbanidad. Tampoco debería molestarme la idea de que mataran al Descendiente sin la farsa de un juicio. Los Descendientes apoyaban al Señor Oscuro, y aunque algunos de ellos no hubiesen participado en las revueltas y el derramamiento de sangre, sus palabras sí que habían sembrado las semillas que habían causado esas desgracias en más de una ocasión.

Pero... me molestaba la idea de que alguien fuese asesinado en una celda oscura y húmeda, a manos de un Ascendido que apenas era mejor que un atlantiano.

Por fin, la puerta se abrió y se cerró y no quedó nada más que silencio. Esperé. Agucé el oído para ver si detectaba algún sonido, pero no oí nada. Me pregunté por qué el duque había decidido celebrar esa reunión ahí; asimismo, me sorprendía lo mucho que sabía de la red. Empecé a avanzar por la cornisa a paso de tortuga, aferrando el diario contra mi pecho con los dedos entumecidos. Me acerqué a la ventana...

Oí un pequeño *clic* dentro de la habitación. Me quedé paralizada. ¿Había sido la puerta que se cerraba de nuevo? ¿O era el pestillo? Oh, por todos los dioses, si la habían cerrado con pestillo tendría que reventarla. Espera... el pestillo solo podía echarse desde dentro. ¿Había entrado otra persona en la salita? ¿Sería el duque? No había forma de que supiera que estaba ahí fuera, a menos que de repente pudiera ver a través de las paredes. ¿Quién más...?

—¿Sigues ahí, princesa?

Me quedé de piedra. Alucinada de oír *su voz*. Hawke. Era Hawke. En esa sala. No podía creerlo.

—¿O ya te has estampado contra el suelo? —continuó. Por un breve instante, me planteé los méritos de saltar—. De verdad espero que ese no sea el caso, pues estoy bastante seguro de que me dejaría en mal lugar, puesto que había dado por sentado que estabas en tu habitación. —Una pausa—. *Comportándote*. Y no sobre una cornisa a bastantes metros de altura, por razones que no puedo ni empezar a imaginar pero que me muero por saber.

«Maldita sea», susurré. Miré a mi alrededor en busca de una ruta de escape. Lo cual era una estupidez. A menos que de repente me salieran alas, la única salida era a través de la ventana.

Una décima de segundo más tarde, Hawke asomó la cabeza y levantó la vista hacia mí. El suave resplandor de la lámpara de aceite se reflejaba en su pómulo mientras levantaba una ceja.

—¿Hola? —dije, con un hilillo de voz. Me miró un momento.

—Entra. —No me moví. Con un suspiro tan exagerado que debería haber hecho temblar las paredes, estiró una mano hacia mí—. Ahora.

—Podrías decir *por favor* —mascullé. Entornó los ojos.

—Hay un montón de cosas que podría decirte que deberías estar contenta de que me esté guardando para mí mismo.

—Lo que tú digas —refunfuñé—. Aparta. —Esperó, pero cuando vio que no tomaba su mano, desapareció dentro de la habitación sin dejar de quejarse entre dientes.

—Si te caes, te vas a meter en un gran lío.

—Si me caigo, estaré muerta, así que no sé muy bien cómo estaría también en un lío.

—Poppy —espetó, cortante, y no pude evitarlo: sonreí.

¿Era la primera vez que me llamaba así? Eso pensé, mientras avanzaba con tiento por la cornisa. Me agarré al dintel de la ventana y me agaché para entrar. Hawke estaba de pie al lado del sofá, pero en cuanto me vio, se movió a la velocidad del rayo. Sobresaltada, di un respingo hacia atrás, aunque no caí. Hawke había pasado un brazo alrededor de mi cintura. Un segundo después, estaba dentro de la sala, mis pies en suelo firme y el diario sujeto entre su pecho y el mío. Aun así, casi todo nuestro cuerpo estaba en contacto. Mi estómago y mis piernas estaban apretados contra los suyos y, cuando aspiré una bocanada de aire, casi pude saborear su aroma a especias oscuras y

a pino en la lengua. Antes de que pudiese decir ni una palabra, levantó la mano y agarró la parte de atrás de mi capucha.

—No lo... —empecé.

Demasiado tarde. Me quitó la capucha de un tirón.

—Una máscara. Esto me trae viejos recuerdos. —Sus ojos recorrieron mi rostro, se deslizaron por los mechones de pelo que habían escapado de mi trenza y ahora rozaban mis mejillas. Me sonrojé mientras intentaba liberarme. Él no me soltó.

—Entiendo que es posible que estés enfadado...

—¿Es posible? —se rio.

—Vale. Es seguro que estás enfadado —me corregí—. Pero te lo puedo explicar.

—Eso espero, porque tengo muchísimas preguntas —afirmó, sus ojos dorados centelleantes mientras miraba los míos—. Empecemos por cómo has salido de tu habitación y terminemos con por qué demonios estabas sobre esa cornisa.

Lo último que quería era contarle lo de la entrada de servicio. Intenté poner un poco de espacio entre nosotros.

—Puedes soltarme.

—Puedo, pero no sé si debería. Quizás hagas algo aún más imprudente que trepar a una cornisa que no puede medir más de veinte centímetros de anchura.

—No me he caído —protesté, con los ojos entornados.

—Como si eso mejorase de algún modo toda esta situación.

—No he dicho eso. Solo estoy señalando que tenía la situación completamente bajo control.

Hawke parpadeó y luego se echó a reír. Soltó una carcajada desde lo más hondo de su ser y el sonido retumbó a través de mí, provocándome una repentina oleada de intensos y ardientes escalofríos. Por suerte, no pareció percatarse de mi reacción.

—¿Tenías la situación bajo control? No me gustaría saber lo que ocurre cuando no la tienes.

No respondí porque dudaba de que pudiera decir nada que me beneficiara. Nuestra proximidad tampoco me beneficiaba lo más mínimo. Como en el Adarve, la forma en que me sujetaba contra él me recordaba a cuando estuvimos juntos en la Perla Roja, y eso era algo que no necesitaba ayuda para recordar. Era difícil pensar con claridad cuando me sujetaba tan cerca. Me

contoneé para intentar escurrirme de su agarre, pero solo conseguí que nuestros cuerpos estuviesen aún más en contacto.

El brazo de Hawke se apretó a mi alrededor y su actitud parecía haber cambiado. Como si ya no me estuviese inmovilizando, sino... sino estrechando entre sus brazos. *Abrazando*. Me dio un vuelco al corazón mientras levantaba despacio la vista hacia él.

Hawke me miró, las líneas de su boca tensas como el silencio que se alargó entre nosotros. Sabía que debería exigirle que me soltara. Mejor aún, debería obligarlo a hacerlo. Sabía cómo escapar de una llave así, pero... no me moví. Ni siquiera cuando levantó la otra mano y puso los dedos debajo de la máscara. Estar ahí de pie, permitiendo esto, era quizás la tortura más dulce a la que me había sometido jamás. Vaciló un instante y me pregunté si estaba esperando a ver qué hacía yo, lo que diría. Cuando seguí sin hacer nada, sus ojos cambiaron a un ámbar fiero y ardiente. Sus dedos resbalaron de la máscara y recorrieron despacio la curva de mi pómulos. Me hormigueaba toda la piel mientras sus ojos seguían el camino que recorrían sus dedos. Los deslizó por mi cara y por encima de mis labios entreabiertos. Inspiré con esfuerzo. Notaba el pecho demasiado comprimido de pronto.

Hawke bajó la barbilla y se me cortó la respiración cuando empezó a agachar la cabeza. Cada músculo de mi cuerpo pareció ponerse en tensión con una embriagadora mezcla de pánico y anticipación. Había una intención en la manera que aletearon sus pestañas, en cómo se inclinó hacia mí. Me iba a besar. Los latidos de mi corazón empezaron a bailar cuando deslizó los labios por mi mejilla, dejando un rastro de fuego a su paso. Sabía lo que debía hacer, pero no lo hice. A lo mejor Hawke había tenido razón cuando dijo que podía tener todo lo que quisiera cuando, con una máscara, podía fingir que nadie sabía quién era. Tenía que tener razón.

Porque mis ojos se cerraron y no me moví. Hawke había sido mi primer beso, pero si me besaba ahora... este sería nuestro verdadero primer beso. Ahora él sabía quién era yo. Me había visto sin velo. Lo *sabía*.

Y yo quería que ocurriera. Le quería a *él*.

Capítulo 22



Mi corazón me aporreaba el pecho cuando sus dedos llegaron a mi barbilla. Echó mi cabeza hacia atrás y sentí como si me cayera. Su boca se movió hacia mi oreja y su aliento tibio me produjo un cosquilleo cálido por todo el cuerpo.

—Poppy —murmuró, la palabra sonó ronca, gruesa.

—¿Sí? —susurré yo, y apenas reconocí mi propia voz. Sus dedos se deslizaron por mi cuello.

—¿Cómo saliste de la habitación sin que yo te viera?

Abrí los ojos de golpe.

—¿Qué?

—¿Cómo saliste de tus aposentos? —repitió.

Tardé un momento en darme cuenta de que no intentaba besarme. Solo estaba tratando de *distraerme*. Me sentí como una idiota de siete tipos diferentes. Maldije en voz baja y tiré para zafarme. Esta vez, me soltó.

Con la cara al rojo vivo, di un paso atrás, luego varios más. Bajé el diario mientras aspiraba una temblorosa bocanada de aire.

Qué... estúpida era, madre mía.

Desesperada por no dejarlo ver lo cerca que había estado de permitir que me besara o el hecho de que hubiera pensado que iba a hacerlo, levanté la barbilla. Sin embargo, la situación aún escocía y no sentí ningún alivio.

—A lo mejor salí caminando delante de tus propias narices.

—No, no lo hiciste. Y sé que no saliste por una ventana porque eso habría sido imposible —repuso—. Así que ¿cómo lo hiciste?

La frustración se avivó y me giré hacia la ventana. Agradecí la brisa fresca que se colaba por ella. Quizás fuese lo bastante tonta como para que me

hubiese pillado, pero no era tan tonta como para creer que podría no contarle la verdad.

—Hay un viejo acceso de servicio a mis aposentos. —Apreté las manos en torno al diario—. Desde ahí, puedo llegar a la planta baja sin ser vista.

—Interesante. ¿Y dónde desemboca en la planta baja?

Solté un bufido al girarme otra vez hacia él.

—Si quieres saber eso, tendrás que averiguarlo por tu cuenta.

—Muy bien —aceptó, con una ceja arqueada.

Le sostuve la mirada y no pude evitar reconocer que seguía sin sentir ningún alivio. Solo quedaba... por todos los dioses, solo quedaba desilusión por que no me hubiera besado. Y si eso era indicativo de algo, era de que necesitaba recuperar el control de mí misma.

—Así es como llegaste al Adarve sin que te vieran —dedujo. Me limité a encogerme de hombros—. Supongo que Vikter lo sabe. ¿Lo sabía Rylan?

—¿Acaso importa?

—¿Cuánta gente sabe de la existencia de esa entrada? —preguntó, la cabeza ladeada.

—¿Por qué lo preguntas? —pregunté a mi vez. Hawke dio un paso hacia mí.

—Porque es un problema para la seguridad, princesa. Por si lo has olvidado, el Señor Oscuro te quiere atrapar. Una mujer ya ha sido asesinada y ya ha habido un intento de secuestro que sepamos. Ser capaz de moverse por el castillo sin que lo vean, directo hasta tus aposentos, es el tipo de información que encontraría de lo más valiosa.

Un escalofrío recorrió mis hombros.

—Algunos de los sirvientes que más tiempo llevan en el castillo de Teerman conocen la entrada, pero la gran mayoría no. No es un problema. La puerta se cierra por dentro. Alguien tendría que tirarla abajo y yo estaría preparada si eso sucediera.

—Estoy seguro de que sí —murmuró Hawke.

—Y no he olvidado lo que le pasó a Malessa, ni que alguien intentó secuestrarme.

—¿Ah, no? Entonces supongo que simplemente no tuviste nada de eso en cuenta cuando decidiste darte un paseíto por la ciudad hasta la *biblioteca*.

—No me he dado un *paseíto* por ningún sitio. Vine por la Arboleda de los Deseos y estuve en la calle menos de un minuto —le informé—. También llevaba la capa bien ceñida y esta máscara puesta. Nadie podía ver ni un solo

centímetro de mi cara. No estaba preocupada por que pudieran secuestrarme, pero también vine preparada, solo por si acaso.

—¿Con tu pequeña daga de confianza? —El hoyuelo reapareció.

—Sí, con mi pequeña daga de confianza —espeté, a unos dos segundos de tirarle la cosa a la cara. Otra vez—. No me ha fallado nunca hasta ahora.

—¿Así es como evitaste que te secuestraran la noche que mataron a Rylan? —conjeturó—. El hombre no huyó al oír que se aproximaban los guardias.

Solté un resoplido sonoro. No servía de nada mentir acerca de esto ahora.

—Sí. Lo corté. Más de una vez. Estaba herido cuando le indicaron que se retirara. Espero que haya muerto.

—Qué violenta eres —comentó Hawke, casi como un ronroneo.

—No haces más que decir eso, pero en realidad no lo soy.

Hawke volvió a reírse, el sonido profundo y real.

—Lo que pasa es que no eres consciente de ello.

—Lo que tú digas —musité—. ¿Cómo te diste cuenta siquiera de que me había marchado?

—Fui a ver cómo estabas —explicó, al tiempo que deslizaba una mano por el respaldo del sofá—. Pensé que a lo mejor querías compañía y parecía estúpido que yo estuviese ahí plantado en el pasillo, aburrido como una ostra, mientras tú estabas dentro de tu habitación, seguramente tan aburrida como yo. Cosa que es obvio que era cierta, puesto que te fuiste.

Lo que dijo me pilló por sorpresa.

—¿De verdad? —Levantó las cejas—. Quiero decir, ¿de verdad fuiste a verme para preguntarme... si quería compañía?

Hawke asintió.

—¿Por qué mentiría sobre eso?

—Yo... —No sabía cómo explicarle que ni siquiera Vikter hacía eso cuando le tocaba turno de vigilancia. Mis guardias no lo tenían permitido, pues el duque lo consideraría una relación demasiado familiar. Aunque nadie iba nunca a ver qué pasaba en el ala vieja. Aun así, Vikter se quedaba fuera y yo me quedaba dentro, pero Hawke era diferente. Eso lo había demostrado desde el primer momento. Negué con la cabeza—. No importa.

Hawke se quedó callado y, cuando lo miré, vi que se había acercado. Estaba apoyado contra el sofá.

—¿Cómo acabaste en la cornisa?

—Bueno, esa es una historia graciosa...

—Supongo que lo es. Así que, por favor, no te guardes ni un detalle. —
Cruzó los brazos. Yo suspiré.

—Vine a buscar algo que leer y me metí en esta salita. Yo... no quería volver a mi cuarto tan pronto y no pensé que esta habitación fuera especial en nada. —Miré de reojo el armarito de los licores; debía de haberme servido de advertencia—. Estaba aquí dentro y oí al duque en el pasillo. Así que esconderme en una cornisa era una opción muchísimo mejor que dejar que me pillara.

—¿Qué habría pasado si te hubiera pillado?

—No lo hizo —dije, encogiéndome de hombros otra vez—, y eso es todo lo que importa. —Me apresuré a seguir hablando—. Tuvo una reunión aquí con un guardia de la prisión. Al menos, creo que era un guardia. Hablaron del Descendente que tiró la mano de Demonio. El guardia había conseguido hacer hablar al hombre. Dijo que el Descendente no creía que el Señor Oscuro estuviera en la ciudad.

—Bueno es saberlo.

Algo en su tono llamó mi atención. Lo miré.

—¿No le crees?

—No creo que el Señor Oscuro haya sobrevivido tanto tiempo dejando que se sepa su paradero, ni siquiera por parte de sus más fervientes seguidores —respondió. Por desgracia, ahí tenía razón.

—Creo... creo que el duque va a matar al Descendente él mismo.

—¿Eso te molesta? —preguntó, la cabeza ladeada de nuevo.

—No lo sé.

—Creo que sí lo sabes pero no quieres decirlo.

Qué irritante era que tuviera razón... y tan a menudo.

—Es solo que no me gusta la idea de que alguien muera en una mazmorra.

—¿Y crees que morir en una ejecución pública es mejor?

—No exactamente. —Lo miré—. Pero al menos entonces se hace de un modo que parece...

—¿Parece qué?

Aspiré una gran bocanada de aire.

—Al menos entonces no parece que lo estén escondiendo.

—Interesante. —Hawke me devolvió la mirada, casi con curiosidad. Las comisuras de mis labios se curvaron hacia abajo.

—¿El qué?

—Tú.

—¿Yo?

Asintió, y entonces se movió. Alargó la mano a la velocidad del rayo y, antes de que me diera cuenta siquiera de lo que estaba haciendo, había agarrado el libro.

—¡No! —Pillada por sorpresa, mis dedos resbalaron por la cubierta de cuero y se me escapó de las manos. ¡Hawke tenía el libro! Oh, por todos los dioses, tenía el diario y eso era peor que caer de la cornisa y matarme. Si veía de qué iba...

—¿El *Diario de la Srta. Willa Colyns*? —Frunció el ceño mientras le daba la vuelta—. ¿Por qué me suena el nombre?

—Devuélvemelo. —Estiré la mano, pero Hawke se alejó con ademán burlón—. ¡Devuélvemelo ahora mismo!

—Lo haré si lees para mí. Estoy seguro de que esto tiene que ser más interesante que la historia del reino.

Abrió el libro. A lo mejor no sabía leer.

Por favor, que no supiera leer.

La sonrisa se borró despacio de su rostro.

Por supuesto que sabía leer. ¿Por qué era tan injusta la vida?

Sus cejas oscuras treparon por su frente mientras pasaba las páginas. Sabía que estaba leyendo la primera página. La Srta. Willa Colyns había sido extremadamente detallista sobre el beso íntimo.

—Qué material de lectura tan interesante.

Mis mejillas ardían con el fuego de un millar de soles y me pregunté cuánto se enfadaría Hawke si le tirara la daga a la cara.

Otra vez.

La sonrisa regresó a su cara, igual que el hoyuelo.

—*Penellaphe*. —Pronunció mi nombre con un tono tan escandalizado que hubiese puesto los ojos en blanco de no haber estado tan increíblemente abochornada—. Esto es... un material de lectura muy escandaloso para la Doncella.

—Cállate.

—Eres una niña muy mala —me regañó, mientras sacudía la cabeza.

Eso sí que me indignó. Levanté la barbilla.

—No hay nada malo en que lea sobre amor.

—No he dicho que hubiera nada malo. —Hawke me miró—. Aunque no creo que las cosas de las que escribe tengan nada que ver con el amor.

—Oh, ¿eres un experto o qué?

—Más que tú, me parece.

Cerré la boca de golpe. La verdad de esa afirmación picaba, así que me revolví.

—Es verdad. Tus visitas a la Perla Roja han sido la comidilla de muchas sirvientas y damas en espera, así que supongo que tienes una tonelada de experiencia.

—Alguien suena celosa.

—¿Celosa? —me reí, mientras ponía los ojos en blanco—. Como he dicho antes, tienes una noción demasiado inflada de tu implicación en mi vida. —Hawke soltó una risotada burlona y volvió a hojear el libro. Irritada, me giré hacia el armario de las bebidas. Un vaso pequeño se había quedado fuera—. Solo porque tengas más experiencia con... lo que pasa en la Perla Roja, no significa que sepas lo que es el amor.

—¿Has estado enamorada alguna vez? —preguntó—. ¿Alguno de los secretarios del duque ha llamado tu atención? ¿Uno de los lores? ¿O quizás un guardia valiente?

—No me he enamorado nunca —dije, negando con la cabeza.

—Bueno, ¿cómo lo sabrías?

—Sé que mis padres se querían mucho. —Jugueteé con la tapa enjoyada del decantador—. ¿Y tú qué? ¿Has estado enamorado, Hawke?

No había esperado recibir una respuesta, así que cuando me dio una después de unos momentos, me quedé más que sorprendida.

—Sí.

Noté un extraño retortijón en el pecho que no entendí del todo. Giré la cabeza para mirarlo y entonces me di cuenta de que el frío doloroso se había aliviado. No tenía ni idea de qué había en él que tenía ese efecto sobre mí. Era probable que tuviese que ver con el hecho de que me irritaba.

—¿Alguien de tu región?

¿Todavía la quieres?

Esa era la segunda pregunta que bulló hacia la superficie, pero por la gracia de los dioses conseguí reprimirme de hacerla.

—Así es. —Seguía absorto en el libro—. Pero fue hace mucho tiempo.

—¿Hace mucho tiempo? ¿Cuando eras qué? ¿Un niño? —pregunté, consciente de que solo podía tener unos pocos años más que yo, a pesar del modo en que lo dijo, que lo hizo sonar como si fuese hace una eternidad.

Se rio y sus labios se curvaron hacia arriba en una medio sonrisita. El hoyuelo hizo acto de aparición en su mejilla derecha. El retortijón aumentó en mi interior.

—¿Cuánto de esto has leído?

—Eso no es asunto tuyo.

—Supongo que no, pero tengo que saber si llegaste a esta parte. —Se aclaró la garganta.

Espera.

¿Iba a leerlo en alto?

No.

Por favor, no.

—Solo he leído el primer capítulo —dije a toda prisa—. Y parece que tú estás por la mitad del libro, así que...

—Bien. Entonces esto te resultará fresco y nuevo. Déjame ver, ¿por dónde iba? —Deslizó un dedo por la página y entonces dio un golpecito en el centro—. Oh, sí. Aquí. «Fulton había prometido que cuando acabara conmigo no sería capaz de caminar erguida durante un día entero, y tenía razón». Uf. Impresionante.

Abrí mucho los ojos.

—«Las cosas que el hombre hacía con su lengua y sus dedos solo habían sido superadas por su sorprendentemente grande, intensamente palpitante y maliciosamente habilidosa...» —Hawke se rio—. Esta mujer tiene buena mano para los adverbios, ¿verdad?

—Ya puedes parar.

—«Virilidad».

—¿Qué? —exclamé.

—Ese es el final de esa frase —explicó y, cuando levantó la vista, supe de inmediato que lo que fuese que estaba a punto de salir por su boca me quemaría viva—. Oh, puede que no sepas lo que quiere decir con virilidad. Creo que está hablando de su pene. Verga. Pija. Su...

—Oh, por todos los dioses —susurré.

—Su... aparentemente... supergrande, palpitante y habilidoso...

—¡Lo pillo! Lo entiendo a la perfección.

—Solo quería asegurarme. No querría que te diese demasiada vergüenza preguntar y creyeses que se refería a su amor por ella o algo.

—Te odio.

—No, qué va.

—Y estoy a punto de apuñalarte —le advertí—. De un modo muy violento.

Un destello de preocupación cruzó su rostro mientras bajaba el libro.

—Vaya, eso me lo creo.

—Devuélveme el diario.

—Pues claro. —Me lo ofreció y lo arranqué de sus manos a toda velocidad para estrecharlo contra el pecho—. Todo lo que tenías que hacer era pedírmelo.

—¿Qué? —Me quedé boquiabierta—. Ya te lo había pedido.

—Lo siento. —No parecía sentirlo en absoluto—. Tengo un oído selectivo.

—Eres... lo peor.

—Te has equivocado de palabra. —Pasó por mi lado y me dio una palmadita en la parte de arriba de la cabeza. Le lancé un manotazo, pero fallé por poco—. Quisiste decir que soy el mejor.

—No me he equivocado para nada.

—Vamos, tengo que llevarte de vuelta antes de que algo más que tu propia imprudencia te ponga en riesgo. —Se paró al lado de la puerta—. Y no olvides tu libro. Espero recibir un resumen de cada capítulo mañana.

Él y yo no íbamos a volver a hablar de ese diario jamás.

Pero sí que me lo llevé conmigo cuando lo seguí hasta la puerta. Alargó la mano hacia el picaporte y solo entonces se me ocurrió algo.

—¿Cómo supiste dónde estaba?

Hawke giró la cabeza para mirarme, una leve sonrisa danzaba por sus labios.

—Tengo una habilidad increíble para seguir rastros, princesa.



—Una habilidad increíble para seguir rastros —musité entre dientes a la tarde siguiente.

—¿Qué? —Tawny se volvió hacia mí con el ceño fruncido.

—Nada. Hablo conmigo misma —dije. Respiré hondo y desterré todo pensamiento sobre Hawke de mi cabeza—. Estás preciosa.

Y era verdad.

Llevaba el pelo recogido, con unos cuantos rizos apretados para enmarcar su cara. Sus labios iban a juego con su máscara y su vestido, todos ellos de un rojo intenso y vibrante. El ceñido vestido sin mangas abrazaba su enjuto cuerpo. Cuando caminó hasta donde yo estaba, al lado de la chimenea, no solo estaba preciosa, lucía confiada y a gusto con su cuerpo y consigo misma. Me tenía fascinada.

—Gracias. —Estiró la tela que cubría sus hombros y luego dejó caer la mano—. Tú estás despampanante, Poppy.

Un revoloteo brotó en mi pecho y se extendió a mi tripa.

—¿Tú crees?

—Por los dioses, sí. ¿Todavía no te has mirado al espejo?

Negué con la cabeza y Tawny me miró alucinada.

—O sea que te has puesto el vestido... este preciosísimo vestido hecho a medida, y ¿no te has mirado al espejo siquiera? No solo eso. Has dejado que te peinara. Podía haber hecho que pareciera un nido de pájaros.

—Espero que no lo hicieras —apunté, con una risita nerviosa. Tawny sacudió la cabeza.

—Eres tan... rara a veces.

Lo era. No tenía problema en admitirlo. Pero era difícil explicar por qué no me había querido ver todavía. Era muy excepcional que me viera con cualquier otra cosa que no fuese blanco, e incluso cuando me vestía de otra manera para escaparme del castillo, no me miraba realmente. Y esto también era diferente porque me estaba permitido. Porque algunas personas que me conocían me verían.

Hawke me vería.

El revoloteo se convirtió en grandes aves de presa que empezaron a picotear mis entrañas. Estaba tan... nerviosa.

—Vamos. —Tawny me agarró de la mano y me arrastró a la sala de baño, donde estaba el único espejo de mis aposentos, uno grande, casi de cuerpo entero. Me condujo directa hacia donde estaba apuntalado contra el rincón—. Mira.

Estuve a punto de cerrar los ojos, por tonto que pueda parecer, pero al final miré. Contemplé mi reflejo, no muy segura de si me reconocía, y no tenía nada que ver con la falta de velo y el antifaz rojo que había llegado con el vestido.

—¿Qué opinas? —preguntó Tawny, y su reflejo apareció detrás del mío.

¿Qué opinaba? Me sentía... desnuda.

Mi vestido era precioso. De eso no había ninguna duda. Las mangas de gasa carmesí, del tono justo para ocultar las cicatrices de la cara interna de mis brazos, eran largas y sueltas, con un delicado reborde de encaje en los puños. La finísima tela era opaca en el pecho y hasta los muslos, se amoldaba a mis curvas y ocultaba todas las zonas pertinentes. La falda era suelta y una franja de gasa más gruesa creaba la ilusión de volantes cada pocos centímetros, pero todo lo demás era tan traslúcido como un camisón.

La verdad es que tenía que haberme probado el vestido antes. Llevaba días colgado en mi armario. No tenía ni idea de por qué no lo había hecho.

Mentira.

Sabía que si me lo hubiese probado, lo más seguro es que lo habría devuelto.

Tawny me había convencido para dejarme casi todo el pelo suelto. Solo había retirado los laterales de mi cara, recogidos con pequeñas horquillas. El resto caía hasta la mitad de mi espalda en ondas suaves.

Hawke me vería con ese vestido.

—A lo mejor podría usar el pelo como capa —sugerí. Separé la melena en dos secciones y me las eché por encima de los hombros.

—Oh, por todos los dioses —se rio Tawny, quitando mis manos de en medio. Cepilló las espesas ondas otra vez—. No se ve nada.

—Lo sé, pero... —Me puse las manos frías contra las mejillas arreboladas.

—Nunca te habían dejado ponerte algo así —terminó ella por mí—. Lo comprendo. No pasa nada por estar nerviosa. —Dio un paso atrás y rebuscó en la pequeña bolsa que había traído consigo—. Pero estás preciosa, Poppy.

—Gracias —murmuré, mirando mi reflejo. Sí que me sentía preciosa con ese vestido. Cualquiera lo haría.

Tawny volvió a mi lado, un botecito en una mano y un fino pincel en la otra.

—Mantén los labios separados y no te muevas.

Hice como me había ordenado y me mantuve completamente quieta mientras me pintaba los labios del mismo tono que mi vestido. Cuando terminó, dio un paso a un lado. Mis labios estaban... brillantes.

Jamás me había pintado los labios o los ojos hasta entonces. Como es obvio, no me estaba permitido. ¿Por qué? Se suponía que mi piel debía ser tan pura como mi corazón, o algo así. No tenía ni idea. Una vez, la duquesa me lo había explicado, pero puede que desconectara a mitad de esa conversación.

—Perfecta —murmuró Tawny. Devolvió el botecito y el pincel a su bolsa—. ¿Estás lista?

No.

Para nada.

Pero tenía que estarlo. El Rito empezaría al anochecer y el sol ya se estaba poniendo.

Con el pulso acelerado, asentí. Tawny me sonrió y creo que le devolví la sonrisa. O al menos esperé haberlo hecho mientras la seguía hacia la

habitación principal. Me sentía un poco mareada cuando alargué la mano hacia la puerta para abrirla. Hawke estaría ahí fuera con Vikter, y tenía ganas de dar media vuelta y echar a correr. Adónde, no tenía ni idea. Quizás a la cama, donde podría envolver la manta alrededor de...

Vikter estaba solo.

Miré a un lado y otro de la puerta, esperando ver a Hawke, pero el pasillo estaba desierto.

—Estáis preciosas las dos —dijo Vikter. Era... extraño verlo vestido con ropa que no fuese negra y sin la capa blanca de un guardia real. Iba vestido para el Rito, con una túnica sin mangas de un tono carmesí oscuro y pantalones a juego.

—Gracias —dijo Tawny, y enroscó un brazo con el mío mientras yo murmuraba lo mismo. Vikter esbozó una sonrisa al mirarme.

—¿Estás segura de que estás lista, Poppy?

—Lo está —contestó Tawny por mí, y me dio unas palmaditas en el brazo.

—Lo estoy —dije, al darme cuenta de que Vikter no empezaría a andar si no decía nada.

Asintió y los tres emprendimos el camino pasillo abajo. ¿Hawke no trabajaba esta noche? Había dado por sentado que los dos estarían de guardia hoy que yo estaría en el Rito, pero ¿y si me había equivocado? Pero él había dicho que sentía... curiosidad por verme. ¿No significaba eso que, aunque no estuviera de guardia, asistiría a la ceremonia?

Noté los intensos latidos de mi corazón mientras bajábamos las escaleras hacia el primer piso. No debería importarme que estuviera aquí, ni lo que había dicho. No me había vestido para él.

Pero ¿dónde estaba?

Me dije que no debía preguntarlo. Me lo recordé una y otra vez, pero lo solté de todos modos.

—¿Dónde está Hawke?

—Creo que tuvo que ir a ver al comandante. Se reunirá con nosotros en el Rito.

Sentí un gran alivio y, tras él, la casi dulce emoción de la anticipación. Solté el aire con fuerza. Si mi pregunta o mi reacción habían extrañado a Vikter, no lo demostró. Tawny, en cambio, me apretó el brazo. La miré de reojo.

Me sonrió y, a pesar de que el antifaz cubría sus cejas, sabía que una de ellas estaría levantada.

Seguimos nuestro camino hasta el vestíbulo, donde encontramos a mucha gente. Plebeyos y lores y damas, tanto ya Ascendidos como los que aún estaban a la espera, y trabajadores... Todos formaban un mar carmesí. Colonias y perfumes se mezclaban con los sonidos de risas y conversación.

Era... mucho para asimilar mientras pasábamos por delante de una de las estatuas. Lo primero que hice fue cerrar mi don a cal y canto, fortificar mis muros. Pero mi corazón seguía acelerado cuando entramos en la sala de estandartes. El imponente arco del Gran Salón se abría delante de nosotros, iluminado con gran brillantez.

El aire parecía entrar y salir de mis pulmones sin ningún efecto. Y entonces llegamos al Gran Salón.

Por todos los dioses...

Había tantísima gente... Cientos de personas merodeaban por delante del estrado elevado, entre las columnas y en los recovecos formados por los ventanales. Por lo general, yo estaría en el estrado, apartada de la muchedumbre, pero esta noche no. Todavía me sorprendía que el duque y la duquesa no hubiesen exigido que me reuniera con ellos, pero simplemente no había sitio suficiente. No cuando había al menos media docena de miembros del templo en el estrado, incluida la sacerdotisa Analia, y el mismo número de guardias reales.

Miré a mi alrededor e intenté controlar mi respiración. Los estandartes blancos y dorados que solían colgar entre las ventanas y detrás del estrado habían sido sustituidos por los estandartes carmesíes del Rito, bordados con el sello real. Flores de un intenso tono rojo brotaban de las urnas, variantes de rosas y otras flores del mismo color. Al lado del estrado había una interrupción en el color, un manchurrón de blanco en medio de tanto rojo. Por una vez, no era yo la que destacaba. Ataviados con túnicas y vestidos blancos, los segundos hijos e hijas esperaban con sus familias. Detrás de ellos, estaban congregados los padres de los terceros hijos e hijas, sus niños en brazos. Todos ellos, incluso los padres, llevaban guirnaldas de rosas rojas e hilo de bramante sobre la cabeza.

—Si no vuelvo a ver una rosa jamás, viviré feliz —comentó Tawny, siguiendo la dirección de mi mirada—. No tienes ni idea de la cantidad de espinas que he tenido que quitarme de los dedos mientras hacía esas coronas.

—Sí, pero son preciosas —le dije, mientras Vikter escudriñaba a la multitud que seguía entrando.

La mayoría no nos prestaba atención alguna mientras paseábamos entre ellos. Solo unos pocos nos miraron dos veces al vernos. Se les abrían mucho

los ojos detrás de sus antifaces cuando reconocían a Tawny o a Vikter, conscientes de que tenía que ser yo la que iba entre ambos. Me sonrojé, pero casi nadie se percató. Para todos los demás, era solo... una más, igual que ellos. En gran medida, me confundía con ellos. No era nadie.

La presión se aflojó en mi pecho a medida que mi pulso se apaciguaba. Respirar empezó a resultar mucho más fácil y los muros mentales que bloqueaban mi don ya no parecían a punto de desmoronarse.

No era la Doncella ahora mismo.

Era Poppy.

Cerré los ojos un instante, mis músculos tensos como la cuerda de un arco se relajaron. Esto... *esto* era lo que había estado deseando... poder ser solo Poppy.

Y eso hacía que estos momentos, esta noche, fuesen un poco mágicos.

Abrí los ojos y levanté la vista hacia el estrado otra vez, aunque hice caso omiso del extremo izquierdo, donde estaba la sacerdotisa. Vi a la duquesa, que hablaba con un guardia real al que reconocí porque solía estar a la puerta de la oficina del duque. Miré por todo el estrado, pero no vi al duque. Me preguntaba dónde estaría, cuando uno de los sacerdotes se reunió con la duquesa y el guardia real. Mis ojos se deslizaron hacia los que estaban delante del estrado y mi emoción se diluyó un poco al recordar a la familia Tulis. Debían de estar ahí con su hijo, preparándose para despedirse de otro hijo más. Esta noche no sería una celebración para ellos, ni...

—Doncella.

Se me pusieron de punta los pelos de la nuca al mirar hacia atrás, aunque ya sabía a quién vería.

Lord Brandole Mazeen.

Capítulo 23



Aparte del duque y del Señor Oscuro, él era la última persona a la que quería ver de pie detrás de mí. Como la de Vikter, su túnica no tenía mangas, y detrás de su antifaz, sus ojos negros como el carbón parecían brillar. Conseguí mantener la voz neutra al responder.

—Milord.

Una sonrisa sardónica de labios apretados retorció su boca, mientras deslizaba los ojos por mi cuerpo, con una lentitud y una actitud que me hicieron desear ir enfundada de la cabeza a los pies en un saco. Al cabo de un rato, apartó la vista y asintió en dirección a Tawny y a Vikter. A continuación, volvió a centrarse en mí.

—He oído que cierta sacerdotisa está muy descontenta contigo. —La tensión volvió e hincó sus rígidas garras en mi cuello mientras lo miraba. El lord se acercó; demasiado para considerarse correcto—. Creo que te espera otra lección, querida.

Ahogué una exclamación, casi mareada por su extraña colonia densa y almizcleña. Mis ojos volaron hacia los del lord cuando el aroma despertó un recuerdo. El hombre no había olido a colonia la noche en que me había arrinconado en aquella salita, la noche que habían asesinado a Malessa.

Había olido a otra cosa... a algo dulce y almizcleño.

Jazmín.

Había olido a jazmín.

Mi cabeza volvió de inmediato al pétalo que encontré debajo de la butaca en la habitación donde habían encontrado a Malessa. No había habido jazmín en esa habitación, a menos que lo hubiesen sustituido por los lirios, pero ¿no había dicho Tawny...?

—Perdone —intervino Vikter. Puso una mano sobre mi brazo—. Tenemos que...

—No hay ninguna necesidad de que huyáis. —Los ojos de Mazeen seguían fijos en los míos—. Seguiré mi camino. Disfrutad del Rito. —Y con eso, pasó por nuestro lado y bajó las escaleras hacia la planta principal del Gran Salón.

—¿De qué iba eso? —preguntó Vikter en voz baja.

—No ha sido nada. —Mis pensamientos iban a toda velocidad. Me giré hacia Tawny—. Me dijiste que habías visto a Malessa el día que murió. Por la mañana, ¿verdad?

—Sí. La vi —afirmó Tawny, los labios fruncidos.

—¿Llevaba un ramo de flores? ¿Te acuerdas del tipo de flores?

—Yo... —Parpadeó, dubitativa—. No lo sé. Sé que eran blancas. —El pétalo de la habitación había sido blanco, y seguro que era jazmín. Se me revolvió el estómago. Tawny buscó mis ojos con su mirada—. ¿Por qué lo preguntas?

—Eso —apuntó Vikter.

—No lo sé... —Miré entre la masa de gente, incapaz de encontrar al lord. Recordé cómo se había quedado en el umbral de la puerta, mirando a Malessa sin moverse. Había estado ahí cuando Rylan me acompañó de vuelta a mis aposentos. Y antes había salido de una de las salitas. De cuál, no estaba segura, aunque ¿qué significaba nada de eso en cualquier caso?

Podía haber estado con Malessa antes de que muriera, o podía ser solo una coincidencia, pero la había matado un atlantiano. Eso estaba claro. Ninguna otra criatura hubiese podido hacer semejante herida sin llenarlo todo de sangre.

—Poppy. —Vikter me tocó el brazo con suavidad mientras la sacerdotisa iba hacia el centro del estrado—. ¿Va todo bien?

Asentí. Hablaría con él más tarde sobre el tema, aunque ni siquiera estaba segura de lo que estaba pensando.

—¿Dónde está el duque? —susurró Tawny—. El Rito va a empezar.

Era verdad que seguía sin aparecer. La duquesa no hacía más que caminar hacia su izquierda, una zona del estrado a la que se podía acceder por la puerta de atrás.

—Estamos aquí reunidos esta noche para honrar a los dioses —empezó la sacerdotisa, acallando a la multitud congregada en la sala—. Para honrar al Rito.

—Perdón —sonó una voz suave desde detrás de nosotros.

Me giré al mismo tiempo que Vikter y me topé con otra sorpresa al reconocer a la mujer que estaba ahí de pie.

Era Agnes.

Oh, por todos los dioses...

Abrí mucho los ojos cuando la mujer miró con nerviosismo de Vikter a mí. Iba vestida de rojo, como todos los demás, una falda y una blusa teñida a juego. Tenía mejor aspecto que la última vez que la había visto, pero había oscuras sombras bajo sus ojos que me indicaban que su luto no había sido fácil.

—Siento interrumpir —se disculpó. Mantuvo los ojos bajos—. Te he visto... y he tenido que acercarme.

—No pasa nada. —Vikter me lanzó una mirada—. ¿Quieres hablar conmigo en algún sitio más privado? —La mujer asintió sin levantar la vista, aunque no creí ni por un segundo que no se diera cuenta de quién era yo. Vikter me miró a los ojos—. Vuelvo enseguida.

—De hecho, querría hablar con ella —dijo Agnes, al tiempo que la sacerdotisa se enfrascaba en una oración—. Si fuera posible. —Levantó la vista un instante hacia mí—. Será solo un momento.

Vikter amagó con denegar su petición, pero la gente empezaba a fijarse en nosotros y lanzaban airadas miradas de reprimenda en nuestra dirección.

—Está bien —me apresuré a decir—. Podemos hablar afuera.

¿*Quién es esa?*, articuló Tawny sin hacer ni un ruido. Meforcé a encoger los hombros con actitud casual.

—Os espero aquí —me dijo.

Vikter se apresuró a conducir a Agnes al pasillo casi desierto, donde unos cuantos rezagados corrían hacia el Salón. Nos llevó hasta una salita cerca de uno de los arcos abiertos que daban al jardín.

—Ha sido muy inapropiado que te acercaras a nosotros —empezó casi de inmediato.

—Lo sé. Lo siento. No he debido hacerlo, pero... —Me miró y sus ojos se abrieron un pelín—. No creí que fueras a estar aquí.

—¿Cómo has sabido que era yo? —pregunté.

La cabeza de Vikter voló hacia mí, su antifaz hacía muy poco por ocultar su incredulidad. Sin embargo, el hecho de que me hubiese identificado cuando no había visto mi cara merecía el riesgo.

—No lo sabía, hasta que oí a ese Ascendido, quiero decir el lord, hablando contigo —explicó—. No esperaba verte aquí —repitió.

—Maldita sea —masculló Vikter en voz baja.

Bueno, esta era otra cosa por la que podía odiar a lord Mazeen. Aunque tampoco era que necesitara más razones.

—¿De qué querías hablar?

Agnes intentó tragar saliva con un esfuerzo evidente.

—Si pudiera hablar con ella en privado...

—Eso no va a ocurrir. —La suavidad había desaparecido del tono de Vikter—. Para nada.

Una expresión turbada cruzó la congestionada cara de la mujer.

—Así es —confirmé—. Sea lo que fuere, puedes decirlo delante de Vikter.

—Yo... —Agnes cruzó las manos—. Es solo que... quería darte las gracias por lo que hicisteis. —Miró a su alrededor antes de continuar—. Lo que hicisteis por mi marido y por mí.

—No tienes por qué darlas —la tranquilicé, aunque me pregunté por qué habría querido hablar conmigo en privado sobre eso. Por cómo entornaba los ojos, era obvio que Vikter se preguntaba lo mismo.

—Lo sé. Habéis sido muy amables. Los dos. No creo... no, estoy *segura* de que no hubiese sido capaz de solucionarlo por mí misma. Solo... —Se quedó callada, apretó los labios.

Sonaron vítores dentro de la sala y eché una miradita hacia la entrada. Estaban anunciando nombres. Lores y damas en espera que empezaban una nueva vida.

—¿Solo qué...? —preguntó Vikter.

—Solo es que... —Su pecho se hinchó cuando respiró hondo—. Oí lo que te había pasado... lo que ha estado pasando aquí. Esa... esa pobre chica. Y que alguien intentó secuestrarte. Hay rumores.

—¿Qué rumores? —exigió saber Vikter. Agnes se humedeció los labios.

—La gente dice que fue el Señor Oscuro el que vino a por ti. —No es que fuese nada nuevo, pero aun así se me puso la carne de gallina—. En cuanto a esa pobre chica, no lo sé —continuó Agnes—. Solo es que... no creí que fuera a verte aquí esta noche. Cuando os vi, sentí que tenía que contarte lo que he oído.

—Gracias —dije, justo cuando sonaba otro clamor en el salón—. Te lo agradezco mucho.

—Solo quiero asegurarme de que estás a salvo. —Agnes me miró a los ojos un instante.

—Yo también. —Vikter se irguió en toda su altura. La mujer asintió.

—Sobre todo en multitudes como esta. Hay tanta gente aquí reunida... y si... si ya consiguió entrar una vez, podría hacerlo de nuevo. También podrían hacerlo otros.

—Ha entrado dos veces —la corregí—. O al menos dos de sus seguidores. Agnes abrió la boca, pero luego la volvió a cerrar.

—Supongo que ya te habrás dado cuenta de que soy su guardia real personal —dijo Vikter. Agnes asintió—. Mi único deber es mantenerla a salvo. Y agradezco tu disposición a contarme lo que has oído. —Agnes volvió a asentir—. Estaríamos para siempre en deuda contigo si nos dijese todo lo que sabes —continuó Vikter—. Y me da la sensación de que hay cosas que no nos has contado.

Levanté la vista de golpe hacia Vikter.

—No estoy segura de lo que quieres decir.

—¿Ah, no? —preguntó Vikter con suavidad. Agnes negó con la cabeza.

—Ya os he robado mucho tiempo. Debería marcharme. —Empezó a retroceder—. Lo siento. Es solo... —Me miró a los ojos—. Ten cuidado. Por favor. —Dio media vuelta y se alejó a toda prisa hacia la entrada del castillo. Vikter hizo ademán de seguirla pero luego desistió.

—Maldita sea —gruñó—. ¿Dónde está Hawke?

—No lo sé. —Miré a nuestro alrededor, mis ojos se demoraron en uno de los arcos del jardín y la oscuridad que se extendía más allá—. ¿Qué crees que no nos ha contado?

—No estoy seguro. —Se pasó una mano por el pelo—. Es solo una sensación. A lo mejor solo estoy siendo paranoico. Vamos. —Apoyó una mano en mi espalda—. Seguro que no es nada.

Yo no estaba tan segura de que Vikter creyera eso, pero dejé que me condujera de vuelta al Gran Salón hasta donde esperaba Tawny.

—¿Va todo bien? —preguntó cuando nos vio llegar.

—Sí. —O al menos eso esperaba. No tenía ni idea de qué pensar sobre lo que había dicho Agnes. Tawny miró a Vikter antes de informarme de cómo iba la cosa.

—Casi han terminado con los terceros hijos e hijas.

—¿El duque todavía no ha llegado? —pregunté, tras mirar hacia el estrado.

—No —susurró—. Qué raro, ¿verdad?

Era muy raro. ¿Habría sucedido algo cuando fue a ver al Descendente la noche anterior? Si fuese así, habrían dicho algo. Entre la ausencia del duque, mis sospechas con respecto a lord Mazeen y la inesperada presencia de

Agnes, mi mente daba vueltas sin parar mientras la ceremonia continuaba. Para ser del todo sincera, me sonaba como si el sacerdote estuviese hablando en otro idioma. A lo mejor era así. Era incapaz de prestar atención, y era una pena porque siempre había sentido curiosidad por el...

Sentí un cosquilleo en la nuca, seguido de una fortísima sensación de que alguien me observaba. No podía explicarlo, pero sabía que cuando mirara hacia atrás, lo vería.

Hawke.

Y estaba en lo cierto.

La siguiente bocanada de aire que respiré no pareció ir a ninguna parte. Deslicé los ojos por los pantalones carmesí y la túnica roja que mostraba solo un asomo de piel debajo de su cuello, también por la cincelada línea de su mandíbula y sus sensuales labios. La curva de su antifaz rojo atraía la mirada hacia la prominencia de sus pómulos. Un mechón de pelo oscuro caía por su frente y rozaba la rígida tela.

Estaba...

Hawke tenía el mismo aspecto que imaginaba que tendría uno de los dioses que esperaban en los templos: despampanante e inalcanzable, atractivo de un modo que daba un poco de miedo.

Y sabía que él me miraba con la misma intensidad que yo a él. Sentí una sucesión de estremecimientos al paso de sus ojos, que se deslizaron sobre mí con tal concentración que parecían una caricia. Cada centímetro de mi piel, lo que estaba expuesto y lo que no, se volvió hipersensible de pronto. El aleteo regresó con fuerzas redobladas.

—Hola —le dije, y deseé de inmediato haber mantenido la boca cerrada. Un lado de sus labios se curvó hacia arriba y ese hoyuelo suyo hizo acto de aparición.

—Estás... preciosa —comentó, y mi estómago dio la más placentera de las volteretas. Se volvió hacia Tawny—. Tú también.

—Gracias —contestó ella con una sonrisa. Hawke miró a Vikter.

—Tú también.

Vikter soltó un bufido y yo sonreí mientras Tawny se reía como una tonta.

—Es verdad que estás muy guapo esta noche —comentó, y juro que las mejillas de Vikter se sonrojaron mientras me giraba hacia el estrado—. Siento el retraso —se disculpó Hawke, colocándose a mi lado.

—¿Va todo bien? —pregunté, sin apartar la vista del estrado. Si lord Mazeen sabía lo que había pasado con la sacerdotisa Analia, estaba claro que

había ido a contárselo al duque, como era de esperar. Dudaba mucho de que no hubiese dicho nada sobre lo que había hecho Hawke.

—Claro —repuso—. He tenido que ayudar a hacer unos barridos de seguridad. No creí que fuésemos a tardar tanto.

Tenía ganas de preguntarle si alguien le había dicho algo sobre lo ocurrido con la sacerdotisa. Claro que si lo decía delante de Vikter, empezaría a hacer preguntas, y no quería que se preocupara.

Mientras todos los entregados a la Corte o a los templos eran conducidos fuera de la sala, la duquesa bajó del estrado para hablar con las familias y luego con otros miembros de la Corte. Al lado del estrado, una orquesta empezó a tocar y entraron sirvientes por las puertas laterales, cargados con bandejas llenas de copas de champán. Los lores y damas ya Ascendidos, junto con los que estaban en espera, se dividieron en grupos más pequeños. Varios comerciantes y otros plebeyos se unieron a ellos.

Vikter miraba la cabecera del estrado. Luego se giró hacia mí.

—Tengo que hablar con el comandante —me informó. Cuando asentí, se volvió hacia Hawke.

—Yo me ocupo de ella —contestó Hawke antes de que Vikter pudiese hablar siquiera, y ese estúpido revoloteo cosquilloso golpeó mi estómago de nuevo.

Esperaba que Vikter discutiera su afirmación, pero me sorprendí al ver que aceptaba la respuesta. ¿Empezaba a gustarle Hawke? ¿A confiar en él? ¿O solo quería pillar por banda al comandante antes de perderlo de vista?

Lo más seguro era que fuese esto último.

—¿Me he perdido algo? —Hawke se colocó a mi derecha, a unos veinte centímetros por detrás de mí.

—No —contestó Tawny—. A menos que te apeteciese escuchar un puñado de oraciones y ser testigo de unas cuantas despedidas lacrimosas.

—No en particular —comentó en tono seco. Eso me recordó algo. Miré a Tawny.

—¿Han llamado a la familia Tulis?

—¿Sabes? —Frunció el ceño—. Creo que no.

¿Significaba eso que no habían ido? Si era así, lo considerarían traición. Mandarían guardias a su casa, al niño lo enviarían de todos modos a servir a los dioses, y lo más probable fuera que al señor y la señora Tulis los enviaran a prisión.

La única manera de que tuviesen una oportunidad sería marcharse de la ciudad, pero no entraba ni salía nadie de ella sin que lo supiesen los Regios.

Tendrían que tener unos contactos increíbles para intentarlo siquiera y, aunque lo hicieran, ¿adónde irían? Enviarían mensajes a todas las ciudades y pueblos cercanos para que estuvieran atentos a ellos.

Aun sabiendo todo eso, comprendía a la perfección por qué correrían el riesgo. Era su único hijo.

Dejé esos pensamientos a un lado al ver que se acercaba la duquesa, flanqueada por varios guardias reales que, al igual que Vikter y Hawke, habían cambiado sus capas blancas y su habitual atuendo negro.

—Penellaphe —me saludó, su sonrisa bien ensayada plantada en la cara.

—Excelencia —murmuré, con el mayor recato posible.

La duquesa asintió en dirección a Tawny y Hawke, al que miró durante unos segundos. Tuve que morderme el carrillo por dentro para evitar sonreír.

—¿Estás disfrutando del Rito?

Teniendo en cuenta que solo había visto unos pocos minutos, asentí.

—¿Su Excelencia el duque no va a venir?

—Se le ha debido de hacer tarde —contestó de manera desenfadada, pero las comisuras de su boca se tensaron. Se acercó más a mí y bajó la voz—. Recuerda quién eres, Penellaphe. No debes mezclarte con los demás ni socializar.

—Lo sé —la tranquilicé. Sus ojos oscuros se cruzaron un instante con los míos y después siguió su camino, como un colibrí enojado, revoloteando de un grupo de personas al siguiente. Un poco más allá, sonaron unas risas que llamaron mi atención. Vi a Loren y Dafina.

—Tengo una pregunta —dijo Hawke. Incliné la cabeza.

—¿Sí?

—Si se supone que no debes mezclarte con los demás ni socializar, que por cierto, son la misma cosa —empezó, y yo sonreí—, ¿cuál es el objetivo de permitirte asistir al Rito?

Se me borró la sonrisa.

—En verdad, esa es una pregunta muy buena —señaló Tawny, las manos cruzadas con modestia delante de ella.

—Para ser sincera, no estoy segura de cuál es el objetivo —admití.

Durante varios minutos, nos quedamos en silencio. Perdí de vista a la duquesa, y por lo que pude ver, el duque seguía sin aparecer.

Suspiré al mirar a Tawny.

De verdad que estaba realmente despampanante esta noche. El rojo complementaba a la perfección el vivo tono marrón de su piel. Supe lo que miraba con tanta intensidad sin tener que seguir la dirección de sus ojos. Su

expresión solo podía describirse como anhelante mientras observaba a los presentes emparejarse para un vals que lo más probable era que yo habría sido incapaz de aprender aunque me lo hubiesen permitido. Sus ojos seguían todos sus movimientos con pasión y yo sabía a ciencia cierta que conocía cada uno de los pasos de ese baile. ¿Por qué estaba aquí y no ahí fuera con el resto de ellos?

Por supuesto, sabía la respuesta.

Era por mí.

La culpabilidad se instaló en mi pecho como una piedra.

—¿Tawny?

—¿Sí? —contestó, girándose hacia mí.

—No tienes que quedarte aquí a mi lado. Puedes ir allí y pasártelo bien.

—¿Qué? —Arrugó la nariz contra su antifaz—. Me lo estoy pasando bien. ¿Tú no?

—Claro que sí, pero no tienes por qué quedarte aquí pegada a mí. Deberías estar ahí fuera. —Hice un gesto hacia los bailarines y más allá, donde la gente estaba reunida en grupitos de tres o cuatro—. No pasa nada.

—Estoy bien. —Se le plantó una sonrisa radiante en la cara y se me comprimió el corazón—. Prefiero estar aquí contigo que ahí fuera sin ti.

—Eres la mejor —dije. Deseé poder abrazarla. En lugar de eso, estiré la mano hacia ella y le di un apretoncito en el brazo—. De verdad que lo eres, pero esta noche no tienes por qué ser mi sombra. Ya tengo otras dos.

Tawny miró por encima de mi hombro.

—Bueno, en realidad tienes solo una. Vikter sigue con el comandante.

—Y una es todo lo que necesito. Por favor. —Le di otro apretón en el brazo—. Ve, Tawny. Por favor.

Me miró a los ojos y noté que vacilaba. Antes de que pudiera decidir no ir, opté por mentir.

—De hecho, estoy muy cansada. No dormí nada bien ayer por la noche, así que no tengo pensado quedarme aquí abajo demasiado rato más.

—¿Estás segura?

Asentí. Todo el cuerpo de Tawny prácticamente vibraba por el esfuerzo que hacía para no lanzar los brazos a mi alrededor, pero consiguió limitarse a un asentimiento discreto cuando le solté la mano. Me dedicó una última mirada larga y luego bajó las escaleras y cruzó la pista hacia donde Dafina y Loren estaban charlando con tres lores en espera.

Sonreí, aliviada. Esperaba de todo corazón que se permitiera disfrutar de la noche, y sabía que, para eso, tenía que irme. Si me quedaba ahí abajo el

tiempo que fuera, plantada entre los enormes geranios rojos, Tawny volvería a mi lado.

Noté que Hawke se acercaba incluso antes de que hablara, y una temblorosa oleada de calidez danzó por toda mi piel. Giré la cabeza hacia la derecha para encontrarlo tan solo unos centímetros detrás de mí.

—Eso ha sido muy amable por tu parte —comentó, sin apartar la vista de la multitud.

—No creas. ¿Por qué tendría que quedarse ella aquí plantada sin hacer nada, solo porque es todo lo que puedo hacer yo?

—¿De verdad es esto todo lo que se te permite hacer?

—Estabas ahí mismo cuando Su Excelencia me ha recordado que no debía mezclarme con los demás o...

—O fraternizar.

—Ha dicho «socializar» —lo corregí.

—Pero no tienes que quedarte aquí.

—No. —Me volví otra vez hacia el salón y me tragué otro suspiro. Tenía que marcharme. La idea de volver a mis habitaciones tenía muy poco atractivo, pero si no lo hacía, Tawny regresaría a mi lado—. Me gustaría volver a mi habitación.

—¿Estás segura?

No.

—Por supuesto.

—Después de ti, princesa.

Di media vuelta y entorné los ojos mientras él daba un paso a un lado.

—Tienes que dejar de llamarme así.

—Pero es que me gusta.

Pasé a su lado y levanté un poco mi falda para subir el pequeño escalón.

—Pero a mí no.

—Eso es mentira.

Sacudí la cabeza mientras serpenteaba entre los grupos de rostros enmascarados y sonrientes. Nadie miró en mi dirección, aunque la mayoría se preguntó dos veces si de verdad habían visto a la duquesa hablando conmigo.

El aire era mucho más frío fuera del Gran Salón, cortesía de la brisa que entraba por las puertas abiertas del jardín. Lancé solo una breve mirada afuera antes de echar a andar por el pasillo.

—¿Adónde vas? —preguntó Hawke. Me detuve y lo miré, confusa.

—A mis habitaciones, como te he... —Dejé la frase a medio terminar.

Los ojos ambarinos de Hawke recorrieron mi cuerpo con actitud evaluativa, se demoraron donde mi pelo caía sobre mis hombros. Luego los deslizó por el finísimo encaje que ondulaba a lo largo del corpiño de mi vestido. El escote no era tan bajo como el de los vestidos de algunas de las damas en espera, y solo se apreciaban las curvas superiores de mis pechos, pero eso... eso era mucho para mí, visto que mis vestidos habituales tenían cuellos que me llegaban a la garganta.

—Antes me equivoqué cuando dije que estabas preciosa —comentó.

—¿Qué?

—Estás absolutamente exquisita, Poppy. Guapísima —matizó. Sacudió un poco la cabeza—. Solo... necesitaba decírtelo.

Sus palabras me produjeron una emoción tan aguda e intensa que perdí el control sobre mi don, y mis sentidos se estiraron hacia Hawke antes de que pudiera evitarlo. No sentí dolor en él, aparte del tenue zumbido de la tristeza. Mis ojos volaron hacia su rostro. Sentí... algo más. Dos emociones separadas. Una me recordaba al limón, ácida sobre mi lengua. La otra sensación era más densa y... especiada, un poco ahumada. Pensé que la primera podía ser confusión, o quizás incertidumbre. Como si no estuviese seguro de algo. La otra...

Dios mío.

Mis sentidos tardaron unos instantes en identificar lo que era. Me hizo sentir *caliente y... anhelante*. Parecía excitación.

—Tengo una idea —dijo. Levantó despacio su intensa mirada hacia mis ojos.

—¿Ah, sí? —Noté una extraña sensación de falta de aire, mientras regañaba a mi don y lo encerraba bajo llave. Hawke asintió.

—Y no incluye volver a tu cuarto.

La anticipación y la excitación se avivaron en mi interior, pero...

—Estoy bastante segura de que, si no me quedo en el Rito, lo que se espera de mí es que vuelva a mi cuarto.

—Llevas antifaz, igual que yo. No vas vestida como la Doncella. Según tu propia teoría de ayer por la noche, nadie sabrá quiénes somos ninguno de los dos.

—Sí, pero...

—A menos que quieras volver a la habitación. A lo mejor estás tan enfrascada en ese libro que...

—No estoy enfrascada en ese libro. —Me puse roja.

—Sé que no quieres quedarte enjaulada en tus aposentos. —Cuando abrí la boca, añadió—: No tienes por qué mentirme.

—Yo... —No podía mentir. No me creería nadie—. ¿Y adónde sugieres que vaya?

—Que *vayamos*. —La luz de los apliques centelleó sobre la curva de su antifaz cuando señaló el jardín con la barbilla. Me dio un vuelco al corazón al tiempo que se me comprimía.

—No sé. Es...

—Solía ser un sitio de refugio para ti —explicó—. Ahora, se ha convertido en un sitio de pesadilla. Pero solo seguirá siendo así si tú lo permites.

—¿Si lo permito? ¿Cómo cambio el hecho de que Rylan muriera ahí afuera?

—No lo cambias.

—No te sigo. No sé dónde quieres ir a parar con esto —refunfuñé, mirándolo.

Se acercó a mí, bajó la barbilla.

—No puedes cambiar lo que ocurrió ahí. Igual que no puedes cambiar el hecho de que el jardín solía proporcionarte paz. Solo tienes que sustituir tu último recuerdo, uno malo, por uno nuevo, uno bueno. Y luego sigues haciendo lo mismo hasta que el recuerdo inicial deje de superar al sustituto.

Abrí la boca, pero entonces pensé de verdad en lo que había dicho. Miré hacia la oscuridad al otro lado de la puerta. En realidad, lo que había dicho tenía sentido.

—Haces que suene tan fácil...

—No lo es. Es difícil e incómodo, pero funciona. —Extendió la mano desnuda. Bajé la vista y la miré como si un animal peligroso descansase en la palma... uno peludo y muy mono que me apetecía acariciar—. Y no estarás sola. Yo estaré ahí contigo, y no solo para protegerte.

Yo estaré ahí contigo, y no solo para protegerte.

Mi mirada de sorpresa saltó hacia su rostro. Sus palabras tocaron una fibra sensible que intentaba no tocar nunca. Por todos los dioses, no podía ni empezar a enumerar la cantidad de veces que me había sentido sola desde que Ian se había marchado, aunque rara vez estaba a solas. Sin embargo, los que más estaban conmigo, a veces lo estaban solo por obligación. Incluso Tawny y Vikter. Admitir eso no cambiaba para nada lo mucho que sabía que se preocupaban por mí y lo mucho que me importaban, pero tampoco cambiaba el hecho de que cuando estaban conmigo, a veces no estaban *presentes*. Como

no cambiaba el hecho de que sabía que mucho de eso estaba solo en mi cabeza. Esa diminuta y muy insegura parte de mí, que se preocupaba de que nuestra amistad no existiría si Tawny no fuese mi dama de compañía, no desaparecía del todo nunca. Me preocupaba que entonces sería como Dafina y Loren y las otras damas en espera.

¿Cómo lo sabía Hawke? ¿Sabía siquiera que me sentía así? Tuve ganas de preguntárselo, pero una vez más, era un tema que no me gustaba tocar ni hablar de él. La soledad a menudo traía consigo un grueso manto de vergüenza y una capa hecha de bochorno.

Pero con Hawke, incluso en el poco tiempo que lo había conocido, no me sentía sola. ¿Podía ser solo su presencia? Cuando él estaba en una habitación, parecía convertirse en el centro. ¿O era algo más? No podía negar que me atraía, estuviera prohibido o no.

Y no quería volver a mi habitación, abandonada a pensamientos confusos con los que no podía hacer nada. No quería pasar otra noche deseando vivir en lugar de realmente hacerlo.

No obstante, ¿era sensato, si estaba en lo cierto acerca de lo que sentía por él? Podía estar equivocada pero ¿y si no lo estaba? ¿Tendría la suficiente fuerza de voluntad para recordar lo que era? Ni siquiera debería intentar averiguarlo.

Pero... quería hacerlo.

Aspiré una breve bocanada de aire. Hice ademán de tomar su mano, pero me detuve.

—Si alguien me viera... te viera...

—¿Nos viera? ¿Agarrados de la mano? Por los dioses en lo alto, menudo escándalo. —Otra rápida sonrisa afloró y, esta vez, también el hoyuelo—. No hay nadie. —Miró por el pasillo a nuestro alrededor—. A menos que tú puedas ver a gente que yo no veo.

—Sí, veo los espíritus de aquellos que han hecho malas elecciones en sus vidas —repuse en tono seco. Hawke se rio entre dientes.

—Dudo de que nadie nos reconozca en el jardín. No cuando los dos llevamos máscara y solo con la luz de la luna y unas pocas farolas para iluminar el camino. —Meneó los dedos—. Además, me da la sensación de que todo el que esté ahí fuera estará demasiado ocupado como para que le importe.

Mi inmensa imaginación aportó los posibles motivos para que otras personas estuviesen demasiado ocupadas como para importarles nada.

—Eres muy mala influencia —murmuré, mientras ponía mi mano en la suya.

Hawke cerró los dedos alrededor de los míos. El peso y el calor de su mano fueron una sorpresa agradable.

—Solo los malos pueden ser influenciados, princesa.

Capítulo 24



—Esa lógica me suena un poco defectuosa —protesté. Hawke se rio y empezó a caminar hacia el arco del jardín.

—Mi lógica nunca es defectuosa.

—Creo que eso es algo de lo que uno no sería consciente si lo fuera —señalé, con una leve sonrisa.

El frío aire nocturno nos recibió cuando salimos, y mi corazón se avivó ante el dulce y familiar aroma de las flores y el rico olor de la tierra húmeda.

Mis ojos saltaron de un lado para otro un poco a lo loco, buscaba algo raro, algo diferente a la última vez que había estado ahí. Tenía que haberlo. Por el sendero principal había lámparas de aceite a intervalos regulares, pero los ramales estaban oscuros, ni siquiera la luz de la luna lograba llegar hasta ellos. Ralentiqué el paso cuando la suave brisa agitó los arbustos y revolvió mi pelo suelto.

—Uno de los últimos sitios donde vi a mi hermano —me contó Hawke con tono suave— fue en uno de mis lugares favoritos.

Eso llamó mi atención y dejé de escudriñar cada parterre de flores por el que pasábamos, en busca de algo que no sabía qué era. Era como si esperara ver pétalos marchitos manchados de sangre, o si creyera que el duque iba a aparecer por fin. La aflicción de Hawke la última vez que hablamos de su hermano me había dado la impresión de que ese era un tema del que no quería hablar, así que su comentario me pilló por sorpresa.

—Allá en mi hogar, hay cavernas ocultas que muy poca gente conoce —continuó, sus dedos aún entrelazados con los míos—. Hay un túnel en particular por el que tienes que caminar bastante. Es estrecho y oscuro. No mucha gente está dispuesta a seguirlo para encontrar lo que aguarda al final.

—Pero ¿tú y tu hermano sí lo hicisteis?

—Mi hermano, un amigo nuestro y yo lo hicimos cuando éramos jóvenes y teníamos más valor que sentido común. Pero me alegro de que lo hiciéramos porque al final del túnel había una inmensa caverna con el agua más azul, burbujeante y caliente que he visto en la vida.

—¿Como un manantial de agua caliente? —De las zonas en sombras emanaban conversaciones que se acallaban a nuestro paso.

—Sí y no. El agua de mi hogar... En realidad, no puede compararse con nada.

—¿De dónde...? —Eché un vistazo por un sendero en el que oía sonidos suaves. Tragué saliva con esfuerzo y me apresuré a apartar la mirada. Adquirí aún más conciencia de la sensación de su mano contra la mía, los ásperos callos de las palmas y la fuerza de su agarre. Pensé en esa sensación pesada, especiada y ahumada que había percibido en él hacía un rato—. ¿De... de dónde eres?

—De un pueblecito del que estoy seguro que no has oído hablar jamás —dijo. Me dio un apretoncito en la mano—. Nos escabullíamos a la caverna a cada oportunidad que teníamos. Los tres. Era como nuestro propio mundillo particular y, al mismo tiempo, estaban pasando muchas cosas, cosas que eran demasiado serias y adultas para que las comprendiéramos entonces. —Su voz había adquirido un tono lejano, como si estuviese en un espacio y un tiempo diferentes—. Necesitábamos esa vía de escape, donde podíamos ir y no preocuparnos por lo que podía estar estresando a nuestros padres, ni asustarnos por todas las conversaciones susurradas que no entendíamos del todo. Comprendíamos lo suficiente como para saber que presagiaban algo malo. La caverna era nuestro refugio. —Se paró y bajó la vista hacia mí—. Del mismo modo que este jardín era el tuyo.

La fuente de la Doncella con velo estaba a tan solo unos metros de nosotros, el sonido del agua nos rodeaba.

—Los perdí a los dos —dijo, los ojos medio ocultos por las sombras, pero su mirada tan poderosa como siempre—. A mi hermano cuando éramos más jóvenes, y luego a mi mejor amigo, unos años después. El lugar que antes estaba lleno de alegría y aventura se había convertido en un cementerio de recuerdos. No podía ni pensar en volver allí sin ellos. Era como si el sitio estuviese embrujado.

No necesitaba abrir mis sentidos para saber que el dolor supuraba en su interior, pero no era muy buena idea utilizar mi habilidad dos veces con él, sobre todo ahora que estaba evolucionando. En cambio, a través de nuestras

manos conectadas, me concentré en mis demasiado escasos pensamientos felices y dejé que fluyeran hacia él durante un instante.

Sentí que su mano temblaba un poco, así que empecé a hablar, con la esperanza de distraerlo.

—Te entiendo. Yo no hago más que mirar a nuestro alrededor y pensar que el jardín debería tener un aspecto distinto. Doy por sentado que debería haber un cambio visible para representar la sensación que me transmite ahora.

Hawke se aclaró la garganta.

—Pero está igual que siempre, ¿verdad? —Asentí—. Tardé mucho tiempo en reunir el valor suficiente para volver a la caverna. Yo también me sentía así. Como que seguro que el agua se había vuelto lodosa en mi ausencia, sucia y fría. Pero no. Estaba tan tranquila, azul y caliente como siempre había estado.

—¿Sustituiste los recuerdos tristes por otros alegres? —pregunté. En el rayo de luz de luna que cortaba a través de su cara apareció media sonrisa mientras sacudía la cabeza. Las líneas de su rostro se habían relajado.

—No he tenido la oportunidad, pero pienso hacerlo.

—Espero que así sea —dije, a sabiendas de que, como guardia real, era poco probable que pudiese hacerlo en muchos años. La brisa revolvió varios mechones de mi pelo por mis hombros y mi pecho—. Siento lo de tu hermano y tu amigo.

—Gracias. —Levantó la vista hacia el cielo estrellado—. Sé que no es como lo que sucedió aquí, con Rylan —me dijo—, pero entiendo lo que se siente.

Bajé la vista hacia donde su mano todavía sujetaba la mía. Mi agarre era al mismo tiempo suelto y rígido, los dedos estirados en lugar de ceñidos. Tenía ganas de cerrar los dedos en torno a los suyos...

—A veces, creo... creo que es una bendición que fuera tan pequeña cuando Ian y yo perdimos a nuestros padres. Mis recuerdos de ellos son tenues y, debido a eso, hay una... no sé, una especie de ¿desapego? Por mal que pueda sonar, en cierto modo tengo suerte. Hace que lidiar con su muerte sea mucho más fácil, porque es casi como si no fueran reales. Pero para Ian no es lo mismo. Él tiene muchos más recuerdos que yo.

—No hay nada malo en ello, princesa. Creo que solo es la forma en que funcionan el cerebro y el corazón —explicó—. ¿No has vuelto a ver a tu hermano desde que se fue a la capital?

Negué con la cabeza.

—Escribe tan a menudo como puede. Normalmente, una vez al mes, pero no lo he visto desde la mañana en que se fue. —Apreté los labios, cerré los dedos en torno a los suyos y mi estómago dio una pequeña sacudida. Ya no me daba la mano. Los dos *nos dábamos* la mano. Para mucha gente, eso no sería nada. Habría quienes quizás lo encontrarían tonto, pero para mí era algo enorme, y *disfruté* cada momento—. Lo echo de menos. —Levanté la vista y descubrí que Hawke me estaba mirando—. Estoy segura de que tú echas de menos a tu hermano y... espero que lo veas de nuevo.

Su cabeza se ladeó un pelín y su boca se abrió, como si estuviera a punto de decir algo, pero entonces se cerró. Pasó un momento y levantó la otra mano para atrapar un mechón de mi pelo. Se me cortó la respiración por la sorpresa cuando una oleada de escalofríos siguió al roce de sus nudillos por la piel desnuda de encima de mi pecho. Y los escalofríos no pararon ahí. Bajaron por debajo de mis pechos y más abajo.

Sonrojada, solté su mano y di un paso atrás. Luego me giré. Con el pulso desbocado, crucé las manos. ¿Era normal tener una respuesta tan intensa a un roce de la piel? No estaba segura, pero no podía imaginar que lo fuera. Di unos pasos mientras buscaba algo que decir. Cualquier cosa.

—Yo... —Me aclaré la garganta—. Mi lugar favorito del jardín es el rincón de las rosas de floración nocturna. Hay un banco allí —proseguí—. Solía venir casi todas las noches a ver cómo se abrían. Eran mi flor favorita, pero ahora me cuesta incluso mirar las que han cortado y puesto en jarrones.

—¿Quieres que vayamos ahora? —preguntó Hawke, tan solo treinta centímetros detrás de mí.

Lo pensé un poco, recordé los sedosos pétalos negros y las oscuras flores violetas de los jacarandás... y la sangre que se había extendido por el sendero. La manera en que había llenado las grietas de la piedra me recordaba a una noche diferente.

—Creo... creo que no.

—¿Te gustaría ver mi sitio favorito?

Giré la cabeza cuando se puso a mi lado.

—¿Tienes un sitio favorito?

—Sí. —Me ofreció la mano una vez más—. ¿Quieres verlo?

Consciente de que no debía, pero de algún modo incapaz de evitarlo, puse mi mano en la suya. Hawke se quedó callado mientras me conducía alrededor de la fuente y por el sendero principal. No supe adónde me llevaba hasta que giró a la izquierda en un punto donde el suave y dulce aroma de la lavanda llenaba el aire.

El sauce.

En el mismísimo límite sur del Jardín de la Reina había un enorme sauce llorón con varios centenares de años. Sus ramas casi llegaban al suelo y creaban una tupida cubierta verde. En los meses más cálidos, diminutas florecillas blancas se aferraban a las hojas.

—¿Eres fan del sauce llorón? —pregunté, cuando se alzó ante mí. Varios farolillos colgaban de palos por el perímetro del sauce, las llamas quietas dentro de sus recintos de cristal. Hawke asintió.

—Nunca había visto ninguno hasta que vine aquí.

No me sorprendía que no hubiese visto ninguno en la capital. Esos árboles, con sus raíces superficiales, eran famosos por romper el suelo a su alrededor, pero me pregunté en qué pueblo había vivido que tenía agricultura y cavernas, pero no sauces llorones.

—Ian y yo solíamos jugar dentro. Así nadie podía vernos.

—¿Jugar? ¿O esconderos? —preguntó—. Porque eso es lo que hubiese hecho yo.

—Bueno, sí —dije con una sonrisa—. Yo me escondía e Ian venía conmigo como haría cualquier hermano mayor bueno. —Levanté la vista hacia él—. ¿Te has metido debajo alguna vez? Hay bancos, aunque ahora no se ven. —Fruncí el ceño—. En realidad, cualquiera podría estar ahí debajo ahora mismo y no lo sabríamos.

—No hay nadie ahí debajo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —pregunté, las cejas arqueadas por encima del antifaz.

—Lo estoy y ya está. Vamos. —Tiró de mi mano y echó a andar—. Mira por dónde pisas.

Me pregunté si su certidumbre tenía algo que ver con sus habilidades de rastro. Pasé con facilidad por encima del murete de piedra y lo seguí más allá de uno de los farolillos. Hawke estiró la mano libre y apartó unas cuantas de las tupidas ramas. Pasé al interior y en solo unos segundos, las ramas volvieron a su lugar original y quedamos envueltos en una oscuridad casi total. La luz de la luna era incapaz de atravesar la espesa cortina y solo el más leve resplandor de los farolillos cercanos se filtraba entre las hojas.

Miré a mi alrededor, pero solo alcancé a distinguir el contorno del tronco.

—Por todos los dioses, había olvidado lo oscuro que está todo aquí dentro de noche.

—Parece que estamos en un mundo diferente —comentó Hawke—. Como si hubiésemos atravesado un velo y entrado en un mundo encantado.

Sonreí. Sus palabras me recordaban tanto a Ian...

—Deberías verlo cuando hace más calor. Las hojas florecen y... ¡oh! O cuando nieva, al atardecer. Los copos espolvorean las hojas y el suelo, pero no muchos consiguen colarse aquí dentro. Entonces sí que es como un mundo diferente.

—A lo mejor lo vemos.

—¿Tú crees?

—¿Por qué no? —preguntó, y percibí que su cuerpo se giraba hacia el mío. Cuando volvió a hablar, sentí su aliento contra mi frente—. Nevará, ¿no? Vendremos a escondidas justo antes del atardecer.

Muy consciente de lo cerca que estaba, me humedecí los labios con nerviosismo.

—Pero ¿estaremos aquí todavía? La reina podría pedirme que regresara a la capital antes de eso —dije, y estaba reconociendo algo en lo que había intentado no pensar.

—Es posible. Si es así, supongo que tendremos que encontrar aventuras diferentes, ¿no crees? —sugirió—. ¿O debería llamarlas *desventuras*?

Me eché a reír.

—Creo que nos va a costar bastante escabullirnos a cualquier parte en la capital. No cuando... falta tan poco para mi Ascensión.

—Tendrías que tener más fe en mí. ¿Qué crees, que no podré encontrar una manera de salir por ahí de incógnito? Puedo asegurarte que cualquier cosa que se me ocurra no acabará contigo encaramada en una cornisa. —En la oscuridad, creí sentir las yemas de sus dedos acariciar mi mejilla izquierda, pero la sensación fue demasiado suave y demasiado breve para estar segura—. Estamos aquí fuera en la noche del Rito, escondidos debajo de un sauce llorón.

—No ha parecido tan difícil.

—Eso es solo porque yo guiaba tu camino.

—Claro. —Volví a reír.

—Tu duda me hiere. —Su mano tiró de la mía cuando se giró—. ¿Dijiste que había bancos por aquí? Espera. Ya los veo.

Miré pasmada la forma oscura de lo que supuse que era la parte de atrás de su cabeza.

—¿Cómo demonios ves esos bancos?

—¿Tú no los ves?

—Eh... no. —Guiñé los ojos en la penumbra.

—Entonces, debo de tener mejor vista que tú.

Puse los ojos en blanco.

—Creo que solo estás diciendo que puedes verlos y seguro que estamos a punto de tropezar...

—Aquí están. —Hawke se detuvo y, por increíble que pueda parecer, se sentó como si viera los asientos a la perfección.

Me quedé pasmada, con la boca abierta. Entonces me di cuenta de que era muy posible que pudiera verme boquiabierta como un pez moribundo, así que cerré la boca al instante. A lo mejor era verdad que tenía mejor vista que yo.

O que mi vista era peor de lo que yo pensaba.

—¿Quieres sentarte? —me preguntó.

—Querría, pero a diferencia de ti, no puedo ver en la oscuridad... —Solté una exclamación ahogada cuando tiró de mi mano y me arrastró hacia abajo. Antes de saber lo que estaba pasando, me encontré sentada en su regazo. En su *regazo*.

—¿Cómoda? —preguntó, y sonaba como si estuviera sonriendo.

Me quedé sin palabras. Hawke seguía sujetando mi mano en la suya, estaba sentada en su regazo y en lo único que conseguía pensar era en esa parte del diario de Willa Colyns en la que se describía sentada en el regazo de un hombre. Había habido menos ropa...

—No puedes estar cómoda. —Pasó uno de sus brazos alrededor de la parte superior de mi espalda y tiró de mí hasta que tuve el costado apoyado contra su pecho—. Eso es. Así tienes que estar mucho mejor.

Lo estaba.

Y no lo estaba.

—No quiero que te enfríes —añadió, su aliento caliente contra mi sien. Era muchísimo más alto que yo. Incluso sentada tan recta como estaba, mi cabeza todavía no llegaba a su barbilla—. Tengo la sensación de que es una parte importante de mi deber como tu guardia real personal.

—¿Eso es lo que estás haciendo ahora mismo? ¿Protegerme del frío sentándome en tu regazo?

—Exacto. —Tenía una mano apoyada contra mi costado, el peso como un hierro candente. Miré hacia lo que pensé que podría ser su cuello.

—Esto es increíblemente inapropiado.

—¿Más inapropiado que leer ese diario obsceno?

—Sí —insistí, aunque noté el calor trepar por mi cara.

—No. —Su risa grave retumbó a través de mí—. Ni siquiera puedo mentir. Esto es muy inapropiado.

—Entonces, ¿por qué?

—¿Por qué? —Su barbilla rozó la parte de arriba de mi cabeza—. Porque quería.

Parpadeé una vez y luego otra.

—¿Y qué hubiera pasado si yo no quería?

Otra risa me produjo un intenso escalofrío.

—Princesa, estoy seguro de que si no quisieras que hiciera algo, estaría tumbado con una daga en el cuello antes de poder respirar mi siguiente bocanada de aire. Aunque no veas ni dos dedos delante de tu nariz. —Vaya... —. Porque llevas la daga encima, ¿verdad?

—Sí —admití, con un suspiro.

—Lo sabía. —Soltó mi mano y dejó que cayera en mi regazo—. No puede vernos nadie. Nadie sabe que estamos aquí siquiera. Todo el mundo cree que estás de vuelta en tu habitación.

—Sí, pero esto sigue siendo imprudente por multitud de razones. Si alguien entra aquí...

—Los oiría antes que ellos a nosotros —sentenció. Antes de que pudiera decir que su oído no podía ser tan especial como su vista, añadió—: Y si entrara alguien, no tendrían ni idea de quiénes somos.

Eché la cabeza hacia atrás para abrir un hueco entre mi tronco y el suyo.

—¿Para esto me has traído a este sitio?

—¿Qué es *esto*, princesa?

—Esto tan... inapropiado.

—¿Y por qué haría eso? —preguntó, bajando la voz cuando su mano tocó mi brazo.

—¿Por qué? Creo que es bastante obvio, *Hawke*. Estoy sentada en tu regazo. Dudo de que sea la forma en que sueles mantener conversaciones inocentes con la gente.

—Las cosas que hago rara vez son inocentes, princesa.

—Chorradas —musité.

—O sea que ¿estás sugiriendo que te traje aquí fuera, en lugar de a una habitación privada con una *cama* —deslizó las yemas de sus dedos por mi brazo derecho—, para enfrascarme en un tipo especial de comportamiento inapropiado?

—Eso es justo lo que estoy diciendo, aunque mi habitación hubiese sido mejor opción. —Mi corazón había empezado a aporrear en el mismo momento en que mi trasero acabó en su regazo. Ahora, daba la sensación de ir a explotar de mi pecho.

—¿Qué pasa si digo que eso no es verdad?

—Yo... —Sentí un revoloteo en el estómago cuando sus dedos encontraron el camino hasta mi cadera—. No te creería.

—Y ¿qué pasa si digo que la cosa no empezó de ese modo? —Deslizó el pulgar por mi cadera—. Pero que después apareció la luz de la luna y tú, con el pelo suelto, con este vestido, y *entonces* se me ocurrió la idea de que este sería el sitio ideal para algo de comportamiento extremadamente inapropiado.

—Entonces diría... que eso es más probable.

Su mano resbaló por la fina tela vaporosa del vestido.

—Bueno, pues ha sido eso.

—Al menos eres sincero. —Me mordí el labio al sentir que se intensificaba el revoloteo. Esto era peligroso. Aunque no nos descubriera nadie, daba la impresión de que estaba tentando a la suerte con los dioses. Unos cuantos besos robados... vale, un poco más que unos pocos besos robados... quizás fuesen perdonables. Pero ¿esto?

Incluso esos besos robados no eran perdonables, al menos según el duque y la duquesa. Y la reina. Aunque una vez más, si los dioses iban a intervenir, ¿no lo habrían hecho ya? Pensé en lo que había dicho Tawny una vez sobre no estar segura de si las reglas que me habían impuesto eran orden de los dioses.

Y si había interpretado bien lo que me contó la duquesa sobre la primera Doncella, ella había hecho muchas cosas prohibidas.

Y no la habían encontrado indigna.

—¿Sabes qué? Te ofrezco un trato.

—¿Un trato?

—Si hago cualquier cosa que no te guste... —La mano de Hawke bajó por mi muslo y me quedé sin respiración. A través del vestido, su mano se cerró en torno a la daga—. Te doy permiso para apuñalarme.

—Eso sería excesivo.

—Esperaba que me hicieras solo un cortecito superficial —añadió—. Pero merecería la pena averiguarlo.

—Eres muy mala influencia —comenté con una sonrisa.

—Creo que ya dijimos que solo los malos pueden ser influenciados.

—Y creo que yo ya te dije que tu lógica es defectuosa —repetí. Cerré los ojos cuando sus dedos trazaron el contorno de la daga envainada.

Otro intenso y abrasador escalofrío bajó reptando por mi columna y sentí el repentino impulso de apretar las piernas con fuerza. De algún modo, conseguí reprimirme.

Me resistí a él, a pesar de saber que lo hubiese dejado besarme la noche anterior.

—Soy la Doncella, Hawke —le recordé. O me recordé a mí misma, no estaba segura.

—No me importa.

Abrí los ojos como platos, escandalizada.

—No puedo creer que hayas dicho eso.

—Lo he dicho. Y lo diré otra vez. No me importa lo que eres. —Hawke retiró la mano de mi espalda. Un momento después, sentí la palma de su mano apoyarse sobre mi mejilla con una precisión inquietante—. Me importa quién eres.

Oh.

Oh, por todos los dioses.

Mi pecho se hinchó tan deprisa y tanto que fue un pequeño milagro que no saliera flotando del regazo de Hawke y hasta las ramas del sauce. Lo que había dicho...

Tenía que ser la cosa más dulce y perfecta que alguien pudiera decir.

—¿Por qué? —pregunté, casi deseando que no hubiese pronunciado esas palabras—. ¿Por qué dices algo así?

—¿En serio me estás preguntando eso?

—Sí. No tiene sentido.

—Tú no tienes sentido.

Le di un golpe en el hombro. O en el pecho. En una parte muy dura.

—Ay —se quejó Hawke. No le había dado para nada tan fuerte como para quejarse.

—Venga, hombre.

—Me has hecho un magullón.

—Eso es ridículo —espeté—. Y eres tú el que no tiene sentido.

—Yo soy el que está aquí sentado siendo sincero. Tú eres la que me pega. ¿Cómo es que soy yo el que no tiene sentido?

—Porque todo esto no tiene sentido. —La frustración bulló a toda velocidad en mi interior y empecé a ponerme de pie, pero la mano sobre mi cadera me lo impidió. O dejé que lo impidiera. No estaba segura. Y eso era aún más irritante—. Podrías estar con cualquiera, Hawke. Un montón de personas con las que no tendrías que esconderte debajo de un sauce llorón para pasar un rato con ellas.

—Y aun así, estoy aquí contigo. Y antes de que empieces siquiera a pensar que es porque mi deber me obliga, no es por eso. Podría haberme

limitado a acompañarte de vuelta a tu habitación y haberme quedado ahí en el pasillo.

—A eso voy. No tiene sentido. Podrías tener un montón de voluntarias para... lo que sea esto. Sería superfácil —concluí. La bonita Britta se me apareció en la mente. Estaba segura de que Hawke había estado con ella—. A mí no puedes tenerme. Soy... soy in-te-ni-ble.

—Estoy seguro de que eso ni siquiera es una palabra.

—Ese no es el tema. No se me permite hacer esto. Nada de esto. No debí hacer lo que hice en la Perla Roja —continué—. No importa si quiero...

—Y *sí* quieres. —Su susurro danzó por mi mejilla—. Lo que quieres es a mí.

Me quedé casi sin respiración.

—Eso no importa.

—Lo que quieres debería importar siempre.

—Pues no es así. —Solté una risa breve y ronca—. Y ese tampoco es el tema. Podrías...

—Te he oído la primera vez, princesa. Tienes razón. Podría encontrar a alguien que fuese más fácil. —Sus dedos trazaron el borde de mi antifaz, desde mi oreja derecha, luego bajaron por mi mejilla. No tenía ni idea de cómo podía ver algo—. Loes y damas en espera que no están reprimidos por reglas o limitaciones, que no son Doncellas que he jurado proteger. Hay muchas formas en las que podría ocupar mi tiempo que no incluyen explicar con gran detalle por qué he elegido estar *donde* estoy, *con* quien he elegido. —Las comisuras de mis labios empezaron a curvarse hacia abajo—. La cosa es —continuó— que ninguna de esas personas me intriga. Tú sí.

Tú me intrigas.

—¿De verdad es tan simple para ti? —pregunté. Quería creerle y al mismo tiempo no. Apoyó la frente contra la mía, lo que me sobresaltó.

—Nada es simple nunca. Y cuando lo es, rara vez merece la pena.

—Entonces, ¿por qué?

—Empiezo a creer que es tu pregunta favorita.

—Quizás. —Mis labios querían sonreír—. Es solo que... por todos los dioses, hay muchas razones por las que no entiendo cómo puedes estar tan intrigado. Me has visto. —Noté que me sonrojaba, y deseé de todo corazón que no pudiera verlo. Odiaba decirlo, pero era la realidad—. Has visto el aspecto que tengo...

—Así es, y creo que ya sabes lo que opino al respecto. Lo dije delante de ti, delante del duque, y te lo he repetido a la puerta del Gran Salón...

—Ya sé lo que dijiste, y no he sacado el tema de mi aspecto para que me llenes de cumplidos. Es solo que... —Dioses, deseé no haber dicho nada. Sacudí la cabeza—. Da igual. Olvida que he dicho eso.

—No puedo. No quiero.

—Genial —murmuré.

—Lo que pasa es que estás acostumbrada a imbéciles como el duque —comentó, y lo que sonó como un gruñido retumbó a través de su piel—. Puede que sea un Ascendido, pero no vale nada.

Se me cayó el alma a los pies.

—No deberías decir cosas como esa, Hawke. Te vas...

—No me da miedo decir la verdad. Puede que sea poderoso, pero no es más que un hombre débil que demuestra su fuerza intentando humillar a los que son más poderosos que él. ¿Alguien como tú, con tu fuerza? Lo hace sentir incompetente. Cosa que es. ¿Y tus cicatrices? Son un testamento a tu fortaleza. Son prueba de a lo que sobreviviste. Son la evidencia de por qué tú estás aquí cuando muchos que te doblan en edad no lo estarían. No son feas. Lejos de eso. Son preciosas, Poppy.

Poppy.

—Es la tercera vez que me llamas así —le dije.

—Cuarta —me corrigió. Parpadeé, confundida—. Somos amigos, ¿no? Solo tus amigos y tu hermano te llaman así, y puede que seas la Doncella y yo un guardia real, pero teniéndolo todo en cuenta, esperaría que pensaras que somos amigos.

—Lo somos. —Y lo éramos.

Su mano se aplanó contra mi mejilla y un suspiro recorrió su cuerpo.

—Y no... no estoy siendo un buen amigo ni un buen guardia ahora mismo. No... —Su mano se deslizó para enroscar los dedos por detrás de mi nuca durante unos segundos antes de apartarla—. Debería acompañarte de vuelta a tus aposentos. Se está haciendo tarde.

Solté un suspiro tembloroso.

—Es verdad.

Me iba a llevar de vuelta. A esa habitación en la que era la Doncella, la Elegida. De vuelta a donde no era Poppy, sino la sombra de una persona a la que no le permitían experimentar, necesitar, vivir o *querer*. Dejaría de ser quien él veía.

—¿Hawke? —susurré, mi corazón restalló como un trueno—. Bésame. Por favor.

Capítulo 25



Hawke se había quedado tan quieto contra mí que no estaba segura de si respiraba siquiera. Mi petición lo había sorprendido. Me había sorprendido a mí.

Pensé que quizás *yo misma* había dejado de respirar.

—Por todos los dioses —murmuró, y una mano volvió a mi mejilla—. No tienes que pedírmelo dos veces, princesa, y jamás tienes que suplicar.

Antes de tener ocasión de responder, sus labios rozaron los míos. Contuve el aliento al sentir el suave contacto de su boca, y hubiese jurado que pude sentir sus labios curvarse contra los míos en una sonrisa. Deseé poder verla porque parecía una sonrisa completa, del tipo que levantaba los dos lados de su boca y hacía aparecer ambos hoyuelos, pero entonces movió su boca sobre la mía, con minuciosa lentitud, como si trazara la curva de mis labios con los suyos. Me quedé muy quieta. Notaba el corazón como una mariposa atrapada mientras sus labios recorrían el mismo camino en dirección contraria. Diminutos temblores invadieron todos los rincones de mi cuerpo. Me estremecí mientras mis manos se enroscaban sobre la parte de delante de su túnica, sin duda arrugando la exquisita tela.

Ese contacto apenas era un beso, pero madre mía, su suavidad, su dulzura... me impactó, me hizo estremecer hasta la médula.

Entonces Hawke ladeó la cabeza, aumentó la presión, profundizó en su beso. Y de repente, todo cambió. Este beso... su crudeza... me dejó sin respiración. Terminó con los dos jadeando cuando nos separamos; nuestros pechos subían y bajaban agitados. No podía verle los ojos en la oscuridad, pero podía sentir su mirada penetrante.

En esos momentos no estaba pensando en lo que era. No pensaba en lo que estaba prohibido y lo que era correcto. No pensaba en nada, la verdad sea dicha, y no sabría decir quién se movió primero. ¿Hawke? ¿Yo? ¿Los dos al mismo tiempo? Nuestros labios se tocaron de nuevo y, esta vez, no hubo dudas. Hubo solo deseo, tantísimo deseo, y un centenar de otras cosas prohibidas y poderosas que palpitaban en mi interior. Sus labios abrasaban los míos, calentaban mi sangre y prendían fuego a mis sentidos. Sus manos se movieron a mis hombros, se deslizaron por mis brazos. Hawke se estremeció y un sonido emergió del fondo de su garganta, una especie de medio gruñido, medio gemido. Me provocó diminutos escalofríos de placer y pánico que recorrieron todo mi ser cuando me separó los labios. El hambre detrás de nuestro beso debería de haberme asustado, y a lo mejor lo hizo un poco porque me pareció demasiado y no lo suficiente, todo al mismo tiempo. Gemí y sus manos bajaron por mis costados. Sentí como si mi cuerpo echase chispas, como si se estuviese incendiando...

Me agarró de la cintura y me levantó para acomodarme otra vez de modo que mis rodillas quedaran a ambos lados de sus caderas, *conmigo* apretada contra él. Sus ceñidos pantalones y mi vestido no creaban una barrera real. Podía sentirlo. Y me estremecí cuando un repentino y punzante dolor palpitó en mi interior. Su respuesta llegó en forma de gemido, otro sonido rudo y profundo, que hizo añicos cualquier duda que aún pudiera quedarme. Puse mis manos sobre su pecho, me maravillé por la manera en que su cuerpo reaccionó cuando las deslicé hasta sus hombros y luego alrededor de su cuello. Entonces hice lo que deseaba haber hecho en la Perla Roja. Hundí mis dedos en su pelo, el tacto tan suave como había imaginado que sería. Ninguna otra parte de él parecía así. Era todo calor duro contra mí.

Hawke pasó los brazos a mi alrededor, me estrechó con tal fuerza que apenas quedaba espacio entre nosotros. Me besó de nuevo, siguió besándome, y supe que aquello era más que un beso. Iba más allá de eso, más allá de cómo se sentía él y cómo me hacía sentir a mí.

Sus palabras habían tocado la parte más sensible de mí. Y era emocionante. Me sentía *viva*, como si por fin me estuviera despertando.

Y no quería que parara nunca.

No con la interminable oleada de sensaciones que fluían a través de mí. Sabía en el fondo de mi mente que había perdido el control de mi don. Mis escudos estaban abiertos de par en par y no había forma de saber si lo que sentía le pertenecía a él, a mí o a los dos.

El instinto tomó el control, guiaba mi cuerpo, hizo que mis caderas empujaran y se contonearan, y Hawke se volvió a estremecer. Atrapó mi labio inferior entre los suyos. Agarró puñados de la falda de mi vestido, la levantó hasta que sus manos tocaron mis pantorrillas. Me recorrió otro escalofrío, este como un relámpago.

—Recuerda —dijo contra mis labios mientras las palmas de sus manos se deslizaban hacia la curva de mis rodillas—. Cualquier cosa que no te guste, dilo y pararé.

Asentí y busqué su boca en la oscuridad. Cuando la encontré, me pregunté cómo había aguantado tanto tiempo sin besarlo otra vez.

Me pregunté cómo podría seguir adelante sin hacerlo más.

Ese pensamiento amenazó con sofocar el calor, pero sus manos se movían de nuevo, acariciaban mi piel y enviaban una cascada de sangre caldeada a todos los rincones de mi cuerpo. Me moví hacia delante hasta que nuestras caderas estaban encajadas. Me moví. Nos movimos. Y creo que susurré su nombre antes de besarlo otra vez. Deslicé la lengua entre sus labios, sobre sus dientes...

Hawke echó la cabeza hacia atrás, jadeando, y apoyó la frente contra la mía.

—Poppy —dijo, de un modo que hizo que mi nombre sonara como una oración y una maldición al mismo tiempo.

—¿Sí? —Mis dedos se abrían y cerraban en torno a la sedosa suavidad de su pelo.

—Esa ha sido la quinta vez que he dicho tu nombre, por si todavía llevas la cuenta.

—Claro que la llevo. —Sonreí.

—Bien. —Sacó las manos de debajo de mi vestido y una de ellas encontró el camino hasta mi mejilla. Trazó el contorno de mi antifaz, sorprendiéndome una vez más con su vista—. No creo que haya sido sincero hace unos momentos.

—¿Sobre qué? —Aflojé los dedos entre su pelo y bajé las manos hasta sus hombros.

—Sobre lo de parar —admitió con voz queda. Deslizó los dedos por mi mejilla y a lo largo de mi mandíbula—. Sí pararía, pero no creo que tú me pararas.

—No entiendo muy bien qué quieres decir. —Dejé que mis ojos se cerraran. A pesar de estar confusa por sus palabras y del hecho de que no nos

estábamos besando, me gustaba la intimidad de lo cerca que estábamos, cómo descansaba su cabeza contra la mía.

Acarició un lado de mi cuello.

—¿Quieres que sea franco?

—Siempre quiero que seas sincero.

Mis sentidos seguían abiertos. Lo supe porque percibí una sensación extraña a través de la conexión, pero fue demasiado breve para que pudiera averiguar qué era.

Y entonces besó mi sien y pensé en la extraña sensación cenicienta que había impregnado mi garganta.

—Estaba a segundos de tirarte al suelo y convertirme en un guardia muy, muy malo.

Se me quedó el aire atascado en la garganta mientras un palpito de calor ardiente me atravesaba de lado a lado. No sabía mucho, pero sí lo suficiente como para entender a qué se refería.

—¿De verdad?

—De verdad —respondió, muy serio.

Debí de sentirme aliviada por que hubiera parado, y así era. Pero también sentía todo lo contrario. Lo que sentía era un lío espantoso. Pero de una cosa estaba segura.

—No creo que te hubiese parado —susurré. Habría dejado que me tiraras al suelo y recibido con agrado lo que hubieses hecho, y al diablo las consecuencias.

El cuerpo de Hawke se estremeció mientras gemía.

—No ayudas.

—Soy una Doncella mala.

—No. —Besó mi otra sien—. Eres una chica perfectamente normal. Lo que se espera de ti es lo malo. —Hizo una pausa—. Y sí, también eres una Doncella muy mala.

En vez de sentirme ofendida (porque no había forma de que pudiera negar eso, incluso sin contar esta noche), me reí y me vi recompensada por su brazo cerrándose otra vez en torno a mí. Hawke volvió a estrecharme contra su cuerpo, deslizó una mano hasta mi nuca. Apoyé la mejilla contra su hombro y su mano se apretó un momento, pero luego sus dedos se movieron para empezar a masajear los músculos de mi cuello. No estaba segura de cuánto tiempo pasamos así, ahí acurrucados, callados y ocultos bajo el sauce, pero sí sabía que hacía mucho que mi sangre se había enfriado y mi corazón se había apaciguado. Pero no me moví, y Hawke tampoco. Pensé que quizás... quizás

que te abrazaran así, tan cerca y tan fuerte, sentaba igual de bien que lo de besarse y acariciarse.

Quizás incluso mejor, solo que de un modo distinto.

Pero se estaba haciendo tarde y no hubo ninguna sorpresa en que Hawke fuese el responsable de los dos. Me besó en la coronilla y mi corazón se comprimió de un modo tan dulce que resultó casi doloroso.

—Tengo que llevarte de vuelta, princesa.

—Lo sé. —Pero permanecí aferrada a él. Hawke se rio bajito y yo sonreí contra su hombro.

—Pero para eso, tienes que soltarme.

—Lo sé. —Suspiré, pero me quedé donde estaba. Pensé que en el mismo instante en que saliéramos de debajo del sauce, estaríamos de vuelta en el mundo real, ya no en nuestro refugio, donde era Poppy y lo que importaba era quién era—. No quiero.

Hawke se quedó callado tanto tiempo que temí haber dicho algo equivocado, pero su brazo volvió a cerrarse a mi alrededor. Cuando habló, su voz sonó extrañamente áspera.

—Yo tampoco.

Casi pregunté por qué teníamos que hacerlo, pero conseguí reprimirme. Entonces Hawke se levantó y me arrastró con él. A regañadientes, bajé las piernas. Nos quedamos ahí de pie durante otro momento demasiado corto, sus brazos a mi alrededor, los míos estirados hacia arriba, nuestros cuerpos aún conectados.

Entonces respiré hondo, abrí los ojos y di un paso atrás. Seguía sin poder verlo, pero no me sorprendió que su mano encontrara la mía. Me condujo hacia las ramas del sauce.

Se detuvo.

—¿Lista?

En absoluto, pero dije que sí y salimos de debajo del sauce. Mi pecho amenazaba con hundirme bajo su peso, pero me negué a dejar que ocurriera. Al menos no en ese momento. Tenía toda la noche para que todo lo que sentía se convirtiera en recuerdos.

Tenía muchas noches por delante para eso.

Encontramos el camino de vuelta al sendero iluminado por los farolillos de gas. El jardín estaba en silencio, excepto por el sonido del viento y nuestros pasos. Miré por los oscuros caminitos laterales, me pregunté qué había pasado con las conversaciones calladas y los suaves gemidos. Doblamos un recodo, ya cerca de la fuente...

Y nos dimos de bruces con Vikter, sin máscara.

Mi corazón dio una voltereta en mi pecho y me tambaleé un paso hacia atrás. Hawke se giró como para sujetarme, pero recuperé el equilibrio a tiempo.

—Oh, por todos los dioses —susurré, levantando la vista hacia Vikter—. Casi me da un infarto.

Me miró durante un largo momento y luego se giró hacia Hawke. Un músculo se apretó en su mandíbula cuando bajó la vista hacia donde Hawke aún me daba la mano.

Oh, mierda.

Despacio, Vikter levantó la vista mientras yo intentaba liberar mi mano. Hawke la retuvo un instante, luego soltó. Crucé las manos delante de mí, los ojos muy abiertos detrás de mi antifaz.

—Es hora de volver a tu habitación, *Doncella* —masculló Vikter, en voz baja.

Me encogí un poco al oír su tono.

—Estaba en proceso de acompañar a *Penellaphe* a sus aposentos —intervino Hawke. Vikter giró la cabeza hacia él con brusquedad.

—Sé exactamente lo que estabas en proceso de hacer.

Me quedé boquiabierta.

—Lo dudo —murmuró Hawke. Cosa que fue un error.

—¿Crees que no lo sé? —Vikter se encaró con Hawke y, aunque este era dos o tres dedos más alto, sus ojos quedaron a escasos centímetros—. No hay que echaros más que un vistazo para saberlo.

¿Tan solo un vistazo? Parpadeé, confusa, y me llevé los dedos a los labios, que todavía me hormigueaban y los notaba hinchados. Mis ojos volaron hacia la boca de Hawke. Sus labios *sí* que se veían hinchados.

Hawke no se amilanó y le sostuvo la mirada a Vikter. No tenía ni idea de lo que podía decirle para suavizar la situación.

—No ha pasado nada, Vikter.

Bueno...

—¿Nada? —gruñó Vikter—. Chico, puede que haya nacido de noche, pero no nació anoche.

Parpadeé.

—Gracias por señalar lo obvio —replicó Hawke—. Pero te estás equivocando de plano.

—¿Yo me estoy equivocando? —Vikter se rio, pero no había ningún humor en el sonido—. ¿Es que no entiendes lo que es ella? —exigió saber, su

voz tan baja que era apenas audible—. ¿Entiendes siquiera lo que podrías haber provocado si cualquiera que no fuese yo se hubiese topado con vosotros dos?

Di un paso adelante.

—Vikter...

—Sé muy bien quién es ella —escupió Hawke—. No lo que es. A lo mejor tú has olvidado que no es solo un maldito objeto inanimado cuyo único propósito es servir a un reino, pero yo no.

—Hawke. —Me volví hacia él.

—Oh, sí, qué caradura, viniendo de ti. ¿Cómo la ves tú, Hawke? —Vikter se acercó aún más. De repente estaban tan cerca como lo habíamos estado Hawke y yo debajo del sauce—. ¿Como otra muesca en el poste de tu cama?

Solté una exclamación y me giré de nuevo en dirección contraria.

—Vikter.

—¿La consideras el último desafío? —continuó Vikter. Entreabrí los labios. Hawke bajó la barbilla.

—Mira, comprendo que te muestres protector con respecto a ella. Lo entiendo. Pero te lo voy a decir solo una vez más, te estás equivocando mucho.

—Y yo te prometo una cosa... tendrás que pasar por encima de mi cadáver para disfrutar de otro momento a solas con ella.

Entonces Hawke sonrió, solo con un lado de la boca. No hubo hoyuelo. Sus facciones parecieron afilarse a la luz de la luna, se crearon sombras bajo sus ojos y en sus pómulos.

—Ella te ve casi como a un padre —dijo, su voz tan suave que un escalofrío recorrió mi columna—. Le dolería mucho que te ocurriera algo desafortunado.

—¿Es una amenaza? —Vikter levantó las cejas.

—Solo te estoy informando de que esa es la única razón por la que no estoy haciendo que tu promesa se haga realidad en este mismo momento —le advirtió—. Pero ahora tienes que apartarte. Si no lo haces, alguien va a resultar herido y ese alguien no voy a ser yo. Entonces Poppy se disgustará —se volvió hacia mí—, y esa es la sexta vez que lo digo —añadió, y todo lo que pude hacer fue mirarlo pasmada—. No quiero verla disgustada, así que apártate. De una. Jodida. Vez.

—Los dos tenéis que parar —susurré. Agarré el brazo de Vikter, pero no se movió—. En serio. Estáis haciendo una montaña de nada. Por favor.

No apartaron la mirada el uno del otro y fue casi como si yo no estuviese ahí. Al final, Vikter dio un paso atrás. No sabía si había visto algo en la cara de Hawke o si era porque estaba tirando de su brazo, pero dio otro paso atrás, su piel inusualmente pálida a la luz de la luna.

—Yo me quedaré con ella el resto de la noche —declaró Vikter—. Puedes retirarte.

Hawke esbozó una sonrisilla de suficiencia y yo le lancé una mirada asesina que no pareció ver. No dijo nada cuando Vikter me tomó del brazo y dio media vuelta. Me dejé llevar. Solo había dado un par de pasos cuando miré hacia atrás.

El espacio que había ocupado Hawke estaba desierto.

Miré a nuestro alrededor a toda prisa, pero no lo vi. ¿Adónde había...?

—Ni siquiera sé qué decirte ahora mismo —soltó Vikter—. Por todos los dioses. Cuando terminé de hablar con el comandante, no te encontraba, pero me crucé con Tawny. Me dijo que habías vuelto a tus aposentos. Fui a comprobar si estabas bien y, cuando no te encontré ahí, pensé que podrías estar aquí. Pero no esperaba encontrar *esto*. —Daba la sensación de que sabía exactamente lo que me quería decir—. Maldita sea, Poppy, no eres ninguna tonta. Sabes lo que arriesgas y no estoy hablando del jodido reino.

Oírle decir palabrotas llamó mi atención. Levanté la vista mientras él seguía su camino y me arrastraba tras de sí.

—Si alguien te hubiese visto con él, perderte un par de días de entrenamiento hubiese sido el menor de mis temores —prosiguió y se me cayó el alma a los pies—. Y Hawke sabe bien cuál es su lugar. Maldita sea, jamás debió poner una mano sobre...

—No pasó nada, Vikter.

—Y una mierda, Poppy. Tenías pinta de que te hubiesen besado a conciencia. Espero que eso haya sido todo.

—Oh, por todos los dioses —exclamé, roja como un tomate.

—No me mientas.

—Íbamos de vuelta a mi habitación... —Vikter se detuvo en seco. Bajó la vista hacia mí con los ojos muy abiertos y las cejas arqueadas—. No para lo que estás pensando —insistí, y era la verdad—. Por favor. Solo déjame explicarte lo que ha pasado —dije, desesperada por averiguar cómo arreglar esto.

—No creo que quiera saberlo.

—Después de que te fueras a hablar con el comandante —dije, haciendo caso omiso de su comentario—, me sentí mal porque Tawny no quería

apartarse de mi lado. Sabía que mientras me quedara en el Rito, sentiría que tenía que estar conmigo. Así que le dije que iba a volver a mi habitación para que pudiera divertirse.

—Eso no explica cómo acabaste aquí fuera con él.

—Iba a llegar a eso —continué, tratando de no perder la paciencia—. Hawke sabía que no quería volver a mi cuarto y sabía lo mucho que solían gustarme los jardines. Así que me acompañó aquí para que... pudiera superar lo que pasó con Rylan. Por eso estábamos aquí fuera.

—Me da la sensación de que te estás dejando muchas cosas en el tintero.

Llegada a ese punto, sabía que no podía seguir mintiendo, al menos no sobre todo lo sucedido.

—Dimos un paseo y Hawke me enseñó un sitio que le gusta del jardín. Y yo... le pedí que me besara. —Vikter apartó la mirada, noté que apretaba los dientes—. Y sí, nos besamos. ¿Vale? Ocurrió, pero eso fue todo. Él paró antes de que la cosa fuese a más —le conté, con total sinceridad—. Ya sé que no debí pedírselo...

—Él no debió de estar tan dispuesto a darte el gusto.

—Ese no es el tema.

—Ese *sí* que es el tema, Poppy.

—No, no lo es. —Liberé mi brazo y cerré los puños antes de agarrar algo y tirarlo—. ¡Él no es el maldito tema! —Una expresión de sorpresa y consternación cruzó el rostro de Vikter. Hice un esfuerzo por bajar la voz—. Toda esta estúpida cosa es el tema. El hecho de que no puedo hacer nada es el tema. No puedo tener una noche para hacer algo normal y agradable y divertido. No puedo experimentar nada sin que me recuerden que no debo olvidar lo que soy. Cada privilegio que tú tienes y que tiene Tawny y que tiene todo el mundo, yo *no* lo tengo. —Se me quebró la voz cuando el fondo de mi garganta empezó a quemar—. No tengo *nada*.

—Poppy... —Su expresión se suavizó.

—No. —Di un paso atrás y sus facciones se desdibujaron—. No entiendes que no puedo celebrar mis cumpleaños porque es impío. No se me permite ir a merendar a la Arboleda o a cenar con otras personas porque soy la Doncella. No se me permite defenderme porque eso sería indecoroso. Ni siquiera sé montar a caballo. Casi cualquier libro está prohibido para mí. No puedo socializar ni hacer amigos porque mi único propósito es servir al reino cuando me reúna con los dioses... algo que nadie quiere explicarme siquiera. ¿Qué significa eso en realidad?

Resollaba. Intenté recuperar el control de mis emociones, pero no podía. Algo en mí se había partido, roto en pedazos, y no podía parar.

—Ni siquiera sé si tendré un futuro más allá de mi Ascensión. Dentro de menos de un año o incluso antes, podría perder todas las oportunidades que tengo de hacer lo que todos los demás dan por sentado. No tengo vida, Vikter. Nada.

—Poppy —susurró.

—Me lo han quitado todo. Mi libre voluntad, mis elecciones, mi futuro... Y encima tengo que soportar las *lecciones* del duque —escupí, con un estremecimiento—. Tengo que quedarme ahí plantada y dejar que me pegue. ¡Dejar que me mire y me toque! Hacer todo lo que él o el lord quieran... —Aspiré una bocanada de aire ardiente y dolorosa. Me llevé las manos a la cabeza, agarré mechones enteros de cabello y tiré, mientras Vikter cerraba los ojos—. Tengo que quedarme ahí y soportarlo. Ni siquiera puedo gritar o llorar. No puedo hacer nada. Así que lo siento mucho, siento que haber elegido algo que quiero para mí misma sea semejante decepción para ti, para el reino, para todos los demás y para los dioses. ¿Dónde está el honor en ser la Doncella? ¿De qué, exactamente, debería estar orgullosa? ¿Quién querría esto? Dime si sabes de alguien porque estaré encantada de cambiarle el puesto. Nadie debería sorprenderse de que quiera que me encuentren indigna.

En el instante en que esas palabras salieron por mi boca, me planté las manos sobre los labios. Los ojos de Vikter se abrieron de golpe y, durante un largo momento, nos miramos el uno al otro; la verdad era una espada de doble filo entre nosotros.

—Poppy. —Vikter miró a nuestro alrededor y entonces alargó los brazos hacia mí—. Está bien. Todo va a ir bien.

Esquivé sus manos, enrosqué los dedos sobre mi boca. No estaba bien. No iba a ir bien. Lo había dicho. La verdad. En voz alta. Con el corazón desbocado y el estómago revuelto, giré sobre los talones y empecé a caminar hacia el castillo. Pensé que a lo mejor vomitaría.

—Quiero volver a mis aposentos —susurré, bajando las manos. Vikter hizo ademán de decir algo—. Por favor. Solo quiero volver a mi habitación.

No respondió, gracias a los dioses, pero me siguió de cerca. Lo único en lo que podía pensar era en poner un pie delante del otro. Si no lo hacía, el iracundo, caótico y violento volcán de emociones que tenía atascado en la garganta entraría en erupción. Yo entraría en erupción. Así es como me sentía. Explotaría por doquier en una lluvia de chispas y llamas. No me importó el aspecto que tenía cuando entramos en el vestíbulo y a la luz, ni lo

que la gente veía al mirarme y percatarse de que era la Doncella. Todo mi cuerpo estaba temblando con el esfuerzo de mantener...

El sonido de un fuerte crujido nos hizo parar en seco. Me recordó a la madera al astillarse. Nos giramos hacia el Gran Salón justo cuando sonó un grito, seguido de chillidos; chillidos agudos, uno detrás de otro. Se me cayó el alma a los pies.

Alguien, una dama en espera, salió del Gran Salón caminando hacia atrás, su vestido rojo enredado entre los pies mientras apretaba las manos contra su boca.

Vikter empezó a dirigirse hacia la entrada, pero se detuvo. Se giró hacia mí y supe que me iba a llevar de vuelta a mi habitación, pero seguíamos oyendo los chillidos, seguidos de gritos de pánico y horror. Alguien se unió a la dama en espera. Luego alguien más, un sirviente que llevaba una bandeja vacía. Dio media vuelta y vomitó.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, pero no respondió nadie. No me oía nadie por encima de los *gritos*. Mis ojos, muy abiertos, se cruzaron con los de Vikter—. Tawny está ahí dentro.

La expresión de su mandíbula me indicó que no le importaba lo más mínimo. Hizo ademán de agarrarme, pero fui rápida, porque él me había enseñado a serlo cuando necesitaba velocidad. Me evadí de su agarre y corrí hacia la entrada, su maldición mascullada resonó en mis oídos.

Un aluvión de gente salió en tropel del salón, impactó contra mi hombro. Un revoltijo de rostros enmascarados que provenía de todas direcciones. Me zarandearon hacia un lado, la sandalia de uno de mis pies resbaló por el suelo pulido, pero yo empujé hacia delante. Tawny seguía ahí dentro. Eso era todo lo que podía pensar mientras me abría paso entre la multitud que huía despavorida.

Me paré en seco cuando mis ojos aterrizaron sobre el estrado, sobre lo que había *detrás* del estrado.

—Oh, por todos los dioses —susurré.

Ya sabía lo que había provocado ese crujido. Uno de los mástiles de madera que sujetaban los pesados estandartes se había partido. El estandarte del Rito había quedado hecho un revoltijo sobre el suelo del estrado, pero la pared seguía cubierta de rojo.

Vi lo que había roto el mástil, lo que colgaba del que quedaba en pie. Una cuerda estiraba los brazos a los lados y ríos de rojo impregnaban la piel pálida. Supe al instante quién era. Supe por qué la duquesa estaba plantada en el centro del Gran Salón, con los brazos a los lados, y por qué todos los demás

estaban paralizados por la conmoción. Ese pelo, tan rubio que casi parecía blanco...

Era el duque.

Incluso desde donde estaba, supe qué era lo que le habían incrustado en el pecho. A través del corazón. Lo reconocería en cualquier sitio.

Era la vara con la que me pegaba.

Y por encima de él, escrita en rojo... con *sangre*... estaba la marca del Señor Oscuro.

De sangre y cenizas...

Resurgiremos.

Capítulo 26



El duque de Masadonia estaba muerto.

Asesinado.

Era incapaz de apartar la mirada de él, ni siquiera cuando sentí que Vikter se colocaba a mi lado. Dijo algo, pero no pude oírlo por encima de los latidos de mi propio corazón.

Al duque lo habían apuñalado en el pecho del mismo modo que había que matar a un maldito o un Demonio: con madera sacada de un árbol que había crecido en el Bosque de Sangre.

Con la misma vara que a menudo había acariciado con afecto justo antes de que silbara por el aire para magullarme la espalda, a veces incluso rompiéndome la piel.

Medio aturdida, me pregunté cómo habría podido alguien clavar la vara en el pecho del duque. Los extremos no eran afilados, sino romos y redondeados. El esfuerzo y la fuerza necesarios para hacer algo así... Por no mencionar que el duque se habría resistido, a menos que hubiese sido incapacitado antes.

Solo un atlantiano hubiese podido hacerlo.

Vikter me tocó el brazo y, despacio, aparté los ojos de los restos del duque.

—Está muerto —dije—. De verdad está muerto. —Una risita muy inapropiada bulló en mi garganta y cerré la boca con fuerza mientras me volvía otra vez hacia donde el duque estaba empalado.

No creía que fuera gracioso. Para nada. El hombre no me gustaba. Para ser sincera, lo odiaba con toda mi alma. Pero un atlantiano se había colado en

el castillo de Teerman una vez más, y eso daba miedo. Esa era la razón de que aquello no fuese gracioso.

Tampoco era triste.

Por todos los dioses, sí que era indigna, y seguramente una persona horrible, pero suspiré en silencio, un sonido de... alivio salió por mis labios. No más *lecciones*. No más miradas lascivas ni manos impúdicas. No más dolor. No más vergüenza pesada y pegajosa. Mis ojos se deslizaron hacia donde un alto Ascendido de pelo moreno se reunía con la duquesa. No más lord Mazeen.

Sin el duque, tenía poca influencia sobre mí. Casi sonreí de nuevo.

Un movimiento a mi izquierda me llamó la atención. Me giré y vi a Tawny que se abría paso entre un grupo de Ascendidos y los lores y damas en espera. Cruzó la sala a toda prisa, sus ojos muy abiertos detrás de su antifaz. Varios rizos rebotaron contra su cara cuando sacudió la cabeza.

—No puedo creer lo que estoy viendo. —Me agarró las manos sin perder de vista el estrado. Con un estremecimiento, se giró hacia mí—. Esto no puede ser real.

—Es real. —Miré al estrado de nuevo. Unos guardias estaban intentando bajar al duque, pero estaba muy alto en la pared—. Necesitan una escalera.

—¿Qué? —susurró Tawny.

—Una escalera. No van a poder llegar hasta él —señalé. Notaba los ojos de Tawny sobre mí—. ¿Crees que ha estado ahí arriba durante el Rito entero? ¿Todo el rato?

—Ni siquiera sé qué creer. —Se giró de modo que le daba la espalda al estrado—. Para nada.

—Al menos sabemos por qué no apareció —comenté.

—Poppy —exclamó en voz baja.

—Perdón. —Observé cómo la duquesa se volvía hacia el lord, movía los labios a toda velocidad—. La duquesa no parece demasiado afectada, ¿verdad?

Vikter tuvo que intervenir entonces.

—Creo que es hora de que te lleve de vuelta a tus aposentos.

Supuse que lo era, así que asentí y empecé a dar media vuelta...

Un cristal se hizo añicos y me giré hacia el sonido mientras una lluvia de pedazos volaba por el aire. Era una de las ventanas que daban al jardín. Tawny apretó la mano sobre mi brazo. Se rompió otra ventana, esta vez a nuestra izquierda, y las dos nos giramos para ver fragmentos de cristal volar y cortar a través del grupo que había ahí de pie, el grupo con el que había estado

Tawny. Los gritos de sorpresa dieron paso enseguida a otros de dolor cuando las afiladas esquilas empezaron a clavarse y a cortar piel. Una chica salió tambaleándose de entre el grupo que se desperdigaba. Le temblaban las manos al levantarlas hacia su rostro ensangrentado. Numerosos cortecitos surcaban sus mejillas y su frente. Era Loren. Se dobló por la cintura, chillando, mientras la chica rubia que tenía delante se giraba despacio.

Un fragmento de cristal sobresalía de su ojo, una cascada roja resbalaba por su cara. Se desplomó como un fardo.

—¡Dafina! —gritó Tawny, al tiempo que soltaba mi brazo y hacía ademán de correr hacia ella.

Salí de mi estupor y me lancé a por ella. La agarré del brazo justo cuando un lord en espera caía de rodillas y luego hacia delante. ¿Lo habría herido también un cristal? No estaba segura. Tawny giró la cabeza hacia mí.

—¿Qué? Tengo que ir con ella. Necesita ayuda...

—No. —Tiré de Tawny hacia atrás mientras Loren acudía al lado de su amiga e intentaba que se levantara, que se moviera. Otra ventana saltó por los aires—. No puedes acercarte a las ventanas. Lo siento. *No puedes*.

—Pero... —Los ojos de Tawny centelleaban.

Algo silbó por el aire, golpeó a un lord. El impacto lo hizo girar en redondo y Tawny soltó un grito. Una flecha se le había incrustado en el *ojo*. Era un Ascendido, pero cayó como un fardo, muerto antes de tocar el suelo. La sangre se arremolinó a su alrededor.

Los Ascendidos podían morir.

Su cabeza y su corazón eran tan vulnerables como los de cualquier mortal. Y quienquiera que hubiese disparado esa flecha lo sabía muy bien.

Con la espada corta desenvainada, Vikter nos empujó a Tawny y a mí detrás de él mientras la duquesa, rodeada por guardias reales, gritaba:

—¡Sacadla de aquí! ¡Ahora! ¡Sacad...!

Una flecha atravesó al guardia real que tenía delante. Un chorro de sangre brotó de su cuello mientras levantaba las manos hacia la flecha y su boca se abría y cerraba sin hacer ni un ruido.

Por todos los dioses...

Choqué contra Tawny cuando Vikter nos hizo dar media vuelta para empujarnos hacia la entrada. Empezamos a abrirnos paso entre la gente y alargué la mano hacia la daga de mi muslo...

Los alaridos que provenían del exterior del Gran Salón interrumpieron todo durante unos segundos. Los sonidos...

Dolor.

Terror.

Muerte.

Entonces un mar de gente llegó al Gran Salón a la carrera. Ascendidos y mortales, plebeyos y Regios, todos al unísono, corrían hacia nosotros. Los vestidos y las túnicas de algunos eran ahora de un rojo más oscuro, sus rostros desprovistos de color y salpicados de carmesí. Algunos cayeron antes de llegar a las escaleras, flechas y... *cuchillos* clavados bien hondo en sus cuerpos. Otros cayeron por las escaleras en el frenesí de su huida.

Estaban a punto de arrollarnos.

Ni siquiera desenvainé la daga. No podía luchar contra ellos. Ellos no eran el enemigo.

—Mierda —gruñó Vikter. Se volvió hacia mí mientras Tawny se quedaba paralizada. Mis ojos se cruzaron con los de Vikter y supe lo que estaba a punto de suceder. Se me cayó el alma a los pies—. ¡Proteged a la Doncella! —gritó.

Agarré a Tawny de los dos brazos y tiré de ella hacia mí. Envolví los brazos a su alrededor y la sujeté lo más fuerte que pude. Los brazos de Vikter se cerraron en torno a mí. Llegaron guardias a la carrera y, debido a lo fuerte que abrazaba a Tawny contra mi cuerpo, se vieron obligados a formar una barricada alrededor de las dos.

—Tengo miedo —susurró Tawny contra mi mejilla.

—No te preocupes, todo irá bien —mentí, mientras obligaba a mis ojos a abrirse aunque quería cerrarlos. Mi corazón aporreaba contra mis costillas. Durante un breve instante, recé a los dioses: recé por que Hawke no estuviese por ahí cerca. Que hubiese ido a desahogarse un poco y estuviese ahora mismo en la ciudad—. Mantente firm...

Fue como ser golpeados por una avalancha de piedras.

Decenas de cuerpos se estrellaron contra los guardias, parecía que llegaban de todas las direcciones, los aplastaron contra Tawny y contra mí. Empuñaduras de espadas impactaron contra costillas y otros huesos. Codos se hincaron en carne. Jarrones se hicieron añicos. Personas se *rompieron*. La presión de la masa, de los centenares de personas que habían huido del Gran Salón y ahora volvían era demasiado...

Fue como si nos golpeara una ola enorme, un tsunami. Arrancó a un guardia del cordón, luego a otro y a otro, hasta que sentí que las manos de Vikter se aflojaban. Y entonces desapareció y algo duro, *alguien*, impactó contra mí, se estrelló contra Tawny y contra mí. La arrancaron de mis brazos,

arrastrada por la ola de gente que gritaba y chillaba, mientras huían de lo que fuera que los hubiera asustado.

Ese fue mi último pensamiento antes de que la sala diera la impresión de ponerse patas arriba. Mis pies abandonaron el suelo y experimenté un momento de ingravidez flácida. Vi a los dioses pintados en el techo, los rostros desfigurados por el terror y sangre y espuma. Volví a bajar, resbalé y me abrí las rodillas contra el duro suelo.

Intenté levantarme, consciente de que no podía quedarme ahí abajo.

—¡Tawny! —grité. Busqué a mi alrededor, frenética, pero todo lo que vi fue rojo... por todas partes.

Una rodilla conectó con mis costillas, me sacó todo el aire de los pulmones. Una bota aterrizó sobre mi espalda y me estampó contra el suelo. Un dolor atroz recorrió mi columna. Me arrastré a ciegas por encima de comida tirada, rosas destrozadas y, madre mía... qué espanto, por encima de cuerpos mojados y calientes, desesperada por levantarme. Algo enganchó mi falda y me hizo caer hacia delante.

Me di de bruces con Dafina y fue como si el tiempo se detuviera mientras miraba su precioso ojo azul, abierto y vidrioso. Esa máscara suya, tan llamativa como la de Loren, cubierta completamente de rojo ahora que estaba empapada de sangre. Estiré la mano con la intención de limpiar la sangre de los cristalitos...

Entonces vi a Loren, hecha un ovillo detrás de Dafina, los brazos por encima de la cabeza. Gateé hasta ella y la agarré de un brazo. Levantó la cabeza de golpe. Viva. Estaba viva.

—Levántate —le ordené, tirando de ella mientras yo misma forcejeaba por ponerme en pie, aunque algo me retenía. Miré hacia atrás y deseé no haberlo hecho. Era un cuerpo. Agarré mi falda y la desgarré. Me volví hacia Loren justo cuando me llegaba un ligerísimo aroma a algo sulfúrico, algo acre. Se me cayó el alma a los pies—. Levántate. Levántate. ¡Levántate!

—No puedo —lloró—. No puedo. No puedo...

Grité cuando alguien cayó sobre mí, pero aun así agarré a Loren del vestido, del brazo, del pelo... de cualquier cosa a la que pudiese aferrarme y la arrastré por encima de Dafina. Mi don se había abierto de par en par y me llegó terror y dolor de ella, de todas partes. Conseguí volver a enderezarme y tiré de Loren hasta ponerla en pie. Vi una columna y me decidí por ella.

—¿Ves la columna? —le pregunté a Loren—. Podemos quedarnos ahí. Nos agarraremos a ella.

—Mi brazo —boqueó—. Creo que está roto.

—Lo siento. —Moví mis manos para ponerlas alrededor de su cintura.

—Tengo que ir con Dafina —protestó—. Tengo que ayudarla. No puede quedarse así. Tengo que recuperarla.

Se me hizo un nudo en la garganta, pero no dejé de tirar de Loren hacia la columna. No podía pensar en Dafina y en esa máscara y ese único ojo precioso. No podía pensar en los cuerpos que estaba pisoteando. No podía.

—Ya casi estamos.

Alguien se estrelló contra nosotras, pero no perdí el agarre, Loren tampoco, y ya casi habíamos llegado. Solo unos pocos pasos más y estaríamos fuera de la marabunta. Estaríamos...

Loren dio una sacudida y algo mojado y caliente salpicó el lado derecho de mi cara y mi antifaz. El brazo de Loren se aflojó, pero la atrapé, su peso repentino tiraba de la tierna piel de alrededor de mis costillas.

—Aguanta —le dije—. Casi hemos llegado... —Bajé la vista y la miré, porque se estaba cayendo y no podía sujetarla.

Cayó y no podía creerme lo que estaba viendo. Parecía imposible. Me negué a digerirlo, mientras me zarandeaban a la izquierda y luego hacia la derecha. No podía haber una flecha incrustada en la parte de atrás de su cabeza, las plumas vibrando.

—Casi habíamos llegado —susurré.

Un agudo silbido resonó en el exterior, seguido de otro y otro. Despacio, levanté la barbilla y miré hacia las sombras del jardín, unas más oscuras y densas que otras. Se acercaban.

Acababa de estar ahí fuera con Hawke. ¿Le habría dado tiempo a marcharse? ¿O lo habrían derribado con...?

No podía pensar de ese modo. Debía de haberse marchado. Seguro que se había marchado.

Alguien me agarró del brazo y me hizo girar en redondo.

—La entrada lateral. —La cara del comandante Jansen surgió ante mí—. Tenemos que llegar a la entrada lateral ahora, Doncella.

Parpadeé despacio, medio embotada.

—Vikter, Tawny. Tengo que encontrarlos...

—Ellos no importan ahora mismo. Tengo que sacarte de aquí. Maldita sea —masculló, cuando me giré para escudriñar a la desesperada masa de gente en busca de las personas que me importaban. Intentó agarrarme, pero mi brazo estaba demasiado resbaladizo. Perdió el agarre y eché a correr hacia la violenta multitud.

—¡Tawny! —grité, abriéndome paso a empujones por al lado de un hombre más mayor—. ¡Vikter! ¡Tawny!

—¡Poppy! —Unas manos se aferraron a mi espalda y di media vuelta. Tawny me tenía sujeta, su máscara desaparecida y el pelo desgredado—. ¡Oh, dios, Poppy!

Abrazada a ella, miré por encima de su hombro para toparme con la mirada gélida de lord Mazeen.

—Es bueno ver que todavía estás viva —comentó.

Antes de que pudiera responder, Vikter se interpuso entre nosotros y me apartó de Tawny.

—¿Estás herida? —gritó, limpiando la sangre de mi cara—. ¿Estás herida?

Entreabrí los labios. Vi a la duquesa detrás de nosotros, rodeada de guardias. Un poco más allá, vi al duque.

Unas voraces llamas trepaban por sus piernas, las lamían, subían por su pecho y se extendían por sus brazos.

—Por todos los dioses —exclamó Tawny. Creí que había visto lo mismo que yo, pero entonces me di cuenta de que estaba mirando hacia la entrada. Me giré.

Estaban de pie en la entrada y ante las ventanas rotas, docenas de ellos, vestidos con la ropa ceremonial del Rito, sus rostros ocultos por máscaras plateadas. *Wolven*. Sus cubiertas faciales habían sido diseñadas con las características de los lobunos: orejas, hocicos, largos colmillos. Los que estaban a la entrada iban armados con dagas y hachas de guerra. Los de las ventanas eran los que habían disparado las flechas. Lo más probable era que hubiese Descendientes, incluso atlantianos, entre los enmascarados.

Solo entonces me di cuenta.

Habían estado entre nosotros toda la noche. Pensé en Agnes, en lo que había dicho y lo nerviosa que parecía, y cómo Vikter había tenido la sensación de que había más cosas, cosas que no nos había contado. ¿Lo había sabido y había tratado de advertirme? No a los guardias y plebeyos que yacían heridos y muertos en el suelo. No a los Ascendidos que habían caído. No a Loren ni a Dafina, que no habían hecho daño a nadie jamás.

Cerré los puños con fuerza.

—De sangre y cenizas —gritó uno de ellos. Seguido de la voz de otro:

—¡Resurgiremos!

—¡De sangre y cenizas! —chillaron varios más, mientras empezaban a bajar las escaleras—. ¡Resurgiremos!

Vikter me agarró y yo me aferré a la mano de Tawny.

—Tenemos que movernos deprisa —dijo. Le hizo un gesto afirmativo al comandante, que ahora estaba al lado del lord.

Los guardias reales rodearon a la duquesa y a nosotros mismos, y empezaron a abrirse paso entre la multitud. Cada parte de mí se sintió enferma mientras nos guiaban a través del gentío hacia la puerta principal abierta, donde estaban empujando a la gente hacia atrás. Estábamos escapando y a ellos los estaban reteniendo en el interior.

—Esto no está bien —empecé. Después lo grité por encima de los alaridos mientras me sacaban a rastras por la puerta—. ¡Los van a masacrar!

Delante de mí, la cabeza de la duquesa se giró y sus ojos negros se cruzaron con los míos.

—Los Regios se ocuparán de ellos.

Normalmente, me hubiese echado a reír. ¿Los Regios? ¿Los Ascendidos que nunca parecían mover ni un dedo se ocuparían de ellos? Pero había algo en los ojos de la duquesa... casi donde estarían sus pupilas si pudiera verlas. Era como una brasa ardiente.

Salimos por la puerta... y otros entraron en el Gran Salón. No eran guardias. Eran Ascendidos, hombres y mujeres. Sus ojos llevaban esa misma luz tenebrosa.

Sin dejar de correr, miré hacia atrás hasta que la última Ascendida cruzó las puertas, su vestido carmesí ondeando como una capa. Un guardia real cerró la puerta tras de ella y plantó la espalda contra la madera, sus espadas cortas cruzadas delante del cuerpo.

Empezaron a pasar guardias a la carrera por nuestro lado mientras cruzábamos el vestíbulo y girábamos en torno a las estatuas. Miré a cada uno de ellos con la esperanza y el temor de ver a Hawke. Cada rostro que pasaba por mi lado me resultaba desconocido.

Y entonces los gritos del Gran Salón cesaron.

Mis pasos vacilaron. Tawny también miró hacia atrás. Los gritos simplemente habían... parado.

—Vamos, Poppy —me apremió Vikter.

Entramos en tromba en la sala de banquetes. Un guardia vino corriendo hacia nosotros, la cara y el brazo salpicados de sangre.

—Están en la puerta de atrás, rodean todo el maldito castillo. La única manera de salir es a través de ellos.

—No —se opuso la duquesa—. Esperamos a que ataquen. Aquí. Esta sala valdrá. —Avanzó unos pasos—. No llegarán hasta nosotros.

—Excelencia... —empezó Vikter.

—No. —La duquesa se volvió hacia él, con ese mismo fuego extraño que había visto antes en sus ojos—. No llegarán hasta nosotros. —Sus ojos volaron hacia mí—. Trae a Penellaphe.

La piel de alrededor de la boca de Vikter se tensó e intercambiamos una mirada. Negó con la cabeza. Yo me aferré a la mano de Tawny mientras cruzábamos la sala y entramos en una de las salas de recepción. En algún lugar de mi mente, me alegré de que al menos no fuese la misma habitación en donde habían asesinado a Malessa.

Porque había bastantes opciones de que todos fuéramos a morir ahí dentro.

El comandante se quedó fuera, la espada desenvainada, y supe que iba a regresar al Gran Salón. Mi daga casi quemaba contra mi muslo.

Cuando la puerta se cerró a nuestra espalda, solté la mano de Tawny y miré a nuestro alrededor. Había solo una ventana, pero era demasiado pequeña para que nadie excepto un niño se colara por ella.

La duquesa se dejó caer en un sofá, los labios apretados en una fina línea. Lord Mazeen acudió a su lado y vi que varios guardias reales se habían quedado dentro.

—Querida niña, parece que estés a punto de desmayarte del miedo —le dijo la duquesa a Tawny—. Aquí estaremos bien, te lo aseguro. Ven. —Dio unas palmaditas en el asiento—. Siéntate a mi lado. —Tawny me miró y yo asentí con discreción. Aspiró una pequeña bocanada de aire y luego se reunió con la duquesa, que se volvió hacia el lord—. Bran, ¿por qué no nos sirves un whisky?

Cuando el lord se levantó para obedecer a la duquesa, me volví hacia Vikter.

—Esto es una solemne estupidez —susurré. Apretó los dientes—. Si logran entrar aquí, somos presas fáciles. —Mantuve la voz baja—. Es decir, si no nos quemamos vivos a causa del duque en llamas.

Vikter asintió y se giró un poco para que la duquesa no lo viera.

—¿Estás armada?

—Sí.

—Bien. —Tenía los ojos fijos en el suelo—. Si alguien logra entrar aquí, no dudes en utilizar lo que te he enseñado. —Levanté los ojos hacia los suyos en ademán inquisitivo—. No me importa quién te vea —susurró—. Defiéndete.

Solté el aire despacio y asentí. Y entonces solo quedó el tintineo de cristal contra cristal y luego nada más. Los guardias no le quitaban el ojo a la puerta y yo me quedé al lado de Vikter. Miraba a Tawny a cada rato, pero ella mantenía la vista al frente, la copa virtualmente olvidada en la mano. Cada vez que lo comprobaba, el lord me estaba mirando a mí.

Qué injusto que él aún respirara cuando tantos otros habían dejado de hacerlo.

No me importaba lo indigno que pudiese ser ese pensamiento. Lo creía de verdad. No supe cuánto tiempo pasó, pero mis pensamientos volvieron con Hawke. El miedo se coló en mi sangre como si fuese hielo.

Rocé la espalda de Vikter y esperé a que se girara hacia mí.

—¿Crees que Hawke estará bien? —susurré.

—Se le da bien matar —contestó. Volvió a centrarse en la puerta—. Estoy seguro de que está perfecto.

A muchos de los guardias que habían caído se les daba bien matar. Todo el talento del reino no significaba nada cuando llegaba una flecha salida de la nada.

Me obligué a respirar hondo, despacio. El duque estaba muerto. Masadonia se había convertido en la siguiente mansión Goldcrest. Pero Tawny estaba bien. Igual que Vikter. Y Hawke también tenía que estarlo. Esto... esto no iba a acabar como la noche en que nos habían atacado los Demonios, cuando mi madre...

Algo se estrelló contra la puerta e hizo que Tawny soltara una exclamación ahogada. Se plantó las manos delante de la boca.

Vikter se llevó un dedo a los labios. Contuve la respiración. Podía haber sido cualquier cosa. No había necesidad de asustarse. Sí, éramos como peces en un barril, pero estábamos...

La puerta se sacudió con el siguiente impacto, las bisagras se estremecieron. Tawny se levantó de un salto, igual que la duquesa. Los guardias se posicionaron para bloquear la entrada, sus espadas desenvainadas.

La madera se agrietó y se astilló cuando el letal filo de un hacha de guerra atravesó la puerta.

—¿Qué habías dicho, Excelencia? —preguntó el lord con un suspiro—. ¿Que no lograrían llegar hasta nosotros?

—Cállate —bufó ella—. Estamos bien.

Cayó un trozo de madera. *No* estábamos bien.

Vikter giró la cabeza hacia mí. Nuestros ojos se cruzaron y solté el aire que había estado reteniendo. Roté en el sitio, planté un pie en el asiento de

una silla vacía y me remangué la falda...

—Vaya, esto se está poniendo interesante —comentó el lord.

Mis ojos se cruzaron con los suyos mientras desenvainaba la daga. Deseé con toda mi alma poder clavársela en el corazón. Debió de percibirlo en mi mirada, porque abrió mucho las aletas de la nariz.

—Penellaphe —exclamó la duquesa—. ¿Qué estás haciendo con una daga? ¿Y debajo de tu falda nada menos? ¿Todo este rato?

Una aguda risita de pánico escapó de detrás de la mano de Tawny, que todavía cubría su boca. Abrió los ojos como platos.

—Lo siento. Lo siento.

La duquesa de Teerman sacudió la cabeza.

—¿Qué estás haciendo con una daga, Penellaphe?

—Hago todo lo posible por no morir —le dije. Se quedó boquiabierta.

Consciente de que tendría que aguantar su bronca más tarde, si es que *había* un más tarde, me volví hacia la puerta. Todo había quedado en silencio. No parecía moverse nada al otro lado del tajo en la madera. Uno de los guardias reales avanzó con sigilo y se agachó para mirar hacia fuera.

Apartó la cabeza a un lado con brusquedad.

—Mierda —exclamó—. ¡Atrás!

Me aparté de un salto, igual que Vikter, pero dos de los guardias no fueron bastante rápidos. La puerta salió volando de sus goznes y se estampó contra ellos, derribando a uno mientras el ariete se estrellaba contra el pecho del otro. Oí un crujido enfermizo.

Vikter columpió su espada, cortó a través de tejidos y hueso. El ariete cayó al suelo, junto con un brazo. Un hombre gritó, se tambaleó hacia atrás mientras la sangre manaba a borbotones de la extremidad cercenada. Cayó hacia un lado y entonces llegaron en tromba, engullendo a Vikter y a los guardias. No hubo tiempo de ceder al pánico o al miedo cuando uno de los Descendientes avanzó, columpiando su hacha de guerra en la mano. No tenía ni idea de si estaban ahí por mí o solo para provocar un derramamiento de sangre, pero con la máscara y cómo iba vestida, no podían saber que yo era la Doncella.

El hombre de detrás de la máscara de lobo se rio entre dientes.

—Bonita daga.

De lo que no tenía ni idea era de que sabía usarla.

Levantó el hacha de guerra y me dio la impresión de que la duquesa gritaba. A lo mejor fue Tawny. No estaba segura, pero los sonidos que

hicieron se fundieron con el resto mientras dejaba que el instinto tomara el control.

Esperé a que el hacha bajara silbando por el aire y entonces me impulsé hacia delante, me colé por debajo del brazo del hombre, giré en redondo justo cuando él empezaba a darse la vuelta e incrusté la daga en la parte de atrás de su cuello, en el punto exacto que solía usar para terminar con los malditos.

Estaba muerto antes de poder darse cuenta siquiera de que lo había matado.

Mientras caía hacia delante, vi a la duquesa mirarme boquiabierta.

—Detrás de ti —gritó Tawny.

Giré sobre mí misma y me tiré al suelo mientras otra hacha cortaba por el aire. Lancé una patada y barrí las piernas del hombre de debajo de él. Cayó justo cuando Vikter se giraba, su espada dibujó un gran arco para acabar con él. Me levanté de un salto al tiempo que un Descendente iba directo a clavar una daga en la espalda de Vikter.

Grité una advertencia y Vikter lanzó un violento codazo que le dio al tipo debajo de la barbilla. Su cabeza dio un latigazo hacia atrás.

Un Descendente se abalanzó sobre mí, un hacha en alto. Salté hacia la izquierda justo cuando algo... un vaso... se estrellaba contra la máscara de metal del Descendente. Miré hacia atrás para ver a Tawny sin vaso, aunque no se quedó con las manos vacías mucho tiempo. Agarró el decantador y lo sujetó como si fuese una espada.

Me lancé a por el hombre y clavé la daga bien hondo en su pecho. El Descendente cayó, pero me arrastró con él. Aterricé encima de él con un gruñido y empecé a levantarme. Un pie enfundado en una bota llegó volando para estrellarse contra mi mano. Sentí un intenso dolor y la daga se me escapó de entre los dedos.

La agonía me sacó todo el aire de los pulmones. Por todos los dioses, cómo dolía. Me eché hacia atrás, pero caí sentada. Levanté la vista y retrocedí por el suelo a toda prisa. Mi mano herida rozó contra el mango de un hacha.

Por encima de mí, el Descendente levantó una espada con las dos manos, preparado para clavármela. Se me encogió el corazón en el pecho.

—¡Es la Doncella! —chilló la duquesa—. ¡Es la Elegida!

¿Qué dem...?

El Descendente vaciló.

Cerré la mano en torno al mango del hacha y arremetí contra él, arrastrando la pesada arma por los aires. El hombre intentó retroceder, pero le

di en el estómago. Brotó sangre por doquier mientras gritaba y dejaba caer el arma para agarrarse la tripa, su...

Se me llenó la garganta de bilis, pero aun así bajé el hacha sobre su cuello para poner fin a lo que seguro hubiese sido una muerte dolorosa por destripamiento.

Con la mano dolorida, agarré el hacha con más fuerza cuando un Descendente derribó a uno de los guardias y luego se dirigió hacia Tawny, con la espada empapada de sangre. Levanté el hacha por encima de mi cabeza e hice justo lo que Vikter me había enseñado. Me aseguré de que la hoja estuviese perfectamente recta al echarla hacia atrás por encima de mi cabeza y columpiarla hacia delante de nuevo para tirarla. Voló por el aire y se clavó en la espalda del Descendente. El hombre cayó de bruces, su espada repicó contra el suelo.

—Por todos los dioses —murmuró lord Mazeen, mirándome con los ojos como platos.

—Recuérdelo —le advertí, al tiempo que me agachaba a toda velocidad para recoger la espada caída, ligera y de doble filo—. Y *esto* —escupí. Le corté el cuello al siguiente Descendente.

Resollando, me giré hacia la puerta justo cuando Vikter atravesaba con su espada al último Descendente. Solo otro guardia permanecía en pie. Bajé la espada. Me faltaba el aire, pero aun así pasé por encima del cuerpo y... partes de cuerpos.

—¿Eso es todo?

Vikter asomó la cabeza por la puerta.

—Eso creo, pero no deberíamos quedarnos aquí.

No tenía ninguna intención de quedarme en esa habitación. La duquesa y el lord podían hacer lo que les viniera en gana. Me volví hacia Tawny.

—¿Cómo? —preguntó la duquesa, sus manos y su ropa limpias de sangre y restos cuando yo nadaba en ellos—. ¿Cómo es posible? —exigió saber, contemplando el desastre a su alrededor—. ¿Cómo?

—Yo la entrené —contestó Vikter. Me quedé pasmada—. Jamás me he alegrado tanto de haberlo hecho como ahora mismo.

—No creo que necesite ningún guardia real —comentó el lord con tono seco. Arrugó la nariz al quitarse algo de la túnica—. Pero es muy impropio de una Doncella.

Estaba a dos segundos de enseñarle cuán *impropia* podía ser. Vikter me tocó el brazo para llamar mi atención. *Después*, me dijo, solo con los labios.

—Vamos. —Miró a Tawny—. Esto no es seguro.

—¿En serio? —susurró Tawny, todavía aferrada al decantador cuando se acercó a nosotros—. Jamás me hubiese dado cuenta.

Los ojos de Vikter volvieron a mí y, aunque sus mejillas estaban más rojas que doradas, sonrió.

—Estoy orgulloso de ti.

Había querido tirarle algo a la cabeza mientras estábamos en el jardín, pero ahora quería abrazarlo. Di un paso hacia él justo cuando Tawny gritó.

El tiempo se ralentizó para avanzar a paso de tortuga, pero aun así no fue suficiente para impedir nada de lo que estaba sucediendo.

Vikter rotó por la cintura, miró hacia la puerta, hacia donde un Descendente herido se había puesto en pie, la espada en alto. Silbó por el aire, la hoja brillante de sangre.

—¡No! —grité, pero era demasiado tarde.

La espada encontró su objetivo.

El cuerpo de Vikter dio una sacudida, su espalda se arqueó cuando la espada se incrustó en su pecho, justo por encima del corazón. La sorpresa invadió sus facciones cuando bajó la vista. Yo también miré, incapaz de procesar lo que estaba ocurriendo.

El Descendente recuperó su espada y mi propia arma resbaló de mi mano mientras intentaba atrapar a Vikter. No podía caer. No podía sucumbir. Se tambaleó y envolví mis brazos a su alrededor, su boca se abrió y luego se cerró.

Sus piernas cedieron bajo su peso y se desplomó. Cayó. No recordaba haberme agachado junto a él, pero apreté ambas manos contra la herida. Levanté la vista, intenté pedir ayuda.

Sin previo aviso, la cabeza del Descendente salió volando en dirección contraria a su cuerpo y vi a Hawke ahí plantado, sus ojos de un ámbar ardiente, las mejillas salpicadas de sangre y... hollín. Detrás de él había más guardias. Sus ojos escudriñaron la habitación, se posaron en nosotros y ahí se detuvieron. Vi la expresión en su rostro, en sus ojos dorados mientras bajaba su espada ensangrentada.

—No —le dije. Hawke cerró los ojos—. No. No. No. —Me dolía la garganta mientras apretaba la mano sobre la herida de Vikter. La sangre no dejaba de brotar bajo la palma, resbalaba por mi brazo—. No. Por todos los dioses, no. Por favor. Estás bien. Por favor...

—Lo siento —dijo Vikter con voz ahogada. Puso su mano sobre la mía.

—¿Qué? —exclamé—. No puedes sentirlo. Te vas a poner bien. Hawke. —Levanté la vista hacia él—. Tienes que ayudarlo.

Hawke se arrodilló al lado de Vikter, puso una mano sobre su hombro.

—Poppy —dijo con dulzura.

—Ayúdalo —exigí. Hawke no dijo nada, no hizo nada—. ¡Por favor! Ve a buscar a alguien. ¡Haz algo!

La mano de Vikter se apretó sobre la mía y cuando bajé la vista vi que el dolor se instalaba en sus facciones. Sentí su dolor a través de mi don. Estaba tan consternada, tan afligida, que ni siquiera se me había ocurrido usarlo. Intenté quitarle el dolor, pero no era capaz de concentrarme, no era capaz de encontrar esos recuerdos felices y cálidos. No era capaz de hacer nada.

—No. No —gimoteé. Cerré los ojos. Tenía ese don para algo. Podía ayudarlo. Podía quitarle el dolor y eso ayudaría a calmarlo hasta que llegara ayuda...

—Poppy —murmuró, con voz sibilante—. Mírame. —Abrí los ojos, me estremecí por lo que vi. La sangre oscurecía las comisuras de sus labios demasiado pálidos—. Siento no... no... haberte protegido.

Su rostro se enturbió mientras lo miraba. La sangre no manaba ya con la misma intensidad de la herida.

—Claro que me has protegido. Todavía lo harás.

—No lo... hice. —Sus ojos se deslizaron por encima de mi hombro hacia donde estaba lord Mazeen—. Yo... te fallé... como hombre. Perdóname.

—No hay nada que perdonar —lloré—. No has hecho nada mal.

—Por favor —suplicó, sus ojos cada vez más apagados fijos en mí.

—Te perdono. —Me incliné hacia delante, apoyé la frente en la suya—. Te perdono. De verdad. Te perdono. —Vikter se estremeció—. Por favor, no —susurré—. Por favor, no me dejes. Por favor. No puedo... no puedo hacer esto sin ti. Por favor.

Su mano resbaló de la mía.

Aspiré una bocanada de aire, pero no fue a ninguna parte. Levanté la cabeza y lo miré. Busqué, frenética, por su cara. Tenía los ojos abiertos, los labios separados, pero no me veía. Ya no veía nada, nunca más lo vería.

—¿Vikter? —Presioné la mano contra su pecho, intenté sentir su corazón, solo un latido. Era todo lo que necesitaba sentir. Solo un latido. *Por favor*—. ¿Vikter? —Alguien susurró mi nombre con suavidad. Era Hawke. Puso su mano sobre la mía. Lo miré y sacudí la cabeza—. No.

—Lo siento —dijo. Levantó mi mano con ternura—. Lo siento muchísimo.

—No —repetí. El aire me llegaba ahora en jadeos cortos y rápidos—. No.

—Creo que nuestra Doncella ha cruzado cierta línea roja con sus guardias reales. No creo que sus lecciones fuesen demasiado eficaces.

Una oleada de hielo me inundó, entró por la coronilla y bajó por mi columna, mientras Hawke levantaba la vista hacia el lord. Su boca se movió y quizás dijera algo, pero el mundo simplemente se apagó. No podía oír a Hawke por encima del zumbido de mis oídos, por encima de la más absoluta ira ardiente que latía por mis venas.

Perdóname.

Te fallé.

Perdóname.

Te fallé.

Empecé a moverme. Mi mano encontró metal. Me levanté del charco de sangre. Giré en el sitio. Vi a lord Mazeen ahí de pie, con apenas una gota de sangre sobre él, apenas un mechón de pelo descolocado.

Me miró.

Perdóname.

Sonrió.

Te fallé.

—Eso sí que no voy a olvidarlo pronto —dijo, haciendo un gesto con la barbilla hacia Vikter.

Perdóname.

El sonido que brotó de mi interior fue como un volcán de furia y dolor que cortó tan profundo que fisuró algo en mi interior de manera irrevocable.

Fui rápida, justo como Vikter me había enseñado a ser. Columpié la letal espada. Lord Mazeen no estaba preparado para el ataque, pero se movió tan deprisa como podía hacerlo cualquier Ascendido. Su mano salió disparada en su intento de atrapar mi brazo y apuesto a que creyó que podía hacerlo. La sonrisa seguía ahí, pero la ira fue más rápida, más fuerte, más letal.

La furia era potencia pura y ni siquiera los dioses podían escapar de ella, no digamos ya los Ascendidos.

Corté a través de su brazo, a través de tejido, músculo y luego hueso. El apéndice cayó al suelo, inútil como el resto de él. La oleada de satisfacción fue una bendición, mientras él aullaba como un patético animal herido. Contempló la sangre que brotaba como un géiser del muñón justo por encima de su codo. Sus ojos oscuros se abrieron de par en par. Hubo chillidos y gritos, muchísimos gritos, pero no paré ahí. Bajé la espada contra su muñeca izquierda y corté la mano que había inmovilizado la mía contra el escritorio

del duque, despojándome del último resto de modestia que me quedaba mientras el duque hacía caer la vara sobre mi espalda.

Te fallé.

El lord se tambaleó hacia atrás contra la silla y retrajo los labios cuando un sonido diferente salió por ellos, uno que recordaba al viento cuando llegaba la neblina. Di la vuelta a la espada y la columpié en un gran arco. Esta espada, la espada de Vikter, encontró su objetivo.

Perdóname.

Cercené la cabeza de lord Brandole Mazeen de sus hombros.

Su cuerpo se deslizó al suelo mientras yo levantaba la espada y la clavaba en su hombro, su pecho. No paré. No lo haría hasta que no fuese más que pedazos. Ni siquiera cuando los gritos y alaridos se convirtieron en todo mi mundo.

Un brazo se cerró a mi alrededor desde atrás, me apartó del lord caído mientras me arrancaban la espada de las manos. Capté un aroma a pino y bosque y supe quién me sujetaba, supe quién me apartaba de lo que quedaba del lord. Pero forcejeé. Arañé y me retorcí y lancé golpes a diestra y siniestra. El agarre era férreo.

—Para —dijo Hawke. Apretó la mejilla contra la mía—. Por todos los dioses, para. Para.

Le di una patada en la espinilla, luego en el muslo. Me retorcí hacia atrás e hice que trastabillara.

Perdóname.

Hawke cruzó los brazos a mi alrededor, me levantó en volandas y luego me bajó de modo que mis piernas quedaran atrapadas debajo de mí.

—Para. Por favor —insistió—. Poppy...

Te fallé.

Los gritos eran tan fuertes que me hacían daño a los oídos, la cabeza, la piel. En un rincón lejano y aún funcional de mi cerebro, sabía que era yo la que gritaba de ese modo, pero no conseguía parar.

Un fogonazo de luz explotó detrás de mis ojos y el olvido vino en mi busca.

Me sumí en la nada más absoluta.

Capítulo 27



Medio apoyada sobre el alféizar interior de la ventana, contemplaba las antorchas del otro lado del Adarve, los ojos doloridos y cansados con la presión de lágrimas que se negaban a caer.

Deseaba poder llorar, pero era como si el hilo que me conectaba a mis emociones hubiese sido cortado. No era que la muerte de Vikter no doliera. Dios, era una agonía palpitante cada vez que pensaba en su nombre siquiera, pero eso era casi todo lo que había sentido en la última semana y media desde su muerte. Un agudo dolor que cortaba a través de mi pecho. No pena. No miedo. Solo dolor e ira... tantísima ira...

A lo mejor era porque no había ido a su funeral. No había conseguido ir a ninguno de los funerales, y había habido tantos muertos que se celebraban más de diez al mismo tiempo. O eso me había contado Tawny.

No había sido elección mía no asistir a los servicios. Había estado dormida. Había dormido mucho esa semana. Días enteros simplemente desaparecidos en un borrón de sueño y conciencia drogada. Ni siquiera recordaba que Tawny me ayudara a lavarme toda la sangre y la mugre, ni cómo había llegado a la cama. Sabía que me había hablado entonces, pero no podía recordar ni una sola palabra de lo que había dicho. Tenía la extraña impresión de que no había estado sola mientras dormía. Recordaba la sensación de unas manos callosas contra mi mejilla, dedos que retiraban el pelo de mi cara. Tenía el tenue recuerdo de Hawke hablándome, susurraba cuando la habitación estaba iluminada por los rayos del sol y también cuando la noche se apoderaba de ella. En estos mismos momentos, aún sentía el roce de sus dedos contra mi cara, mi pelo. Había sido la única conexión real con el mundo mientras dormía.

Cerré los ojos con fuerza hasta que esas sensaciones fantasmales desaparecieron, y entonces volví a abrirlos.

No fue hasta unos cuatro días después del ataque al Rito que supe que Hawke había utilizado no sé qué punto de presión en mi cuello para dejarme inconsciente. Me había despertado algo más tarde en mi habitación, incapaz de usar mi voz. Los gritos... habían desgarrado mi garganta. Hawke había estado ahí; también Tawny, la duquesa y un curandero.

Me ofrecieron un brebaje que me haría dormir y por primera vez en mi vida, lo acepté. Tal vez hubiese seguido tomándolo, de no ser porque Hawke se había llevado los polvos de mi habitación hacía cuatro días.

Fue entonces cuando me enteré de que el ataque al Rito no había sido el único de esa noche. Los Descendientes habían prendido fuego a varias de las opulentas casas de Radiant Row para atraer a guardias del Adarve y del castillo. Ahí es donde había ido Hawke después de salir del jardín, lo cual explicaba el hollín que manchaba su cara.

Los incendios habían sido una jugada inteligente por parte de los Descendientes. Eso tenía que reconocérselo. Con los guardias distraídos, los Descendientes pudieron desplazarse por la noche y eliminar a los efectivos que quedaban apostados alrededor del castillo antes de que supieran siquiera que estaban ahí. Pudieron empezar una masacre a gran escala antes de que los guardias que habían ido a Radiant Row pudieran regresar.

Nadie sabía qué mensaje pretendían enviar con el ataque al Rito, ni siquiera si buscaban alguno. Las fuerzas del castillo no habían capturado a ninguno de los Descendientes vivos esa noche, y los pocos que habían escapado se habían vuelto a ocultar entre las sombras.

Los Ascendidos habían hecho lo que la duquesa había dicho que harían. Se habían ensuciado las manos, pero su ayuda había llegado demasiado tarde. La mayoría de los que se habían quedado en esa sala habían muerto. Solo unos pocos habían sobrevivido, pero tan traumatizados que ni siquiera eran capaces de recordar lo que había ocurrido.

Habían muerto bastante más de cien personas esa noche.

Por todos los dioses, preferiría estar dormida que despierta.

Al menos, cuando dormía, no veía al duque quemándose donde lo habían colgado y empalado. No pensaba en el único ojo azul de Dafina, ni en cómo Loren había intentado volver con su amiga, solo para acabar igual que ella. No recordaba lo que sentí al gatear por encima de gente muerta o moribunda, incapaz de hacer nada por ayudarlos. Las máscaras lobunas de metal no atormentaban mis sueños. Tampoco lo hacía esa sonrisa que Vikter me había

regalado, ni cómo me había dicho que estaba orgulloso de mí. Dormida, no pensaba en cómo las últimas palabras que había pronunciado eran una súplica para que lo perdonara por no haberme protegido. Y no podía recordar cómo mi don me había fallado cuando más lo necesitaba.

Deseaba no haber dicho nunca lo que había dicho en ese jardín.

Deseaba... deseaba no haber ido nunca al Rito ni haber estado debajo del sauce. Si hubiese estado en mi habitación, donde se suponía que debía estar, no nos habríamos visto envueltos en el grueso del ataque. Se hubiese producido de todos modos y hubiese muerto mucha gente, pero quizás Vikter estaría aún aquí.

Sin embargo, una vocecilla susurraba en el fondo de mi cabeza que en el instante en que Vikter se hubiese enterado de lo que estaba sucediendo, habría ido ahí abajo de todos modos. Y yo habría ido tras él. La muerte había venido en su busca, y esa vocecilla también susurraba que la muerte lo habría encontrado.

En los días que había pasado perdida en esa profunda vaciedad, no era capaz de pensar en lo que le había hecho a lord Mazeen ni en cómo me sentía al respecto.

O en cómo *no* me sentía.

No sentía ni un ápice de arrepentimiento. Me clavé las uñas en las palmas de las manos. Lo haría de nuevo. Por todos los dioses, desearía poder hacerlo, y eso me inquietaba.

Cuando estaba noqueada, no pensaba y no me preocupaba por nada.

Pero ahora estaba despierta y todo lo que tenía eran mis pensamientos, el dolor y la ira.

Quería encontrar a todos y cada uno de los Descendientes y hacerles lo que le había hecho al lord.

Lo había intentado la segunda noche que pasé despierta. Me había puesto la capa y la máscara y había agarrado la espada corta que Vikter me había dado hacía años, puesto que mi daga había quedado perdida en el caos de aquella habitación la noche del Rito. Había planeado hacerle una visita a Agnes.

Ella lo había sabido. Nada podía convencerme de lo contrario. Lo había sabido y sus intentos por advertirme no habían sido suficientes. La sangre que había sido derramada esa noche manchaba sus manos. La sangre de Vikter manchaba su piel. Mi mentor y amigo, que había bebido su cacao caliente y la había consolado. Ella podía haber impedido todo esto.

Hawke me había alcanzado a mitad de la Arboleda de los Deseos y prácticamente me había arrastrado de vuelta al castillo. En ese momento, se habían llevado el baúl de armas de mi cuarto y habían bloqueado el acceso de servicio desde las escaleras.

Así que ahí estaba. Sentada. Esperando.

Había pasado las noches despierta, esperando a que la duquesa me hiciese llamar. A que me impusiese mi castigo. Porque había hecho algo prohibido de manera tan expresa que hacía que todo lo que había hecho antes no fuese más que secundario.

Había matado a un Ascendido.

Doncella o no, tenía que haber algún tipo de castigo para eso. Tenían que encontrarme indigna.

Una llamada a la puerta desvió mi atención de la ventana. Se abrió y por ella entró Hawke, que la cerró a su espalda. Llevaba el uniforme de los guardias, todo negro excepto por la capa blanca de la Guardia Real.

Nadie había ocupado el puesto de Vikter todavía. No sabía por qué. A lo mejor, después de ver de lo que era capaz, la duquesa pensaba que ya no necesitaba tanta protección. Aunque protegerme a mí misma sería más bien difícil sin acceso a ningún arma. O tal vez se debiera a que ya había tenido tres guardias distintos en un año. O quizás fuese porque habían muerto tantos durante el ataque que estaban cortos de efectivos.

Mi espalda se tensó mientras Hawke y yo nos miramos desde extremos opuestos de la habitación.

Las cosas habían estado raras entre nosotros.

No estaba segura de si se debía a lo ocurrido en el jardín y luego con Vikter o si era por lo que había hecho en esa habitación después de la muerte de Vikter. Podía ser por todo ello. Pero estaba muy callado en mi presencia y no tenía ni idea de lo que sentía o pensaba. Mi don estaba bien oculto detrás de un muro tan grueso que no podía ni agrietarse.

No dijo nada. Se limitó a quedarse ahí plantado, cruzar los brazos delante del pecho y mirarme. Había hecho eso mismo una vez o quinientas desde que me desperté. Seguramente, porque cuando trataba de hablar conmigo, todo lo que yo hacía era mirarlo.

Supuse que era por eso que las cosas estaban raras.

Entorné los ojos mientras el silencio se extendía entre nosotros.

—¿Qué?

—Nada.

—Entonces, ¿a qué has venido? —exigí saber.

—¿Necesito una razón?

—Sí.

—No.

—¿Has venido a asegurarte de que no haya encontrado una forma de salir de esta habitación? —lo desafié.

—Sé que no puedes salir de esta habitación, princesa.

—No me llames así —espeté.

—Me voy a tomar un segundo para recordarme que esto es un progreso.

—¿Progreso con qué? —pregunté, con el ceño fruncido.

—Contigo —contestó—. No estás siendo demasiado agradable, pero al menos hablas. Eso es un progreso.

—No estoy siendo desagradable —me defendí—. Es solo que no me gusta que me llames así.

—Ajá —murmuró.

—Lo que sea. —Aparté la mirada de él. Me sentía... No sabía lo que sentía. Me retorcí, incómoda, y no tenía nada que ver con lo dura que era la piedra debajo de mí.

No estaba enfadada con Hawke. Simplemente estaba enfadada con... todo.

—Lo pillo —dijo con voz queda.

Cuando lo miré, vi que se había acercado. Y yo ni lo había oído. Ahora estaba casi a mi lado.

—¿Ah, sí? —Arqueeé las cejas—. ¿Lo entiendes?

Me miró y, en ese momento, sentí algo distinto a la ira y el dolor. La vergüenza quemó a través de mí como ácido. Por supuesto que Hawke lo entendía, al menos hasta cierto punto. Aun así, era probable que lo entendiese mejor que mucha otra gente.

—Lo siento.

—¿El qué? —La dureza se había esfumado de mi tono.

—Ya te dije esto antes, poco después de todo, pero no creo que me oyeras —explicó. Pensé en esas vagas sensaciones de él a mi lado—. Debí volver a decírtelo antes de hoy. Siento todo lo que ha sucedido. Vikter era un buen hombre. A pesar de las últimas palabras que intercambiamos, lo respetaba y siento no haber podido hacer nada.

Cada músculo de mi cuerpo se bloqueó.

—Hawke...

—No sé si estar ahí, como debería de haber estado, hubiese cambiado el resultado final —continuó—, pero siento no haber estado. Siento que ya no

hubiera nada que hacer cuando *por fin* llegué. Lo siento...

—No tienes de qué disculparte. —Me levanté del alféizar de la ventana, tenía las articulaciones rígidas después de haber pasado tanto tiempo ahí sentada—. No te culpo de lo ocurrido. No estoy enfadada contigo.

—Lo sé. —Miró por encima de mí, fuera de la ventana y hacia el Adarve—. Pero eso no cambia que desearía haber hecho algo que pudiera haber impedido todo esto.

—Hay muchas cosas que yo desearía haber hecho de otro modo —reconocí, la vista fija en mis manos—. Si hubiese vuelto a mi habitación...

—Si hubieses vuelto a tu habitación, todo esto habría pasado igual. No te culpes. —Un segundo más tarde noté sus dedos debajo de mi barbilla. Levanté la vista hacia su rostro—. Tú no tienes la culpa de esto, Poppy. Para nada. Si acaso, yo... —Se interrumpió con una maldición entre dientes—. No cargues con culpas que pertenecen a otros. ¿Lo entiendes?

Sí, lo entendía, pero eso no cambiaba nada.

—Diez —dije en cambio. Hawke frunció el ceño.

—¿Qué?

—Diez veces me has llamado Poppy.

Un lado de sus labios se curvó hacia arriba. Apareció el más leve indicio de hoyuelo.

—Me gusta llamarte así. Pero me gusta más llamarte *princesa*.

—Idiota —repuse. Agachó la cabeza.

—Está bien, ¿sabes?

—¿El qué?

—Todo lo que sientes —explicó—. Y todo lo que no sientes.

El aire se me atascó en los pulmones cuando mi pecho se comprimió, y no era solo de dolor. Era algo más ligero, más cálido. Que supiera cómo me sentía era prueba de que, de algún modo, había estado donde estaba yo ahora mismo. No supe si me había movido yo o lo había hecho él, pero de pronto tenía los brazos a su alrededor, y él me abrazaba con la misma fuerza que lo abrazaba yo. Tenía la mejilla pegada a su pecho, debajo de su corazón, y cuando su barbilla bajó para apoyarse en mi cabeza, me estremecí del alivio. Ese tierno abrazo no arregló el mundo. El dolor y la ira seguían ahí, pero Hawke era tan dulce y su abrazo era... por los dioses, parecía transmitir *esperanza*, como una promesa de que no siempre me sentiría de este modo.

Nos quedamos ahí un rato antes de que Hawke se apartara y, cuando lo hizo, retiró unos mechones de pelo despistados de mi cara. Sentí un escalofrío de aceptación.

—Sí que había venido con un cometido concreto —reconoció—. La duquesa necesita hablar contigo.

Parpadeé. O sea que había llegado la hora.

—¿Y has esperado hasta ahora para decírmelo?

—Pensé que lo que teníamos que decirnos nosotros era mucho más importante.

—No creo que la duquesa opine lo mismo —le dije, y la expresión de su cara indicaba que no le importaba lo más mínimo—. Es hora de que averigüe cómo voy a ser castigada por... por lo que le hice al lord, ¿no?

Hawke frunció el ceño en mi dirección.

—Si creyera que te estoy llevando a recibir un castigo, no te llevaría.

Una sensación de sorpresa se avivó en mi interior, lo cual demostraba que era otra emoción que era capaz de sentir.

—¿Adónde me llevarías?

—A algún lugar lejos de aquí —dijo. Y le creí. Haría lo que nadie más, ni siquiera... ni siquiera Vikter—. La duquesa quiere verte porque han llegado noticias de la capital.



Me sentí extraña cuando Tawny llegó para ayudarme con el velo, llevarlo otra vez después de todo lo ocurrido... incluso más extraño fue constatar que el castillo estaba igual que antes del ataque. Todo excepto el Gran Salón, que tenía ahora una barricada delante, por lo que pude ver. Un breve vistazo a la habitación en la que había muerto Vikter reveló que la puerta había sido sustituida.

Eso era todo lo que necesitaba saber.

La duquesa iba de blanco, como yo, pero mientras yo llevaba la ropa de la Doncella, ella llevaba el color del luto. Estaba sentada detrás del escritorio del duque, estudiando una hoja de papel. No era el escritorio que había estado en la oficina más privada del duque. Si nos hubiésemos reunido ahí, no tenía ni idea de lo que habría hecho.

Todavía no podía creer cómo habían matado al duque. Seguro que lo del arma había sido una coincidencia, pero seguía despertando ciertos sentimientos en la parte de atrás de mi mente.

La duquesa levantó la vista cuando la puerta se cerró detrás de nosotros. Parecía... diferente. No era el color de su ropa, ni el hecho de que llevara el

pelo recogido muy tenso en un sencillo moño. Era otra cosa, pero no conseguí identificarlo mientras pasaba por delante de los bancos. Había otras dos personas en la sala: el comandante y un guardia real.

Me miró de arriba abajo y me pregunté si notaría que me había dejado el pelo suelto debajo del velo.

—Espero que estés bien. —Hizo una pausa—. O al menos mejor que la última vez que te vi.

—Estoy bien —confirmé, aunque me pareció que no era mentira ni verdad.

—Bien. Por favor. Toma asiento. —Señaló al banco e hice lo que me pedía. Tawny se sentó a mi lado, pero Hawke permaneció de pie a mi izquierda. Hice todo lo que estaba en mi mano para no pensar en cómo Vikter pertenecía a ese lugar—. Han pasado muchas cosas mientras has estado... descansando —empezó la duquesa—. La reina y el rey han sido informados de los últimos acontecimientos.

Dio unos golpecitos con un largo dedo sobre el pergamino. A la capital habrían enviado el mensaje por paloma mensajera, pero solo un cazador entregaría un mensaje real aquí. Debía de haber cabalgado día y noche, cambiando de caballos por el camino, para llegar de vuelta tan pronto. Solían tardar varias semanas en viajar semejante distancia.

—Después del intento de secuestro y el ataque al Rito, creen que ya no es seguro que permanezcas aquí —anunció la duquesa—. Han decidido que regreses a Carsodonia.

Me lo esperaba. Desde el intento de secuestro. Había aceptado que había muchas posibilidades de que la reina me hiciera volver a la capital, y sabía que eso significaba una Ascensión más temprana de lo previsto. Era probable que esa fuese la razón de que no estuviese sorprendida, pero no explicaba la falta de miedo y temor.

Todo lo que sentía era... aceptación. Quizás incluso un poco de alivio, porque este castillo era ahora mismo el último sitio donde quería estar, y no estaba pensando en lo que ocurriría cuando llegara a la capital. Ni siquiera pensaba en ver a Ian otra vez. Sin embargo, sí sabía qué más sentía. Y era confusión.

—Perdón —farfullé—. ¿Cómo es que no se me castiga?

Hawke se giró hacia mí y, sin necesidad de mirarlo, supe que era casi seguro que tendría la misma expresión en la cara que hubiese tenido Vikter.

La duquesa tardó un buen rato en responder.

—Supongo que te refieres a lo de lord Mazeen —dijo al fin. Se me hizo un nudo en el estómago, pero aun así asentí. La duquesa ladeó la cabeza—. ¿Crees que deberías ser castigada?

Empecé a responder como lo hubiese hecho hacía dos semanas, antes del ataque, allá cuando seguía haciendo unos esfuerzos tremendos por ser lo que empezaba a pensar que jamás estuve destinada a ser.

—No creo que pueda responder a esa pregunta.

—¿Por qué no? —La curiosidad resaltó sus facciones.

—Porque... la cosa venía de lejos —opté por decir, consciente de cómo Tawny se movió para apretar su pierna contra la mía. Respiré hondo—. Sé que *debería* ser castigada.

—Deberías —convino la duquesa—. Era un Ascendido, uno de los más veteranos del castillo. —Hawke irradiaba tensión y sentí que se movía un pelín de nada hacia mí—. Lo cortaste en pedazos como hubiese hecho un carnicero con un trozo de carne —continuó. Debería de haber sentido horror o asco; cualquier cosa menos la oleada de satisfacción que me inundó por dentro—. Pero estoy segura de que tienes tus razones.

Me quedé boquiabierta.

La duquesa se echó hacia atrás y agarró una pluma.

—He conocido a Bran durante muchos, muchos años y hay muy pocas cosas de su... personalidad que no sepa. Esperaba que se hubiese comportado de otro modo contigo, dado lo que eres. Parece ser que estaba equivocada.

—¿Usted...? —empecé, inclinándome hacia delante.

—Yo no haría esa pregunta —me interrumpió, sus ojos imperturbables se clavaron en los míos—. No te gustaría mi respuesta y no la entenderías. Tampoco esperarías que lo hicieras. Tómame esto como una lección muy necesaria, Penellaphe. Algunas verdades no hacen nada más que destruir y estropear lo que no son capaces de borrar. Las verdades no siempre liberan a la persona. Solo un tonto al que han alimentado toda la vida con mentiras creerá eso.

Con el pecho agitado, cerré la boca y me eché hacia atrás. La duquesa lo sabía. Siempre había sabido lo del lord y el duque. Tal vez no lo que habían hecho exactamente, pero lo sabía. Hiqué los dedos en la falda de mi vestido.

—Eres la Doncella —continuó—. Esa es la razón de que no vayas a ser castigada. Da gracias y no vuelvas a hablar del tema jamás. —Un músculo se contrajo debajo de su ojo—. Y hazte un favor. No pierdas ni un segundo en pensar en ninguno de ellos. Sé bien que yo no lo haré.

La miré mientras relajaba la mano en torno a la pluma, sus nudillos blancos empezaron a recuperar el color. Entonces se me ocurrió. Si el duque me había tratado del modo que lo hacía, ¿por qué había dado por sentado que trataría a su mujer de un modo diferente? Después de todo, jamás había visto una muestra de cariño entre ellos, y no solo se debía a la naturaleza fría de los Ascendidos. Jamás los había visto tocarse. Ser un Ascendido no significaba que ya no pudieran abusar de ti o maltratarte.

Bajé la vista y asentí.

—¿Cuándo... cuándo parto hacia la capital?

—Mañana por la mañana —respondió—. Partirás al amanecer.

Capítulo 28



—No voy a dejar a Tawny aquí —sentencié, encarándome con Hawke—. Ni hablar.

—No viene con nosotros. —Sus ojos centelleaban de un ámbar fogoso—. Lo siento, pero no.

Estábamos en mis aposentos no más de treinta minutos después de salir de la oficina de la duquesa. Celebrábamos nuestra propia reunión. Tawny estaba presente, al igual que el comandante, pero era como si ni siquiera estuvieran en el mismo edificio.

Hawke y yo llevábamos discutiendo diez minutos.

—Qué suerte que no seas tú el que está al mando —destaqué. Me giré hacia el comandante—. Necesito...

—Lo siento, Doncella, pero yo no voy con vosotros. —El comandante Jansen entró en la habitación desde el umbral de la puerta—. Va solo un grupo pequeño, pero Hawke es tu guardia real personal. Él estará al mando.

—¿Cómo es posible que él esté al mando? —casi grité—. Ni siquiera lleva tanto tiempo como mi guardia real.

—Pero es tu único guardia real.

Esa afirmación dolía, así que me encaré con Hawke de nuevo e hice la única cosa completamente inmadura que podía hacer: tomarla con él.

—¿En serio esperas que la deje aquí? ¿Donde hay Descendientes asesinando a gente a diestra y siniestra?

—¿En serio esperas que la lleve fuera del Adarve?

Tawny dio un paso adelante.

—Si puedo...

—¡Sí! —exclamé—. Me vas a llevar a *mí* fuera del Adarve.

—Exacto. Solo pueden asignarnos unos pocos guardias para escoltarte. Todos ellos estarán centrados en mantenerte a ti a salvo. No a ella.

—Yo puedo...

—Sé que puedes protegerte sola. Todo el mundo en esta habitación lo sabe, créeme, pero vamos a ir ahí afuera, princesa. Más allá del Adarve. ¿Sabes el trayecto que tenemos por delante? —preguntó—. Tendremos que cruzar las Llanuras Desoladas y el Bosque de Sangre.

—Lo sé. —El nerviosismo hizo que se me revolviera el estómago.

—Y también vamos a viajar por zonas con una densa población de Descendientes. No va a ser una excursión fácil y no pondré en riesgo tu seguridad —concluyó, mientras me fulminaba con la mirada. El Hawke que con tanta fuerza y ternura me había abrazado hacía tan solo unas horas había desaparecido. Sustituido por...

Sustituido por un guardia real del que Vikter hubiese estado orgulloso. No había forma de evitar esa punzada de dolor. Hawke no era mi amigo ni... ni lo que fuese que era para mí en ese momento. Era un guardia real que había jurado mantenerme con vida y entregarme sana y salva al rey y la reina.

Bajó la barbilla, con los ojos clavados en los míos.

—Si llevamos a Tawny con nosotros, muy bien podríamos enviarla por delante y utilizarla como cebo para los Demonios.

Lo miré boquiabierto.

—Es posible que esa haya sido la afirmación más absurda de la historia.

—No más absurdo que estar aquí discutiendo con la mitad de tu cara —replicó. Levanté las manos por los aires.

—Eso suena a problema tuyo, no mío.

Con todos los músculos de la mandíbula en tensión, me miró y soltó una breve carcajada ronca. Luego se giró hacia donde estaba Tawny.

—Sé que quieres acompañarla. Lo entiendo, pero esto no va a ser una caravana normal. No habrá docenas de guardias y no nos vamos a alojar en las mejores posadas. Nuestro ritmo será rápido y constante y hay muchísimas posibilidades de que el Rito no sea el último derramamiento de sangre que veas.

Me giré hacia Tawny, pero antes de que pudiera decirle nada, empezó a hablar.

—Lo sé. Lo entiendo. —Se acercó a mí—. Agradezco que quieras que vaya contigo, Poppy, pero no puedo...

Una mera pluma podría haberme derribado en ese momento.

—¿No... no quieres venir? —Había estado tan emocionada por ver la capital...

Pero si yo no estaba aquí, su tiempo volvería a ser suyo, al menos la gran mayoría. Apreté los labios.

—Sí quiero. Me encantaría. —Se detuvo delante de mí y me agarró las manos—. Y espero de todo corazón que me creas, pero la idea de salir ahí de este modo me aterra.

Quería... quería creerle.

Se llevó nuestras manos unidas al pecho.

—No solo eso, sino que lo que ha dicho Hawke es verdad. Tantos guardias han... se han ido. Y los que vayan contigo no pueden ocuparse de mí. Yo no sé luchar. No como tú. Yo no puedo hacer lo que hiciste tú. —¿Lo que hice yo? ¿Se refería a cuando me defendí... o a lo que le había hecho al lord?—. No puedo ir —susurró.

Cerré los ojos y solté un suspiro tembloroso. Tenía razón. Hawke también. Sería irresponsable e ilógico que Tawny viajase con nosotros. Y aunque estaba preocupada por dejarla atrás en una ciudad en semejante estado de agitación, estaba discutiendo porque... porque...

Iba a dejar atrás todo lo que me era familiar.

Habían sucedido tantas cosas. Tantas pérdidas. Y aunque no tenía espacio en el cerebro ni la capacidad emocional para preocuparme por la posibilidad de que la Ascensión se adelantase o que los dioses pudiesen encontrarme indigna, no estaba preocupándome hoy por lo que sucedería mañana. Era solo que las cosas no dejaban de cambiar, y Tawny... era lo último que me quedaba de lo que solía ser.

¿Y si no volvía a verla nunca?

Aspiré una temblorosa bocanada de aire. No podía permitirme pensar de ese modo. No podía dejar que Tawny creyera eso. Abrí los ojos.

—Tienes razón.

—Odio tener razón. —Se le anegaron los ojos de lágrimas.

—Gracias a los dioses que hay alguien racional en esta habitación —musitó Hawke. Mi cabeza voló en su dirección.

—Nadie ha pedido tu aportación.

El comandante Jansen silbó bajito.

—Bueno, ya la he hecho, princesa. —Hawke esbozó una sonrisilla cuando solté las manos de Tawny y me giré hacia él. Se dirigió a la puerta, donde se paró un instante—. Ah, tengo algo más que aportar. Viajaremos ligeros de equipaje. Y no te molestes en llevar ese maldito velo. No lo vas a usar.



Con los ojos cerrados y la barbilla levantada hacia el sol naciente, me regodeé en la sensación del fresco aire mañanero que besaba mi frente y mis mejillas desnudas mientras esperaba al lado de los muros negros del Adarve. Era una nimiedad, pero habían pasado *años* desde que el sol y el viento habían tocado hasta el último rincón de mi cara. La piel me hormigueaba de un modo muy agradable, e incluso la razón por la que era capaz de hacer esto no empañó el momento.

El velo me convertía en una diana móvil muy obvia en nuestro viaje hacia Carsodonia. La mejor forma de evitar a los Descendientes y al Señor Oscuro era asegurarnos de que ninguna persona con la que tuviéramos contacto se diera cuenta de quién era yo. Esa era la razón de que nuestro grupo se estuviese reuniendo cerca del Adarve y yo llevara una anodina capa marrón con un grueso jersey debajo y mi único par de pantalones y botas. No tenía ni idea de lo que pensaría la gente cuando me viera, pero seguro que no pensarían en la Doncella.

Esa también era la razón de que me hubiese despedido de Tawny en mi habitación. Alguno de los escasos trabajadores del castillo que estarían en pie a esa hora podría reconocer a Tawny como mi acompañante y Hawke no quería correr ningún riesgo ignorando la posibilidad de que todavía pudiera haber algún Descendiente entre el personal.

Eso hizo aún más difícil despedirme de Tawny. Podría pasar cualquier cosa entre ahora y el momento en que por fin se reuniera conmigo en la capital, y yo no tendría ni idea hasta que alguien se decidiera a contármelo. Eso hizo que se me retorciera el estómago de la impotencia, porque no podía hacer nada al respecto de ninguna de esas cosas. Solo podía *desear* verla de nuevo. Podía *creer* que lo haría.

Pero no rezaría.

Los dioses jamás habían respondido a mis plegarias.

Y ya no me parecía correcto pedirles nada... cuando ya no podía negar lo que había dicho Vikter.

Que quería que me encontraran indigna.

Suspiré, concentrada en la sensación del viento, que levantaba mechones de pelo alrededor de mi frente y de mi sien.

La duquesa no había ido a despedirse.

No me sorprendía. Tampoco me dolía como antes. Ni siquiera sentía desilusión, y no estaba segura de si eso era bueno o malo.

—Da la impresión de que estás disfrutando.

Abrí los ojos al oír la voz de Hawke, me di la vuelta y casi deseé haber mantenido los ojos cerrados.

Hawke, de pie al lado de un enorme caballo negro, no iba vestido como un guardia. Sus oscuros pantalones de montar marrones ceñían sus largas piernas y resaltaban la fuerza de su cuerpo. Llevaba una túnica gruesa de manga larga, adecuada para el frío, igual que la capa forrada de piel. A la luz del sol, su pelo era del color de las alas de un cuervo.

De algún modo, estaba aún más guapo vestido de plebeyo. Y me observaba, con una ceja levantada, mientras yo... bueno, yo solo lo miraba con cara de pasmo. Me puse roja.

—Es agradable.

—¿Que el aire toque tu cara? —preguntó, en un intento por deducir a qué me refería. Asentí—. Supongo que sí. —Sus ojos se deslizaron por mi rostro—. Prefiero mil veces esta versión.

Me mordí el labio y estiré la mano para acariciar con suavidad un lado del hocico del caballo.

—Es precioso. ¿Tiene nombre?

—Me han dicho que se llama Setti.

—¿Como el caballo de batalla de Theon? —pregunté con una sonrisa. Setti empujó mi mano para obtener más caricias—. Tiene un gran ejemplo al que emular.

—Es verdad —repuso Hawke—. Supongo que no sabes montar.

Negué con la cabeza.

—No me he subido a un caballo desde... —Mi sonrisa se ensanchó—. Por todos los dioses, fue hace tres años. Tawny y yo nos colamos en los establos y conseguí encaramarme en uno antes de que Vikter llegara. —Mi sonrisa se apagó y dejé caer la mano. Di un paso atrás—. Así que no, no sé montar.

—Esto va a ser intrigante. —Hizo una pausa—. Y una tortura, ya que vas a montar conmigo.

Mi corazón trastabilló consigo mismo.

—¿Y por qué es eso intrigante? —pregunté, mirándolo—. ¿Y una tortura? Un lado de sus labios se curvó hacia arriba. Apareció el hoyuelo.

—¿Aparte del hecho de que me va a permitir mantenerte vigilada muy de cerca? Usa tu imaginación, princesa.

Mi imaginación no me falló.

—Eso es inapropiado —lo regañé.

—¿Ah, sí? —Bajó la barbilla—. Aquí fuera no eres la Doncella. Eres Poppy, sin velo y sin cargas.

Mis ojos se cruzaron con los suyos y la oleada de anticipación y alivio demostró que, por debajo del dolor y la ira, bullían otras emociones.

—¿Y qué pasa cuando llegue a la capital? Volveré a ser la Doncella.

—Sí, pero eso no es ni hoy ni mañana —dijo. Dio media vuelta hacia una de las alforjas de su caballo—. Te he traído algo.

Esperé, preguntándome qué podría ser, cuando lo único que me había dejado empacar había sido ropa interior y dos túnicas-jersey adicionales.

Hawke abrió una de las alforjas de cuero, metió la mano y sacó algo envuelto en un trapo. Lo desenvolvió mientras se giraba hacia mí.

Se me paró el corazón y luego retomó su actividad al doble de velocidad cuando vi lo que sujetaba en la mano. Reconocí al instante el mango marfileño y la hoja negra rojiza.

—Mi daga. —Se me hizo un nudo en la garganta—. Creí... que se había perdido.

—La encontré más tarde esa noche. —Había una funda debajo de ella—. No quería dártela cuando tenía que preocuparme por que te escaparas para utilizarla, pero la necesitarás para este viaje.

El hecho de que se estuviera asegurando de que estuviese equipada para defenderme en el caso de necesitar hacerlo significaba un mundo para mí. Pero el hecho de que hubiese encontrado la daga y la hubiera guardado para mí...

—No sé qué decir. —Me aclaré la carraspera de la garganta mientras me la entregaba. En cuanto mis dedos se cerraron en torno al mango, solté un suspiro tembloroso—. Vikter me la regaló en mi cumpleaños número dieciséis. Siempre ha sido mi favorita.

—Es un arma preciosa.

El nudo de mi garganta se disipó y todo lo que pude hacer fue asentir mientras envainaba la daga con cuidado y luego la aseguraba a mi muslo derecho. Me costó un momento hablar.

—Gracias.

Hawke no respondió. Cuando levanté la vista, vi que se acercaba un pequeño grupo. Dos hombres desconocidos a caballo y otros seis hombres, que conducían a sus caballos de la mano hacia nosotros.

Reconocí a dos de los guardias de inmediato. Había jugado a las cartas con ellos en la Perla Roja. Phillips, y creí recordar que el otro se llamaba

Airrick. Si ellos me reconocieron, no se notó cuando me saludaron con un gesto seco de la cabeza. Ninguno de los dos me miró a los ojos.

Me hormigueaban las cicatrices, pero me resistí a la tentación de tocarlas o girarme para que no fuesen visibles.

Me sorprendió verlos, pues sabía que no eran cazadores, pero supuse que no había guardias suficientes para unirse a nosotros y sí que me alegré de ver a Phillips. Era alguien que se había enfrentado a Demonios una y otra vez y seguía en pie.

—La partida ha llegado —murmuró Hawke y después, en voz más alta, empezó a hacer las presentaciones. Soltó una ristra de nombres. La mayoría casi ni los registré, aparte de los dos que conocía, pero entonces dijo otro nombre que resonó en mi memoria—: Este es Kieran. Vino de la capital conmigo y conoce la ruta por la que vamos a viajar.

Era el guardia que había llamado a la puerta la noche de la Perla Roja. Era como una reunión, pensé cuando por fin tuve la oportunidad de verlo. Parecía más o menos de la misma edad que Hawke, su pelo oscuro cortado casi al rape. Sus ojos eran de un impactante tono azul pálido que me hizo evocar al cielo durante el invierno, un sorprendente contraste con su cálida piel beige, que me recordó a Tawny.

—Un placer conocerte —dijo Kieran, mientras se montaba en su caballo.

—Lo mismo digo —murmuré. Me fijé en que tenía el mismo ligero acento que Hawke, un deje que todavía no lograba ubicar.

Miró hacia Hawke, los ángulos de su rostro marcados y más que agradables a la vista.

—Tenemos que ponernos en marcha si queremos tener alguna posibilidad de cruzar las llanuras antes del anochecer.

Hawke se volvió hacia mí.

—¿Lista?

Miré hacia el oeste, hacia el centro de Masadonia. El castillo de Teerman se alzaba muy por encima del Distrito Bajo y la Ciudadela, una inmensa estructura de piedra y cristal, de recuerdos preciosos y pesadillas tortuosas. Por algún sitio del interior rondaba Tawny, y la duquesa había asumido el control de la ciudad. En algún sitio del interior, mi presente se había convertido en el pasado. Me giré hacia el Adarve. En algún sitio ahí afuera, aguardaba mi futuro.

Capítulo 29



Tras unas pocas horas de recorrer las Llanuras Desoladas, ya no necesitaba recurrir a mi imaginación para saber lo que había querido decir Hawke cuando comentó que cabalgaría con él.

Había poco espacio entre nuestros cuerpos. Al principio no había sido así, cuando las gruesas puertas del Adarve se habían abierto y cruzamos entre las antorchas. Consciente de que los hombres que viajaban con nosotros sabían quién era yo, me senté bien erguida e hice todo lo posible por ignorar la sensación del brazo de Hawke alrededor de mi cintura. Pero el ritmo era duro. No íbamos a galope tendido ni mucho menos, pero desacostumbrada a la manera de moverse de un caballo, la posición rígida enseguida me resultó incómoda y dolorosa. A cada hora que pasaba, acababa más cerca de Hawke, hasta que mi espalda quedó apoyada contra su pecho y mis caderas acunadas por sus muslos. La capucha de mi capa se me había caído en algún momento y la había dejado así, en parte porque quería sentir el viento sobre la cara.

Y en parte porque sentía el aliento cálido de Hawke contra la mejilla cada vez que se agachaba para decirme algo.

Había estado en lo cierto. Para una Doncella, esto era del todo inapropiado. O al menos lo que sentía ahí abrazada por él era inapropiado para una Doncella.

Pero después de un rato, me relajé y disfruté de la sensación de estar en sus brazos, consciente de que cuando llegáramos a nuestro destino todo esto se acabaría, sin importar cuán buenas creyese Hawke que eran sus habilidades.

Las cosas serían diferentes en la capital.

Contemplé el paisaje yermo. En un tiempo, había habido granjas ahí, y posadas donde los viajeros podían parar a descansar. Pero ahora, no había nada más que hierba interminable, árboles doblados y retorcidos, y altos juncos que trepaban por encima de las ruinas de granjas y tabernas.

Estaba convencida de que todo el que se cruzaba con nosotros estaba poseído.

Los Demonios habían destruido las Llanuras, mancillado las antes fértiles tierras con sangre y asesinado a todo el que se atreviera a echar raíces fuera del Adarve.

Y tan cerca del Bosque de Sangre...

Me mantuve ojo avizor para detectar el primer atisbo del bosque e hice todo lo posible por no pensar en dónde estaba el sol en ese momento y dónde acabaría cuando cayera la noche.

Hawke se movió y, de algún modo, la mitad de su brazo acabó deslizándose entre los pliegues de mi capa. Se me quedó la boca seca y noté que el caballo ralentizaba la marcha. La palma de su mano quedó apoyada contra mi cadera y, aunque el jersey de lana y mis pantalones separaban nuestra piel, el peso de su mano era como un hierro candente.

—¿Estás bien? —preguntó, y su aliento danzó por mi mejilla.

—En realidad, no siento las piernas —admití. Soltó una risita.

—Te acostumbrarás en un par de días.

—Genial —comenté. Contuve la respiración cuando sentí su pulgar moverse por encima de mi cadera. Agarré el pomo de la montura con más fuerza.

—¿Estás segura de que comiste lo suficiente?

Habíamos merendado queso y frutos secos en marcha y, aunque por lo general ya hubiese comido algo mucho más contundente a esa hora, no estaba segura de que pudiese aprender a comer mientras me zarandeaba un caballo. Asentí, al tiempo que me fijaba en que Kieran y Phillips, que iban en cabeza, también habían ralentizado el paso. Habían hablado el uno con el otro de vez en cuando, pero iban demasiado lejos de mí como para oír lo que decían.

—¿Vamos a parar? —pregunté.

—No.

—Entonces —dije, con el ceño fruncido—, ¿por qué vamos más despacio?

—Es el camino... —Airrick, que cabalgaba a nuestra izquierda, se interrumpió y yo sonreí. Sabía que había estado a punto de llamarme *Doncella*. Algo que había hecho tantas veces a lo largo de las últimas dos

horas que Hawke había amenazado con tirarlo del caballo si lo hacía una sola vez más. Por suerte, esta vez se había dado cuenta a tiempo—. El camino se vuelve irregular aquí y hay un arroyo, pero cuesta verlo entre la maleza.

—Eso no es todo —añadió Hawke. Seguía moviendo el pulgar, tiraba de la lana y la arrastraba en un círculo lento y constante.

—¿Ah, no?

—¿Ves a Luddie? —Hawke se refería a uno de los cazadores que cabalgaba a nuestra derecha. El hombre no había dicho gran cosa desde que partimos—. Está atento a los *barrats*.

Hice una mueca. Los *barrats* no eran roedores normales. Se rumoreaba que eran del tamaño de un jabalí, criaturas de pesadilla.

—Pensé que habían desaparecido todos.

—Son la única cosa que no comen los Demonios.

¿No era eso indicativo suficiente? Me estremecí.

—¿Cuántos crees que hay ahí fuera?

—No lo sé. —El brazo de Hawke se apretó en torno a mi cintura y tuve la sensación de que sabía exactamente cuántos había.

Miré a Airrick, pero él apartó la mirada.

—¿Tú sabes cuántos hay, Airrick?

—Eh, bueno, sé que solía haber más —dijo. Lanzó una mirada nerviosa a Hawke y giró la cabeza de inmediato hacia delante—. No solían ser un problema, ¿sabes? O al menos eso es lo que me dijo mi abuelo cuando era pequeño. Él vivía por aquí. Uno de los últimos.

—¿De verdad?

Airrick asintió mientras el pulgar de Hawke seguía su camino.

—Cultivaba maíz y tomates, judías y patatas. —Apareció una leve sonrisa—. Me contó que los *barrats* solían ser tan solo un incordio.

—No puedo imaginar que ratas que pesan casi cien kilos sean solo un incordio.

—Bueno, eran solo carroñeros y tenían más miedo de las personas del que les teníamos nosotros a ellos —explicó Airrick. Yo estaba segura de que me darían miedo, dejaran a la gente en paz o no—. Pero cuando todo el mundo huyó de la zona, perdieron su...

—¿Fuente de alimento? —terminé por él. Airrick asintió mientras escudriñaba el horizonte.

—Ahora, cualquier cosa con la que se encuentran es comida.

—Incluidos nosotros. —De verdad que esperaba que Luddie tuviese una vista perfecta y un sexto sentido en lo que a *barrats* se refería.

—Eres intrigante —comentó Hawke mientras Setti partía al trote para adelantar a Airrick.

—«Intrigante» es tu palabra favorita —me burlé.

—Lo es cuando estoy contigo.

Me permití sonreír, porque nadie estaba mirando y me apetecía.

—¿Por qué soy intrigante ahora?

—¿Cuándo *no* eres intrigante? —dijo—. No te dan miedo los Descendientes ni los Demonios, pero te estremeces como un gatito mojado ante la mera mención de un *barrat*.

—Los Demonios y los Descendientes no corretean por ahí a cuatro patas y no tienen pelo.

—Bueno, los *barrats* no corretean —repuso—. Corren, más o menos tan deprisa como un sabueso obcecado con una presa.

—Eso no ayuda. —Me recorrió otro escalofrío. Hawke se echó a reír.

—¿Sabes lo que me encantaría ahora mismo?

—¿Que nadie hablara de ratas gigantes comehombres?

Hawke me dio un apretoncito y sentí un revoloteo en el pecho.

—Aparte de eso. —Solté un bufido—. Hazme un favor. Mete la mano en la alforja de al lado de tu pierna izquierda. Pero ten cuidado. Agárrate al pomo.

—No me voy a caer. —En cualquier caso, me agarré mientras me estiraba hacia delante y levantaba la solapa de la bolsa.

—Ajá.

Hice caso omiso de eso y metí la mano. Mis dedos rozaron algo suave y de cuero. Fruncí el ceño y lo saqué. En cuanto vi la tapa roja, solté una exclamación y lo devolví a toda prisa a la bolsa.

—Oh, por todos los dioses. —Me senté muy erguida, los ojos como platos. Hawke estalló en carcajadas y, más adelante, Kieran se giró hacia nosotros. ¿Podía ver lo roja que tenía la cara?—. No te creo. —Roté por la cintura y, durante un instante, me perdí en ese hoyuelo de la mejilla derecha de Hawke. El de la izquierda también estaba empezando a aparecer. Y entonces recordé lo que había en la alforja—. ¿Cómo has encontrado este libro?

—¿Que cómo encontré ese pícaro diario de *lady Willa Colyns*? Tengo mis medios.

—¿Cómo? —La última vez que lo había visto estaba metido debajo de mi almohada y, con todo lo que había pasado, ni siquiera se me había ocurrido que alguien pudiera encontrarlo y tener preguntas.

Muchas preguntas.

—No te lo diré nunca —contestó. Le pegué en el brazo—. Qué violenta. —Puse los ojos en blanco—. ¿No me lo vas a leer un poquito?

—No. Desde luego que no.

—Tal vez te lo lea yo dentro de un rato.

Eso era incluso peor.

—No será necesario.

—¿Estás segura?

—Segurísima.

Se rio bajito y suave contra mi cuello.

—¿Hasta dónde llegaste, princesa?

Apreté los labios y luego suspiré.

—Casi lo había terminado.

—Tendrás que contármelo todo.

Eso no iba a pasar. No podía creer que no solo hubiese encontrado el maldito libro, sino que además lo hubiese traído. De todo lo que podía haber llevado consigo, había optado por el diario. Las comisuras de mis labios se movieron por voluntad propia y, antes de darme cuenta siquiera, estaba sonriendo y luego riendo. Cuando el brazo de Hawke volvió a apretarse a mi alrededor, me relajé contra él.

Hawke era... intrigante.

Después de eso, aceleramos el paso y casi dio la impresión de que echábamos una carrera con la luna. No tuve que mirar adelante para saber que estábamos perdiendo.

Y entonces lo vi.

El hielo caló mi piel al primer atisbo de rojo. Y entonces se alzó ante nosotros. Un mar carmesí se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

Habíamos llegado al Bosque de Sangre.

Los caballos siguieron avanzando, a pesar de que todos los instintos de mi cuerpo gritaban su advertencia. No podía apartar los ojos del bosque, aunque me daba la impresión de que la imagen atormentaría mis sueños durante muchísimos años. Jamás lo había visto de cerca, pues había llegado a Masadonia por una ruta diferente que ahora hubiera añadido días a nuestro viaje. Lo que vi fue una masa roja y de un tono más oscuro que me recordó a sangre seca. Debajo de los atronadores cascos de los caballos, el suelo se volvió más irregular. Algo crujía y chascaba. ¿Eran arbolitos? ¿Ramas? Hice ademán de asomarme...

—No —ordenó Hawke—. No mires abajo.

No pude reprimirme.

Se me revolvió el estómago. El suelo estaba *plagado* de huesos blanqueados por el sol. Calaveras que pertenecían a ciervos y a animales más pequeños. ¿Conejos, quizás? Había también huesos más largos, demasiado largos para ser de un animal, y...

Ahogué una exclamación y aparté la vista.

—Los huesos... —dije, tragando saliva—. No son todos de animales, ¿verdad?

—No.

Mi mano se deslizó hacia el brazo que rodeaba mi cintura. Me aferré a él.

—¿Son huesos de Demonios que murieron? —Si no comían, se marchitaban hasta que no quedaba nada más que huesos.

—Algunos. —Me estremecí—. Te dije que no miraras.

—Ya lo sé.

Pero lo había hecho.

Igual que no podía cerrar los ojos ahora. Las hojas rojas centelleaban bajo el sol mortecino; parecía como si un millón de hojas hubiesen capturado pequeños charquitos de sangre. Era una imagen tan horripilante como inquietantemente bonita.

Los caballos ralentizaron el paso y la montura de Airrick se encabritó y sacudió la cabeza. Airrick la obligó a seguir adelante. Avanzamos, mi corazón como un martillo pilón mientras las ramas se extendían hacia nosotros, sus relucientes hojas se agitaban con suavidad y parecían llamarnos a su encuentro.

La temperatura cayó en picado en el mismo instante que pasamos por debajo de las primeras ramas, y el poco sol que quedaba era casi incapaz de penetrar entre las hojas. Cuando levanté la vista, se me puso la carne de gallina. Algunas ramas eran tan bajas que pensé que podía estirar el brazo y tocar una de las hojas, que tenían la misma forma que las de los arces. Sin embargo, no lo hice.

No hablaba nadie. Nos pusimos en fila, de dos en dos, y seguimos el camino marcado en el suelo. Todo el mundo iba ojo avizor. Puesto que ya no oía crujidos, pensé que era seguro mirar al suelo.

—No hay hojas —comenté.

—¿Qué? —Hawke se inclinó hacia mí, mantuvo la voz baja. Recorrí con los ojos el suelo cada vez más oscuro del bosque.

—No hay hojas en el suelo. Solo hierba. ¿Cómo es posible?

—Este sitio no es natural —contestó Phillips.

—Eso es quedarse muy corto —añadió Airrick, sin dejar de mirar a su alrededor. Hawke se inclinó hacia atrás.

—Tendremos que parar pronto. Los caballos tienen que descansar.

La presión se cerró en torno a mi pecho y apreté la mano sobre el brazo de Hawke. Sabía que mis uñas empezaban a clavarse en su piel, pero no lograba forzarle a aflojar.

Solté una bocanada temerosa y vi mi aliento en el aire.

Seguimos adelante una hora más. Solo había rayos plateados de luz de luna cuando Hawke hizo una seña al grupo. Los caballos cayeron al trote y al poco se detuvieron, con la respiración agitada.

—Este sitio parece mejor que muchos otros para acampar —comentó Hawke.

Sentí el más extraño impulso de reír, aunque no había nada gracioso en lo que estábamos a punto de hacer.

Íbamos a pasar la noche ahí, dentro del Bosque de Sangre, donde merodeaban los Demonios.

Capítulo 30



No había tenido tanto frío en toda mi vida.

La esterilla no hacía nada por evitar que la humedad glacial se filtrara desde el suelo, y la manta, por gruesas que eran las pieles, no lograba repeler la gelidez del aire. Notaba los dedos como cubitos de hielo dentro de los guantes y por mucho que tiritara no conseguía calentarme.

De noche, debía de haber al menos veinte grados menos dentro del Bosque de Sangre y supuse que, si lloviera, la lluvia se convertiría en nieve.

Durante los últimos veinte minutos o así, había intentado convencer a mi cuerpo para que se durmiera. Porque si estuviese inconsciente, no estaría tan preocupada por la posibilidad de convertirme en un témpano de hielo. Sin embargo, cada crujido de la hierba y cada mínima brisa hacían que mi mano volara hacia la daga que había guardado en la bolsa que usaba de almohada. Entre el frío, la posibilidad de que apareciera algún *barrat* y la amenaza de un ataque de los Demonios, no había forma humana de que fuera a poder dormir nada esa noche. No sabía cómo podía hacerlo nadie. Además, apenas había sido capaz de comer nada durante nuestra rápida y silenciosa cena.

Cuatro guardias dormían mientras otros cuatro vigilaban a varios metros de distancia, uno en cada esquina del campamento. Hawke había hablado un rato con uno de ellos, pero ahora se dirigía hacia donde estaba yo. Una diminuta parte de mí pensó que debería hacerme la dormida, pero me daba la sensación de que sabía que estaba fingiendo.

—Tienes frío —dijo, al pararse delante de mí.

—Estoy bien —murmuré. Me castañeteaban los dientes. Un momento después, noté que sus dedos sin guantes rozaban mi mejilla. Me puse tensa.

—Corrección. Estás helada.

—Ya entraré en calor. —O eso esperaba—. En un rato.

—No estás acostumbrada a este tipo de frío, Poppy —comentó, con la mano colgando entre las piernas.

—¿Y tú sí?

—No tienes ni idea de las cosas a las que estoy acostumbrado.

Eso era verdad. Miré la oscura forma de su mano. Para tener unas manos tan duras y callosas, sus dedos eran bastante largos y elegantes. Dedos que pertenecían a un artista, no a un guardia. Un asesino.

Hawke se levantó y, por un momento, pensé que iría a reunirse con los otros que estaban de guardia, pero no lo hizo.

Sin dejar de sujetar la ruda manta lo más cerca posible de mi cuerpo, observé cómo desenganchaba la manta enrollada de su bolsa y luego dejaba caer la bolsa al suelo. Sin decir ni una palabra, pasó por encima de mí como si no fuese más que un tronco. Antes de que pudiera volver a respirar, se había tumbado a mi lado. Giré la cabeza.

—¿Qué estás haciendo?

—Asegurarme de que no mueras congelada. —Desenrolló la gruesa manta de pieles y la echó por encima de sus piernas—. Si lo hicieras, resultaría ser un guardia muy malo.

—No voy a morir congelada. —Mi corazón empezó a latir de manera errática. Estaba lo bastante cerca como para que, si rodaba sobre la espalda, mi hombro tocara el suyo.

—Lo que vas a hacer es atraer a todos los Demonios en un radio de siete kilómetros con tu tembleque. —Rodó sobre el costado para quedar mirando mi espalda.

—No puedes dormir a mi lado —bufé.

—No voy a hacerlo.

Con un borde de la manta en la mano, la echó, *junto* con su brazo, por encima de mí. El notable peso de su extremidad se instaló en torno a mi cintura. Me quedé aturdida unos momentos.

—Y ¿cómo llamas a esto?

—Dormir *contigo*.

—¿Qué diferencia hay? —le pregunté, con los ojos muy abiertos.

—Hay una enorme diferencia. —Su aliento cálido rozó mi mejilla e hizo que mi pulso se parara y luego echara a correr. Contemplé la oscuridad, hasta el último rincón de mi cuerpo estaba concentrado en la sensación de su brazo en torno a mí.

—No puedes dormir conmigo, Hawke.

—No puedo permitir que te congeles o te pongas enferma. Encender una hoguera es demasiado peligroso y, a menos que prefieras que le pida a uno de los otros que duerma contigo, en realidad no hay muchas más opciones.

—No quiero que uno de los otros duerma conmigo.

—Eso ya lo sabía —repuso, en un tono al mismo tiempo juguetón y petulante. Mis mejillas empezaron a arder.

—No quiero que *nadie* duerma conmigo.

En la oscuridad, sus ojos encontraron los míos y, cuando volvió a hablar, su voz sonó incluso más baja.

—Sé que tienes pesadillas, Poppy, y sé que pueden ser intensas. Vikter me lo contó.

Una punzada de pena atravesó la vergüenza antes de que pudiese formarse siquiera y la hizo añicos.

—¿Ah, sí? —Mi voz sonó gruesa, ronca.

—Sí.

Apreté los ojos contra el ardor del dolor. Por supuesto. Claro que Vikter habría informado a Hawke. Lo más probable era que lo hubiese hecho la primerísima noche. Hawke tenía que montar guardia en mi puerta. Aun así, sabía que Vikter había compartido esa información por mi propio bien, más que para preparar a Hawke para la inevitable noche en que una de mis pesadillas me despertara. Lo había hecho para que Hawke no reaccionara de un modo que me avergonzara o me estresara.

Vikter era... por todos los dioses, cómo lo echaba de menos.

—Quiero estar bastante cerca para intervenir si tienes una pesadilla —continuó. Abrí los ojos—. Si gritas... —No necesitaba terminar. Si gritaba, podría atraer a Demonios cercanos—. Así que haz el favor de relajarte e intenta descansar. Mañana nos espera un día duro, si queremos tener alguna opción de no vernos obligados a pasar dos noches en el Bosque de Sangre.

Tenía cien negativas en la punta de la lengua, pero también tenía frío y era verdad que si tenía una pesadilla, debía haber alguien cerca para impedir que empezara a gritar palabrotas y maldiciones. Y el calor de Hawke... la calidez de su cuerpo ya se estaba filtrando a través de la manta envuelta a nuestro alrededor, empezaba a colarse en mi piel y mis huesos helados.

Además, todo lo que estaba haciendo era dormir *a mi lado*. O dormir *conmigo*, como había dicho él. Pero ninguna de esas cosas estaba prohibida.

Y tampoco era como si no hubiésemos hecho ya cosas por las que *debería* de haber protestado o evitado. Comparado con la noche de la Perla Roja y la

del Rito, esto era extraordinariamente casto, por mucho que ahora estuviese tiritando por una razón muy distinta al frío.

—Duérmete, Poppy —me apremió.

Solté el aire de la manera más ruidosa y ostentosa que pude antes de volver a plantar la mejilla sobre la bolsa. Hice una mueca de inmediato. La superficie se había enfriado un montón mientras tenía la cabeza levantada. Acabé mirando al frente, centrada en la oscura forma de uno de los guardias cuya silueta se recortaba contra la luz de la luna.

Cerré los ojos y, al instante, toda mi concentración voló hacia las zonas donde el cuerpo de Hawke tocaba el mío.

El brazo de Hawke estaba prácticamente enroscado en torno a mi cintura, pero su mano no me tocaba. Debía de colgar en el espacio delante de mí. Eso era sorprendentemente... educado por su parte. Tenía el pecho apoyado contra mi espalda, y cada bocanada de aire que respiraba ponía su cuerpo más en contacto con el mío.

Los únicos ruidos aparte de los fuertes latidos de mi corazón, que me pregunté si Hawke sería capaz de oír, eran los suaves relinchos de los caballos y el susurro del viento que agitaba las hojas, que recordaban a huesos secos rozando entre sí.

¿Hawke se había dormido ya? Si así era, me iba a enfadar un *montón*.

—Esto es sumamente inapropiado —musité. Su respuesta en forma de risa acarició mis nervios de todas las formas equivocadas... y acertadas.

—¿Más inapropiado que hacerte pasar por una doncella de otro tipo totalmente distinto en la Perla Roja? —Cerré la boca tan deprisa y con tanta fuerza que me sorprendí de no romperme una muela—. ¿O más inapropiado que la noche del Rito, cuando me dejaste...?

—Cállate —bufé.

—Todavía no he terminado —dijo. Apretó más el pecho contra mi espalda—. ¿Y lo de escaparte para ir a luchar contra los Demonios en el Adarve? ¿O ese diario...?

—Lo pillo, Hawke. ¿Puedes dejar de hablar ya?

—Pero si has empezado tú.

—Qué va. Yo no he sido.

—¿Qué? —Soltó una risa grave—. Tú has dicho, y cito textualmente, «esto es sumamente, extremadamente e irrefutablemente...».

—¿Acabas de aprender lo que son los adverbios o qué? Porque eso no es lo que dije.

—Lo siento —se disculpó Hawke con un suspiro. No parecía sentirlo en absoluto—. No me había dado cuenta de que hubiésemos vuelto al punto de fingir que no habíamos hecho todas esas otras cosas inapropiadas —comentó—. Tampoco es que me sorprenda. Después de todo, eres una Doncella pura, inmaculada e incólume. La Elegida. —Oh, por todos los dioses...—. Que se está reservando para un marido Regio. Que, por cierto, *no* será ni puro, ni inmaculado, ni incólume...

Intenté darle un codazo, pero olvidé que estaba envuelta en una manta y tapada con otra. Todo lo que conseguí fue destapar la parte de delante de mi cuerpo y dejarlo desprotegido ante el aire frío. Hawke se echó a reír.

—Te odio. —Me apresuré a enroscarme otra vez en el capullo de mi manta.

—¿Ves? Ese es el problema. Que no me odias. —No tenía respuesta a eso—. ¿Sabes lo que creo?

—No. Y no quiero saberlo.

—Que te gusto —dijo de todos modos, haciendo caso omiso de lo que le había dicho. Fruncí el ceño y me limité a seguir mirando por el pequeño claro—. Lo suficiente para ser *sumamente inapropiada* conmigo. —Una pausa—. En múltiples ocasiones.

—Por todos los dioses, casi preferiría morir congelada ahora mismo.

—Oh, es verdad. Estamos fingiendo que nada de eso ocurrió. No hago más que olvidarlo.

—Solo porque no hablo del tema cada cinco minutos no quiere decir que esté fingiendo que no ocurrió.

—Ya, pero es que hablar del tema cada cinco minutos es divertidísimo.

Las comisuras de mis labios se curvaron hacia arriba mientras tiraba del borde de la manta hasta mi barbilla.

—No estoy fingiendo que esas cosas no ocurrieron —admití en voz baja—. Es solo que...

—¿Que no debieron de ocurrir?

No quería decir eso. Me daba la sensación de que una vez que lo hiciera, no podría retirarlo nunca.

—Es solo que se supone que no debo... hacer nada de eso. Sabes que soy la Doncella.

Hawke se quedó callado unos instantes.

—¿Y cómo te sientes en realidad con respecto a eso, Poppy?

Después de varios comienzos en falso al intentar contestarle, cerré los ojos y me limité a decir la verdad.

—No lo quiero. No quiero que me entreguen a los dioses y luego, después de eso, si es que hay un después, no quiero que me casen con alguien a quien no he visto jamás y que lo más seguro...

—¿Lo más seguro qué? —Su voz sonó callada, tranquilizadora incluso. Tragó saliva con esfuerzo.

—Lo más seguro es que sea... —Suspiré—. Ya sabes cómo son los Regios. Todo belleza exterior y defectos interiores; bueno, son inaceptables. —Por fin se me caldearon las mejillas. Las palabras tenían un regusto a ceniza—. Si acabo convertida en una Ascendida, estoy segura de que sea quien fuere con quien me empareje la reina, será igual.

Hawke no dijo nada durante un buen rato, y me sentí tan agradecida que casi ruedo hacia él para abrazarlo. Nada de lo que podría haber dicho hubiese podido hacer que lo que acababa de decir fuese menos humillante de admitir.

—El duque de Teerman era un idiota —dijo al fin—. Y me alegro de que esté muerto.

Una carcajada escandalizada brotó por mi boca, bastante alta como para que el guardia que hacía la ronda se detuviera.

—Oh, madre mía, qué ruido he hecho.

—No pasa nada. —Sonaba como si estuviera sonriendo.

—Sí, desde luego que lo era —dije, sonriendo contra la manta—, pero es que... aunque no tuviese estas cicatrices, no estaría emocionada. No entiendo cómo lo hizo Ian. Apenas conocía a su mujer y... no creo que sea feliz. Jamás habla de ella y eso es triste, porque mis padres se querían. Él debería tener eso.

Yo debería tener eso, Doncella o no Doncella.

—Oí que tu madre se negó a Ascender.

—Es verdad. Mi padre era hijo primogénito. Tenía dinero, pero no era un elegido —expliqué—. Mamá era una dama en espera cuando se conocieron. Fue accidental. Mi abuelo, por parte de padre, era amigo del rey Jalara. Mi padre acudió al castillo con él una vez y entonces fue cuando vio a mi madre. Se supone que fue amor a primera vista. —Mi sonrisa se desdibujó—. Sé que parece una tontería, pero yo lo creo. Esas cosas ocurren... para algunas personas, al menos.

—No es una tontería. Claro que existe.

Una ligera mueca tironeó de mis labios. Su voz sonaba rara. No podía explicarlo con exactitud, pero me hizo preguntarme si alguna vez había visto a alguien y se había enamorado después de una sola conversación. Recordé

que había admitido haber estado enamorado. Sentí un ardor repentino en el centro del pecho.

—¿Por eso estabas en la Perla Roja? ¿Buscabas amor?

—No creo que nadie vaya allí a buscar amor.

—Nunca se sabe lo que puedes encontrar ahí. —Se quedó callado un momento—. ¿Qué encontraste tú, Poppy?

Pronunció su pregunta con una voz tan suave que resultó casi... seductora.

—Vida.

—¿Vida?

—Solo quiero experimentar... —dije, con los ojos cerrados otra vez— cosas antes de mi Ascensión. —Antes de lo que sea que ocurra *durante* la Ascensión—. Hay tantísimas cosas que no he experimentado. Tú lo sabes. No fui en busca de nada en concreto. Solo quería experimentar...

—La vida —terminó Hawke por mí—. Lo pillo.

—¿Ah, sí? ¿De verdad? —No creía que ni siquiera Tawny lo pillara.

—De verdad. Todos los que te rodean pueden hacer básicamente lo que les viene en gana, pero tú estás maniatada por unas reglas arcaicas.

—¿Estás diciendo que la palabra de los dioses es arcaica?

—Eso lo has dicho tú, no yo.

Arrugué la nariz.

—Nunca he entendido por qué son así las cosas. —Abrí los ojos—. Todo por la forma en que nací.

—Los dioses te eligieron antes de que nacieras siquiera. —Parecía que estaba más cerca de mí. Daba la impresión de que si no estuviéramos envueltos en mantas, sentiría su aliento sobre la nuca—. Todo porque «naciste bajo el amparo de los dioses, protegida incluso en el útero, velada desde el nacimiento».

—Sí —susurré—. A veces, desearía... desearía ser...

—¿Qué?

Alguien diferente. Alguien que no fuese la Doncella. Pero pensarlo era una cosa. Decirlo en voz alta, una cosa bien distinta. Había estado cerca de reconocerlo ante Vikter, pero eso era lo más cerca que me permitía llegar con esas palabras. Ya hacía rato que deberíamos haber cambiado de tema.

—Da igual. Y no duermo bien. Esa es otra razón de que estuviera en la Perla.

—¿Pesadillas?

—A veces. Otras veces, mi cabeza no se... calla. Repasa las cosas una y otra vez —añadí. Mi temblor había amainado un poquito.

—¿Sobre qué habla tanto tu mente? —preguntó Hawke.

La pregunta me pilló desprevenida. Nadie, aparte de Tawny quizás, ni siquiera Vikter, me había preguntado eso jamás. Ian sí lo hubiese hecho, si aún estuviera cerca de mí.

—En los últimos tiempos, sobre la Ascensión.

—Supongo que estarás emocionada e impaciente por conocer a los dioses. Gruñí como un cochinito.

—Lejos de eso. En realidad, me aterra. —Cerré la boca de golpe, consternada por haber admitido eso en voz alta, tan a la ligera.

—No pasa nada —me tranquilizó Hawke. Parecía haber percibido mi incredulidad—. Yo no sé gran cosa acerca de la Ascensión y los dioses, pero estaría aterrado de conocerlos.

—¿Tú? —Mi incredulidad no hizo más que aumentar—. ¿Aterrado?

—Lo creas o no, algunas cosas sí que asustan. Todo el secretismo que rodea al ritual de la Ascensión es una de ellas. Tenías razón aquel día cuando estabas con la sacerdotisa. Es tan parecido a lo que hacen los Demonios, lo que se hace para dejar de envejecer... para dejar de sufrir enfermedades durante lo que debe de ser una eternidad a ojos de un mortal.

—Son los dioses —dije, con el estómago un poco revuelto—. Su Bendición. Se dejan ver durante la Ascensión. Solo mirarlos te cambia —expliqué, pero mis palabras sonaban incómodamente huecas.

—Deben de constituir una imagen impresionante. —Puede que yo sonara vacía, pero él sonaba tan seco como una franja entera de las Tierras Baldías—. Estoy sorprendido.

—¿Sobre qué?

—Sobre ti. —Su pecho tocó mi espalda otra vez cuando respiró hondo—. No eres en absoluto lo que esperaba.

No lo era.

La mayoría de la gente estaría impaciente por conocer a los dioses, por la posibilidad de convertirse en un Ascendido. Ian lo estaba, igual que Tawny y todas las damas y lores en espera, pero yo no, y mi madre tampoco, y eso nos hacía diferentes. No de un modo singular. No de un modo especial. Sino de un modo que hacía... difícil ser quienes éramos, aunque nuestras razones fuesen muy distintas.

—Debería estar durmiendo —dije, tras sacudir la cabeza—. Igual que tú.

—El sol saldrá antes de lo que esperamos, pero tú no te vas a poder dormir pronto. Estás tan tensa como la cuerda de un arco.

—Bueno, dormir en el suelo duro y frío del Bosque de Sangre, a la espera de que un Demonio intente arrancarme la garganta o un *barrat* me coma la cara, no es demasiado tranquilizador.

—Ningún Demonio va a hacerte nada. Tampoco un *barrat*.

—Ya lo sé. Tengo la daga debajo de la bolsa.

—No lo dudaba. —Sonreí hacia la noche—. Apuesto a que puedo relajarte lo suficiente para que puedas dormir como si estuvieses sobre una nube, disfrutando del sol. —Solté otro bufido desdeñoso y puse los ojos en blanco—. ¿Lo dudas?

—Nadie ni nada en este mundo puede hacer que ocurra eso.

—Hay muchas cosas sobre las que no sabes nada.

—Puede que eso sea verdad —me defendí, con los ojos entornados—, pero esta es una cosa que sí sé.

—Estás equivocada y puedo demostrarlo.

—Lo que tú digas. —Suspiré.

—Puedo y, cuando haya terminado, justo antes de que te duermas con una sonrisa en la cara, me vas a decir que tengo razón —me dijo.

—Lo dudo —contesté, aunque deseaba que de verdad pudiera...

La mano que había estado colgando en el aire estaba de repente plana contra la parte superior de mi estómago. Me sobresalté. Giré la cabeza hacia él.

—¿Qué haces?

—Relajarte —me explicó, y todo lo que pude distinguir fue que tenía la cabeza agachada.

—¿En qué crees que me relaja esto?

—Espera y te lo enseñaré.

Empecé a decirle que no necesitaba que me enseñara nada, pero entonces su mano comenzó a moverse en círculos pequeños y lentos. Cerré la boca de golpe. De alguna manera había conseguido meter esa mano entre los pliegues de mi manta, por dentro de la capa y por debajo del jersey, para moverse contra mi fina camiseta interior. Movié los dedos en círculos, primero pequeños y ceñidos, y luego en arcos más grandes, hasta que sus dedos llegaron debajo de mi ombligo y su pulgar casi roza la parte inferior de mis pechos. En realidad, solo me estaba acariciando la tripa, pero era algo nuevo y diferente y parecía... parecía más que eso. Una sensación cálida y temblorosa irradiaba de su mano.

—No creo que esto me esté relajando.

—Lo haría si dejaras de intentar estirar el cuello. —De repente, bajó la cabeza y sus labios tocaron mi mejilla—. Túmbate, Poppy. —Hice lo que me decía solo por lo cerca que había estado su boca de la mía—. Cuando me haces caso, tengo la sensación de que las estrellas caerán del cielo. —Me siguió cuando bajé la cabeza, así que hablaba justo por encima de mi oreja—. Desearía poder capturar este momento de algún modo.

—Bueno, pues yo quiero volver a levantar la cabeza.

—¿Por qué no me sorprende? —Sus caricias se deslizaron más abajo, por debajo del ombligo—. Pero si lo hicieras, no averiguarías lo que he planeado. Y si algo sé de ti, es que eres curiosa.

En respuesta, una sensación de calor brotó debajo de su mano y se extendió hacia abajo. Lancé una mirada nerviosa al guardia.

—No... no creo que esto deba suceder.

—¿Qué es *esto*? —Sus dedos rozaron la cinturilla de mis pantalones y di un respingo—. Tengo una pregunta mejor para ti. ¿Por qué fuiste a la Perla Roja, Poppy? ¿Por qué dejaste que te besara debajo del sauce? —Abrí la boca para responder, pero sus labios rozaron la curva de mi mejilla y robaron mis palabras—. Estabas ahí para vivir. ¿No es eso lo que dijiste? Dejaste que te arrastrara dentro de esa habitación vacía para experimentar la vida. Dejaste que te besara debajo del sauce porque querías sentir. No hay nada malo en ello. Nada en absoluto. —Sus labios volvieron a subir por mi mejilla. Sentí un escalofrío por toda la piel—. ¿Por qué no puede ser igual esta noche? —Cerré los ojos un instante. Cuando los volví a abrir, estaban fijos en el guardia—. Déjame enseñarte solo un poco de lo que te perdiste al no regresar a la Perla Roja.

—Los guardias —susurré, y no se me pasó por alto que ellos fuesen mi preocupación. No los dioses. No las reglas. No el hecho de ser la Doncella.

—Nadie puede ver lo que estoy haciendo. —Su mano volvió a moverse, se deslizó hacia abajo entre mis muslos. Reprimí una exclamación cuando cerró la mano sobre mi entrepierna, por encima de los pantalones que ya no parecían gruesos para nada.

—Pero sabemos que están ahí. —Apenas podía respirar, abrumada por el intenso remolino de sensaciones que se había instalado en mi bajo vientre y hacía que notara el pecho pesado, dolorido.

—No tienen ni idea de lo que está pasando. Ni noción de que mi mano está entre los muslos de la Doncella. —Su voz era un susurro caliente. Tiró de mí hacia atrás y se apretó contra mi cuerpo. Otra pequeña exclamación escapó

de mis labios. Tenía el trasero acurrucado en la cuna de sus caderas. Hawke emitió un profundo sonido retumbante que hizo que una ráfaga de calor me atravesara de arriba abajo—. No tienen ni idea de que te estoy tocando.

Y entonces ya no solo me acariciaba. Me estaba tocando *de verdad*, frotaba dos dedos por la costura del pantalón, por el mismísimo centro de mí. Me anegó una oleada de calor húmedo. Bajé la vista y casi esperaba ver lo que Hawke estaba haciendo debajo de la manta.

No veía nada en la oscuridad.

Pero lo sentía todo.

¿Cómo habíamos llegado a ese punto? No lograba saberlo del todo, tampoco estaba segura de querer saberlo. Había sentido antes una pizca de lo que estaba sintiendo ahora, y sentir solo ese poco parecía muy injusto. ¿No era eso lo que significaba vivir? Dar más de un sorbito aquí y un bocadito allá. Se trataba de tragar y engullir todo lo que pudieras.

Quería sentir todo lo que pudiera, sobre todo después de sentir nada más que dolor e ira durante tanto tiempo. En ese momento, no sentía nada de eso.

Llegaría a la capital pronto y era muy probable que mi Ascensión tuviese lugar antes de lo previsto. Y si regresaba de ella, sabía sin lugar a dudas que el que me estuviera destinado no me haría sentir ni la mitad de lo que Hawke siempre parecía sacar de mí, ya fuese irritación e ira, risas y diversión, o esta... esta intensa e irresistible oleada de agudo placer.

Sus dedos jugaron con la costura, empujaron justo lo suficiente para que sintiera el contacto todo el camino hasta las puntas de los pies. Cada centímetro de mi cuerpo se volvió hipersensible.

¿Cómo creía Hawke que esto iba a ayudarme a dormir?

Estaba más despierta que a plena luz del día, el pulso acelerado y el corazón desbocado, y me estaba tocando, me acariciaba de un modo que hizo que mis caderas se movieran.

Arrastró la mano hacia arriba por la parte de delante de mis pantalones. La palma de su mano se deslizó por la carne desnuda de mi bajo vientre. Esos dedos largos se instalaron sobre un punto palpitante y se movieron en círculos lentos pero regulares.

—Apuesto a que estás blanda y mojada y lista. —Su voz era un gruñido sensual en mi oreja—. ¿Debería averiguarlo?

Me estremecí, medio temerosa de que lo hiciera.

Medio asustada de que no lo hiciera.

La fricción de sus dedos, el roce de la áspera tela contra mi piel... y sus palabras... Oh, por todos los dioses, eran obscenas, un pecado absoluto. Y no

quería que parara nunca.

—¿Te gustaría? —me preguntó, y mis caderas se arquearon por instinto, en busca de sus dedos. Volvió a hacer ese sonido, ese retumbar de aprobación tan crudo y primitivo—. Haría más que esto.

Con los ojos apenas entornados, observé la forma no demasiado alejada de uno de los guardias, que patrullaba despacio por el límite norte del campamento. Mi piel y mi cuerpo ardían de calor prohibido mientras mis caderas se movieron de nuevo. Esta vez, no fue solo una reacción que no podía controlar. Las moví de manera intencionada, en respuesta a ese círculo lento y regular de sus dedos. Me deleité en la punzada de doloroso e intenso placer que vino a continuación.

No debería permitir esto. Ni siquiera en la privacidad de una habitación, no digamos ya cuando alguien podía girarse hacia nosotros de pronto. Pensé que si prestaran la suficiente atención, sabrían que estaba sucediendo algo. Estaba casi segura de que el guardia más próximo a nosotros, el que estaba observando en ese momento, era Kieran. Parecía tan espabilado como Hawke.

Esto estaba mal.

Pero entonces, ¿cómo podía... cómo podía parecer tan correcto? ¿Tan bien? Me estaba convirtiendo en un ser de fuego líquido, palpitante, todo debido a solo dos dedos largos y elegantes.

—¿Notas lo que estoy haciendo, Poppy? —Asentí—. Imagina lo que sentirías si no hubiese nada entre mis dedos y tu piel. —Me estremecí—. Haría esto. —Sus dedos apretaron hacia dentro, un poco más fuerte, un poco más bruscos, y mis piernas dieron un respingo—. Entraría dentro de ti, Poppy. Te saborearía. Apuesto a que eres tan dulce como la miel.

Oh, por todos los dioses...

Me mordí el labio mientras mi mano soltaba la manta. La deslicé hacia abajo para apoyarla sobre su antebrazo. Hawke se detuvo. Esperó. Sin decir ni una palabra, levanté las caderas hacia su mano mientras mis dedos se hundían en su piel. El dolor empezaba a resultar insoportable.

—Sí —murmuró—. Te gustaría, ¿verdad?

—Sí —susurré. Tuve que forzar la palabra para que saliera por mis labios. Sus dedos empezaron a moverse de nuevo y casi grito de placer.

—Incluiría otro dedo. Estarías tensa, pero también estás lista para más.

Mi respiración salía en jadeos rápidos y superficiales. Sentía los tendones de su brazo flexionarse debajo de mi mano mientras mis caderas se movían en los mismos círculos que él estaba haciendo sobre mí.

—Metería y sacaría los dedos. —Sus labios rozaron la piel justo debajo de mi oreja—. Te acoplarías a ellos justo igual que estás acoplada a mi mano ahora mismo.

Eso era justo lo que estaba haciendo, y de un modo desvergonzado. Aferrada a su brazo, me balanceaba contra su mano, al son de esa increíble tensión que no hacía más que aumentar y apretarse.

—Pero esta noche no vamos a hacer eso. No podemos. Porque si meto *cualquier* parte de mí dentro de ti, *todas* las partes de mí estarían dentro de ti, y quiero oír hasta el último sonido que hagas cuando eso ocurra.

Antes de que pudiera sentirme desilusionada siquiera, antes de que pudiera procesar de verdad la sedosa promesa que impregnaba sus palabras, deslizó la mano más abajo, apretó los dedos contra el mismísimo centro de mí, mientras su pulgar rodaba por encima de la parte que palpitaba. Ya no había nada lento en sus movimientos. Sabía muy bien lo que estaba haciendo con toda esa tensión acumulada e inescapable. Hawke se reacomodó de algún modo a mi lado, metió su otro brazo debajo de mis hombros. Pegó mi cuerpo del todo al suyo, y ya no solo me movía contra su mano, sino contra *él*; las sacudidas de mis caderas eran erráticas y bruscas. Unos gemidos suaves y graves escapaban de mis labios. Me sentía atrapada, maravillosamente inmovilizada entre su mano y la dura y firme longitud de su cuerpo. Algo... algo estaba ocurriendo. Era lo que sus besos y breves caricias de antes habían insinuado y prometido. De repente, mi cuerpo se puso tan tenso como la cuerda de un arco al apuntar, y mis piernas se abrieron un segundo antes de que Hawke plantara la mano sobre mi boca para silenciar el gemido que no hubiese sido capaz de reprimir. Su boca caliente se movió contra un lado de mi cuello, sus labios, sus dientes. Tenían un filo malicioso...

La tensión se rompió. Yo me rompí. El placer me recorrió, intenso y repentino. Fue como estar de pie al borde de un precipicio y que entonces te empujaran. Caí, estremeciéndome en oleadas temblorosas y palpitantes, y seguí cayendo hasta que la mano entre mis piernas se ralentizó y luego paró. No estaba segura de cuánto tiempo había pasado, ni de cuándo apartó los dedos Hawke de mis muslos o su mano de mi boca. Mi corazón empezaba justo a apaciguarse cuando fui consciente de su mano apoyada contra mi estómago y su brazo enroscado alrededor de mis hombros para mantener mi cuerpo inerte bien pegado al suyo.

Pensé que tal vez debería decir algo, pero... ¿qué? *Gracias* no parecía muy apropiado. Y pensé que no era del todo justo que él me hubiese dado esto mientras yo no le daba nada por el estilo. También pensé que quizás

debería mirar si Kieran o alguno de los otros guardias se había dado cuenta de lo que había hecho Hawke... de lo que *habíamos* hecho debajo de las mantas, pero no lograba mantener los ojos abiertos. No lograba articular palabra.

—Sé que jamás lo reconocerás —dijo Hawke, la voz baja y gruesa—. Pero tú y yo siempre sabremos que tenía razón.

Mis labios se curvaron en una leve sonrisa soñolienta.

Claro que tenía razón.

Una vez más.

Capítulo 31



Cuando me desperté justo antes del amanecer, no podía creer el sueño tan apacible y profundo del que había disfrutado. Era como si no hubiese dormido sobre el duro suelo, sino en la más mullida de las camas.

Pensé que no me hubiese despertado por mí misma de no haber sido por el susurro de las conversaciones a mi alrededor.

—Llegamos más lejos de lo que creía —dijo Hawke en voz baja—. Deberíamos llegar a Tres Ríos antes del anochecer.

—No podemos quedarnos ahí —llegó la respuesta, y reconocí la voz de Kieran—. Ya lo sabes.

Había mucha actividad de Descendientes en Tres Ríos, así que tenía sentido. Abrí los ojos y parpadeé varias veces. En la penumbra, los vi de pie a pocos metros de mí. Me sonrojé cuando levanté la vista hacia Hawke. No es que viera demasiado de su cara, pero recordé lo que habíamos hecho.

—Lo sé. —Hawke tenía los brazos cruzados—. Si hacemos una parada a medio camino de Tres Ríos, podríamos cabalgar de noche y llegar hasta New Haven por la mañana.

—¿Estás listo para eso? —preguntó Kieran. Fruncí el ceño.

—¿Por qué no habría de estarlo?

—¿Crees que no me he dado cuenta de lo que ha pasado?

Mi corazón se estrelló contra mi pecho. De inmediato, mi cabeza conjuró la imagen de Kieran patrullando mientras Hawke me susurraba palabras indecentes y pícaras al oído. ¿Nos habría visto?

Oh, por todos los dioses. Sentí un intenso hormigueo por toda la piel y noté que el calor invadía mis mejillas, pero debajo de la vergüenza, me

sorprendió descubrir que no había ni un ápice de arrepentimiento. No me perdería ni un segundo de lo que había sentido.

Hawke no dijo nada y mi cabeza imaginó al instante el peor de los escenarios. ¿Se arrepentía él? Lo que habíamos hecho no solo estaba prohibido para mí. Aunque no conocía las reglas exactas establecidas para los guardias reales, estaba bastante segura de que lo que Hawke y yo habíamos hecho, lo que habíamos estado haciendo, no era algo que el comandante pasaría por alto.

Pero Hawke tenía que saberlo.

Igual que lo sabía yo. Y aun así lo hice.

—Recuerda cuál es tu cometido —matizó Kieran cuando Hawke no respondió.

—No lo he olvidado ni por un segundo. —Endureció la voz—. Ni uno solo.

—Bueno es saberlo.

Hawke empezó a girarse hacia mí y cerré los ojos. No quería que se dieran cuenta de que había oído su conversación. Noté que se paraba a mi lado y un segundo después sentí el roce de sus dedos sobre mi mejilla.

Abrí los ojos y no tenía ni idea de qué decir cuando levanté la vista hacia él. Todos mis pensamientos saltaron por los aires cuando deslizó el pulgar por la curva de mi mejilla y luego por encima de mi labio de abajo. Una temblorosa oleada de sensaciones recorrió mi cuerpo.

—Buenos días, princesa.

—Buenas —susurré.

—Has dormido bien.

—Sí.

—Te lo dije.

Sonreí al tiempo que mis mejillas se caldeaban y a pesar de la conversación que acababa de oír.

—Tenías razón.

—Siempre tengo razón.

—Lo dudo.

—¿Tengo que demostrártelo otra vez? —preguntó.

Mi cuerpo se despertó, del todo partidario de esa idea. Sin embargo, mi cerebro también empezó a funcionar.

—No creo que sea necesario.

—Qué pena —murmuró—. Tenemos que ponernos en marcha.

—Vale. —Me senté. Hice una mueca al sentir la rigidez de mis articulaciones—. Solo necesito un par de minutos.

La mano de Hawke encontró la mía cuando me desenredé de la manta. Me ayudó a levantarme y enderezó la túnica que me cubría. Sus manos se demoraron en mis caderas de un modo íntimo y familiar que me caldeó el pecho. Levanté la vista hacia sus ojos e, incluso entre las sombras del Bosque de Sangre, su mirada intensa me cautivó.

—Gracias por lo de ayer por la noche —me dijo en voz baja para que solo yo lo oyera. Me sorprendí sobremanera.

—Tengo la sensación de que debería ser yo la que te diera las gracias.

—Aunque a mi ego le complace que pienses eso, no tienes por qué hacerlo. —Entrelazó los dedos con los míos—. Ayer por la noche confiaste en mí, pero lo que es más importante, sé que lo que compartimos es un riesgo.

Lo era.

Se acercó más a mí y todo lo que pude oler fue ese aroma suyo a pino y a especias oscuras.

—Y es un honor que estuvieras dispuesta a correr ese riesgo conmigo, Poppy. Así que gracias.

Una oleada de emociones dulces e intensas me barrió por dentro, pero noté una extraña pesadumbre en su voz. Con las manos unidas, abrí mis sentidos a él, algo que no había hecho desde la noche del Rito.

Sentí la ya familiar y cortante tristeza que moraba muy profundo en su interior, pero había algo más. No era arrepentimiento, pero sabía como a limón. Me concentré hasta que sus emociones se convirtieron en las mías y pude filtrarlas y comprender lo que estaba sintiendo. Confusión. Eso es lo que sentí. Confusión y conflicto, cosa que no era de sorprender. Yo misma sentía mucho de ambas cosas.

—¿Estás bien? —preguntó Hawke.

Corté la conexión y asentí mientras soltaba su mano.

—Debería prepararme.

Di unos pasos a un lado, sin dejar de sentir sus ojos sobre mí. Levanté la mirada. Una luz gris, muy tenue, empezaba a filtrarse entre las tupidas ramas. Mis ojos se cruzaron con los de Kieran.

Nos había estado observando todo el tiempo y la expresión de su rostro indicaba que no estaba contento.

Kieran parecía preocupado.



Todas mis inquietudes por que la conversación con Kieran hubiese podido cambiar el comportamiento de Hawke hacia mí se desvanecieron antes de poder tomar forma siquiera. El alivio que fluía por mis venas debió de servir de advertencia de que las cosas se... bueno, se nos estaban yendo de las manos.

Ya se nos habían ido de las manos.

No debería de sentirme reconfortada. Si acaso, los dos estábamos muy necesitados de que nos recordaran nuestras obligaciones. Aun así, no solo me sentía aliviada, estaba emocionada y esperanzada.

Pero ¿sobre qué podía estar esperanzada? No había ningún futuro para nosotros. Puede que en esos momentos fuese Poppy, pero seguía siendo la Doncella, e incluso aunque me encontraran indigna en la Ascensión, eso no significaba que Hawke y yo fuéramos a ser felices y a comer perdices. Lo más probable era que me exiliaran, y jamás esperaba que alguien estuviese dispuesto a sufrir eso por mí.

No es como si pensara que lo que éramos o lo que significábamos el uno para el otro hubiese llegado a un punto en el que Hawke se exiliaría conmigo. Eso era una tontería. Era...

Sonaba al tipo de amor épico que mi madre había sentido por mi padre.

Fuera como fuere, la noche anterior había parecido un sueño. Esa era la única manera en que podía describirla. Y no iba a dejar que las incógnitas y las consecuencias arruinaran el recuerdo y lo que había significado para mí. Cruzaría ese puente cuando llegara a ese río.

Ahora mismo, en lo único que podía concentrarme de verdad era en no caerme de Setti.

El viento gélido alanceaba mis mejillas mientras recorriamos el Bosque de Sangre, las hojas rojas de los arces y la grisácea corteza carmesí eran poco más que un borrón ante mis ojos.

Habíamos llegado hasta el corazón del bosque, donde los árboles eran menos frondosos y dejaban pasar más rayos de luz. En cualquier caso, el sol no lograba calentar el ambiente. Si acaso, se iba volviendo más frío cuanto más nos adentrábamos, y los árboles eran cada vez más raros.

Los troncos y los tallos se retorcían, subían en espiral, sus ramas se enredaban. No podía ser cosa del viento. Todos los árboles se erguían bien rectos y la corteza... parecía *mojada*, casi como si la savia goteara por ella.

Había tenido razón anoche con lo de que nevaría si lloviera. Pocas horas después de partir, remolinos de copos flotaban y giraban por el aire para cubrir poco a poco la exuberante hierba de un verde vibrante que crecía a ambos lados del pisoteado camino. Me había vuelto a poner los guantes, pero no creía que mis dedos se hubiesen descongelado en ningún momento después del frío de la noche. Me ceñí bien la capucha, pero solo lograba protegerme la cara hasta cierto punto y no tenía ni idea de cuánto camino nos quedaba por recorrer. El bosque parecía interminable.

Ralentizamos el paso al llegar a una zona en la que gruesas raíces nudosas brotaban del suelo y trepaban de un lado a otro del camino, como si trataran de reclamar ese pedazo de tierra utilizado por los seres vivos.

Aflojé la mano sobre el pomo de la montura y miré hacia abajo, asombrada en cierto modo por la solidez de las raíces mientras los caballos sorteaban con cuidado la obstrucción. Algo captó mi atención en el suelo. Miré hacia la derecha, más allá del caballo de Airrick. Al lado de uno de los árboles había un montón de rocas, colocadas con tanto esmero que me pareció imposible que hubiesen acabado así de forma natural. Medio metro más allá había otra agrupación de piedras, pero esta vez no estaban amontonadas, sino colocadas en un dibujo perfecto. A mi izquierda, vi otro prístino círculo de piedras. Había más formaciones, algunas con una roca colocada en el centro, otras vacías, e incluso algunas en las que las piedras habían sido colocadas de un modo que parecían una flecha que cortara a través del círculo.

Como el escudo real.

Una sensación de inquietud bajó reptando por la columna. Era imposible que esas rocas hubiesen acabado de ese modo por causas naturales. Me giré en la montura para mostrárselas a Hawke...

De repente, uno de los caballos de delante se encabritó y casi hizo caer a Kieran. Consiguió aguantar en la montura y trató de calmar al caballo acariciándole el cuello.

—¿Qué pasa? —preguntó Noah, uno de los cazadores que iba delante de nosotros, al tiempo que nos deteníamos todos.

Phillips levantó un dedo para mandar callar al grupo. Contuve la respiración y miré a nuestro alrededor. No oí ni vi nada, pero noté los músculos de Setti tensarse bajo mis piernas. Empezó a moverse inquieto, luego retrocedió. Puse la mano sobre su cuello en un intento de tranquilizarlo mientras Hawke sujetaba las riendas con fuerza. Los otros caballos empezaron a mostrar el mismo nerviosismo.

En silencio, Hawke dio un golpecito sobre la zona donde llevaba oculta la daga. Asentí, metí la mano bajo mi capa, desenvainé el arma y cerré los dedos en torno al mango. Escudriñé los árboles, aún no...

Salió de la nada. Una explosión de negro y rojo que saltó por los aires y se estampó contra el costado de Noah. Sobresaltado, su caballo se levantó y Noah cayó al suelo como un fardo. En un abrir y cerrar de ojos, la cosa estaba sobre él, lanzándole dentelladas a la cara con sus irregulares dientes afilados mientras Noah intentaba mantenerla a raya.

Era un *barrat*.

Conseguí reprimir el grito que había trepado por mi garganta. La cosa era enorme, más grande que un jabalí. El sucio pelaje grasiento erizado a lo largo de su columna curva. Orejas puntiagudas y hocico tan largo como la mitad de mi brazo; sus uñas se clavaron en la hierba y la arrancaron del suelo mientras intentaba llegar hasta el cazador.

Phillips se giró en la montura, arco en mano y flecha cargada. Disparó y el proyectil silbó por el aire para clavarse en la parte de atrás del cuello de la criatura. La cosa aulló cuando Noah se la quitaba de encima y no dejó de patalear mientras rodaba, desesperada por desencajar la flecha.

Noah se apresuró a levantarse al tiempo que desenvainaba su espada corta. La piedra de sangre centelleó bajo un rayo de sol cuando arremetió con ella para silenciar a la bestia.

—Por todos los dioses —gruñó. Se limpió las salpicaduras de sangre de la frente. Luego se giró hacia Phillips, que todavía sujetaba el arco, otra flecha ya cargada—. Gracias, tío.

—Ni lo menciones.

—Si hay uno, hay una horda —advirtió Hawke—. Tenemos que mov...

De pronto, desde todas las direcciones, sonó como si el bosque hubiese cobrado vida. A nuestra derecha, los crujidos y susurros de la maleza fueron en aumento.

Me eché hacia atrás, casi incrustada contra Hawke cuando la horda, en efecto, llegó. Noah maldijo y se apresuró a agarrarse a una rama baja y levantar las piernas cuando los roedores brotaron en tromba de entre la maleza y zigzaguearon entre los árboles.

No atacaron.

Pasaron corriendo *por nuestro lado*, esquivando a los inquietos caballos. Había docenas de ellos, que chillaban y hacían chasquear los dientes mientras cruzaban por encima de las raíces y luego desaparecían entre los árboles y arbustos.

Nada de lo que acababa de ocurrir me tranquilizaba lo más mínimo. Si estaban huyendo, seguro que huían *de algo*.

Eché un vistazo al suelo y vi densas volutas de neblina que empezaban a condensarse a nuestro alrededor. Se me pusieron todos los pelos de punta. El repentino olor...

Olía a muerte.

—Tenemos que salir de aquí. —Kieran se había percatado de lo mismo que yo—. Ahora.

Noah aterrizó en cuclillas, sus pies desaparecieron en la neblina que se cerraba por momentos. Se me subió el corazón a la garganta, pero aun así me incliné hacia delante y me aferré al pomo de la montura. Noté que Setti se tensaba debajo de mí mientras Noah corría hacia su caballo, agarraba las riendas cerca del cuello del animal con una mano y su espada con la otra. Levantó la hoja por los aires.

El Demonio fue tan rápido como la flecha que había derribado al *barrat*. Salió como una exhalación de entre los árboles, su ropa andrajosa y desgarrada aleteó a su alrededor cuando se abalanzó sobre Noah. Clavó las garras que tenía por dedos en el pecho del cazador al tiempo que se enganchaba a su cuello. Un espeso líquido carmesí empapó la pechera de Noah, que gritó y cayó hacia atrás. Soltó la espada y su caballo huyó despavorido, abriéndose paso entre los guardias que iban a la cabeza de nuestro grupo.

Un aullido me heló la sangre en las venas y se me hizo un nudo en el estómago cuando fue contestado por otro y otro...

—Mierda —gruñó Hawke. Luddie hizo girar a su caballo e incrustó una lanza de heliotropo en la cabeza del Demonio que había terminado con Noah.

—Si huimos, no lo lograremos. —Luddie volteó la hoja de su arma hacia arriba—. No con todas estas raíces.

Con el corazón a mil por hora, supe lo que significaba eso. La neblina nos llegaba ya por las rodillas y habíamos agotado nuestra suerte.

—Sabes lo que tienes que hacer —me dijo Hawke—. Hazlo.

Asentí con un gesto seco. Entonces Hawke pasó una pierna por encima de Setti y se dejó caer al suelo entre las raíces. Yo me bajé con más cuidado para intentar no acabar entre la retorcida maraña. Eché un rápido vistazo a mi alrededor y vi a los demás haciendo lo mismo. Airrick vio la daga en mi mano, las cejas arqueadas.

—Sé usarla —le informé. Esbozó una sonrisa aniñada.

—Por alguna razón, no me sorprende.

—Ya están aquí. —Kieran levantó su espada.

Tenía razón.

Salieron volando de entre los árboles, una masa de carne gris y demacrada, envuelta en ropa andrajosa. No hubo tiempo de sentir pánico. A pesar de no ser apenas más que piel y huesos, eran de una rapidez aterradora.

—No dejéis que lleguen hasta los caballos —gritó uno de los guardias, justo cuando Hawke daba un paso al frente y atravesaba el pecho de un Demonio con su espada.

Me puse en guardia, lo único que veía eran colmillos manchados de sangre, y entonces uno vino directo hacia mí. Me impulsé hacia delante, estampé una mano contra su hombro, haciendo caso omiso de cómo la piel y los huesos parecieron hundirse bajo mis dedos, luego clavé la daga en su pecho. Un chorro de sangre podrida brotó de la herida cuando liberé el arma. El Demonio cayó y yo giré en redondo para agarrar la camisa desgarrada de otro que pretendía alcanzar a Setti. Incrusté la daga en la base de su cráneo e hice una mueca al extraer la hoja.

Levanté la vista y mis ojos se cruzaron con los de Hawke. Me regaló una sonrisa tensa con una insinuación de hoyuelo.

—Jamás pensé que encontraría sexy nada que tuviera que ver con los Demonios. —Columpió la espada y le cortó la cabeza al que tenía más cerca—. Pero ver cómo luchas contra ellos es superexcitante.

—Qué inapropiado —musité, mientras soltaba al Demonio. Me giré y esquivé la arremetida de otro. Me abalancé sobre él cuando noté que agarraba mi capa, le atravesé el pecho con la daga. Se desplomó al instante, pero casi me arrastra con él en su caída.

Mi arma era eficaz, aunque por desgracia requería un contacto estrecho. Un rápido vistazo a mi alrededor reveló a Kieran que se movía con la gracia de un bailarín, una espada en cada mano mientras derribaba a un Demonio tras otro. Luddie estaba dándole un gran uso a su lanza, lo mismo que Phillips a su arco. Airrick se mantenía cerca de mí, la neblina ya a la altura de nuestros muslos.

Con un alarido, un Demonio echó a correr hacia mí. Cerré la mano con fuerza en torno al mango de hueso de *wolven*, esperé hasta tenerlo al alcance y entonces salté hacia la izquierda mientras le clavaba la piedra de sangre debajo de la barbilla. Aspiré una brusca bocanada de aire y di un paso atrás. Tuve que hacer un esfuerzo por que se me asentara el estómago. Ese hedor...

—Princesa, tengo un arma mejor para ti. —Hawke recogió del suelo la espada de heliotropo de Noah y me la arrojó. La atrapé al vuelo.

—Gracias. —Envainé la daga, giré sobre los talones y corté el cuello del Demonio más cercano.

La daga me encantaba, pero la ligerísima espada de piedra de sangre era mucho más útil en esa situación. Capaz ahora de mantener un poco de distancia, acabé con otro Demonio mientras mi corazón aporreaba dentro de mi pecho. La parte de atrás de mi pierna chocó con algo, me giré con brusquedad hacia la derecha y pisé con fuerza. Mi bota se deslizó entre las raíces al mismo tiempo que hacía columpiar la espada por el aire para cortar el pecho del Demonio. No fue una estocada limpia, no logré clavarla en su corazón. Liberé la hoja y moví las piernas para adoptar una posición mejor. Apunté a su cuello.

Pero me había olvidado de las raíces.

Con el pie enganchado, tropecé. Intenté recuperar el equilibrio con desesperación, pero empecé a caer. Justo entonces alguien se estrelló contra mí y logró liberar mi pie de las raíces. Airrick. Le hizo un placaje al Demonio mientras yo caía y los dos desaparecieron debajo de la neblina.

Mi cabeza también se sumió en la niebla y, por un momento, solo vi una nube blanca. Un fogonazo de pánico estalló en mi estómago. Mi mano libre golpeó el suelo. Estaba demasiado resbaladizo bajo la palma. Me encontré transportada de golpe años atrás, cuando era una niña pequeña y asustada, con las manos aferradas a mi madre, desesperada, resbalando...

Oí la voz de Vikter en mi cabeza. Una advertencia que me había hecho durante un entrenamiento, muy al principio. *Jamás te dejes vencer por el pánico. Si lo haces, mueres.* Tenía razón. El miedo podía aguzar los sentidos, pero el pánico lo ralentizaba todo.

No era una niña.

Ya no era pequeña e impotente.

Sabía cómo luchar, cómo defenderme, cómo protegerme.

Con un grito, me deshice del recuerdo y me levanté justo cuando un Demonio sin pelo llegaba hasta mí. De una estocada, le atravesé el corazón. No emitió ni un gemido siquiera cuando sus ojos sin alma se cruzaron con los míos. Todo lo que hizo fue estremecerse y luego caer hacia atrás. Me giré para buscar a Airrick. Acababa de darme cuenta de que la neblina había retrocedido, resbalaba por nuestras piernas y se iba difuminando. Esa era buena señal. Fui hacia un Demonio herido, ahora visible, que se arrastraba por el suelo hacia uno de los caballos. Planté la bota sobre su espalda y lo estampé contra el suelo mientras aullaba. Lo silencié con la espada. La neblina ya casi había desaparecido.

Resollando, vi a Hawke atravesar con su espada el pecho del último Demonio que quedaba en pie. Me giré para comprobar los daños. Solo quedaban cinco guardias, sin contar a Hawke. Vi a Kieran y Luddie de pie al lado de un cazador, que era muy obvio que estaba muerto. Vi al guardia cuya espada blandía y supe que Noah había sucumbido en el momento en que el Demonio había hundido los dientes en su cuello. Seguí girando hasta que mis ojos encontraron a Phillips. Estaba arrodillado al lado de...

Airrick.

No.

Yacía de espaldas, tanto sus manos como las de Phillips apretadas contra el estómago. Su piel pálida hacía que su pelo castaño pareciese mucho más oscuro y había... muchísima sangre. Bajé la espada y fui hasta Airrick, esquivando los cuerpos de los Demonios.

—¿Ella... está... está bien? —Un hilillo de sangre caía por su boca mientras miraba a Phillips—. La...

Phillips levantó la vista hacia mí, su piel marrón lucía de un tono grisáceo. Tenía los ojos afligidos cuando asintió.

—Está más que bien.

—Genial. —Dejó escapar una bocanada de aire sibilante—. Eso es... genial.

Con el corazón en un puño, me puse de rodillas y dejé la espada a mi lado.

—Me salvaste.

Deslizó los ojos hacia mí y tosió una risa débil y sanguinolenta.

—No... creo que... necesites que te salven.

—Pues lo necesité —le dije, echando un rápido vistazo a su estómago. Unas uñas de Demonio lo habían alcanzado, se habían clavado profundo... demasiado profundo. Sus órganos internos ya no eran *internos*. Disimulé mi escalofrío mientras Hawke se acercaba—. Y tú estuviste ahí para mí. Sí que me salvaste, Airrick.

Hawke se arrodilló al lado de Phillips, sus ojos se cruzaron con los míos. Sacudió la cabeza, aunque tampoco hacía falta que me lo dijera. Aquella no era una herida a la que se pudiera sobrevivir, y debía ser muy dolorosa. No necesitaba mi don para saberlo, pero abrí mis sentidos y me estremecí al sentir la intensa agonía que palpitó a través de la conexión.

Mantuve mi atención centrada en Airrick, tomé su mano y cerré las mías en torno a ella. No podía salvarlo, pero podía hacer lo que no había sido capaz de hacer por Vikter. Podía ayudar a Airrick y lograr que aquello fuese más fácil. Estaba prohibido y no era demasiado sensato hacerlo cuando había

testigos, pero no me importaba. No podía quedarme ahí plantada y no hacer nada cuando sabía que podía ayudar.

Así que pensé en las playas y en cómo me hacía reír Hawke, cómo me hacía sentir que estaba viva, y empujé ese calor y esa felicidad a través de la conexión y hacia Airrick.

Supe el momento exacto en que llegó al guardia. Sus facciones se relajaron y su cuerpo dejó de temblar. Me miró con los ojos muy abiertos. Parecía tan, tan joven.

—Ya... no me duele.

—¿No? —Forcé una sonrisa, mantuve la conexión abierta y lo bañé en oleadas de luz y calor. No quería que ni el más mínimo ápice de dolor se colara en su interior.

—No. —Una expresión de asombro se desplegó por su rostro—. Sé que no lo estoy, pero... me siento bien.

—Me alivia saberlo.

Me miró, y supe que Phillips y Hawke me observaban. Supe sin mirarlos siquiera que se habían dado cuenta de que el repentino alivio de Airrick no tenía nada que ver con las fases de la muerte. Nadie con ese tipo de herida moría en paz.

—Te conozco —dijo Airrick, su pecho subió con brusquedad y luego se asentó poco a poco—. Creía que... no debería decir nada, pero ya nos conocíamos. —Cayó más sangre de su boca—. Jugamos a las cartas.

Sorprendida, mi sonrisa se volvió real.

—Sí, es verdad. ¿Cómo lo supiste?

—Son... tus ojos —confesó. Pasó un rato demasiado largo entre cuando su pecho se asentó y cuando volvió a hincharse—. Estabas perdiendo.

—Es cierto. —Me incliné sobre él para mantener su dolor a raya—. Por lo general, se me dan mejor las cartas. Mi hermano me enseñó a jugar, pero no hacían más que llegarme cartas malas.

—Sí... —dijo, con otra risa, el sonido aún más débil—. Sí... eran cartas malas. Gracias... —Sus ojos se deslizaron hacia mi hombro. Lo que fuera que veía estaba más allá de mí, más allá de todos nosotros. Era bienvenido. Los labios de Airrick temblaron cuando sonrió—. ¿Mami?

Su pecho no se asentó. Se hinchó, pero no volvió a bajar. Airrick falleció unos segundos después, sus labios aún curvados en una sonrisa, sus ojos ahora apagados pero centelleantes. No sabía si veía a su madre, si veía algo, pero deseé que así fuera. Deseé, por él, que su madre hubiese venido a buscarlo y no el dios Rhain. Era agradable pensar que había seres queridos ahí

para dar la bienvenida a los que pasaban al otro mundo. Quería creer que la mujer de Vikter y su bebé lo habían estado esperando.

Despacio, bajé su mano y la coloqué sobre su pecho. Entonces levanté la vista para encontrar a Phillips y a Hawke, que me miraban alucinados.

—Le has hecho algo —declaró Hawke. Sus ojos buscaron los míos.

No dije nada. No hizo falta. Phillips lo dijo por mí.

—Es verdad. Los rumores. Lo había oído, pero no lo había creído. Por todos los dioses. Tienes el toque.

Capítulo 32



Nuestro grupo reemprendió la marcha a un ritmo agresivo y agotador, con tres guardias menos que cuando salimos de Masadonia. Unas horas más tarde, encontramos el caballo de Noah pastando y, una vez que estuvo amarrado a la montura de Luddie, nos pusimos en camino otra vez.

Después de parar a las afueras de Tres Ríos solo unas horas para dejar descansar a los caballos, viajamos sin tregua toda la noche. Sentía el corazón apesadumbrado, las piernas entumecidas y doloridas, y estaba preocupada.

Cuando los otros se reunieron con nosotros, Phillips no volvió a hablar de lo que había hecho, pero no hacía más que lanzarme miradas furtivas. Cada vez que lo hacía, me miraba como si no estuviera seguro de que yo fuese real; me recordaba a las miradas que me habían dedicado los sirvientes cada vez que me veían con velo.

Me hacía sentir incómoda, pero no era nada comparado con la respuesta de Hawke a mi don.

Me había mirado por encima del cuerpo de Airrick como si fuese un *puzzle* al que le faltaran todas las piezas del borde. Era obvio que estaba sorprendido, tampoco podía culparlo por ello. Supuse que tendría preguntas. Cuando paramos a las afueras de Tres Ríos, intenté hablar con él de lo que había hecho, pero todo lo que hizo fue negar con la cabeza. Solo dijo: «Luego», y que debíamos descansar un poco. Yo, por supuesto, me resistí, con lo cual él o bien fingió quedarse dormido a mi lado o se durmió de verdad.

No sabía si estaba enfadado o incómodo o... molesto por que no le hubiera dicho nada, pero no me arrepentía de haber usado mi don para facilitar la transición de Airrick. Hawke y yo hablaríamos, y ese *luego* quizás

llegara antes de lo que él quería. En cualquier caso, conseguí resistirme a utilizar mi don para determinar cómo se sentía. Prefería que me lo dijera él a hacer trampas.

Porque leer sus emociones ahora mismo sería como hacer trampas.

Para cuando llegamos a New Haven, el crepúsculo se cernía sobre nosotros. Cruzamos el pequeño Adarve sin gran problema. Hawke desmontó y se adelantó para hablar con uno de los guardias antes de volver a subirse al caballo detrás de mí y encabezar la marcha por la calle adoquinada.

Kieran había ocupado el lugar de Airrick, con lo que cabalgaba a nuestro lado mientras recorriamos la soñolienta ciudad rodeada por una densa zona arbolada. Pasamos por delante de negocios con la persiana echada, cerrados para la noche, y luego entramos en una zona residencial. Las casas eran tan pequeñas como las del Distrito Bajo, pero no tan amontonadas las unas sobre las otras. También estaban en muchas mejores condiciones. Era obvio que la pequeña ciudad comercial era próspera y el Regio que la gobernaba parecía tener mejor idea que los Teerman de lo que significaba su mantenimiento.

Habíamos recorrido más o menos una manzana del vecindario cuando la puerta de la primera casa se abrió y salió un hombre mayor de piel marrón. No dijo nada, se limitó a asentir en dirección a Kieran y Hawke al pasar. Detrás del hombre, salió corriendo un niño que fue directo a la casa de al lado. Llamó con ímpetu a la puerta y las contraventanas se abrieron de par en par. Delante de nosotros, la mano de Phillips bajó hacia su espada cuando otro niño asomó la cabeza.

—Mi papá está... —Se interrumpió, sorprendido al ver nuestra pequeña caravana. Soltó un grito de júbilo y, con una sonrisa desdentada, desapareció otra vez dentro de la casa para llamar a su padre a gritos.

El chico de la primera casa corrió dos puertas más allá y llamó a otro amigo, esta vez una niña, con el pelo más rojo que el mío. Abrió los ojos como platos al vernos.

Entonces, al otro lado de la calle, se abrió una puerta para dar paso esta vez a una mujer de mediana edad con un bebé sobre la cadera. Sonrió de oreja a oreja y el niño agitó la manita. Levanté una mano y le devolví el saludo, un poco incómoda. En ese momento, me di cuenta de que el primer niño había reunido a una pequeña multitud. Un grupo entero de chiquillos seguía nuestro progreso ahora desde la acera, y cada vez se abrían más puertas a medida que los ciudadanos de New Haven salían a observarnos pasar. Ninguno de ellos gritó. Algunos saludaban con la mano. Otros sonreían. Solo unos pocos nos miraron con expresión hosca desde sus escaleras de entrada.

—Esto es un poco raro —susurré, tras inclinarme hacia atrás.

—No creo que reciban muchos visitantes —respondió Hawke. Me dio un apretoncito en la cintura y mi corazón dio un pequeño brinco de sorpresa en respuesta.

—Es un día emocionante para ellos —comentó Kieran en plan chistoso.

—¿Ah, sí? —murmuró Hawke.

—Se comportan como si la realeza estuviese entre ellos.

—Entonces —comentó Hawke, con una carcajada—, es verdad que no deben de recibir muchos visitantes.

Kieran le lanzó una larga mirada de soslayo, pero Hawke parecía haberse relajado detrás de mí, así que me lo tomé como una buena señal.

—¿Habías estado aquí alguna vez? —le pregunté.

—Muy poco tiempo.

—¿Y tú? —Me giré hacia Kieran.

—He estado de paso una o dos veces.

Arqueé una ceja, pero justo entonces apareció ante nuestros ojos la Fortaleza de Haven. Situada cerca del bosque, no tenía una muralla secundaria como el castillo de Teerman, pero tampoco tenía el mismo tamaño ni de lejos. Con solo dos pisos de altura, la estructura de piedra gris verdoso parecía haber sobrevivido a una época diferente.

Apenas.

Seguimos adelante y justo entonces algo frío me tocó la punta de la nariz. Levanté la vista. Unos copos de nieve desperdigados empezaron a caer mientras cruzábamos el patio en dirección a los establos. Nos esperaban varios guardias de negro, que asintieron cuando entramos en el espacio diáfano que olía a caballo y heno.

Solté una temblorosa bocanada de aire y cerré los ojos un instante al aflojar la mano sobre la montura. El viaje a través del reino distaba mucho de haber terminado, pero al menos esa noche tendríamos una cama, cuatro paredes y un tejado.

Cosas que ya nunca más daría por sentadas.

Hawke se apeó del caballo detrás de mí, se giró, levantó los brazos y meneó los dedos. Arqueé una ceja y me deslicé por el otro lado.

Hawke suspiró.

Con una sonrisa, acaricié el cuello de Setti y deseé que se llenara la barriga del mejor heno posible y descansara un rato. Se lo merecía.

Con las alforjas colgadas del hombro, Hawke vino a mi lado.

—Quédate cerca de mí.

—Por supuesto.

Me lanzó una mirada que indicaba que no se fiaba ni un pelo de mi rápida afirmación. Cuando los demás se reunieron con nosotros, salimos al exterior. La nieve caía con un poco más de fuerza y empezaba a tapizar el suelo. Me ceñí bien la capa al tiempo que se abría la puerta principal para dar paso a otro guardia: uno rubio y alto con ojos de un pálido azul invernal.

Kieran saludó al guardia con un apretón de manos.

—Me alegro de verte —dijo el guardia. Sus ojos saltaron hacia Hawke y después a mí. Su atención se demoró unos segundos en el lado izquierdo de mi cara antes de volver con Kieran—. Me alegro de veros a todos.

—Lo mismo digo, Delano —contestó Kieran, mientras Hawke ponía su mano sobre mi espalda—. Ha pasado mucho tiempo.

—No el tiempo suficiente —bramó una voz grave desde el interior de la fortaleza.

Me giré hacia una zona diáfana iluminada por lámparas de aceite. Un hombre alto y barbudo, de pelo oscuro y anchos hombros salió por dos grandes puertas de madera. Llevaba pantalones ceñidos oscuros y una gruesa túnica. También llevaba una espada corta amarrada a la cintura, aunque no iba vestido como un guardia.

Kieran sonrió y yo parpadeé. Era la primera vez que lo veía sonreír, y había pasado de ser apuesto sin más a ser asombrosamente atractivo al hacerlo.

—Elijah, tú me has echado de menos más que cualquiera de los otros.

Elijah y Kieran fueron al encuentro el uno del otro, y el primero atrapó al hombre más joven en un abrazo de oso que levantó al guardia del suelo. Unos ojos color avellana, más dorados que castaños, aterrizaron donde estábamos Hawke y yo.

Un lado de los labios del hombre se curvó hacia arriba. Soltó a Kieran. O más bien lo dejó caer. Kieran se tambaleó un paso hacia atrás y sacudió la cabeza mientras recuperaba el equilibrio.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó Elijah.

—Necesitamos refugio para la noche —respondió Hawke.

Por alguna razón, ese Elijah encontró graciosa la respuesta de Hawke. Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Tenemos refugio de sobra.

—Es bueno saberlo. —La mano de Hawke se quedó quieta donde estaba mientras yo miraba a nuestro alrededor, confundida.

Habían salido varias personas por las puertas, hombres y mujeres. Al igual que entre los habitantes de la ciudad, había miradas de distintos tipos. La mayoría sonreían, pero unos pocos nos miraban de un modo que me recordó al Descendente rubio que había tirado la mano del Demonio.

¿Dónde estaban el lord o la dama que gobernaban la ciudad? El sol todavía no se había puesto, pero la estancia no tenía ventanas y, por tanto, no sería una afrenta a los dioses que anduvieran por ahí. No vi ningún Ascendido entre las personas ahí reunidas. A lo mejor, este hombre era uno de los secretarios del lord y su señor estaba ocupado con otro asunto. Me fijé en que Kieran miraba a su alrededor con los ojos entornados; lo más probable era que estuviera pensando lo mismo que yo.

—Tenemos muchas cosas que... contarnos para ponernos al día — exclamó Elijah, dándole a Kieran una palmada en el hombro con una mano tan grande que levanté las cejas.

Una mujer de pelo negro salió del grupo. Llevaba una túnica verde bosque que le llegaba hasta las rodillas y pantalones a juego, un grueso chal color crema sobre los hombros. Lo que llamó de inmediato mi atención fue su calzado.

Llevaba botas.

Se acercó y vi que el color de sus ojos era muy parecido a los de Elijah, aunque no del todo igual. ¿Estarían emparentados? Ella parecía al menos una década más joven, más cerca de mi edad y la de Hawke. ¿Una sobrina, quizás? Nos dedicó a todos una sonrisa de labios apretados; sus ojos, como los de Delano, se demoraron un poco en mis cicatrices visibles. Su expresión no mostró ninguna compasión, solo... curiosidad, lo cual era mucho mejor que la otra opción.

—Yo tengo que hablar con unas cuantas personas, pero Magda te enseñará tu habitación. —Hawke se giró hacia la mujer morena antes de que yo pudiera responder—. Asegúrate de que tenga una sala en la que bañarse y de que le envíen comida caliente.

—Sí... —Empezó a inclinarse, casi como si iniciara algún tipo de genuflexión, pero se paró a medio camino. Se sonrojó con gracia al mirarme—. Lo lamento. Estoy un poco desequilibrada estos días. —Se dio unas palmaditas en el estómago ligeramente abultado—. Le echo la culpa al bebé número dos.

—Enhorabuena —dije, con la esperanza de que fuese la respuesta apropiada. Me giré—. Hawke...

—Luego —me interrumpió. Después dio media vuelta y se alejó en dirección a donde Kieran estaba con Elijah, a los que se había unido Phillips, que escudriñaba cada rincón de la fortaleza.

—Vamos. —Magda me tocó el brazo con suavidad—. Tenemos una habitación en el primer piso que tiene su propia sala de baño. Haré que te lleven agua caliente y puedes bañarte mientras Cook te prepara la cena.

Sin tener muy claro qué hacer si no, seguí a Magda fuera del vestíbulo. Salimos por una puerta lateral que daba a una escalera. Sorprendida de que Hawke me hubiese dejado sola, supuse que era porque sabía que estaba más que equipada para defenderme. Pero seguía resultando extraño. A menos que estuviese convencido de que ahí no había Descendientes.

Y aunque ese fuese el caso, todavía no explicaba cómo conocía Hawke el nombre de esa mujer cuando había pasado muy poco tiempo en la ciudad y no nos habían presentado.



La habitación era sorprendentemente grande y espaciosa a pesar de que la única fuente de luz natural era una estrecha ventana que daba al patio. Me gustaron las vigas vistas del techo, y la cama parecía la cosa más tentadora que había visto en la vida.

No me atreví a acercarme a ella; no cuando mi capa y mi ropa estaban manchadas de sangre de Demonio, tierra, polvo y sudor. Dejé la capa sobre una sólida silla de madera, pero tuve cuidado de asegurarme de que mi jersey ocultaba la daga.

La chimenea estaba encendida y la cena, un nutritivo y sabroso estofado de carne, llegó antes que el agua caliente. Me zampé hasta la última gota de estofado y los *biscotes* que lo acompañaban, y probablemente hubiese chupado el bol, de no haber sido por la presencia del pequeño ejército de sirvientes encabezados por Magda.

Mientras llenaban la bañera de humeante agua caliente, Magda colgó una bata azul claro de un gancho en la sala de baño. La miré y se me hizo un nudo de emoción en la garganta.

No era blanca.

Cerré los ojos.

—Poppy —dijo la mujer. Abrí los ojos de golpe. Hacía un rato, me había preguntado cómo llamarme y ese fue el nombre que le di—. ¿Estás bien?

—Sí. —Parpadeé—. Nos ha costado... mucho llegar hasta aquí.

—Sí, me lo imagino —contestó, aunque yo dudaba de que pudiera—. Si dejas tu ropa aquí, al lado de la puerta, me aseguraré de que la laven esta noche.

—Gracias.

—Han dejado jabón y toallas limpias al lado de la bañera —explicó con una sonrisa—. ¿Necesitas algo más?

Quería preguntarle dónde estaba Hawke, pero no creí que ella lo supiera. Sacudí la cabeza y se encaminó hacia la puerta. Entonces me acordé de los Ascendidos.

—¿Magda? —la llamé—. ¿Quiénes son el lord y la dama residentes aquí?

—Lord Halverston se ha ido de caza con algunos de los hombres —contestó—. Hubiese estado aquí para recibirte, pero ya se estaba preparando para partir, visto que era tan cerca del atardecer.

—Oh. —¿El lord iba de caza con los hombres? La gente de este lugar era... extraña.

—¿Algo más?

Esta vez, sacudí la cabeza y la dejé marchar. Me desnudé a toda prisa, deposité la ropa al lado de la puerta y luego crucé a la carrera, daga en mano, el suelo helado que el fuego no había calentado todavía.

La enorme bañera tenía que ser la segunda cosa mejor que había visto en la vida.

Mis músculos doloridos agradecieron de inmediato el agua caliente y me quedé en la bañera más tiempo del necesario. Froté mi piel con el jabón con aroma a lilas y me lavé el pelo dos veces antes de empezar a preocuparme de que me arrugaría como una pasa si me quedara ahí metida un solo minuto más. Me sequé con la toalla, me enfundé la gruesa bata y fui descalza hacia el pequeño tocador, contenta de encontrar un peine. Fui paseando a la habitación mientras cepillaba con parsimonia los nudos y enredos de mi pelo. Dejé la daga en la mesita auxiliar. Y hecho eso, ya no tenía nada más que hacer aparte de esperar.

Me senté en el borde de la cama y me pregunté qué estaría haciendo Tawny en esos momentos. ¿Estaría trabando amistad con los otros lores y damas en espera? La tristeza tironeó de mi pecho y la recibí con los brazos abiertos. Era mucho mejor que sentir solo ira y dolor, pero echaba de menos a mi amiga.

Echaba de menos a Vikter.

El nudo de emoción volvió a mi garganta y me dediqué a deslizar la mano por la suave tela azul claro. Me ardían los ojos, pero las lágrimas... no salían. Casi deseé que lo hicieran. Suspiré y miré hacia atrás, hacia la cabecera de la cama. Había dos almohadas, como si la cama estuviese destinada a dos personas...

Una llamada a la puerta me alarmó. Salté de la cama y estaba en proceso de llegar a la mesita auxiliar cuando la puerta se abrió. Agarré la daga y di media vuelta.

—Hawke —murmuré. Él arqueó las cejas.

—Pensé que estarías dormida.

—¿Por eso has entrado en tromba?

—Puesto que antes he llamado, no creo que haya entrado en tromba. —Cerró la puerta a su espalda y la luz lo iluminó. Se había bañado y cambiado, el pelo húmedo se rizaba contra sus mejillas—. Pero me alegro de que estuvieras preparada por si no era alguien a quien quisieras ver.

—¿Qué pasa si tú eres alguien a quien no quiero ver?

Apareció esa medio sonrisa.

—Tanto tú como yo sabemos que ese no es el caso. —Sus ojos me recorrieron de arriba abajo—. Para nada.

—Tu ego nunca deja de asombrarme. —Dejé la daga en su sitio y miré a nuestro alrededor. Como el único otro sitio en el que sentarse era esa silla de aspecto tan incómodo, la cama era la única opción. Me senté en el borde.

—Yo nunca dejo de asombrarte —me corrigió. Sonreí.

—Gracias por demostrar lo que acabo de decir.

Se rio entre dientes y vino hacia mí.

—¿Has comido? —Asentí.

—¿Y tú?

—Mientras me bañaba.

—La multitarea en su máxima expresión.

—Soy muy hábil. —Se quedó donde se había parado, a varios pasos de mí—. ¿Por qué no estás dormida? Tienes que estar agotada.

—Sé que la mañana llegará más pronto que tarde y volveremos ahí afuera, pero no puedo dormir. Todavía no. Te estaba esperando. —Nerviosa de repente, jugueteé con el cinturón de la bata—. Este lugar es... diferente, ¿verdad?

—Supongo que, si uno está acostumbrado solo a la capital y a Masadonia, lo parecerá —respondió—. Las cosas son mucho más sencillas aquí, nada de pompa ni ceremonia.

—Sí, eso ya lo he notado. No he visto ni un solo escudo real.

—¿Me has esperado despierta para hablar de estandartes reales? —preguntó, con la cabeza ladeada.

—No. —Suspiré y solté el cinturón—. Te he esperado despierta para hablarte de lo que le hice a Airrick.

Hawke no dijo nada.

Mi nerviosismo dio paso a la irritación.

—¿Este *luego* es suficiente para ti? ¿Es un buen momento?

—Este es un buen momento, princesa. —Apareció esa curvatura en sus labios—. Es suficientemente privado, que es lo que pensé que necesitaríamos. —Abrí la boca, luego la cerré de golpe. Maldita sea. ¿Por eso no había hecho más que retrasar este momento? Si era así, tenía sentido—. ¿Me vas a explicar por qué ni tú ni Vikter mencionasteis nunca que tenías este... toque?

Se me desencajó la mandíbula.

—Yo no lo llamo así. Solo unos pocos que han oído... los rumores lo hacen. Es la razón de que algunas personas crean que soy hija de un dios. ¿Tú, que pareces oírlo todo y saberlo todo, no habías oído ese rumor?

—Sé muchas cosas, pero no. Jamás había oído nada semejante —contestó—. Y jamás he visto a nadie hacer lo que sea que hayas hecho.

Mis ojos buscaron los suyos y pensé que veía la verdad en su mirada.

—Es un don de los dioses. Es la razón de que sea la Elegida. —O al menos una de las razones—. La reina en persona me ha ordenado que jamás hable de él ni lo utilice. No hasta que me consideren digna. La mayor parte de las veces, he obedecido.

—¿La mayor parte?

—Sí, la mayor parte de las veces. Vikter lo sabía, pero Tawny no. Tampoco Rylan ni Hannes. La duquesa sí lo sabe y el duque lo sabía, pero eso es todo —le expliqué—. Y no lo utilizo demasiado... *a menudo*.

—¿En qué consiste el don?

Solté todo el aire que tenía.

—Puedo... sentir el dolor de otras personas, tanto físico como mental. Bueno, empezó así. Parece que cuanto más se acerca el momento de mi Ascensión, más evoluciona. Supongo que podría decir que ahora puedo sentir las emociones de las personas —me corregí, tirando de la manta que tenía al lado—. No necesito tocarlas. Puedo solo mirarlas y es como... como si me abriera a ellas. Por lo general, puedo controlarlo y guardar mis sentidos para mí misma, pero a veces, es difícil.

—¿Como en una multitud?

Sabía que estaba pensando en cuando el duque se había dirigido a la ciudad. Asentí.

—Sí. O cuando alguien proyecta su dolor sin darse cuenta. Aunque no suele ocurrir. No veo nada más de lo que tú o cualquier otra persona vería, pero siento lo que sienten ellas.

—¿Simple... simplemente sientes lo que sienten? —Levanté la vista hacia él. Me miraba con los ojos algo más abiertos de lo normal—. O sea que... ¿sentiste el dolor que sentía Airrick, que había recibido una herida muy dolorosa? —Asentí. Hawke parpadeó—. Debió de ser...

—¿Una agonía? —aporté—. Lo fue, pero no es lo peor que he sentido. El dolor físico siempre es caliente y es agudo, pero el dolor mental, emocional, es... como bañarse en hielo el día más frío. Ese tipo de dolor es mucho peor.

Hawke se acercó y se sentó en la cama a mi lado.

—¿Y puedes sentir otras emociones? ¿Como odio o felicidad? ¿Alivio... o culpabilidad?

—Puedo, pero es algo nuevo. Y con frecuencia no estoy segura de lo que estoy sintiendo. Tengo que fiarme de lo que sé y, bueno... —Me encogí de hombros—. En cualquier caso, la respuesta a tu pregunta es sí. —Por primera vez desde que conocía a Hawke, parecía haberse quedado sin palabras—. Pero eso no es lo único que puedo hacer —añadí.

—Es obvio.

Hice caso omiso de la sequedad de su tono.

—También puedo aliviar el dolor de otras personas por medio del contacto. Por lo general, la gente no se da ni cuenta, no a menos que estén sintiendo una gran dosis de dolor evidente.

—¿Cómo?

—Pienso en... momentos felices y se los transmito a través del vínculo que mi don establece, a través de la conexión —expliqué. Hawke me miró durante unos momentos.

—¿Piensas en cosas felices y ya está?

—Bueno, yo no lo diría así. Pero sí.

Algo cruzó su cara y entonces sus ojos volaron hacia los míos.

—¿Has sentido mis emociones en algún momento?

Quería mentir. No lo hice.

—Sí. —Se echó hacia atrás—. Al principio, no lo hice a propósito... bueno, vale, sí fue a propósito, pero solo porque siempre parecías tan... no sé. Como un animal enjaulado cuando te veía por el castillo, y sentía curiosidad por averiguar por qué. Sé que no debería haberlo hecho. No lo hice... mucho.

Me obligué a dejar de hacerlo. Más o menos —añadí, y sus cejas treparon por su frente—. La mayor parte de las veces. En ocasiones, simplemente no puedo evitarlo. Es como si le estuviera negando a la naturaleza la posibilidad de...

La posibilidad de utilizar algo con lo que había nacido.

Por eso era difícil de controlar a veces. Sí, la curiosidad a menudo me empujaba a utilizarlo, pero daba la impresión de ir en contra de la naturaleza cuando no me permitía usarlo y lo encerraba bajo llave. Era agobiante.

Igual que el velo y todas las reglas y todas las expectativas y... el futuro que jamás elegí para mí.

¿Por qué parecía tan equivocada toda mi vida?

—¿Qué sentiste en mí?

Salí de mi ensimismamiento y lo miré.

—Tristeza. —La sorpresa recorrió su rostro—. Una profunda aflicción y pesar. —Bajé la vista a su pecho—. Siempre está ahí, incluso cuando estás de broma o sonríes. No sé cómo lo gestionas. Supongo que mucho tiene que ver con tu hermano y tu amigo. —Cuando Hawke no dijo nada, pensé que había hablado demasiado—. Lo siento. No debí usar mi don contigo y supongo que ahora debí limitarme a mentir...

—¿Has aliviado mi dolor alguna vez?

—Sí —admití. Apoyé las manos sobre mis piernas.

—Dos veces, ¿verdad? Después de que estuvieras con la sacerdotisa y la noche del Rito. —Asentí—. Bueno, ahora entiendo por qué me sentía... más ligero. La primera vez duró... maldita sea, duró un buen rato. Dormí mejor que en muchos años. —Tosió una risa corta y lo miré de reojo—. Qué pena que sea algo que no puede embotellarse y venderse. —No estaba segura de cómo responder a eso—. ¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué me quitaste el dolor? Sí, es verdad que... siento tristeza. Echo de menos a mi hermano cada vez que respiro. Su ausencia me atormenta, pero es manejable.

—Lo sé. No dejas que interfiera con tu vida, pero... no me gustaba saber que sentías dolor —reconocí—. Y podía ayudar, al menos durante un rato. Solo quería...

—¿Qué?

—Quería ayudar. Quería utilizar mi don para ayudar a la gente.

—¿Y lo has hecho? ¿Con alguien más, aparte de Airrick y de mí?

—Sí. ¿Los malditos? A menudo alivio su dolor. Y Vikter sufría dolores de cabeza terribles. A veces lo ayudaba con ellos. Y a Tawny, pero ella no lo supo nunca.

—Así es como empezaron los rumores. Lo has estado haciendo para ayudar a los malditos.

—Y a sus familias, a veces. A menudo sufren tal aflicción que tengo que hacerlo.

—Pero lo tienes prohibido.

—Sí, y parece una estupidez tan grande no poder usarlo. —Levanté las manos por los aires—. Tenerlo prohibido. La razón ni siquiera tiene sentido. ¿No me habrán considerado digna ya los dioses para entregarme este don? —razoné.

—Diría que sí. —Hizo una pausa—. ¿Tu hermano puede hacer lo mismo? ¿Alguien más en tu familia?

—No. Solo yo, y la Doncella anterior. Las dos nacimos con un velo —le expliqué—. Mi madre se dio cuenta de lo que era capaz de hacer cuando tenía unos tres o cuatro años. —Hawke frunció el ceño y volvió a mirarme como si fuese un *puzzle* al que le faltaran piezas—. ¿Qué?

Hawke sacudió la cabeza, su expresión se suavizó.

—¿Estás leyendo mis sentimientos ahora?

—No. Hago grandes esfuerzos por no hacerlo, incluso cuando tengo muchas ganas de utilizarlo. Me da la sensación de estar haciendo trampas cuando es alguien... —Dejé la frase en el aire. Iba a decir: «cuando es alguien que me importa».

Se me hizo un nudo en el estómago, mis ojos muy abiertos volvieron hacia Hawke. Él me importaba. Mucho. Pero no del mismo modo que me importaba Tawny, o Vikter. Era diferente.

Oh, por todos los dioses.

Era probable que no fuese algo bueno, pero no me hacía sentir mal. Sentía anticipación y esperanza, emoción y un centenar de cosas más que no eran malas.

—Ahora desearía tener tu don, porque me encantaría saber lo que sientes en este momento.

No podía sentirme más agradecida de que no lo supiera.

—No siento nada de los Ascendidos —solté de pronto—. Nada de nada, aunque sé que sienten dolor físico.

—Eso es...

—Raro, ¿verdad?

—Iba a decir «inquietante», pero desde luego que es raro.

—¿Sabes? —Me incliné hacia él y bajé la voz—. Siempre me ha molestado no poder sentir nada de ellos. Debería ser un alivio, pero nunca lo

fue. Solo me hacía sentir... fría.

—Sí, ya lo veo. —Hawke se echó hacia delante y también bajó la voz—. Debería darte las gracias.

—¿Por qué?

—Por aliviar mi dolor.

—No tienes que dármelas.

—Lo sé, pero quiero hacerlo —dijo, su boca increíblemente cerca de la mía—. Gracias.

—De nada. —Mis ojos se entrecerraron. Hawke olía a pino y a jabón, y su aliento era tan cálido sobre mis labios...

—Tenía razón.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo de que eres valiente y fuerte —aclaró—. Arriesgas mucho cuando utilizas tu don.

—No creo que haya arriesgado lo suficiente —confesé—. No pude ayudar a Vikter. Estaba demasiado... abrumada. Tal vez si no intentara reprimirlo tanto todo el rato, hubiese podido quitarle el dolor al menos.

—Pero se lo quitaste a Airrick. Lo ayudaste. —Agachó la cabeza y su frente besó la mía—. No eres en absoluto como esperaba.

—No haces más que decir eso. ¿Qué esperabas?

—Sinceramente, ya ni lo sé.

Mis ojos se cerraron. Descubrí que me gustaba esta cercanía. Me gustaba que... me tocaran cuando era mi elección.

—¿Poppy?

También me gustaba cómo decía mi nombre.

—¿Sí?

Tocó mi mejilla con los dedos.

—Espero que seas consciente de que, independientemente de lo que te haya dicho nadie jamás, eres más digna que cualquiera a quien haya conocido en toda mi vida.

Mi corazón se comprimió de la mejor de las maneras.

—Entonces es que no has conocido a las personas suficientes.

—He conocido a demasiadas. —Levantó la barbilla, besó mi frente. Se inclinó hacia atrás y deslizó el pulgar por mi mandíbula—. Te mereces mucho más que lo que te espera.

Debería.

Abrí los ojos.

De verdad que debería.

No era mala persona. Debajo del velo y detrás de mi título y mi don, era como cualquier otro. Pero jamás me habían tratado como tal. Como había dicho Hawke, todos los privilegios que tenían los demás eran cosas que yo ni siquiera me podía ganar. Y estaba...

Estaba hasta las mismísimas narices de ello.

—Gracias por confiarme todo esto —dijo Hawke con voz grave tras echarse hacia atrás.

Fui incapaz de contestar, demasiado abrumada por lo que estaba sucediendo en mi interior, porque algo se estaba moviendo, cambiando. Algo enorme y al mismo tiempo también pequeño. Mi corazón empezó a latir con fuerza, como si acabara de estar luchando por mi vida y... por todos los dioses, eso era lo que estaba haciendo. Ahora mismo. Luchar, no por mi vida, sino por ser capaz de vivirla. Esas eran las piezas que empezaban a encajar en mi interior.

Doncella o no, buena o mala, Elegida o rechazada, me merecía *vivir* y existir sin estar enclaustrada por unas reglas que nadie me consultó y con las que nunca me comprometí.

Miré a Hawke, lo miré *de verdad*, y lo que vi fue más allá de lo físico. Siempre había sido distinto conmigo y nunca había intentado reprimirme. Desde la noche en el Adarve hasta el Bosque de Sangre cuando me había tirado la espada, él no solo me protegía. Creía en mí y respetaba mi necesidad de defenderme. Y como había dicho una vez, era como si nos conociéramos desde hacía una eternidad. Él... me entendía, y me daba la impresión de que yo lo entendía a él. Porque Hawke era valiente y fuerte, y sentía y pensaba con el alma. Había sufrido pérdidas y había sobrevivido a ellas y continuaba haciéndolo aun con la agonía que yo sabía que llevaba consigo. Él me aceptaba.

Y yo le confiaba mi vida.

Le confiaba *todo*.

—No deberías mirarme de ese modo. —Su voz sonó más gruesa.

—¿De qué modo?

—Sabes muy bien cómo me estás mirando. —Cerró los ojos—. De hecho, puede que no lo sepas y por eso debería marcharme.

—¿Cómo te estoy mirando, Hawke?

—Como no merezco que me miren. —Abrió los ojos—. Que me mires tú.

—Eso no es verdad —protesté.

—Ojalá fuese así. Por los dioses, de verdad que tengo que marcharme. — Se levantó y retrocedió, pero sin apartar la mirada. No creía que quisiese irse

para nada. Respiró hondo—. Buenas noches, Poppy.

Observé cómo se encaminaba hacia la puerta, tenía su nombre en la punta de la lengua. No quería que se marchara. No quería pasar la noche sola. No quería que creyera que no era suficiente para mí.

Lo que quería era vivir.

Lo que quería era a él.

—¿Hawke? —Se detuvo pero no se giró. Mi corazón se había desbocado otra vez—. ¿Te... te quedarías a pasar la noche conmigo?

Capítulo 33



Hawke no respondió y no estaba segura de que respirara siquiera; me recordó a la noche del Rito, cuando estábamos debajo del sauce. Ese recuerdo no trajo consigo su habitual fogonazo de dolor ardiente. Entonces habló.

—No hay nada que desee más en el mundo, pero no creo que te des cuenta de lo que ocurrirá si me quedo.

—¿Qué ocurrirá? —pregunté, un poco mareada. Se giró hacia mí, me taladró con la mirada.

—Es imposible que me meta en esa cama contigo y no acabe acariciando todo tu cuerpo en, como mucho, diez segundos. No llegaríamos a la cama siquiera antes de que sucediera eso. Conozco mis limitaciones. Sé que no soy un hombre bastante bueno como para recordar mi deber y el tuyo, y que soy tan increíblemente indigno de ti que debería ser pecado. Pero a pesar de saberlo, sería imposible que no te quitara esa bata y te hiciera exactamente lo que te dije que haría cuando estábamos en el bosque.

Una oleada de calor me barrió de arriba abajo mientras lo miraba.

—Lo sé. —Hawke ahogó una exclamación.

—¿Lo sabes? —Asentí. Hawke se apartó un paso de la puerta—. No solo te voy a abrazar. No me limitaré a besarte. Mis dedos no serán lo único que esté dentro de ti. Mi necesidad de ti es demasiado grande, Poppy. Si me quedo, no saldrás por esta puerta como Doncella.

Me estremecí ante la franqueza de sus palabras. No eran ninguna sorpresa, pero su ansia, sí. No me veía como alguien que pudiese ser el objeto de algo tan feroz. Jamás me lo habían permitido.

—Lo sé —repetí. Hawke dio otro paso hacia mí.

—¿De verdad lo sabes, Poppy?

Sí que lo sabía.

Y era extraño conocerme y estar tan segura, cuando había pasado tanto tiempo *sin* conocerme, sin que se me permitiera descubrir quién era, lo que me gustaría o no me gustaría, lo que querría o necesitaría. Pero ahora lo sabía.

Lo había sabido en el mismo momento en que le pedí que se quedara. Sabía cuáles podían ser las consecuencias. Sabía lo que yo era y lo que se esperaba de mí. Y sabía que ya no podía ser eso. No era lo que quería en la vida. Jamás había sido mi elección.

Pero esto... esto lo deseaba.

Hawke era a quien deseaba.

Esto era mi elección.

Estaba reclamando mi vida, y era algo que había empezado mucho antes de la llegada de Hawke. Cuando pedí que me enseñaran a luchar y cuando le exigí a Vikter que me llevara con él cuando acudía a ayudar a los malditos. Esos habían sido pasos significativos, pero había habido otros más pequeños por el camino. En cierto modo, habían sido aún más importantes. Había estado cambiando, evolucionando, igual que el don que tenía prohibido utilizar pero seguía determinada a hacerlo. Estaba en cada aventura y riesgo que corría. Estaba en mi deseo de experimentar lo que me habían dicho que no era para mí.

Era la razón de que me hubiese quedado al principio en la habitación de la Perla Roja con Hawke.

Era la forma en que le había sostenido la mirada al duque y le había sonreído cuando me quité el velo.

Cuando hablé con Loren por primera vez y cuando salí al Adarve. Mi evolución me mantuvo en silencio mientras el duque impartía sus *lecciones* y cuando le corté el brazo y la mano a lord Mazeen, cuando le cercené la cabeza. Había estado cortando las cadenas que jamás había elegido llevar. Solo que en ese momento no me había dado cuenta. Había habido tantos pasitos a lo largo de los años y, sobre todo, en las últimas semanas... No sabía cuándo había ocurrido por fin, pero tenía una cosa muy clara:

Hawke no había sido el catalizador.

Él era la recompensa.

Levanté mis manos hasta el cinturón, con una firmeza sorprendente. No aparté la mirada al deshacer el nudo. La bata se abrió y luego resbaló de mis hombros. Dejé que cayera en un montoncito a mis pies.

Hawke no apartó los ojos de mí ni un instante. Ni siquiera parpadeó mientras me miraba, sus ojos clavados en los míos. Los deslizó despacio por

todo mi cuerpo. Era consciente de que había la luz suficiente como para que lo viera todo. Todas las oquedades y curvas, las oscuras zonas ocultas y todas las cicatrices. Los irregulares desgarros de mis brazos, los que cruzaban mi estómago, y los de mis piernas, que parecían heridas de garras afiladas pero eran la prueba de que había sido elegida por los dioses.

Porque esas marcas de mis piernas no eran de garras, sino de los colmillos que se habían hincado en mi carne. Aquella noche me habían mordido.

Pero no estaba maldita.

Hawke no vería la verdad en esas cicatrices. Dos de los que la sabían ya no estaban, y ya solo quedaban el rey y la reina, la duquesa y mi hermano. Por primera vez en mi vida, quería contarle a alguien la verdad de mis cicatrices. Quería contárselo a Hawke.

Aunque ahora no era el momento.

No cuando sus ojos volvían despacio hacia los míos. No cuando me miraba como si se estuviera empapando de cada centímetro de mí. No pude evitar estremecerme cuando sus ojos por fin encontraron los míos.

—Eres tan condenadamente bella —susurró, su voz ronca—. Y tan condenadamente inesperada.

Entonces se movió de ese modo en que lo hacía siempre y que hacía difícil creer que no era un Ascendido. En una décima de segundo, estaba entre sus brazos y su boca estaba sobre la mía. No hubo nada lento ni dulce en su manera de besarme. Fue como ser devorado, y eso era precisamente lo que yo quería. Le devolví el beso y me aferré a él, y justo cuando sentí el tacto de su lengua contra la mía, se apartó.

Y las cosas se aceleraron. Se quitó la túnica con mi ayuda y luego las botas y los pantalones. Temblé al verlo por primera vez.

Era... bello.

Todo piel bronceada y largos músculos esculpidos. Su pecho y su estómago habían sido cincelados por años de entrenamiento y no había ninguna duda de la potencia y la fuerza de su cuerpo. Tampoco había ninguna duda de cómo la vida le había dejado su impronta en forma de cortecitos y cicatrices más largas en la piel. Era un luchador, como lo era yo, y ahora vi de verdad lo que había estado demasiado nerviosa para percibir antes. Su cuerpo también era un testamento de todas las cosas a las que había sobrevivido, y la cicatriz más profunda y más roja de la parte superior de su muslo, justo por debajo de la cadera, era prueba de que seguramente él tendría sus propias pesadillas. Parecía una especie de marca a fuego, como si algo muy caliente y doloroso hubiese sido apretado contra su piel.

—La cicatriz del muslo —le pregunté—. ¿Cuándo te la hiciste?

—Hace muchos años, cuando fui bastante tonto como para dejarme atrapar —contestó.

Era muy extraño cómo a veces hablaba como si hubiese vivido docenas de años más de los que estaba segura de que tenía. Sabía que, para algunas personas, un año podía parecer una eternidad. Mis ojos siguieron su camino y de pronto se abrieron como platos.

Oh, madre mía.

Me mordí el labio, consciente de que quizás no debía mirarlo con esa cara de pasmo. Parecía indecente, pero quería hacerlo.

—Si sigues mirándome de ese modo, esto habrá acabado antes de empezar siquiera.

Me sonrojé y meforcé a apartar la mirada.

—Yo... eres perfecto.

—No, no lo soy. —Su expresión se endureció—. Te mereces a alguien que lo sea, pero soy demasiado bastardo como para permitirlo.

Sacudí la cabeza, sin saber cómo no era capaz de ver que era perfectamente digno de mí.

—No estoy de acuerdo con nada de lo que acabas de decir.

—Tonterías —dijo, y entonces enroscó el brazo a mi alrededor.

En un abrir y cerrar de ojos, estaba tumbada en la cama y él estaba encima de mí, el áspero pelo de sus piernas corroía las mías del modo más sorprendente y placentero. Pero sentirlo contra mis caderas provocó que tragara saliva con nerviosismo y también me recordó una consecuencia muy real que aquello podía tener.

—¿Estás...?

—¿Protegido? —Era obvio que sus pensamientos iban en la misma dirección que los míos—. Tomo la ayuda mensual.

Se refería a la hierba que hacía temporalmente infértiles tanto a hombres como a mujeres. Podía beberse o masticarse, y había oído que sabía a leche agria.

—Supongo que tú no —añadió. Solté una risotada—. Eso sí que sería un escándalo —comentó, deslizando la mano por mi brazo.

—Sí que lo sería. —Sonreí—. Pero esto... —Sus ojos encontraron los míos—. Esto lo cambia todo.

Lo hacía.

Lo cambiaba de verdad.

Y estaba preparada para ello.

Hawke me besó y no pude pensar en nada más que en el efecto casi narcótico que tenían sus labios. Nos besamos hasta que mi corazón martilleó en mi pecho y mi piel hormigueó de placer. Entonces, solo cuando ya me faltaba el aliento, Hawke empezó a explorar.

Sus dedos recorrieron cada centímetro de piel desnuda y cuando sus manos se movieron entre mis piernas, solté una exclamación y descubrí enseguida que lo que había hecho con sus dedos en el bosque, por encima de mis pantalones, no era absolutamente nada comparado con su piel contra la mía.

Siguió bajando. Usó su boca y luego su lengua para recorrer el camino que sus manos ya habían incendiado. Se demoró en zonas especialmente sensibles y me sacó sonidos que hicieron que me preguntara cuán gruesas eran las paredes. Y entonces se entretuvo en las cicatrices de mi estómago; las besó casi con *veneración* hasta que estuve segura de que no las encontraba molestas ni feas de ningún modo.

Pero entonces se movió aún más abajo, pasado mi ombligo.

Se me cortó la respiración cuando sentí su aliento contra ese punto que tanto palpitaba. Abrí los ojos para encontrarlo instalado entre mis piernas, sus ojos dorados sostuvieron mi mirada.

—Hawke —susurré. Un lado de sus labios se curvó hacia arriba en una media sonrisa pícaro y sensual.

—¿Te acuerdas de la primera página del diario de la Srta. Willa?

—Sí. —Jamás olvidaría esa primera página.

Entonces, sin apartar la mirada de la mía, bajó la boca.

Mi espalda se arqueó al primer roce de sus labios, y mis dedos se enroscaron en torno a las sábanas al sentir su lengua deslizarse. Pensé que se me pararía el corazón, que quizás lo hubiese hecho ya. El torbellino de sensaciones que conjuró parecía inimaginable hasta ese momento. Era casi demasiado y no podía estarme quieta. Levanté las caderas y su retumbante gruñido de aprobación fue casi tan bueno como lo que estaba haciendo.

Por todos los dioses...

Dejé caer la cabeza contra el colchón y era consciente de que me estaba contoneando y retorciendo, y que no había ninguna sensación de ritmo detrás de mis movimientos. Pero esa intensa tensión en lo más profundo de mi ser se estaba enroscando y apretando, y entonces todo llegó a su clímax y me quedé aturrida por su intensidad. Puede que dijera su nombre. Puede que incluso gritara algo incoherente. No lo sabía y tardé lo que me pareció una pequeña eternidad en poder abrir los ojos siquiera.

Hawke levantó la cabeza, los labios hinchados y brillantes a la luz de la vela. La intensidad de su mirada me abrasó la piel cuando sus ojos se cruzaron con los míos y me sostuvo la mirada. Jamás había parecido más orgulloso de sí mismo que cuando entreabrió la boca y la punta de su lengua se deslizó por sus labios.

—Miel —gruñó—. Justo lo que había dicho.

Se me cortó la respiración y me estremecí. Y entonces no fue que se moviera, sino más bien que subió *acechante* por mi cuerpo inerte. Lo observé, incapaz de apartar la mirada mientras la dureza de su cuerpo acariciaba el mío, incapaz de dejar de temblar cuando los ásperos pelos de sus piernas me hacían cosquillas en partes sensibles de la piel.

—Poppy —murmuró, sus labios tocaron los míos. Me besó y mi piel estalló en llamas al saborearlo, su sabor y el mío, y esos extraños dientes afilados de Hawke. Mis sentidos empezaron a dar vueltas al notar cómo se asentaba entre mis piernas, cómo palpaba, cómo apretaba solo un poco—. Abre los ojos.

¿Los había cerrado? Sí. En efecto. Los abrí para ver que un lado de sus labios se curvaba hacia arriba, aunque el deje burlón que solía estar presente había desaparecido. No dijo nada, se limitó a mirarme, sus caderas y su cuerpo muy quietos.

—¿Qué?

—Quiero que mantengas los ojos abiertos —me dijo.

—¿Por qué?

Se rio y yo solté una exclamación ahogada ante la sensación que me transmitió el sonido con él tan cerca de donde mi cuerpo palpitaba.

—Siempre tantas preguntas.

—Creo que te sentirías decepcionado si no tuviese ninguna.

—Cierto —murmuró. Deslizó una mano por mi cuello y luego más abajo. La cerró en torno a mi pecho.

—Bueno, ¿por qué? —insistí.

—Porque quiero que me toques —dijo—. Quiero que veas lo que me haces cuando me tocas.

—¿Cómo...? —Un escalofrío danzó por mi piel—. ¿Cómo quieres que te toque?

—Como tú quieras, princesa. Es imposible que lo hagas mal —susurró con voz ronca.

Desenrosqué los dedos de la sábana y levanté la mano. Toqué su mejilla. Hawke mantuvo los ojos fijos en los míos mientras deslizaba los dedos por la

curva de su mandíbula, por encima de sus suaves labios y luego hacia abajo, por el cuello. Todavía sentía demasiadas sensaciones como para que mi don fuese remotamente funcional mientras arrastraba las yemas de los dedos por su pecho. Sus respiraciones lo empujaban contra mi mano y seguí explorando. Me empapé de la sensación de los duros y tensos músculos de su bajo vientre, y de la pelusilla de debajo de su ombligo. Y luego más abajo. Mis dedos rozaron una dureza sedosa y todo su cuerpo dio una sacudida. Vacilé.

—Por favor. No pares —suplicó con voz rasposa, la mandíbula apretada mientras sus dedos se quedaban muy quietos sobre mi pecho—. Por todos los dioses, no pares.

Me concentré en su cara mientras lo tocaba. Había tantísimas pequeñas reacciones por todo su cuerpo... Se le aflojó la mandíbula y sus labios se entreabrieron. Las líneas de su cara se volvieron más marcadas y los tendones de su cuello se estiraron cuando cerré la mano alrededor de él. Echó la cabeza hacia atrás y su cuerpo grande y poderoso tembló. Me fijé en lo rápida que se había vuelto su respiración cuando deslicé la mano hacia abajo, hasta donde nuestros cuerpos estaban casi unidos. Entonces se estremeció de la cabeza a los pies y me asombré de lo mucho que lo afectaba mi contacto. Apreté la mano, más confiada por momentos.

—Por todos los dioses —gruñó.

—¿Esto está bien?

—Cualquier cosa que hagas está más que bien. —Su voz era aún más grave—. Pero sobre todo eso. Totalmente eso.

Entonces me reí con suavidad y lo hice de nuevo. Moví la mano arriba y abajo. Sus caderas respondieron de un modo muy parecido a como lo habían hecho las mías, empujaron contra mi mano, contra mí. Hawke emitió un sonido, un retumbar profundo y oscuro que me provocó una oleada de placer.

—¿Ves lo que tu contacto me hace? —preguntó, sin que sus caderas dejaran de seguir mi mano.

—Sí —susurré.

—Me mata. —Agachó la cabeza y esos ojos... Parecían casi luminosos al mirarme, y entonces sus espesas pestañas bajaron y los ocultaron a la vista—. Me mata de un modo que no creo que entiendas jamás.

—Pero... ¿de un modo bueno? —pregunté, buscando sus ojos con los míos. Las facciones de Hawke se suavizaron y levantó una mano para apoyarla en mi mejilla.

—De un modo que jamás había sentido hasta ahora.

—Oh.

Bajó la cabeza y me besó mientras desplazaba el peso hacia el brazo izquierdo. Su mano abandonó mi mejilla y se deslizó por toda la longitud de mi cuerpo hasta que estuvo entre nosotros.

—¿Estás preparada? —Se me cortó la respiración, pero asentí—. Quiero oírtelo decir. Las comisuras de mis labios tiraron hacia arriba.

—Sí.

—Bien, porque podría haber muerto aquí mismo si no lo estuvieras. —Me eché a reír, sorprendida por el tono ligero en un momento tan tenso e importante—. Crees que estoy de broma. Qué poco sabes —se burló. Me besó de nuevo antes de empujar hacia dentro, solo un poquito. Se detuvo e hizo ese sonido otra vez—. Oh, sí que estás preparada. —Todo mi cuerpo se ruborizó y tembló. Los ojos de Hawke subieron otra vez hacia los míos—. Me asombras.

—¿Cómo? —susurré, confundida. No había hecho casi nada mientras que él... él me hacía pedazos con el tipo de besos sobre los que solo había leído.

—Te enfrentas a Demonios sin miedo. —Rozó mis labios con los suyos—. Pero te sonrojas y tiemblas cuando menciono cuán húmeda y maravillosa te siento contra mí.

Ahora sí que me estaba sonrojando de verdad.

—Eres muy inapropiado.

—Estoy a punto de ponerme realmente inapropiado —prometió—. Pero al principio, puede que duela.

—Lo sé. —Sabía lo suficiente de sexo como para saber eso.

—¿Has estado leyendo libros obscenos otra vez?

—Es posible. —Un revoloteo empezó en mi estómago y luego se extendió.

Hawke se rio, pero acabó en un gemido cuando empezó a moverse.

Hubo presión y un momento en el que no estaba segura de cómo podría ir más allá, y entonces un repentino dolor punzante me robó la respiración y apreté los ojos con fuerza. Clavé los dedos en sus hombros, toda tensa. Había sabido que habría algo de dolor, pero todo ese calor lánguido se convirtió en esquirlas de hielo.

Hawke se quedó parado encima de mí, resollando.

—Lo siento. —Sus labios tocaron mi nariz, mis párpados, mis mejillas—. Lo siento.

—No pasa nada.

Me besó de nuevo, con suavidad, luego apoyó la frente contra la mía. Una respiración poco profunda hinchó un poco mi pecho. Ya estaba. Había

cruzado esa última y prohibida línea roja. No hubo ninguna sensación de culpabilidad ni estallido de pánico. En verdad, ya había cruzado esa línea cuando Hawke me besó antes de saber quién era, y todo lo que había llevado hasta este mismo momento había borrado poco a poco esa barrera hasta que ya no existía. No había habido vuelta atrás desde la noche de la Perla Roja, y esto... esto parecía demasiado correcto para que no estuviera, de algún modo, predestinado. Tenía la sensación de que estaba destinada a estar ahí mismo, en ese mismo momento, con Hawke, donde lo único que importaba era quién era y no *lo* que era. No importaba si los dioses me encontraban indigna, porque era digna de esto. De las risas y la excitación, de la felicidad y la anticipación, de la seguridad y la aceptación, del placer y la experiencia, de todo lo que Hawke me hacía sentir. Y él era digno de cualesquiera consecuencias que esto trajera, porque no se trataba solo de él. Eso lo supe desde el momento en que le pedí que se quedara.

Se trataba de mí.

De lo que yo quería.

Mi elección.

Respiré hondo y el ardor amainó. Hawke seguía quieto encima de mí, esperando. Con cautela, levanté las caderas hacia las suyas. Dolió, pero no tanto como antes. Lo intenté de nuevo. Hawke se estremeció, pero no se movió. No hasta que mis manos se aflojaron sobre sus hombros y se me cortó la respiración por una razón completamente diferente. Sentí una fricción abrasadora, pero no era lo mismo. Los músculos de la parte baja de mi estómago se contrajeron cuando una oleada de placer correteó a través de mí.

Solo entonces volvió a moverse Hawke, y lo hizo con sumo cuidado, tan suave que sentí que se me anegaban los ojos de lágrimas. Los cerré al tiempo que enroscaba los brazos alrededor de su cuello y me abandoné a la locura una vez más, en el progresivo *crescendo* de sensaciones. Una especie de instinto primitivo tomó el control, guio mis caderas para seguir a las suyas. Nos movíamos juntos, el único sonido en la habitación eran mis suaves suspiros y sus gemidos más graves. Esa tensión exquisita, casi dolorosa, volvió. Mis piernas se levantaron por voluntad propia, se enroscaron en torno a sus caderas. La presión estaba aumentando otra vez en mi interior, pero esta vez era más potente.

Hawke deslizó un brazo debajo de mi cabeza y cerró la mano en torno a mi hombro, mientras su otra mano se apretaba sobre mi cadera. Empezó a moverse más deprisa, más profundo, sus empujones eran más fuertes mientras me sujetaba con firmeza debajo de él. Me aferré a él, mi boca encontró la

suya a ciegas y su mano se deslizó entre nosotros una vez más. Su pulgar encontró esa zona sensible y cuando sus caderas empujaron contra las mías en pequeños círculos apretados, la tensión explotó de nuevo. Grité cuando la sensación me atravesó de arriba abajo, más intensa y punzante que antes. De algún modo, el alivio que Hawke me había proporcionado antes no era nada comparado con esto. Me estaba rompiendo en pedazos de la mejor manera posible, y solo cuando la última oleada pareció amainar fui consciente de esos intensos ojos dorados fijos en mi rostro mientras sacaba la mano de debajo de mí. Supe al instante que me había estado observando todo el tiempo y un gemido jadeante escapó de mis labios.

Puse una mano temblorosa sobre su mejilla.

—Hawke —susurré. Deseé poder poner en palabras lo que acababa de sentir. Lo que *todavía* sentía.

Sus facciones se endurecieron y su mandíbula se tensó y entonces... dio la impresión de que perdía el poco control que aún le quedaba. Su cuerpo se estrelló contra el mío, zarandeándonos por toda la cama. Debajo de mis manos, sus músculos se flexionaban y apretaban, y entonces echó la cabeza atrás y gritó de placer al tiempo que se estremecía.

Dejó caer la cabeza hacia la mía, hacia la zona sensible a un lado de mi cuello. Sentí sus labios contra mi pulso acelerado, el vaivén de sus caderas se ralentizó. Noté un roce de sus dientes que me hizo estremecer, y luego la presión de sus labios.

No supe cuánto tiempo nos quedamos así. Nuestra piel húmeda empezó a enfriarse, nuestra respiración se apaciguó, mientras deslizaba los dedos por su pelo. Sus músculos se habían relajado y su peso reposaba sobre sus codos, pero poco a poco empecé a ser consciente de la tensión en su cuerpo. Era el don, que asomaba entre mis emociones embriagadas.

Los labios de Hawke rozaron mi mejilla, luego encontraron mi boca. Me besó con suavidad, con dulzura.

—No olvides esto.

—No creo que pueda hacerlo jamás —le dije, acariciando su mandíbula.

—Prométemelo —insistió. Levantó la cabeza como si no me hubiese oído. Sus ojos se clavaron en los míos—. Prométeme que no olvidarás esto, Poppy. Que pase lo que pase mañana, el próximo día, la próxima semana, no olvidarás esto... no olvidarás que esto fue real.

—Lo prometo. No lo olvidaré —le tranquilicé, incapaz de apartar la mirada.

Capítulo 34



Unas horas más tarde, un ruido me despertó. Estaba tumbada de lado y un cuerpo largo y caliente estaba enroscado con el mío. Tenía una pierna metida entre mis muslos y mi cuerpo estaba enredado en sus brazos. Aunque seguía medio dormida, cada parte de mí fue consciente al instante de la desconocida sensación de estar entre los brazos de alguien. La sensación de piel contra piel, sus ásperos pelos cortos, el bíceps debajo de mi cabeza y el aliento cálido que flotaba en torno a mi mejilla. Todo ello era maravilloso y nuevo. Incluso con las telarañas del sueño que aún enturbiaban mis pensamientos, supe que esa sensación no sería algo fácil de dejar atrás.

Lo último que recordaba era estar tumbada frente a Hawke. Él jugueteaba con mi pelo mientras me contaba cómo se había hecho algunas de las cicatrices más pequeñas. La mayoría se las había ganado luchando, aunque unas pocas eran de cuando era un niño imprudente y aventurero. Yo había tenido la intención de compartir con él la verdad de algunas de las mías, pero debí de quedarme dormida.

Hawke se movió detrás de mí y levantó la cabeza cuando el sonido llegó de nuevo. Era alguien llamando con suavidad a la puerta. Con cuidado, sacó la pierna de entre las mías. Se quedó inmóvil un segundo, luego sentí las yemas de sus dedos sobre mi brazo. Siguieron bajando, pasaron por encima de la curva de mi cadera hasta donde estaba la manta. La subió por encima de mi pecho mientras él se liberaba, tras asegurarse de que la almohada reemplazaba a su brazo. Una sonrisa soñolienta y satisfecha tiró de mis labios.

El colchón se bamboleó cuando Hawke se levantó. Oí que se paraba al pie de la cama. Abrí los ojos y parpadeé varias veces. Una de las lámparas de aceite aún ardía, proyectando un suave resplandor mantecoso por toda la

habitación. Al otro lado de la pequeña ventana todo seguía negro como el carbón, pero vi a Hawke enderezarse al subirse los pantalones, que dejó sin abrochar. Mi estómago dio una voltereta al verlo. Fue hacia la puerta de esa guisa, descamisado y medio desnudo. ¿No sería obvio para quienquiera que estuviese ahí fuera lo que había sucedido aquí?

Esperé a que me invadieran el pánico, la preocupación y el miedo de ser descubierta en una posición muy comprometida y prohibida.

No llegaron.

Quizás se debiera a que seguía medio dormida. Quizás la agradable languidez de mis músculos se había infiltrado de algún modo en mi cerebro y había derretido mi sentido común.

Quizás fuese que no me importaba en absoluto que me pillaran.

Hawke abrió la puerta una rendija y quienquiera que estuviese ahí fuera habló en voz demasiado baja para que pudiera oírlo. Tampoco entendí la respuesta de Hawke, pero vi que aceptaba algo que le entregaban. Solo estuvo en la puerta unos momentos antes de cerrarla de nuevo. Dejó lo que fuese que le habían dado sobre la silla.

Al ver que estaba despierta, vino a mi lado. Sin decir palabra, estiró el brazo y retiró un mechón de pelo de mi cara.

—Hola —susurré. Cerré los ojos y apreté la mejilla contra la palma de su mano—. ¿Ya es hora de levantarse?

—No.

—¿Va todo bien?

—Sí, no te preocupes. Solo tengo que ir a encargarme de un asunto —respondió. Abrí los ojos. Hawke me miró mientras deslizaba el pulgar por mi mejilla, justo por debajo de la cicatriz—. No tienes que levantarte aún.

—¿Estás seguro? —bostecé.

—Sí, princesa —contestó, con una leve sonrisa—. Duerme. —Me arropó con la manta una vez más y luego se levantó—. Volveré en cuanto pueda.

Quería decir algo, comentar de algún modo lo que había ocurrido entre nosotros y lo que significaba para mí, pero no estaba segura de cómo expresarlo y me pesaban los párpados. Me volví a dormir, aunque no me quedé ahí demasiado tiempo. Me desperté por segunda vez, la lámpara todavía encendida y la cama vacía a mi lado.

Estiré las cuatro extremidades y apreté los labios al sentir el extraño y tenue dolor entre las piernas. No necesitaba un recordatorio de la noche anterior, pero ahí estaba. Miré por la habitación y mis ojos se posaron sobre la silla. Mi ropa estaba ahí doblada. ¿Habría sido Magda la que había llamado a

la puerta? ¿U otra persona? Fuera quien hubiera sido, el estado de desnudez con el que había respondido Hawke a la llamada lo revelaba todo.

Me mordí el labio, pero seguí ahí tumbada. Miré por la pequeña ventana. Como antes, no sentí pánico o miedo. La gente hablaba. De un modo u otro, lo que había sucedido ahí se sabría más allá de las calles adoquinadas. Acabaría por llegar hasta la capital, y de ahí hasta la reina. Incluso si por alguna casualidad no lo hacía, los dioses tenían que saber que ya no era una doncella de verdad. No tenía ni idea de si eso significaba que seguía o no seguía siendo *la* Doncella a sus ojos.

Desde luego, ya no era la Doncella a los míos.

No podía volver a esa vida.

Un breve fogonazo de miedo estalló en mi pecho, pero no pasó nada, porque una ráfaga de determinación lo sofocó enseguida como el agua sofoca las llamas.

No estaba *dispuesta* a volver a esa vida sin derechos, esa vida de esconder mi don y no poder ayudar a la gente, de permitir que otros hiciesen lo que quisieran conmigo y a mí, porque no tenía ninguna elección o porque me ponían siempre en una posición en la que tenía que aceptar todo lo que hicieran por miedo a lo que pudiera ocurrirles a otras personas. Porque, aunque sabía que la reina jamás me trataría mal, se seguiría esperando que ocultara mi don, que guardara silencio y no me dejara ver, que fuese amigable y apaciguadora. Y cada una de esas cosas iba en contra del mismísimo corazón de mi naturaleza.

No podía Ascender.

Y eso significaba que tenía dos opciones por delante. Podía tratar de desaparecer y esconderme, para lo cual haber vivido detrás del velo durante tanto tiempo sería una ventaja, puesto que muy poca gente sabía el aspecto que tenía. Sin embargo, había bastantes personas que podrían dar una descripción y estaba segura de que todas las ciudades y pueblos habrían sido notificados para que estuviesen atentos a mí, aunque sabía cómo mantenerme oculta.

Pero ¿adónde iría? ¿Cómo sobreviviría? ¿Y qué le pasaría a Hawke si yo desapareciera mientras él estaba a cargo de mí?

No daba por sentado que mi futuro, ahora muy desconocido e incierto, incluyera a Hawke, pero aun así, mi pecho revoloteó inquieto. Lo que habíamos compartido la noche anterior tenía que significar algo más que la simple satisfacción física. Hawke podía encontrar eso en cualquier parte, pero me había elegido a mí.

Y yo lo había elegido a él.

Eso tenía que significar algo que trascendía a la noche anterior, algo que jamás creí que fuese a tener la oportunidad de experimentar.

Fuese o no fuese Hawke parte de mi vida, la única otra opción era acudir a la reina y ser sincera. Ahora, *eso* sí que me asustaba, porque... no quería decepcionarla. Pero la reina tenía que entenderlo. Lo había entendido con mi madre, y yo era la favorita de la reina. Tenía que comprender que no podía ser esto. Y si no lo hacía, yo tendría que hacérselo comprender.

Me senté en la cama, pero mantuve la manta ceñida a mi alrededor.

Sabía lo que no podía hacer, pero no sabía lo que eso significaba a largo plazo para el reino o para mí. El cielo al otro lado de la ventana empezaba a clarear. Hablaría con Hawke del asunto, y no pensaba esperar para hacerlo. Él tenía que saberlo y yo quería saber lo que opinaba.

Lo que diría.

Consciente de que el amanecer estaba al caer, me levanté y me preparé. Utilicé el agua restante para lavarme a toda prisa. Estaba fría, pero como no tenía ni idea de cuándo tendría acceso a agua limpia otra vez, no iba a quejarme. Aliviada de llevar ropa limpia, amarré la daga a mi muslo. Justo estaba terminando de trenzar mi pelo cuando llamaron a la puerta.

Pensé que Hawke hubiese entrado sin más, así que me acerqué con cautela.

—¿Sí?

—Soy Phillips —llegó la voz familiar.

Abrí la puerta y entró a la carrera, forzándome a retroceder mientras cerraba la puerta a su espalda. Se giró y su capa se abrió para revelar su mano sobre la empuñadura de la espada.

Unas campanillas de advertencia empezaron a repicar en mi cabeza. Di un paso atrás.

—¿Estás sola? —exigió saber, lanzando una mirada a la sala de baño.

—Sí. —Se me aceleró el corazón—. ¿Ha pasado algo?

Phillips se volvió hacia mí, los ojos muy abiertos.

—¿Dónde está Hawke?

—No... no lo sé. ¿Qué pasa?

—Algo está mal en este sitio. —Arquee las cejas—. Toda esta maldita cosa ha estado mal desde el principio. Debí hacer caso de mi instinto. Me ha mantenido con vida todo este tiempo, pero esta vez no le hice caso —farfulló. Se dirigió hacia donde descansaban unas pequeñas alforjas—. He investigado

un poco por aquí. No he visto a un solo Ascendido. ¿Y lord Halverston? Ni una sola prueba de su existencia.

—Me dijeron que está de caza con sus hombres —lo tranquilicé—. Ayer le pregunté a Magda por él.

Con mi bolsa en la mano, Phillips se giró hacia mí, sus oscuras cejas levantadas.

—¿A qué Ascendido conoces que vaya de caza?

—A ninguno, pero no conocemos a todos los Ascendidos.

—¿Sabes a quién no conocemos? A ese Kieran. —Se paró delante de mí—. No sabemos nada de él.

Sin saber muy bien adónde quería ir a parar con todo esto, sacudí la cabeza.

—Yo no os conozco a ninguno. —Excepto a Hawke. A él sí que lo conocía.

—No estás entendiendo lo que digo. Jamás había visto a Kieran. No hasta la mañana que apareció en el Adarve. No pude sacarle nada aparte de que trabajaba en la capital. Todo lo demás no fueron más que respuestas cortas y vagas.

Recordé que los había visto hablar a menudo durante el trayecto. Aun así, que Kieran no quisiera responder a las preguntas de un desconocido no significaba nada.

—Hay muchos guardias en el Adarve. ¿Los conoces a todos?

—Conozco a los suficientes como para encontrar sospechoso que alguien recién trasladado sea asignado al equipo encargado de escoltar a la Doncella —declaró—. Su asignación fue una solicitud personal de Hawke, otro traslado relativamente reciente que, de algún modo, en cuestión de meses, se ha convertido en una de las personas más importantes de la guardia real del reino entero.

Reprimí una exclamación.

—¿A qué te refieres?

—Hawke es otro del que nadie sabe casi nada. Pero apareció en Masadonia y ahora tienes no solo uno sino *dos* guardias reales personales menos.

Me quedé boquiabierta.

—Yo estaba presente cuando tanto Rylan como Vikter murieron...

—Y yo sé que no es normal que se saltaran a varios guardias que podrían haberlos sustituido sin problema en favor de un chico que apenas se ha convertido en un hombre —me interrumpió—. Me da igual con qué

recomendaciones llegara a Masadonia ni lo que el comandante dijera de él. Hawke solicitó a Kieran y aquí estamos, en una fortaleza con ningún Ascendido a la vista.

—¿Qué estás intentando decir, Phillips?

—Intento decir que esto es una trampa. Salimos tranquilamente de la ciudad con ellos y nos hemos metido de cabeza en una maldita trampa.

—¿Ellos? —susurré.

—Kieran —contestó—. Hawke. —Por un momento, todo lo que pude hacer fue mirarlo pasmada—. Sé que no quieres oír esto. Tú y Hawke parecéis... amigos, pero te lo digo yo, Doncella, algo huele mal con respecto a este sitio, con respecto a ellos, y...

—¿Y qué?

—Evans y Warren han desaparecido. —Citó a los dos guardias sin quitar el ojo de la puerta—. Ni Luddie ni yo los hemos visto desde una hora después de haber llegado aquí. Se marcharon a las habitaciones que les habían asignado y ahora han desaparecido. Sus camas están sin tocar y no se los ha visto por ninguna parte en la fortaleza.

Eso... Si era verdad, no era bueno. Pero lo que estaba sugiriendo Phillips era imposible de creer. No conocía a Kieran, pero conocía a Hawke, y si él confiaba en Kieran, entonces yo también. ¿Qué podía ganar diciendo estas cosas?

Se me heló la sangre en las venas cuando la única opción cobró forma en mi mente. Phillips tenía que ser un Descendente. Consternada, no quería creerlo, pero recordé que los Descendientes del Rito habían estado vestidos para la celebración. Se habían mezclado con todos los presentes todo el rato. No era imposible.

Porque nada lo era.

Y si Phillips fuese un Descendente, entonces esto... era malo de verdad. Estaba muy bien entrenado. Peor aún, también sabía que yo iba armada y que estaba entrenada, o sea que no disponía del elemento sorpresa. Tampoco me gustaba la idea de estar en esa habitación a solas con él, sobre todo cuando no sabía quién más estaba cerca.

Necesitaba estar con más gente.

—Vale. Has... has estado en Masadonia mucho tiempo. Y Vikter... nunca tuvo más que buenas palabras sobre ti —le dije. Por lo que podía recordar, Vikter jamás había mencionado a Phillips en absoluto, pero necesitaba que me creyera. En ese momento, abrí mis sentidos—. ¿Qué quieres que haga?

—Gracias a los dioses que eres lista. Temía que tuviera que sacarte de aquí a rastras. —Echó otra mirada a la puerta mientras sus emociones discurrían por mi interior—. Tenemos que salir de aquí. Y deprisa.

—¿Y después qué? —Tardé unos instantes en encontrarle el sentido a lo que percibía de él. No había un dolor destacable, pero noté un regusto a... miedo.

—Vamos. —Hizo un gesto hacia la puerta, la mano aún sobre la empuñadura de la espada. Abrió la hoja una rendija y comprobó el exterior, demasiado rápido como para que pudiera aprovechar el momento en que me dio la espalda—. Todo despejado. —Me miró a los ojos—. Quiero creer que sabes que te estoy diciendo la verdad, pero no soy estúpido. Sé que lo más probable es que vayas armada y sé que sabes luchar. Así que quiero que mantengas las manos donde yo pueda verlas. No quiero hacerte daño, pero te dejaré incapacitada si con eso logro sacarte de este sitio y llevarte a lugar seguro.

Que me amenazara no me hizo sentir segura, precisamente, pero estaba asustado.

Tenía miedo, eso estaba claro. Phillips dio un paso a un lado y me di cuenta de que me quería delante de él. Mi mano estaba ansiosa por agarrar la daga. ¿De qué tenía miedo? ¿De que lo pillaran?

—Luddie y Bryant nos esperan en los establos. Están preparando los caballos.

Asentí y salí al pasillo justo cuando la puerta del otro extremo del pasillo se abrió.

Kieran salió por ella al tiempo que una brisa fría soplaba pasillo abajo. Sin mi capa, no llegaría muy lejos. ¿Acaso no se daba cuenta Phillips de eso? ¿O es que no era relevante? Kieran se detuvo, con las cejas arqueadas.

—¿Qué estáis haciendo aquí fuera?

Antes de que pudiera contestar, oí a Phillips desenvainar la espada. Mi corazón empezó a latir con fuerza.

—¿Qué estás haciendo *tú* aquí fuera? —exigió saber Phillips—. No es hora de partir.

—Iba a mi habitación —respondió, y empezó a andar. Sus ojos volvieron a mí. Me daba la impresión de que no se había dado cuenta de que Phillips había sacado su espada—. Y no has respondido a mi pregunta.

Phillips estaba detrás de mí, así que sabía que debía tener cuidado. Quizás quisiese mantenerme con vida, pero muerta era un mensaje igualmente eficaz.

Me atravesaría la espalda con su espada antes de que pudiese echar mano de la daga.

Miré a Kieran en silencio y recé a los dioses por que pudiera percibir lo que no podía decirle. Vino hacia nosotros, su mano se apoyó de manera casual en su espada.

—¿Qué está pasando aquí?

Phillips me agarró del brazo y tiró de mí hacia atrás. Fue rápido al atacar con la espada. Kieran también lo fue. Bloqueó la estocada, aunque la letal punta de la hoja solo se desvió un poco. En lugar de clavarse en su pecho, le hizo un tajo en el estómago y en la pierna. Di un grito mientras Kieran se miraba la herida...

El sonido que salió de Kieran al tambalearse hacia atrás me puso de punta todos los pelos del cuerpo. Me quedé paralizada. Empezó como un retumbar grave que no era ni remotamente un sonido que debiera hacer un mortal. Lo había oído antes... la noche en que habían matado a Rylan en los Jardines de la Reina. El Descendente había hecho ese mismo ruido.

El retumbar aumentó hasta convertirse en un gruñido grave que me dejó sin respiración. Cuando Kieran levantó la cabeza, casi se me para el corazón.

Sus ojos azul pálido...

Brillaban iridiscentes a la tenue luz.

—De verdad que no deberías haber hecho eso. —La voz que salió por su boca sonó embarullada y toda equivocada, como si tuviese la garganta llena de gravilla—. En absoluto.

Kieran tiró su espada a un lado, rebotó contra el suelo de madera. No podía entender por qué había soltado el arma, pero entonces lo entendí.

Había *cambiado*.

Su piel pareció afinarse y oscurecerse. Su mandíbula se proyectó hacia arriba y se alargó, junto con su nariz. Sus huesos crujieron y se remodelaron mientras pelo de color pardo brotaba por cada centímetro de piel que alcanzaba a ver. La túnica que llevaba se rajó de arriba abajo en su pecho. Sus pantalones hicieron otro tanto cuando sus rodillas se flexionaron. Se inclinó hacia delante, le crecieron los dedos, unas afiladas garras sustituyeron a sus uñas. Sus orejas se alargaron y abrió la boca en un gruñido frío y violento. Unos colmillos letales surgieron de sus encías justo cuando sus manos... sus *patas*... golpeaban el suelo.

Fue cuestión de segundos, tan solo unos segundos, y ya no había un hombre delante de nosotros. En su lugar había una criatura inmensa a cuatro patas, casi tan alta como Phillips, hecha de una masa sólida de músculos y

pelo lustroso. Lo que estaba viendo era imposible, lo que estaba viendo era algo que llevaba *siglos* extinto, erradicados durante la Guerra de los Dos Reyes.

Pero sabía muy bien lo que era Kieran.

Oh, por todos los dioses.

Kieran era un lobuno, un *wolven*.

—¡Corre! —gritó Phillips, agarrándome del brazo.

No necesitaba que me lo dijera dos veces.

Phillips estaba muy equivocado con respecto a Hawke, pero no lo estaba acerca de Kieran. Estaba claro que había algo increíblemente *malo* en él.

Las garras de Kieran arañaron la piedra cuando se lanzó a por nosotros. Dio un zarpazo y no atrapó la capa de Phillips por muy poco. Corrí más deprisa de lo que había corrido en toda mi vida. Miré hacia atrás mientras Phillips abría la puerta a toda velocidad. Cada instinto en mi interior me gritó que no lo hiciera, pero no pude reprimirme. *Miré*.

El *wolven* saltó, se retorció en medio del aire y apoyó las cuatro patas en la *pared*. Incrustó las uñas en la piedra y entonces se dio impulso para aterrizar a mitad de pasillo.

—¡Vamos! —Phillips me arrastró hasta las escaleras delante de él.

El lugar estaba oscuro, con solo una tenue luz para guiar nuestro camino. Mis botas resbalaron sobre la piedra. Me agarré de la barandilla y me columpié hasta el rellano. Casi me caigo, pero no me detuve.

Bajamos en tromba el último tramo de escaleras y salimos por la puerta como una exhalación. Mi mente por fin produjo algo útil al recordarme que tenía un arma. Piedra de sangre. Podía matar a un *wolven* si alcanzaba su corazón o su cabeza, igual que a un Demonio.

Mientras mis pies atronaban contra el suelo helado saqué la daga de su vaina.

—Los establos. —Phillips siguió corriendo, su capa ondeaba a su espalda como olas de agua negra.

Hawke.

¿Le habría hecho daño Kieran? El corazón pegó un salto dentro de mi pecho.

El aullido procedente de más arriba hizo añicos el silencio de la mañana. Levanté la cabeza justo cuando el *wolven* saltaba por encima de la barandilla.

Aterrizó en el suelo detrás de nosotros, al tiempo que soltaba otro aullido que me llegó hasta la médula.

Desde el bosque o desde la fortaleza, oí una respuesta. Un rugido que envió un escalofrío de terror gélido por todo mi cuerpo.

Hubo más de uno.

—*Por todos los dioses* —exclamé y apreté el paso más que nunca. De ninguna de las maneras iba a irme sin Hawke, pero tenía que alejarme todo lo posible de esa cosa. Eso era lo único en lo que podía pensar, porque si ralentizaba el paso tan solo medio segundo, me alcanzaría.

Doblamos la esquina. Phillips resbaló pero recuperó el equilibrio a tiempo y proseguimos nuestra carrera hacia los establos. No había ni un guardia a la vista, y era imposible que eso estuviese bien. Debería haber guardias por ahí a esa hora.

Vi a Luddie y al otro guardia.

—¡Cerrad las puertas! —gritó Phillips cuando irrumpimos en las cuadras, sobresaltando a los caballos—. ¡Cerrad las malditas puertas!

Los dos hombres se dieron la vuelta mientras yo paraba derrapando y giraba en redondo. Me di perfecta cuenta del momento exacto en el que vieron al *wolven*.

—¿Qué diablos? —susurró Bryant, toda la sangre se esfumó de su cara.

Kieran nos ganaba terreno.

Corrí hacia un lado de las puertas justo cuando Luddie y Bryant salían de su estupor. Agarré una de las hojas con Luddie y la cerramos de golpe, un segundo antes de que Bryant y Phillips cerraran la suya.

—¡Atrancadla! —bramó Luddie, y los otros dos se giraron para levantar el pesado soporte de madera. Lo bajaron con fuerza y la madera encajó en su sitio con un gemido sordo.

Jadeando, retrocedí. Seguí caminando hacia atrás hasta toparme con uno de los postes de la cuadra, el mango de la daga apretado contra la palma de la mano. Bajé la vista hacia él, hacia el hueso de *wolven*...

Di un respingo cuando las puertas de doble hoja se estremecieron al estrellarse el *wolven* contra ellas.

—¿Eso es lo que creo que es? —preguntó alguien. Pensé que era Bryant—. ¿Un *wolven*?

—A menos que conozcas otra enorme criatura lobuna, lo es. —Phillips se giró cuando Kieran impactó contra la puerta de nuevo. Sacudió la plancha de madera—. Esa puerta no va a aguantar. ¿Hay otra salida?

—Hay una puerta atrás. —Luddie se adelantó—. Pero los caballos no cabrán por ella.

—Que les den a los caballos. —Bryant recogió su espada—. Nuestra prioridad es salir de aquí.

—¿Alguno ha visto a Hawke? Alguien vino a buscarlo en medio de la noche —les dije. Tres pares de ojos se clavaron en mí, pero no me importó en absoluto lo que pensarán—. ¿Lo habéis visto o no?

Una tabla de madera se astilló cuando una garra peluda la atravesó de un zarpazo. Kieran agarró el pedazo de madera y lo arrancó de cuajo.

—Tenemos que irnos. —Phillips hizo ademán de agarrarme, pero me puse fuera de su alcance.

—No me voy a ninguna parte hasta que encuentre a Hawke...

—¿Es que no acabas de ver lo mismo que yo? —me increpó Phillips, con las aletas de la nariz muy abiertas—. Me dijiste que comprendías lo que te estaba diciendo. Hawke es uno de ellos.

—Hawke no es un *wolven* —lo contradije—. No forma parte de *eso*. —Señalé hacia la puerta mientras el *wolven* arrancaba otro trozo—. Tenías razón acerca de Kieran, pero no de Hawke. ¿Alguno de vosotros lo ha visto?

—Yo sí.

Mi cabeza giró de golpe hacia el origen de la voz. Había un hombre entre las sombras y algo... algo en mi interior se encogió.

Salió a la luz. Pelo castaño desgredado. La sombra de una barba. Invernales ojos azul pálido. Un fogonazo de ira pura y sin adulterar me recorrió de arriba abajo.

Era él.

El hombre que había matado a Rylan estaba ahí. Sonrió.

—Te dije que te vería de nuevo.

Lo miré de arriba abajo y mis cejas se arquearon mientras los tres guardias lo apuntaban con sus espadas.

—Parece que te falta una *mano*. Ojalá hubiera sido cosa mía.

El hombre levantó el brazo izquierdo, que terminaba en un muñón justo por encima de la muñeca.

—Me apañó bien. —Esos espeluznantes ojos pálidos volaron hacia mí cuando los sonidos de Kieran cesaron a nuestra espalda. Solo pude desear que eso aumentase nuestras probabilidades de salir de ahí con vida—. ¿Recuerdas mi promesa?

—Bañarte en mi sangre. Darte un festín con mis entrañas —contesté—. No lo he olvidado.

—Bien —confirmó, con voz grave. Dio un paso adelante—. Porque estoy a punto de cumplir mi promesa.

—¡Atrás! —exigió Phillips.

—Es un *wolven* —le advertí; ya sabía que había al menos tres en la fortaleza.

—Chica lista —comentó el hombre. Phillips se mantuvo firme.

—No me importa qué tipo de criatura impía seas. Da un solo paso más y será el último.

—¿Impía? —El hombre echó la cabeza hacia atrás y estalló en carcajadas. Levantó los brazos a los lados—. Fuimos creados a imagen y semejanza de los dioses. Los impíos no somos nosotros.

—Di lo que quieras si eso te hace sentir mejor —repuse. Apreté la mano en torno a la daga—. La cabeza o el corazón, ¿verdad, Phillips?

—Exacto. —Phillips bajó la barbilla—. Cualquiera de los dos...

Detrás de nosotros, la barra de madera se astilló cuando las puertas salieron volando de sus goznes. Se estamparon contra los laterales del establo. Los caballos se encabritaron, pero, atados como estaban, no tenían ningún sitio al que huir. Me giré hacia la entrada, pero mantuve la daga apuntada hacia el *wolven*. Esperaba ver a Kieran corriendo por la paja hacia nosotros.

En cambio, lo que vi casi me hizo caer de rodillas.

—¡Hawke! —grité, demasiado aliviada para sentir vergüenza por cómo había sonado. Empecé a dirigirme hacia él—. Gracias a los dioses que estás bien.

—Aléjate de él. —Phillips me agarró del brazo.

Hice ademán de liberarme de Phillips, pero entonces vi que Hawke llevaba algo en la mano. Parecía un arco curvo, pero estaba montado sobre una especie de mango y tenía una flecha ya cargada, fijada en su sitio de algún modo. Daba igual. Funcionaría.

—¡Mátalo! —grité. Me escurrí del agarre de Phillips—. Él fue quien...

Una enorme figura apareció detrás de él, tan grande que casi llegaba a la altura del pecho de Hawke. Kieran caminó hacia él como un depredador. Se me encogió el corazón.

—¡Hawke, detrás de ti! —chillé.

Phillips me agarró por la cintura y me arrastró hacia atrás mientras Hawke levantaba el extraño arco. Kieran ya casi estaba sobre él, pero no vi ningún heliotropo en el arco. No mataría al lobuno.

Los ojos de Hawke se cruzaron con los míos.

—No te preocupes.

Sin previo aviso, Phillips fue arrancado de mi espalda. Caí hacia delante, aterricé sobre las rodillas. Mi trenza resbaló por encima de mi hombro cuando

miré hacia atrás. Medio esperaba ver al *wolven* con Phillips entre las garras.

El *wolven* del Jardín de la Reina no se había movido, pero Phillips...

Phillips estaba inclinado contra el poste, la espada tirada sobre la paja. Mejor dicho. Estaba inclinado porque sus pies ni siquiera tocaban el suelo y algo oscuro goteaba sobre la paja. Levanté la vista.

Se me revolvió el estómago y ni siquiera pude gritar. Hawke había disparado el arco. Ni siquiera lo había visto hacerlo, pero así era. La flecha había atravesado la boca de Phillips y luego el poste, al que había quedado clavado.

Con un escalofrío, oí a Luddie gritar. Aparté la vista de Phillips para devolverla a Hawke.

En forma de *wolven*, Kieran pasó justo por su lado, su gran cabeza bajada hacia la paja mientras olisqueaba el aire. Luddie se abalanzó sobre él, pero perdió pie y cayó hacia delante.

Respiré hondo, pero la presión sacó el aire de mi interior al instante.

Luddie no se había tropezado.

El pestillo negro le había dado por la espalda. De detrás de uno de los caballos, salió el guardia que nos había recibido anoche. Delano. Él también tenía esos ojos pálidos. Ojos que ahora sabía que pertenecían a los *wolven*. Bajó su arco.

Bryant trató de huir.

Dio media vuelta y echó a correr, pero no llegó lejos. Kieran tomó impulso y luego saltó por los aires. Tan ágil y rápido como cualquier flecha. E igual de preciso. Aterrizó sobre la espalda de Bryant y lo derribó sobre la paja. El guardia ni siquiera tuvo ocasión de gritar. El *wolven* enseñó los dientes y atacó...

Aparté la vista al oír el húmedo crujido que resonó por el establo.

Entonces, se hizo el silencio.

Vi al hombre que había matado a Rylan dirigirse hacia mí, sus largas piernas se movían con soltura, relajadas. Bajó la vista hacia mí y sonrió con suficiencia.

—Me alegro tanto de estar aquí para ser testigo de este momento.

—Cállate, Jericho —intervino Hawke, su tono inexpresivo.

Despacio, miré a Hawke. Estaba en el mismo sitio donde se había parado. El viento revolvía su pelo oscuro y retiraba algunos mechones de su bello rostro. Tenía el mismo aspecto que cuando se había marchado de la habitación en medio de la noche, el mismo que había tenido horas antes, cuando me había besado, tocado y abrazado.

Pero ahí estaba, con un *wolven* ensangrentado de pie a su lado.

—¿Hawke? —susurré. Mi mano libre se cerró en torno a la paja húmeda debajo de mí.

Él se limitó a mirarme, pero mi don cobró vida. El cordel invisible se estiró, formó una conexión y sentí... no sentí nada de él. Ningún dolor. Ninguna tristeza. *Nada*.

Me eché hacia atrás, mi pecho agitado, jadeando. Tenía que haber algo mal en mi don. Solo los Ascendidos no tenían emociones. No los mortales. No Hawke. Pero era como si la conexión se hubiese topado con un muro de ladrillo tan grueso como el Adarve.

Tan formidable como el muro que yo construía a mi alrededor cuando intentaba mantener mi don a raya. ¿Estaba... me estaba *bloqueando*? ¿Era posible siquiera?

—Por favor, dime que puedo matarla —dijo Jericho—. Sé exactamente qué pedazos quiero cortar y enviar de vuelta.

—Tócala y perderás más que la mano esta vez. —La frialdad del tono de Hawke me heló hasta la mismísima alma—. La necesitamos. —No apartó la mirada de mí en ningún momento—. Viva.

Capítulo 35



Miraba a Hawke desde el suelo, de rodillas. Oía sus palabras y veía lo que estaba ocurriendo, pero era como si mi cerebro no pudiese procesar nada de ello.

O como si mi cerebro lo estuviese procesando pero mi corazón... lo estuviese negando.

La necesitamos.

Viva.

Nosotros.

—Eres un aguafiestas —musitó Jericho—. ¿Te lo había dicho alguna vez?

—Una vez o una docena —respondió Hawke y me encogí un poco. Todo mi cuerpo reculó. Hawke apretó la mandíbula y apartó la mirada para echar un vistazo al establo—. Habrá que limpiar todo este lío.

A su lado, el *wolven* se sacudió, casi del mismo modo que se sacude un perro al entrar en casa cuando está lloviendo. Y entonces se levantó sobre sus patas traseras y se transformó. El pelo se enroscó hacia dentro para revelar una piel cada vez más gruesa. Sus piernas se enderezaron y los dedos volvieron a su tamaño normal. La mandíbula volvió a su sitio. Tras haber perdido la camisa en alguna parte, Kieran se quedó ahí plantado solo con sus pantalones desgarrados, la herida hecha por la espada de Phillips en el estómago era nada más que una marca rosa.

Me eché hacia atrás y me senté. Kieran movió el cuello de izquierda a derecha hasta que crujió.

—Este no es el único lío que hay que limpiar.

Un músculo se tensó en la mandíbula de Hawke cuando me miró.

—Tú y yo tenemos que hablar.

—¿Hablar? —Se me escapó una carcajada que sonó completamente equivocada.

—Estoy seguro de que tienes muchas preguntas —repuso, y oí una sombra del tono juguetón al que estaba acostumbrada. Hizo que me encogiera de nuevo.

—¿Dónde... dónde están los otros dos guardias?

—Muertos —contestó, sin un ápice de vacilación, mientras apoyaba el arco sobre su hombro—. Ha sido una necesidad desafortunada.

«Se me da bien lo que hago».

«¿Y eso es...?».

«Matar».

Supe sin lugar a dudas que cuando se había marchado de la habitación, eso era lo que había hecho. Noté un zumbido en los oídos cuando me percaté de que otras personas se estaban congregando detrás de él en el patio, sus cuerpos quietos en el mortecino sol mañanero.

Hawke dio un paso hacia mí.

—Vamos a...

—No. —Me levanté de un salto, con una estabilidad sorprendente—. Dime qué está pasando aquí.

Hawke se paró. Cuando habló, su voz se había suavizado, un pelín.

—Sabes bien lo que está pasando aquí.

La siguiente bocanada de aire me abrasó la garganta y los pulmones porque me di cuenta de que era verdad. Oh, por todos los dioses, sí que sabía lo que estaba pasando ahí. El zumbido se intensificó. Vi a Elijah de pie en el exterior, los brazos cruzados delante de su pecho fornido. Vi a Magda, con una mano protectora acunando el bulto de su bebé mientras miraba hacia el establo con un mohín de... compasión y *pena*.

«Te mereces mucho más que lo que te espera».

Eso era lo que me había dicho Hawke la noche anterior. Y yo, estúpida e ingenua de mí, había pensado que se refería a mi Ascensión. Pero no. Se refería a *esto*.

Magda dio media vuelta, pasó por al lado de Elijah y volvió a la fortaleza.

—Phillips tenía razón —dije. Mi voz tembló al decirlo, al dar vida a lo que ya sabía.

—¿Ah, sí? —preguntó Hawke, mientras le entregaba el extraño arco a uno de los hombres que había aparecido detrás de él.

—Sí, creo que Phillips había empezado a deducir cosas —contestó Kieran. Se miró el estómago; las tenues marcas rosas ya habían desaparecido

—. Salía con ella de su habitación cuando fui a comprobar cómo estaba. Aunque ella no parecía creer lo que fuese que él le hubiera dicho.

No lo había hecho.

No le había creído a Phillips en absoluto porque le había creído a Hawke. Confiaba en él... le había confiado mi vida y también...

Sentí un dolor repentino en el pecho, como si alguien me hubiese clavado una daga. Bajé la vista porque parecía muy real, pero no había ningún arma, ninguna herida ensangrentada que justificara la agonía que irradiaba a través de mí. Cuando levanté la vista, un músculo se apretó en la mandíbula de Hawke.

—Bueno, pues no va a deducir nada nunca más. —Jericho agarró la flecha y la sacó de un brusco tirón. Phillips se desplomó hacia delante. Jericho le dio un empujoncito al cuerpo del guardia con la bota—. Eso seguro.

Me volví hacia Hawke otra vez, sentía como si el suelo se estuviese abriendo y moviendo bajo mis pies.

—Eres un Descendente.

—¿Un Descendente? —Elijah se echó a reír, lo cual me sorprendió. Kieran sonrió.

—Y yo que acababa de decir que eras lista —dijo Jericho. Los ignoré.

—Estáis trabajando contra los Ascendidos. —Hawke asintió. Se formó otra fisura en mi pecho—. ¿Tú... tú conocías a... esta cosa que mató a Rylan?

—¿Cosa? —farfulló Jericho con tono divertido—. Me siento insultado.

Hawke no dijo nada.

—Eso suena como que es tu problema, no el mío. —Me giré para encararme con Hawke—. Creía que los *wolven* se habían extinguido.

Hawke se encogió de hombros con ademán casual.

—Hay muchas cosas que creías que eran verdad pero que no lo son. No obstante, aunque los *wolven* no se han extinguido, no quedan muchos.

—¿Sabías que él había matado a Rylan? —grité.

—Pensé que podía acelerar las cosas y atraparte, pero todos sabemos cómo acabó eso —aportó Jericho. Mi cabeza giró en su dirección.

—Sí, recuerdo muy bien cómo acabó eso para ti.

El labio superior de Jericho se retrajo en una mueca de advertencia, hizo que se me pusiera toda la carne de gallina.

—Sabía que iba a proporcionar una oportunidad —contestó Hawke. Mis ojos volvieron a él.

—¿Para que tú... pudieras convertirte en mi guardia real personal?

—Necesitaba acercarme a ti.

Aspiré una temblorosa bocanada de aire mientras mi corazón parecía partirse en dos.

—Bueno, lo conseguiste, ¿verdad?

Ese músculo de su mandíbula volvió a apretarse.

—Lo que estás pensando... no puede estar más lejos de la realidad.

—No tienes ni idea de lo que estoy pensando —repliqué. Apreté la mano en torno a la daga hasta que me dolió—. Todo esto era... ¿qué? ¿Un truco? ¿Te enviaron para acercarte a mí?

—Enviar... —empezó Kieran, las cejas arqueadas. Hawke le cerró la boca con una mirada y Kieran puso los ojos en blanco. Supe lo que iba a decir.

—Te envió el Señor Oscuro.

—Vine a Masadonia con un objetivo en mente —respondió Hawke—. Y ese eras tú.

—¿Cómo? ¿Por qué? —Me estremecí.

—Te sorprendería cuántas de las personas próximas a ti apoyan a Atlantia y quieren ver el reino restaurado. Muchos me allanaron el camino.

—¿El comandante Jansen? —pregunté con suspicacia.

—Es lista —comentó Hawke—. Como os dije a todos.

Me ardían los ojos, junto con la garganta y el pecho.

—¿Trabajabas siquiera en la capital? —Entonces me di cuenta de algo y mis ojos saltaron hacia Kieran—. La noche de... —No lograba forzarme a decir «la Perla Roja»—. Sabías quién era desde el principio.

—Llevaba observándote el mismo tiempo que me habías estado observando tú a mí —dijo Hawke con suavidad—. Más, incluso.

Ese golpe casi me mata. Fue como si mi pecho se hubiese hecho añicos. Empecé a dar media vuelta, pero vi a Jericho, que había creado un espacio para que Hawke tuviera un acceso a mí más íntimo y personal. Todo encajó con una sacudida que casi me hace soltar la daga.

—Lleváis... lleváis planeando esto desde hace tiempo.

—Desde hace *mucho* tiempo.

—Hannes. —Mi voz sonó pastosa, ronca—. No murió de una afección cardíaca, ¿verdad?

—Sí creo que fue su corazón el que cedió —contestó Hawke—. El veneno que bebió en su cerveza esa noche en la Perla Roja seguro que tuvo algo que ver en el asunto.

El zumbido empezaba a ser abrumador.

—¿Lo ayudó cierta mujer con su bebida? ¿La misma que me envió arriba? Hawke no contestó. Delano, en cambio, sí intervino.

—Me da la sensación de que me he perdido unas cuantas piezas fundamentales.

—Luego te lo cuento —aportó Kieran.

Estaba temblando de la cabeza a los pies. Podía sentirlo. Igual que sentía que las paredes del establo se cerraban sobre mí. Era tan ingenua, de una ingenuidad increíble.

—¿Vikter? —Hawke negó con la cabeza—. ¡No me mientas! —grité—. ¿Sabías que iba a haber un ataque en el Rito? ¿Por eso desapareciste? ¿Por eso no estabas ahí cuando mataron a Vikter?

La concavidad de sus mejillas se hizo más marcada.

—Lo que sé es que estás disgustada. Y no te culpo, pero he visto lo que ocurre cuando te enfadas de verdad —dijo. Dio un paso hacia mí, con las manos en alto—. Hay muchas cosas que tengo que contarte...

El dolor brotó de mi interior como lo había hecho la noche del Rito, cuando me volví contra lord Mazeen. No tenía ningún control sobre mí misma. Me moví por instinto. Eché el brazo atrás y lancé mi daga.

Esta vez, apunté a su pecho.

Hawke soltó una maldición mientras daba un paso a un lado y atrapaba la daga en el aire. Alguien detrás de él soltó un silbido grave al tiempo que Hawke se giraba hacia mí, la expresión de incredulidad de su rostro era casi cómica. Pero en el fondo de mi mente, había sabido que la atraparía. Todo lo que necesitaba era una distracción, para poder agacharme y recuperar la espada caída de Phillips. Lancé una estocada, directa al bastardo que había matado a Rylan. Jericho saltó hacia atrás, pero no fue bastante rápido. Le hice otro tajo, en el estómago esta vez.

—Zorra —exclamó Jericho, plantando la mano que le quedaba sobre la herida, que chorreaba sangre.

Giré sobre los talones justo cuando alguien se estrellaba contra mí desde un lado y luego desde el otro. Me retorcieron el brazo. Algo caliente cortó a través de mi estómago cuando me impulsé hacia atrás, aprovechando mi peso de atacante contra ellos. Cayeron, los brazos todavía a mi alrededor. Di un cabezazo y estrellé mi cráneo contra sus caras. Se oyó un gritito y aflojaron su agarre lo suficiente para que pudiera zafarme. Agarré la espada de la paja y lancé una estocada a ciegas. Solo vi un fogonazo de sorpresa en los ojos marrones de un varón no mucho mayor que yo cuando bajó la vista. Liberé la espada de un tirón y di media vuelta para encararme con Hawke.

Vacilé.

Como una completa idiota, vacilé, aunque sabía que estaba trabajando para el Señor Oscuro. Era un Descendente. Por su culpa, muchísimas personas inocentes habían muerto. Hannes. Rylan, Loren, Dafina, Malessa... Por todos los dioses, ¿la había matado él?

Vikter.

—Has sido muy mala —me regañó Hawke. Me quitó la espada de la mano como si no la hubiese estado sujetando—. Eres de una violencia increíble. —Bajó la barbilla y susurró—: Todavía me excita. —Un grito de furia brotó de mi interior. Di un fuerte codazo hacia fuera y hacia arriba. La cabeza de Hawke dio un latigazo hacia atrás—. Maldita sea —dijo, tosiendo... no, *riendo*. Se estaba riendo—. No cambia lo que acabo de decir.

Di media vuelta y eché a correr hacia las puertas, pero me detuve en seco cuando Elijah apareció delante de mí. Se había movido en un abrir y cerrar de ojos. Negó con la cabeza al tiempo que chasqueaba la lengua con suavidad.

Me giré y vi a Kieran, que parecía aburrido. Di media vuelta de nuevo y vi un hueco entre los postes. Salí disparada...

Unos brazos me agarraron por la cintura y hubiese reconocido el aroma en cualquier sitio. Pino. Especies oscuras. *Hawke*. Y el duro suelo terroso corrió al encuentro de mi cara. Aquello iba a doler. Mucho.

El impacto no llegó nunca.

Tan ágil como un gato, Hawke se retorció de modo que él se llevó el grueso de la caída; aun así, el aterrizaje me dejó aturdida. Por un momento, no podía moverme.

—De nada —gruñó Hawke.

Con un agudo chillido, estampé el talón de mi bota contra su espinilla. Su exclamación de dolor dibujó una sonrisa salvaje en mi cara mientras rodaba y me retorció hasta que mi estómago gritó en señal de protesta. En cualquier caso, logré dar media vuelta en su agarre algo más flojo. Me senté a horcajadas sobre él.

Hawke levantó la vista y me sonrió, apareció incluso el hoyuelo de su mejilla derecha.

—Me está gustando hacia dónde nos lleva esto.

Le di un puñetazo en la cara, justo en ese maldito hoyuelo. Sentí un intenso dolor en los nudillos, pero aun así eché el brazo atrás de nuevo.

Hawke me agarró de la muñeca y tiró de mí hacia abajo hasta que mi cuerpo estuvo casi pegado al suyo.

—Pegas como si estuvieras enfadada conmigo. —Me moví un poco y estrellé la rodilla entre sus piernas. Apuntaba a una zona muy sensible.

Hawke anticipó el movimiento y mi rodilla impactó contra su muslo—. Eso hubiese causado ciertos daños —me informó.

—Bien —gruñí.

—Bueno, después te sentirías decepcionada si no pudiese usarlo.

Por un instante, no pude creer que de verdad hubiera dicho eso, pero sí. Desde luego que lo había dicho.

—Preferiría cortártelo del cuerpo.

—Mentirosa —susurró.

De haber provenido de cualquier otro, el sonido que salió de mi interior me hubiese asustado. Me levanté de un salto y me zafé de su agarre. Traté de darle un pisotón en el cuello, pero Hawke me agarró del pie y tiró. Caí al suelo, sobre el costado. Sentí un dolor intenso, pero le hice caso omiso mientras estampaba el puño contra su propio costado.

—Maldita sea —dijo Kieran entre dientes.

—¿Deberíamos intervenir? —preguntó Delano, algo preocupado.

—No —contestó Elijah con una risita—. Esto es lo mejor que he visto en mucho tiempo. ¿Quién se hubiese imaginado que la Doncella podía presentar semejante batalla?

—Esta es la razón de que no haya que mezclar los negocios con el placer —comentó Kieran.

—¿Eso es lo que ha pasado? —Elijah silbó—. Entonces, apuesto por ella.

—Traidores —boqueó Hawke. Me hizo rodar hasta colocarse encima de mí. Me lancé a por su cara, pero me agarró de las muñecas—. Para.

Intenté levantar las caderas y cuando eso no funcionó, traté de levantar el tronco. Me costó toda la energía que tenía dentro, pero él se limitó a inmovilizar mis muñecas contra la paja.

—¡Quítate de encima!

—Para —repitió—. Poppy, para.

—¡Te odio! —grité al oírlo decir mi nombre. Conseguí soltar una de mis manos de la rabia. Estrellé el puño contra su cara—. ¡Te odio!

Hawke me agarró la mano y la volvió a sujetar contra el suelo mientras sus labios ensangrentados se retraían.

—¡Para ya!

Paré.

Me quedé completamente quieta y lo miré pasmada, la sorpresa me robó la capacidad de hablar durante varios segundos. Lo vi... como lo que era de verdad.

No era solo un Descendente cualquiera que seguía al Señor Oscuro.

—Por eso no sonreías nunca de verdad —susurré.

Porque ¿cómo podía hacerlo?

Tenía que ocultar esos dientes afiladísimos.

Dos de ellos.

Colmillos.

Recordé la sensación de ellos contra mis labios, mi cuello... recordé lo extrañamente afilados que me habían parecido.

Por todos los dioses.

Ahora entendía cómo podía moverse tan deprisa, por qué parecía tener mejor oído y mejor vista que cualquiera que hubiese conocido jamás, y por qué a veces sonaba como si hubiese vivido muchas décadas más que yo. Era la razón de que se diera prisa en interrumpir los besos cada vez que me acercaba a notar esos caninos.

Qué ciega había estado.

No era mortal.

No era un *wolven*.

Hawke era un atlantiano.

Me estremecí cuando algo muy profundo en mi interior se marchitó.

—Eres un monstruo.

Los ojos de Hawke brillaron de un dorado intenso. Y no eran normales. Jamás habían sido naturales.

—Por fin me ves por lo que soy.

En efecto.

Era una pesadilla oculta bajo la apariencia de un sueño y yo había caído como una tonta. Había caído a plomo.

Se me esfumaron las ganas de pelear.

Que fuese un Descendente ya era malo de por sí, pero ¿un atlantiano? Su gente había creado a las criaturas que me habían arrebatado a mi madre y a mi padre, las que casi me habían matado.

Hawke pareció percibirlo porque se movió a toda velocidad para levantarme del suelo.

—Delano —ordenó—. Llévatela.

Me entregó al otro hombre como un saco de patatas y Delano tuvo buen cuidado de mantener mis brazos pegados a los costados.

—¿Dónde la meto? —preguntó. El pecho de Hawke subió con brusquedad.

—En algún sitio del que no pueda escapar y donde no pueda hacerse daño. —Hizo una pausa—. O hacer daño a los demás, que es más probable

que lo otro.

—¿La vamos a hacer prisionera? —exigió saber alguien—. ¿La vamos a mantener con vida? ¿Vamos a alimentar y dar refugio a eso?

Eso.

Como si el monstruo fuese yo, como si fuese yo la que apoyara al Señor Oscuro y pudiera crear Demonios. Esta gente no tenía remedio.

—Es la Doncella —gritó otro—. ¡Tiene que morir!

Sonó una ronda de aprobación.

—Enviadla de vuelta con su rey y reina falsos. Solo su cabeza, para que sepan lo que se les viene encima —bramó otro.

—¡De sangre y cenizas! —gritó un niño mientras se abría paso hacia la cabecera del grupo. Era el chico del día anterior, el que había corrido de una casa a otra.

Noté las piernas débiles. Varias voces contestaron.

—¡Resurgiremos!

—Que no la toque nadie. —Una fulminante mirada de Hawke al grupo reunido en el patio los silenció—. Nadie —repitió mientras daba media vuelta—. Nadie excepto yo.



En el mismo instante en que vi las húmedas y lúgubres celdas debajo de la fortaleza y la blanca y retorcida masa de huesos que cubría toda la extensión del techo, las ganas de pelea se apoderaron de mí otra vez. Ni por asomo iba a permitir que me metieran sin más en un sitio del que parecía que la gente no salía nunca. Ni siquiera cuando moría.

Delano no había estado preparado.

Me solté de su agarre y eché a correr hasta el final del pasillo, solo para descubrir que la única salida era el extremo por el que habíamos entrado. Me encaré con él, pero estaba arrinconada y el hombre contaba con el respaldo de otro con unos ojos casi tan dorados como los de Hawke. Así que me arrastraron hasta el interior de la celda, que tenía un fino jergón en el suelo, y me plantaron unos fríos grilletes de hierro alrededor de las muñecas.

Y entonces me quedé sola.

Miré a mi alrededor. No vi ninguna salida. Los huecos entre los barrotes eran demasiado estrechos y, cuando tiré de las cadenas, el gancho al que estaban fijadas no se movió.

El pánico empezó a bullir en mi interior. Di un paso atrás, preguntándome cómo había podido ocurrir esto. ¿Cómo había pasado de imaginar un futuro que sería todo mío, en el que yo controlaría lo que hacía y lo que me pasaba, a esto? ¿A estar encadenada en una celda, rodeada de gente que quería cortarme en pedazos?

Conocía la respuesta.

Hawke.

La intensa agonía que cortó a través de mi pecho eclipsó el dolor de mi estómago. Me ardían los ojos y la garganta. Hawke... ni siquiera era mortal. Era un atlantiano. Su gente había creado a los Demonios que se habían convertido en una plaga imparable en esta tierra, las mismísimas criaturas que habían asesinado a mis padres y casi me habían matado a mí. Hawke apoyaba al Señor Oscuro, el que había matado a la última Doncella e iba tras de mí. Hawke y los *wolven* eran la encarnación de todas las cosas contra las que se habían vuelto los dioses y contra las que los humanos se habían rebelado. Eran la razón de que los Ascendidos hubiesen sido bendecidos por los dioses.

¿Cómo podía no haberme dado cuenta de lo que era? ¿Cómo podía ser tan tonta? ¿O simplemente era él tan listo?

¿O una mezcla de ambas cosas?

Porque Hawke había actuado muy bien. Había dicho y hecho todas las cosas correctas y yo había estado desesperada por forjar una conexión verdadera con alguien, por experimentar la vida y sentirme viva. Tan desesperada que ni siquiera registré ninguna de las cosas que hubiesen podido servir de advertencia. Había ido a Masadonia con una orden: acercarse a mí. Había hecho eso y más. Se había ganado mi amistad, mi confianza, mi...

Sentí una ira y un pesar palpitantes y aplastantes, me recorrieron de arriba abajo. Quise gritar, pero el sonido no logró superar el nudo de emoción en mi garganta.

¿Por qué había tenido que... hacer lo que había hecho? Todo lo que había dicho y hecho no eran más que artificios astutos. Cuando me decía que era valiente y fuerte. Cuando decía que era preciosa. Su aparente determinación a mantenerme a salvo no se basaba en el deber, sino en las órdenes. Y me lo había creído. Había caído en su trampa.

¿Sería verdad algo?

Su dolor lo era.

Eso sí lo sabía, pero ¿la fuente? Ya no podía estar segura.

Me llevé las temblorosas manos a la cara para retirar los mechones de pelo que habían escapado de mi trenza. Pero ¿por qué había tenido que ir tan

lejos? ¿Por qué había tenido que meterse debajo de mi piel y llegar hasta mi corazón? Yo no solo confiaba en él. Me había entregado a él. Toda yo.

Y había sido una mentira.

Hawke había sabido desde el principio quién era yo, desde la primerísima noche en la Perla Roja, y yo, inconsciente de mí, le había expuesto todo lo que tenía dentro.

Fui hasta el rincón de la celda, me senté en el jergón y me apoyé despacio contra la pared. Solté el aire con medida y lentitud mientras un dolor atroz cortaba a través de mi estómago. Bajé la vista hacia mi mano derecha. Tenía los nudillos magullados e hinchados del puñetazo que le había dado a Hawke. Mi sonrisa se borró al instante. Dudaba de que Hawke mostrara signo alguno de lesión. Era un atlantiano.

Se me revolvió el estómago.

Una parte de mí no podía creérselo. Parecía tan... mortal. Pero ¿por qué me sorprendía eso? Los atlantianos podían pasar por mortales, igual que podían hacerlo los *wolven*. Había besado a un atlantiano.

Me había *acostado* con un atlantiano.

Apreté los ojos con fuerza mientras la bilis subía por mi garganta. No podía pensar en eso. Hacía que los gritos resonaran en mi cabeza. Tenía que centrarme.

¿Qué iba a hacer?

Toda esta ciudad estaba llena de Descendientes y atlantianos que querían verme muerta y no podía estar más agradecida de que Tawny se hubiese quedado atrás. Era obvio que me iban a retener ahí hasta que llegara el Señor Oscuro o hasta que enviara órdenes nuevas. El Señor Oscuro había matado a la última Doncella y ahí estaba yo, capturada y lista para él. Tenía que salir de ahí, pero no había forma humana de hacerlo.

Levanté la vista y me estremecí. Los sucios huesos entrelazados me recordaron a las raíces del Bosque de Sangre. Trepaban y se solapaban los unos sobre los otros, costillares y fémures, columnas y cráneos. Todo el que estuviera ahí encarcelado debía enfrentarse a esa imagen, un presunto recordatorio de lo que les había sucedido a los prisioneros ahí encerrados. ¿Quién querría crear semejante cosa? ¿Quién conservaría su cordura mirando eso?

No supe cuánto tiempo había pasado cuando la puerta por fin se abrió y oí unas pisadas que se acercaban. Tenían que ser horas, dado lo vacío que sentía el estómago. Me puse tensa, aunque me relajé un pelín cuando vi que era Delano.

Se acercó a los barrotes y me ofreció una bolsita.

—¿Tienes hambre?

La tenía, pero no contesté.

Tiró el saquito dentro de la celda. Aterrizó a mis pies con un suave golpe sordo. Me limité a mirarlo.

—Es un poco de queso y pan —explicó Delano—. Te hubiese traído algo de estofado, pero temía que me lo tiraras a la cara, y el estofado es demasiado bueno como para desperdiciarlo. —Lo miré—. No lleva nada malo. No está envenenado.

—¿Por qué habría de confiar en nada de lo que tú me dijeras?

—Dijo que no te tocara nadie. —Se apoyó contra los barrotes—. No hace falta ser muy listo para asumir que eso también incluye no hacerte daño de otras maneras.

—¿Por qué esperar? —pregunté, con una mueca de rabia—. El Señor Oscuro me va a matar de todos modos.

—Si el príncipe te quisiera muerta —me contradijo, mirándome con sus pálidos ojos—, ya estarías muerta. Deberías comer.

El *príncipe*. Solo porque los Descendientes creían que Casteel era el legítimo heredero, no significaba que fuese verdad.

Mis ojos se posaron en el saquito. Tenía hambre y necesitaba estar fuerte... y posiblemente a un curandero porque, aunque la herida había dejado de sangrar, lo más probable era que se infectara ahí abajo.

Me moví con cuidado para recoger el saco.

—¿Vas a quedarte ahí plantado viéndome comer?

—No querría que te atragantaras.

Tuve el más extraño impulso de reír, pero abrí la bolsa y me comí el queso y el pan. La comida se asentó en mi estómago como una piedra.

Después de eso, Delano no habló más. Yo tampoco. Volví a apoyarme contra la pared. Un rato después, la puerta se abrió de nuevo y miré hacia la entrada, aunque no quería hacerlo. Vi la alta figura vestida de negro, tan reconocible, que se parecía tanto al... al guardia que me había tomado el pelo por lo del diario de la Srta. Willa Colyns. Se me comprimió el corazón como si estuviese estrujado dentro de un puño.

Hawke se paró delante de la puerta de barrotes, su despampanante cara al mismo tiempo familiar y la de un desconocido.

—Márchate —ordenó Hawke, y Delano vaciló solo un segundo antes de asentir con sequedad y salir por la puerta. Entonces quedamos solo nosotros,

separados por barrotes—. Poppy —suspiró él, y yo me estremecí—. ¿Qué voy a hacer contigo?

Capítulo 36



Como si no lo supiera ya.

—No me llames así. —Me puse de pie y las cadenas entrechocaron sobre el suelo de piedra. Hice caso omiso del tirón que dio la piel tierna alrededor de mi herida. Estar de pie dolía, pero no pensaba dejar que él lo notara.

—Creí que te gustaba.

—Estabas equivocado —repuse y él esbozó una sonrisita—. ¿Qué quieres?

Hawke ladeó la cabeza y pasaron unos instantes.

—Más de lo que podrías imaginar jamás.

No tenía idea de lo que quería decir con eso y no me importaba. Ni lo más mínimo.

—¿Has venido a matarme?

—¿Por qué querría hacerlo? —preguntó. Levanté las manos y meneé las cadenas.

—Me tienes encadenada.

—Cierto. —Su respuesta anodina me provocó un arrebató de furia.

—¡Todo el mundo ahí fuera quiere verme muerta!

—Es verdad.

—Y eres un atlantiano —escupí—. Eso es lo que hacéis. Matáis. Destruís. Maldecís.

—Qué irónico —comentó con un resoplido desdeñoso—, viniendo de alguien que ha estado rodeada de Ascendidos toda su vida.

—Ellos no asesinan a inocentes ni convierten a las personas en monstruos...

—No —me interrumpió—. Solo fuerzan a las jovencitas que los hacen sentir inferiores a dejar su piel al descubierto para la vara y les hacen solo los dioses saben qué más. Sí, princesa, son unos verdaderos ejemplos de todo lo que es bueno y correcto en este mundo. —Aspiré una brusca bocanada de aire y entreabrí los labios. No. Me estremecí. Era imposible—. ¿Creías que no iba a averiguar en qué consistían las *lecciones* del duque? Te dije que lo haría.

Di un paso atrás. La humillación de que Hawke supiera eso me abrasó por dentro, peor que cualquier paliza que me hubiese dado el duque.

—Utilizaba una vara sacada de un árbol del Bosque de Sangre y te obligaba a desnudarte parcialmente. —Hawke agarró los barrotes mientras mi corazón aporreaba contra mis costillas—. Y te decía que te lo merecías. Que era por tu propio bien. Pero en realidad, todo lo que hacía era satisfacer su enfermiza necesidad de infligir dolor.

—¿Cómo? —susurré. Un lado de sus labios se curvó hacia arriba.

—Puedo ser *muy* convincente.

Aparté la mirada y, de repente, vi al duque en el ojo de mi mente, los brazos abiertos a los lados y la vara incrustada en el corazón. Me sacudió un intenso escalofrío y mis ojos volaron de vuelta hacia Hawke.

—Tú lo mataste.

Entonces Hawke sonrió, y fue una sonrisa que jamás le había visto. No fue una sonrisa de labios apretados esta vez. Incluso desde donde estaba, pude ver asomar sus colmillos. Otro escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

—Así es —admitió—. Y nunca he disfrutado más contemplando cómo la vida se escapa de los ojos de alguien que cuando observé morir al duque. —Lo miré pasmada—. Se lo merecía, y créeme cuando digo que su muy lenta y muy dolorosa muerte no tuvo nada que ver con que fuese un Ascendido. Con el tiempo me hubiese encargado también del lord —añadió—. Pero de ese bastardo enfermo te encargaste tú misma.

No... no sabía qué pensar de todo aquello. Había matado al duque y hubiera matado al lord porque...

Dejé esos pensamientos a un lado y sacudí la cabeza. No podía entender por qué había sentido la necesidad de hacer lo que había hecho cuando ahora estábamos en esta situación. Tampoco necesitaba entenderlo. Al menos, eso fue lo que me dije. No importaba. Como tampoco importaba esa parte de mí, oculta en lo más profundo de mi ser, que estaba encantada de saber que había una posibilidad de que lo que el duque me había hecho hubiese desempeñado cierto papel en su final.

—Que el duque y el lord fuesen horribles y malvados no te hace mejor que ellos —le dije—. Eso no convierte a todos los Ascendidos en culpables.

—No sabes nada de nada, Poppy.

Cerré los puños con fuerza para resistirme a las ganas de chillar, pero entonces Hawke abrió la puerta. Todos mis músculos se pusieron en tensión.

Le lancé una mirada asesina cuando entró en la celda. Deseé tener algún tipo de arma, a pesar de que sabía que aunque estuviese armada hasta los dientes, podría hacer muy poco. Era más rápido, más fuerte, y podía acabar conmigo con un simple gesto de muñeca.

En cualquier caso, estaba dispuesta a caer peleando.

—Tenemos que hablar —afirmó, mientras cerraba las puertas a su espalda.

—No, no tenemos que hacer nada.

—Bueno, en realidad no tienes elección, ¿no crees? —Sus ojos se posaron en los grilletes que rodeaban mis muñecas. Dio un paso hacia mí y luego se paró. Abrió las aletas de la nariz al tiempo que las pupilas de sus ojos se dilataban—. Estás herida.

Mi sangre. Había *olido* mi sangre. Con la boca seca, di un paso atrás.

—Estoy bien.

—No, no lo estás. —Me miró de arriba abajo, sus ojos se detuvieron a mitad de camino—. Estás sangrando.

—Apenas —le informé.

En un abrir y cerrar de ojos, estaba justo delante de mí. Con una exclamación ahogada, me tambaleé contra la pared. ¿Cómo había disimulado esa velocidad hasta entonces? Alargó la mano hacia el borde inferior de mi túnica y mi pánico explotó.

—¡No me toques! —Esquivé sus manos. Hice una mueca cuando el dolor irradió por mi costado. Hawke se puso tenso, la vista clavada en mí mientras el corazón martilleaba contra mis costillas—. No lo hagas.

—Ayer por la noche no tuviste ningún problema con que te tocara —comentó, arqueando una ceja. Sentí que el calor subía por mis mejillas, mis labios se retrajeron en una mueca de asco.

—Eso fue un error.

—¿Ah, sí?

—Sí —bufé—. Desearía que no hubiese pasado nunca.

Por todos los dioses, eso era verdad. No había nada que deseara más que olvidar cómo lo que habíamos hecho me había parecido precioso, algo que te cambiaba la vida, algo increíblemente correcto.

Era tonta.

Hawke apretó la mandíbula y pasó un largo momento.

—Sea como fuere, sigues estando herida, princesa, y me vas a dejar echar un vistazo.

Me costaba respirar, pero aun así levanté la barbilla desafiante.

—¿Y si no lo hago?

Su risa me recordó al pasado, pero ahora estaba teñida de una diversión fría.

—Como si pudieras impedírmelo —sentenció con suavidad. Y la verdad de lo que había dicho me llegó al alma—. Puedes permitir que te ayude o...

Me hormigueaban los dedos de lo fuerte que tenía cerrados los puños.

—¿O me obligarás a hacerlo?

Hawke no dijo nada.

Empecé a notar un ardor en el pecho mientras lo miraba sin pestañear. Lo odiaba y me odiaba por sentirme como había prometido que no volvería a sentirme jamás.

Impotente.

Podía negarme y hacer esto muy difícil, pero ¿de qué serviría al final? Hawke me inmovilizaría y todo lo que habría conseguido sería empeorar mis heridas. Estaba lo bastante furiosa para hacer justo eso, pero tampoco era estúpida.

Aparté la mirada yforcé una larga bocanada de aire a salir de mis pulmones.

—¿Por qué te importa siquiera si muero desangrada?

—¿Por qué crees que querría verte muerta? Si fuese así, ¿no crees que hubiese accedido a lo que pedían ahí afuera? —preguntó. Mi cabeza voló de vuelta hacia él—. Muerta no me sirves de nada.

—O sea que ¿soy tu rehén hasta que llegue el Señor Oscuro? Planeáis utilizarme contra el rey y la reina.

—Chica lista —murmuró—. Eres la Doncella favorita de la reina. —No sabía por qué, y no quería saberlo, pero la idea de que quería curar mi herida solo porque planeaba utilizarme me dolió en lo más hondo—. ¿Dejarás que vea la herida ahora?

No contesté nada porque lo que había dicho Hawke en realidad no era una pregunta. No tenía elección. Pareció satisfecho de que lo hubiese entendido porque estiró una mano hacia mí y, esta vez, mi cuerpo se puso todo rígido, pero no me moví.

Las manos de Hawke se cerraron en torno al borde de la oscura túnica. Levantó la tela y yo me mordí el carrillo por dentro cuando el dorso de sus nudillos rozó contra mi bajo vientre y mi cadera. ¿Lo habría hecho a propósito? Contemplé sus lustrosas ondas oscuras mientras él seguía levantando la camisa poco a poco. Se detuvo justo debajo de mis pechos, tras exponer lo que probablemente dejase otra cicatriz más.

Si es que vivía lo suficiente.

Porque después de que sirviera para lo que fuese que tenían en mente, dudaba mucho de que fuesen a liberarme. Eso no tendría ningún sentido.

Hawke me miró, estudió el corte sanguinolento y rezumante durante demasiado tiempo. Se me aceleró el pulso y recordé de manera muy nítida la sensación de sus dientes... no, sus *colmillos*, contra mi piel. Me estremecí. ¿Era de asco? ¿De miedo? ¿Los restos de una sensación indeseada que mi memoria había despertado? Quizás todas ellas. No tenía ni idea.

—Por todos los dioses —murmuró, su voz gutural. Levantó sus tupidas pestañas y sus ojos se cruzaron con los míos. Sus pómulos parecían ahora más afilados, perfilados por sendas sombras—. Casi acabas destripada.

—Siempre has sido muy observador.

Hizo caso omiso de mi comentario y me miró como si no fuese más que una niña tonta.

—¿Por qué no has dicho nada? Esto podría infectarse.

—Bueno —empecé, haciendo un esfuerzo supremo por mantener los brazos a los lados—, en realidad no hubo mucho tiempo, dado que estabas ocupado traicionándome.

—Eso no es excusa —repuso, con los ojos entornados.

Solté una carcajada ronca, más como un ladrido, y me pregunté si ya empezaba a tener fiebre.

—Por supuesto que no. Tonta de mí por no darme cuenta de que a la persona que participó en el asesinato de gente que me importaba, la que me traicionó e hizo planes con el que ayudó a masacrar a mi familia para utilizarme a mí con algún propósito malvado le hubiese importado que estuviera herida.

Esos ojos ambarinos se volvieron luminosos y se llenaron de un fuego dorado. Sus facciones se endurecieron y se me puso toda la carne de gallina. Se me congeló la sangre en las venas ante el lento recordatorio de que Hawke no era lo que siempre había supuesto. Mortal. Me negué a amilanarme, aunque tenía unas ganas terribles de echar a correr.

—Siempre tan valiente —murmuró. Soltó mi camisa y dio media vuelta. Llamó a Delano, que parecía no haberse ido demasiado lejos, pues se plantó delante de la celda en cuestión de segundos.

Me apoyé contra la pared, callada mientras Hawke esperaba a que Delano regresara con los artículos que le había pedido. El hecho de que mantuviera la espalda hacia mí durante tanto tiempo me dejó bien claro todo lo que necesitaba saber sobre si me veía o no como una amenaza.

Delano apareció con una cesta que hizo que me preguntara exactamente por qué ese tipo de cosas se tenían a mano. Mis ojos recorrieron la celda. ¿Eran aficionados a mantener sanos a sus prisioneros? Mejor aún, ¿sería aquí donde habían acabado todos los Ascendidos y el lord de la fortaleza?

Cuando Hawke se volvió hacia mí, estábamos solos de nuevo.

—¿Por qué no te tumbas en...? —Miró a su alrededor por la celda. Sus ojos se posaron en el escueto jergón como si acabara de darse cuenta de que no había cama—. ¿Por qué no te tumbas?

—Estoy bien de pie, gracias.

La impaciencia bulló justo por debajo de la superficie, pero aun así caminó despacio hacia mí, la cesta en la mano.

—¿Prefieres que me ponga de rodillas? —Una terrible sonrisa malvada tironeó de mis labios cuando hice ademán de aceptar su oferta...—. No me importa. —Bajó la vista al tiempo que se mordía el labio de abajo—. Hacerlo me pondría a la altura perfecta para algo que sé que te gustaría. Después de todo, siempre estoy hambriento de miel.

El *shock* me sacó de golpe todo el aire de los pulmones, pero la ira lo sustituyó casi al instante. Me aparté de la pared y me apresuré hacia el jergón. Me senté más despacio que al levantarme y le lancé una mirada gélida.

—Eres repulsivo.

Se rio entre dientes, vino hacia mí y se puso en cuclillas.

—Si tú lo dices.

—Lo sé.

Esbozó una media sonrisa mientras dejaba la cesta en el suelo. Un rápido vistazo me mostró que había vendas y pequeños frascos. Nada que pudiese hacer las veces de arma ineficaz. Hawke me hizo un gesto para que me tumbase y, después de mascullar una palabrota, hice lo que me pedía.

—Ese lenguaje —musitó. Cuando alargó la mano hacia mi túnica otra vez, la levanté yo misma—. Gracias.

Rechiné los dientes.

Apareció una sonrisita en su cara y se arrodilló para sacar una botellita clara de la cesta. Desenroscó la tapa y un aroma acre y punzante inundó el aire húmedo.

—Quiero contarte un cuento —dijo Hawke, el ceño fruncido mientras examinaba la herida.

—No estoy de humor para cuentecitos... —Contuve la respiración cuando echó mano de mi camisa. Le agarré la muñeca con ambas manos, apenas sentí el frío de la cadena contra mi estómago—. ¿Qué estás haciendo?

—La maldita espada casi te arranca la caja torácica —comentó. Sus ojos volvieron a brillar de un dorado impío—. El corte sube por el lado de tus costillas. —La herida no era tan mala, aunque sí que subía por mi costado—. Me da la sensación de que esto ocurrió cuando te quitaron la espada, ¿verdad? —preguntó.

No le contesté y, como no le solté la muñeca, esperaba que se limitara a zafarse de mi agarre. En lugar de eso, suspiró.

—Lo creas o no, no estoy intentando desnudarte para aprovecharme de ti. No estoy aquí para seducirte, princesa.

Lo que debía de haber sido un alivio tuvo el efecto opuesto. El ardor de mi pecho trepó hasta mi garganta y me formó un nudo con el que apenas podía respirar. Lo miré pasmada. Por supuesto que no trataba de seducirme. No cuando ya lo había conseguido la noche anterior, cuando no solo había logrado que bajara la guardia, sino también que confiara en él. Me había abierto a él, había compartido con él mis sueños de convertirme en algo distinto, mi miedo de regresar a la capital y... oh, por todos los dioses... mi don. Había compartido mucho más que solo palabras. Lo había dejado entrar en mi habitación, en mi cama, y luego dentro de mí. Hawke había susurrado que mi contacto lo consumía y había adorado mi cuerpo, mis cicatrices. Me había dicho que me hacían aún más bella y...

A mí me había gustado.

Había hecho más que solo gustarme.

Por todos los dioses, me había rendido a él aunque estaba prohibido. Me había rendido a él lo suficiente como para saber, en lo más profundo de mi ser, que él había desempeñado un papel crucial en mi decisión de decirle a la reina que rechazaría mi Ascensión. Un temblor recorrió mis dedos mientras el ardor de mi garganta llenaba mis ojos.

—¿Algo de lo nuestro fue verdad? —La pregunta brotó de mi interior con una voz ronca que apenas reconocí, y en el mismo momento que pronuncié las palabras, tuve ganas de retirarlas porque lo sabía... ya sabía la respuesta.

Hawke se quedó tan quieto como las estatuas que habían adornado el vestíbulo del castillo de Teerman. Aparté las manos a toda velocidad. Un músculo se tensó en su mandíbula, sus labios permanecieron apretados con firmeza.

Un sollozo seco y tembloroso trepó por mi garganta y me costó un esfuerzo supremo mantenerlo en mi interior. Hizo muy poco por aliviar la vergüenza que se había instalado en el centro de mi pecho como una brasa ardiente. *No lloraré. No lloraré.*

Incapaz de mirarlo por más tiempo, cerré los ojos. Eso tampoco ayudó. Al instante, vi cómo me había mirado, los labios hinchados y brillantes. La ira y la vergüenza y un profundo dolor que no había sentido jamás quemaron mis párpados.

Entonces sentí que Hawke movía las manos. Levantó la túnica con cuidado, paró justo antes de descubrir todo mi pecho. Esta vez, sus nudillos no rozaron mi piel y, como antes, incluso a la tenue luz, supe que las zonas más pálidas, casi brillantes, de piel cicatricial eran visibles, sobre todo para los ojos de un atlantiano. La noche anterior me había desnudado delante de él, le había dejado mirar todo lo que quisiera y me había creído todo lo que me había dicho. Había sido muy convincente, y se me revolvió el estómago al imaginar lo que debió de pensar en realidad.

Lo que debió de sentir en realidad cuando tocó las cicatrices, cuando las besó.

De repente, Hawke habló en el silencio. Me sobresalté.

—Puede que esto escueza.

Pensé que su voz sonaba más ronca de lo normal, pero entonces noté que se inclinaba sobre mí y el primer chorro de líquido tibio cayó sobre la herida. Solté un bufido con los dientes apretados cuando un dolor abrasador alanceó el lado derecho de mi estómago y subió por mis costillas. Un amargo olor astringente emanó de mi piel a medida que el líquido burbujeaba dentro del corte. Casi me sentí agradecida del escozor, porque pude concentrarme en él en lugar de en el palpitante dolor de mi pecho.

Eché la cabeza atrás y mantuve los ojos cerrados mientras caía más líquido en la herida, creando más espuma y provocando otra oleada de dolor que se extendió por todo mi tronco.

—Lo siento —musitó Hawke, y casi le creí—. Tendrá que empapar bien para quemar cualquier infección que pueda haber empezado ya a atacar la zona.

Genial.

Tal vez quemara a través de mi estúpido corazón. Se hizo el silencio, pero no duró demasiado.

—Los Demonios fueron culpa nuestra —dijo. Di un respingo—. Su creación, quiero decir. Todo esto. Los monstruos de la neblina. La guerra. En lo que se ha convertido esta tierra. Tú. Nosotros. Todo empezó con un absurdo acto de amor de una desesperación increíble, muchísimos siglos antes de la Guerra de los Dos Reyes.

—Ya lo sé —lo corté, tras aclararme la garganta—. Conozco la historia.

—Sí, pero ¿conoces la verdadera historia?

—Conozco la única historia. —Abrí los ojos y aparté la vista de las cadenas y los huesos retorcidos.

—Conoces solo lo que los Ascendidos han hecho que todo el mundo crea. Y no es la verdad. —Alargó la mano para agarrar la cadena que cruzaba parte de mi estómago. Me puse tensa, pero se limitó a apartarla con sumo cuidado—. Mi gente vivió en armonía con los mortales durante miles de años, pero entonces el rey O'Meer Malec...

—Creó a los Demonios —lo interrumpí—. Como he dicho...

—Estás equivocada. —Se echó hacia atrás para sentarse, una pierna levantada y el brazo apoyado sobre la rodilla—. El rey Malec se enamoró perdidamente de una mujer mortal. Su nombre era Isbeth. Hay quien dice que fue la reina Eloana la que la envenenó. Otros dicen que fue una amante desechada del rey la que la apuñaló, porque parece que él tenía bastante fama de infiel. Sea como fuere, Isbeth recibió una herida mortal. Como he dicho, Malec estaba desesperado por salvarla y cometió el acto prohibido de Ascenderla. Lo que vosotros conocéis como la Ascensión.

Mi corazón se atoró en algún lugar de mi garganta, al lado de ese enmarañado nudo de emoción. Hawke levantó los ojos hacia los míos.

—Sí. Isbeth fue la primera en Ascender. No vuestro rey y reina falsos. Ella se convirtió en la primera *vampy*.

Mentiras. Viles e inverosímiles mentiras.

—Malec bebió de Isbeth. Solo paró cuando sintió que su corazón empezaba a fallar y entonces compartió su propia sangre con ella. —Ladeó la cabeza, sus ojos dorados centellearon—. Tal vez si vuestro acto de Ascensión no estuviese tan rodeado de misterio, los detalles más precisos no serían una sorpresa para ti.

Hice ademán de levantarme, pero recordé la herida y el líquido efervescente.

—La Ascensión es una bendición de los dioses.

—Dista mucho de ser eso —me corrigió con una sonrisita—. Es más bien un acto que puede crear la cuasi inmortalidad o hacer que las pesadillas se hagan realidad. Nosotros los atlantianos nacemos casi mortales. Y permanecemos así hasta el Sacrificio.

—¿El Sacrificio? —pregunté, antes de poder evitarlo.

—Es cuando cambiamos. —Su labio superior se retrajo un poco y la punta de su lengua tocó un afilado colmillo. Eso lo sabía. Estaba en los libros de historia—. Aparecen los colmillos, que se alargan solo cuando nos alimentamos, y cambiamos de... otras maneras.

—¿Cómo? —La curiosidad se había apoderado de mí y pensé que todo lo que lograra averiguar podría ayudarme si conseguía salir de ahí.

—Eso no es importante. —Alargó la mano hacia un paño—. Puede que cueste más matarnos que a los Ascendidos, pero *sí* se nos puede matar —prosiguió. Eso también lo sabía. Que se podía matar a los Atlantianos, igual que a los Demonios—. Envejecemos más despacio que los mortales y, si nos cuidamos, podemos vivir miles de años.

Quería decirle que todo era importante, sobre todo las otras maneras en que cambiaban los atlantianos, pero la curiosidad tomó el control.

—¿Cuántos... cuántos años tienes?

—Más de los que aparento.

—¿Cientos de años? —insistí.

—Nací después de la guerra —contestó—. He visto pasar dos siglos enteros.

¿Dos siglos?

Madre mía...

—El rey Malec creó al primer *vampry*. Son... una parte de todos nosotros, pero no son como nosotros. A nosotros no nos afecta la luz del día. No como a ellos. Dime, ¿a cuál de los Ascendidos has visto jamás a la luz del día?

—No caminan al sol porque los dioses no lo hacen —contesté—. Así es como los honran.

—Vaya, qué conveniente para ellos. —La sonrisita de Hawke se volvió engreída—. Puede que los *vamprys* estén bendecidos con la cosa más parecida a la inmortalidad, como nosotros, pero no pueden caminar a la luz del día sin que su piel empiece a descomponerse. ¿Quieres matar a un Ascendido sin ensuciarte las manos? Enciérralo fuera sin refugio posible. Estará muerto antes de mediodía.

Eso no podía ser verdad. Los Ascendidos *elegían* no salir al sol.

—También tienen que alimentarse, y por *alimentarse* me refiero a sangre. Necesitan hacerlo con frecuencia para vivir, para evitar que vuelvan las heridas o enfermedades que sufrían antes de Ascender. No pueden procrear, no después de la Ascensión, y muchos experimentan una intensa sed de sangre cuando se alimentan, con lo que a menudo matan a mortales en el proceso. —Empezó a dar toquecitos con el paño sobre la herida, con cuidado de no ejercer demasiada presión mientras empapaba el líquido asentado—. Los atlantianos no se alimentan de mortales...

—Lo que tú digas —espeté cortante—. ¿De verdad esperas que me crea eso?

—La sangre mortal no nos proporciona nada de verdadero valor —explicó, mirándome a los ojos—, porque nunca fuimos mortales, princesa. Los *wolven* no necesitan alimentarse, pero nosotros sí. Nos alimentamos cuando lo necesitamos, de otros atlantianos.

Sacudí la cabeza. ¿Cómo podía esperar que creyera eso? La forma en que trataron a los mortales, cómo los habían utilizado casi como ganado, fue lo que empujó a los dioses a abandonarlos y a la población mortal a sublevarse.

—Podemos utilizar nuestra sangre para curar a un mortal sin convertirlo, algo que un *vampy* no puede hacer, pero la diferencia más importante es la creación de los Demonios. Un atlantiano no ha creado nunca a ninguno. Los *vamprys*, sí. Y por si no has seguido bien el hilo de la historia, los *vamprys* son lo que conoces como Ascendidos.

—Eso es mentira. —Cerré los puños con impotencia a los lados.

—Es la verdad. —Frunció las cejas, concentrado mientras examinaba la herida. Solo levantó la vista hacia mí cuando dejó el paño a un lado—. Un *vampy* no puede hacer a otro *vampy*. No pueden completar la Ascensión. Cuando agotan a un mortal, crean un Demonio.

—Lo que estás diciendo no tiene ningún sentido.

—¿En qué no tiene sentido?

—Porque si algo de lo que estás diciendo fuera verdad, quiere decir que los Ascendidos son *vamprys* y que no pueden hacer la Ascensión. —Una intensa ira quemó a través de mi pecho, peor que el líquido que Hawke había empleado para limpiar mi herida—. Si eso fuese verdad, ¿cómo han hecho a otros Ascendidos? Mi hermano, por ejemplo.

—Porque no son los Ascendidos los que entregan el don de la vida. —Su mandíbula se endureció, sus ojos se volvieron glaciales—. Están utilizando a un atlantiano para hacerlo.

Tosí una carcajada áspera.

—Los Ascendidos jamás trabajarían con un atlantiano.

—¿No me he explicado bien? Creo que no. He dicho que están *utilizando* a un atlantiano. No trabajando con uno. —Elegió otro frasco y desenroscó la tapa—. Cuando los aristócratas del rey Malec descubrieron lo que había hecho, abolió las leyes que prohibían el acto de Ascender. A medida que se crearon más *vamprys*, muchos fueron incapaces de controlar su sed de sangre. Agotaron a muchas de sus víctimas, lo cual creó la pestilencia conocida como Demonios, que se extendieron por el reino como una plaga. La reina de Atlantia, la reina Eloana, intentó detener aquello. Prohibió la Ascensión de nuevo y ordenó que se destruyera a todos los *vamprys* en un intento de proteger a la humanidad.

Observé cómo metía la mano en el frasco y luego lo dejaba a un lado. Una sustancia espesa, blanca como la leche, cubrió sus largos dedos. Reconocí el olor. Era el mismo ungüento que me habían aplicado otras veces.

—¿Milenrama?

—Entre otras cosas. —Asintió—. Cosas que ayudarán a acelerar la curación.

—Yo puedo... —Di un respingo cuando el ungüento helado tocó mi piel. Hawke extendió la mezcla por mi estómago, calentando el bálsamo y mi piel.

Y luego a mí.

Me empezaron a doler los nudillos cuando un indeseado escalofrío de sensaciones recorrió mi piel. *Te traicionó*, me recordé. *Te engañó*. Lo odiaba. Lo hacía. El nudo de mi garganta se expandió al tiempo que un calor embriagador me recorría de la cabeza a los pies.

Hawke parecía concentrado por completo en lo que estaba haciendo y eso era una bendición. No quería que viera cómo me afectaba su contacto.

—Los *vamprys* se rebelaron —continuó, después de sacar algo más de ungüento—. Eso es lo que desencadenó la Guerra de los Dos Reyes. No fue una guerra de mortales contra crueles e inhumanos atlantianos, sino de *vamprys* rebeldes.

Mis ojos volaron de su mano a su rostro. Parte de lo que decía me sonaba familiar, pero era una versión más oscura y retorcida de lo que conocía como la verdad.

—El número de muertos en la guerra no se exageró. De hecho, mucha gente cree que las bajas fueron mucho más numerosas. No nos derrotaron, princesa. El rey Malec fue depuesto, se divorció y lo exiliaron. La reina Eloana volvió a casarse y el nuevo rey, Da'Neer, replegó sus fuerzas, llevó a

su gente de vuelta a casa y puso fin a una guerra que estaba destruyendo este mundo.

—¿Y qué pasó con Malec e Isbeth? —pregunté, aunque no me creía gran parte de lo que había dicho.

—Vuestros archivos históricos dicen que Malec fue derrotado en batalla, pero la verdad es que nadie lo sabe. Él y su amante simplemente desaparecieron —explicó Hawke. Volvió a tapar el frasco—. Los *vamprys* se hicieron con el control de las tierras restantes, nombraron sus propios reyes, Jalara e Ileana, y rebautizaron el reino como Solis. Se autodenominaron Ascendidos y utilizaron a *nuestros* dioses, que hacía mucho que se habían ido a dormir, como razón para haberse convertido en lo que se habían convertido. En los centenares de años transcurridos desde entonces, han conseguido borrar la verdad de los libros de historia: que la inmensa mayoría de los mortales en realidad luchó en el bando de los atlantianos contra la amenaza común de los *vamprys*.

No pude ni hablar durante lo que pareció un minuto entero.

—Nada de eso suena creíble.

—Supongo que es difícil de creer que perteneces a una sociedad de monstruos asesinos, que se llevan a los terceros hijos e hijas durante el Rito para alimentarse de ellos. Y si no los dejan secos, se convierten en...

—¿Qué? —exclamé. Mi incredulidad se convirtió en ira—. Llevas todo este tiempo contándome solo falsedades, pero ahora has ido demasiado lejos.

Hawke puso una venda limpia sobre la herida y estiró bien los bordes hasta que se adhirió a mi piel.

—No te he dicho nada más que la verdad, igual que hizo el hombre que arrojó la mano de Demonio.

Me senté y me bajé la camisa.

—¿Estás afirmando que todos los entregados al servicio de los dioses son ahora Demonios?

—¿Por qué crees que todo el mundo tiene prohibido entrar en los templos excepto los Ascendidos y aquellos a los que controlan como los sacerdotes y las sacerdotisas?

—Porque son lugares sagrados en los que incluso la mayoría de los Ascendidos no entran —contesté.

—¿Has visto alguna vez a un niño que haya sido entregado a los dioses? ¿A uno solo, princesa? ¿Conoces a alguien aparte de un sacerdote o una sacerdotisa o un Ascendido que diga haber visto a alguno? Eres lista. Sabes

que nadie lo ha hecho —me retó—. Eso se debe a que la mayoría muere antes incluso de aprender a hablar.

Me quedé boquiabierta.

—Los *vamprys* necesitan una fuente de alimento, princesa, una que no levante sospechas. ¿Qué mejor forma que convencer a un reino entero de entregar a sus hijos con el pretexto de honrar a los dioses? Han creado una religión alrededor de ello, una religión que hace que los hermanos se vuelvan unos contra otros si alguno de ellos se niega a entregar a un hijo. Han engañado a un reino entero, han empleado el miedo a lo que han creado en contra de la gente. Y eso no es todo. ¿Has pensado alguna vez en lo raro que es que muchos niños pequeños mueran de un día para otro de una misteriosa enfermedad de la sangre? Como la familia Tulis, que perdió a su primer y a su segundo hijo a causa de ella. No todos los Ascendidos son capaces de atenerse a una dieta estricta. Para un *vampry*, la sed de sangre es un problema muy real y muy común. De noche son ladrones que roban niños, mujeres y maridos.

—¿De verdad piensas que me creo algo de lo que dices? ¿Que los atlantianos son inocentes y que todo lo que me han enseñado es una mentira?

—En realidad, no, pero merecía la pena intentarlo. No somos inocentes de todos los crímenes...

—Como el asesinato y el secuestro —le lancé, a modo de ataque.

—Entre otras cosas. No quieres creer lo que digo. No porque suene demasiado absurdo de creer, sino porque hay cosas que ahora te cuestionas. Porque significa que tu querido hermano se está alimentando ahora de inocentes...

—No.

—Y los está convirtiendo en Demonios.

—Cállate —gruñí. Me levanté de un salto. El brusco y repentino movimiento apenas me causó ningún dolor.

Hawke se levantó con un movimiento fluido y se alzó enseguida por encima de mí.

—No quieres aceptar lo que estoy diciendo, por lógico que suene, porque significa que tu hermano es uno de ellos, y la reina que tanto te cuidó ha asesinado a miles de...

No me paré a pensar en lo que hice a continuación. Solo que estaba furiosa y tenía miedo porque Hawke estaba en lo cierto, lo que había dicho había dado lugar a preguntas. Como por qué jamás se veía a ninguno de los Ascendidos durante el día, o por qué nadie excepto ellos entraba en los

templos. Pero, peor aún, planteaba la pregunta de por qué habría Hawke de inventarse todo esto. ¿Cuál sería el objetivo de inventar esta mentira tan elaborada cuando tenía que saber lo mucho que le costaría convencerme?

No, no pensé en nada de eso.

Me limité a actuar.

La cadena resbaló por el suelo cuando me giré hacia Hawke, mi puño cerrado con fuerza.

Hawke levantó su mano como una exhalación para atrapar la mía antes de que conectara con su mandíbula. Por todos los dioses, se movía a una velocidad imposible. Me retorció el brazo y me hizo girar. Me dio un tirón hacia atrás, hacia el muro de su pecho, y mi brazo quedó atrapado entre nosotros mientras él agarraba mi otra mano. Un alarido de frustración subió por mi garganta y brotó por mi boca al tiempo que hacía ademán de levantar la pierna.

—No lo hagas. —Su voz fue una suave advertencia en mi oído, una que provocó que un escalofrío bajara por mi columna.

No lo escuché.

Hawke gruñó cuando el talón de mi pie conectó con la parte de delante de su pierna. Levanté la mía otra vez y lancé una patada hacia atrás.

De repente, me encontré aplastada contra la pared con Hawke a mi espalda. Forcejeé, pero no sirvió de nada. No había ni un centímetro de espacio entre él o la fría y húmeda pared.

—He dicho que no lo hagas. —Su aliento cálido rozó mi sien—. Lo digo en serio, princesa. No quiero hacerte daño.

—¿Ah, no? Ya me has hecho dañ... —Me interrumpí.

—¿Qué? —Movié mi brazo de modo que ya no estuviera atrapado entre nosotros. Aunque no me soltó. En vez de eso, apretó mi mano contra la pared, igual que hacía con la otra.

Cerré la boca con fuerza. Me negaba a decirle que ya me había hecho daño. Reconocerlo significaba que había algo con lo que hacerme daño, algo que explotar, y él ya tenía bastantes cosas para utilizar contra mí.

—Sabes que no puedes herirme de gravedad —dijo. Apoyó la mejilla contra la mía. Yo me puse tensa.

—Entonces, ¿por qué estoy encadenada?

—Porque aun así, que te den patadas, puñetazos y arañazos no es agradable —replicó—. Y aunque los otros han recibido órdenes de no tocarte, eso no significa que vayan a ser tan tolerantes como yo.

—¿Tolerantes? —Intenté empujar para apartarme de la pared, pero no llegué a ninguna parte—. ¿A esto le llamas ser tolerante?

—Si tenemos en cuenta que acabo de pasar un tiempito limpiando y vendando tu herida, yo diría que sí. Y un «gracias» sería bienvenido.

—No te pedí que me ayudaras —bufé.

—No. Porque eres, o bien demasiado orgullosa, o bien demasiado insensata para no hacerlo. Te hubieses dejado pudrir en lugar de pedir ayuda —comentó—. O sea que no voy a recibir un «gracias», ¿verdad?

Dar un cabezazo hacia atrás fue mi respuesta. Sin embargo, él se anticipó y no conseguí golpearlo. Pegó mi mejilla a la pared y la mantuvo ahí. Yo me retorcí y forcejeé en un intento de escapar de su agarre.

—Tienes un talento excepcional para ser desobediente —gruñó Hawke—. Solo superado por tu talento para volverme loco.

—Has olvidado otro talento más.

—¿Ah, sí?

—Sí —escupí entre dientes—. Mi talento para matar Demonios. Supongo que matar atlantianos será casi lo mismo.

Hawke soltó una risa grave y noté el sonido por toda la espalda.

—Nosotros no estamos consumidos por el hambre, o sea que no se nos puede distraer tan fácil como a un Demonio.

—Aun así, se os puede matar.

—¿Eso es una amenaza?

—Tómatelo como quieras.

—Sé que has pasado por mucho —dijo, después de un momento de silencio—. Y sé que lo que te he contado también es mucho para asimilar de golpe, pero es todo verdad. Cada parte, Poppy.

—¡Deja de llamarme así! —Me retorcí en su agarre.

—Y tú deberías dejar de hacer eso —comentó, con su voz más grave, más profunda—. Aunque bueno... por favor, continúa. Es el tipo de tortura perfecto.

Durante un instante, no entendí a qué se refería, pero entonces lo sentí contra la parte baja de mi espalda y se me cortó la respiración mientras me invadía una oleada de bochorno.

—Estás enfermo.

—Y soy retorcido. Perverso y oscuro. —La áspera pelusa de su barbilla rozó mi mejilla y mi espalda se arqueó en respuesta. Hawke pareció acercarse más aún, estiró los dedos por encima de los míos—. Soy muchas cosas...

—¿Un asesino? —susurré, sin tener muy claro si se lo estaba recordando a él o a mí misma—. Mataste a Vikter. Mataste a todos los otros.

De pronto, se quedó muy quieto, y al instante siguiente, empujó su pecho contra mi espalda.

—He matado, sí. Igual que lo han hecho Delano y Kieran. Tanto yo como el que llamas Señor Oscuro tuvimos que ver en las muertes de Hannes y de Rylan, pero no en la de esa pobre chica. Eso fue obra de uno de los Ascendidos, probablemente obnubilado por su sed de sangre. Y estoy dispuesto a apostar que fue, o bien el duque, o bien el lord.

El lord.

Que había olido a las flores que Malessa llevaba en las manos más temprano ese mismo día.

—Y ninguno de nosotros tuvo nada que ver con el ataque al Rito y lo que le sucedió a Vikter.

Por todos los dioses, quería creerle. Necesitaba creer que no me había acostado con el hombre que había tomado parte en la muerte de Vikter.

—Entonces, ¿quién fue?

—Fueron aquellos a quienes llamas los Descendentes. Nuestros seguidores —explicó, su voz apenas más alta que un susurro—. Sin embargo, no hubo ninguna orden de atacar el Rito.

—¿De verdad pretendes que crea que la *cosa* a la que siguen los Descendentes no les ordenó que atacaran el Rito?

—Solo porque apoyen al Señor Oscuro no significa que estén encabezados por él —contestó—. Muchos de los Descendentes actúan por su cuenta. Saben la verdad. Ya no quieren seguir viviendo con el miedo de que conviertan a sus hijos en monstruos o sean robados para alimentar a otros. Yo no tuve nada que ver con la muerte de Vikter.

Me estremecí. Lo que había dicho acerca de su implicación me convencía, y no estaba segura de por qué. En cualquier caso, dirigiese el Señor Oscuro a los Descendentes o no, seguía siendo la causa de la muerte de Vikter. Ellos habían adoptado su causa y habían actuado en consecuencia.

—Pero lo de los otros lo admites. Tú los mataste. Reconocerlo no cambia las cosas.

—Tenía que ocurrir. —Su barbilla se separó de mi mejilla—. Igual que tú tienes que entender que no hay forma de salir de esta. Me perteneces.

—¿No querrás decir que pertenezco al Señor Oscuro? —pregunté, girando la cabeza despacio.

—Quise decir lo que he dicho, princesa.

—No le pertenezco a nadie.

—Si crees eso, entonces *sí* que eres tonta —se burló. Volvió a pegar la cabeza a la mía antes de que pudiese lanzarle un golpe—. O te estás mintiendo a ti misma. Pertenecías a los Ascendidos. Lo sabes muy bien. Es una de las cosas que odiabas. Te tenían dentro de una jaula.

Jamás debí contarle nada.

—Al menos esa jaula era más cómoda que esta.

—Es verdad —murmuró. Pasaron unos instantes—. Pero nunca has sido libre.

—Sea verdad o no —y era una verdad dolorosa—, eso no significa que vaya a dejar de luchar contra ti —le advertí—. No pienso someterme.

—Lo sé. —Había un tono extraño en su voz, uno que sonaba a... admiración. Aunque eso no tenía sentido.

—Y sigues siendo un monstruo —añadí.

—Lo soy, pero no nací así. Me *hicieron* así. Preguntaste por la cicatriz de mi muslo. ¿La miraste bien, o estabas demasiado ocupada contemplando mi pen...?

—¡Cállate! —grité.

—Debiste darte cuenta de que era el escudo real grabado a fuego en mi piel —dijo y yo solté una exclamación ahogada. Sí que me había parecido el escudo real—. ¿Quieres saber por qué tengo unos conocimientos tan íntimos sobre lo que ocurre durante vuestra jodida Ascensión, Poppy? ¿Cómo es que sé lo que tú no? Porque me retuvieron en uno de esos templos durante cinco décadas y me hicieron cortes y tajos y se alimentaron de mí. Mi sangre se vertía en cálices dorados de los que bebían los segundos hijos e hijas después de ser agotados por la reina o el rey u otro Ascendido. Yo era el maldito ganado.

No.

No podía creer aquello.

—Y no solo me utilizaban como alimento. Les proporcionaba todo tipo de entretenimientos. Sé exactamente lo que es no tener elección —continuó, y sus siguientes palabras me causaron un profundo horror—. Fue tu reina la que me marcó a fuego, y si no hubiese sido por la insensata valentía de otro, todavía estaría ahí. Así es como me hice esa cicatriz.

Sin previo aviso, sus manos resbalaron de las mías y se apartó de mí. Me quedé ahí temblando, sin moverme. Tardé un largo momento en hacerlo. Cuando por fin me di la vuelta, Hawke ya estaba fuera de la celda.

Si lo que había dicho era cierto...

No, no podía serlo. Por todos los dioses, no podía ser.

De repente, sentí un frío insoportable y me abracé a mí misma, cruzando las cadenas. Hawke me miró a través de los barrotes.

—Ni el príncipe ni yo queremos que sufras ningún daño. Como ya te he dicho, te necesitamos viva.

—¿Por qué? —susurré—. ¿Por qué soy tan importante?

—Porque tienen al verdadero heredero al trono del reino. Lo capturaron cuando me liberó.

Creía que el Señor Oscuro era el único heredero al trono atlantiano. Si lo que Hawke decía era verdad, solo podía significar que...

—¿El Señor Oscuro tiene un hermano?

Hawke asintió.

—Eres la favorita de la reina. Eres importante para ella y para el reino. No sé por qué. Quizás tenga algo que ver con tu don. Quizás no. Pero te devolveremos a ellos si ellos devuelven al príncipe Malik.

Todo lo que había dicho tardó unos segundos en registrarse en mi mente.

—Planeáis utilizarme como rescate.

—Es mejor que enviarte de vuelta en pedacitos, ¿no crees?

Me invadió una oleada de incredulidad, seguida de cerca por ese dolor palpitante procedente de mi pecho.

—Has pasado todo este rato contándome que la reina, los Ascendidos y mi hermano son, todos ellos, malvados *vamprys* que se alimentan de mortales y ¿te vas a limitar a enviarme ahí de vuelta una vez que liberes al hermano del Señor Oscuro?

Hawke no dijo nada.

Una risa rota brotó por mis labios, sonó demasiado mojada. Si lo que decía era verdad, confirmaba lo que ya iba siendo evidente.

Mi seguridad o mi bienestar no le importaban lo más mínimo, más allá de asegurarse de que aún respirara cuando llegara el momento de hacer el intercambio.

Me llevé una mano al pecho para aliviar el dolor mientras otra carcajada subía por mi garganta. Hawke apretó la mandíbula.

—Se te proporcionará una cama más cómoda. —No sabía cómo contestar a eso, pero lo que estaba claro era que no le iba a dar las gracias. Hawke levantó la barbilla—. Puedes optar por no creer nada de lo que te he contado, pero deberías, para que lo que estoy a punto de decir no te sorprenda. Pronto partiré para reunirme con el rey Da'Neer de Atlantia e informarle de que te

tenemos. —Levanté la cabeza de golpe—. Sí. El rey vive. Igual que la reina Eloana. Los padres de aquel al que llamas Señor Oscuro y del príncipe Malik.

Alucinada, fui incapaz de reaccionar. Hawke dio media vuelta para marcharse, pero se detuvo un momento.

—No todo fue mentira, Poppy —dijo, sin mirar atrás—. No todo.

Capítulo 37



No todo fue mentira.

¿Qué parte?

¿La historia del hermano de Hawke? ¿La del resto de su familia? ¿Lo de trabajar sus tierras, y las cavernas que solía explorar de niño? ¿Que había estado enamorado una vez y la había perdido? ¿O todas las cosas que había dicho acerca de mí?

En cualquier caso, lo que dijese que era verdad no importaba. No debería hacerlo, pensé, mientras caminaba hasta donde las cadenas me lo permitían, que no era muy lejos, la verdad.

Después de que se marchara, me senté en el jergón e intenté distinguir entre verdad y ficción, cosa que me pareció imposible. De algún modo, sucedió algo aún más improbable, me quedé dormida. Mi mente no se había apagado, pero mi cuerpo simplemente me dejó tirada. Dormí hasta que las pesadillas me despertaron, el eco de mis gritos resonaba contra las paredes de piedra.

Había pasado mucho tiempo desde que el recuerdo de la noche de la muerte de mis padres me había encontrado en mis sueños. Que me encontrara en este lugar no era demasiado sorprendente.

Retiré varios mechones sueltos de pelo de mi cara y me giré, con cuidado de no enredarme con las cadenas.

Quizás... quizás los Ascendidos *sí* que fuesen *vamprys*, creados por accidente por los atlantianos. Eso podía creerlo. Parecía una mentira demasiado elaborada para no ser real. Y podía creer que lord Mazeen había sido la causa de la muerte de Malessa. No dudaba de que ese hombre hubiese sido capaz de semejante crueldad.

Y por todos los dioses, me creía lo que Hawke había dicho sobre cómo se había hecho esa cicatriz. Tal vez no la parte en que decía que había sido la reina la que lo había marcado, ni lo de la razón por la que lo habían retenido tantos años, pero la crudeza de su voz no era algo que pudiese forzarse. Lo habían retenido en contra de su voluntad y lo habían utilizado de maneras que ni siquiera yo podía comprender.

Creer eso no significaba que todo lo demás fuese verdad. Que los Ascendidos se alimentaran de mortales, que los secuestraran en templos y entraran en hogares en medio de la noche para crear Demonios de aquellos a los que no dejaban secos del todo. ¿Cómo diablos hubiesen podido mantener eso en secreto? La gente lo descubriría antes o después.

Puede que la gente ya lo hubiese descubierto.

Es decir, si es que ese descubrimiento era lo que había empujado a los Descendentes a apoyar al reino caído de Atlantia.

Sacudí la cabeza.

Eso significaría que todos los Ascendidos serían conscientes de lo que estaba ocurriendo. Que ni uno solo de ellos había rechazado la Ascensión aun después de saber lo que les costaría. Ni siquiera mi hermano.

Nuestra madre, sin embargo, sí que la había rechazado.

Mi corazón trastabilló consigo mismo.

Ella la había rechazado porque amaba a mi padre. No porque se hubiese enterado de la verdad y se hubiese negado a aceptarla. La había rechazado por amor, y aun así el Señor Oscuro la había matado.

A menos... a menos que la duquesa hubiese mentido acerca de eso. Pero ¿por qué? ¿Por qué habría mentido? El Señor Oscuro, el príncipe Casteel, controlaba a los Demonios.

Excepto que no parecía que los Demonios estuviesen controlados por nada más que por el hambre... Jamás los había visto detenerse en medio de un ataque ni exhibir ningún grado verdadero de pensamiento cognitivo.

Pero si eso no era verdad, si el Señor Oscuro no podía controlarlos, ¿acaso significaba que los Ascendidos los estaban utilizando para controlar a la población? ¿Para impedir que hiciesen demasiadas preguntas y predisponerlos a entregar a sus hijos para que los dioses no se mostrasen disgustados y expusieran sus ciudades a un ataque de Demonios?

Casi tuve la sensación de que me caería ahí muerta por cuestionarlo siquiera. Porque Hawke tenía razón. Era una religión.

Empecé a caminar de nuevo.

¿Cómo habían llegado los Demonios a un pueblo que no había visto un ataque desde hacía décadas en el momento en que yo arribé junto con mi familia si el Señor Oscuro no los había enviado?

No tenía ningún sentido, y darle tantas vueltas a todo me estaba empezando a dar dolor de cabeza. Aunque parte de lo que Hawke había dicho fuese verdad, seguía sin cambiar que ellos mismos eran responsables de muchas muertes.

No todo podía ser verdad, porque era del todo imposible que mi dulce y amable hermano hubiese Ascendido si sabía lo que estaba ocurriendo. Era imposible.

Hawke estaba... solo estaba jugando con mi cabeza. Me estaba volviendo indecisa e insegura. Era muy capaz de hacer algo así.

Me detuve y bajé la vista hacia mis manos. Me iba a devolver a la misma gente que decía que había abusado de él. ¿Cuán horrible era eso?

Se me humedecieron los ojos, pero respiré hondo. No lloraría. No derramaría ni una sola lágrima por Hawke, por lo que tal vez le habían hecho, ni por lo que él me había hecho a mí. No permitiría que eso me rompiera. No cuando él ya había hecho añicos mi corazón.

La puerta del final del pasillo se abrió y levanté la cabeza. Vi a Delano con otro hombre de lustrosa piel marrón. Tenía los ojos del mismo marrón dorado que algunos de los otros.

Atlantiano.

—Me alegro de que estés despierta —saludó Delano—. No he querido molestarte antes cuando vine a verte. —No quería ni pensar en el hecho de que había estado ahí abajo mientras yo dormía—. Voy a abrir esta puerta, y Naill y yo te vamos a llevar a unas dependencias más agradables —explicó. Arqueé las cejas—. Y tú no vas a hacer ninguna tontería, ¿verdad?

—Verdad —repetí. Brotó una chispa de esperanza en mi interior. Delano sonrió.

—Eso no ha sido ni remotamente convincente.

—Desde luego que no —convino Naill—. Tampoco puedo culparla. Si yo estuviese en su lugar, estaría pensando que esta es una buena oportunidad para escapar.

La esperanza se evaporó. La sonrisa de Delano se esfumó.

—Tienes que entender una cosa, Doncella. Soy un *wolven*.

—Eso ya lo había deducido.

—Entonces tienes que saber que la única razón por la que lograste dar esquinazo a Kieran ayer fue porque no quiso atraparte. Yo querré atraparte.

—Un escalofrío recorrió mi piel—. Tengo una capacidad de rastreo impecable. No hay ningún sitio al que puedas huir en el que no te vaya a encontrar —continuó.

—La verdad es —intervino Naill, atrayendo mi atención hacia sus pómulos altos y prominentes—, que yo soy aún más rápido que él. Y ninguno de los dos queremos hacerte daño. Por desgracia, ese sería el caso si huyeras, porque tengo la sensación de que convertirías el aire vacío en un arma y entonces tendríamos que defendernos. Dudo de que *él* haga distinciones entre que queramos hacerte daño y vernos forzados a hacerlo para intentar defendernos.

Abrí las aletas de la nariz al soltar una temblorosa bocanada de aire. Me importaba un comino lo que él quisiera, hiciera o pensara.

—Haría que nos clavarán a las paredes del Gran Salón, pero a los dos nos gusta respirar y tener todas las partes del cuerpo. Así que, por favor, sé buena —terminó Delano, mientras abría la puerta—. Porque aunque perder la mano o una muerte segura sería terrible, aborrezco la idea de tener que pegarle a una mujer. —Entró en la celda—. Incluso a una que parece tan peligrosa como tú.

Le sonreí, y no fue una expresión precisamente agradable. Lo hice porque me alegraba de que supieran que era peligrosa.

Pero además de peligrosa no era estúpida. No podría huir de ellos. Eso lo sabía. No tenía ningún sentido conseguir que me hicieran daño solo por ponerles las cosas difíciles. Incluso yo era capaz de darme cuenta de eso.

Levanté las muñecas e hice tintinear las cadenas.

Delano me miró con suspicacia mientras buscaba una llave en el bolsillo de su túnica y abría los grilletes. Resbalaron de mis manos y traquetearon contra el suelo de tierra compactada.

Naill fue el primero en dar la vuelta, giró la cabeza hacia la entrada, y Delano lo siguió de inmediato. Y ahí estaba yo, las manos libres y los ojos clavados en la espada que Delano llevaba a la cintura.

—Mierda —dijo Naill. Eso llamó mi atención. Delano soltó un grave retumbar de advertencia que me puso la carne de gallina.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí abajo, Jericho?

Se me cortó la respiración cuando vi que la alta figura salía de entre las sombras.

—Dar un paseo —contestó.

—Y una mierda —escupió Naill—. Has venido aquí abajo tú solo. Vienes a por ella.

Me puse tensa. Jericho se giró hacia mí.

—Estás equivocado —dijo—. Y también tienes razón. —Se oyeron unas pisadas en la entrada y oí a Delano maldecir de nuevo—. He venido a por ella —aclaró Jericho—. Pero no estoy solo.

No, no lo estaba. Había seis hombres con él, todos se quedaron cerca de las sombras.

—Estás mostrando una estupidez increíble —señaló Naill, bloqueando la puerta. Jericho me miró a través de los barrotes.

—Quizás.

—Sé que crees que te mereces tu venganza en carne. Ella te hirió.

—Dos veces —apunté. Delano me lanzó una mirada que decía que no estaba ayudando. Jericho hizo una mueca desdeñosa.

—No olvides lo de la mano. —Levantó el brazo izquierdo—. También está eso.

—Eso fue culpa tuya —le contestó Delano—. No de ella.

—Sí, bueno, no puedo desquitarme con el príncipe, ¿verdad? —comentó Jericho. Fruncí el ceño. Creía que había sido Hawke el que le había cortado la mano...

—¿Entiendes que te cortará la cabeza si le haces daño? ¿Todas vuestras cabezas? —se corrigió Delano—. Dijo que *nadie* debe hacerle daño. Si intentáis hacer lo que quieréis hacer, moriréis todos. ¿Eso es lo que quieréis, Rolf? ¿Ivan? —Soltó los nombres de todos los que estaban escondidos—. Lo considerará una traición. Pero todavía tenéis una oportunidad de salir de esta con la vida intacta. No lo haréis si cualquiera de vosotros da un solo paso adelante.

Ninguno de ellos se movió para marcharse.

Uno avanzó. Un hombre mayor de ojos castaños.

—Es la jodida Doncella, Delano. La han criado como a una Ascendida, por la maldita reina en persona, prácticamente. Los Ascendidos se llevaron a mi hijo en medio de la puta noche.

—Pero *ella* no se llevó a tu hijo —repuso Naill.

—Entiendo que el príncipe quiera utilizarla para liberar a su hermano, pero tanto tú como yo sabemos que lo más seguro es que Malik esté muerto —lanzó Jericho—. Y si no lo está, es probable que no sea buena cosa. Tiene que estar tan jodido ya que no debe de tener ni idea de quién es.

—Pero si la enviamos de vuelta con los Regios chupasangres, les estaremos mandando un mensaje de lo más poderoso —razonó otro—. Los dejará conmocionados. Necesitamos esa ventaja.

—Y la queremos —dijo el que se llamaba Rolf—. Tú tienes que quererla. Esos bastardos mataron a toda tu manada, Delano. Tu madre. Tu padre. Tus hermanas no tuvieron tanta suerte. Esperaron un tiempo antes de matarlas...

—Sé muy bien lo que le hicieron a mi familia —gruñó Delano, y sentí que se me revolvía el estómago—. Pero eso no cambia el hecho de que no permitiré que le hagáis daño.

—Estaba de pie al lado del duque y la duquesa de Teerman —llegó una voz. Un escalofrío bajó por mi columna—. Se quedó ahí plantada cuando nos dijeron a mi mujer y a mí que debíamos entregar a nuestro hijo a los dioses. Se quedó ahí plantada y no hizo *nada*.

Me tambaleé un paso hacia atrás cuando el hombre que acababa de hablar salió de entre las sombras. Era el Sr. Tulis. Sacudida por su aparición, no pude hacer nada más que mirarlo con cara de pasmo.

Entonces él me miró, con los ojos cargados de odio.

—No puedes decirme que no sabías lo que estaban haciendo. ¡No puedes decirme que no tenías ni idea de lo que les ocurría a nuestros hijos! —gritó—. De lo que le sucedía a la gente que se iba a dormir y no volvía a despertar jamás. Tenías que saber lo que eran esos monstruos.

Abrí la boca y lo único que pude decir fue:

—¿Está vuestro hijo con vosotros?

—Los Ascendidos jamás tocarán a Tobias —juró—. No perderemos a otro hijo a sus manos.

Inquieta al sentir que mi don se avivaba, apenas fui capaz de prestar atención a lo que dijo Delano.

—¿Y traicionarías al príncipe, que ayudó a tu familia a escapar? ¿Que se aseguró de que vuestro hijo pudiera crecer y tener un futuro?

—Haría cualquier cosa por sentir la sangre de los Ascendidos fluyendo por mis manos —declaró el Sr. Tulis, sin quitarme los ojos de encima.

—No soy una Ascendida —susurré.

—No —aceptó con desdén, blandiendo un cuchillo—. Solo eres todo su futuro.

Quería decirle que pensaba acudir a la reina en su nombre, pero no tuve la oportunidad. Tampoco es que fuese a cambiar nada. No con ese tipo de odio emanando de su interior.

—No lo hagáis —les advirtió Delano, al tiempo que desenvainaba su espada.

—El príncipe lo superará —sentenció Jericho—. Y si tenemos que mataros a vosotros dos para asegurarnos de que no averigüe lo sucedido, que

así sea. Es vuestra tumba. No la mía.

Todo ocurrió muy deprisa.

Rolf apartó al Sr. Tulis de un empujón justo cuando Naill atacaba, más rápido que una víbora. Agarró al hombre más grande del pecho y hundió los dientes en su cuello, arrancando, desgarrando...

Otro hombre se estrelló contra Naill y lo separó de Rolf, que se tambaleó contra los barrotes. La sangre caía a borbotones por su cuello y el hombre se rio.

—Me has mordido. —Levantó los brazos por los aires y su espalda se arqueó, crujó—. De verdad me has mordido —musitó, sus últimas palabras sonaron como gravilla cuando sus rodillas cedieron. Hizo una mueca y cayó sobre las manos y las rodillas.

Naill se quitó al hombre de encima de una patada. Enseñó los dientes con un siseo que sonó tan gatuno que pensé en el depredador que había visto en aquella jaula hacía tantos años.

El gato de cueva al que Hawke siempre me recordaba.

Naill se abalanzó sobre el hombre y lo derribó mientras Delano se giraba hacia mí.

—Mata a cualquiera que se acerque a ti. —Me tiró su espada, que atrapé al vuelo, sorprendida, mientras daba media vuelta hacia los que ya se apelotonaban a la puerta de la celda.

Delano se transformó y la parte de atrás de su camisa se desgarró de arriba abajo al caer hacia delante. Sus manos alargadas impactaron contra el suelo mientras un espeso pelaje blanco brotaba en un abrir y cerrar de ojos por todo su enorme cuerpo.

En un santiamén, un gigantesco *wolven* se alzaba a mi lado, justo cuando otros aparecieron en el pasillo.

—Es una fiesta —canturreó Jericho, y cualquier esperanza que hubiese podido albergar de que fuesen a ayudar terminó de un plumazo. Me guiñó un ojo—. Eres popular.

—Y tengo dos manos —repliqué.

La sonrisilla se borró de su rostro.

Rolf entró en la celda y Delano se estrelló contra él. Rodaron por el recinto, como una bola de pelo marrón y blanco. Delano enseguida tomó ventaja, chasqueando sus dientes a centímetros de los de Rolf.

Naill agarró a uno de los hombres a la carrera. Se giró y lo estampó contra los barrotes con tal fuerza que agrietó el hierro. El hombre cayó y no volvió a levantarse.

El atlantiano dio media vuelta e intentó alcanzar a uno de los otros que se había colado en la celda. Un rápido vistazo a los ojos, ni azul hielo ni ámbar dorado, me indicó que me enfrentaba a un mortal. El que había hablado primero.

—No quiero hacerte daño —dije.

—Está bien —contestó. Sujetaba una espada letal con forma de guadaña—. Pero yo sí quiero hacerte daño.

Cargó hacia mí con un grito y me resultó más que fácil esquivarlo. Giré en redondo y estrellé la empuñadura de la espada contra la parte de atrás de su cabeza. Lo dejé inconsciente. Quizás le hice algo más de daño. No quería reconocer que sus palabras me habían afectado tanto como para infligirle a propósito un golpe mortal.

Lo que entró a continuación no era mortal. Era un gran *wolven* a manchas. Retrajo los labios, que vibraron con su gruñido cuando enseñó sus enormes dientes.

—Joder —susurré.

El *wolven* se abalanzó sobre mí, pero retrocedí de un salto y columpié la espada por el aire. El borde de la hoja le hizo un cortecito en el costado, pero aun así la criatura chocó con la pared y se impulsó contra ella al instante. Giré sobre los talones, asfixiada por el pánico, y arremetí con la espada en un gran arco. Esta vez se le clavó a la enorme bestia en el estómago. Tiré de la espada para liberarla, pero no se movió y el *wolven*, tras un gemido, dio un zarpazo. Solté la espada, pero no fui bastante rápida. Las garras engancharon la parte de delante de mi túnica, justo por debajo del cuello. La tela se desgarró y un intenso dolor lacerante recorrió todo mi pecho.

Me tambaleé hacia atrás. Bajé la vista y me encontré con la mitad de la camisa rajada y gotas de sangre por toda la piel desnuda.

Naill llegó a la carrera.

—¡La espada curva! —chilló—. ¡Agarra la...!

Un hombre golpeó la parte de atrás de su cabeza con algún tipo de garrote. El cuerpo entero de Naill sufrió un espasmo y se le pusieron los ojos en blanco. Se desplomó mientras yo me lanzaba hacia la espada curva.

Oí un gemido al levantarme. Era Delano. Su pelo blanco estaba empapado de sangre y recé por que fuera de Rolf.

Delano se tambaleó hacia un lado y supe que no era así. Era suya. Una de sus patas cedió bajo su peso y el *wolven* cayó mientras Rolf se acercaba a él acechante, sacudiendo su inmensa cabeza.

No supe por qué hice lo que hice a continuación. Necesitaba centrarme en los otros que estaban decididos a asesinarme, pero me abalancé hacia delante y columpié la espada contra la parte de atrás del cuello del lobuno. La hoja estaba tan afilada que cortó a través de tendones y huesos como un cuchillo corta la mantequilla.

Rolf ni siquiera soltó un gemido. No había tenido tiempo de hacerlo.

Tampoco había habido tiempo de evitar el golpe que impactó contra el centro de mi espalda y me derribó al suelo. Me *ardía* la espalda, pero mantuve mi agarre sobre la espada y respiré a través del fuego que parecía haber brotado en...

Di un alarido. Unas dagas afiladas se clavaron en mi hombro y me voltearon con violencia sobre la espalda. No eran dagas. Garras. Columpié la hoja curva de nuevo y corté al *wolven* en el costado. Con un gruñido, se apresuró a retroceder. Aproveché para rodar sobre mí misma, mi vista pareció nublarse un segundo cuando me puse de rodillas.

No vi la bota llegar.

Un dolor atroz estalló por mis costillas al tiempo que todo el aire salía de golpe de mis pulmones. Caí de lado mientras un dolor ardiente brotaba a lo largo de mi brazo izquierdo. Me arrastré hacia atrás a toda prisa y levanté la vista.

Jericho se acercaba a mí como un depredador.

—¿Qué te había prometido?

—Bañarte en mi sangre —resollé, pensando en que mis costillas seguro estaban rotas—. Darte un festín con mis entrañas.

—Sí. —Se agachó ante mí—. Sí, voy... —Di un tajo con la espada. Jericho se echó hacia atrás a toda velocidad. Cayó sentado y lanzó un grito, su cuerpo se contorsionó y luego se enderezó—. Zorra —escupió. Levantó la cara. La hoja curva le había abierto la mejilla y parte de la frente. El ojo—. Te voy a hacer pedazos.

—¿Eso ayudará a que te crezca otra vez la mano? —pregunté, mientras me ponía de pie. Eso *dolió*—. ¿O el ojo? —Caminé a su alrededor arrastrando los pies, aunque dejé un buen margen mientras giraba.

Vi al Sr. Tulis y ocurrió la cosa más extraña cuando mis ojos se cruzaron con los suyos. Mi siguiente respiración pareció esfumarse en una explosión de dolor que provenía de mi estómago. Todo mi cuerpo sufrió un espasmo y dejé caer la espada.

Confusa, bajé la vista. Tenía algo en el estómago. Una daga. La hoja de una daga. Levanté la cabeza.

—Yo... me... me sentí aliviada cuando no os vi a vosotros y a vuestro hijo en el Rito.

El Sr. Tulis abrió los ojos como platos mientras yo agarraba la daga y la extraía de mi cuerpo, junto con un grito de mi garganta. Di un paso atrás, intentaba recuperar la respiración, pero un río de sangre caía por mis piernas. Giré la cabeza al oír a Jericho ponerse en pie. Su mano derecha... ya no parecía humana, y cuando la alargó hacia mí, ni siquiera pude moverme bastante deprisa. Sus garras cortaron a través de la tela y la carne, y mi pie resbaló en el suelo ahora empapado de sangre. Mi propia sangre.

Mi pierna izquierda cedió y me desplomé. Intenté estirar los brazos para frenar la caída, pero no respondían a las órdenes que les daba mi cerebro. Golpeé el suelo, aunque apenas sentí el impacto.

Alguien se rio.

Levántate.

Lo intenté. Todavía tenía la daga en la mano. Podía sentirla contra la palma.

Hubo... vítores. Oí a alguien *vitorear*.

Levántate.

No se movió nada.

Me estremecí ante el creciente sabor metálico que se acumulaba en la parte de atrás de mi garganta. Sabía lo que eso significaba. Sabía lo que significaba no ser capaz de mover los brazos o mantenerme en pie.

La cara ensangrentada de Jericho apareció por encima de mí, su pelo desgreñado apelmazado por la sangre.

—¿Sabes por qué parte voy a empezar? Por tu mano. —Levantó uno de mis brazos—. Creo que la guardaré como recuerdo. —Vi el destello de una hoja—. También sé exactamente cómo la voy a utilizar. ¿Qué opináis vosotros? —preguntó.

Recibió risas a modo de respuesta y alguien sugirió otras partes que podía guardar. Partes que provocaron más risas.

Me estaba muriendo.

Todo lo que podía desear era que fuese rápido, que no mantuviese la conciencia a lo largo de todo lo que estaba a punto de suceder.

—¡Empecemos, pues! —exclamó Jericho. Se rio mientras columpiaba la espada hacia abajo.

El golpe nunca llegó.

Al principio, creí que era solo porque ya no sentía nada, pero entonces me di cuenta de que Jericho ya no se alzaba sobre mí. Hubo sonidos. Gritos y

gruñidos. Gemidos agudos. Y luego sentí una bocanada de aire cálido contra la parte de arriba de la cabeza, sobre la mejilla. Giré la cabeza y vi ojos azul pálido y pelo tan blanco como la nieve. El *wolven* empujó mi mejilla con su nariz húmeda y después levantó la cabeza y aulló.

Parpadeé y, de pronto, una sombra cayó sobre mí. Y ahí, por encima de mí, se alzaba Kieran.

—Mierda —dijo—. Llamad al príncipe. Llamadlo *ahora*.

Capítulo 38



Unos brazos me levantaron con ternura del suelo de tierra. Kieran. Veía su cara borrosa y noté un zumbido en los oídos. Todo a mi alrededor se difuminó hasta que no quedó nada y ya no sentía ningún dolor. Me quedé ahí hasta que lo oí llamar mi nombre. Hawke.

—Abre los ojos, Poppy. Venga —me apremió, y noté que sus dedos me quitaban la daga de la mano. Cayó al suelo a mi lado con un ruido sordo. Su mano se curvó en torno a mi barbilla—. Necesito que abras los ojos. Por favor.

Por favor.

Jamás lo había oído decir «por favor» de ese modo. Mi corazón amodorrado empezó a acelerar cuando recuperé la conciencia, junto con un dolor atroz y ardiente. Abrí los ojos con esfuerzo.

—Ahí estás. —Apareció una sonrisa, pero estaba toda mal y forzada. No había hoyuelos profundos, ninguna calidez ni luz risueña en sus ojos dorados.

Por falta de fuerza de voluntad o por pura estupidez, hice lo que no había hecho desde que descubrí la verdad sobre él. Estiré mis debilitados sentidos y percibí el zumbido de angustia que emanaba de él. Era más profundo que antes, ya no parecía esquirlas de hielo contra mi piel, sino más bien dagas.

Garras.

Aspiré una bocanada de aire y me supo a metal.

—Duele.

—Lo sé. —Malinterpretó lo que dije. Clavó los ojos en los míos—. Lo voy a arreglar. Haré que el dolor se vaya. Haré que se vaya todo. No tendrás ni una sola cicatriz más.

Una sensación de confusión se apoderó de mí. No sabía cómo podía hacer nada de eso. Tenía demasiadas heridas. Había perdido demasiada sangre. Lo sentía en la frialdad que empezaba a trepar por mis piernas.

Me estaba muriendo.

—No, de eso nada —me contradijo, y me di cuenta de que acababa de decir esto último en voz alta—. No puedes morir. No lo permitiré.

Entonces levantó su brazo hacia su boca, vi esos afilados dientes que había sentido ya antes y contemplé, horrorizada, cómo se mordía la muñeca, cómo desgarraba su propia piel. Di un grito e intenté levantar la mano para tapar la herida. Él me había secuestrado. Había matado para llegar hasta mí, me había traicionado y era mi enemigo. Por todo ello, me encontraba impotente de nuevo. Me estaba muriendo, no debería importarme que él sangrara.

Pero me importaba.

Porque era una imbécil.

—Voy a morir siendo imbécil —murmuré. Hawke frunció el ceño.

—No vas a morir —repitió, las líneas de su mandíbula tensas—. Y yo estoy bien, solo necesito que bebas.

¿Que bebiera? Mis ojos se posaron en su muñeca. No podía querer que...

—Casteel, ¿sabes...? —interrumpió la voz de Kieran.

¿Casteel?

—Sé exactamente lo que estoy haciendo y no quiero tu opinión ni tus consejos. —Un hilillo de oscura sangre roja resbalaba por su brazo—. Y tampoco los necesito.

Kieran no respondió y yo solo podía mirar a Hawke, atrapada en un horror fascinado. Hawke bajó su muñeca desgarrada hacia mí. Hacia mi boca.

—No. —Me aparté de él, aunque no llegué muy lejos con su brazo alrededor de mi espalda como una barra de acero—. No.

—Tienes que hacerlo. Morirás si no lo haces.

—Prefiero... morir a convertirme en un monstruo —juré.

—¿Un monstruo? —Se rio bajito, pero fue un sonido áspero—. Poppy, ya te he dicho la verdad acerca de los Demonios. Esto solo hará que te pongas bien.

No le creí. No podía. Porque si lo hacía, significaría que... significaría que todo lo que había dicho era verdad y que los Ascendidos eran malvados. Ian sería...

—Vas a hacer esto —insistió—. Vas a beber. Vas a vivir. Toma esa decisión, princesa. No me obligues a tomarla por ti.

Aparté la mirada y respiré hondo. Capté un olor extraño. El olor... no olía a sangre en absoluto, nada que ver con los Demonios. Me recordó a cítricos en la nieve, fresco y ácido. ¿Cómo... cómo podía la sangre oler así?

—Penellaphe —dijo Hawke, y había algo diferente en su voz. Algo más suave y más grave, como si tuviera eco—. Mírame.

Casi como si no tuviese control de mi propio cuerpo, levanté la mirada hacia él. Sus ojos... el tono miel daba vueltas, giraba con motas doradas más brillantes. Entreabrí los labios, incapaz de apartar la mirada. ¿Qué... qué me estaba haciendo?

—Bebe —susurró, o gritó, no estaba segura, pero su voz estaba en todas partes, alrededor de mí y dentro de mí. Y sus ojos... seguía sin poder apartar la mirada de ellos. Sus pupilas parecieron expandirse—. Bebe de mí.

Una gota de sangre cayó de su brazo a mis labios. Se coló entre ellos, ácida pero también dulce sobre mi lengua. Sentí un cosquilleo en la boca. Hawke apretó la muñeca con más fuerza contra mis labios y su sangre fluyó dentro de mi boca, resbaló por mi garganta, espesa y caliente. En alguna parte lejana de mi cerebro, pensé que no debería permitir aquello. Estaba mal. Me convertiría en un monstruo, pero el sabor... no se parecía a nada que hubiese probado antes. Un completo despertar. Tragué, succioné más.

—Eso es. —La voz de Hawke sonó más profunda, más rica—. Bebe.

Así que lo hice.

Bebí mientras sus ojos permanecieron fijos en los míos, sin perderse nada. Bebí y mi piel empezó a vibrar. Bebí, aferrada a su brazo ensangrentado, sujetándolo contra mí antes de poder darme cuenta siquiera de lo que estaba haciendo. El sabor de su sangre... era un puro pecado, rico y exuberante. A cada trago, el malestar y los dolores menguaban, y el ritmo de mi corazón se apaciguó, se volvió regular. Bebí hasta que mis ojos se cerraron. Hasta estar rodeada por un caleidoscopio de azules brillantes y vívidos, un color que me recordaba al mar Stroud. El azul llevaba consigo una claridad sorprendente, como si fuese un cuerpo de agua jamás tocado por el hombre.

Pero no era ningún océano. Había roca fría y dura bajo mis pies, y sombras que presionaban contra mi piel. Una risa suave desvió mi atención del estanque de agua hacia el pelo oscuro...

—Basta —masculló Hawke—. Ya basta.

No podía bastar. Todavía no. Me aferré a su muñeca. Bebí con avidez. Me alimenté como si estuviera muerta de hambre, y así era como me sentía. Como si ese sustento fuese lo que me había faltado toda la vida.

—Poppy —gimió Hawke. Se soltó de mi agarre y apartó su muñeca devastada.

Hice ademán de seguirlo porque quería más, pero noté los músculos líquidos, los huesos blandos. Me fundí en su abrazo y sentí como si estuviera flotando, un poco perdida en la manera en que mi piel seguía vibrando y un agradable calor inundaba mi pecho. No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado. Podían haber sido minutos o podían haber sido horas, antes de que Hawke dijera mi nombre.

Abrí los ojos para encontrarlo mirándome desde lo alto. Lo veía un poco borroso, difuminado por los bordes. Estaba apoyado contra una pared, la cabeza inclinada hacia ella, y en ese momento parecía totalmente relajado, como si hubiese sido él el que había saboreado la magia y no yo.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

No estaba segura de cómo responder a esa pregunta. ¿Me ardía el cuerpo como si estuviese en llamas? ¿Escocía y palpitaba? No.

—No tengo frío. Mi pecho... no está frío.

—No debería estarlo.

Él no lo entendía.

—Me siento... diferente.

—Bien —comentó, con una sonrisita.

—Siento como si mi cuerpo... no estuviera conectado.

—Eso se te pasará en unos minutos. Solo relájate y disfrútalo.

—Ya no me duele nada. —Intenté ordenar mis pensamientos, pero no hacían más que dar vueltas—. No lo entiendo.

—Es mi sangre. —Levantó la mano para retirar unos mechones de pelo de mi mejilla. El roce de sus dedos me provocó un escalofrío de hipersensibilidad. Me gustó la sensación. Me gustaba la forma en que me hacía sentir. Siempre había sido así, aunque ya no debería—. La sangre de un atlantiano tiene propiedades curativas. Ya te lo dije.

—Eso... no es posible —susurré.

—¿Ah, no? —Estiró la mano y levantó mi brazo—. ¿Acaso no te hirieron aquí? —Mis ojos siguieron la dirección de los suyos hacia la cara interna de mi antebrazo. Sangre seca y tierra ensuciaban la superficie, pero donde las garras habían rajado los tejidos, la piel estaba ahora suave y lisa bajo la mugre—. ¿Y aquí? —preguntó. Movié la mano de modo que su pulgar girara en torno a la parte superior de mi brazo, justo por debajo del hombro—. ¿No te arañaron aquí?

Mis ojos se demoraron en la pálida cicatriz del viejo ataque de los Demonios, justo por dentro de mi codo. Forcé a mis ojos a subir hasta donde su pulgar seguía dibujando pequeños círculos. No había marcas frescas. Ninguna herida abierta. Contemplé mi brazo, maravillada.

—No... no hay cicatrices nuevas.

—No habrá cicatrices nuevas —me dijo—. Es lo que te prometí.

Era cierto.

—Tu sangre... es asombrosa.

Y lo era. Mi mente embotada ahondó en todo lo que se podría hacer con ella. Las heridas que podrían curarse y las vidas que podrían salvarse. La mayoría de la gente estaría en contra de beber sangre, pero...

Espera.

Mis ojos volaron de nuevo hacia los suyos.

—Me forzaste a beber tu sangre.

—Exacto.

—¿Cómo?

—Es una de esas cosas que ocurren al madurar. No todos podemos... obligar a otros.

—¿Lo has hecho alguna vez antes? ¿Conmigo?

—Es probable que desees poder achacar tus acciones pasadas a eso, pero no, Poppy. Nunca necesité ni quise hacerlo.

—Pero ahora lo has hecho.

—Sí.

—No sueñas ni remotamente avergonzado.

—Es que no lo estoy —repuso. Empezó a esbozar una sonrisa juguetona—. Te dije que no te permitiría morir. Y hubieses muerto, princesa. Te estabas muriendo. Te salvé la vida. Hay quien sugeriría un «gracias» como respuesta apropiada.

—No te pedí que lo hicieras.

—Pero estás agradecida, ¿no? —Cerré la boca, porque sí que lo estaba—. Solo tú discutirías conmigo sobre esto.

No había querido morir, pero tampoco quería convertirme en un Demonio.

—No me volveré...

—No —suspiró Hawke. Bajó mi brazo para dejarlo sobre mi estómago—. Te dije la verdad, Poppy. Los atlantianos no crearon a los Demonios. Fueron los Ascendidos.

Mi corazón dio un respingo cuando mis ojos se posaron en las vigas vistas del techo. No estábamos en la celda. Giré la cabeza y vi una cama rústica con gruesas colchas y una mesilla a su lado.

—Estamos en un dormitorio.

—Necesitábamos privacidad.

Recordé haber oído la voz de Kieran, pero ahora la habitación estaba vacía.

—Kieran no quería que me salvaras.

—Porque está prohibido.

Tardé unos momentos en recordar lo que me había contado. Se me cayó el alma a los pies.

—¿Voy a convertirme en una *vampy*? —Hawke soltó una carcajada—. ¿Qué tiene eso de gracioso?

—Nada. —El otro lado de sus labios se curvó hacia arriba—. Sé que todavía no quieres creer la verdad, pero muy en el fondo, sí que quieres. Por eso has hecho esa pregunta. —Ahí tenía cierta razón, pero yo no contaba con la capacidad intelectual ni emocional para llegar a ese punto. No en ese momento—. Para convertirte, necesitarías mucha más sangre que esa. —Volvió a apoyar la cabeza contra la pared—. También requeriría que yo fuese un participante más activo.

Varios músculos profundos de mi cuerpo se pusieron en tensión, demostrando que, de hecho, no estaban blandos.

—¿Cómo... cómo serías un participante más activo?

La sonrisa de Hawke se convirtió en humo y se volvió tan pecaminosa como su sangre.

—¿Preferirías que te lo demostrara en lugar de contártelo?

—No. —Me puse roja como un tomate.

—Mentirosa —susurró, y cerró los ojos.

El calor de mi piel empezó a extenderse como si fuese una chispa. Me moví. Ya me sentía menos... ingrátida y más... pesada. Intenté hacer caso omiso de la sensación.

—¿Están... Naill y Delano bien?

—Se pondrán bien y estoy seguro de que se alegrarán de saber que preguntaste por ellos.

Lo dudaba, pero algo estaba pasando, cambiando.

No parecía que mi cuerpo fuese mío, no con todo ese calor que se filtraba en mis músculos, que me sonrojaba la piel, que se arremolinaba en el centro

de mi ser. Supuse que era él... la sangre de Hawke que se abría paso poco a poco hasta todos los rincones de mi cuerpo.

Hawke estaba dentro de mí.

Sentí que perdía el control, igual que la noche del Bosque de Sangre, y cuando estuvimos en la habitación de encima de la taberna.

De repente me empezó a arder el pecho, lo notaba pesado, pero no era de dolor, ni por falta de aire, ni por frío. No. Era como cuando Hawke me había tocado, cuando me había desnudado y me había besado... besado por todas partes. Me sentí floja. Me cosquilleaban las entrañas, igual que me hormigueaba la piel. Una intensa lujuria palpitó por todo mi cuerpo, un deseo oscuro que abrasaba.

Las aletas de la nariz de Hawke se abrieron al inspirar, y entonces dio la impresión de que su pecho dejaba de moverse. Sus facciones seguían borrosas, pero cuanto más lo miraba, más caliente me sentía.

—Poppy —masculló Hawke.

—¿Qué? —Mi voz sonó llena de miel.

—Deja de pensar lo que estás pensando.

—¿Cómo sabes lo que estoy pensando?

Bajó la barbilla y su mirada fue como una caricia.

—Lo sé.

Con un estremecimiento, reacomodé las caderas, y el brazo de Hawke se apretó alrededor de mí.

—No lo sabes.

No respondió y me pregunté si podía sentir el fuego líquido que corría por mis venas y el calor húmedo de lo más profundo de mi ser.

Me mordí el labio, saqué su sangre y gemí. Cerré los ojos.

—¿Hawke? —Hizo un sonido y quizás dijera algo, pero resultó indescifrable. Me estiré. No lograba más que aspirar bocanadas rápidas y superficiales. La basta camisa y los ásperos pantalones rascaban contra mi piel y contra las sensibles y endurecidas puntas de mis pechos—. Hawke —murmuré.

—No —dijo, poniéndose tenso—. No me llames así.

—¿Por qué no?

—No lo hagas y ya está.

Había muchas cosas que no debía hacer ni decir, pero todo mi ser estaba concentrado en la forma en que ardía mi cuerpo entero, en cómo palpitaba de deseo. Mi mano se movió, se deslizó por mi estómago, por encima de la camisa arañada y desgarrada, hasta mi pecho. Guiada solo por instinto y

necesidad, cerré los dedos sobre la temblorosa piel y la amoldé a la palma de mi mano. Un escalofrío doloroso se abrió paso a través de mí.

—Poppy —masculló Hawke—. ¿Qué estás haciendo?

—No lo sé —susurré. Arqueeé la espalda sin dejar de acariciarme a través de la fina y ajada camisa—. Estoy ardiendo.

—Solo es la sangre —dijo con voz pastosa, y el instinto me dijo que me estaba observando y eso me puso aún más caliente—. Se te pasará, pero deberías... tienes que dejar de hacer eso.

No dejé de hacerlo. No podía. Mi pulgar rodó por encima de la dureza de mi pezón y ahogué una exclamación. Me recordó a lo que me había hecho Hawke, pero él había usado más que sus manos. Quería que lo hiciera otra vez. Un intenso dolor palpitante entre mis piernas me retorció las entrañas. Moví las caderas y apreté los muslos, pero eso no ayudó. La presión solo empeoró las cosas.

—¿Hawke?

—Poppy, por el amor de los dioses.

Con el corazón desbocado, abrí los ojos y descubrí que había estado en lo cierto. Tenía los ojos fijos en mí, en mi otra mano, la que tenía voluntad propia y se estaba deslizando hacia abajo por mi estómago.

—¿Me besas?

—No quieres eso. —Se formaron unas líneas tensas alrededor de su boca.

—Sí lo quiero. —Mis dedos llegaron a mi cintura, donde se abrían los pantalones—. Lo necesito.

—Eso solo lo piensas ahora mismo. —De pronto, vi su rostro con mayor nitidez, y era imposible no ver cómo se habían afilado sus facciones—. Es la sangre.

—No me importa. —Las yemas de mis dedos rozaron la piel desnuda debajo de mi ombligo—. Tócame. Por favor.

Hawke hizo un ruido sordo con la parte de atrás de su garganta.

—¿Ahora crees que me odias? Si hago lo que me pides, querrás asesinarme. —Hizo una pausa y sus labios se curvaron hacia arriba—. Bueno, querrás asesinarme más de lo que quieres hacerlo ya. Ahora mismo no tienes el control de ti misma.

Lo que estaba diciendo tenía sentido, pero al mismo tiempo no lo tenía.

—No.

—¿No? —Arqueó las cejas, pero no apartó la vista de mi mano.

—No te odio —le dije, y sentí un doloroso retortijón en el corazón que me indicó que era verdad. Debería estar disgustada por ello.

Hizo ese ruido de nuevo y cuando su mano se cerró en torno a mi muñeca, casi lloré de alegría. Iba a tocarme.

Excepto que no hizo nada más que sujetar mi mano donde estaba.

—¿Hawke?

—Planeé arrancarte de todo lo que conocías, y lo hice, pero ese no es ni de lejos el peor de mis crímenes. He matado a gente, Poppy. Tengo las manos tan manchadas de sangre que jamás estarán limpias. Derrocaré a la reina que cuidó de ti y muchos más morirán en el proceso. No soy un buen hombre. — Tragó saliva con esfuerzo—. Pero estoy intentando serlo ahora mismo.

Un revoloteo de nervios llenó mi estómago. Sus palabras... deberían ponerme furiosa, pero... lo deseaba y pensar era... bueno, era todo lo que hacía en la vida. No quería hacerlo más.

—No quiero que seas bueno. —Sin darme cuenta siquiera, había levantado mi otra mano para agarrar la parte de delante de su camisa—. Te quiero a ti.

Hawke negó con la cabeza, pero cuando tiré de la mano que sujetaba, se inclinó sobre mí. Cerré el puño con más fuerza en torno a su camisa cuando se detuvo con la boca a apenas unos centímetros de la mía.

—En unos minutos, cuando esta tormenta amaine, volverás a aborrecer mi mera existencia, y con razón. Vas a odiar haberme rogado que te besara, que te hiciera algo más. Pero incluso sin mi sangre en tu interior, sé que nunca has dejado de desearme. Pero cuando esté muy dentro de ti otra vez, y lo estaré, no serás capaz de echarle la culpa a la influencia de la sangre ni a ninguna otra cosa.

Lo miré, parte de la neblina de la lujuria empezaba a evaporarse de mi mente. Levantó mi mano y se la llevó a la boca. Me dio un beso en el centro de la palma, cosa que me sorprendió. Era un acto tan... tierno, uno que imaginaba que los amantes hacían todo el rato.

Tiré de mi mano y él la soltó. La coloqué contra mi pecho. El cosquilleo estaba desapareciendo de mi piel, pero el dolor del deseo insatisfecho aún perduraba. No tan omnipotente como hacía unos minutos, pero la parte de mí que parecía estarse despertando supo que Hawke estaba en lo cierto. Lo que sentía por él no tenía nada que ver con la sangre.

Lo que sentía era... algo embarullado y crudo. Lo odiaba y... a la vez no. Me preocupaba por él, por idiota que eso fuese. Y lo deseaba... sus besos, sus caricias. Pero también deseaba hacerle daño.

No éramos amantes.

Éramos enemigos y nunca podríamos ser nada más. Estaba rodeada de gente que me odiaba.

—Jamás debí marcharme —dijo—. Debí imaginar que algo como esto podía suceder, pero subestimé su deseo de venganza.

—Querían... querían verme muerta —murmuré.

—Pagarán por lo que hicieron.

Me moví un poco. Ya me sentía menos... ingrátida y más sólida. Deslicé el brazo por mi pierna, todavía asombrada de que no me doliera.

—¿Qué vas a hacer con ellos? ¿Matarlos?

—Exacto —confirmó. Abrí los ojos como platos—. Y mataré a cualquier otro que pretenda seguir ese camino.

Fijé la vista en él, sin dudar ni un segundo de que hablaba en serio. Hawke no podía cuestionar a cada uno de sus seguidores o de su especie. Yo no estaba a salvo ahí.

—¿Y yo? ¿Qué vas a hacer conmigo?

Levantó los ojos hacia los míos. Un músculo se apretó en su mandíbula.

—Ya te lo dije. Te utilizaré para negociar con la reina y liberar al príncipe Malik. Pero juro que no volverás a sufrir ningún daño.

Abrí la boca para hablar, pero justo entonces me acordé del nombre con que lo había llamado Kieran. Todo mi cuerpo pareció paralizarse mientras miraba esos ojos preciosos.

—¿Casteel? —Se quedó inmóvil contra mí—. Kieran... Kieran dijo ese nombre. —Mis ojos se deslizaron por sus despampanantes facciones y recordé las palabras de Loren. Afirmaba que había oído que el Señor Oscuro era apuesto y que su aspecto le había abierto las puertas de la mansión Goldcrest, le había permitido seducir a *lady* Everton...

Y las palabras del propio Hawke también volvieron a mí, las que me había dicho en la Perla Roja. «Ha conducido a unas cuantas personas a tomar decisiones cuestionables en sus vidas».

Parecía que mi corazón se había parado, pero ahora aceleró de nuevo y se desbocó. Las cosas empezaron a encajar. Cosas intrascendentes como pequeños comentarios que Hawke había hecho aquí y allá; cosas más grandes como la manera en que me había silenciado cuando pronuncié su nombre la noche que... la noche que hicimos el amor. La manera en que todo el mundo obedecía sus órdenes, cómo lo había obedecido Jericho en el establo; había dado la impresión de no querer cruzarse en su camino, aunque eso no lo había detenido luego. Cómo Kieran y los otros pronunciaban su nombre como si fuese una broma.

Porque Hawke no era su nombre.

Y no habíamos hecho el amor. Me había follado.

—Oh, por todos los dioses. —Se me revolvió el estómago y me llevé una mano a la boca—. Eres él.

No dijo nada.

Pensé que iba a vomitar. Arrastré la mano hasta mi pecho para desgarrar mi camisa ya rota.

—Eso es lo que le ocurrió a tu hermano. La razón de que sintieras tanta tristeza por él. Él es el príncipe que esperas recuperar intercambiándolo por mí. Tu nombre no es Hawke Flynn. ¡Eres él! Eres el Señor Oscuro.

—Prefiero el nombre Casteel o Cas —repuso entonces, su tono duro y distante—. Si no quieres llamarme así, puedes llamarme príncipe Casteel Da'Neer, segundo hijo del rey Valyn Da'Neer, hermano del príncipe Malik Da'Neer. —Me estremecí—. Pero *no* me llames Señor Oscuro. Ese *no* es mi nombre.

El horror bulló en mi interior. ¿Cómo podía acabar de darme cuenta de esto? Los signos habían estado ahí, bien claros. Había sido muy *muy* estúpida. No solo una vez. No me había vuelto más perspicaz en absoluto después de enterarme de que era un atlantiano. No había visto lo que tenía delante de las narices.

Que todo *había* sido, desde luego, una mentira.

Reaccioné sin pensar. Estampé el puño contra su pecho. Le pegué. Me escoció la palma de la mano del bofetón que le di. Y él me dejó. Aguantó el tirón cuando le di un empujón en los hombros. Le grité mientras las lágrimas empañaban mi visión. Lo golpeé una y otra vez...

—Para. —Me agarró de los hombros y tiró de mí hacia su cuerpo. Envolvió los brazos a mi alrededor y atrapó los míos a los lados—. Para, Poppy.

—Suéltame —exigí, con la garganta ardiendo.

Se me encogió el corazón con el tipo de aflicción que solía sentir en otras personas. Casi estiré mis sentidos hacia él para comprobar si había irradiado de él o si había brotado de lo más profundo de mi ser, pero me detuve a tiempo.

Te utilizaré.

El dolor... el dolor era mío. No me había salvado porque yo le importara. No había prometido que no sufriría más daños porque le importara. ¿Cómo podía seguir olvidando ese detalle? Hawke...

Hawke.

Ese ni siquiera era su nombre. Era Casteel.

Y tenía planes. Todas nuestras conversaciones, cada vez que me había besado, que me había tocado, que me había dicho que era valiente y fuerte, que le intrigaba y que no era como nadie más que hubiese conocido. Había hecho todas esas cosas no solo bajo una identidad falsa, sino también bajo un nombre falso, para ganarse mi confianza. Para que bajara la guardia en su compañía. Todo para que estuviera dispuesta a salir de Masadonia con él, directa a un nido de víboras que, o bien querían utilizarme porque era la Doncella, la Elegida, la favorita de la reina, o querían verme muerta por las mismas razones.

Apreté los ojos al pensarlo.

Era peor que Jericho y los otros que querían verme muerta. Al menos con ellos no había ningún artificio. Sin embargo, todo lo relacionado con Haw... con *Casteel*, desde su nombre hasta la primera noche en la Perla Roja, había sido diseñado para ganarse mi confianza.

Lo había conseguido, pero ¿a qué precio?

Rylan estaba muerto.

Phillips y Airrick y todos los guardias y cazadores estaban muertos.

Vikter estaba muerto.

Mis padres estaban muertos.

Me había arrebatado a todo aquel que me importaba, ya fuera por su propia mano o por orden suya, mediante la separación o la muerte. Todo para poder reunirse con su hermano, otro príncipe, algo que yo podía entender, con lo que me podía identificar. Pero también me había arrebatado el corazón.

Y había hecho que me enamorara del Señor Oscuro.

Porque ese era él, aunque todo lo demás que decía realmente daba la impresión de ser cierto. Aunque la historia que me habían enseñado fuera toda mentira. Aunque los Ascendidos fuesen *vamprys* responsables de la creación de los Demonios, de lo que les había sucedido a mis padres y a mí. Aunque mi hermano fuese ahora uno de ellos.

—¿Poppy?

Con los ojos ardiendo, rodé sobre el costado. Necesitaba espacio. Necesitaba salir de ese sitio, alejarme de él. No estaba segura con nadie en aquel lugar, desde luego no con él.

Porque cuanto más tiempo me retuviera ahí con él, más difícil me resultaría recordar la verdad. Más desesperada estaría por creer que era especial para él porque solo quería ser especial para *alguien*. Para quien fuera.

Ser algo más que un peón. Cuanto más tiempo pasara con él, más probable sería que olvidara toda esa sangre que manchaba sus manos.

Que olvidara que ya me había roto el corazón dos veces, porque estaba sucediendo de nuevo. Incluso después de la primera traición, todavía me preocupaba por él, todavía me importaba. Aunque quería odiarlo. Necesitaba odiarlo, pero no podía hacerlo. Lo supe ahora, porque sentía como si estuviera muriendo otra vez. ¿Cómo podía ser tan estúpida?

No podía dejar que lo hiciera de nuevo. No podía olvidarlo todo.

Me invadió el pánico, me obligó a abrir los ojos. Mi mirada desquiciada saltó por toda la habitación.

—Suéltame.

—Poppy —repitió mi nombre. Apoyó los dedos contra mi cuello y me puse tensa, antes de darme cuenta de que estaba comprobando mi pulso—. Tu corazón late demasiado deprisa.

No me importaba. No me importaba que mi corazón explotara de mi pecho.

—¡Suéltame! —grité.

Aflojé los brazos lo suficiente como para poder apartarme, sentarme. Su brazo seguía alrededor de mi cintura. Apoyé la mano en el suelo para equilibrarme, pero la palma de mi mano rozó contra la daga...

La *daga* con la que me había apuñalado el Sr. Tulis. Era de piedra de sangre.

Se me cayó el alma a los pies. Bajé los ojos hacia la daga. La pena y el dolor bulleron en mi interior, me bloquearon la garganta. No podía respirar alrededor de ellos, alrededor de la certeza de que... amaba al hombre que había estado involucrado en las muertes de tantas personas...

Que me había dejado ahí con esa gente, *su* gente, que querían verme muerta.

Que me había mentido acerca de todo, incluido quién era en realidad.

Se me partió el corazón en dos e inundó mi pecho de un fango helado. De ahora en adelante siempre tendría frío, hasta el final.

—Poppy...

Me giré entre sus brazos, moviéndome por instinto. No sentía el mango frío en mi mano, pero noté cómo la hoja se hundía en su pecho. Noté que su sangre caliente salpicaba mi puño cuando el mango de la daga llegó hasta su piel.

Despacio, levanté la mirada hacia la suya.

Sus ojos color ámbar se abrieron de par en par por la sorpresa. Me sostuvo la mirada por un instante y luego miró hacia abajo.

Hacia el lugar donde la daga sobresalía de su pecho.

De su corazón.

Capítulo 39



Con las manos temblorosas, solté la daga y caí de su regazo. Retrocedí a toda prisa, incapaz de apartar la vista del velo de sorpresa que empezaba a desplegarse por su rostro.

—Lo siento —susurré, y ni siquiera estaba segura de por qué me estaba disculpando. No estaba segura de por qué tenía las mejillas mojadas. ¿Sería sangre? ¿Su sangre?

Levantó la vista hacia mí.

—Estás llorando. —Un fino hilillo de sangre resbaló por la comisura de su boca.

Era *verdad* que estaba llorando. No había llorado desde que había visto morir a Vikter, pero ahora las lágrimas rodaban por mi mejilla mientras me ponía de pie sobre unas piernas entumecidas. Di un paso a un lado. No sabía lo que estaba haciendo ni adónde iba, pero llegué hasta la puerta. No estaba cerrada con llave.

—Lo siento —repetí, temblando de la cabeza a los pies.

Una húmeda risa estrangulada brotó por su boca al tiempo que se inclinaba hacia delante y estampaba la mano sobre el suelo.

—No —boqueó—. No lo sientes en absoluto.

Pero sí que lo sentía.

Di media vuelta, tambaleándome. Salí a ciegas por la puerta, al camino desierto que conectaba con otra puerta al final. Un aire frío y húmedo entraba por la pared abierta, pero apenas lo sentí. No tenía ningún plan. Ni idea de cómo salir de la fortaleza. Seguí andando.

A medio pasillo, fue como si hubiesen presionado un interruptor en mi interior. Todo el horror y la pena cesó y el instinto tomó el control.

Resollando, abrí la puerta de par en par, bajé a la carrera la estrecha escalera y luego salí por una puerta abierta a...

A la nieve.

Durante un instante, me quedé alucinada por la belleza de los gruesos copos de nieve que caían despacio. Una fina capa ya tapizaba el suelo y cubría los árboles desnudos. Todo estaba en silencio, todo estaba limpio e intacto.

Una voz desde el interior de la fortaleza me impulsó a ponerme en marcha. Eché a correr por la hierba cubierta de nieve, directa hacia el bosque. En el fondo de mi mente sabía que no estaba preparada para escapar. La ropa que llevaba era demasiado fina, aunque no estuviese ya casi hecha jirones. Ni siquiera sabía dónde estábamos ni adónde dirigirme desde ahí. Podía haber un Demonio en esos bosques. Seguro que había Descendientes. También podía haber *wolven*, no cabía duda de que serían capaces de seguirme el rastro. Pero, aun así, corrí, las finas suelas de mis botas resbalaban sobre el suelo nevado del bosque. Corrí porque...

Lo había apuñalado.

Lo había apuñalado en el corazón.

Ya debía de estar muerto.

Lo había matado.

Un sollozo desgarrador escapó por mi boca y la nieve que revoloteaba se mezcló con mis lágrimas. Oh, por todos los dioses, tenía que hacerlo. Todo en él, todo en nosotros, era una mentira. *Todo*. Tenía que hacerlo. Tenía que...

No hubo ninguna señal de advertencia. Ningún sonido. Nada.

Un brazo se cerró en torno a mi cintura, me atrapó a media carrera. Solté un alarido cuando mis pies resbalaron debajo de mí, pero no caí. Tiraron de mí hacia atrás y me estrellé contra un pecho duro y caliente. Mis pies colgaban a treinta centímetros del suelo.

La sorpresa me robó todo el aire de los pulmones. Supe quién era antes de que hablara siquiera. Era su aroma a especias oscuras y pino. Era el estallido de incredulidad y aflicción entreveradas de rabia que reflejaba mis propios sentimientos y percibía a través de mis sentidos, porque nos los había cerrado. Por primera vez desde que lo conocía, sus emociones lo sobrepasaban y, por tanto, a mí también.

El que me sujetaba contra él no era el Hawke del que me había enamorado tan deprisa.

El que cerró ahora el puño en torno a mi pelo y tiró de mi cabeza hacia atrás y hacia un lado no era el guardia que había jurado por su vida

mantenerme a salvo.

No fue el aliento cálido de Hawke el que acarició mi cuello expuesto.

Era él.

El príncipe Casteel Da'Neer de Atlantia.

El Señor Oscuro.

—A un atlantiano, a diferencia de un *wolven* o un Ascendido, no se lo puede matar apuñalándolo en el corazón —gruñó, y tiró de mi cabeza hacia atrás con más fuerza—. Si querías matarme, debiste apuntar a la cabeza, princesa. Pero lo peor es que lo *olvidaste*.

—¿Olvidé qué?

—Que fue *real*.

Entonces atacó.

Dos fogonazos gemelos de dolor ardiente alancearon mi piel e hicieron que todo mi cuerpo diera una sacudida. El ardor discurrió por todo mi cuerpo, me dejó aturdida en su intensidad. No podía moverme. Ni siquiera podía gritar, tan grande era el dolor.

El brazo que rodeaba mi cintura era como un cepo de hierro mientras él succionaba con fuerza de la herida que habían producido sus colmillos. Empecé a temblar; tenía los ojos abiertos como platos y mis manos cayeron sobre su brazo. Le clavé las uñas bien hondo. El ardor, el profundo y abrumador tirón contra mi cuello mientras mi sangre fluía con libertad hacia él provocó un cortocircuito en todo mi organismo. El grito creciente se abrió camino alrededor del dolor.

Y entonces, en cuestión de unos pocos segundos desde que hundiera sus colmillos en mi cuello, todo cambió.

El intenso dolor se convirtió en algo distinto, algo abrumador de un modo completamente diferente. Un nuevo dolor brotó en mi interior, calentó mi sangre hasta que me dio la sensación de que cada rincón de mi cuerpo se estaba llenando de lava fundida.

Mis ojos abiertos de par en par no veían nada mientras el calor llenaba mi pecho, mi estómago, y se arremolinaba en el espacio entre mis muslos. Su boca succionó de mi cuello una vez más, y esta vez, el tirón me llegó hasta la médula. Mi cuerpo se estremeció con una oleada de excitación palpitante.

Gimió, su brazo se apretó aún más a mi alrededor y lo sentí, duro y grueso contra mi trasero. Agarré su brazo cuando la tensión se enroscó en mi interior...

Sin previo aviso, separó la boca de mi cuello. Me soltó y me tambaleé hacia delante. Casi me caigo. Temblando de la confusión y el deseo que

todavía incendiaba mi interior, me volví hacia él.

Estaba a varios pasos de mí, su pecho subía y bajaba con respiraciones cortas y rápidas. Tenía los ojos muy abiertos. Los labios manchados de sangre.

Levanté una mano y la apreté contra mi cuello. Un calor húmedo recibió a las yemas de mis dedos. Di un paso atrás.

—No puedo creerlo —dijo, y deslizó la lengua por su labio inferior. Cerró los ojos un instante al estremecerse e hizo un ruido sordo y retumbante que me recordó a un *wolven*. Levantó sus pestañas y sus pupilas estaban tan dilatadas que solo era visible un fino halo de ámbar—. Pero debí de haberlo sabido.

Antes de que pudiera averiguar lo que quería decir o lo que ocurriría a continuación, estaba *sobre* mí. Se movió tan deprisa que no me di ni cuenta.

Su boca se estrelló contra la mía y una mano se hundió en mi pelo, el otro brazo aferrado a mi cintura. No solo me besó.

Me *devoró*. Noté mi sangre en sus labios, en su lengua. Lo saboreé a él.

No estaba del todo segura de cuándo empecé a devolverle el beso. ¿Fue después de unos segundos, o había empezado a besarlo en el mismo instante en que su boca tocó la mía? No lo sabía. Todo lo que sabía era que tenía un hambre voraz de él, fuese correcto o no. Lo deseaba.

Por eso no me resistí cuando me tiró al suelo. El contraste de la nieve fría contra mi espalda y el calor de su cuerpo apretado contra mi pecho me arrancó una exclamación. No creo que él la oyera, ahogada en sus besos hambrientos, y me di cuenta de que se había estado conteniendo todas las veces anteriores en que me había besado. Ahora no estaba ocultando quién era.

Se meció contra mí, deslizó la mano de la cintura a mi cadera. Nos movimos juntos, con violencia, jadeando. Sus dientes atraparon mi labio inferior. Registré una breve punzada y él se estremeció. Gimió cuando el sabor metálico se renovó.

Interrumpió el beso y se levantó lo suficiente para mirarme.

—Dime que deseas esto. —Sus caderas seguían empujando contra las mías—. Dime que necesitas más.

—Más —susurré, antes de que pudiera pensar siquiera lo que estábamos haciendo, lo que habíamos hecho... quién era él.

—Gracias a los... Joder —gruñó. Y entonces metió la mano entre nosotros, sus dedos engancharon la parte de delante de mis pantalones. Tiró

de ellos con la fuerza suficiente como para levantar mis caderas. Los botones salieron volando y cayeron sobre la nieve cercana.

—A los dioses —murmuré.

Soltó una risa corta y ronca mientras me bajaba los pantalones hasta que una pierna quedó libre por completo y los pantalones acabaron arrugados en torno al otro tobillo.

—Sabes que esta camisa no tenía arreglo, ¿verdad?

—¿Qu...?

El sonido de la tela al desgarrarse fue mi única explicación. Bajé la barbilla y vi mis pechos. Él también los miraba, y su mano arrancaba sus propios pantalones mientras sus ojos recorrían los manchurroneos de sangre seca a lo largo de mi estómago, y luego se deslizaron por encima de mis pezones cada vez más duros.

—Los mataré —susurró—. Maldita sea, los mataré a todos.

No creía que estuviese hablando de las cicatrices viejas.

Y entonces dejé de pensar por completo.

Me besó y se instaló encima de mí, entre mis piernas, y entonces las cosas... empezaron a dar vueltas. Esta vez no hubo ninguna seducción lenta, ni largos e íntimos besos y caricias. Noté una punzada de molestia, pero enseguida dio paso al doloroso y palpitante placer, y no había espacio en mi cuerpo o en mi mente o entre nosotros para que cupiera nada más que lo que sentíamos. Éramos solo él y yo, el sabor de mi sangre y la suya sobre nuestros labios y esta *necesidad* que no entendía del todo.

A nuestro alrededor, la nieve caía con mayor intensidad entre los árboles, empapaba la parte de atrás de mi pelo mientras nos aferrábamos y agarrábamos el uno al otro. Solo estaban los sonidos de nuestros besos, nuestros cuerpos que se acercaban y se alejaban, y nuestros gemidos.

A continuación vino un largo beso hambriento y luego su boca se apartó de la mía para bajar hacia mi barbilla y luego más abajo. Sus labios y esos colmillos afilados se deslizaron por mi cuello. Sus acciones me produjeron un escalofrío que bajó rodando por mi columna cuando él se quedó inmóvil encima de mí. ¿Iba... a mordirme de nuevo? En lugar de miedo, hubo un fogonazo de calor sensual. El dolor de sus colmillos había sido breve, pero lo que había sucedido después...

Apreté sus hombros, demasiado perdida para preguntarme siquiera si debería desear que no lo hiciera, demasiado desquiciada para pensar en las consecuencias si lo hacía.

Sentí su lengua contra mi piel. Dibujaba círculos y lamía la marca sensible que había dejado atrás. Entonces levantó la cabeza. Vi sus ojos el tiempo suficiente para percibir que sus pupilas se habían contraído antes de que sus pestañas bajaran. Y su boca estaba sobre la mía una vez más.

Y entonces se movía de nuevo.

Sus caderas retrocedían y luego volvían a empujar hacia delante, rodaban y apretaban mientras sus dedos jugaban con mi pecho. Empezó a moverse despacio, de un modo tan perezoso que sentí como si me estuviera exprimiendo. Me estremecí debajo de él y deslicé la mano entre su pelo mojado por la nieve.

La tensión empezaba a acumularse otra vez, se enroscó hasta que ya no pude soportar más sus movimientos lentos y calculados. Sus juguetones apretones y contoneos. Levanté las caderas en un intento por invitarlo a moverse más deprisa, a entrar más adentro, pero él se resistió hasta que grité y le tiré del pelo.

Levantó la cabeza, soltó algo a medio camino entre una risa y un gruñido.

—Sé lo que quieres, pero...

—Pero ¿qué? —pregunté, con el corazón fuera de control. Me retorcí debajo de su peso.

—Quiero que digas mi nombre.

—¿Qué?

Sus caderas continuaron moviéndose en círculos lentos y desquiciantes.

—Quiero que digas mi verdadero nombre. —Entreabrí los labios al reprimir una exclamación. Se quedó quieto otra vez, sus ojos luminosos—. Eso es todo lo que pido.

¿Todo lo que pedía? Era un montón.

—Es un reconocimiento —explicó. Su pulgar daba vueltas y tironcitos—. Es tu forma de admitir que eres del todo consciente de quién está dentro de ti, quién deseas de un modo tan intenso, aunque sabes que no deberías. Aunque no haya nada que te gustaría más que *no* sentir lo que sientes. Quiero oírte decir mi verdadero nombre.

—Eres un bastardo —susurré.

—En efecto, hay quien me llama así. —Un lado de sus labios se había curvado hacia arriba—. Pero ese no es el nombre que espero oír, princesa. —Quería negárselo. Por todos los dioses, cómo quería—. ¿Cuántas ganas tienes de esto, *Poppy*? —preguntó.

Agarré su pelo con más fuerza y tiré de su cabeza hacia abajo. Hubo un destello de sorpresa en esos ojos brillantes.

—Muchas —gruñí—. *Alteza*.

Abrió la boca, pero yo levanté las piernas y las enrosqué alrededor de sus caderas. Aprovechando su sorpresa y echando mano de mi propia ira, lo hice rodar sobre la espalda, con toda la intención de dejarlo ahí tirado, pero no había anticipado lo que el movimiento provocaría cuando me eché hacia atrás...

Me hundí en toda su longitud, mi cuerpo escandalosamente lleno del suyo. Mi grito terminó con un gemido de él cuando planté las manos sobre su pecho. *Por todos los dioses*. Esa plenitud era casi demasiado.

—Oh —susurré, jadeando. Debajo de mis manos, su pecho se movía de un modo igual de irregular que el mío.

—¿Sabes qué?

—¿Qué? —Los dedos de mis pies se enroscaron dentro de las botas.

—No necesito que digas mi nombre —murmuró, los ojos medio cerrados—. Solo necesito que hagas eso otra vez, pero si no empiezas a moverte, puede que me mates de verdad.

Una risita de sorpresa brotó de mis labios.

—Yo... no sé qué hacer.

Algo en sus facciones se suavizó, aunque una cruda necesidad aún brillaba a través de las finas ranuras de sus ojos.

—Solo muévete. —Puso sus manos en mis caderas. Me levantó unos centímetros y luego me hizo bajar de nuevo. Un profundo sonido irradió de su interior—. Así. No puedes hacer nada mal. ¿Cómo es que todavía no lo has aprendido?

No estaba segura de lo que quería decir, pero imité su movimiento y empecé a moverme arriba y abajo mientras la nieve caía por su camisa. La palma de mi mano resbaló, hizo que quedara más inclinada hacia delante. Eso tocó un punto muy profundo en mi interior que me produjo relámpagos de intenso placer en oleadas sucesivas.

—¿Así? —jadeé. Sus manos se apretaron sobre mis caderas.

—Justo así.

A cada movimiento de mis caderas, tocaba ese punto, y más ráfagas de placer discurrían por mi interior. Antes de poder darme cuenta, me estaba moviendo más deprisa encima de él, y sabía que él me estaba observando mientras mis ojos se cerraban y mi cabeza caía hacia atrás. Sabía que tenía los ojos clavados en mis pechos y en la zona por la que estábamos unidos, y esa idea fue demasiado.

La tensión se liberó de golpe y me hizo añicos. Gemí de placer al tiempo que me estremecía, mi cuerpo dio varias sacudidas mientras intensas esquivas de éxtasis cortaban a través de mí.

Entonces él se movió. Volvió a hacerme rodar bajo él y empujó sus caderas contra las mías. Su boca reclamó la mía mientras su cuerpo hacía lo mismo. Empujó contra mí, dentro de mí, hasta que el placer pareció crecer una vez más, su ferocidad asombrosa cuando pareció perder todo sentido del control. Su gran cuerpo se movió encima, dentro de mí, hasta que presionó con fuerza contra el mío, su grito engullido por nuestros besos mientras se estremecía.

No supe cuánto tiempo pasamos ahí tumbados bajo la nevada. Nuestros corazones y nuestra respiración tardaron en recuperar la normalidad, mis manos todavía apretadas sobre sus hombros, su frente apoyada contra la mía. Después de un rato, fui consciente de que su pulgar acariciaba mi cintura en relajados movimientos ascendentes y descendentes.

El calor de la pasión se fue enfriando y, a su paso, solo quedó confusión. No arrepentimiento. No vergüenza. Solo... confusión.

—No... no lo entiendo —susurré, mi voz ronca.

—¿Qué es lo que no entiendes? —Se movió encima de mí.

—Nada de todo esto. Por ejemplo, ¿cómo ha pasado esto siquiera? —Hice una mueca cuando empezó a retirarse de mí. Se detuvo, con el ceño fruncido.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. —Cerré los ojos y él se quedó quieto unos momentos antes de moverse hacia un lado.

—¿Estás segura? —preguntó. Asentí—. Mírame y dime que no te duele nada.

Abrí los ojos y lo miré. Estaba apoyado en un codo, no parecía consciente de la nieve que caía a nuestro alrededor.

—Estoy bien.

—Has hecho una mueca. Te he visto.

Sacudí la cabeza, incrédula. Mi don era del todo inútil en ese momento, pues sentía demasiadas cosas como para concentrarme, así que ni siquiera podía... hacer trampa.

—Eso es lo que no entiendo. A menos que me haya imaginado por completo el último par de días.

—No, no te has imaginado nada. —Sus ojos escudriñaron mi cara mientras yo parpadeaba para eliminar la nieve de mis pestañas—. ¿Desearías que esto, ahora mismo, no hubiese sucedido?

Podría haber mentido, pero no lo hice.

—No. Y... ¿tú?

—No, Poppy. Odio que tengas que preguntarlo siquiera. —Apartó la mirada, tensó la mandíbula—. Cuando nos conocimos, fue como... No lo sé. Me sentí atraído por ti. Hubiese podido secuestrarte entonces, Poppy. Hubiese podido evitar mucho de lo que ha pasado después, pero... perdí muchas cosas de vista. Cada vez que estaba cerca de ti, no podía evitar pensar que te conocía. Creo que sé por qué ha sido así.

Lo dijo como si esa fuese la respuesta a cómo habíamos pasado de que yo lo apuñalara en el corazón a arrancarnos la ropa el uno al otro. Tirité en el aire frío y húmedo al tiempo que sacudía la cabeza otra vez.

Sentirnos atraídos el uno por el otro no explicaba nada de eso.

—Tienes frío. —Rodó para ponerse en pie en un solo movimiento fluido, se abrochó los pantalones con el único botón que quedaba y luego me ofreció la mano—. Tenemos que ponernos a resguardo.

Así era. Bueno, en mi caso al menos. Era probable que él no tuviera que hacerlo, teniendo en cuenta que podían apuñalarlo en el pecho y estar tan tranquilo unos minutos después.

Puse la mano en la suya y dije lo que me parecía que necesitaba que le recordara.

—He intentado matarte.

—Lo sé. —Tiró de mí para ponerme en pie—. En realidad, no puedo culparte.

Lo miré perpleja. Él se agachó y me subió los pantalones al enderezarse.

—¿Ah, no?

—No. Te mentí. Te traicioné y he estado involucrado en la muerte de personas a las que querías. —Enumeró las razones como si fuese una lista de la compra—. Me sorprende que esa haya sido la primera vez que lo intentaras. —Seguí mirándolo, estupefacta—. Y dudo de que sea la última. —Las comisuras de su boca se curvaron hacia abajo cuando trató de abrochar mis pantalones solo para descubrir que los botones estaban en alguna parte entre la nieve caída—. Maldita sea —masculló. Alargó la mano hacia mi camisa, que estaba desgarrada por la mitad, de arriba abajo. Agarró los lados y los juntó, como si eso fuese a reparar el tejido. Maldijo de nuevo y se dio por vencido. Levantó los brazos y se quitó su otra camisa por encima de la cabeza—. Toma.

Me quedé ahí plantada, sin dejar de preguntarme si estaba sufriendo las consecuencias de la pérdida de sangre o de la dicha postorgásmica. Tal vez

una combinación de ambas, porque no podía creérmelo.

—¿No estás... enfadado?

—¿Y tú, no sigues enfadada conmigo? —preguntó a su vez, arqueando una ceja cuando me miró a los ojos. No tuve que pensarlo ni un segundo.

—Sí. Sigo enfadada.

—Pues yo sigo enfadado porque me apuñalaste en el pecho. —Dio un paso hacia mí—. Levanta los brazos. —Hice lo que me pedía—. Por cierto, no fallaste. Me diste de lleno en el corazón —continuó. Pasó su camisa por encima de mi cabeza y tiró de ella hacia abajo a lo largo de mis brazos rígidos—. Por eso tardé un minuto en alcanzarte.

—Tardaste más de un minuto. —Mi voz sonó ahogada porque mi cabeza se atascó un momento en la camisa antes de asomar por la abertura del cuello. Un lado de sus labios subió al instante mientras tiraba de la otra manga hacia abajo.

—Tardé un *par* de minutos.

Bajé la vista hacia la camisa y vi el irregular corte en el pecho. No se alineaba con mi pecho, sino con mi estómago. Mis ojos se posaron en su pecho desnudo. Había una herida, la piel rosa y rajada a su alrededor. Con un nudo en el estómago, sacudí la cabeza.

—¿Se curará?

—Estará perfecta en un par de horas. Seguramente en menos.

—Sangre atlantiana —susurré, y tragué con cierto esfuerzo.

—Mi cuerpo empieza a repararse de inmediato de las heridas no letales —explicó—. Y me alimenté. Eso ayudó.

Me alimenté.

Mis manos revolotearon hasta mi cuello, hasta las dos heriditas que daban la impresión de haber empezado a curarse ya. Una débil chispa de placer se encendió en mi interior. Retiré la mano a toda prisa.

—¿Me ocurrirá algo porque te hayas... alimentado?

—No, Poppy. No ingerí suficiente sangre y tú tampoco ingeriste suficiente de la mía antes. Es probable que te sientas un poco cansada más tarde, pero eso es todo.

—¿Duele? —pregunté, cuando mis ojos se deslizaron otra vez hacia su herida.

—Apenas —musitó.

No le creí. Apoyé la palma de la mano sobre su pecho, a unos centímetros de la herida. Intenté utilizar mi don. Sentí cómo se estiraba, así que abrí mis sentidos. Él se quedó muy quieto. La aflicción que siempre sentía en él estaba

ahí, aumentada y más fuerte que antes, aunque había recuperado el control de ella en algún momento. Ya no lo sobrepasaba, pero debajo de su pena había un tipo de dolor diferente. Era caliente. Dolor físico. Puede que la herida fuese a curarse, pero dolía, y no solo un poco.

Hice lo que pude, sin pensar una vez más. Le quité el dolor, ambos, y esta vez no pensé en las playas del mar Stroud. Pensé en cómo me sentía cuando él estaba dentro de mí, moviéndose dentro de mí.

Lo único que conseguí fue confundirme aún más.

Colocó su mano sobre la mía, y cuando levanté la vista, vi que las líneas de profunda tensión alrededor de su boca habían desaparecido. Había asombro en sus ojos.

—Debí darme cuenta entonces. —Se llevó mi mano manchada con nuestra sangre a los labios y me plantó un beso en los nudillos.

—¿Darte cuenta de qué? —pregunté, al tiempo que intentaba que no se notara cómo ese gesto tironeaba de mi corazón.

—Darme cuenta de por qué te querían de manera tan desesperada como para convertirte en la Doncella.

No seguía del todo su razonamiento, pero puede que eso tuviese más que ver con que mi cerebro seguía brumoso que con cualquier otra cosa.

—Vamos. —Tiró de mi mano y echó a andar.

—¿Adónde vamos?

—¿Ahora? Volvemos adentro para que podamos lavarnos y... —Dejó la frase a medio terminar con un suspiro cuando vio que sujetaba mis pantalones por un lado para mantenerlos arriba. Antes de que supiese lo que pretendía hacer, me había levantado en volandas para llevarme en brazos, pegada a su pecho, como si no pesara más que un gatito mojado—. Y parece ser que para encontrarte unos pantalones nuevos.

—Estos eran los únicos que tenía.

—Yo te conseguiré unos nuevos. —Empezó a andar—. Estoy seguro de que hay algún niño pequeño por aquí que estará dispuesto a ceder sus pantalones a cambio de unas cuantas monedas.

Fruncí el ceño.

Su boca estaba relajada y una tenue sonrisa jugueteaba sobre sus labios. Esquivó una rama caída.

—¿Y después de eso? —pregunté.

—Te voy a llevar a casa.

Se me paró el corazón por enésima vez ese día.

—¿A casa? —No había esperado que dijese eso—. ¿De vuelta a Masadonia? ¿O a Carsodonia?

—A ninguna de las dos. —Bajó la vista, con sus ojos rebosantes de secretos. Entonces sonrió, una sonrisa radiante que me robó la respiración. En efecto, tenía dos hoyuelos, uno en cada mejilla, y vi por qué hasta entonces solo había habido medias sonrisas. Vi las dos puntas afiladas de sus caninos—. Te voy a llevar a Atlantia.

Capítulo 40



Me depositó en la misma habitación donde me había entregado su sangre y luego yo lo había apuñalado a él. *Él*. Miré la marca húmeda en el suelo de madera, donde ya habían limpiado la sangre.

Él.

Tenía que dejar de referirme a él de ese modo. Tenía nombre. Uno de verdad. Puede que jamás lo dijera cuando y como él quería, pero tenía que dejar de pensar en él como si fuese Hawke o, de algún modo, no tuviese nombre.

Su nombre era Casteel. Cas.

Esa habitación era donde me había salvado la vida y donde yo había intentado arrebatársela la suya.

Él lo logró.

Yo fracasé.

Mis ojos volaron hacia donde Kieran montaba guardia al lado de la puerta. Me miraba como si esperara que corriera hasta la ventana y me tirara por ella. Archeó una ceja en mi dirección y yo aparté la mirada.

Él se había marchado, a hacer solo los dioses sabían qué, y había dejado a Kieran de centinela. Bueno, sí sabía una cosa que había hecho. Después de partir, una docena de sirvientes había llenado la bañera de latón de la sala de baño con humeante agua caliente, y otro había dejado un par de pantalones negros y una túnica limpia sobre la cama.

Parte de mí estaba sorprendida de que me hubiese llevado allí de vuelta y no a las celdas. No estaba segura de lo que significaba o si debía importar que significara algo.

Mis pensamientos seguían sumidos en el caos. Por el momento no sabía nada y él no había contestado a ninguna de las preguntas que le había hecho durante el camino de vuelta; por ejemplo, si Atlantia todavía existía como lugar físico.

Porque, por lo que sabía, había sido casi arrasada durante la guerra.

Una vez más, todo lo que creía saber estaba resultando falso.

Me pasé una mano por la mejilla y miré de reojo a Kieran.

—¿Atlantia todavía existe?

Si mi pregunta aleatoria lo había tomado por sorpresa, no lo demostró.

—¿Por qué no habría de hacerlo?

—Me dijeron que las Tierras Baldías...

—¿Eran Atlantia en el pasado? —me interrumpió—. Eran un puesto fronterizo, pero esa tierra nunca fue la totalidad del reino.

—O sea que ¿Atlantia todavía existe?

—¿Alguna vez has ido más allá de las montañas Skotos?

—¿Siempre respondes a las preguntas con otra pregunta? —dije, las comisuras de mis labios curvadas hacia abajo.

—¿Eso hago?

Le lancé una mirada de exasperación. Una leve sonrisa apareció en su cara, luego se esfumó.

—Nadie ha ido más allá de las montañas Skotos —le informé—. Solo hay más montañas.

—¿Montañas que se extienden tan lejos, a lo ancho y a lo largo, que sus cimas se pierden en la más densa de las nieblas? Esa parte es verdad, pero las montañas no continúan para siempre, Penellaphe, y la neblina del lugar puede que no contenga Demonios, pero tampoco es natural —me contó, y un escalofrío bailoteó por mis hombros—. La neblina es una protección.

—¿Cómo?

—Es tan densa que impide ver nada. Crees que lo ves todo. —Una extraña luz iluminó sus pálidos ojos azules—. La neblina que envuelve las montañas Skotos está ahí para que todo el que se aventure a cruzarlas solo quiera dar media vuelta.

—¿Y los que no dan media vuelta?

—No llegan al otro lado.

—¿Porque... porque Atlantia está más allá de las Skotos? —pregunté.

—¿Tú qué crees? —Lo que creía era que hablar con Kieran era un ejercicio de paciencia y energía, dos cosas que no tenía en abundancia—. ¿Te vas a bañar? —me preguntó.

Quería hacerlo. Mi piel no solo estaba sucia, también estaba helada y todavía llevaba su *camisa ensangrentada*.

Pero también tenía ganas de hacerme la difícil, porque estaba superconfundida y, cómo *él* había dicho, estaba cansada.

—¿Y si no lo hago?

—Haz lo que quieras —repuso—. Pero hueles a Casteel.

Di un respingo al oír su nombre. Su *verdadero* nombre.

—Llevo su camisa.

—Ese no es el tipo de olor al que me refiero.

Tardé un minuto en pillar lo que quería decir. Cuando lo hice, me quedé boquiabierta.

—¿Puedes oler...? —La sonrisa de Kieran solo podía describirse como lobuna—. Me voy a bañar. —Se rio entre dientes—. Cállate —espeté. Recogí la ropa nueva y me apresuré hacia la sala de baño. Cerré la puerta a mi espalda, irritada cuando vi que no había pestillo.

Maldije en voz baja y miré a mi alrededor. Encontré varios ganchos en la pared, de los que colgué la túnica y los pantalones. Me desvestí deprisa y me metí en la bañera, haciendo caso omiso de la punzada de dolor que sentí en una zona muy íntima mientras me sumergía en el agua con aroma a lavanda. No me permití pensar en nada y empecé a frotar mi piel para eliminar mi sangre y... la suya. Se me revolió el estómago cuando empleé la pastilla de jabón para lavarme el pelo. Cuando la espuma empezó a resbalar por la parte de atrás de mi cuello, me sumergí bajo el agua y me quedé ahí.

Permanecí debajo del agua hasta que me ardieron los pulmones y la garganta y brotaron chispitas blancas detrás de mis ojos cerrados. Solo entonces salí a la superficie, boqueando en busca de aire.

¿Qué iba a hacer con respecto a *él*? ¿Con respecto a todo?

Una estrangulada carcajada ronca escapó de mis labios. No sabía ni por dónde empezar a dilucidar todo este lío. Acababa de enterarme de que el reino de Atlantia todavía existía, y esa parecía la cosa menos alocada que había descubierto. Por todos los dioses, todavía no entendía siquiera cómo había pasado de enterarme de quién era *él* en realidad, a apuñalarlo en el corazón, y a luego caer por voluntad propia en sus brazos.

Apreté los ojos con fuerza, deslicé las manos por mi cara. No podía echarle la culpa al mordisco, aunque sí había tenido algún tipo de efecto excitante, igual que su sangre. Y, por cierto, ¿quién hubiese imaginado que eso sería agradable?

Pero maldita sea, sí que lo había sido...

Me estremecí cuando una espiral tensa de movimiento brotó en mi bajo vientre.

Eso era lo último en lo que necesitaba pensar ahora mismo, si es que quería tener alguna esperanza de averiguar lo que debía hacer.

Tenía que urdir algún tipo de plan, y deprisa, porque aunque no parecía que me guardara rencor por mi intento de asesinato, no estaba segura ahí. No estaría segura en ningún sitio con su gente. Me odiaban, y si la mitad de lo que él y Kieran habían dicho sobre los Ascendidos y lo que habían hecho era verdad, no podía culparlos, aunque yo no les hubiese hecho nada. Era lo que representaba.

Aun así, costaba creer que los atlantianos fuesen los inocentes y los Ascendidos fuesen la tiranía violenta que de algún modo había conseguido engañar al reino entero.

Pero...

Pero nunca había visto a ninguno de los terceros y cuartos hijos e hijas que habían sido entregados a los dioses durante el Rito.

Jamás pude comprender por qué unos hombres como el duque y lord Mazeen habían recibido una Bendición de los dioses.

Pero nunca había visto a un Ascendido levantar un solo dedo para luchar contra los Demonios, lo único que los habitantes de Solis temían más que a la muerte.

Lo único por lo que harían cualquier cosa y *creerían* cualquier cosa con tal de mantenerse a salvo de ellos.

Él había dicho que los Regios utilizaban a los Demonios para mantener a la gente controlada, y si eso fuese verdad, funcionaba. Renunciaban a sus propios hijos para mantener a las bestias a raya.

Tenía que ser verdad.

Peor aún, había otros que debían de estar involucrados en todo aquello. Los sacerdotes y sacerdotisas. Amigos cercanos a la Corte, que no habían Ascendido. ¿Mis padres?

Por todos los dioses, no podía seguir mintiéndome ya más.

Lo que había pasado con él era prueba suficiente. Su sangre me había curado, no me había convertido en un monstruo. Sus besos nunca me habían maldecido. Como tampoco lo había hecho su mordisco, hasta ahora.

Los Ascendidos eran *vamprys*. Ellos eran la maldición que había asolado esta tierra. Empleaban el miedo para controlar a las masas y eran el mal oculto a plena vista, los que se alimentaban de aquellos que habían jurado proteger ante los dioses.

Y mi hermano era ahora uno de ellos.

Encogí las rodillas contra mi pecho, envolví los brazos alrededor de las piernas. Cerré los ojos para eliminar el ardor de las lágrimas y apoyé la mejilla sobre una rodilla. Ian no podía ser como el duque. La duquesa no estaba demasiado mal. La reina tampoco, pero...

Pero si se alimentaban de niños, si casi dejaban secas a personas inocentes y creaban Demonios, no eran mejores que el duque.

Apreté los labios, en un intento por aguantar las lágrimas que amenazaban con rebosar de mis ojos. Ya había llorado suficiente por hoy, pero Ian... Por favor, Ian no podía ser como ellos. Era dulce y amable. No podía creer que él hiciera esas cosas. Simplemente no podía.

Y luego estaba yo. Si era todo una mentira, yo jamás sería entregada a los dioses. ¿Qué habían planeado para mí? ¿Por qué me habían convertido en la Elegida y habían vinculado todas estas Ascensiones a mí? ¿Sería por mis habilidades? Recordé lo que él había dicho cuando le quité el dolor. Sabía algo.

Algo que tenía que decirme.

Yo no estaba a salvo ahí, pero desde luego tampoco estaba a salvo con los Ascendidos. Y si lograra escapar, ¿cómo podría regresar con ellos, sabiendo lo que ahora sabía? ¿Cómo podría quedarme y permitir que me llevara a Atlantia, cuando yo representaba ante ellos a un reino que había asesinado a un número incalculable de su gente, que había esclavizado a su príncipe a fin de utilizarlo para crear más *vamprys*?

¿Cómo podría quedarme con él?

Daba igual lo que sintiera, jamás podría confiar en él, y lo que sentía tampoco era algo que pudiera seguir fingiendo que no existía. Lo quería.

Estaba *enamorada* de él.

Y aunque hubiese una remota posibilidad de que pudiese olvidar el hecho de que había ido a Masadonia con la intención de secuestrarme y utilizarme como moneda de cambio, jamás podría olvidar toda la sangre que había sido derramada por su culpa. Jamás podría olvidar que Rylan y Vikter, Loren y Dafina, y tantos más estaban muertos, ya fuese a sus manos, por orden suya o por lo que él representaba. Jamás podría creer del todo lo que decía con respecto a nosotros.

Además, ¿qué había dicho con respecto a nosotros?

Me había llevado a creer que sentía algo por mí. Que era algo más que alguien que debía proteger como Hawke y que necesitaba utilizar para sus propios fines como príncipe de Atlantia. Había estado intrigado desde el

principio porque yo no era quien esperaba que fuera, dado que parecía ser una seguidora mimada e inmoral de los Ascendidos. Había sido amable y se había mostrado interesado porque necesitaba descubrir todo lo que pudiera acerca de mí y quizás porque se sentía atraído. Pero ¿qué significaba eso en realidad?

Lo que había pasado en el bosque quizás demostrara que se sentía atraído por mí, y eso no era ninguna farsa, pero la lujuria no era amor, no era lealtad, y no era algo duradero.

Ni como Hawke ni como Casteel había dicho nada con respecto a nosotros.

La realidad era lacerante y dolía. Cortaba profundo porque él me había hecho sentir *caliente*, pero era la realidad y había que lidiar con ella.

En mi mente, sopesé las opciones que tenía. Escapar. Encontrar a mi hermano, porque tenía que saber si era igual que ellos, y luego... ¿qué? ¿Desaparecer? Aunque primero tendría que averiguar cómo escapar.

Los *wolven* podían seguir mi rastro y él...

Escapar de él sería casi imposible.

Pero tenía que intentarlo, y tenía que haber una manera. Quizás cuando no me diera la impresión de tener la cabeza llena de telarañas, sabría qué hacer. Cansada, dejé que mis pensamientos divagaran. De algún modo, debí quedarme dormida, todavía hecha un ovillo contra la bañera, porque lo siguiente que oí fue mi nombre.

—Penellaphe. —Levanté la cabeza de golpe. Parpadeé varias veces a medida que la cara de Kieran cobraba forma delante de mí. ¿Qué diab...?—. Bien —comentó. Estaba arrodillado al otro lado de la bañera. ¡La bañera en la que estaba completamente desnuda!—. Estaba preocupado por que hubieras muerto.

—¿Qué? —Me planté una mano delante del pecho y cerré las piernas todo lo que pude. No quería ni pensar en lo que podía ver debajo de la superficie del agua—. ¿Qué estás haciendo aquí dentro?

—Te llamé y no contestaste —repuso, su tono tan plano como una tabla—. Llevas mucho rato aquí. Pensé que debía asegurarme de que estuvieras viva.

—Por supuesto que estoy viva. ¿Por qué no habría de estarlo?

—Estás rodeada de gente que intentó asesinarte, por si lo has olvidado —dijo, con una ceja levantada.

—No lo he olvidado. Pero ¡dudo mucho de que ninguno de ellos esté escondido en el agua de la bañera!

—Nunca se puede estar seguro. —No hizo ningún intento de levantarse y marcharse. Lo miré.

—No deberías estar aquí y yo no debería tener que explicártelo.

—No tienes nada que temer de mí.

—¿Por qué? ¿Debido a él? —escupí.

—¿Debido a Cas? —inquirió, y yo pestañeé al oír el diminutivo por primera vez en boca de alguien que no fuera *él*—. Se enfadaría si me encontrara aquí. —No estaba segura de si me debía sentir bien por oír eso o más enfadada. Apareció el fantasma de una sonrisa—. Y después se sentiría... intrigado.

Abrí la boca, pero mi mente registró el comentario e hizo memoria. No tenía nada que decir. Nada en absoluto. Pero pensé en lo que había leído sobre los *wolven* y los atlantianos. Había un vínculo entre algunos de ellos y, aunque no se sabía demasiado acerca de lo que ese vínculo suponía, estaba bastante segura de que un príncipe sería el tipo de atlantiano con el que un *wolven* forjaría un vínculo. Tenía ganas de preguntárselo, pero visto que estaba dentro de una bañera y desnuda, supuse que ese no era el momento más indicado.

Los ojos de Kieran bajaron hacia mi cuerpo, y se deslizaron por mis brazos hasta la curva del estómago y el muslo.

—Entre mi gente, las cicatrices se veneran. Nunca se esconden.

La única cicatriz que podía ver era la que discurría por el lado de mi cintura. Al menos, eso esperaba.

—Entre mi gente, no es educado mirar a una mujer desnuda en una bañera.

—Tu gente suena superaburrida.

—¡Sal de aquí! —chillé.

Con una risita, Kieran se levantó casi con la misma gracia y fluidez con las que solía moverse.

—El príncipe no querría que te quedaras ahí sentada en agua fría y sucia. Creo que deberías dar tu baño por finalizado.

—Me importa un bledo lo que querría el príncipe. —Me estaba clavando las uñas en la carne de las piernas.

—Pues debería importarte —repuso. Rechiné los dientes—. Porque te quiere a ti, aunque sepa que no debería, aunque sepa que todo esto acabará en otra tragedia más.

Capítulo 41



Después de secarme deprisa y ponerme ropa limpia, hice todo lo posible por olvidar que esa breve conversación en la sala de baño con Kieran había tenido lugar.

Los pantalones me quedaban un poco apretados, lo cual hizo que me preguntara si de *verdad* habían pertenecido a un niño, pero estaban limpios y eran suaves, así que no iba a quejarme. La túnica de manga larga estaba hecha de lana gruesa y me llegaba hasta las rodillas. Las rajas de los lados terminaban en las caderas y me hubiesen proporcionado fácil acceso a mi daga.

Solo que no había vuelto a ver mi daga desde los establos, y dado lo que había hecho con la última...

Hice una mueca.

Dudaba de que fuese a tener acceso a otra en algún momento pronto, lo cual dificultaba la posibilidad de escapar. Necesitaba un arma, cualquier arma, pero lo que quería era la daga que me había dado Vikter.

Añadí eso a mi plan, que no era del todo un plan. Al menos, todavía no.

Kieran se marchó poco después de que saliera de la sala de baño. Cerró la puerta con llave, pero dudaba mucho de que se hubiese ido muy lejos. Lo más probable era que estuviese al otro lado de la puerta.

Empecé a trenzar mi pelo húmedo, pero recordé la marca de mi cuello y decidí dejarlo suelto. Después di vueltas por la habitación sin un objetivo fijo. No había forma de salir de ahí. Ni siquiera cabía por la ventana. ¿Me mantendrían encerrada hasta que llegara el momento que *él* considerara oportuno para marcharnos?

Con un suspiro, me dejé caer sobre la cama. Era mullida. Mucho más gruesa que el jergón de paja de la celda. Me tumbé de cara a la puerta y me hice un ovillo sobre un costado.

¿Qué ocurriría cuando regresara a por mí? ¿Habría cambiado su aparente aceptación de mi intento de asesinato? Todo lo que había dicho sobre los Ascendidos muy bien podía ser verdad, pero seguía siendo el Señor Oscuro y era igual de peligroso. Él mismo lo había dicho.

Tenía las manos manchadas de mucha sangre.

Con los nervios tan a flor de piel como los tenía, no creí que fuese a dormirme otra vez, pero eso fue justo lo que sucedió. Tenía que ser... tenía que ser el mordisco aún tierno y su efecto. Porque en un momento estaba alerta, los ojos fijos en la puerta cerrada, y al siguiente estaba fuera de combate. Me sumí en un sueño profundo en el que no soñé. No estaba segura de qué me despertó primero. No fue el sonido de mi nombre. No fueron palabras en absoluto.

Fue más bien un suave roce sobre mi mejilla y luego en el lado del cuello, justo por encima del mordisco. Mis pestañas aletearon y abrí los ojos. La habitación estaba en penumbra, excepto por los candeleros de la pared y la solitaria lámpara de aceite en la mesilla, pero aun así lo vi.

Estaba sentado sobre el borde de la cama y noté un vahído en el pecho al verlo, como de costumbre. Supuse que pasaría siempre, sin importar lo que supiese acerca de él.

Al menos, había encontrado una camisa.

Y se había bañado en alguna parte, porque tenía el pelo mojado, rizado en las sienes y cerca de las orejas.

Vestido todo de negro, resultaba una figura imponente, asombrosa, y ya no veía su atuendo como el uniforme de la guardia. Veía al Señor Oscuro. Bajé la vista hacia la manga de la oscura túnica que yo llevaba y luego hacia mis piernas enroscadas, donde esperaba ver los pantalones negros. En vez de eso, vi una manta de punto echada sobre mis piernas. Inquieta, levanté los ojos hacia los suyos.

No dijo nada. Yo tampoco. Durante un largo rato. Sus dedos permanecieron en mi cuello, por encima de la marca. Después de lo que pareció una eternidad, retiró la mano.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó. Me eché a reír. No pude evitarlo. Una risita tonta escapó por mi boca y él ladeó la cabeza. Apareció esa media sonrisa—. ¿Qué?

—No puedo creer que me estés preguntando qué tal estoy cuando te apuñalé en el corazón.

—¿Crees que deberías ser tú la que me hiciera la pregunta a mí? —¿Sí? ¿No? ¿Quizás? La sonrisa se ensanchó—. Me alivia saber que te importa. Estoy muy bien.

—No me importa —farfullé, sentándome.

—Mentira —murmuró.

Tenía razón, por supuesto, porque sin darme cuenta de lo que hacía, estiré mis sentidos para comprobar si sufría algún dolor físico. No lo sufría. Lo que le había hecho antes ya se había diluido. Lo supe porque sentí la aflicción que siempre bullía justo por debajo de la superficie. Sin embargo, había algo más. Ya lo había sentido en él antes: confusión o conflicto.

—No has contestado a mi pregunta.

—Estoy bien. —Retiré mi don y bajé la vista hacia la manta. Era de un tono amarillo pálido y vieja. Me pregunté de quién sería.

—Kieran me ha dicho que te dormiste en la bañera.

—¿También te ha contado que entró en la sala de baño?

—Sí. —Sorprendida, mis ojos volaron hacia los suyos—. Confío en Kieran —dijo—. Llevas varias horas dormida.

—¿Y eso no es normal?

—No es anormal. Supongo que estoy... —Frunció el ceño, como si se le acabara de ocurrir algo—. Supongo que me siento culpable por haberte mordido.

—¿Supones? —Arqueeé las cejas. Pareció pensarlo un momento y luego asintió.

—Sí, creo que sí.

—¡Deberías sentirte culpable!

—¿Aunque tú me apuñalaras y me dejaras aquí tirado para que muriera?

Se me revolvió el estómago y cerré la boca de golpe.

—Pero no moriste. Obviamente.

—Obviamente. —Había un brillo juguetón en sus ojos—. Apenas me quedé sin respiración.

—Enhorabuena —mascullé, poniendo los ojos en blanco. Él se rio. Irritada, retiré la manta de mis piernas de mal modo y retrocedí hacia el otro lado de la cama—. ¿A qué has venido? ¿A llevarme de vuelta a la celda?

—Debería. Si alguien aparte de Kieran supiese que me apuñalaste, es lo que se esperaría de mí.

—Entonces, ¿por qué no lo haces? —Me puse de pie.

—Porque no quiero.

Lo miré durante unos instantes, mis manos se abrían y cerraban a mi lado. Él siguió sentado en la cama.

—¿Y ahora qué? ¿Cómo crees que va a funcionar esto, *alteza*? —Sentí una gran satisfacción cuando vi cómo apretaba la mandíbula—. ¿Me vas a mantener encerrada en una habitación hasta que estés listo para que nos vayamos?

—¿No te gusta esta habitación?

—Es mucho mejor que una celda sucia, pero sigue siendo una prisión. Una jaula, por muy agradables que sean las condiciones.

—Tú lo sabes bien, ¿verdad? —dijo, después de un momento de silencio—. Después de todo, llevas encarcelada desde la niñez. Enjaulada y oculta detrás de un velo.

Eso no había quien lo negara. Me habían retenido tanto en jaulas agradables como en otras austeras. Las razones eran diferentes, pero el resultado final era el mismo. Crucé los brazos y miré hacia la pequeña ventana, al cielo nocturno al otro lado.

—He venido a acompañarte a cenar.

—¿Acompañarme a cenar? —La incredulidad me hizo abrir mucho los ojos. Lo miré de nuevo.

—Me da la sensación de que en esta habitación hay eco, pero sí, supongo que tienes hambre —dijo, y mi estómago aprovechó justo ese momento para confirmar que estaba en lo cierto—. Y cuando tengamos algo de comida en el estómago, hablaremos de lo que pasará a continuación.

—No.

—¿No? —Arqueó las cejas.

Sabía que estaba siendo difícil sobre algo que no merecía la pena. Igual que había hecho con Kieran. Pero no estaba dispuesta a estar a disposición de nadie. Ya no era la Doncella. Y las cosas no iban bien entre nosotros solo porque hubiésemos perdido la cabeza de manera temporal en el bosque. Él me había traicionado. Yo había intentado matarlo. Él seguía planeando utilizarme para liberar a su hermano. Éramos enemigos, sin importar el resto de verdades.

Sin importar que lo quería.

—Tienes que tener hambre —insistió. Hizo una pausa para tumbarse de lado, apoyó la mejilla en un puño. No podía parecer más cómodo ni aunque lo intentara.

Ni más atractivo.

—Sí que tengo hambre. —Aun así, negué con la cabeza.

—Entonces —dijo, con un suspiro—, ¿cuál es el problema, princesa?

—No quiero comer contigo —le informé—. Ese es el problema.

—Bueno, pues es un problema que vas a tener que superar, porque es tu única opción.

—Verás, ahí es donde te equivocas. Sí tengo opciones. —Le di la espalda—. Preferiría morirme de hambre antes que cenar contigo, *alteza*. —Di un gritito y casi me salgo del pellejo cuando se plantó de repente delante de mí. Se movió tan deprisa y con tal sigilo que casi ni lo vi—. Por todos los dioses —musité. Me llevé las manos al corazón, que aporreaba mis costillas.

—Y ahí es donde te equivocas tú, princesa. —Sus ojos brillaban de un ámbar llameante al mirarme—. No tienes opciones cuando se trata de tu propio bienestar y tu propia cabezonería absurda.

—¿Perdona?

—No dejaré que te debilites ni que te mates de hambre solo porque estás enfadada. Y sí, lo pillo. Pillo por qué estás disgustada. Por qué quieres enfrentarte a mí por todo, en cada paso del camino. —Dio ese paso hacia mí y mi columna se bloqueó cuando me negué a retroceder. Sus ojos brillaron con más fuerza todavía—. Quiero que lo hagas, princesa. Me divierte.

—Eres un retorcido.

—Jamás dije que no lo fuera —replicó—. Así que enfréntate a mí. Discute conmigo. Mira a ver si de verdad puedes herirme la próxima vez. Te desafío a ello.

Abrí mucho los ojos, bajé los brazos.

—Eres... hay algo mal en ti.

—Tal vez sea verdad, pero lo que también es verdad es el hecho de que no dejaré que te pongas en un peligro innecesario.

—Quizás lo hayas olvidado, pero puedo valerme por mí misma —escupí.

—No lo he olvidado. Ni siquiera te impediré blandir una espada para proteger tu vida o la de aquellos que te importan —argumentó—. Pero no permitiré que atraveses tu propio corazón con esa espada solo para demostrar que tienes razón.

Parte de mí estaba alucinada; aún pasmada de que no fuese a impedir que luchara. La otra mitad de mí estaba furiosa por que creyera que podía controlar alguna parte de mí. Al final, solté un gritito de frustración.

—¡Por supuesto que no! ¿De qué te sirvo muerta? Supongo que todavía planeas utilizarme para liberar a tu hermano.

Apretó los dientes, un músculo se tensó en su mandíbula.

—No significas nada para mí si estás muerta.

Aspiré una brusca y ardiente bocanada de aire que me abrasó los pulmones. ¿Qué diablos había esperado que dijera? ¿Que no querría verme muerta porque le importaba? Debía de haberlo sabido.

Tenía que haberlo sabido.

—Vamos. Se va a enfriar la comida. —Sin esperar mi respuesta, agarró mi mano. Empezó a dirigirse hacia la puerta, pero no moví ni un músculo. Giró la cabeza hacia mí, su agarre era firme, aunque no doloroso—. No me lles la contraria en esto, Poppy. Tienes que comer y mi gente tiene que ver que gozas de mi protección, si quieres tener alguna esperanza de no encontrarte un día tras otro encerrada en una habitación.

Hasta el último ápice de mí me exigía hacer justo lo que él decía que le divertía. Quería que me enfrentara a él a cada paso del camino, pero prevaleció el sentido común. Apenas. Tenía hambre y necesitaba estar lo más fuerte posible si planeaba escapar. Además, necesitaba que su gente viera que yo era material vedado. Si cenar con él como si fuésemos íntimos amigos me proporcionaba eso, entonces debería aceptar el trato.

Así que fue lo que hice.

Dejé que me condujera fuera de la habitación y ni siquiera me sorprendió ver a Kieran esperándonos. Por el asomo de diversión que se apreciaba en su rostro, debía de haber oído al menos la mitad de nuestra discusión.

Kieran abrió la boca.

—No me pongas a prueba —le advirtió él.

Kieran se rio bajito y no dijo nada, antes de empezar a caminar detrás de nosotros. Bajamos por las mismas escaleras por las que había descendido a toda velocidad hacía unas horas y traté de no pensar en mi alocada huida hacia el bosque. En lo que había sucedido cuando me alcanzó.

Una ola de calor recorrió mis venas de todos modos.

Él bajó la vista hacia mí, una expresión inquisitiva en la mirada, que ignoré con mucho cuidado al tiempo que rezaba por que no fuese capaz de percibir adónde habían ido mis pensamientos.

En cuanto entramos en la zona común, Kieran ralentizó el paso para caminar justo detrás de mí. Sabía que no era una acción inconsciente. La sala estaba llena de Descendientes, sus rostros pálidos mientras susurraban los unos con los otros, sin quitarnos el ojo de encima. Reconocí a algunos de ellos porque habían estado de observadores fuera de mi celda. Vi a Magda. Ahora no había compasión en sus ojos. Solo... especulación.

Levanté la barbilla y erguí bien la espalda. Los Ascendidos podían muy bien ser la encarnación del mal, y un número indeterminado de los habitantes de Solis podían ser sus cómplices, pero lo que ellos me habían hecho demostraba que eran de la misma calaña.

Doblamos la esquina y levanté los ojos...

—Oh, por todos los dioses —susurré. Me tambaleé hacia atrás mientras mi mano libre volaba hacia mi boca. Me estampé contra Kieran.

Su mano aterrizó sobre mi hombro para ayudarme a mantener el equilibrio mientras yo miraba las paredes del salón. Me había quedado paralizada. Apenas podía respirar, asfixiada por el horror.

Ahora comprendía los rostros pálidos de la zona común. Las paredes estaban revestidas de cuerpos, los brazos abiertos a los lados y estacas de heliotropo clavadas en las manos. Algunos habían recibido una pica marrón rojiza en medio del pecho, otros a través de la cabeza. Algunos eran mortales. Algunos eran atlantianos. Media docena de ellos a cada lado. Vi a Rolf y al hombre que había dejado inconsciente, y vi...

Vi al Sr. Tulis.

Me flaquearon las rodillas al mirarlo. Estaba muerto, el rostro de un espantoso color gris. Era mortal, pero de su pecho sobresalía una estaca de todos modos.

Todo lo que había querido era salvar a su último hijo. Le habían dado una oportunidad de hacerlo. Había escapado y ahora... ahora estaba ahí.

No todos estaban muertos.

Uno aún respiraba.

Jericho.

Bloqueé mis sentidos antes de que pudiera estirarlos y ver el tipo de dolor que estaba sufriendo. Su cabeza desgredada colgaba hacia delante, respiraba en bocanadas irregulares y temblorosas. Sendas piedras de sangre atravesaban las palmas de sus manos, pero la estaca final estaba clavada en su cuello. El líquido carmesí empapaba su pecho desnudo, sus pantalones, se arremolinaba en el suelo a sus pies.

—Te prometí que pagarían por lo que hicieron. —Él no sonaba ni parecía contento. No sonaba orgulloso—. Y ahora los otros saben lo que ocurrirá si me desobedecen e intentan hacerte daño.

—Él... sigue vivo —susurré, la garganta llena de bilis mientras contemplaba al *wolven*.

—Solo hasta que me sienta preparado para poner fin a su vida —comentó. Soltó mi mano. Echó a andar sin volver a mirar atrás. Dos hombres abrieron

las grandes puertas de madera que llevaban a la Gran Sala y él entró, directo hacia la mesa del centro, donde esperaban varias bandejas tapadas.

Me entraron ganas de vomitar. La mano de Kieran me dio un apretoncito en el hombro.

—No merecían menos.

¿En serio?

Incluso el Sr. Tulis, que seguramente había sido el responsable de herirme de muerte.

—Ve —me apremió Kieran con la mano. De algún modo, conseguí poner mis pies en movimiento. Pasé por delante de todos esos cuerpos, clavados a la pared como mariposas.

Aturdida, no me di ni cuenta de que estaba sentada a *su* derecha en la mesa, el típico lugar de honor. Kieran ocupó la silla a mi otro lado. Me quedé ahí sentada, como embotada, mientras los sirvientes destapaban las bandejas de comida y el resto de los presentes seguía nuestro ejemplo y tomaba asiento alrededor de la mesa. Reconocí a Delano y a Naill, extrañamente aliviada de ver que estaban bien. Ellos me habían defendido y no quería pensar en sus razones para hacerlo.

Desplegado antes nosotros, había un festín. Carne estofada. Pato asado. Fiambres y quesos. Patatas al horno. Todo ello olía a las mil maravillas.

Pero mi estómago daba vueltas sin parar y me quedé ahí sentada, incapaz de moverme. Kieran me ofreció algo de estofado y debí de aceptar porque acabó en mi plato. A continuación, llegaron el pato y las patatas. Él cortó un pedazo de queso y lo dejó en mi plato mientras alargaba la mano hacia su copa; parecía haberse acordado de que era una de mis debilidades.

Bajé la vista hacia mi plato. No vi la comida. Vi los cuerpos de la otra habitación. La conversación tardó un poco en empezar, pero enseguida se animó y se convirtió en un zumbido constante. Las copas y los platos tintineaban. Sonaban risas.

Y había cuerpos clavados a las paredes al otro lado de las puertas de la Gran Sala.

—Poppy. —Parpadeé y levanté la vista hacia él. Sus ojos dorados se habían enfriado, pero su mandíbula estaba bastante apretada como para cortar cristal—. Come —me ordenó en voz baja.

Alargué la mano hacia un tenedor, lo levanté y pinché un pedazo de carne. Comí un bocado, masticando despacio. Sabía tan bien como olía, pero cayó demasiado pesado en mi estómago. Me metí unas patatas en la boca.

—¿No estás de acuerdo con lo que les hice? —preguntó, después de unos momentos. Giré la cabeza hacia él. Ni siquiera sabía cómo contestar a esa pregunta... si es que era una pregunta, para empezar a hablar. Se echó hacia atrás, la copa en la mano—. ¿O estás tan conmovida que de verdad te has quedado sin palabras?

Me tragué el último trocito de comida y dejé con calma el tenedor en la mesa.

—No me esperaba eso.

—Supongo que no. —Sonrió con suficiencia y se llevó la copa a los labios.

—¿Cuánto... cuánto tiempo los vas a dejar ahí?

—Hasta que me apetezca.

Se me comprimió el pecho.

—¿Y a Jericho?

—Hasta que esté seguro de que nadie se atreverá a levantar un solo dedo contra ti de nuevo.

Consciente de pronto de que varios de los hombres que nos rodeaban habían dejado de hablar y estaban escuchando, elegí mis siguientes palabras con mucho cuidado.

—No conozco a tu gente demasiado bien, pero me da la impresión de que ya habrán aprendido la lección.

—Lo que he hecho te molesta —comentó, después de beber un sorbo.

Sabía que no era una pregunta. Mis ojos volvieron a mi plato. ¿Me molestaba? Sí. Supuse que perturbaría a la gran mayoría. O al menos eso esperaba. La evidencia del tipo de violencia del que era capaz era abrumadora, si no del todo sorprendente, lo cual lo alejaba aún más del guardia que conocía como Hawke.

—Come —repitió. Bajó la copa—. Sé que tienes que comer más que eso.

Reprimí el impulso de decirle que era capaz de determinar cuánta comida necesitaba ingerir. En lugar de eso, abrí mis sentidos a él. La aflicción que percibí era diferente, sabía... ácida, casi agria. Sentí unas ganas inmensas de tocarlo, así que cerré un puño en el regazo. ¿Sería lo que había ocurrido entre nosotros lo que había causado eso? ¿Sería lo que les había hecho a sus propios seguidores? Era probable que fuesen las dos cosas. Alargué la mano hacia mi bebida, cerré los ojos, y cuando los volví a abrir, lo encontré observándome a través de sus espesas pestañas.

Podía decirle que sí me molestaba. Podía no decirle nada de nada. Supongo que tal vez esperaba una de esas dos cosas de mí. Pero le dije la

verdad. No porque creyera que se lo debía, sino porque me lo debía a mí misma.

—Cuando los he visto, me ha horrorizado. Es espantoso, sobre todo el Sr. Tulis. Lo que has hecho ha sido una sorpresa, pero lo que más me molesta es que... —Respiré hondo—. Es que no me siento tan mal al respecto. —Esos pesados párpados se alzaron y noté su mirada penetrante—. Esa gente se rio cuando Jericho habló de cortarme la mano. Vitorearon cuando sangraba, y gritaron y sugirieron otras opciones de pedazos que Jericho podía tallar y guardar —expliqué. El silencio a nuestro alrededor era casi insoportable—. Ni siquiera había visto a la mayoría de ellos hasta entonces, pero estaban contentos de ver que me iban a hacer picadillo. Así que no siento compasión.

—No se la merecen —declaró con voz queda.

—Estoy de acuerdo —murmuró Kieran. Levanté la barbilla.

—Pero siguen siendo mortales. O atlantianos. Siguen mereciendo dignidad en la muerte.

—Ellos no creían que tú merecieras ninguna dignidad —rebatí él.

—Estaban equivocados, pero eso no hace que esto esté bien —le dije. Sus ojos se deslizaron por mi cara. El tic del músculo había cesado.

—Come —repitió.

—Estás obsesionado con asegurarte de que coma —protesté. Un lado de sus labios se curvó hacia arriba.

—Come y te contaré nuestros planes.

Eso captó la atención de varios otros. Rezando por que mi estómago no se rebelara, empecé a comer en lugar de solo jugar con mi comida. No me atreví a mirar a Kieran, porque si lo hacía, miraría fuera de la Gran Sala, hacia el otro salón.

—Nos vamos mañana por la mañana —me informó y casi me atraganto con el trozo de queso que acababa de morder. Ninguno de los que nos rodeaban parecía sorprendido en absoluto.

—¿Mañana? —exclamé, con un hilillo de voz, dividida entre el pánico y la esperanza. Tendría mejores opciones de escapar en la carretera que ahí. Él asintió.

—Como he dicho, vamos a casa.

Di un buen sorbo de mi bebida.

—Pero Atlantia no es mi casa.

—Sin embargo, sí lo es. Al menos en parte.

—¿Qué significa eso? —preguntó Delano desde el otro lado de la mesa. Era la primera vez que hablaba.

—Significa algo que debí deducir antes. Hay muchísimas cosas que ahora tienen sentido cuando antes no lo tenían. Por qué te convirtieron en la Doncella, cómo sobreviviste a un ataque de Demonios. Tus dones —añadió, bajando la voz de modo que solo yo y nuestros vecinos inmediatos pudiéramos oírlo—. No eres mortal, Poppy. Al menos no del todo.

Abrí la boca y luego la cerré. No estaba segura de haberlo oído bien. Durante un instante, pensé que se me había quedado algo de comida atascada en la garganta. Bebí un trago, pero la sensación seguía ahí.

Los ojos azul joya de Delano se entornaron.

—¿Estás sugiriendo que es...?

—¿Parte atlantiana? —terminó por él—. Sí.

Me empezó a temblar la mano y el líquido de la copa cayó sobre mis dedos.

—Eso es imposible —susurré.

—¿Estás seguro? —le preguntó Delano. Cuando me giré hacia él, pude ver la sorpresa en sus ojos mientras me miraba de arriba abajo. Se demoró en mi cuello.

—Al ciento por ciento —contestó.

—¿Cómo? —exigí saber.

Una tenue sonrisa jugueteó en sus labios carnosos. Sus ojos también se deslizaron por mi rostro y se detuvieron... en mi cuello.

En el mordisco, apenas oculto por mi pelo, según pude constatar. Mi sangre. ¿Lo supo después de... saborear mi sangre?

Los ojos de Delano se abrieron como platos. Se echó hacia atrás en su silla y me miró como si fuese la primera vez que me hubiese visto en su vida. Me olvidé por completo del salón y me giré hacia Kieran. No vi la misma expresión en su rostro. Archeó una ceja en mi dirección. Esto no lo pillaba de nuevas.

—No es frecuente, pero ocurre. Los caminos de un mortal y un atlantiano se cruzan. La naturaleza sigue su curso y nueve meses después nace un niño mortal. —Kieran hizo una pausa y deslizó el dedo por el borde de su copa—. Pero de vez en cuando, nace un niño de ambos reinos. Mortal y atlantiano.

—No. Tenéis que estar equivocados. —Me giré en mi asiento—. Mi madre y mi padre eran mortales...

—¿Cómo puedes estar segura? —me interrumpió Hawke. No, Hawke no. *Casteel*. El príncipe—. Creías que yo era mortal.

Mi corazón amenazaba con salirse de mi pecho.

—Pero mi hermano... ahora es un Ascendido.

—Esa es una buena pregunta —apuntó Delano.

—Solo si damos por sentado que de verdad es tu hermano, de padre y madre —apostilló él. Solté una exclamación ahogada.

—Y que de verdad ha Ascendido —comentó otro.

La copa empezó a resbalar de mis dedos...

Sus reflejos fueron rápidos como el rayo. Atrapó la copa antes de que impactara contra la mesa. La dejó sobre el tablero, luego cubrió mi mano con la suya y la depositó sobre la mesa.

—Tu hermano está vivo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —Se me había parado el corazón.

—Llevo meses vigilándolo, Poppy. No se lo ha visto nunca de día y solo puedo suponer que eso significa que es un Ascendido.

Alguien maldijo y luego escupió sobre el suelo. Cerré los ojos. ¿Parte... parte atlantiana? Si esa era la razón de que fuese la Elegida y fuese la fuente de mis habilidades, ¿lo habrían sabido el duque y la duquesa? ¿La reina? Abrí los ojos.

—¿Por qué querrían mantenerme con vida si lo sabían?

—¿Por qué retienen a mi hermano? —Sus labios se habían apretado en una fina línea. Di un respingo. Se me heló todo el cuerpo.

—Pero yo no puedo hacer eso, ¿verdad? Quiero decir, no tengo... las, uhm, partes para ello.

—¿Partes? —tosió Kieran—. ¿Qué le has estado metiendo en la cabeza?

El príncipe le lanzó una mirada de exasperación.

—Dientes. Creo que se refiere a estos. —Retrajo el labio superior, deslizó la lengua por encima de un colmillo y mi estómago dio una voltereta y se revolvió en una mezcla de placer e inquietud—. No necesitan que los tengas. Solo necesitan tu sangre para poder completar la Ascensión.

Si no hubiese estado sentada, lo más probable habría sido que me hubiese caído al suelo. Quería refutar su afirmación, pero no se me ocurría ninguna buena razón para que estuviese mintiendo acerca de esto. No ganaba nada con hacerlo. Me incliné un poco hacia delante en mi silla, al tiempo que me preguntaba si era posible que me estuviese dando un infarto.

—Siento curiosidad, Cas. ¿Por qué tenemos que irnos a casa? —preguntó Kieran, y hubiese jurado que su voz llevaba un propósito oculto—. Eso nos alejará de donde tienen retenido a tu hermano.

—Es el único sitio al que podemos ir —contestó él, esos ojos dorados fijos en mí—. ¿Sabías que un atlantiano solo puede casarse si las dos mitades

están pisando la tierra de su patria? Es la única manera de que se conviertan en uno.

Entreabrí los labios y el silencio se extendió por toda la sala. Todavía aturdida por todo lo de ser medio atlantiana, no podía creer lo que estaba oyendo. Que estuviera diciendo que...

Ese maldito hoyuelo apareció en su mejilla derecha, luego en la izquierda. Casteel Da'Neer, el príncipe de Atlantia, esbozó una gran sonrisa, levantó nuestras manos unidas y declaró:

—Nos vamos a casa para casarnos, *princesa* mía.

Agradecimientos

Laura Kaye y yo estábamos en el aeropuerto de Cincinnati en 2016 cuando le hablé sobre *De sangre y cenizas*. Ella fue la primera persona que me dijo: «Necesito que escribas esto ahora mismo». No lo hice. Era una gran fantasía, algo sobre lo que nunca había escrito, y no hacía más que decirme que necesitaba tiempo para ver si podía dar forma a esta idea tan loca y convertirla en algo que tuviese sentido. No encontré ese tiempo ni en 2016, ni en 2017, ni en 2018. No fue hasta hablar con J. R. Ward acerca de escribir libros «del corazón», libros que no eran exactamente lo que se esperaba de nosotras, pero que necesitaban ser escritos de todos modos. Fue esa conversación de septiembre de 2019 la que me dio el valor de decir, por fin, «ahora es el momento de escribir este libro». Así que Laura Kaye y J. R. Ward, os debo a las dos un millón de gracias. Sin vosotras, *De sangre y cenizas* jamás hubiese dejado de ser una idea para convertirse en una novela hecha y derecha.

Hubo más personas implicadas en asegurarse de que terminaba este libro. Brigid Kemmerer, cuyo entusiasmo cuando le hablé del libro me dio el valor para seguir escribiendo algo que era desconocido para mí. El Harén Bipartito de Hawke: Wendy Higgins, que me envió las palabras más bonitas e inspiradoras posibles después de leer el libro; y Jen Fisher, que ya en el capítulo tres se había enamorado de Hawke y me proporcionó un *feedback* de valor incalculable. Andrea Joan, que me enviaba larguísimos mensajes sobre el libro a medida que lo leía. Y todos los miembros de JLanders, que se embarcaron de inmediato en esta misteriosa aventura, dispuestos a hacer este viaje conmigo.

De entrada, había planeado autopublicar este libro. Había muchas razones para hacerlo, pero dos de ellas eran cruciales para mí. Una era mi objetivo de sacar este libro a la luz lo antes posible. La otra era la necesidad de escribir y publicar este libro sin expectativas y sin presión. Pero entonces oí hablar de Blue Box Press y, al enterarme del maravilloso trabajo que hacen con sus novelas cortas *1001 Dark Nights*, me puse en contacto con Liz Berry. No

tenía ni idea de lo que pensaría cuando le conté lo que estaba escribiendo y cómo quería publicarlo. Estaba convencida de que descartaría la idea de plano, pero no lo hizo. En una sola llamada telefónica, no solo quería el libro, sino que juro que ya tenía un plan de *marketing* que estaba en línea con lo que yo deseaba antes incluso de leer el libro. Supe de inmediato que *De sangre y cenizas* estaba en las mejores manos posibles. Gracias a MJ, Liz y Jillian (y a Steve, porque STEVE BERRY STORY TIME) por dar este salto inesperado conmigo. Vuestro entusiasmo, cariño, apoyo y *feedback* han sido cruciales para terminar esta historia y llevarla hasta las manos de los lectores. A todo el equipo que ha habido detrás de este libro: Chelle, Jen Watson, Kim, ¡gracias!

Gracias a Sarah J. Maas por tu apoyo. Intentaré no acariciarte con disimulo el pelo la próxima vez que te vea. Lexi Blake, sin tus consejos estoy segura de que seguiría dándole vueltas a la contraportada. Gracias. Y Hang Lee, tienes un talento realmente increíble. Puedo decirte tres cosas: espadas, flechas y un bosque sangriento; y con esa descripción somera, creaste la portada más alucinante que he visto en mucho tiempo. Eres la bomba. Gracias a Stephanie Brown por ocuparte de todo y a Ernesto Floofington III por sonar como un pequeño gremlin corriendo por encima de mi cabeza mientras trabajaba. A todos los reseñadores de JLanders que sabían que este libro estaba en camino mucho antes que nadie, gracias por mantener el secreto y por siempre darme vuestras opiniones más sinceras. Por último, gracias a TI, el lector o la lectora que has abierto este libro y vas a leerlo. Sin ti, nada de esto sería posible.



JENNIFER L. ARMENTROUT nació en (Martinsburg, Virginia Occidental) en 1980. Es una escritora estadounidense. Vive en Virginia Occidental con su marido, oficial de policía, y sus perros.

Cuando no está trabajando duro en la escritura, pasa su tiempo leyendo, saliendo, viendo películas de zombis y haciendo como que escribe.

Su sueño de convertirse en escritora empezó en clases de álgebra, durante las cuáles pasaba el tiempo escribiendo historias cortas, lo que explica sus pésimas notas en matemáticas. Jennifer escribe fantasía urbana y romántica para adultos y jóvenes.

Publica también bajo el seudónimo de J. Lynn.